

La ecuación del amor

Isabelle Coudrier



Lectulandia

Vivimos en la creencia de que el amor es algo extraordinario que nos sorprenderá tarde o temprano como si se tratara de una revelación, que será imposible pasar por alto las señales inequívocas de las que tanto hemos oído hablar. Pero, a veces, nos resistimos a la evidencia...

Sylvia y Louis no creen estar llamados a vivir una gran historia romántica; de hecho, encontrar su lugar en el mundo les resulta una tarea bastante complicada. Cuando se conocen, corren los años 90 en París. Sylvia estudia matemáticas y se halla inmersa en el estudio de la teoría de la aproximación de los conjuntos en un punto y hasta el infinito. Louis en cambio quiere convertirse en crítico de cine y dedicar su vida a contemplar universos ajenos que sí encajan.

Tras apenas dos años de relación la pareja se separa, pero un encuentro fortuito al cabo de mucho tiempo hará que Sylvia y Louis se replanteen su historia en común, sospechando que quizá esa extraña enfermedad llamada amor les pasó inadvertida.

Isabelle Coudrier teje con grandes dosis de ironía los hilos de una historia sentimental que sus protagonistas no están dispuestos a aceptar, aunque tengan la tentación de rendirse a las emociones. ¿Y si Sylvia y Louis estuvieran destinados a encontrarse en un punto y hasta el infinito?

«*La ecuación del amor* es mucho más que una historia de sentimientos encontrados; es casi un documental en el que dos seres se empeñan en no entenderse... Lo excepcional y admirable del asunto es que no hay aquí ni una sola nota discordante, y que esta novela nos emociona desde la primera a la última palabra.» Asociación de librerías francesas

Lectulandia

Isabelle Coudrier

La ecuación del amor

ePub r1.0

Titivillus 28.11.2017

Título original: *Va et dis-le aux chiens*

Isabelle Coudrier, 2013

Traducción: María Méndez Gómez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En el hombre, lo que pesa es el sueño.

GEORGES BERNANOS

La lucidez es la herida más cercana al sol.

RENÉ CHAR

PRIMERA PARTE

El apocalipsis ya se había producido varias veces, pero eso no había cambiado gran cosa. En cada ocasión todo volvía a ser como antes. Era una época extraña, los optimistas la consideraban el final de la historia y los pesimistas el final de todo. Algunos pensaban que el tiempo había llegado a su ocaso, otros que se había vuelto a la Edad Media, incluso a la Edad del Hierro. Louis Schlessinger no sabía nada de la Edad del Hierro, pero todo le llevaba a pensar que fue una mala época. A decir verdad, nadie sabía muy bien por dónde iban las cosas. Y ese día, para acabar de arreglarlo, Louis Schlessinger salía de una reunión en la que lo que él ya sabía se había vuelto oficial: las ventas bajaban. En su confusión, relacionaba la caída de las ventas con el ocaso de Occidente, incluso con el fin del mundo. Y aunque para la dialéctica de la historia la caída de las ventas de una revista de cine fuera más bien anecdótica, esta relación audaz le permitía diluir su malestar individual en otro más colectivo. Personas serias, especialmente filósofos alemanes, consideraban que la historia era un proceso dialéctico en el que el mal no era más que un momento del bien. Solo que, a fuerza de sufrir sinsabores, uno había acabado por preguntarse si no sería más bien a la inversa. La dialéctica tiene un aspecto muy práctico, y es que funciona en todos los sentidos. Pero aquel atardecer, cuando Louis salió de la reunión con los principales accionistas, el ocaso de Occidente, la desregulación del capitalismo globalizado y el retorno de la barbarie al núcleo de la civilización, no se distinguían ya de su desasosiego personal y la falta de confianza en su porvenir.

Sin duda eso explica que después de la reunión no encontrara la estación de metro por la que había salido al llegar y se perdiera en el barrio de Ranelagh, una zona a la que iba muy rara vez y que por otra parte le parecía lúgubre. Perdido, anduvo a la deriva siguiendo el sentido de la pendiente y bajó hacia el río sin encontrar la estación de metro. Por encima de su cabeza, las nubes se deslizaban en sentido contrario, hacia el interior de la tierra. Sorprendido por el frío, se subió el cuello del gabán. La primavera es una estación engañosa y vergonzosamente sobrevalorada, llena de golpes bajos y traiciones, de chaparrones y ventiscas, de heladas tardías y mortíferas, en una palabra, una estación de puñaladas por la espalda.

En la zona baja del distrito dieciséis, los edificios tenían la majestuosidad de las ciudadelas y las escaleras parecían caer en vertical sobre los paseos de las márgenes del río. Por un instante le cruzó por la mente la idea de que podría romperse la crisma antes de llegar abajo. La idea de la muerte había cuajado en él hacia los trece años y ya no lo había abandonado. Lo reconfortaba, al igual que lo haría una pasión tranquila, la filatelia o la numismática. Quizá por eso no creía del todo en su propia muerte. ¿Qué ser humano puede creer en serio que va a morir? ¿Cómo podría una conciencia creer en su propia abolición? A fin de cuentas, mientras no está muerto, todo hombre es muy libre de acariciar la ilusión de que con él se hará una excepción. No obstante, Louis Schlessinger no era lo bastante insensato para creerse inmortal.

Al otro lado del puente el cielo era malva. En otros tiempos, sin duda instruido por algún anciano, supo lo que ese color tierno y volátil anunciaba para el día siguiente, pero ya se le había olvidado, porque él era un hombre joven, de después del apocalipsis, que flotaba de manera bastante agradable entre el sentido y la falta de sentido, el ideal abolido bajo el cielo que, azul o rosa, ya no significaba nada.

A decir verdad, y aunque nunca lo hubiera admitido, a él no le iba tan mal con la decadencia de Occidente. En su fuero interno encontraba incluso más agradable vivir en una civilización en el ocaso que en algún país emergente cuya población está en una agitación constante. Se felicitaba por vivir en una capital del mundo antiguo y en una Europa extenuada, y no en uno de esos países de crecimiento exponencial en los que gente vulgar trabaja frenéticamente para adquirir unos bienes de consumo que Occidente supo crear mucho antes que ellos. Sonrió al recordar que esa misma mañana había decidido ser feliz sucediera lo que sucediese. Bien pensado, ¿verdad?

Al llegar a mitad de la escalera, distinguió una silueta que cruzaba el puente desde la otra orilla, con un impermeable azul marino y un pañuelo azul cielo. Antaño había conocido a una chica que vestía así. Antaño parecía querer decir mil años, pero de hecho no hacía tanto y él no era tan viejo, aunque ya no fuera exactamente un jovencito. «Antaño» remitía sencillamente a esa época en que le parecía que su vida estaba empezando. Los mil años de la juventud habían durado dos o tres instantes sucesivos. La muchacha se acercaba en esa primavera entumecida por la escarcha, y hasta el último momento, con el oscuro presentimiento y tal vez la presciencia de un futuro desastre, Louis trató de evitarla. Pero en el mismo instante en que se imaginaba huyendo, fue consciente de que la estaba mirando y de que ella lo miraba también. En efecto, era la muchacha que había conocido tiempo atrás.

La contemplaba con una expresión pensativa, como si mirara a la lejanía a través de ella evaluando la distancia que había tenido que recorrer, los años y el puente, para llegar hasta él. Le pasó por la mente la idea de que podía fingir no reconocerla. Se añadiría a la cohorte de seres furtivos cuyo rostro nos dice algo pero cuyo recuerdo es demasiado impreciso para que nos detengamos. Si nos dejamos llevar por la curiosidad, nos exponemos a situaciones incómodas innecesarias. «Perdone, me parece que la conozco... ¿Florence?» «No, Véronique.» «Ah, sí, quizá.» «Se lo aseguro, me llamo Véronique.» «Sí, claro, ahora recuerdo.» De hecho, no nos acordamos en absoluto, o puede que sí nos acordemos, y eso es peor. Se amotinan recuerdos inútiles, a veces incómodos, querríamos no habernos detenido. Nuestra vida se nos planta delante en forma de fragmento incongruente, una pieza que no cuadra con lo demás. Y entonces lo demás pierde mucho. Al todo le falta unidad; nosotros mismos carecemos de ella en gran medida. Hemos perdido la visión de conjunto que orientaba nuestra existencia, una visión que debe mucho al hecho de que no vemos gran cosa y soñamos mucho.

Louis miró un instante hacia el río, por el que pasaban personas ahogadas y recuerdos que volvían sin que los hubiera llamado. Habían sucedido demasiadas cosas con esa chica, aun cuando hubieran ocurrido hacía mil años, para que la hubiera olvidado por completo. «Buenas tardes, Sylvia», murmuró en un tono tranquilo y neutro que añadió ligereza a ese encuentro debido al azar. En cambio, sin querer, el lirismo sobrio del «Louis» pronunciado por Sylvia había henchido ese azar del peso del destino y la gravedad de la predestinación. Louis le preguntó qué hacía «en la vida ahora», y ella reconoció su modo de hablar un poco precipitado y su timbre ligeramente nasal. Le respondió que era profesora de matemáticas en la facultad de Jussieu. Él quiso saber si aún escribía guiones y ella contestó sonriendo que a veces, pero que las películas seguían sin realizarse. «¿Así que te ganas la vida como profesora y no como guionista?» Ella recordó que en otro tiempo él estaba convencido de que no se podía conocer a alguien si no se sabía de qué vivía. De modo que achacó la pregunta, que le pareció un poco indiscreta, al materialismo histórico. Tiempo atrás, él leía a Marx. También pensó que podía tratarse de un modo de recordar que habían sido íntimos y que su brusquedad un poco altiva enlazaba de golpe con la antigua proximidad. No obstante, se preguntaba Sylvia, ¿no resultaba curioso y desconcertante que hubieran llegado a ser hasta tal punto extraños el uno para el otro, cuando habían estado tan cerca?

Después, aquel al que en otro tiempo ella llamaba «el muchacho» frunció las cejas y se llevó la mano a la frente. También recordaba ese gesto. Ahora lo recordaba todo con una precisión casi dolorosa. Él dijo que había quedado y que llegaba tarde. No se molestó en añadir que había sido un placer volver a verla. Nunca había tenido la delicadeza suficiente para practicar ese tipo de mentiras. Se marchó sin volverse, ya que tal vez ella le siguiera aún con la mirada, y lo único que pensaba en ese momento es que habría preferido no volver a verla nunca más.

Louis Schlessinger había hecho bien al no volverse, ya que Sylvia Delaunais se había quedado un buen rato mirándolo, hasta que desapareció por completo de su campo visual. De pronto, una ráfaga de viento se llevó lo que quedaba de la primavera naciente. Sylvia se subió el cuello del impermeable hasta las orejas y echó a andar un poco más deprisa. Había oído el eco amortiguado de una avalancha lejana, la blanca polvareda de un plácido desprendimiento, la devastación de las tierras prometidas. Sabía lo que eso significaba: Davos se le iba a caer encima. Sylvia se dijo que para que algo cambiara de verdad habría que morir. Morir para desviar la atención.

* * *

Davos, en la Suiza alemana, es desde siempre un lugar concurrido. Tras haber sido en el siglo XIX un lugar privilegiado para el tratamiento de la tuberculosis, al disminuir

esta afección con el progreso de la medicina y el descubrimiento de la penicilina, se convirtió en una estación de esquí para las clases altas y es el pueblo en el que todos los años se reúne la gente más rica del planeta, en los antiguos sanatorios, que ahora son grandes hoteles. Sylvia prefería la época de los sanatorios a la de los deportes y los foros mundiales. Hacia los doce años había leído *La montaña mágica*, de Thomas Mann, y le había dejado una impresión de las que permanecen mucho tiempo. La obra maestra le había causado el mismo efecto que los libros de caballería a don Quijote o las novelas sentimentales a Emma Bovary. A consecuencia de esta lectura, Sylvia empezó a soñar con vivir en un sanatorio. Era un sueño organizado, como suele decirse de ciertos viajes. Y un viaje no solo en el espacio, sino también en el tiempo. Al lector que no conozca *La montaña mágica*, le bastará con saber que la acción —aunque el término sea excesivo, ya que acción hay muy poca— transcurre tiempo atrás, poco antes de la Primera Guerra Mundial. Un joven llamado Hans Castorp acude a Davos para pasar tres semanas junto a su primo, que está en tratamiento en un sanatorio. Impresionado, y hechizado después, por el ambiente, acabará quedándose siete años enteros, en vez de tres semanas, hasta que la Gran Guerra lo arranque de su mágico letargo y lo arroje a los campos de batalla. Thomas Mann describe con una ironía discreta pero irresistible una sucesión frenética de siestas, paseos, curas de reposo, curvas de temperatura enloquecidas, visitas al médico, conversaciones metafísicas y comidas en el gran comedor frente a la montaña. Al leerlo, y a pesar de la ironía del autor, o gracias a ella, Sylvia sufrió el mismo encantamiento que el personaje de la novela. En su descargo hay que decir que, cuando la leyó, Sylvia atravesaba una fase crítica de la adolescencia, período delicado para la mayoría de los humanos, y su situación le parecía tan deplorable, y su futuro tan crepuscular, que consideró que ser un tuberculoso en tratamiento en un sanatorio suizo a principios del siglo xx constituía una suerte envidiable comparada con la suya. Como muchos adolescentes, Sylvia exageraba. Hay chicas que sueñan con el gran amor; Sylvia soñaba con tener tuberculosis. Habían pasado los años, pero la costumbre había arraigado. Cuando lo real le parecía lastimoso, lo que sucedía con frecuencia, Sylvia dejaba que su mente volara hacia la montaña mágica. Habría podido luchar, a veces lo hacía. Pero el día en que volvió a ver a Louis Schlessinger ni siquiera lo intentó. Se habían acelerado los latidos de su corazón. De hecho, sentía cierto dolor, y eso justificaba que en su ensoñación se trasladara a la montaña mágica.

Hasta entonces Louis Schlessinger había conseguido ganarse la vida con una actividad que juzgaba interesante; por supuesto, eso no significaba necesariamente que lo fuera, ya que también podría tratarse de la misma «cosa cualquiera» a la que la mayoría de la gente encuentra cierto interés por el mero hecho de que le dedican su tiempo. Evalúan mal hasta qué punto eso les mina, y tal vez sea mejor así. Louis había leído un sondeo en el que la mayoría de las personas encuestadas respondían

que seguirían ejerciendo el mismo empleo aun cuando les tocara la lotería y tuvieran bastante dinero para dejar de trabajar. O bien los sondeos son un camelo, o bien, por la fuerza de la costumbre, la gente llega a convencerse de que le gusta de verdad lo que hace, aunque se trate de un trabajo alienante. Louis era del todo consciente de que solo un occidental decadente podía hacerse semejantes preguntas. Ese rumiar ocioso no le está permitido a todo el mundo, ya que la mayoría de los seres humanos están demasiado ocupados en atender las necesidades cotidianas para plantearse tales cuestiones. Pero, como los ricos son cada vez más numerosos y cada vez más ricos, los optimistas consideran que globalmente el mundo progresa, ya que, cuanto mayor sea la tarta, dicen, más habrá para repartir. En realidad, los que nada tenían siguen sin tener nada. Y los que tenían poco, rara vez obtienen más.

Como intelectual comprometido, Louis había manifestado en muchas ocasiones un gran descontento con respecto a las injusticias del mundo e incluso lo había expresado con loable vehemencia en *La Revue du cinéma*, la publicación de la que era redactor jefe, pero en su fuero interno, y al igual que la mayoría de las personas, nada lo perturbaba verdaderamente si no le afectaba de manera directa.

Tras haberse encontrado con Sylvia Delaunais, Louis Schlessinger había regresado a casa sin pasar por su despacho, en la rue des Petits Hôtels. Al cerrar la puerta de su estudio estaba muy descontento consigo mismo. Se reprochaba no haber cogido el metro nada más salir de la reunión y haberse topado con Sylvia. Y ahora ¿durante cuánto tiempo ocuparía sus pensamientos? No dejaba de repetirse que no debería haber vuelto a verla. Esa noche, después de intentar en vano trabajar en un artículo, se fue a la calle y se metió en un cine del que no salió hasta pasada la medianoche, tras ver dos veces la misma película.

* * *

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, Sylvia escuchaba a Barnabé Lubert, que le transmitía el entusiasmo de Grégoire Vinaquier, un joven productor, por *Blanche et la nuit*, una película que ella había escrito hacía unos años para Robert Lancelin. Pero Sylvia no recordaba quiénes eran los Vinaquier, una verdadera dinastía del cine, si había que creer a Barnabé Lubert.

—René Vinaquier —insistió—. Pues claro, ya sabes, el que produjo aquellas películas increíblemente estúpidas que con el tiempo se han vuelto graciosas y hasta inteligentes, llenas de dobles sentidos.

—Ah, sí, puede ser...

Blanche et la nuit era una historia plagada de pistolas y de vano furor, de coches a velocidad excesiva y de chicas extenuadas que se habrían ido a casa si hubieran sabido dónde estaba. Grégoire Vinaquier había dado con ella por pura casualidad, lo

cual no sorprendió a Sylvia, ya que en su opinión era el tipo de películas con el que solo se podía dar por azar. Al día siguiente, Grégoire había seguido el hilo hasta llegar a Barnabé Lubert, el agente de Sylvia, bueno, el muchacho que le hacía de agente.

Lo había conocido una noche en una fiesta y él se había presentado como «agente artístico». Cuando supo que ella había escrito varios guiones, le preguntó si aceptaría que se encargara de representarla y conseguirle contratos. Aunque ella se tomó la molestia de precisar que ya no trabajaba como guionista, él insistió. Sylvia percibió en esa insistencia cierto desasosiego y acabó por aceptar la propuesta, convencida de que no tendría más consecuencias. Acertó en cuanto a los resultados, pero se equivocó al pensar que Barnabé Lubert desistiría. Al contrario, el joven trataba de encontrarle trabajo por todos los medios. Aunque nunca llegaba a nada, cada tres meses más o menos le concertaba alguna entrevista sin interés a la que ella acudía por complacerle, para que pudiera mantener la ilusión, al parecer vital para él, de que era agente artístico. Sylvia se preguntaba a cuántos «artistas» como ella «representaría», pues ese era el término acuñado para la actividad de los agentes.

Sylvia no había dormido muy bien la noche anterior, y el taimado tormento de una tortícolis en el lado izquierdo le daba ganas de colgar el teléfono. El cielo que aparecía en el cuadrado de la ventana amenazaba con inundar el salón. Sylvia se levantó para cerrar. Estaba diluviando, marzo se deshacía en chubascos chispeantes que al dar con el cristal se derramaban como lava, escarcha y nieve brillante de primavera azulada. De todos modos, no quería conocer a Grégoire Vinaquier, el hijo del René Vinaquier de los años setenta. En realidad, aunque fingiera lo contrario, no quería conocer a nadie. No, lo que quería era quedarse en casa y evitar lo peor. Tarea aparentemente sencilla y en realidad ardua. Pues era necesario consentir en salir de vez en cuando, aunque solo fuera para ir a Jussieu a dar unas cuantas clases de matemáticas por las que el Ministerio de Educación le pagaba un sueldo. Sin duda eso explica la despreocupación, pero también la paciencia y amabilidad con que escuchaba a Barnabé Lubert, su «agente artístico».

Pero la paciencia y la dulzura de Sylvia no eran suficientes para Barnabé Lubert. Él quería que «luchara» más. Tomando su despreocupación por mala voluntad, la agobiaba con reproches, con la esperanza de que reaccionara.

Por más que desde el principio le hubiera informado de que se ganaba la vida como profesora, él seguía considerando la enseñanza como una actividad paralela, subalterna, incluso clandestina y, sobre todo, no lo bastante bien remunerada en comparación con lo que podría ganar, y por consiguiente hacerle ganar a él, su agente, si accediera a esforzarse un poco.

Barnabé Lubert dio a entender que lo que él llamaba la «carrera» de Sylvia no le daba derecho a menospreciar el ofrecimiento de un joven productor a quien auguraban un brillante porvenir. Sylvia encontraba la palabra «carrera» muy exagerada y no entendía de qué porvenir le estaba hablando. En general, cuando le hablaban de porvenir, Sylvia no veía nada. En cuanto a la entrevista, reflexionaría sobre ella. Barnabé Lubert, irritado por tantas dilaciones, le predijo que un día no muy lejano no tendría nada más que hacer en la vida que reflexionar, lo que para él parecía ser el colmo de la desgracia.

La ventana se abrió de golpe por efecto de una ráfaga de viento y, con el impulso, golpeó la pared. El cristal no se rompió, pero con el impacto se desprendió un poco la pintura a la altura del picaporte. A veces las cosas se desgastaban así, por golpes inesperados. En lo sucesivo, la pared estaría un poco desconchada. Habría que acostumbrarse a ese nuevo estado de cosas que solo un poco de pintura podría devolver a un ilusorio estado inicial. Al colgar el teléfono Sylvia se dijo que tal vez Barnabé Lubert no andaba del todo desencaminado o que quizá no tardaría en tener razón en lo referente a su existencia dedicada a cavilaciones inútiles y a una permanente reestructuración del mundo para uso interno. Además, ¿no era acaso una actitud despreciativa y tonta rehusar entrevistarse con quien aún no nos ha hecho ningún daño?

En la rue des Petits Hôtels, en las oficinas de *La Revue du cinéma*, el café aún no había conseguido despertar a los redactores. Eran solo las nueve de la mañana, pero Jean-Jacques Bordenave, el director de la publicación, había convocado a todos a las ocho y media porque a la una tenía que coger un avión para Tokio. Nadie se tragaba el cuento, pues muy bien podrían haberse reunido la víspera o la antevíspera, a una «hora humana», como decía Cyril Lainaud, que escribía sus artículos por la noche y detestaba levantarse antes de la una del mediodía. Jean-Jacques Bordenave quería que se aprobara la publicación de unas reproducciones de dibujos al carboncillo del redactor jefe invitado, el actor Francis Audouit, para el número de abril. De hecho, en la sala de reuniones todo el mundo dormía, salvo Louis y su compañero Étienne Duriez. Louis levantó la vista de los dibujos en cuestión, bosquejos de árboles nudosos entre los cuales, en ciertos sitios, surgían rostros que eran en realidad autorretratos de Francis Audouit.

—En mi opinión, estos dibujos no tienen interés. Y de todos modos no somos una revista de arte contemporáneo —dijo Louis pasando los dibujos a Étienne Duriez, sentado a su derecha.

—Son los dibujos de nuestro redactor invitado, está plenamente justificado —respondió Jean-Jacques—. Dibuja durante las horas de espera en los rodajes, es una

especie de continuación de su trabajo de actor.

—¿Quieres decir que garabatea esta basura pretenciosa en su caravana cuando no tiene nada que hacer?

Louis esperó en vano el apoyo de los demás redactores, pero estaban demasiado ocupados en dormir. Jean-Jacques Bordenave era un director que dejaba democráticamente que sus redactores se expresaran, pero para ello era necesario que estos tuvieran la ocurrencia de hacerlo. Esa mañana no era el caso. Por eso, en nombre de la interacción entre las distintas disciplinas artísticas, confirmó que los autorretratos del actor en forma de vegetal nudoso ocuparían las páginas centrales del número de abril, y después se marchó como una exhalación hacia el aeropuerto.

Louis se apresuró a volver a su despacho para no mostrar a nadie el espectáculo de su enfado. Lo que lo exasperaba no eran tanto los retratos, aunque los encontraba realmente feos, como la manera en que Bordenave había aparentado consultarle, e incluso tomar en consideración su punto de vista, cuando lo que había hecho era imponer el suyo. Louis estaba resentido con los redactores. Conociéndolos, no podía creer que valoraran esa serie de bosquejos torpes, y menos aún que aceptaran publicarlos en la revista. Incluso Paul y Marc, sus aliados, sus lugartenientes, habían dejado correr el asunto. ¿Por cobardía o sencillamente porque era demasiado temprano para luchar? Como era consciente de que constituía un esfuerzo estéril movilizar sus fuerzas por una batalla perdida, Louis se persuadió de que no tenía importancia, de que había hecho mal en dejar que esos bocetos al carboncillo sirvieran de apuesta para un juego de poder y de que no le quedaba más que considerarlos con toda la indiferencia que merecían. Cuando salió a comer había recuperado el buen humor y, sin que se diera cuenta, en sus labios flotaba una sonrisa al pensar que algún día tendría la ocasión de cargarse a Jean-Jacques Bordenave.

* * *

Louis Schlessinger no estaba tan descontento con la caída de las ventas. En primer lugar porque nadie lo hacía responsable —después de todo, él no era más que el redactor jefe y la prensa iba mal—, pero sobre todo porque le parecía que esa coyuntura desafortunada podía ser útil para sus ambiciones a medio plazo. A falta de soluciones concretas, la caída de las ventas proseguiría y acarrearía inexorablemente la caída de Jean-Jacques Bordenave. Solo entonces Louis podría exponer a los accionistas su plan de recuperación y convertirse en el director de la revista. Aunque le debía mucho —o tal vez fuera precisamente porque le debía mucho—, Louis Schlessinger detestaba a Jean-Jacques Bordenave. Hacía un año que este, en contra del parecer de todos, lo había nombrado redactor jefe, permitiéndole acceder a ese puesto que codiciaba desde el principio, pero que no pensaba conseguir hasta que

pasaran varios años. Jean-Jacques le había hecho quemar etapas de un modo fulgurante e inesperado. Louis justificaba su proyecto de destituir al hombre a quien debía tanto en el hecho de que este no tenía ninguna legitimidad en la dirección de *La Revue du cinéma*. En realidad, a Jean-Jacques Bordenave lo habían impuesto los nuevos accionistas cuando trabajaba en un periódico de su grupo de prensa y nunca había formado parte del comité de redacción de la revista. Para Louis, era un elemento ajeno. El argumento no carecía de fundamento, pero la verdad sin florituras era que Louis Schlessinger soñaba, pura y simplemente, con quitar el puesto a quien le había dado el suyo. El detalle biográfico que convertía a Louis en deudor absoluto de Jean-Jacques no suponía un obstáculo para él. Estaba convencido de que había que matar al padre, y eso añadiría al asunto parte de la belleza griega o shakespeariana. César, Bruto, no le faltaba más que una espada y una toga. Que Jean-Jacques no fuera lo bastante mayor para ser su padre (solo se llevaban diez años) era asimismo un detalle anecdótico a ojos del ambicioso. Naturalmente, Louis Schlessinger sabía que le juzgarían mal al principio. Algunos vilipendiarían su traición, pero todos acabarían por inclinarse ante la genialidad de su plan de recuperación. De momento, era un plan que se guardaba para sí, como una estocada secreta.

Pero en momentos más sombríos, o tal vez se tratara de intervalos de lucidez, le espantaba pensar en la posibilidad de que su talento no fuera reconocido en su justo valor. No podía excluir que el accionista principal del grupo intentara salvar la cabecera no solo mediante la renovación del director, sino también del redactor jefe. Entraba en el orden de las cosas que en las mentes de los dirigentes, quienes lo veían todo con cierta distancia, Louis Schlessinger estuviera relacionado con quien lo había propulsado a la cabeza de la redacción. Este pensamiento le resultaba insoportable. Aunque solo fuera en lo más recóndito de su conciencia, tendría que haber admitido que él no solo debía su ascenso a Jean-Jacques Bordenave, sino que además ambos eran aliados objetivos frente a la dirección y los accionistas. Por eso, para no poner en peligro su estrategia, Louis tenía que renunciar a la ejecución inmediata. De todos modos, si seguía su plan al pie de la letra, no tendría que matar él mismo a Jean-Jacques, sino solo esperar a que las circunstancias económicas y los directivos lo hicieran por él. Eso era más hábil, menos fatigoso, y él se expondría a menos reproches. Se limitaría a recoger los frutos de su apuesta. No obstante, había empezado un trabajo de zapa, de manera suave y diplomática, en la última reunión con los directivos. Había defendido la política editorial de su superior jerárquico, pero en su forma de expresarse daba a entender hábilmente que él no era más que el ejecutor. Exhibiendo una lealtad que solo era pura fachada, en realidad se distanciaba y se exoneraba de toda responsabilidad en el balance de resultados.

Jean-Jacques Bordenave nunca hubiera debido llegar a director de la redacción de *La Revue du cinéma*. Louis Schlessinger estaba convencido de eso, aunque Jean-Jacques había sido durante quince años el redactor jefe de la sección de cine de *Planisphère*, un vespertino de gran tirada, piedra angular del grupo de prensa que un año atrás había comprado *La Revue* para salvarla de la quiebra. Antes de la compra y del nombramiento de Jean-Jacques Bordenave se habían sucedido tres directores: Bernard Levezu y después Roger Zelma, seguido de Christian Tullier, tres antiguos redactores de la casa, pero ninguno de ellos consiguió detener el inexorable desmoronamiento de las ventas. Esta deprimente sucesión de directores había llevado a Louis a alejarse de la revista y a presentar su solicitud en la Villa Jane Austen de Londres. Los meses anteriores a su partida, Louis casi no había escrito para *La Revue* y, aunque seguía formando parte del comité de redacción, guardaba las distancias, decepcionado por lo que consideraba la falta de rigor de la dirección y del comité, la mediocridad de los artículos y la influencia creciente de Alain Boissognat, uno de los redactores, que quería ampliar la crítica de *La Revue du cinéma* a las «imágenes» en general. Para Louis, esta pretendida apertura constituía una escandalosa desviación de la línea editorial de los fundadores. El muchacho se deprimía, soñaba con tomar el poder, pero en esa época no vislumbraba ninguna posibilidad de lograr sus fines. Seguía yendo muy a menudo al cine, donde entraba gratis gracias a su carnet de prensa. Oficialmente seguía siendo crítico, pero ni él mismo sabía demasiado bien qué era, y su padre no perdía ocasión de decirle que no debería haber dejado sus estudios en la Politécnica. Cuando se encontraba muy mal, Louis casi le daba la razón. Un día en que sentía un gran desasosiego, decidió que tenía que tomar distancia y ver las cosas con perspectiva.

Un antiguo redactor de *La Revue* había estado unos meses en Londres gracias a la Fundación Jane Austen, cuyo fin era acoger a estudiantes extranjeros en territorio británico. Al día siguiente, Louis empezó a preparar un expediente para presentarse como candidato, acompañado de un proyecto de estudio, una monografía sobre David Lean, un cineasta que le interesaba de forma muy moderada pero que presentaba la ventaja decisiva de ser inglés. Acudió a la biblioteca André Malraux, en el cruce del boulevard Raspail con la rue de Rennes, y consultó las obras de referencia excluidas de préstamo; en unos cuantos días redactó unas quince páginas en las que exponía los objetivos y el método de su futura monografía. Al cabo de tres meses lo convocaron para una prueba oral y dos meses más tarde se iba a Londres. Entretanto, había oído que uno de los antiguos colaboradores del periódico, Charles Vaudier, un eminente historiador del cine y miembro del jurado, a quien por añadidura le gustaban mucho los muchachos jóvenes, daba prioridad a los «chicos de *La Revue*». Afortunadamente, no a todos los redactores se les ocurría la poco acertada idea de presentarse, pues de lo contrario la Fundación Austen se habría transformado en sucursal del periódico.

Louis sospechó que su informador, por pura envidia, quería reducir su mérito personal. De todas formas, le daba igual; lo importante era que se marchaba en condiciones ideales. No solo iba a vivir con todos los gastos pagados en una casa solariega en pleno barrio de Chelsea, sino que además recibiría una asignación mensual que lo liberaría de la humillante preocupación de ganarse la vida.

Louis estaba en Chelsea cuando se enteró de la compra de *La Revue* por el grupo de prensa Planisphère y el nombramiento de Jean-Jacques Bordenave como director de la redacción. Aparte del hecho de que este nombramiento inesperado parecía poner término a las ambiciones que había alimentado, encontraba lamentable la elección de Jean-Jacques Bordenave. Era un profesional avezado, pero nunca había participado en el comité de redacción de *La Revue*, ni siquiera había sido colaborador ocasional. La urgencia de la situación y el desastre financiero habían obligado, y permitido, al consejo de administración a imponer a un hombre capaz de dar tranquilidad y poner orden en el caos penoso en que para ellos se había convertido esa cabecera prestigiosa que iba de capa caída. Jean-Jacques Bordenave era serio y dinámico, y estaba deseoso de hacerlo bien, pero al ser nombrado así, de improviso, quedó expuesto de entrada a la hostilidad de la mayoría de los redactores, y recurrió a Louis Schlessinger con la esperanza de encontrar en él a un aliado.

Una semana después del nombramiento que tanto le había disgustado y que parecía poner fin a todas sus expectativas de promoción, Louis recibió una llamada de Jean-Jacques Bordenave, quien le propuso que fuera su redactor jefe. Al hacerlo aparecer como un *outsider* apartado de la guerra que agitaba al comité de redacción, el retiro inglés de Louis había supuesto una de sus mejores bazas. A Jean-Jacques Bordenave, el nombramiento de Louis le parecía a la vez legítimo e inofensivo. Si conseguía convertirlo en su aliado, podría adquirir un poco de la legitimidad de que carecía. A cambio, estaba dispuesto a hacer que Louis fuera su segundo en el organigrama. No lo conocía, pero había leído sus artículos y le parecían buenos, incluso excelentes; junto con los de Étienne Duriez, los mejores que había publicado *La Revue* en los últimos años. Era una proposición inesperada, y Louis aparentó estar moderadamente interesado. Con una flema asombrosa teniendo en cuenta la euforia que lo embargaba, le comentó al solicitante que estaba terminando de escribir un libro y que no podría irse de Chelsea antes de un par de meses. Suponía, y el futuro le daría la razón, que dos meses serían suficientes para que en París la situación se inclinara a su favor, es decir, que se degradara aún más y que Jean-Jacques Bordenave lo considerara su única tabla de salvación. Marc y Étienne se dedicaban con tranquilidad a exacerbar la hostilidad de la redacción hacia Bordenave. Louis tenía toda su confianza puesta en ellos; Marc no era un redactor lo bastante bueno para pretender el puesto y Étienne prefería ganarse la vida como docente. Todos los demás redactores, con Boissognat a la cabeza, eran abiertamente hostiles a Bordenave. De modo que este tenía que encontrar en otra parte al redactor jefe. Un mes después de la primera llamada, Bordenave volvió a ponerse en contacto con

Louis, con la esperanza de que el fin de su estancia en Londres lo animara a reconsiderar su oferta. Todo sucedió como Louis había previsto. Tras hacerse de rogar un poco, aceptó ser el redactor jefe. Volvió a París como salvador y heredero legítimo, garante de la pureza editorial de la cabecera. Había salido ganador en todos los aspectos. Era uno de los redactores jefe más jóvenes de la prensa francesa y, además del entusiasmo por el éxito, tenía la sensación de ser un estratega de primera.

Como era su costumbre, Sylvia se había instalado al fondo del café, en el asiento más apartado de la sala; transcurrieron unos minutos antes de que se fijara en un hombre de unos treinta años que leía *Le Film français* dos mesas más allá de la suya. Grégoire Vinaquier había precisado que llevaría una cazadora color marrón glacé y leería *Le Film français*. A Sylvia no le gustaban las cazadoras de cuero marrón, sobre todo las cazadoras de sport distinguidas, y el hecho de que la de Grégoire Vinaquier llevara la firma de Ralph Lauren era una circunstancia agravante. Era todo lo contrario al punk. No obstante, dejando a un lado la mala fe, Sylvia consideró que ese detalle de la vestimenta no le proporcionaba una razón suficiente para darse a la fuga. Ella nunca había sido punk y apenas podía reivindicar una tentativa, en los lejanos años ochenta, de adornar con imperdibles una de sus ropas de colegiala y rasgar un vaquero a la altura de la rodilla. Quedaba bien en el cantante de los Ramones, pero en Sylvia no había dado resultado. Se acercó al hombre de la cazadora. «¿Grégoire Vinaquier?» Él se levantó de inmediato con una amplia sonrisa. «Sylvia Delaunais.» Se dieron la mano. Él le preguntó si prefería que fueran a la mesa de ella. Sylvia contestó que podían quedarse donde estaban. Se mostraba todo lo afable que podía ser en ese instante.

Sylvia sonrió, Grégoire Vinaquier le parecía educado y atento, pero cuando empezó a hablar, sus temores se confirmaron. La ambición de Grégoire Vinaquier era producir una «verdadera» película de acción «a la francesa», pero todas las referencias que citaba eran norteamericanas, y su ideal del yo probablemente también lo fuera. No era la primera vez que Sylvia se encontraba con este tipo de muchachos (pues siempre se trataba de muchachos) con el cerebro colonizado, que soñaban con realizar o producir películas norteamericanas con presupuestos franceses. Una variación de la cuadratura del círculo, pensó Sylvia, y de pronto se sintió muy cansada. Esa tarde, al fondo de un café de la place d'Alésia, Grégoire Vinaquier comenzó a desarrollar su concepto, que él creía innovador, por no decir revolucionario, y a hacer partícipe a Sylvia de su entusiasmo. Atrapado en el impulso de su propia euforia, no se dio cuenta de que ella lo escuchaba solo a medias. No es que no intentara prestarle atención, sino que, muy a su pesar (pues era concienzuda), se había puesto a pensar en otra cosa. Y por esto hay que entender soñar con el sanatorio de Davos. La expresión «pensar en otra

cosa», que tradicionalmente remite a una fantasía libre y a peregrinaciones desorganizadas, en el caso de Sylvia había adoptado un sentido más restringido impuesto por la obsesión. En ella la ensoñación había adoptado la áspera forma de la idea fija.

En sus ensueños más minuciosos, llegaba a iniciar un casto idilio con Hans Castorp, el héroe (aunque la palabra es inapropiada) de *La montaña mágica*. Entre dos visitas médicas los jóvenes se rozaban la mano antes de volverse para controlar las curvas de sus temperaturas respectivas. La tuberculosis era algo más que una enfermedad, era un destino que justificaba una cura perpetua. Hans y Sylvia se amaban lo justo, del mismo modo que sufrían lo justo, con una elegancia llena de contención. Todo lo que se desarrollaba entre las paredes del sanatorio era elegante y discreto. Aunque alguna vez un enfermo moría y sus gritos atroces rompían la paz del lugar, la única consecuencia notable del hecho era una modificación en la distribución de los comensales.

Desde el principio de sus aventuras mentales en Davos, hacía ya muchos años, Sylvia presentía la reprobación general que merecería la confesión de los periplos de su imaginación extraviada, de modo que había decidido guardar en secreto sus ensueños de sanatorio. Así pues, se trasladaba a la montaña encantada de forma clandestina, traspasando la frontera del país donde la muerte es la condición necesaria para entrar en un cuento de hadas. Si en el entorno de Sylvia se hubiera sabido todo esto, sin duda habrían pensado que estaba perturbada mentalmente. Quizá incluso la habrían obligado, quién sabe, a ir a ver a un especialista en asuntos del inconsciente y freudianos. Hay ensueños menos normales y menos admisibles que otros. La mayoría de la gente sueña con grandes viajes, grandes fortunas, éxitos mundanos, y nadie se lo reprocha. Un tipo que sueña con ir de viaje a Papeete sigue pareciendo mentalmente sano a la mayoría de sus contemporáneos. No parece que se haya apartado de las preocupaciones humanas y sociales admitidas. En cambio, una persona que sueña con vivir en un sanatorio antes de la Primera Guerra Mundial suscita más inquietud. ¿Acaso su sueño no es tan decadente como irrealizable?

Grégoire Vinaquier se inclinó hacia Sylvia, lo que la obligó a volver precipitadamente de Davos.

—¿Quiere tomar otro té u otra cosa? —Vinaquier sonreía y hasta se había quitado la cazadora Ralph Lauren.

—No, gracias —respondió Sylvia tratando de concentrarse.

En esta ocasión se fijó en que Vinaquier llevaba una camisa de un algodón muy fino y ligeramente brillante; se dijo que debía de ser popelina o algo así, pero no entendía mucho de tejidos. Al final volvió en sí.

—Otro té, sí, ¿por qué no?

Vinaquier lo pidió y prosiguió con su idea, que consistía en centrar la película en

un héroe solitario que, a razón de una vez cada tres minutos, se enfrentaba a sus límites físicos y existenciales en forma de persecuciones automovilísticas y toma de rehenes. Al cabo de esta trayectoria agitada lograba superar el miedo y podía al fin encontrar el amor verdadero. Sylvia intentaba a su vez superar sus propios límites mirando a Grégoire Vinaquier sin reírse. Pensó que era verdaderamente mala, pero su maldad se debía al cansancio, y estaba muy cansada. ¿Por qué? A menudo se hacía esta pregunta, ya que, si bien el actual acceso de cansancio había surgido de repente al escuchar al joven productor, tenía la impresión de que estaba cansada desde siempre.

Grégoire era, en efecto, el hijo de René Vinaquier, productor de comedias populares en los años setenta, y mostraba su determinación de reanudar el éxito que había abandonado a su padre al final de los ochenta. Sylvia adivinaba el trauma familiar, la ruina dinástica y la necesaria revancha. Comprendía menos que Grégoire Vinaquier viera en ella, Sylvia Delaunais, a la persona imprescindible para poner en marcha el resurgimiento programado. ¿Se sentía capaz de escribir la escena de la monstruosa serie de colisiones que constituiría el final de la película? Sylvia sonreía lo mejor que podía. No obstante, tenía la sensación de que no lograba expresar las reacciones entusiastas que los ojos ávidos de Grégoire Vinaquier acechaban en su rostro. El joven productor tenía una indiscutible imaginación visual y, mientras los vehículos se empotraban unos sobre otros en la rampa de una vía de circunvalación, Sylvia sentía que su codo resbalaba sobre la mesa.

Por mucho que tuviera que pagar ese alquiler (un piso demasiado grande para una muchacha sola y en un barrio caro, ¿quizá debería mudarse finalmente?), la perspectiva de tantas carrocerías de coches la agobiaba. En el momento en que el terrorista serbio obligaba a dar un volantazo al agente de la DGSE, ella removía el té con la cucharilla y asentía con la cabeza con toda la convicción de que era capaz. Tras múltiples bifurcaciones, Grégoire Vinaquier, nuevo presidente de Films Vinaquier, esbozó una amplia sonrisa y le dijo a Sylvia que el asunto «estaba cerrado». Un poco lenta por la convicción de haber boicoteado, con su indolencia y su falta de entusiasmo, toda perspectiva de un acuerdo, Sylvia no comprendía lo que de verdad había pasado. La sonrisa del productor, entre la cortesía y el deseo de devorar el planeta, la incomodaba. Según todas las apariencias, era de sí mismo de lo que estaba más satisfecho, y esa admiración a su propia persona se había extendido de un modo magnánimo a Sylvia.

* * *

Después de dejar a Grégoire Vinaquier, Sylvia cruzó la place d'Alésia con paso decidido, como quien sabe adónde va, aunque ese no fuera el caso; a pesar de las

apariencias, Sylvia no cruzaba la place d'Alésia, se encontraba en la terraza del sanatorio de Davos, desde donde observaba cómo caía la nieve. En el mundo real, seguía una calle tras otra sin mirar los nombres. En el peor de los casos, cenaría un poco más tarde, no tendría tiempo de pasar por Franprix y no recogería el edredón de la tintorería, como era su intención. Había llevado el edredón a la tintorería porque nunca conseguía meterlo en el tambor de la lavadora. No había previsto darse el lujo de llevarlo a lavar, aunque no había tenido más remedio. Podía haber ido a una lavandería automática, pero no, no podía por su miedo a los microbios. Estaba convencida de que había más microbios en las lavanderías automáticas que en las tradicionales. Era una idea retrógrada y poco democrática, pero no podía evitarlo. De todos modos, no había ninguna lavandería automática en su barrio, lo que resolvía el problema. No se veía transportando el edredón en el metro o el autobús. Palpó el tíquet en el fondo del bolsillo. Se percató de que era la tercera vez que veía la misma puerta cochera de color verde oscuro, pero ella no era la única que daba vueltas. Se había cruzado ya tres veces con un mísero perro marrón y amarillo, que también daba vueltas, en sentido contrario, con aspecto obstinado. Reconocía en él su propio extravío empecinado y esa propensión a avanzar sin ir a ninguna parte ni reparar en obstáculos. Todas las líneas rectas de su vida tenían la incómoda tendencia a volverse curvas. Igual que un cuadro en la pared que nos esforzamos sin éxito en enderezar, su vida tenía un aspecto torcido. Al pasar de nuevo por la puerta verde del garaje, se apoderó de ella la inquietud y tomó otra dirección. Esta súbita modificación de la trayectoria le dio la sensación liberadora de partir de nuevo. La decisión de cambiar de acera había adquirido una dimensión moral inesperada. Al afirmar su libertad soberana de ser humano Sylvia se encontró en la avenue Denfert-Rochereau. Fue allí donde vio, o creyó ver, a Odile Schlessinger, la madre de Louis, surgida directamente de otro tiempo. Odile, o la mujer que a Sylvia le pareció que era Odile, se precipitó en la estación Mouton-Duvernet. Sylvia echó a correr y entró a su vez en la estación, pero no sabía qué dirección tomar, pues la mujer había desaparecido de la vista. Tomó al azar la dirección de la Porte de Clignancourt. El tren llegaba al andén. Sylvia vio subir a los pasajeros e hizo lo mismo. Al llegar a la estación Vavin se preguntó por un instante si no estaba perdiendo la razón y bajó dos estaciones más adelante para hacer transbordo y volver a casa. No era cuestión de ponerse a perseguir fantasmas por las calles. En materia de alucinaciones, había decidido ceñirse estrictamente a Davos.

En el barrio de la estación de Austerlitz hay un antiguo convento transformado en residencia para los galardonados de la Fundación Jane Austen que regresan de su estancia de un año en Londres. Funcionarios del Ministerio de Cultura que trabajaban con la Fundación Jane Austen en el marco de los intercambios culturales franco-británicos habían señalado que, al volver a Francia, después de haber llevado en un

entorno encantador una existencia libre de todas las imposiciones de lo cotidiano, algunos de los jóvenes repatriados tenían dificultades para reemprender el curso normal de su vida. Ocho días después de su regreso, un galardonado en composición musical se había cortado las venas y sus padres lo sacaron *in extremis* de su baño caliente. El joven músico, que añoraba el piano Steinway de la Villa Jane Austen, era un caso extremo. En un orden menos dramático, algunos sufrían una depresión larvada o varios trastornos que expresaban, según la idiosincrasia de cada cual, su pesar por haberse ido de Chelsea. Llama la atención que ninguno de los antiguos huéspedes de la Villa Jane Austen hablara de Londres ni de Inglaterra. Decían simplemente Chelsea, como si se tratara de un país en sí mismo, una isla dentro de una isla, un mundo aparte en el que al parecer habían vivido lo mejor de su vida. Y sin duda Louis Schlessinger no habría escapado a la depresión si no se hubiera visto atrapado en el torbellino de su nueva y emocionante función de redactor jefe. Precisamente para evitar que los galardonados se deprimieran y permitirles mantener intacta su energía creativa, el Ministerio de Cultura ponía a su disposición, por un período de un año a partir de su regreso, el convento de las clarisas, que de este modo constituía una especie de compartimento estanco de seguridad, incluso de celda de transición, antes de regresar a la verdadera vida. El Ministerio de Cultura había adquirido el edificio, que antiguamente formaba parte del parque inmobiliario de la ciudad de París, en condiciones privilegiadas, cuyos términos exactos pocas personas conocían. Era una época en la que se oía decir que la gestión del parque inmobiliario parisino era especialmente opaca; de ahí su nombre, OPAC, pero de eso hace mucho tiempo.

El ambiente apacible y estudioso del elegante edificio de estilo románico permitía a los residentes terminar sus trabajos si no habían logrado acabarlos durante su estancia en Londres. Ese era el caso de Louis. Pero sus nuevas responsabilidades profesionales le permitieron no volver a dedicarse a la monografía de David Lean nunca más.

* * *

Una noche de enero, Louis volvió a casa más temprano, contento de poder terminar el visionado de un DVD de *El gabinete del doctor Caligari*, una película alemana muda de 1920, que había interrumpido por la mañana para ir al trabajo. Empujó la puerta del vestíbulo, abrió el buzón vacío y echó un vistazo al cartel que anunciaba una reunión de los antiguos internos de Chelsea para el viernes siguiente por la noche. No pondría los pies en ella, como tampoco lo había hecho en las anteriores. Una vez en su estudio, buscó enseguida el mando a distancia y reanudó el visionado de *El gabinete del doctor Caligari*. En una feria de otra época, en una Alemania lejana y alucinada, un anciano hombrecillo exhibe a un sonámbulo de rostro hermoso, extático y demente. Louis se hundió en el sofá y experimentó la deliciosa sensación de flotar

en el centro de la habitación bañada en la luz de las farolas de la rue du Fer-à-Moulin. En la pantalla, en un decorado de tela pintada, el sonámbulo se llevaba a la joven a la que acababa de arrancar del sueño. Louis oía a lo lejos los trenes de la estación de Austerlitz. Imaginaba a los viajeros bajando de los vagones y apresurándose por los andenes para ir a cenar a las *brasseries* y dormir en los hoteles del barrio de la estación. Sonrió, feliz de encontrarse así, mecido por los ruidos tranquilizadores del exterior mientras las imágenes surgían de la profundidad de los tiempos en el centro de la habitación y el guapo sonámbulo, interpretado por Conrad Veidt, remontaba la cresta de ángulos agudos de la locura.

En ese momento oyó que llamaban a la puerta. No esperaba a nadie y decidió hacerse el muerto. La luz no estaba encendida y la película muda no lo delataría. No tenía ganas de abandonar su alucinación ni el sofá jaspeado por las luces del exterior. La persona había dejado de llamar pero no la había oído alejarse. Por eso, sabiendo que su tranquilidad no estaba asegurada, cogió el mando a distancia, interrumpió el desfile y, contrariado, decidió ir a abrir. El hecho de que la persona se abstuviera de llamar de nuevo contribuía a irritarlo más, incluso le inquietaba, pues el silencio le parecía amenazador. Abrió la puerta. El fastidioso era una fastidiosa. Una mujer joven, de alrededor de treinta años, alta y morena, con un corte de pelo a la *garçon*.

—Buenas noches. Me presento, Véronique, su nueva vecina.

Desconcertado, Louis sonrió, por si acaso.

—Acabo de llegar de Chelsea.

—...

—¿Y usted? ¿Cuánto tiempo hace que ha vuelto?

—Seis meses, no, ahora siete.

—¿Así que podríamos habernos cruzado allí?

Se miraron unos instantes en silencio, como para asegurarse de que, efectivamente, no se habían cruzado nunca «allí».

—¿Cuál es su especialidad?

—Soy crítico de cine. He trabajado en una monografía sobre David Lean. ¿Y usted? —preguntó por guardar las formas, ya que no le interesaba lo más mínimo y tenía ganas de volver a ver *El gabinete del doctor Caligari*.

—Artes plásticas.

—Ah, muy bien.

—Parece que resulta duro volver a París después de haber vivido en Chelsea —continuó la muchacha—. Me han dicho que hay personas que se ponen enfermas.

—No lo sé.

—Mejor. Eso quiere decir que está bien.

Louis no contestó. Estaba a punto de preguntarle por qué no había llamado dos veces a la puerta, pero se abstuvo. Miró a la chica. ¿Se suponía que debía darle las

gracias por la molestia de ir a presentarse?

—De hecho, quería preguntarle si estaría de acuerdo en firmar la petición — prosiguió Véronique.

—¿Qué petición?

—Para que la ecónoma del convento acceda a aumentar la calefacción. Hace mucho frío aquí, ¿no le parece?

—No.

Y era verdad. Louis no era friolero y no tenía ninguna intención de firmar la petición.

—Tal vez pueda firmar de todos modos, por solidaridad.

—No, por principios, no soy solidario —respondió Louis sin dulzura—. Y, además, en general me parece que siempre ponen la calefacción demasiado alta.

—¿De veras?

—Sí, voy a tener que dejarla... Estoy trabajando.

—De acuerdo, yo... Perdona que le haya molestado.

Él ya había cerrado la puerta. Oyó cómo la chica se alejaba hasta que la puerta se cerró al otro lado del descansillo. Volvió al sofá a ver otra vez *El gabinete del doctor Caligari*, pero ahora el placer se había malogrado.

Al volver a casa, Sylvia había visto de inmediato el indicador rojo en el contestador. Laurent había dejado un mensaje informándola con sequedad de que había olvidado en su piso los CD y podía pasar cuando quisiera. Eso significaba en realidad que deseaba que pasara lo antes posible para quitárselos de encima. Hacía seis meses que Sylvia había dejado a Laurent, dos semanas después de que él le propusiera matrimonio. Desde entonces la llamaba a intervalos regulares para que recuperara cosas que, a petición de él, había dejado en su piso para que la separación no fuera demasiado brusca. Al parecer esa era la manera que había encontrado Laurent para deshacerse de su apego a Sylvia y asumir la ruptura. La llamaba una vez al mes y le pedía que fuera a recoger sus cosas, pero nunca todas de una vez, solo algunas, seleccionadas por él. Sylvia accedía, complaciente, a ese curioso ritual y acudía con regularidad al piso de Laurent para recuperar ciertos artículos cuya lista él le había comunicado por teléfono; una lista que, aunque aparentemente arbitraria, debía de obedecer a alguna dramaturgia secreta. Pero esa secuencia no tardaría en llegar a su fin, pues pronto no quedaría nada de Sylvia en el apartamento de Laurent.

Después de la ducha, siempre muy caliente, Sylvia se sirvió un Cointreau. Iría al día siguiente al piso de Laurent, y esperaba que fuera la última vez, ya que ese sistema de recuperación acababa por resultar fastidioso. Aparte de lo relacionado con la repatriación de objetos, Laurent y ella ya no se hablaban, lo cual no significaba que no tuvieran nada que decirse. Laurent consideraba que Sylvia era un monstruo frío y sediento de sangre, y le habría gustado hacérselo saber. Pero había conseguido

mantener siempre un vocabulario moderado. A Sylvia le caía bien Laurent, pero no había podido seguir a su lado. Sylvia no podía seguir al lado de nadie.

El Cointreau la hacía entrar en calor, y se preguntó cómo hacía la gente para vivir, aunque fuera mal. Y también, ¿cómo hacían las mujeres para ser de verdad mujeres? Había oído a unos hombres de letras preguntarse en un plató de televisión cómo se podía ser mujer. Daba la impresión de que creían que las mujeres lo sabían. Se percibía lo contentos que estaban de no serlo. A Sylvia la mayoría de las mujeres le parecían a la vez heroicas y dignas de lástima. En cuanto a ella, se había cansado muy pronto de ser una mujer. Era algo que nunca le había gustado de verdad. Mientras acababa la copa de Cointreau, se acordó de una noche, en una época muy lejana, cuando era muy joven, en que oyó decir a su madre: «La pobre Sylvia no será nunca una mujer de verdad». Con el tiempo se había hecho evidente que su madre siempre tendría razón. Esta conclusión reclamaba otra copa. Sylvia borró el mensaje de Laurent y se puso a buscar un disco que hacía tiempo que no escuchaba. En su casa había muchos discos y estaban desordenados. Además, como no los había recuperado todos, nunca estaba segura de si el que buscaba se había quedado en la estantería de Laurent, cerca del sofá azul ultramar. Abandonó la búsqueda al terminar el tercer montón. Se tumbó en el sofá y encendió el televisor, se encontró con una investigación de Maigret ya empezada y se quedó dormida.

Cuando se despertó, daban las noticias de la noche. Tendría que esperar a la próxima emisión del telefilme para saber quién había matado al marido de la señora Calas, cuyo cadáver habían encontrado decapitado. Quizá nunca lo sabría. Quizá leyera el libro. Ahora la idea era levantarse del sofá para ir hasta la cama. El viento, la ducha y el Cointreau se habían puesto de acuerdo para dejarla agotada, pero era una sensación muy dulce y agradable. Cuando iba del salón a la habitación le pareció que se dejaba algo, pero no tuvo ánimos para volver atrás. Se derrumbó atravesada en la cama. Hacia las tres de la madrugada se despertó por el frío, se deslizó bajo el edredón y volvió a dormirse de inmediato.

Al día siguiente llamó a Laurent para decirle que trataría de pasar por la tarde. Él respondió: «Pasa cuando quieras». No era verdad, ella solo pasaba a petición suya, aunque él le había dejado la llave. Probablemente eso formaba parte del ritual. Le devolvería la llave cuando todo hubiera terminado, cuando hubiera recuperado todas sus cosas. Esperaba sinceramente que ese extraño sistema hubiese ayudado a Laurent a soportar la ruptura. No obstante, no veía cómo, ya que pensaba que el acuerdo atormentaba más que apaciguaba. Si estuviera en el lugar de Laurent, habría preferido que todas sus cosas desaparecieran de una vez por todas. No comprendía su empeño en devolverle los compactos uno a uno. Se dijo que Laurent la detestaba de verdad. Estaba dispuesta a creer que se había comportado de un modo detestable, aunque había actuado de la mejor manera posible para no herirlo. Ese era uno de los problemas de Sylvia: no quería herir a nadie y no siempre lo lograba. Pero comprendía a los demás, en particular a los que le negaban la comprensión que ella

les concedía con tanta liberalidad. Quizá esa generosidad no fuera más que indiferencia. Al menos así la interpretaba Laurent, sumido en su pena y su resentimiento.

* * *

En el piso de Laurent, una asistenta que Sylvia no conocía pasaba la aspiradora. Al ver a Sylvia, la apagó. Era evidente que esperaba explicaciones por la intrusión en plena tarde de aquella mujer a la que no había visto nunca. Sylvia le dijo que había ido a buscar unos CD, que Laurent estaba al corriente, y, como si se sintiera cogida en falta, creyó conveniente levantar la mano para mostrar que tenía la llave. La mujer se quedó tranquila, movió ligeramente la cabeza y encendió de nuevo el aparato, cuya respiración llenó la estancia. Sylvia permaneció en el umbral del salón, que, con los muebles arrimados a la pared, estaba irreconocible. Con el soplido de la aspiradora, el salón recordaba el vestíbulo de una estación surcado por el viento. Sylvia había esperado, una noche tras otra, hundida en esa mecedora azul ahora colocada en un rincón, la llegada de Laurent, que se producía sin falta a las nueve menos cuarto. Se preguntó si tendría la oportunidad de volver a ver ese salón en su estado normal o si la última imagen que conservaría de él sería ese campo devastado. Cruzó el umbral, llegó hasta la estantería y recuperó el estuche de cuartetos de cuerda de Beethoven, de acuerdo con el deseo de Laurent. Reparó entonces en que aún quedaban un CD de Scarlatti y *Between the Buttons*, de los Rolling Stones. Comprendió que esa no era aún la última vez, y la idea la deprimió. Tuvo la tentación de coger los CD restantes, para poner fin de una vez por todas a aquella ceremonia de despedida excesivamente larga. Pero temió desbaratar la paz relativa que Laurent parecía haber encontrado. Al marcharse pasó por delante de la cocina y, por el resquicio de la puerta, le pareció ver por un instante la silueta de Fatima, la señora de la limpieza caboverdiana que siempre quería hacerle la comida. ¿Qué había sido de Fatima? ¿Dónde estaría ahora? ¿Habría encontrado otra casa y otras personas a quienes prepararles comidas?

Al bajar por la avenue de Friedland, Sylvia se preguntaba si la vida era mucho más que la sucesión de lugares en los que uno había vivido. Sí, desde luego, mucho más, ya que estaban también las personas que uno había conocido. Pero las casas y las personas formaban series finitas. A pesar de esta evidencia, o a causa de ella, la idea de que todo en la vida existía en número finito impresionaba a Sylvia. Contó que desde su nacimiento había vivido en tres casas y tres pisos diferentes. En resumidas cuentas, era poco. Y, no obstante, mucho más que la mayoría de la gente. Querría acordarse de todo, pero de algunas cosas solo recordaba fragmentos: la bola de cristal de la barandilla de una escalera por la que bajaba a horcajadas, el motivo de un embaldosado con un arabesco azul que se enroscaba como la punta de un helecho y

que había encantado su mirada cuando era niña, o la puerta cerrada de una habitación del desván en la que, por miedo a algo que nunca había visto ni nombrado, jamás había llegado a entrar.

Hacia el mes de abril, cuando ya creía que se había librado de ella al negarse a firmar su petición, Louis tuvo la desagradable sorpresa de que su vecina de artes plásticas volviera a molestarlo. Esta vez fue el visionado de *Nosferatu* lo que tuvo que interrumpir. No quería hacerle firmar una necia petición, sino enseñarle sus trabajos artísticos. Louis se fijó en que tenía las manos grandes, nudosas y totalmente peladas.

—He terminado la serie que empecé en Chelsea —anunció radiante—. Me haría ilusión que vinieras a verla.

Así que ahora lo tuteaba. Louis buscaba una excusa, pero no la encontró. Levantó la mirada de las manos peladas hacia el rostro de tez oliva. Precisamente, con su larga silueta desgarbada y el cabello muy negro, Véronique le recordaba a Olivia, la compañera de Popeye.

—No te llevará mucho tiempo; es en esta misma planta. La fundación ha puesto a mi disposición una sala para trabajar.

Louis seguía buscando la excusa, pero empezaba a resignarse.

—¿Tienes unos minutos ahora?

—¿Ahora? Estaba trabajando.

—Sí, pero siempre estás trabajando, así que da lo mismo que sea ahora o más tarde. Vienes y así no te molestaré más.

—Eh... Visto así... Pero no entiendo nada de artes plásticas.

—No importa, no trabajo para los especialistas, en fin, eso espero. Y además, no es del todo cierto, porque el cine es también un arte plástico.

Louis guardó un prudente silencio; no deseaba iniciar una discusión de carácter teórico. Ahora seguía a Véronique por un corredor del primer piso. Estaba un poco inquieto por lo que iba a ver. Mientras caminaba, miraba las manos de la chica, peladas, o raspadas, no lo sabía, pero blancuzcas, de un color muy distinto del aceitunado de su rostro. Lo hizo entrar en una estancia grande donde vio una decena de objetos de metal y vidrio, de una altura máxima de dos metros. Al cabo de unos segundos Louis identificó las «esculturas» o ensamblajes de materiales como chorros de agua estilizados e inmovilizados al brotar, antes de caer de nuevo según las leyes de la gravedad, pero sin llegar a tocar tierra. Se puso a caminar entre las esculturas buscando algo que decir que fuera la expresión más exacta de lo poco que pensaba.

—No resulta desagradable a la vista. A decir verdad, tenía miedo de que fuera horrible, así que estoy muy aliviado.

Sonrió a Véronique y ella estalló en carcajadas.

—¿He dicho algo divertido?

—No, has dicho solo lo que pensabas. Me parece bien. Me gusta la gente desagradable como tú. ¿Es natural o te esfuerzas?

—No quisiera presumir, pero creo que es natural.

Lo invitó a tomar una cerveza en su estudio. La cerveza estaba tibia porque el frigorífico acababa de averiarse y aún no había tenido tiempo de notificarlo a mantenimiento. Su estudio era más o menos del mismo tamaño que el de Louis y estaba distribuido igual que el suyo. Pero había colgado en la pared, aquí y allá, fotografías de sus esculturas y esbozos de objetos futuros que Louis evaluó en silencio mientras bebía la cerveza a sorbitos. Cuando la botella estuvo medio vacía, la depositó en la encimera de la cocina americana, dio las gracias y dijo que tenía que trabajar. Véronique asintió con un largo movimiento de la cabeza. Cuando estuvo de vuelta en su estudio, terminó de ver *Nosferatu*. Después trabajó dos horas en un artículo. El hambre lo interrumpió, y se dio cuenta de que no tenía nada de comer en el frigorífico. Salió para comprar un bocadillo de jamón en un kiosco frente a los andenes de las líneas de largo recorrido de la estación de Austerlitz. Iba allí a menudo porque, fuera la hora que fuese, el pan estaba fresco. Anduvo por la orilla del río mientras comía. Empezó a caer una lluvia fina. No tenía ganas de volver a casa enseguida, pero quería terminar el artículo antes de la mañana siguiente. Se concedió un cuarto de hora de caminata bajo la llovizna, el tiempo de volver a la rue du Fer-à-Moulin. Después de acabar el artículo, se puso a ver *El último*. Esa noche estaba cerca de considerar a Murnau el cineasta más grande de todos los tiempos, y con este pensamiento se durmió.

Grégoire Vinaquier había llamado a Barnabé Lubert al día siguiente de su encuentro con Sylvia y habían empezado a negociar los términos de un contrato. Según Barnabé, todo se presentaba bien. Sylvia no veía el modo de interrumpir el proceso al final del cual tendría que firmar un contrato y ponerse a escribir una historia sobre un espía con estados de ánimo. Desde hacía unos años, a los espías les había dado por tener estados de ánimo. Había una toma de conciencia en los servicios secretos y, como consecuencia, una depresión endémica. Sylvia tenía que tomar algunas decisiones delicadas con relación a la dramaturgia. La mujer del protagonista ¿quería divorciarse porque estaba harta de que su marido llegara tan tarde a casa? Tal vez él le había mentado por razones de seguridad muy comprensibles, pero ¿le perdonaría ella que la hubiera apartado así de su vida? Quería compartirlo todo con él porque lo amaba, y porque lo amaba al final optaba por marcharse. Tras la ruptura el protagonista se quedaría muy mal psicológicamente y daría con un bar donde echar unos tragos. En ese momento se produciría un acontecimiento espectacular que lo sacaría de su apatía. Quizá el secuestro de su mujer, o del hijo de ambos (y entonces su mujer sentiría aún más ira contra él por haber elegido un oficio demasiado

peligroso para un padre de familia), o bien, en un registro menos íntimo, la explosión de una central nuclear. ¿Qué oscura razón llevaba a Sylvia a aceptar un trabajo que no tenía ganas de hacer? Sin duda el alquiler prohibitivo de su piso debía de tener algo que ver con esta decisión. Es cierto que podía mudarse a una vivienda menos grande, pero la mera idea de ponerse a visitar pisos la extenuaba. Aparte de la cuestión económica, estaba también la circunstancia de que la escritura de un guión le recordaba una época de su vida que, aunque no hubiera sido especialmente feliz, había sido interesante por el solo hecho de que correspondía a su juventud. Quizá hubiera además otra razón: quería divertirse, ya que tenía clavada en el alma la extraña sensación de que le quedaba demasiado tiempo por delante. No hay que tomarse a broma la diversión, es una cosa seria.

* * *

La mirada de Sylvia se desvió hacia el tablón de corcho donde había un billete de ferrocarril prendido. Había olvidado que tenía que asistir al Festival de Merliniac, una ciudad en el sudoeste de Francia, ese mismo día. Y, desgraciadamente, aún no era demasiado tarde; el viaje en tren hasta la ciudad en cuestión era de cinco horas. Echó agua en la tetera y se sentó a la mesa de la cocina como si nada. Mientras se preparaba el té resolvió que se quedaría en casa, aunque tuviera que contar cualquier historia a los organizadores. Y como para reafirmarse en su decisión, o para darle carácter definitivo, bebió el té con una lentitud desacostumbrada. Estaba decidida a hacer como si el billete de ferrocarril no estuviera clavado en el tablón de corcho de la cocina, justo enfrente de la silla donde estaba sentada. No lo conseguía del todo, pero tenía la intención de esperar tranquilamente a que fuera demasiado tarde para ir. Entonces quedaría liberada de toda obligación. Por eso se bebía tan despacio el té. Era un té muy caliente, con mucha leche y azúcar, como a ella le gustaba. Le habían dicho que un día llegaría a tener diabetes a fuerza de tomar tanto azúcar, pero no por eso había disminuido el consumo. No hay que desperdiciar el poco consuelo que se puede tener en este mundo. Sylvia lo encontraba en Davos, las matemáticas y la repostería. Empezaba a dejarse llevar dulcemente, y pronto se habría encontrado en el sanatorio si no hubiera sonado el teléfono. Era Viviane Mangeain, una responsable del Festival de Merliniac, que con amabilidad le recordó la hora en que partía el tren. Su voz era dulce y jovial, y Sylvia dijo cobardemente que estaba a punto de marcharse. Cuando Viviane colgó tras desearle buen viaje, no quedaba más de una hora y media para la salida del tren.

* * *

Sylvia subió por los pelos a un vagón cualquiera y atravesó varios coches hasta la

parte delantera del tren. Una vez que se hubo sentado en el asiento indicado en su billete, bajó la mesita que tenía delante, decidida a trabajar. Pero su resolución fracasó. El aire acondicionado no funcionaba. Además, un chiquillo aullaba a tres metros y el tipo sentado frente a ella daba la impresión de estar dispuesto a hacerle toda clase de favores. El viaje prometía ser insoportable. Le pasó por la mente la idea de apearse. Bien podía ser que, a pesar de sus esfuerzos, hubiera perdido el tren. Esas cosas le pasaban a cualquiera. Un instante después la mentira le pareció lamentable. Y ya que se había arrastrado hasta la estación, más valía ir. Si bajaba y fingía haber perdido el tren, Viviane le propondría que tomara el siguiente y, con actitud magnánima, se haría cargo de los gastos. Tendría que coger el siguiente tren y habría perdido aún más tiempo. Bien mirado, más valía soportar estoicamente la avería del aire acondicionado, la fogosidad del crío y la sonrisa cómplice del compañero de viaje. Por otra parte, quién sabe si ese viaje no le reservaba agradables sorpresas. Cuando el tren se puso en marcha, se reclinó en el respaldo del asiento. Después su frente fue al encuentro del vidrio. Y mientras se deshidratava tranquilamente, la última reflexión razonable que tuvo fue que las provincias no estaban bien comunicadas con la capital. Al cabo de un rato, tras la pantalla del vidrio de la ventana, los paisajes que desfilaban adquirieron la blancura incandescente de la nieve.

Sylvia permaneció en el sanatorio de Davos el tiempo que duró el viaje de París a Merliniac. En Davos, un grito procedente del ala oeste del edificio había atravesado la noche. Sylvia se había despertado sobresaltada y, aunque no eran más que las cinco de la mañana, no consiguió volver a dormirse. Vio cómo la aurora desvelaba la montaña, se dijo que nada cambiaría y que era dulce vivir en un país en el que la nieve se llamaba eterna.

* * *

El tren llegó por fin. Le había parecido oír un ruido en los ejes. En el mundo moderno, ¿era razonable tardar cinco horas para ir de París a una ciudad de provincias? ¿Y que los trenes estuvieran montados sobre ejes? Los ejes parecían pertenecer a un mundo ya desaparecido, un mundo con mecanismos de hierro, cuando todos deberíamos movernos por el espacio intergaláctico y sin carburante, o con un carburante sin materia. Estas reflexiones sin duda venían provocadas por la indisposición que Sylvia sufría en los viajes desde la infancia. ¿Cuántas veces había vomitado en la parte de atrás de los Citroën Tiburón de su padre cuando iban de vacaciones por la ruta del sol? Desde entonces detestaba las adelfas rosa que acechaban la autopista, heraldos de todos los horrores que vendrían, quemaduras de sol, buñuelos llenos de arena, picaduras de insectos e insomnios mediterráneos. El Mediterráneo siempre le había crispado los nervios.

Hecha polvo, pegada al vidrio como una ventosa, Sylvia esperó a que todos los

pasajeros hubieran bajado. Finalmente un empleado de la compañía de ferrocarriles acudió a informarla de que el tren no iría más lejos. Merliniac era el final de línea. Sylvia se levantó y se quejó de los ejes. El revisor le aseguró que no se trataba de los ejes, pero no supo decirle de qué se trataba. Llevaba veinte años en el oficio y era la primera vez que un viajero lo interrogaba sobre los ejes. Sylvia bajó del tren. No sabía de dónde había venido el grito agudo que la había sobresaltado. De todas maneras, tenía la impresión de que nadie respondía nunca a sus preguntas.

* * *

En el vestíbulo de la estación una auxiliar del festival esperaba a Sylvia y a otras cuatro personas que habían viajado en el mismo tren. En el cuartel general, ofrecían a todos y cada uno de los asistentes una bolsa con productos locales. Después, otro auxiliar llevó a los participantes en el festival al hotel Calisson, un edificio moderno que dominaba de manera incongruente la place du Marché. Al entrar en el vestíbulo, Sylvia se quedó sorprendida por la decoración de chalet de montaña, con revestimientos de madera y cabezas de corzo colgadas en las paredes. Esperaba un interior provenzal con botellas de aceite de oliva y figuritas de belén. Mientras reflexionaba sobre el porte altivo de los ciervos de la pared, sintió que se posaba en ella la mirada del recepcionista, cuya cabeza cuadrada salía de una camisa de trampero a cuadros de color rojo y verde abeto, en armonía espiritual con las cabezas de ciervo. El recepcionista deslizó sobre el mostrador una ficha de registro que Sylvia rellenó aplicadamente. Le entregó una llave y ella tuvo fuerzas para preguntar si le habían dado una habitación en el último piso del hotel, como había pedido. Para gran alivio de Sylvia, el recepcionista le confirmó que el personal del festival había transmitido el mensaje y que ya se había hecho lo necesario.

El ascensor subió los seis pisos sin detenerse. El hotel parecía vacío, había poca actividad a esa hora. La habitación era grande y confirmaba la impresión que le había causado el vestíbulo. La falta de adecuación con la ciudad, y podría decirse que con el resto del mundo, era evidente. La decoración —aunque el término sea audaz— no obedecía a ningún principio discernible. Todo era estrictamente funcional, pero las paredes recubiertas de madera recordaban el estilo de chalet de alta montaña del vestíbulo de recepción. Sobre la cama había una manta de viaje a rayas marrón y verde bronce, a juego con el verde bronce del empapelado. Sylvia enseguida se sintió a gusto en la habitación, cuyo impecable silencio, que ni siquiera alteraba el sonido sibilante del ascensor en el otro extremo del pasillo, la tranquilizaba. Tuvo la convicción de que ningún cliente subía a ese piso. Era como si la planta estuviera condenada, «vedada al público», pero la hubieran abierto especialmente para ella. Se acercó a la ventana y vio que era una ventana de guillotina que no se abría y que daba

a una especie de área de descarga en la que no había ningún vehículo. Se preguntó si la dirección del hotel había bloqueado las ventanas para prevenir las posibles ganas de lanzarse al vacío que el curioso ambiente podía despertar en clientes de gustos más convencionales que los suyos.

Sylvia siempre pedía que la instalaran, si era posible, en el último piso de los hoteles. Oír pasos por encima de su cabeza le resultaba insoportable. Con el transcurso de los años, su intolerancia al ruido había hecho que los traslados se le antojaran cada vez más penosos. Su sueño precario exigía rincones oscuros y silenciosos casi imposibles de encontrar en el mundo moderno, pues siempre hay un televisor encendido en alguna parte, un coche que pasa, y la iluminación urbana supone un obstáculo a la oscuridad bienhechora. No es que deseara la desaparición de los televisores ni que llevaran los coches al desguace, pero necesitaba noche y silencio para poder dormir o solo descansar. Descansar había llegado a ser para Sylvia lo más difícil del mundo, y prácticamente había renunciado a ese proyecto en vista de su extravagancia. Quizá esa era una de las razones por las que le gustaba tanto Davos, ya que al menos allí, en la montaña, encontraba un poco de reposo.

Ahora que se encontraba a gusto en la habitación del hotel, no tenía ganas de volver a bajar, pero el hambre la salvó de su enclaustramiento voluntario. Se acordó de que la auxiliar le había indicado que cada media hora salía del hotel un minibús lanzadera hacia el Trianon Palace, en el centro de la ciudad, que constituía el punto de encuentro de los asistentes al festival. Sylvia bajó justo a tiempo de coger el minibús, al que acababan de subir otros cinco participantes que se alojaban en el mismo hotel. Se estaban quejando. Uno de ellos, un chico de unos treinta años, Fabien, había oído decir que los habían llevado a ese hotel debido a un error de la organización. Repitió varias veces la palabra «organización» para referirse a «la gente del festival» o «el personal». La organización se había equivocado de alojamiento. El hotel al que les habían destinado inicialmente era un establecimiento llamado la Terrasse, mucho más «acogedor y moderno» que el Calisson. El error lo había cometido una auxiliar. Menos mal que había auxiliares que cometían errores, pensó Sylvia, mientras Fabien decía que iba a encargarse personalmente de arreglar el asunto. No se podía estar en un hotel con papel pintado marrón y ventanas de guillotina. Sylvia se enteró así de que su habitación no era distinta de las demás. En cuanto llegaron al Trianon, Fabien fue en busca de Viviane y pidió que lo cambiaran de hotel. Los otros cuatro, animados, hicieron lo mismo. La palabra «siniestro» se pronunció varias veces, y la palabra «fúnebre» en dos ocasiones. Sylvia le aseguró a Viviane que el Calisson le parecía muy bien. Corinne, una becaria estudiante de historia del arte, quedó encargada de encontrar una solución. Pero las circunstancias no favorecían los cambios, ya que esos mismos días se celebraba en alguna parte de la ciudad un congreso sobre embalajes modernos. El hotel la Terrasse estaba

completo. Sin embargo, a base de empeño —no habría en este mundo ningún festival si no se pudiera contar con la abnegación exagerada de meritorios voluntarios y explotados— Corinne acabó por encontrar un viejo hotel, el Marquis, «un poco alejado del centro», puntualizó, pero muy agradable (por prudencia había ido a verificarlo por sí misma). Sylvia tuvo que insistir mucho para que la dejaran en el Calisson, ya que Corinne la había incluido en el grupo de descontentos y había anunciado en el Marquis la llegada de seis personas. Por lo general era Sylvia quien pedía cambiar. La inversión de la situación la reconfortó. Esta vez era ella la única que se encontraba a gusto donde estaba. Se olvidó del cansancio del viaje en tren y le pareció que el cambio de aires empezaba a sentarle bien.

En el vestíbulo del Trianon Palace, unos cuantos jóvenes cineastas conversaban de las diversas fases de progreso de sus futuros primeros largometrajes, de los productores con quienes esperaban firmar un contrato, de la posible participación de una cadena de televisión analógica o no analógica en la financiación de su proyecto. Por suerte, nadie intentó arrastrar a Sylvia a una de esas conversaciones. Al entrar en el vestíbulo la había invadido una mezcla muy suya de fastidio y pánico, acompañada de un deseo irreprimible de estar sola. Pero otro auxiliar —surgían de todas partes— invitaba a los asistentes a ir al restaurante.

Habían instalado las mesas bajo una pérgola, sobre la cual el cielo empezaba a cobrar un color morado. Unas veinte personas estaban ya sentadas, pero, por temor a incomodar alguna complicidad naciente o antigua, Sylvia no se atrevió a completar ninguna de ellas. Prefirió sentarse a una mesa todavía vacía. Una vez sentada, se le ocurrió que quizá nadie tomaría asiento junto a ella y que seguiría sola en su mesa mientras los que iban llegando se aglutinaban en las ya ocupadas. Se preguntó qué era peor, si cenar sola en esa mesa tan grande o tener que conversar cuando no le apetecía. En términos absolutos, prefería cenar sola, pero, con toda esa gente alrededor, para pasar desapercibida más valía estar acompañada. Una chica se sentó, o más bien se dejó caer, en la silla que había frente a Sylvia, que esbozó una sonrisa de bienvenida y quizá de agradecimiento por evitarle la incomodidad de permanecer sola a la mesa.

—Buenas noches. Marie-Pierre.

—Buenas noches. Sylvia.

—¿Sylvia? ¿De verdad? Tengo una abuela que se llama Sylvia. Por parte de mi madre. En fin, se llamaba, porque murió. Tenía un montón de enfermedades y no se sabe cuál de ellas la mató.

Un poco desconcertada por esa presentación, Sylvia se preguntó qué parte de incomodidad y de timidez había en el entusiasmo de la joven.

—Hace unos años, un chico que conocía me dijo que era un nombre de peluquera, más exactamente de ayudante de peluquería —respondió Sylvia sonriendo.

—¿No le gusta llamarse Sylvia? ¿Y no le gustan los peluqueros? —preguntó Marie-Pierre con asombro no fingido.

—No, no demasiado. Quiero decir, no me gusta llamarme Sylvia y no me gustan los peluqueros, pero no hay ninguna relación entre las dos cosas.

A Sylvia la divertía el giro que tomaba la conversación y miró a Marie-Pierre con curiosidad. Era una chica alta, morena, un poco desgarbada, con un corte de pelo escalonado que indicaba que tampoco visitaba con frecuencia a los profesionales de la peluquería. Se notaba sobre todo en el flequillo, que dibujaba una línea incierta y caía al bies sobre la frente, en la que se distinguían algunos granitos o marcas discretas de acné; probablemente el flequillo estaba destinado a disimularlos. Los oscuros y finos cabellos de la joven estaban recogidos en una cola de caballo con un prendedor adornado con un lazo de terciopelo de un bonito color rojo oscuro.

—¿Está aquí por una película que ha dirigido?

Sylvia pareció no comprender y Marie-Pierre sintió la necesidad de aclarar:

—¿Pasan una película suya aquí?

—No. En fin, sí, pero no la he dirigido yo, solo he escrito el guión. El realizador no podía venir, y los intérpretes tampoco, por eso me pidieron que viniera para «acompañar» a la película.

Al decir esto, le entraron ganas de reír.

—¿Cuándo la ponen?

—No lo sé.

—¿No tienes el programa? Perdóneme, ¿puedo tutearla?

—Sí, claro.

—Está en la bolsa que hemos recibido al llegar. ¿No te han dado una bolsa?

—Sí, pero no he tenido tiempo de abrirla y la he dejado en el hotel.

—¿Has venido en el tren de las seis y siete?

—El que tendría que haber llegado a las seis y siete, sí.

—Yo también. Se me ha hecho largo el viaje, ha sido por las cabras.

—¿Qué cabras?

—Parece que había un rebaño de cabras en las vías y no quería moverse.

Marie-Pierre hundió la mano en su bolso de rafia tejida con perlas, conchas y toda clase de cosas, y sacó el catálogo del festival.

—¿Cómo se llama tu película?

—*Axiome*.

Marie-Pierre repitió *axiome* con cara de perplejidad.

—El director prefería *Théorème*, pero el título ya existía.

—Nunca he sabido la diferencia entre las dos cosas.

—El axioma es una proposición que no se puede demostrar o que se admite como evidente sin demostrarla, mientras que el teorema es una proposición que puede

demostrarse.

Marie-Pierre asintió con la cabeza para indicar que había comprendido y se puso a buscar en las columnas del programa.

—Aquí está. *Axiome*. Mañana, a las cinco, sala grande del Trianon Palace. Dice: «Con la presencia de la guionista».

—¿Ah, sí? —respondió Sylvia con un asombro teñido de espanto.

—Sí, lo dice —confirmó Marie-Pierre con un aire de autoridad—. Al público le gusta hablar con la gente que ha trabajado en las películas.

—Pero yo no tengo nada que decir...

—Basta con responder a las preguntas. Suelen ser sencillas, creo yo.

Marie-Pierre le contó que tenía la costumbre de asistir a los pases para la crítica en París y que sabía bien cómo eran y el tipo de preguntas que hacía «el público» en la sala. Bajó la vista de nuevo hacia el programa.

—¿Es una película de hace cinco años? —preguntó con sorpresa, quizá con cierta decepción.

—Sí, es una antigualla. Es...

—¿Entonces no está seleccionada?

—No, claro que no. La han escogido porque la acción transcurre en una piscina.

—Ah, sí, es la selección temática... El cine en la piscina... Tiene gracia. Es verdad, ahora que lo pienso, hay muchas películas en las que aparece una piscina.

—Sí, es un marco bonito, y piscinas hay en todas partes —respondió Sylvia, abrumada por la evidencia de lo que decía.

—Sí, son muy visuales las piscinas.

Sylvia asintió con la cabeza. Observó que Marie-Pierre y ella seguían solas en la mesa. Era inquietante. Le habría gustado que llegara alguien más para que hablara de cine con Marie-Pierre. Esta volvió a hundir la mano en el bolso y sacó una cajetilla de cigarrillos.

—No compite. Lástima. Es bueno conseguir un premio en un festival.

Le ofreció un cigarrillo a Sylvia, y esta lo rehusó. Se decidió a coger la botella de vino tinto y sirvió a Marie-Pierre.

—Ah, gracias. Tengo una sed... Es por el tren, hacía muchísimo calor. Creo que el aire acondicionado estaba averiado. ¿No pasaste calor?

—Sí.

—Tenía la impresión de que estaba cruzando el desierto en una caravana. Y pensar que habrá que coger el mismo tren a la vuelta.

—Quizá no haya cabras. Y quizá hayan arreglado el aire acondicionado —aventuró Sylvia con un optimismo que a ella misma la asombró.

Sin duda era el primer efecto del brouilly. Desafortunadamente, Marie-Pierre tenía ganas de hablar de cine.

—¿Has escrito otras películas después de esta?

—No —dijo Sylvia mintiendo con descaro, pues no tenía fuerzas para hablar de

su filmografía, por otro lado limitada y poco gloriosa.

Marie-Pierre miró fijamente a Sylvia, quien tuvo la impresión de que la joven iba a preguntarle si había tenido una enfermedad grave que le hubiera impedido escribir más guiones. En la biografía de Sylvia se había abierto una enorme fisura, lo que sumió a Marie-Pierre en la perplejidad. ¿Qué había podido pasar en su vida para que no escribiera más películas?

—¿Habías hecho otras antes? —le preguntó Marie-Pierre, probando un enfoque menos directo, para delimitar el problema.

—Sí, bueno, solamente escrito —respondió Sylvia—. Pero de hecho no es lo mío. Quiero decir que el cine no es lo que más me gusta.

—¿Cómo es eso? —le preguntó Marie-Pierre, aparentemente consternada ante la idea de que alguien pensara que había algo mejor que hacer películas cuando se había tenido la suerte de hacer una.

—Pues soy profesora de matemáticas.

—¿Profe de mates? —repitió Marie-Pierre como solemos hacer cuando no sabemos qué decir o para asimilar algo pasmoso.

Pues si bien el destino podía sembrar el camino de emboscadas e impedir un rodaje (la negativa del Centro Nacional de Cinematografía a participar en la financiación, un productor que desaparece con el dinero, una cadena de televisión analógica que se retira del proyecto en el último momento, el suicidio del actor principal o incluso daños no previstos en el seguro a todo riesgo), decidir por voluntad propia no hacer más películas era algo inconcebible para Marie-Pierre, y así lo expresó con todo su candor de «loca por el cine», como decía refiriéndose a sí misma. Insistió, quiso saber el porqué, y Sylvia buscó una buena razón, y se le ocurrían muchas, pero no creía que tuvieran buena acogida por parte de Marie-Pierre.

—Me pedían que escribiera siempre las mismas historias —acabó por responder.

—Entonces, tenías que proponer otra cosa, tus propias historias.

—Al parecer mis propias historias son demasiado raras para la gente.

Marie-Pierre estaba convencida de que así era. Algo chirriaba en las explicaciones de Sylvia.

—Dejar de hacer películas para ser profe de mates es algo que no entiendo.

—Pero yo nunca quise hacer cine. Lo que quería era conseguir la medalla Field.

—¿Y eso qué es?

—El mayor galardón en matemáticas. Igual que el premio Nobel, pero mejor.

—¿Como la Palma de Oro, pues?

—Sí, si lo prefieres.

—Pero nadie conoce eso, esa medalla, como se llame. A nadie le importa un comino. Mientras que todo el mundo conoce la Palma de Oro.

—Sí, ¿y eso qué más da?

—Quiere decir que el cine es capaz de reunir a un montón de gente, mientras que las mates son solo para gente que tiene aptitudes.

—Eso de las aptitudes es una leyenda.

—Sí, bueno, aunque sea una leyenda, yo no tengo aptitudes.

—Yo tampoco. Las mates son lo más universal que existe. Son las matemáticas lo que determina la realidad que percibimos... A menos que sea a la inversa.

—¿Qué es la inversa?

—Que las matemáticas sean lo que hace posible que el hombre perciba la realidad sin por ello ser constitutivas de esa realidad.

—Uf, eso es demasiado difícil para mí.

—Además, todas las personas del planeta pueden comprender una ecuación, mientras que las películas, después de todo, hay que traducirlas.

—Yo no he conseguido nunca resolver una ecuación.

—¿Ni siquiera de primer grado?

—¿Qué es el primer grado?

El ánimo de Sylvia se alteró bruscamente. Se sentía incómoda consigo misma por haber invocado lo universal para apoyar sus palabras sobre las matemáticas. Después de todo, no había resuelto la cuestión de si lo real era de esencia matemática o si las matemáticas eran «solamente» el medio por el cual la mente humana podía acceder a lo real. Sabía muy bien que eso de lo universal era dinamita, que había que manejarlo con tanta precaución que, a decir verdad, era mejor no manejarlo en absoluto. Había que cerrar de una vez por todas el pico con relación a lo universal. Y sobre todo no utilizarlo como argumento para vender algo. ¿Por qué se había metido en el atolladero de esa conversación ociosa en la que exponía argumentos de charlatán metafísico? Al mismo tiempo, desconfiaba de los que se expresaban en contra de la existencia de lo universal. Y también le disgustaba experimentar cierto desdén hacia Marie-Pierre. La verdad es que a Sylvia le costaba comprender que alguien fuera una nulidad en mates. Entre las matemáticas y lo universal, en ese momento se veía a sí misma como una integrista. No soportaba su propia debilidad ni tampoco la de los demás, y le pasó por la cabeza que esa era la razón por la que no soportaba el ruido que alteraba la pureza del silencio. El ruido que al mismo tiempo era la señal de la existencia de los otros. De hecho, no soportaba nada aparte de las matemáticas y las nieves eternas de Davos. Todo su entusiasmo había desaparecido de pronto, y en ese instante se gustaba aún menos que de costumbre. ¿Tal vez fuera el hambre la causa de su malestar? Cayó en la cuenta de que no había tomado nada después del té que había bebido lentamente en la cocina mientras esperaba que se hiciera tarde para coger el tren. Terminó la copa de brouilly y le preguntó a un camarero que pasaba si iban a servirles la comida pronto. Él respondió que había que esperar a que la mesa estuviera completa. Como todas las demás mesas estaban ya servidas, a Sylvia se le ocurrió la idea de que se hallaba en el centro de una zona radiactiva y que ella era la única, junto con Marie-Pierre, que no lo sabía. Debían de parecer dos chicas despistadas. Por suerte, nadie les prestaba atención.

—Mira, lo importante es encontrar lo que a uno le gusta hacer de verdad —

concluyó Marie-Pierre en tono conciliador.

Era un paso hacia el terreno de la comprensión mutua. Al mismo tiempo, en el tono de Marie-Pierre Sylvia creyó percibir no solo un deseo apaciguador, sino también quizá una duda, cierta ansiedad con relación a lo que a ella misma, a Marie-Pierre, le gustaba de verdad, ya fuese porque aún no lo había descubierto o porque fuera inalcanzable. Sylvia comprendió o adivinó esa noche que, al acudir al festival, Marie-Pierre esperaba conocer a gente del mundo del cine, y se dijo con cierta tristeza e incomodidad que la muchacha no tenía mucha suerte al haber dado con ella. Si su hipótesis era correcta, entendía mejor la confusión de Marie-Pierre al enterarse de que la primera persona con quien tenía la ocasión de coincidir en la mesa y conversar un poco era profesora de matemáticas. Adivinaba su decepción y sentía muchísimo ser la causa involuntaria de la misma.

Cuando Sylvia preguntó a su vez a la muchacha si había ido a presentar una película, ella respondió: «¡Yo no! He venido solo a ver». Intuyendo que Marie-Pierre no deseaba hablar de sí misma, y menos aún de lo que hacía «en la vida», no insistió. Más tarde se enteró de que era secretaria suplente, con un contrato por obra y servicio, en una casa de instalación y reparación de calefacción central en el distrito veinte de París; Lebrissard e Hijos, se llamaba la empresa. Al enterarse de que era una «loca por el cine», un cliente, para agradecerle su actitud diligente cuando hubo una avería en la calefacción de su edificio, había intercedido ante su hijo, amigo de uno de los organizadores del Festival de Merliniac, para que la invitaran. Así pues, era la primera vez que asistía a un festival de cine y estaba legítimamente impaciente por conocer al máximo número de gente posible. Era un caso evidente de mala suerte que ella, Marie-Pierre Vautier, hubiera topado con Sylvia Delaunais, la única profesora de matemáticas de todo el festival.

Al final, rompiendo el nefasto aislamiento de Sylvia y Marie-Pierre y desafiando la radiactividad que asolaba su sector, dos mujeres fueron a sentarse a su mesa. Una rubia que debía de tener apenas veinte años, con un vestido de tirantes ceñido de color turquesa que hacía parecer aún más blanca su piel lechosa, y una morena de unos cincuenta años que ofrecía un aspecto arrugado con su conjunto de lino color arena. Sylvia no comprendía la moda del lino, ese tejido que siempre parecía haber salido de una botella. Las dos mujeres dirigieron a Sylvia y Marie-Pierre un buenas noches convencional, con fastidio, como los que decimos sin dirigirnos sin nadie en particular al entrar en una sala de espera atestada. Una vez cumplida esa formalidad, las dos mujeres reanudaron su conversación sobre el último Festival de Cannes, al que ambas habían «bajado». La joven rubia hablaba mucho de su padre, refiriéndose a él como «papá», y la otra daba la impresión de conocerlo bien. De hecho, era un hombre conocido. Cuando estaban en mitad del primer plato, pues tras la llegada de las dos mujeres las autoridades competentes decidieron servir la mesa aunque seguía

sin estar completa, Sylvia supo que la joven rubia se llamaba Ariane Altmayer y era hija del cineasta Charles Altmayer. La mujer morena se llamaba Corinne y trabajaba en la Cinemateca.

Ariane Altmayer tenía una manera de fumar que daba a entender que ya había comprendido muchas cosas de la vida. A Sylvia le habría gustado fumar, por el gesto, que siempre le había parecido gracioso, pero lamentablemente el humo la hacía toser. Por ese rasgo en concreto tenía el perfil adecuado para el sanatorio; lástima que no tuviera más. Había oído decir que había sanatorios para las insuficiencias respiratorias. No obstante, aunque Sylvia se consideraba insuficiente en general, no le parecía que el aspecto respiratorio fuera el que presentara una insuficiencia más manifiesta. De niña casi había sido asmática e incluso en una ocasión había dado positivo en la prueba de la tuberculosis. Le había aparecido una mancha negra en el antebrazo, pero no había «cuajado». La mancha, una pequeña piel de zapa, por desgracia había desaparecido, lo que indicaba, para decepción de Sylvia, que gozaba de buena salud. En resumidas cuentas, todas sus tentativas de convertirse en una enferma del pecho habían fracasado tristemente. Aun hoy, aunque su salud era delicada en varios aspectos, su chequeo respiratorio no le permitía acudir a un establecimiento especializado.

Después de fumar su último cigarrillo, Ariane Altmayer reparó en la existencia de Marie-Pierre, quien quiso el azar que se encontrara en posesión de una cajetilla casi entera de Marlboro. Le pidió uno. Marie-Pierre se la tendió amablemente y Ariane inició una conversación deshilvanada e hizo varias preguntas cuyas respuestas parecían importarle poco. Marie-Pierre, por su parte, estaba impresionada por hablar con la hija de un realizador conocido, una chica que había «bajado» a Cannes y había «subido las escaleras». ¿Había visto la última película de Scorsese y la de Jarmusch? ¿Había visto la de Gus van Sant y la de Wong Kar-wai? Sylvia intentaba concentrarse en la confección de una rebanada de pan con mantequilla, pero presentía que no evitarían la mención entusiasta de las últimas películas de los «grandes» realizadores o de los tenidos por tales. A cada título, Ariane respondía «sí, naturalmente», y Sylvia notaba con una ligera inquietud que Marie-Pierre se dejaba vencer por la euforia. Ariane consiguió poner fin a la enumeración concluyendo que la selección del festival «realmente merecía el viaje hasta allí ese año». Además, era «muy agradable ver las películas en ese ambiente». Marie-Pierre tenía un aspecto beatífico y Sylvia experimentó una repentina y viva simpatía hacia ella, pues adivinaba que, lejos de sentir envidia, se alegraba de la suerte que tenía, ella, secretaria de una empresa de calefacción, de conocer a una joven como Ariane Altmayer. Sylvia se alegraba de que la muchacha hubiera conocido por fin a alguien que hacía cine. También estaba contenta por sí misma, ya que se sentía liberada de la obligación de conversar. Pero su tranquilidad se vio amenazada cuando Marie-Pierre mencionó un artículo sobre el

padre de Ariane que había leído en *La Revue du cinéma* y confesó que no lo había entendido todo, pero que había hecho que le entraran ganas de ver la última película de Charles Alt Mayer.

—Es verdad que no siempre se sabe muy bien adónde quieren ir a parar en *La Revue* —concedió Ariane en un tono divertido teñido de magnanimidad.

Sylvia recordó que en alguna ocasión había tenido que leer varias veces algunos párrafos o frases de los artículos de Louis antes de llegar a vislumbrar el sentido. Por indulgencia, y por cierta forma de modestia, había preferido concluir, sin ironía alguna, que la sutileza de los razonamientos de Louis la superaba, o que el pensamiento del muchacho era tan elíptico que cortaba todos los caminos al entendimiento. No obstante, un día, tras leer varias veces un artículo sobre Kurosawa, había llegado a la conclusión de que algunos pensamientos de Louis Schlessinger parecían inaccesibles por la sencilla razón de que no significaban nada. Sylvia recordaba un día lejano en el que, con toda la diplomacia requerida, había intentado que Louis precisara su pensamiento sobre cierto pasaje que había escrito a propósito del realismo en el cine. Él se había frotado la coronilla y había admitido sonriendo que tampoco él lo tenía muy claro. Sylvia había encontrado exquisita la confesión y encantador al muchacho por su capacidad de reírse de sí mismo.

Ante la mención de la publicación en la que trabajaba Louis, Sylvia se crispó, preparada para oír por casualidad comentarios que le harían daño. Tenía la impresión de enterarse de todo sin proponérselo. Y también de que todo le hacía daño. Aquella noche, también por casualidad, se enteró por boca de Corinne Esmaux, responsable de las relaciones con la prensa de la Cinemateca, de que Louis Schlessinger, el nuevo redactor jefe de *La Revue*, al tomar posesión del cargo había exigido que se prescindiera de varios colaboradores, en particular de la secretaria de redacción, Joëlle Desbordes, que ocupaba el puesto desde hacía veinte años, y de Yves Scitivaux, uno de los mejores redactores. Schlessinger, continuó Corinne, había exigido todos esos despidos en nombre de la línea editorial de la revista. Pero para Corinne no era más que una nueva variante de la tradicional purga estalinista. Sylvia sintió que el corazón se le aceleraba por la tristeza, pero no se sorprendió. Tiempo atrás, Sylvia había vislumbrado en el muchacho la voluntad de dominio, el afán de poder y cierto talento para la intriga, aunque no había encontrado aún su terreno de aplicación ni la oportunidad de ejercitarlos plenamente. De modo que, a los treinta años, Louis había satisfecho su tenaz rencor echando a la secretaria de redacción que unos años antes había tenido la impertinencia de corregirle los artículos. Sylvia evaluó el camino recorrido y ante sus ojos pasó el muchacho de antaño, con camisa blanca, pantalón azul y rizados de colegial, que vacilaba entre la brusquedad y una

dulzura increíble. A continuación apareció, un poco mayor, con el cabello más oscuro, aquel con el que se había cruzado la pasada primavera cerca del puente Garigliano. Que uno y otro fueran la misma persona la desconcertaba. Llegó la dorada, pero Sylvia comió a pequeños bocados lentos y mecánicos, pues de pronto tenía menos hambre, y la perdió por completo cuando advirtió que Ariane Altmayer la miraba fijamente, como se observa a un público indigno. Es cierto que desde el principio de la comida Sylvia no participaba en la conversación, ni tampoco había prestado atención a lo que decía Ariane. No porque hubiera decidido, por motivos oscuros, hacerse la indiferente, sino porque nada de lo que decía Ariane le interesaba. Seguramente habría quien pensara que con su actitud Sylvia daba muestras de al menos tanta arrogancia como la misma Ariane. Si así fuera, se equivocarían. La indiferencia de Sylvia, más que al desdén, se debía a la falta de fuerzas. Rara vez era altiva, pero con frecuencia se sentía cansada. Como no había ningún motivo estrictamente orgánico para ese estado casi permanente, podría decirse que era, en cierto modo, ontológico. Otros lo calificarían de existencial, pero ontológico parece más exacto, pues era debido a la esencia de la cosa (la persona) e incluso estaba ahí desde siempre. Esa lasitud tenía como efecto inmediato y visible una presencia intermitente en el mundo que hacía decir a quienes la observaban de lejos que Sylvia estaba distraída. Sin duda era esta aparente ausencia lo que había intrigado a Ariane Altmayer, la chica que encontraba las puertas abiertas en todas partes y que ahora se sentía en estado de alerta e inquietud porque una mujer de aspecto extenuado prefería la tarta tatin que acababa de llegar a la mesa antes que a ella.

Ariane atacó a Sylvia de frente preguntándole si estaba allí para presentar una película. Sylvia levantó la vista del postre para asegurarse de que era a ella a quien dirigía la pregunta. A decir verdad no lo dudaba, pero quería ganar un poco de tiempo. Tiempo suficiente para que Marie-Pierre respondiera en su lugar e informara a Ariane del título de la película, *Axiome*, del horario, las cinco de la tarde, de la fecha, el día siguiente, y del lugar, la sala grande del Trianon Palace. Liberada de la pesada carga de transmitir esta información, que entretanto había olvidado, Sylvia se limitó a puntualizar que ella no era la directora, sino la guionista. Ariane seguía mirándola. Sylvia pensó que algunas personas se interesan por nosotros precisamente porque no les prestamos ninguna atención. Es absurdo, pero bastante frecuente. Una especie de masoquismo o de narcisismo lamentable, un ardid conocido que utilizan los seductores en caso de resistencia demostrada. En realidad no había estrategia alguna por parte de Sylvia. No intentaba seducir a Ariane; solo pretendía comerse tranquilamente el postre. Ariane había echado la silla hacia atrás y se estiraba el dobladillo del vestido sobre las rodillas, como si de pronto no le parecieran adecuadas. Aunque tenía unas ganas terribles de encontrarse en su habitación del sexto piso del hotel Calisson, Sylvia fue cortés. Siempre era cortés, de una cortesía sensata, de una discreción que quizá procedía también de la lasitud, ya que al menos parte de su comportamiento se explicaba por ese inmenso cansancio cuyas causas aún

oscuras tal vez se revelen más tarde.

Ariane prometió que asistiría sin falta a la proyección de la película al día siguiente, a las cinco, en la sala grande del Trianon Palace. A propuesta de Marie-Pierre, quedaron en encontrarse allí un poco antes. Sylvia estaba un poco perpleja ante tanto interés; no es que hubiera escrito una película para que nadie la viera, sino que simplemente ya no sabía muy bien qué pensaba de la película y le parecía que las imágenes no habían sabido expresar lo que ella quería. Ya fuera porque el sentido se hubiera perdido o porque nunca lo hubiera habido, el filme le parecía ahora un objeto extraño. Ariane seguía hablando mientras estiraba su vestido turquesa, pero Sylvia había logrado levantarse, despedirse e incluso decir hasta mañana. Cuando Sylvia se fue, Ariane había sableado más cigarrillos a Marie-Pierre y esta tenía la certeza de que había dado un paso de gigante hacia una forma de realización cuya naturaleza exacta solo ella conocía.

El minibús llevaba a los asistentes al festival de regreso a su hotel, pero Sylvia prefirió volver a pie. Además, era la única que se hospedaba en el Calisson y no quería movilizar un vehículo solo para ella. Mientras caminaba hacia la place du Marché pensaba en las purgas estalinistas practicadas por Louis Schlessinger. Amenazada por una salida inmediata hacia Davos, se retuvo justo a tiempo. Cruzó la explanada desierta hacia el hotel. En el vestíbulo no se habían movido ni los ciervos ni el recepcionista. El ascensor la llevó tranquilamente al sexto piso. Al entrar en su habitación se sintió reconfortada. La asombraba que esa habitación desconocida hubiera llegado a resultarle familiar tan pronto, de modo que podía disfrutar al mismo tiempo de su familiaridad y de su extrañeza. Con frecuencia pasaba largos meses sin salir de París, ya que, a pesar del deseo ardiente de cambiar de aires, rara vez tenía fuerzas para hacer frente al cansancio de los viajes y menos aún a la angustia de las habitaciones de hotel desconocidas. Con el correr de los años, le resultaba cada vez más difícil encontrar el valor necesario para trocar el tedio del sedentarismo por el cansancio de un viaje. La mayoría de las veces se sentía incapaz de disfrutar de esos viajes y del «extrañamiento» porque estaba demasiado preocupada por el insomnio y la angustia asociada al ruido. Todos los ruidos, incluso los más ínfimos, tenían la capacidad de incomodarla. Cuando no era más que una adolescente pero ya empezaba a tener algunos síntomas, un psiquiatra al que la habían llevado sus padres le diagnosticó trastornos obsesivos compulsivos y le dijo que sufriría mucho en la vida y que, en el estado en que se encontraba la medicina en aquel momento, no se podía hacer gran cosa. Ahora tenía la impresión de ser prisionera de sí misma más que de cualquier ciudad o de cualquier habitación. Tan solo la actividad intelectual no se veía afectada por esa curiosa enfermedad.

Su padre le había hecho observar que en todo el mundo hay grandes hoteles cuya categoría reduce significativamente las molestias de la proximidad con otras personas, los problemas de las tuberías y de los grifos que gotean. Que el dinero pudiera aliviar algunas de sus angustias chocaba un poco con la sensibilidad de Sylvia y su concepto romántico de la enfermedad en general, y de la angustia en particular, como padecimiento del alma y disidencia ontológica. Pero su lucidez la obligaba a admitir que, al menos hasta cierto punto, el dinero podía aliviar muchas angustias existenciales, e incluso ontológicas, las cuales, claro está, eran mucho más graves al estar relacionadas con la esencia misma de las cosas... Sin embargo en ocasiones, y ella había llegado a tener esa espantosa experiencia, algunas angustias, una vez desechadas, eran sustituidas de inmediato por otras a veces peores que las primeras. En el fondo, todo sucedía como si un vacío inmenso hubiera elegido a Sylvia como domicilio y exigiera a menudo ser llenado, y para complacerlo ella no hubiera encontrado más que una perpetua y mortal inquietud. Por lo que se refiere estrictamente a la cuestión de los grandes hoteles, ni sus ingresos ni su inexistente fortuna personal le permitían alojarse en ellos. Y solía pensar que si hubiera vivido en la época de *La montaña mágica*, hacia 1910, y hubiese ganado una cantidad equivalente a la que recibía en la actualidad, no habría podido permanecer más de diez días en el sanatorio de Davos. No habría tenido bastante dinero para pagarse el lujo de semejante tuberculosis.

Aquella noche, en la habitación de la sexta planta del Calisson, un hotel de dos estrellas, Sylvia experimentó una mezcla, inédita para ella, de familiaridad tranquilizadora y novedad. Al deslizarse entre las sábanas sintió un poco de aprensión y pensó que sin duda se estaba haciendo ilusiones y que la angustia la invadiría en el mismo momento en que creyera haber escapado de ella. Para distraer el miedo, jugó unos instantes con los flecos de la pantalla verde de la lámpara de la mesita de noche. Después se dio permiso para apoyar la mejilla sobre la almohada, que encontró fresca y suave. Como no sucedía nada espantoso, apagó la luz. Un rayo de cuarto de luna se deslizó por el espacio entre las cortinas, pero no la molestó. Se durmió con la sensación de que estaba progresando.

* * *

El silencio de la noche no se vio perturbado por el paso de vehículos ni por el borborigmo de ningún radiador. Por la mañana muy temprano había oído algunos ruidos, pero amortiguados por la distancia. Sin duda viajeros de comercio que se iban al amanecer. Como ya había dormido algunas horas, la angustia de no dormir en

absoluto quedaba descartada, así que pudo disfrutar no solo del silencio, sino también del rumor del día naciente que rodeaba la habitación sin llegar a alcanzarla de lleno. La vida murmuraba en los contornos de su duermevela sin atravesar la distancia que la protegía. Después salió dulcemente de su somnolencia y se sintió impaciente por volver a ver la ciudad a la que apenas había echado una ojeada la víspera. La luz había invadido la habitación. Rodó hacia el centro de la cama y se estiró, no por ganas de estirarse, sino sobre todo por lo que el estiramiento en sí tenía de contento y alborozo. Tras esta pequeña gimnasia de saludo a la vida, se sentó en el borde de la cama y sintió un suave cosquilleo al posar la planta de los pies en la moqueta de mezclilla. Movié los dedos de los pies, se entregó un instante a ese placer propio de un bebé y al fin se levantó. Al descorrer las cortinas observó que el cielo mostraba un azul tan intenso que era poco probable que fuera desmentido en todo el día. Bajó los ojos hacia el patio, donde un hombre descargaba palés vacíos de un camión. Otro los llevaba al interior de un hangar con la puerta metálica levantada a medias. Mientras seguía la maniobra, Sylvia se entretenía doblando y estirando los dedos de los pies para sentir el roce con la moqueta. De pronto se acordó de que tenía miedo de los microbios y de inmediato se calzó las zapatillas. Se dio una ducha, se puso un vestido y salió.

Recordó la fiesta de la noche anterior. Marie-Pierre sonriendo y charlando bajo la pérgola y Ariane Altmayer, que se había quedado sin cigarrillos; pensó en Fabien y los demás que se habían ido a dormir al Marquis. En el comedor del Calisson, una pareja con dos niños estaba desayunando. La mujer era pelirroja, con piel lechosa salpicada de pecas. Sonreía todo el rato y aparentemente sin esfuerzo. La niña balanceaba los pies en el hueco de debajo de la silla y movía la cabeza a uno y otro lado cada vez que su padre ponía una cucharada de yogur delante de sus labios cerrados. El niño, de unos seis o siete años, la miraba con la circunspección desdeñosa típica del hermano mayor. La madre había transmitido las pecas a los dos niños y se los comía con la mirada. En una lengua gutural, que a Sylvia le pareció que podría ser neerlandés, el padre animaba a la niña a abrir la boca. Al neerlandés había llegado por eliminación. No era alemán (había estudiado alemán como segundo idioma) y tampoco sueco (tenía el sueco en el oído por las películas de Bergman). Sylvia miraba a la niña, que vivía una de sus horas de interminable infancia, y se compadecía de ella en secreto. Luego le pareció ver una forma que se movía bajo la mesa. Era un perro con aspecto de caramelo blando y ondulante, de una raza desconocida para ella, que no sabía nada de perros, seguramente de una raza agresiva, pues la miraba con cara de pocos amigos. Los pies de la niña se balanceaban ahora por encima del animal. Sylvia acabó de beberse el té. Cuando se levantó, la familia aún no había terminado de desayunar. Al pasar por su lado el perro emitió un gruñido y las cuatro cabezas de la familia se volvieron en un mismo movimiento hacia Sylvia.

La mujer hizo un gesto con la cabeza a modo de disculpa y ella se apresuró a salir.

Cruzó la place du Marché y empujó la puerta de la oficina de turismo. La azafata que la atendía estaba ocupada con un turista alemán que buscaba itinerarios de senderismo. Por cortesía, Sylvia cogió unos cuantos folletos antes de salir. Uno de ellos elogiaba la colección de armaduras de un museo de la ciudad. Un caballero sonriente estaba encaramado a un caballo adornado con un penacho. Aún no había empezado el horario de visitas. Con el folleto en la mano, Sylvia anduvo por la sombra. Se detuvo delante de una galería en la que se exponía pintura meridional, al menos esa es la idea que ella tenía de la pintura meridional, tal vez la idea que tenía el pintor, ya que esas extensiones lisas de colores vivos rodeadas de negro parecían responder a una idea preconcebida de «colores locales» mezclados con abstracción. Había leído en alguna parte que el norte era colorido y el sur luminoso, pero no estaba segura de que no fuera a la inversa, y mientras trataba de reflexionar sobre lo que le parecía más adecuado continuó andando por una calle que se ensanchaba para convertirse en un bulevar.

* * *

La sombra había cambiado, Sylvia había andado mucho, alejándose con cada paso de la alegría que la había inundado al despertar. Había aparecido una plaza completamente vacía; eran las primeras horas de la tarde y un sentimiento de desolación se había apoderado de ella, la tristeza de ese día a medias empezado y a medias terminado. Caminaba pegada a las paredes, con la sensación de que su soledad la convertía en una delincuente. No debía estar allí, en las calles desiertas, y de pronto surgió un hombre, inmóvil, sentado en un banco, unos cincuenta metros más adelante. Como no tenía más que perspectivas vacías, de calles desiertas, casi tuvo miedo al divisarlo. El hombre miraba al frente, más allá de la plaza. Soñaba, quizá. Sylvia siguió su camino. Probablemente, más que soñar, dormía con los ojos abiertos. Parecía tranquilo, apacible, casi muerto.

Se había dejado el reloj en el cuarto de baño del hotel, y en el de una iglesia vio que eran casi las cinco y media. Primero creyó que el reloj estaba parado, pero pronto se desengañó. La única esperanza que quedaba era que estuviera averiado, pero era poco probable. Dejó de engañarse. En ese instante no debería estar en la rue Saint-Hyppolite de Merliniac, sino en la sala de proyección del Trianon Palace.

En la esquina de la rue Saint-Hyppolite con la de Saint-Faron había un viejo café con un escaparate siniestro y una fachada amarillenta. Sylvia necesitaba sentarse y beber algo. Cruzó el umbral del café y la asaltaron la sombra y los ojos de todos los

hombres que se encontraban en el interior: el dueño, que estaba detrás de la barra, y tres tipos que jugaban a las cartas. Sylvia recordó que era una mujer. Una mujer no acompañada por un hombre es una persona a la que hay que proteger o castigar, según el humor. Aunque fuera pleno día, le pareció que el momento era más bien propicio para el castigo y salió del café. ¿Para qué insistir? Anduvo mucho tiempo, enfadada consigo misma por haber faltado a la proyección y por haber huido del café, por ser a la vez tan despreocupada y tan miedosa.

Le llevó tiempo encontrar el Trianon Palace, pero cuando estuvo delante, no tuvo el valor de entrar y se fue directamente al hotel Calisson. Tenía tres mensajes en el móvil, que había olvidado encima de la cama. El primero, grabado a las cinco, le recordaba que tenía una cita en el Trianon Palace para la proyección de la película. El segundo, diez minutos más tarde, le indicaba que, para no atrasar todas las proyecciones, se veían obligados a empezar el pase. El tercero, nueve minutos antes de las seis, la informaba en un tono exasperado de que los espectadores la esperaban para el debate. Abrumada por la vergüenza, Sylvia se sentó en el borde de la cama y pensó que no tenía otro remedio que ir a la estación y marcharse de la ciudad. Reunió sus cosas y las embutió rápidamente en su bolsa. No tenía la menor idea de cuándo salía el siguiente tren para París. Llamó a la recepción para que le dieran el teléfono de la estación. El número la puso en contacto con un buzón de voz, y siguiendo sus instrucciones se sometió al ritual de pulsar diversas teclas, cifras, asterisco y almohadilla. Pero cuando estaba a punto de obtener el horario deseado, llamaron a la puerta. ¿Quizá el recepcionista había avisado a los responsables del festival de que Sylvia se disponía a huir? Recordó que era imposible saltar por la ventana y se resignó a abrir la puerta. En el umbral se encontró frente a frente con Marie-Pierre. Sylvia reparó enseguida en su mirada febril. La joven preguntó si podía entrar y Sylvia se apartó para dejarle paso.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Marie-Pierre, y Sylvia percibió una increíble aflicción en la voz de la muchacha, que volvía a tratarla de usted.

—¿Cómo? ¿Por qué he hecho qué?

—¿Por qué no ha venido? Todo el mundo la esperaba.

—Ah, ¿habla de la proyección? —balbuceó Sylvia—. Lo siento muchísimo. Han ocurrido ciertas cosas que han hecho que..., que no pudiera llegar a la hora.

—¿Qué dice? ¡Si ni siquiera se ha presentado!

—Es verdad, yo... No he podido, han ocurrido cosas ajenas a mi voluntad.

—¿Cosas graves? —preguntó Marie-Pierre con una mezcla de recelo y solemnidad, aunque estaba totalmente dispuesta a oír la lista de atenuantes.

—¿Graves? No, hablando con propiedad, no podría decir eso... Sería exagerado.

—Dígame qué ha pasado.

—No ha sido gran cosa, y lo poco que ha pasado ha sido todo culpa mía.

Marie-Pierre la miraba fijamente, como si no hubiera entendido lo que acababa de decir. Pero Sylvia prefirió no repetirlo.

—¿Se ríe de mí?

—No, le aseguro que no.

—¡Entonces se ríe de todo el mundo!

Sylvia quería decir que no, pero no se atrevió. De pronto el rostro de Marie-Pierre pareció desgarrarse y empezaron a brotar todas las lágrimas que había retenido hasta entonces.

—¡No tenía derecho a hacer eso! Estaba lleno de gente y la han estado esperando.

—Lo siento muchísimo.

—¡Eso no basta!

—No, pero no sé qué más decir.

—¿Dónde estaba?

—En la ciudad. Salí hacia el final de la mañana, estuve andando y no me fijé en la hora.

—¿Y por qué está aquí ahora? ¿Por qué no ha ido a pedir disculpas?

—Porque soy cobarde y he pensado que me ahorraría todo eso cogiendo el próximo tren.

Marie-Pierre vio la bolsa y se enjugó las lágrimas con las dos manos, como una niña.

—No creía que fuera usted así —susurró.

—Yo tampoco, la verdad —respondió Sylvia.

Contuvo un suspiro, pues temía que la muchacha lo interpretara como una muestra de ironía. Sylvia estaba disgustada por el estado en que veía a Marie-Pierre y lamentaba de veras ser la causa involuntaria del enfado y la pena que la embargaban. Sentía que ese estado le incumbía, aunque lo encontraba exagerado y hasta desproporcionado, pero, como ella misma había vivido la experiencia de estados emocionales cuya intensidad no parecía tener ninguna causa razonable en lo real, comprendía a Marie-Pierre y podía incluso compadecerse de su desasosiego. Claro que eso no le impedía lamentar que su llamada a la compañía de ferrocarriles hubiera quedado interrumpida precisamente en el momento en que, después de pulsar tantas teclas, por fin iba a conseguir el horario del próximo tren a París.

—Siento mucho haberla decepcionado, Marie-Pierre. Por otro lado, me cuesta comprender cómo puede sentirse decepcionada, puesto que no me conoce.

Los hombros de Marie-Pierre se encogieron suavemente en un movimiento que parecía escapar a su voluntad. Sin hablarse, pero con idéntico cansancio, las dos muchachas se dejaron caer en el borde de la cama, la una junto a la otra. Miraban al frente, sin decir nada. Afuera, la luz declinaba. Debían de ser alrededor de las ocho. Transcurrieron unos instantes en silencio y Sylvia se resignaba ya a perder el

siguiente tren cuando oyó la voz de Marie-Pierre, velada, grave y ligera a la vez.

—¿Podría coger el tren con usted?

Sylvia le dirigió una mirada interrogativa.

—Yo también quiero irme.

—¿Por qué? —le preguntó Sylvia. Marie-Pierre guardó silencio—. Creo que hay una cena esta noche —añadió Sylvia—. Tiene que ir.

—Hay cenas todas las noches del festival, así que...

—Sí, precisamente por eso tiene que quedarse, estoy segura de que puede conocer a gente interesante.

—¿Ah, sí? —dijo Marie-Pierre volviéndose hacia Sylvia—. ¿Y qué es, según usted, conocer a gente interesante?

—Bueno... Supongo que es diferente para cada persona.

—Sí, pero si dice que podría conocer a gente interesante, es porque tiene una idea de lo que para mí sería conocer a gente interesante.

—... No sé, no, no tengo una idea concreta. Pero quizá haya venido aquí porque deseaba hablar con gente que hace películas, realizadores, actores... Hacer contactos...

—¿Hacer contactos? ¿Así que eso piensa de mí?

—Pero... No pienso nada de usted en particular.

—No, pero se ha hecho esa idea de mí, una pobre chica que busca contactos y que es lo bastante cretina para creer que podría trabajar en el cine.

—No la conozco lo suficiente para pensar eso de usted. Y aunque lo pensara, ¿qué tendría de malo? Me refiero al hecho de tratar de conocer a gente del mundo del cine. ¿Qué tiene eso de deshonesto? Es absurdo.

—Ya, dice eso pero en el fondo me desprecia.

Sylvia dejó escapar el gran suspiro que reprimía desde hacía rato.

—¿Me encuentra cargante? —preguntó Marie-Pierre.

—Pues... Sí, un poco, la verdad —concedió Sylvia sonriendo—. Además, si quiere que cojamos el próximo tren quizá habría que informarse de la hora. Estaba al teléfono con el contestador de la SNCF cuando usted ha llegado. Colgué justo en el momento en que iba a soltarme el horario.

—Lo siento de verdad —dijo Marie-Pierre meneando la cabeza.

* * *

Marie-Pierre se fue a su hotel para preparar la bolsa a toda velocidad. Cuando el taxi que las llevaba a la estación pasó por delante del restaurante en el que los participantes en el festival cenaban aquella noche, Marie-Pierre bajó la cabeza en un acto reflejo innecesario, pues era de noche y nadie las habría visto tras los cristales ahumados. Sylvia le indicó que, a diferencia de ella, no era ninguna criminal en fuga y que no tenía por qué esconderse. De hecho, Sylvia pensaba que Marie-Pierre, tras

los abundantes reproches que le había lanzado, llevaba demasiado lejos la solidaridad. Sea como fuere, ¿qué hacían las dos muchachas esa noche marchándose de la ciudad como si hubieran asesinado a alguien?

El taxista, un joven que llevaba una camisa de vichy a cuadros azules y blancos y tenía una cara mofletuda de bebé, les preguntó si eran «del festival».

—Sí, pero tenemos que marcharnos antes de que acabe —dijo Marie-Pierre con voz átona.

—Ah, es eso, porque las salidas son hacia el mediodía, y por la noche, más bien las llegadas.

—Es que nosotras innovamos, caso de fuerza mayor —dijo Sylvia con aire huraño para cerrar el tema.

Les preguntó si habían visto películas bonitas. Tenía la intención del ir al Trianon Palace el fin de semana siguiente. Había echado el ojo a dos o tres que le apetecían ver. Pasando de una cosa a otra, comentó que él también tenía proyectos artísticos. Creaba lámparas. Marie-Pierre mostró tanto interés que el taxista, que se llamaba Joël, sacó de su billetera la fotografía de una lámpara.

Por lo que pudo distinguir Marie-Pierre, ya que la imagen no era de muy buena calidad, probablemente porque el flash no se había disparado a tiempo, era una lámpara roja, con una pantalla del mismo color. Marie-Pierre le preguntó a Joël si fabricaba solamente los pies de las lámparas o también las pantallas. Sylvia no recordaba que hubiera una distancia tan grande entre el hotel Calisson y la estación. Joël contestó, no sin satisfacción, que fabricaba también las pantallas. Además, no concebía lo uno sin lo otro. El pie y la pantalla eran «un todo». Y repitió «un todo» volviendo la cabeza hacia Marie-Pierre, que se acercaba la foto a los ojos para verla mejor y tratar de ofrecer observaciones pertinentes que pudieran ayudar a Joël a progresar en su andadura artística. Marie-Pierre le tendió la foto a Sylvia, que no tuvo más remedio que echarle un vistazo. «Muy del mismo tono», dijo devolviendo la foto a Marie-Pierre, cuyo deseo irrefrenable de intercambiar impresiones con el prójimo amenazaba con hacer el regreso en tren aún más penoso que la ida. Aunque Sylvia no tenía nada en contra de las lámparas y las consideraba objetos muy útiles, incluso imprescindibles, y hasta pensaba que fabricar lámparas era una actividad mucho más útil para la humanidad que la suya, cuya naturaleza exacta a veces se le escapaba, ella nunca se habría lanzado a la conversación en la que ahora se había enredado Marie-Pierre.

Ya se veía la estación, solo le faltaba perder el último tren. Sylvia pagó la carrera mientras Marie-Pierre garabateaba su número de teléfono en un pedazo de papel. Joël entregó el cambio y le dio su tarjeta a Marie-Pierre, que estaba decidida a ponerse en contacto con comerciantes de París dedicados a la iluminación que buscaran creaciones originales. Sylvia, al borde del ataque de nervios, se eyectó del taxi, se internó en la estación y alcanzó la ventanilla, donde trató de negociar el cambio de los billetes del festival por billetes para el siguiente tren. Pero el hombre de la

ventanilla no quería saber nada. Marie-Pierre llegó junto a Sylvia, que había abandonado ya el regateo y se disponía a pagar los dos billetes pensando, con razón, que la joven no tenía dinero. Pero Marie-Pierre le hizo una señal discreta indicándole que se callara y se puso a la tarea de convencer al empleado de la ventanilla. El hombre accedió enseguida a cambiar los billetes mediante un tecleo informático que apenas le llevó veinte segundos, pese a que acababa de decirle a Sylvia que el cambio era del todo imposible por razones informáticas. Sylvia estaba desconcertada y quiso saber qué había dicho la muchacha para que el empleado se aviniera a hacer lo que le había negado a ella de un modo tan categórico. Marie-Pierre respondió que sabía hablar a la gente. Añadió que su especialidad era comunicarse con la gente de la compañía de ferrocarriles. Sylvia enarcó las cejas, perpleja. También a ella le habría gustado saber hablar a la gente, pero hasta entonces ignoraba que hubiera una forma particular de dirigirse al personal del ferrocarril. No intentó penetrar en los secretos que Marie-Pierre parecía guardar tan celosamente.

A la espera de que llegara el tren a la estación, las dos jóvenes fueron a tomar un café. Marie-Pierre revolvió en su bolso para sacar el paquete de cigarrillos. Vio que estaba vacío. Se levantó para ir al mostrador a comprar uno.

—Me birló todos los cigarrillos —dijo.

Sylvia la miró sin contestar e hizo como si no supiera a quién se refería.

—Ariane Altmayer se acabó mis cigarrillos —aclaró Marie-Pierre.

—Ah, sí, la chica de anoche —dijo Sylvia con aire evasivo, como si apenas la recordara.

—La he vuelto a ver hoy. En la comida. Era en el mismo restaurante.

—Yo no he ido.

—Ya lo sé. Me he sentado a su lado, había muchos sitios libres en su mesa. ¿Y sabe lo que me ha dicho?

—...

—Me ha dicho que no podía sentarme porque estaba esperando a alguien, pero no era verdad. Solo esperaba a alguien que fuera más interesante que yo.

—Son imaginaciones tuyas. —Sylvia también había vuelto a tratarla de usted—. Seguramente había quedado con alguien que le había pedido que le guardara el sitio.

—Qué va, porque al cabo de nada alguien preguntó si los asientos estaban libres y ella contestó que sí, lo cual quiere decir que no había quedado con nadie.

—Ese no es un motivo para marcharse.

—¿Cree que me voy por eso?

—Qué sé yo, sigo sin saber por qué se va. Quedan aún un montón de películas por ver y está invitada. ¿Cuál es su problema?

—Usted también se va.

—Ah, pero yo tengo razones para huir como una impresentable. He hecho algo vergonzoso y me piro como una miserable. Mi situación no tiene nada que ver con la suya.

—Ya. Es verdad —admitió Marie-Pierre—. Pero ya no tengo ganas de quedarme. Quizá tenga razón.

—¿En qué?

—En todo un poco. Vine para conocer gente y Ariane Altmayer ha hecho que se me quiten las ganas.

—Se desanima por muy poca cosa.

—Ya. Es posible. Da igual, las cosas son así.

—Todavía está a tiempo de quedarse.

—No pienso volver y cambiar el billete otra vez. No creo que funcione una segunda vez.

—¿Por qué no? Ya que sabe hablar tan bien al personal del ferrocarril...

Sylvia comprendió, no sin alivio, que ella no era la única causa del disgusto de Marie-Pierre. No le costó figurarse la escena: Ariane Altmayer negando a Marie-Pierre un sitio en su mesa, en espera de personas más interesantes según su punto de vista, es decir, más útiles y con mejores relaciones sociales, del mismo modo que se habla de mejores relaciones de producción. Imaginaba a Marie-Pierre relegada a una mesa de parias. Al parecer los mecanismos mundanos que reinaban en Cannes también se observaban en un festival más modesto. La virulencia era la misma, la diferencia era solo de escala.

El tren estaba casi vacío, el aire acondicionado funcionaba, Sylvia no tuvo que mantener con Marie-Pierre la conversación que tanto temía, ya que esta se quedó dormida de inmediato. Así pues, si bien el regreso fue prematuro, el trayecto resultó más agradable de lo que había esperado. Sumergida en su gran soledad, casi habría podido soportar que Marie-Pierre durmiera un poco menos y hablara un poco más. Mientras el tren la llevaba de vuelta a París, su imaginación se evadió hacia Davos.

Aquella tarde, cuando regresaba al antiguo convento de las Clarisas, Louis vio a lo lejos a su vecina de artes plásticas. Apresuró el paso para evitarla, se metió rápidamente en el porche y cogió a toda prisa su correo después de llamar al ascensor para ganar tiempo. Pero, ya fuera porque había calculado mal las distancias, ya fuera porque ella andaba muy deprisa, en el último momento la chica se deslizó entre las puertas del ascensor que se cerraban detrás de Louis.

—¡Hala, cómo he corrido! —soltó Véronique con el aire divertido que rara vez debía de abandonar.

A Louis no le costó creerlo. Había retrocedido hasta un rincón de la cabina. Se dijo que antes de que la joven hubiera recuperado el aliento habrían llegado a la planta que compartían y no sería necesario iniciar una conversación. Véronique sopló de una manera curiosa hacia arriba y se le levantó el flequillo moreno que cruzaba su frente mate. Él se fijó en que tenía los ojos muy negros y la nariz respingona, una de esas encantadoras narices de algunas inglesas, sorprendente en su rostro

mediterráneo. Las puertas se abrieron en el rellano del tercer piso. Louis salió en tromba, sin molestarse en ceder el paso a su vecina. Ella soltó una risa alegre, tal vez burlona.

Al abrir la puerta del estudio Louis se dijo que sin duda había sido descortés con Véronique y que por eso ella se había reído. Mejor que la muchacha se lo tomara así.

* * *

Eran casi las nueve y el restaurante Au Petit Plat estaba hasta los topes. Louis había pedido un *risotto* con espárragos y una ensalada verde con piñones. Como el servicio era lento, sacó una biografía de Jules Verne, un individuo muy desgraciado en su matrimonio, que sin duda había buscado consuelo sobre la tierra y debajo de la tierra, sobre el mar y debajo del mar, arriba, abajo, en una palabra, en todas partes, siempre y cuando fuera lejos de su casa. Louis lo encontraba hilarante y se estaba riendo solo cuando se fijó en un hombre de unos cincuenta años sentado al fondo del restaurante. Un hombre solo, como él, que no había tenido la precaución de llevar un libro. Le sirvieron el *risotto* y Louis se puso a comer sin dejar de leer. Después de pagar el café salió sin detenerse. Tenía que ir a casa y trabajar en un artículo sobre el cine africano. Jean-Jacques Bordenave, el director de la publicación, era el especialista unánimemente reconocido en esa materia, y Louis no se explicaba cómo le había caído encima la responsabilidad de escribir ese texto que tanto le costaba. Al acostarse decidió que al día siguiente hablaría con Jean-Jacques. Tenía que encontrar como fuera la manera de endosarle ese artículo.

A la mañana siguiente, ya fuera porque el despertador no sonó o porque, sin ser consciente de ello, lo había apagado sin querer, Louis se levantó mucho más tarde de la hora prevista. Por suerte, había olvidado correr las cortinas que la intendencia había instalado hacía solo una semana; si no, ni siquiera habría contestado la llamada que le hizo Jean-Jacques hacia las diez para preguntarle, en un tono de reproche apenas disimulado, si tenía la intención de pasar por la oficina en algún momento del día. ¿Había olvidado la reunión de esa mañana? No, por supuesto que no. El sol ya estaba alto y parecía que quisiera romper en mil pedazos las paredes de la habitación. Louis retrocedió hasta un rincón. Le aseguró que estaba a punto de salir, y lo hizo un cuarto de hora más tarde, pero mientras se apresuraba hacia el metro sintió que lo asaltaba una languidez debilitante y que el sol le hincaba en los ojos sus cuchillas aceradas, como brillantes esquirlas de obús. Se alegró de sumergirse en la penumbra del metro. Atribuyó el malestar al cambio brusco de temperatura. Había aumentado diez grados en veinticuatro horas. Un cambio que con seguridad perturbaba a los organismos frágiles, aunque hasta ese día Louis nunca se había considerado uno de ellos. Se repuso, se reprendió a sí mismo, y en el tiempo que tardó en recorrer la

distancia que separa la salida de la Gare du Nord de su trabajo en la rue des Petits Hôtels llegó a la conclusión de que los cambios de estación producen cansancio a todo el mundo. La salida del invierno, la entrada de la primavera, la llegada del verano, el retorno del otoño. Le vino a la memoria la voz de Odile, su madre. ¿Cuántas veces la había oído quejarse de los cambios de estación? ¿Cuántas ampollas de reconstituyente, de Sargenor, no les había dado a su hermana Julie y a él para que pudieran soportar los cambios de estación?

* * *

¿Quién saldría en la portada del siguiente número? ¿Angelina Jolie o Fabrice Dupont-Saveau? La cuestión tenía revolucionada a la redacción aquella mañana. Con Angelina Jolie subirían las ventas, pero Fabrice Dupont-Saveau era un realizador francés al que *La Revue* siempre había defendido. Desde luego, su última película no era la mejor, pero ¿no se desacreditaría definitivamente *La Revue* a ojos de sus lectores si relegaba a Dupont-Saveau ante Angelina? Así enunciado, el dilema hacía desternillarse de risa a Louis Schlessinger. Desternillarse por dentro, se entiende, ya que defendía con una seriedad intransigente la línea dura del partido. Apoyar al joven cine francés, con fama de «frágil», era una de las misiones de *La Revue du cinéma*, mientras que Angelina no necesitaba a los críticos franceses. «Pero la crítica francesa quizá necesite a Angelina», replicó Jean-Jacques, y Louis se encogió de hombros para indicar que no se molestaría siquiera en contestar a un argumento tan miserable. Louis retomó el hilo del cine «frágil». Era la segunda vez esa mañana que se imponía la palabra. Su propio organismo, igual que cierta clase de cine francés, le parecía frágil. Intentó no perder la concentración, tarea difícil porque todavía jadeaba ligeramente y mientras hablaba se esforzaba por apaciguar la respiración para que la falta de aliento fuera imperceptible.

Jean-Jacques insistió: Angelina en portada significaba un treinta por ciento más de ingresos. Louis se sublevó contra esa visión mercantil. Las concesiones al sistema no podían llegar hasta el extremo de elegir una portada con la única perspectiva de obtener unos ingresos por otra parte hipotéticos. Louis atacó esa previsión. Los posibles lectores que comprarían la revista por Angelina sin duda elegirían de buen grado a la misma Angelina en otro medio, un semanario femenino o de televisión. Incluso desde el punto de vista comercial era un cálculo erróneo. Ya habían llegado al «límite» de que una de cada tres páginas estuviera dedicada a publicidad de cosméticos o de vehículos; no se podía ir más allá. Jean-Jacques, que, con el apoyo del grupo Planisphère había trabajado de firme para vender espacios en *La Revue* a algunos publicitarios, insistió en que sin esa publicidad *La Revue du cinéma* no existiría.

De momento, preferir a Angelina Jolie antes que a Fabrice Dupont-Saveau significaba la negación de la línea editorial y de todo el trabajo realizado hasta entonces. Esta vez Louis recibió el apoyo de la mayoría de los redactores —la reunión se celebraba a una hora decente—, con excepción de Jules Erbaut, quien pensaba que la de Angelina Jolie era una película americana *main stream* pero de lo más estimulante, mientras que Dupont-Saveau se repetía en una película tras otra y se encerraba en un dispositivo de dirección asfixiante. Apoyado por Étienne Duriez, Marc Chelpot y algunos más, Louis Schlessinger, guardián del templo y de la tradición, impuso la línea del partido frente a la «deriva mercantil» de Jean-Jacques Bordenave, y la película de Fabien Dupont-Saveau apareció en la portada del número de junio.

Louis también consiguió endosarle a Jean-Jacques el artículo sobre el cine africano. A cambio, iría a animar un debate sobre cine coreano en Saint-Étienne. Volvió a casa satisfecho de su trueque. Esa tarde estaba contento con su vida. Ciertamente, un redactor jefe de *La Revue du cinéma* no era lo mismo que una estrella de rock, pero aun así no había salido tan mal parado de su juventud.

Corrió las cortinas para no despertarse demasiado pronto con el sol. Pero el día siguiente amaneció gris y Louis no tenía ganas de nada. La ambición, como el amor, sufre intermitencias.

* * *

Julie Schlessinger había llegado a París la noche anterior, y le habría gustado que su hermano Louis fuera a recibirla a la Gare de l'Est. Pero Louis tenía una cena «de trabajo» a la que no podía faltar. Los hermanos habían quedado en comer juntos al día siguiente. Julie se hospedaba en el hotel Adanson, en la plaza del mismo nombre; un hotel de dos estrellas que Louis había encontrado por internet. Había esperado que su hermano le ofreciera alojamiento durante su estancia en París. Después de todo, ocho días no eran muchos y él mismo había dicho que apenas paraba en casa. Julie pensó que su presencia no le molestaría demasiado. Pero él no se lo había ofrecido y ella no se había atrevido a pedirselo. Se dijo que quizá la Fundación Jane Austen no permitía a los galardonados alojar a sus visitantes. Más tarde, en el curso de la semana, se enteraría de que en realidad no lo prohibía ningún reglamento. Sin duda su hermano no había pensado en ello a causa de su fascinante trabajo. Ahora que tenía responsabilidades profesionales, no podía pensar en pequeños detalles de ese estilo, alojar a su hermana o ir a buscarla a la estación. Se había convertido en una persona importante, incluso lo había oído hablar varias veces en la radio sobre

películas que estaban en cartelera y de las que él hacía la crítica. A Julie le parecía que su hermano se expresaba bien.

Cuando llegó, Julie cogió un taxi para ir al hotel Adanson. Después de deshacer la maleta salió a comer un *croque-monsieur* en una *brasserie* y luego volvió a la habitación para descansar. Finalmente, era una suerte que su hermano no hubiera ido a esperarla y que no hubieran tenido que cenar juntos esa noche, pues de ese modo pudo acostarse temprano. Julie estaba cansada. En esa época, el TGV no circulaba aún entre Estrasburgo y París, y el trayecto llevaba bastantes horas.

Solo había visto una vez a su hermano después de su regreso de Londres, cuando había ido a pasar unos días en Almstadt, y no habían tenido ocasión de charlar a solas. Louis había hablado sobre todo con su padre acerca de su futuro. Philippe Schlessinger le había aconsejado enérgicamente que aceptara la oferta de Jean-Jacques Bordenave, aunque tuviera que acortar un poco su estancia en Londres. Julie recordaba que su padre había dicho que era una oportunidad que quizá no volvería a presentarse.

* * *

Louis y Julie habían quedado delante del restaurante Matelot a la una, pero hacia las doce él la llamó al hotel para pedirle que fuera a su casa a la misma hora. Así le daría tiempo a terminar un artículo y ella vería el estudio donde vivía. A Julie le encantó este pequeño cambio de programa. Cuando colgó el teléfono ya estaba vestida y preparada para salir. Se dijo que habría podido dormir un poco más, pero ¿cómo dormir cuando se está en París por una semana y hay tantas cosas que ver? Salió inmediatamente y, pertrechada con un plano de la ciudad, decidió ir a pie hasta la rue du Fer-à-Moulin.

Louis solo había tenido tiempo de limpiar un poco antes de que llegara Julie, quien, tal como esperaba, fue puntual. Conociéndola, pensó que debía de haber dado tres vueltas a la manzana para no llamar a la puerta antes de tiempo. Julie se había vuelto más ansiosa con los años. En eso se parecía a Odile, su madre. Tras comprobar que no había dejado nada desagradable a la vista, Louis fue a abrir. Julie estaba inmóvil bajo la luz amarilla del descansillo, con la mano en la correa bandolera del bolso y una sonrisa inquieta en su rostro muy pálido. Louis tuvo que repetirle tres veces que entrara para que se decidiera a cruzar el umbral. Los dos hermanos se besaron y luego él tuvo que indicarle de nuevo que pasara al interior del estudio, hacia el salón. Le preguntó si había tenido buen viaje. «Sí, aunque es un poco largo». Después añadió: «Estoy deseando que pongan el TGV. Así podrás ir a vernos más a menudo». Louis respondió con una sonrisa. La verdad es que resultaba curioso que no hubieran puesto aún el TGV en una línea tan importante como la de París-Estrasburgo, sobre todo

ahora, con la Unión Europea. Louis se informó sobre los detalles relativos al horario del viaje: a qué hora había salido de Almstadt, a qué hora había llegado a Estrasburgo, a qué hora había salido de Estrasburgo y a qué hora había llegado a París; una vez agotado el tema de los horarios, quiso saber si el hotel estaba bien y si había pasado buena noche. Declaró que se alegraba de que todo estuviera en orden y le preguntó si tenía hambre, si quería salir enseguida a comer o prefería esperar un poco. Ella no tenía demasiada hambre de momento, había comido un cruasán en el desayuno y no tenía la costumbre de hacerlo. Podían quedarse un rato en el estudio, no había prisa. Él estuvo de acuerdo; era sábado, tenía un poco de tiempo. La invitó a quitarse el abrigo y a sentarse. Tenía zumo de piña, pero ella prefirió un vaso de agua. Él le cogió el abrigo y lo colgó en la percha de la entrada. Era el mismo tipo de abrigo de loden verde que le había visto llevar durante toda su infancia y su adolescencia. Le dio un vaso de agua; ella bebió un sorbo, pero era evidente que no tenía sed. Miró a su alrededor.

—Está bien este estudio, parece tranquilo —observó.

—Sí, es perfecto para trabajar. De hecho, está pensado para eso. En el edificio solo viven residentes de la fundación.

Julie sonrió. Louis había sido brillante en el colegio, al contrario que ella, que había tenido muchas dificultades en clase, para gran sorpresa de sus padres. Era lenta y al mismo tiempo estaba siempre inquieta por algo, y esa inquietud le impedía concentrarse. Louis miraba a su hermana y pensaba que sin duda se parecía cada vez más a su madre. Seguramente siempre se le había parecido, pero hasta entonces él no se había fijado, al menos no hasta ese punto. Y el parecido se acentuaba aún más por la forma de vestir de Julie. El loden verde, el bolso marrón siempre agarrado con la mano derecha, el pañuelo estampado de cachemira y los mocasines planos que también se parecían a los que llevaba la madre en aquellos tiempos. Debajo del abrigo verde Julie llevaba una blusa con flores pequeñas, estilo *liberty*, un jersey con escote en pico y una falda de lana marrón. ¿Por qué una chica de su edad se vestía de esa manera tan anticuada, burguesa y provinciana? Louis estaba a punto de preguntárselo, pero cambió de idea; no quería herirla sin necesidad. Por otra parte, Julie era, efectivamente, provinciana. Pero las provincias de hoy día ya no eran las de Balzac, se dijo Louis, aunque Alsacia estuviera a varias horas de tren. Recordaba que de adolescente Julie vestía de manera muy distinta, como la mayoría de las otras chicas, con vaqueros, camisetas, anoraks, y sobre todo se acordaba de su impresionante colección de Converse, entre ellas un par rosa fucsia que le encantaban y que reservaba para las grandes ocasiones, las fiestas del sábado por la tarde, las únicas a las que le permitían ir. ¿Qué había sido de las Converse fucsia y de la chica de antaño? ¿Cómo había podido la adolescente que buscaba la aprobación de sus compañeros de colegio transformarse en esa joven con loden verde y mocasines marrones? Louis no tenía nada contra los mocasines marrones, pero los de su hermana eran verdaderamente de una penosa austeridad. Y sobre todo se parecían

tanto a los que llevaba su madre que incluso sospechaba que Julie se había puesto los zapatos de Odile. Apartó esa idea de la mente y, como ya era la una y media, propuso que salieran a comer.

Había unas veinte personas en el vestíbulo y Louis distinguió a Véronique, que guiaba a unos visitantes hacia la sala de exposiciones. Louis apretó el brazo de Julie y se dirigió deprisa hacia la salida, pero Véronique ya los había visto. Louis no tuvo más remedio que volverse y hacer las correspondientes presentaciones. Sucedió lo que temía. Véronique los invitó a «echar un vistazo» a su exposición y Julie aceptó con una gran sonrisa.

Los surtidores habían cambiado de lugar, más hacia las paredes, y el centro de la sala estaba ocupado ahora por otros objetos, una especie de estalactitas de un material blanco y opaco.

—Es singular este material —dijo Julie con una curiosidad auténtica—. Fíjate, está lleno de burbujitas por dentro. ¿Tú qué crees que es?

—No lo sé —dijo Louis con aire taciturno—. Claras a punto de nieve.

—Qué tonto eres.

—¿Por qué? Me encantan las claras a punto de nieve.

—Yo sé hacerlas. Si vinieras más a menudo a Almstadt, te las haría.

Louis miró con disimulo hacia el fondo de la sala, donde Véronique escuchaba con atención a una mujer de cabello azul plateado. Le hizo una seña a Julie para indicarle que se iba.

—¡Espera! ¡No podemos irnos así, sin decirle nada a tu amiga! —protestó Julie.

—No es amiga mía. Es mi vecina. Si quieres decirle algo, ve; te espero fuera.

Julie vaciló, miró a Véronique, que seguía con la señora de cabello plateado, y se reunió con su hermano de mala gana, cuando él llegaba a la puerta.

—Dile que he sentido mucho tener que irme tan pronto, que teníamos prisa... Dile que me gusta mucho lo que hace, que encuentro su trabajo muy original —le dijo al oído.

—De acuerdo, se lo diré.

—Pero tal vez vuelva a verla durante la semana. Entonces se lo diré yo misma, será mejor.

—Como quieras.

—Pero por si acaso no vuelvo a verla, díselo tú, ¿eh? ¿No te olvidarás?

A Louis le parecía que el equilibrio de su hermana era de una precariedad alarmante. El viaje en tren, la llegada a París, el hecho de alojarse sola en el hotel debían de constituir una suma de novedades importante para ella, por no hablar de la emoción de verlo a él, su hermano. Se sintió a disgusto consigo mismo por no haber ido a buscarla a la estación el día anterior y se prometió verla todos los días de la semana. Al llegar al restaurante Matelot, en la rue Poliveau, le abrió la puerta y le

dijo al oído que esperaba que tuviera apetito. Se sentaron y, después de pedir, le preguntó por su padre.

—Bien, en fin, ahora también él va a ver al doctor Ferenczi.

—¿Papá va al doctor Ferenczi?

—Ya sabía yo que lo encontrarías divertido.

—No lo encuentro nada divertido, más bien me parece inquietante.

—El doctor Ferenczi es muy amable.

—Sí, ya lo sé, pero ¿qué necesidad tiene papá de ir a consultarlo?

—Consultar es una palabra demasiado solemne. Supongo que necesita hablar con alguien. Y no ha encontrado a nadie más, pobre papá.

—¿No hablas tú con él?

—Sí, claro. Pero hay cosas que no me puede decir a mí. Prefiere ir a ver al doctor Ferenczi.

—¿No tiene amigos? Antes tenía amigos.

—Es como si hablaras de alguien a quien no conoces. Papá ha tenido colegas de trabajo, pero no amigos de verdad.

Louis hizo un gesto vago con la mano, como si se lamentara de algo, y de pronto tuvo prisa por cambiar de tema. Bebió un sorbo de agua para dar por concluida la conversación sobre el padre.

—¿Y tú? ¿Tienes amigos? —le preguntó a Julie.

Julie se encogió de hombros como si la pregunta no fuera más pertinente aplicada a ella que aplicada a su padre. Al empezar a comer Louis se preguntó si él tenía amigos. Pensó de inmediato en Marc y en Étienne. Estaba convencido de que al menos ellos eran «verdaderos» amigos y tenía la satisfacción y la pretensión de ser a su vez amigo suyo. No obstante, no sabría decir qué significaba exactamente la palabra «amigo». La amplitud parecía inmensa, casi infinita. En primer lugar, confiaba en ellos, y se consideraba capaz de apoyarlos en los momentos de adversidad, pero ¿qué clase de adversidad exactamente? ¿Se trataba de estar dispuesto a todo? ¿A absolutamente todo? ¿Y sin pedir explicaciones? No podría jurarlo. Todo eso, a fin de cuentas, era muy abstracto. De lo que estaba seguro es de que le gustaba pasar horas conversando con Marc y Étienne, arreglando el mundo en general y el cine en particular, que la presencia de ambos lo estimulaba y le ponía de buen humor. Le parecía que él tenía el mismo efecto en ellos. ¿Acaso todo eso no era ya bastante y había que estar dispuesto a mucho más?

Al día siguiente, domingo, Louis le propuso a Julie que fueran al Louvre.

—No te sientas obligado a llevarme al museo, sé que te horroriza.

—Me hace ilusión ir contigo.

—Entonces me gustaría ver la pintura flamenca.

En la biblioteca de su padre, en Almstadt, había un libro dedicado a la pintura flamenca. De niña Julie solía hojearlo, y le gustaba en especial Brueghel el Viejo. Louis no creía que hubiera en el Louvre muchos lienzos de este pintor, y por otra

parte le parecía que no era el lugar adecuado para la pintura del norte, ya que más bien estaba atestado de madonas italianas y de angelotes mofletudos. Él detestaba la pintura del Renacimiento italiano y se interesaba poco por la Antigüedad grecorromana, lo que explica que no pusiera nunca los pies en el museo. No obstante, una visita con Julie le brindaría la ocasión de comprobar si sus opiniones negativas estaban justificadas o no.

La visita no reconcilió a Louis con el Louvre. El museo solo tenía expuesto un cuadro de Brueghel el Viejo, *Los mendigos*. Y para colmo, ese día las salas dedicadas a la pintura flamenca estaban atestadas (esa es la palabra que utilizó y que traducía plenamente la sensación que él experimentaba) de obras de un tal Marielke, artista contemporáneo de origen flamenco. Se trataba de un artista muy cotizado, cuyas obras salían al mercado del arte con unos precios exorbitantes. Las obras en cuestión representaban animales vagamente reconocibles, gatos, perros, un corzo, unos monos monumentales moldeados en un material plástico un poco brillante y de colores vivos, muy pop art. Rojo, anaranjado, violeta, turquesa. A Louis los objetos le parecían horribles, y consideraba escandaloso que los hubieran colocado delante de verdaderas obras de arte impidiendo que se vieran. De buena gana habría protestado por la impostura, pero para qué. El público, dócil hasta el servilismo, tolerante y «receptivo» hasta el embrutecimiento, habría creído tal vez que se trataba de un happening, de una «performance» de un anarco de extrema derecha. De modo que se contentó con escabullirse lo más deprisa posible arrimado a las paredes donde colgaban, ausentes e imperturbables, obras que sin duda merecían ser contempladas. Julie estaba de acuerdo con su hermano. En última instancia, prefería las artificiosas fuentes de Véronique, la joven artista plástica vecina de su hermano. Prefería el impulso detenido de los surtidores, el brotar cristalino de las burbujas translúcidas y la suavidad exquisita de las claras a punto de nieve. Intentó concentrarse en la pintura flamenca, pero las «cosas» que había en medio de la sala eran sumamente perturbadoras.

—¿Tú crees que hay personas a las que les gusta esto? —le preguntó a su hermano.

—No lo sé. Hay que gente que las compra y especula con ellas. Quizá acaban por gustarles de verdad, por el mero hecho de que les han costado una pasta o porque ganan mucho dinero con ellas. Esos artefactos no tienen ninguna importancia, de hecho no existen; es una ilusión, es el vacío.

—Sí, pero es un vacío que ocupa mucho sitio. Admitamos que hay gente a la que le gusta. O digamos que lo encuentran interesante, divertido, qué sé yo... Pero ¿por qué ponen eso en las salas del Louvre, delante de los otros cuadros?

—Pretenden que los artistas dialoguen a través de los siglos —respondió Louis con tristeza—. A mí me vuelve reaccionario, es deprimente.

Mientras caminaban bajo las arcadas de la rue de Rivoli hacia la place de la Concorde, Louis expuso una de sus ideas poco democráticas sobre la cultura de masas y Julie se limitó a escuchar, perpleja, si bien adivinaba cierto deseo de provocación en las palabras de su hermano. Anduvieron mucho rato. Julie estaba rendida pero encantada. Al acabar la tarde, Julie se dirigió al hotel Adanson y Louis al convento de las clarisas, y después se volvieron a encontrar para cenar en un *bistrot* del boulevard Arago. Julie había cambiado la blusa de flores por un jersey liso que le daba un aspecto menos anticuado. Louis la elogió, le dijo que estaba guapa. Ella se ruborizó y sacudió la cabeza diciendo: «Oh, no, no». Louis insistió, le preguntó si tenía novio y ella se encogió de hombros exactamente igual que el día anterior cuando él le había preguntado si tenía amigos. Después Louis quiso que le hablara de su trabajo, pero Julie no tenía un trabajo. Seis meses atrás había hecho prácticas en una compañía de seguros de Estrasburgo. Había archivado papeles, llevado cafés, contestado al teléfono y hecho fotocopias. Por supuesto, nada de eso le había parecido apasionante, pero se decía que nunca haría nada más interesante porque no sabía hacer nada y no era capaz de aprender.

—¿Por qué te minusvaloras siempre? —se rebeló Louis.

—No me minusvaloro —respondió Julie tranquilamente—. Digo la verdad. Tengo la cabeza vacía. Desde siempre. Incluso aprender a leer me costó más que a los demás. No podía concentrarme, siempre estaba pensando en otra cosa.

—Pues si pensabas en otra cosa, no tenías la cabeza vacía. Además, si tuvieras la cabeza vacía no hablarías como lo haces.

—Digamos entonces que tengo la cabeza llena —respondió Julie sonriendo—. Llena de cosas inútiles, que no dejan sitio para las útiles.

—No digas tonterías.

—No lo entiendes. ¡Tú eras bueno en todo! ¿Te acuerdas de cuando mamá intentaba ayudarme a hacer los deberes? Se desesperaba al ver lo lenta que era, al ver que no me entraba nada, que ni siquiera era capaz de aprenderme las poesías ni las tablas de multiplicar. Pobre mamá.

—Lo que pasa es que tienes una cabeza diferente y no has encontrado aún nada que te interese, eso es todo.

Julie esbozó una sonrisa triste.

—Sí, quizá... estaría bien..., está tan preocupado por mí... En el fondo, a mí me da igual, si me disgusto es solo por él. Sé que piensa en toda clase de cosas tristes y...

Dejó la frase suspendida en el vacío.

—¿Y qué? ¿Qué cosas?

—Pues, por ejemplo, cuando él ya no esté, cuando yo me quede sola. Porque no habrá un hombre que se ocupe de mí, él lo sabe muy bien.

—En primer lugar, no veo por qué no puedes conocer a alguien y, de todos modos, puedes apañártelas muy bien sin que un hombre «se ocupe de ti».

Julie no contestó, estaba deseosa de cambiar de tema.

—Lo que me decías esta tarde sobre el Louvre...

—¿Qué te decía?

—Que no servía de nada que todos pudieran ir al museo a ver los cuadros. Que, de todos modos, la mayoría de la gente no veía nada.

—Sí, lo he dicho, pero estaba furioso. La verdad es que creo que basta con que haya una sola persona que vea de verdad para que valga la pena democratizar la cultura. Por ejemplo, que *Papá Goriot* esté en edición de bolsillo en todas las librerías de Francia, que todo el mundo pueda adquirir esa obra maestra por unos cuantos euros, o sacarla de una biblioteca, es una suerte considerable.

—Sí, pero apuesto a que muy pocos compran *Papá Goriot* solo por el placer de leerlo. Quizá lo comprenden porque se lo piden en el colegio, pero eso no significa que lo vayan a leer.

—Aunque no haya más que una persona que lo lea, ya merece la pena. Una sola persona que, de no ser por eso, no habría leído nada en su vida y que de pronto descubre *Papá Goriot*, bueno eso es extraordinario.

—Sí, puede ser. Pero no basta con ofrecer los medios a la gente. Hay personas con las que eso no funciona.

—¿Ves como no tienes la cabeza vacía? Razonas perfectamente.

—Es cuando estoy contigo. Me entran ganas de hablar de temas serios. De todos modos, tú no puedes hacer nada si yo prefiero ver juegos tontos en la tele en vez de leer *Papá Goriot*.

—¿Y tú cómo lo sabes si no lo has probado?

—Si no lo he probado es porque nunca he tenido ganas. En casa hay libros, no tengo ninguna excusa para no leer. Yo no he nacido en una familia en la que no se lee.

Como se había prometido a sí mismo, Louis vio a Julie todos los días de la semana. Al contrario que su hermano, ella dio muestras de tener la fiebre de los museos: el Orsay, el Carnavalet, el Jeu de Paume. Él la acompañó a todas partes de buen grado y la muchacha se quedó encantada de su estancia en París. El domingo del regreso, Louis la acompañó a la estación y le regaló *Papá Goriot*, que compró en el Relais H. Cuando el tren partió, Julie se dio cuenta de que se le había olvidado comprar una revista. Así que empezó la novela de Balzac.

Pocos días después de regresar del Festival de Merliniac, Sylvia encontró en el buzón un sobre de la Cinemateca. Se trataba de una invitación para la inauguración de la retrospectiva de Fassbinder y la proyección para la ocasión de una copia restaurada de *El amor es más frío que la muerte*. Sylvia recibía con regularidad invitaciones de la Cinemateca de la Danza porque, cinco años atrás, cuando aún salía alguna vez, en una fiesta en casa de un amigo había conocido a Daniel Barainge, un responsable administrativo de la Cinemateca de la Danza con quien simpatizó. Cuando poco después recibió una primera invitación para una velada, supuso con razón que se la

debía a Daniel. Entonces se planteó muy en serio llamarlo para darle las gracias, pero luego renunció por alguna razón sin duda excelente pero que desconocemos. Una razón igual de importante le había impedido asistir a la velada, en la que habría podido agradecerse en persona. Las invitaciones siguieron llegando periódicamente y Sylvia pensó que Daniel había incluido su nombre en el fichero de los invitados a la Cinemateca de la Danza, una atención de la que nunca disfrutó, ya que la fecha siempre le iba mal y, a decir verdad, aunque no se sintiera orgullosa de ello, la danza no la apasionaba. Si bien no era esa la causa de su desinterés, guardaba algunos recuerdos penosos de las clases de danza clásica, de las que se había escapado varias veces cuando era niña. Un miércoles por la tarde carbonizó sus trajes y sus zapatillas Repetto, de modo que su madre renunció a convertirla en una joven bailarina.

Pero esta vez no era una invitación de la Cinemateca de la Danza, sino de la Cinemateca de Cine. Hubo una época en que su nombre había estado también en ese fichero, pero desde hacía años no recibía nada, ni siquiera la programación. Se preguntó cómo habría llegado a su buzón esa invitación, hasta que leyó en el tarjetón, abajo, a la derecha, el nombre de la responsable de prensa de la Cinemateca, Corinne Esmaux, la amiga de Ariane Altmayer.

Sylvia ya había visto *El amor es más frío que la muerte*, de Fassbinder, y no tenía interés en volver a verla. Por otro lado, pensaba que salir le sentaría bien. La última vez que había hablado por teléfono con su padre, la víspera sin ir más lejos, él la había animado a «asomar la nariz fuera» y «ver gente».

—Antes salías por la noche y quedabas con gente. ¿Dónde está ahora esa gente?
—le preguntó su padre, que se llamaba Georges.

—No exageres, quedo con Bob con regularidad.

—Oh, ese está loco...

—Pero los demás también estaban locos, papá, y yo tampoco soy del todo normal.

Sylvia examinó la tarjeta de invitación como si buscara en ella un sentido oculto. Según su padre, esa velada en la Cinemateca parecía una buena ocasión para volver «al mundo». El problema era que ella no veía ningún motivo válido para volver al mundo. Durante todos esos años en los que, por razones misteriosas, se había «retirado», no había echado de menos esa vida que se confundía con su magnífica «primera» juventud, si no con la juventud misma. Al principio, sus antiguos conocidos la llamaban por teléfono, después dejaron de llamar y finalmente se dieron cuenta de que ella no los echaba de menos, ni ellos a ella. A veces la inquietaba no echar de menos a nadie, pero no que no la echaran de menos a ella. Decidió no ir a esa velada, pues se arriesgaba a encontrarse con personas que, después de tanto tiempo, seguramente se imaginaban que había muerto y ya se habían hecho a la idea. Tal vez hasta les impresionaría volver a verla. Además, quizá se sintiera a disgusto y

fuera de lugar. Como persona fallecida, Sylvia consideró que era más razonable estarse quieta.

Pero a la mañana siguiente, llevada por un impulso no muy explicable, repescó la tarjeta de invitación de la papelera, cogió el teléfono y marcó el número que figuraba debajo de «Imprescindible reservar plaza». Le contestó una mujer que hablaba con una voz pausada y de inexpresividad estudiada. Por suerte no era Corinne Esmaux, sino su ayudante. Le preguntó si iría acompañada y Sylvia dijo que sí, como solía hacer en el pasado, cuando la invitaban a cócteles o a proyecciones. Siempre invitaba a alguien, pero, fuera quien fuese la persona que la acompañaba, Sylvia siempre tenía la impresión de que era ella la acompañante.

Marie-Pierre había llamado a Sylvia varias veces tras el Festival de Merliniac y había tomado la costumbre de contarle los pequeños acontecimientos cotidianos de la empresa de calefacción Lebrissard e Hijos. También en ese sector la competencia era brutal. Sylvia la llamó para invitarla a la Cinemateca. Seguramente no debiera haber aclarado que la invitación venía de Corinne Esmaux, la amiga de Ariane Altmayer. Marie-Pierre declinó la invitación. No tenía ganas de ver a Corinne y menos aún a Ariane. Por más que Sylvia le dijo que sin duda habría mucha gente y que sería fácil arreglárselas para no toparse ni con la una ni con la otra, Marie-Pierre no quiso saber nada. Sylvia llamó a Bob, el único amigo que conservaba de la época lejana en que salía. Era un productor de unos cincuenta años que no había conseguido producir ninguna película desde hacía cinco. Cuando pronunció el nombre de Rainer Fassbinder, Sylvia sintió la reticencia de su amigo. Era de esos directores que «lo sacaban de quicio». Fassbinder y Alemania carecían de atractivo para Bob. ¿Y qué iba a hacer Sylvia en esa clase de «guateques»? Sylvia insistió. *El amor es más frío que la muerte* merecía verse, aunque admitía que no era precisamente una película cómica. Añadió que la velada podía ser interesante desde el punto de vista antropológico. Y además sería una oportunidad para que se vieran en un marco distinto. Sylvia no acostumbraba a insistir, y que lo hiciera casi preocupó a Bob. ¿De verdad tenía la necesidad, o ganas, de salir, repentina e inexplicablemente? Pero ¿por qué ahora, por qué esa noche y por qué la Cinemateca y Fassbinder? A todas estas preguntas, Sylvia solo supo contestar con un «¿Por qué no?», y Bob no pudo evitar pensar que si su amiga estaba dispuesta a superar sus aprensiones, fobias, malos presentimientos y toda la retahíla de manías que él conocía para ir a una velada en la Cinemateca es que pasaba algo raro. Y como no parecía que ella quisiera contar sus verdaderas razones, la única manera de sacar algo en claro era acompañarla. Así pues, acabó refunfuñando: «Bueno, de acuerdo, vayamos». Si la película era tan penosa como sospechaba, se dormiría. En su opinión, el sueño que proporcionaba el

aburrimiento cinematográfico era especialmente reparador.

Bob quiso sentarse en la fila cinco. Pero todos los asientos tenían el cartelito de «reservado» y pensó que la cosa empezaba mal. La sala de la Cinemateca de Chaillot estaba llena y tuvieron que sentarse mucho más atrás. Es difícil imaginar la lucha encarnizada que supone conseguir un asiento reservado en la fila cinco de la Cinemateca. Y, en general, los juegos de influencias que operan en el círculo de los intelectuales del cine para dirigir cierta investigación o cierta publicación erudita, para supervisar una exposición o una retrospectiva. El presidente de la Cinemateca pronunció un discurso sobre Fassbinder subrayando la importancia del realizador en el cine de la segunda mitad del siglo xx. Citó al personaje que decía, entre otras cosas, que lo más eficaz que se había encontrado para oprimir a la gente era el amor. Sylvia estaba de acuerdo y Bob también. Pero él se arrellanó en su butaca, reclamó las palomitas de maíz y preguntó si la película iba a empezar por fin. Sylvia reprimió una carcajada. Bob volvió hacia ella sus ojos azul grisáceo y una sonrisa apenas esbozada. Se había pasado el día llamando por teléfono a gente importante para intentar montar un proyecto y no había obtenido ningún resultado; desde hacía meses, incluso años, nada daba resultado, y ahora, finalmente, después de haber realizado un gran esfuerzo por salir, se alegraba de estar junto a Sylvia, aunque fuera para ver una película de la que no esperaba nada bueno, sobre todo nada que le hiciera reír de verdad, que era lo que necesitaba.

—Y ahora, ¿qué tal si me dices qué hacemos aquí? —le preguntó Bob a Sylvia.

Ella respondió sin alterarse que sentía mucha curiosidad por volver a ver *El amor es más frío que la muerte* y que Fassbinder era un realizador apasionante y... Se interrumpió, quizá incomodada por la mirada incrédula y risueña de Bob.

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso no nos sienta bien salir un poco?

Bob levantó la vista hacia el cielo. Unos instantes más tarde Sylvia lanzó una mirada a la puerta doble que había en lo alto de las escaleras bajo un rótulo verde luminoso que decía «salida de emergencia». La puerta estaba bloqueada por unas veinte personas que no habían encontrado dónde sentarse y parecían dispuestas a todo con tal de ver la película. Quizá fuera la anticipación de la dificultad para salir de la sala lo que lo convirtió en algo tan deseable para Sylvia. Se inclinó hacia el oído de Bob y le propuso que se marcharan con la excusa de que hacía demasiado calor. Apuntó incluso que podían ver *El amor es más frío que la muerte* otro día, en otro lugar donde hubiera menos gente. Bob se enderezó y clavó una mirada de disgusto en Sylvia: ahora que estaba allí, ni se le pasaba por la cabeza marcharse. Había hecho la cola, después se había abierto paso a codazos y había conseguido encontrar un asiento y, pasara lo que pasase, vería *El amor es más frío que la muerte*.

—De acuerdo —murmuró Sylvia moviendo la cabeza con aire contrito.

—Solo faltaría eso —dijo Bob. Su intuición se definía, y estaba convencido de

que no tardaría en comprender por qué, después de haber insistido tanto para arrastrarlo a aquella reunión cinematográfica mundana, de repente Sylvia quería irse sin ni siquiera ver la película.

Algo se estaba tramando. Cuando las luces se apagaron, Sylvia se inclinó otra vez hacia el oído de Bob y le dijo que tenía que salir cinco minutos porque se estaba asfixiando. Él replicó que estaba chiflada pero que, si se encontraba mal, saldría con ella. Ella dijo: «No, no, de ninguna manera», y se puso en pie. Guiada por la luz verde de la salida de emergencia, y sembrando el descontento a su paso, logró avanzar contracorriente de la multitud que estaba sentada, de pie, derrumbada, hasta la puerta doble, que abrió hacia el vestíbulo, desierto con excepción de un tipo que llegaba justo en ese momento para ver la película. Parecía que para él era una cuestión de vida o muerte, y comprendiendo que llegaba tarde y que no había esperanza, lanzó a Sylvia una mirada hostil, como si estuviera resentido con ella.

—Si encuentra mi sitio puede sentarse en él —dijo Sylvia sin ironía.

Un asiento vacío al lado de un hombre alto. Muy fácil de encontrar, sobre todo en la oscuridad. El desconocido la miró de arriba abajo con un desprecio furioso. Al salir, Sylvia caminó por la pequeña alameda hasta la place du Trocadéro. Había allí un café al que iba hacía unos años con Louis Schlessinger tras la sesión de la Cinemateca. Luego recorrió la avenue du Président Wilson hasta la place Iéna. También ese camino lo había hecho con él. En aquellos tiempos les gustaban los momentos en suspenso antes o después de la sesión.

* * *

Tras la proyección, Bob encontró a Sylvia en lo alto de las escaleras, a la entrada de la Cinemateca o «museo del cine». Medio inquieto, medio burlón, le preguntó si había estado allí todo el rato.

—No, he caminado un poco.

—¿Por qué no has vuelto a entrar?

—No quería molestar a la gente.

Sentía de verdad haberlo obligado a ir para luego abandonarlo. Él la tranquilizó porque, después de todo, estaba contento de haber visto *El amor es más frío que la muerte*, «no muy lograda pero interesante». Sylvia lo miró para asegurarse de que era sincero. Pero Bob no le habría mentado.

—¿Y a ti qué te ha pasado?

Ella no lo sabía y volvió a pedir disculpas.

Bob la miró sin decir nada, perplejo y tiernamente receloso. Después la tomó del brazo y la arrastró hacia el antro del «museo de la Cinemateca», ahora negro por la multitud en la que se mezclaba gente que Sylvia había conocido tiempo atrás. Claro que ya los había visto antes de la película, pero ahora estaban alrededor del bufet y seguramente habría que hablar con ellos. Llevada por Bob remontó la marea de

personas hasta el hueco de una escalera grande donde unos camareros servían champán. Bob estaba describiéndole los últimos planos de *El amor es más frío que la muerte* cuando Sylvia vio a Luc Garapon y Hélène Blossier conversando con Corinne Esmaux, la responsable de prensa de la Cinemateca. Hacía años que no los veía y, como cada vez que se había cruzado con ellos, los encontraba intrigando. Siempre los había visto al acecho de un contacto, en plena tarea de acercamiento, ansiosos ante la idea de perderse algo. Se había enterado de que entre un cóctel y el siguiente Luc y Hélène se habían casado, y consideraba que formaban una pareja muy afín, con una misma ambición y un mismo esnobismo exacerbado. La explicación más verosímil de ese matrimonio era que, a fuerza de asistir a los mismos cócteles, después de tantas y tantas noches en las que Luc tenía que llevar a Hélène hasta la puerta de su casa, habían terminado por convenir en que sería más práctico vivir juntos. Era una buena asociación, en la que se apoyaban mutuamente en su lento ascenso por la jerarquía universitaria y se prodigaban amorosos consejos para sus respectivas colaboraciones en varias publicaciones y catálogos. Los artículos de Luc Garapon inventaban una y otra vez la pólvora gracias a la composición química formulada por otros; eso si no se precipitaban directamente en el vacío. En cuanto a las múltiples contribuciones de Hélène al progreso del pensamiento, la mayoría de las veces consistían en largos párrafos abstrusos sobre la cuestión de la imagen en su relación con lo real. Hacía años que Hélène «profundizaba» en ese tema, que bien merecía que se le dedicara toda una existencia.

Monique Varoudier, jefe de montaje habitual de Paul Blass, un realizador con el que Sylvia había trabajado hacía unos años, daba caladas a su cigarrillo mientras la observaba. Su insistente mirada hacía suponer que no estaba segura de que fuera efectivamente Sylvia, aquella chica extraña que tiempo atrás Paul Blass había admitido en su círculo, e incluso atraído a él, sin que ella se explicase nunca aquel antojo. Sometida a la mirada escrutadora de Monique Varoudier, Sylvia pensó que la jefe de montaje debía de formar parte de los que, al no verla, habían creído que estaba muerta. Y cuando Sylvia, que no deseaba sacarla de su error, se alejaba para sustraerse a su mirada, sintió que le tiraban de la manga y la llamaban por su nombre. Se volvió y se encontró de frente con Monique Varoudier.

—¡Sylvia, Sylvia Delaunais! No estaba segura de que fueras tú... Hace tanto tiempo... ¿Cuánto tiempo exactamente?

—No lo sé —dijo Sylvia con una sonrisa que deseaba que pareciera natural, aunque lo dudaba, y con razón.

Hacía unos diez años, tal vez algo menos, Sylvia había hecho unas prácticas de montaje, durante las cuales había pasado dos meses con la cabeza inclinada sobre el cubo en busca de pequeños retazos de película que rara vez encontraba. En esa época lejana el montaje digital no se había impuesto aún y Monique Varoudier se resistía a los avances de la técnica. Hay que reconocer que Sylvia no estaba hecha para ese trabajo, pero la desaprobación de Monique se había convertido muy pronto en

sadismo, hasta que la envoltura corporal de Sylvia quedó invadida de placas de eczema y el dermatólogo le propuso que abandonara el montaje para dedicarse a una actividad profesional más acorde con sus capacidades. La pregunta que, con aire burlón, le hizo Monique, le recordó los viejos tiempos.

—¿Estás mejor ahora?

No obstante, Sylvia ya no era la misma muchachita de entonces.

—Es a usted a quien habría que preguntarle eso, Monique.

La sonrisa de Monique se desvaneció y la mujer no tardó en desaparecer de la vista de Sylvia. Esta sonrió sinceramente por primera vez en toda la velada al comprobar que con su largo retiro del mundo había mejorado bastante su talento para relacionarse en sociedad.

Cuando se disponían a salir de la Cinemateca Sylvia distinguió a Louis Schlessinger de pie en una esquina, frente a un chico del que solo veía los hombros cuadrados y la cola de caballo. Al notar que aflojaba el paso, Bob volvió la vista en la misma dirección que ella. El muchacho de la cola de caballo dio la mano a Louis y se alejó, mientras se acercaba un pelirrojo que parecía esperar su turno. Louis esbozó una sonrisa incómoda y su mirada, intentando esquivar al solicitante, se cruzó con la de Sylvia. Bob preguntó quién era ese joven y Sylvia respondió: «Nadie, pero aun así voy a saludarlo». Bob comprendió que era importante. Le preguntó si la esperaba y Sylvia le respondió que no tardaría, pero que se marchara si la cosa se alargaba. Bob se alejó sin añadir nada. Él lo comprendía siempre todo sin necesidad de que se lo explicaran. En ese preciso instante a Sylvia se le reveló el sentido secreto de esa velada. Si había vencido su repugnancia a salir de casa, su temor a encontrarse con gente, a que la reconocieran quienes la creían muerta, era solo con la esperanza de volver a ver a Louis Schlessinger, «su» muchacho.

SEGUNDA PARTE

1990

Una tarde de marzo, muy al principio de los años noventa, Sylvia y su amiga Françoise se dirigían a una fiesta que se celebraba en un hangar cercano a Oberkampf, en el distrito once, a bordo de un Panda negro que ya no tenía más que dos marchas. Sylvia había acabado por dejarse convencer. Era una época en la que aún salía, a menudo bajo el influjo de Françoise.

Françoise N’Guyen había nacido en París, de madre vietnamita emigrada a Francia después de que su familia quedara diezmada por la guerra. Sui N’Guyen tenía entonces veinte años. Tres años después de su llegada se había quedado embarazada por obra y gracia de un médico vietnamita que estaba casado y que se negó a reconocer a la niña. La joven madre, que no tenía intención de volver a su país, pensó que para su hija sería más fácil llamarse Françoise que tener un nombre vietnamita. Sui N’Guyen era una persona sin recursos y crió a la niña hasta los seis años; a esa edad, Françoise, cansada de alimentarse mal, y de no comer nada algunos días, le pidió a su madre que la llevara a la DDASS, la Dirección de Asuntos Sanitarios y Sociales. En todo caso, así es como Françoise le contaba siempre su historia a Sylvia. Pero costaba comprender el relato de la infancia de Françoise, algunas de cuyas peripecias quedarían para siempre en la oscuridad.

El día de la fiesta de Oberkampf, Françoise había telefoneado a su amiga por la tarde. Sylvia tenía una idea muy vaga de dónde quedaba Oberkampf y creía que estaba lejos porque, en general, todo le parecía lejos, incluso la tienda de comestibles de la rue de Surène, a un paso de su casa.

—¿Qué tipo de fiesta?

—Una fiesta con gente, música y bebidas.

Françoise insistió, pasaría incluso a buscar a Sylvia, que no tenía más que esperarla a la puerta de su casa hacia las diez, y colgó sin darle tiempo a protestar. Sylvia bajó a la hora acordada. El Panda negro a punto de expirar ya estaba delante de la verja. Subió al coche, que arrancó con un chirrido de frenos característico que hacía ya tiempo que había dejado de alarmarla. Sylvia se acurrucó en el asiento del copiloto y murmuró: «No hace calor precisamente». Primero empujó y después tiró de una especie de palanquita que se suponía que hacía subir la temperatura dentro del habitáculo.

—¿No empezarás a gruñir? —Françoise sonrió.

—No estoy gruñendo. Estoy totalmente resignada.

—¿Resignada a qué, si se puede saber?

—Vamos a aterrizar en esa fiesta en el fin del mundo, que quizá sea también una fiesta del fin del mundo, esa clase de veladas cuyo secreto solo posees tú y que hacen que te aprecie tanto.

El Panda se aproximó a una intersección. Françoise miró a la derecha y a la izquierda y le preguntó a Sylvia si le importaría coger el plano de París, que debía de estar en la guantera. Sin inmutarse, Sylvia abrió la guantera y sacó el plano.

—¿Adónde vamos, pues?

—Oberkampf, distrito once.

—¿Crees que llegaremos al distrito once con este coche?

—Siempre acabo llegando.

Sylvia admitió que así era. No había que subestimar el Panda desvencijado de Françoise.

Siempre había llevado a las dos amigas hasta su destino, aunque no siempre a tiempo. Había que reconocer que había sido útil todas aquellas noches en que no les apetecía volver en metro y tampoco tenían bastante dinero para un taxi.

Françoise tenía una forma de conducir nerviosa y la costumbre de contar anécdotas hilarantes y siniestras que giraban principalmente alrededor de la posibilidad de acabar muy pronto con la vida. Sylvia siempre le respondía con alguna máxima reconfortante sobre la soledad necesaria de los seres, el hecho de que se nacía solo y se moría solo, y que entre lo uno y lo otro no había más que una tentativa desesperada de compartir algo con algún prójimo que a veces estaba demasiado cerca y a veces demasiado lejos, pero rara vez a la distancia adecuada. En ocasiones Sylvia se convencía de que la vida se reducía a una cuestión de geometría en el espacio y el tiempo. Mientras el Panda avanzaba traqueteando, las dos amigas divagaban ferozmente sobre la condición humana contemplada desde su perspectiva más desastrosa. Françoise conducía muy inclinada sobre el volante y escrutaba la noche, mientras Sylvia intentaba distinguir los nombres de las calles y guiar a la conductora.

Eran más de las once cuando llegaron a la dirección indicada en la tarjeta de invitación. Unos veinte metros más allá del parabrisas, al fondo de una calle sin salida, se recortaba en la noche una fábrica que ya no lo era. Estaba iluminada por tres altas farolas. Sylvia tuvo la sensación de llegar a la luna, ante un hangar intergaláctico en el que se reunían vanguardistas que tenían el buen gusto de vivir de noche y ninguna obligación de levantarse por la mañana. Françoise estaba atenta a las reacciones de Sylvia, que se esforzaba en no tener ninguna. De todos modos, ya que habían llegado hasta allí, más valía ver qué pasaba dentro.

Una azafata recogía las invitaciones y a continuación dos individuos fornidos ponían un sello con un número en la muñeca de los recién llegados antes de dejarlos entrar. Esa costumbre divertía a Françoise, que tendió el brazo con entusiasmo. Sylvia preguntó si se quitaba lavándolo y uno de los hombres la miró como si pensara que se las estaba dando de lista. «Hay que salir», le contestó. Sylvia se subió la manga a

regañadientes. Las dos muchachas, debidamente tatuadas, penetraron en una sala que parecía inmensa, aunque debido al humo de los cigarrillos costaba calcular las distancias con precisión. En la medida en que podía ver y oír, Sylvia distinguió sobre una tarima a un chico alto y rubio que cantaba acompañado de una guitarra española. Se sintió aliviada de librarse del rap, el tecno y muchas otras músicas cuyo nombre ignoraba.

De pie en la barra, de espaldas a la sala llena de humo, Louis Schlessinger bebía una cerveza y se planteaba seriamente la posibilidad de no volver a poner los pies en la Politécnica. A su lado, pero de cara a la sala, Marc Chelpot recorría con la mirada la multitud movediza, en la que de momento no reconocía a nadie. Acompañada de varios tragos de cerveza, la perspectiva de dejar los estudios proporcionaba a Louis la agradable sensación de un comienzo. Pero antes tendría que hablar con sus padres, que sin duda se tomarían muy mal la noticia y probablemente tratarían de convencerlo de que continuara en la Politécnica. Pero ¿cómo podrían obligarlo? ¿Retirándole su asignación? No era su estilo. Sin duda amenazarían con hacerlo, pero nunca se decidirían a «abandonar» a su hijo. Louis se reprochaba un poco que obligara a sus padres a pagar su libertad, pero era un mal necesario, ya que no podía esperar ganarse la vida con las críticas que escribía de vez en cuando para *La Revue du cinéma*. En cuanto a buscar un empleo que le permitiera ir tirando, le parecía una tontería dejar la escuela para aceptar el yugo de un trabajo estúpido y mal pagado. En suma, se enfrentaba a los problemas de subsistencia de muchos jóvenes de su edad que aún no habían «entrado» en la vida. Pero Louis consideraba que sus padres —unos «burgueses», como los llamaba, al tiempo que negaba serlo él mismo— tenían los medios para mantenerlo hasta que encontrara un lugar en la sociedad. Aunque se sintiera totalmente ajeno a esa burguesía, estaba resuelto a aprovechar algunas de las ventajas que podía aportarle. Y si no le convencía la carrera que se abría ante él, por muy brillante y bien remunerada que fuera, no era por espíritu de rebeldía adolescente, sino por una ambición secreta y aún mayor. El destino de su clase le parecía demasiado estrecho para él. Durante toda su vida escolar se había sentido superior al resto, pero ahora que solo se relacionaba con los primeros de la clase veía que la competencia no lo estimulaba tanto como había creído. A no ser que rehuiera esa competencia encarnizada porque ya no le resultaba tan fácil ser el mejor. A no ser —y las dos hipótesis no se excluían mutuamente— que buscara recuperar, por medios distintos de la excelencia, la sensación de ser diferente que había experimentado durante toda su infancia y adolescencia.

Nunca formulaba, ni siquiera para sí mismo, su deseo de huir y distinguirse a la vez. Se limitaba a observar que se aburría en la Politécnica. Y desde luego se aburrió mucho durante los primeros meses del primer año, hasta el día en que conoció a Marc Chelpot en la reunión de un sindicato de estudiantes a la que nunca debería haber

asistido, ya que desde hacía tres semanas el trabajo se acumulaba sobre su escritorio y mejor habría hecho quedándose en casa para ponerlo al día. Louis y Marc se habían encontrado el uno al lado del otro y habían empezado a comentar el orden del día: un proyecto de ley para instaurar la selección de alumnos en la universidad. Desde la tarima, Valère Grivish, estudiante de máster en economía y presidente del sindicato estudiantil, llamaba a la movilización. Como alumno de una de las grandes escuelas, a Louis no le afectaba demasiado el problema de una selección inicua, pero esa vez se solidarizó. El viernes siguiente, día de la manifestación, Louis se encontró de nuevo al lado de Marc y, al ritmo de la marcha, intercambiaron algunas opiniones relacionadas con las circunstancias, el itinerario, el carácter poco inspirado de los eslóganes y la añoranza compartida de una gran época de lucha que, dada su edad, ni el uno ni el otro habían podido conocer. Quizá la peor de las nostalgias sea la que se siente por una época que no se ha vivido. Con respecto a muchas cosas Louis tenía la impresión de haber nacido tarde, después de la revolución, después de la guerra, después del apocalipsis. Tenía la sensación de constituir él solo una generación perdida. No le quedaba más alternativa que dirigir a los rezagados del desastre.

En el hangar de Oberkampf, con la fiesta en su apogeo, Louis se terminó la cerveza y se volvió hacia Marc.

—Nos aburrimos como ostras, ¿no? —dijo Louis.

Pero Marc hizo un gesto con la mano a alguien. Louis se volvió y vio a dos chicas; conocía a una, a la otra no. A fuerza de gesticular, Marc consiguió que lo viera Françoise, quien le dirigió una gran sonrisa y, agarrando a Sylvia por la manga, la llevó hacia el lado de la barra donde se encontraban los dos jóvenes. Louis vio que la segunda chica seguía, con tan poca reticencia como convicción, el movimiento que le imponía la primera. Las dos salvaron así los pocos metros que las separaban de ellos y Françoise exclamó alegremente:

—Pero ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Precisamente eso nos preguntábamos —contestó Marc—, pero, ahora que estáis vosotras, la cosa cambia.

Françoise sonrió y dirigió a Sylvia una mirada cómplice.

—¡Mira qué galantes! Es increíble.

Françoise hizo rápidamente las presentaciones.

—¿Cómo habéis venido a parar aquí?

—Por casualidad —respondió Marc.

—Te creo, no se puede llegar aquí si no es por casualidad —sonrió Françoise.

Sylvia pensaba de otro modo. Le parecía que había que proponérselo para llegar allí. Marc tendió el vodka a Françoise y el zumo de naranja a Sylvia. Marc y Françoise entablaron entonces una conversación sobre la retrospectiva de Ozu en la Cinemateca, y Sylvia comprendió que los dos muchachos pensaban escribir juntos un

artículo sobre la retrospectiva para *La Revue du cinéma*. Sylvia bebió un sorbo del zumo de naranja y lo encontró ácido. Cuando levantó la cabeza, su mirada se cruzó con la del chico que se llamaba Louis, el que tenía los rizos alborotados como un colegial fugitivo. Incómoda, bajó la vista hacia el número 98; quizá buscaba en él un sentido secreto, o tal vez intentaba calcular la hora aproximada a la que estaría de vuelta en casa, teniendo en cuenta lo lejos que quedaba el hangar y la media de velocidad del Panda. Cuando levantó los ojos, el colegial seguía mirándola con una atención a la vez sostenida y fluctuante, y por un instante Sylvia se preguntó si de verdad la miraba a ella. Aunque efectivamente era a ella a quien miraba, en realidad Louis no era del todo consciente de que lo hacía, pues de lo contrario es probable que por su buena educación, e incluso por su timidez, hubiera desviado enseguida la mirada. Sylvia sintió que una lava ardiente le invadía las venas y no sabía si era el apuro de sentirse escrutada de ese modo lo que la incomodaba. El chico la miraba con una insistencia que sin embargo a ella le parecía inconsciente. Entretanto, Françoise y Marc habían pasado de Ozu a Mizoguchi y discutían sobre sus méritos respectivos, la habitual cantinela de la crítica. Como no había participado en la conversación, Sylvia no veía la necesidad de hacerlo ahora. Volvió la cabeza hacia la sala para escapar de la mirada del colegial y encontrar un punto de apoyo. En la tarima, el cantante salmodiaba una tonada obsesiva que apenas se oía. Louis la vio alejarse hacia allí. Mientras se abría camino lentamente entre el gentío, Sylvia volvió a recordar una noche de su adolescencia en que había bajado de su habitación sin previo aviso y oyó una conversación entre sus padres. «No es que Sylvia sea fea —decía su madre—. No, incluso es bastante guapa; solo que nunca será una mujer de verdad.» Siguió un largo silencio y luego oyó a su padre responder simplemente: «No sé», con una voz apagada que le pareció muy lejana. Sylvia no había comprendido el sentido de las palabras de su madre. Todavía hoy solo las comprendía de manera confusa. Y aún comprendía menos por qué esa frase fatídica le venía a la memoria en ese preciso instante. Sin embargo, seguramente esas palabras misteriosas no eran ajenas a su persistente sensación de ser invisible para los hombres, sensación que no tenía fundamento en la realidad, pero a la que se acomodaba tan bien que cabía preguntarse si, llevada por la predicción materna, Sylvia no fomentaba su propia desaparición. Para esta fiesta, al igual que para cualquier otra, no había hecho nada por «arreglarse», y Louis, que para empezar no había visto más que su rostro, en vano habría buscado su cuerpo, perdido en un pantalón que le quedaba demasiado grande. Sin embargo, si aquella noche se acordó de las palabras de su madre, tal vez fuera porque, por primera vez, había tenido la sensación de que la miraban.

Al llegar a un metro del cantante, Sylvia se encontró con Géraldine Barberis, la prima de un escritor que salía constantemente en la televisión tras haber escrito un libro sobre «la ultramoderna soledad». Géraldine besó a Sylvia y le gritó al oído que estaba

enamorada del cantante, el rubio de la tarima. A Sylvia le pareció muy natural.

—Las chicas siempre se enamoran del cantante, y a veces también los chicos —dijo.

Géraldine puso cara de escandalizada, como si le hubieran robado la idea, enamorarse del tipo más codiciado de la velada. Se dijo que Sylvia se había vuelto antipática. Esta no se atrevía a mirar hacia la barra por miedo a encontrarse de nuevo con la mirada del muchacho, pero tuvo que esperar un cuarto de hora largo hasta que Françoise le enlazó el brazo con el suyo.

—Tú tienes ganas de irte a casa —sonrió Françoise.

Sylvia le dijo que estaba cansada y que al día siguiente quería ponerse con las matemáticas. Pero Françoise tenía otros planes: dar una vuelta por el mercado de viejo de Montreuil. Sylvia estaba demasiado contenta de marcharse de allí para contrariarla y siguió a su amiga, que se abrió paso hacia la salida. Si se hubiera atrevido a volverse, pero no fue el caso, habría visto a Louis Schlessinger vuelto de nuevo hacia la barra, dando la espalda a la sala, mientras Marc Chelpot conversaba con otra chica.

Sylvia y Françoise no fueron a Montreuil al día siguiente. Françoise llamó a Sylvia a última hora de la mañana. Acababa de despertarse y esperaba a Samuel, que quería llevarla a comer fuera, a un restaurante que había descubierto la víspera, un japonés, en la rue Richelieu. Después quizá fueran al cine, y por la noche estaban invitados a cenar en casa de un amigo de Samuel que trabajaba en la misma obra de teatro que él. Para Sylvia fue un alivio ahorrarse las recriminaciones que su negativa a salir habría provocado. Sintiéndose sin duda culpable por abandonar a su amiga a un domingo triston, Françoise le preguntó con forzado entusiasmo qué pensaba hacer durante el día.

—Por ejemplo, tendría que trabajar —dijo Sylvia con voz risueña—. Pero aún no me he duchado ni he desayunado.

De hecho, tenía la impresión de que el día había acabado antes de empezar, y se reprochaba no haberse levantado más temprano. Y todo por culpa de esa fiesta llena de humo, cuyo recuerdo persistía en forma de un formidable dolor de cabeza.

Con frecuencia las salidas de las dos amigas se frustraban, bien porque la inercia de Sylvia podía más que el entusiasmo de Françoise, bien porque esa energía arrastraba bruscamente a Françoise en otra dirección. A menudo la causa de esos cambios de planes era Samuel. Françoise y él se conocían desde hacía tres años pero no vivían juntos. Samuel solía plantarse de improviso en casa de Françoise, y si esta tenía prevista una salida con Sylvia no dudaba en excusarse. Sylvia agradecía que no inventara motivos falsos, y Françoise agradecía lo bien que se tomaba Sylvia lo que

otros probablemente habrían considerado un descaro imperdonable, un menosprecio reiterado a la amistad. Como no había visto a Samuel más de dos o tres veces, Sylvia no sabía casi nada de él, aparte de lo que Françoise le contaba, pero se preguntaba por qué esta nunca había hecho nada para que ella y Samuel se conocieran más y llegaran a ser, si no amigos, al menos «buenos compañeros». Sylvia no estaba resentida. En lugar de ver en ello una falta de afecto por parte de su amiga, quería entenderlo más bien como la necesidad que esta tenía de mantener dos relaciones únicas, intensas y mutuamente excluyentes. No obstante, no se dejaba engañar por el voluntarismo que ponía al sostener esta interpretación benevolente. A veces se le ocurría una interpretación menos sutil pero tal vez más pertinente. Si Françoise no tenía ningunas ganas de que ella y Samuel fueran amigos, o al menos compañeros, era por celos anticipados y con el fin de tener plenos poderes en ambas relaciones.

A Sylvia le ocurría con frecuencia eso de dudar entre dos interpretaciones de la «realidad», a veces más de dos, y a veces incluso una multitud, hasta que, al menos en apariencia, llegara la realidad y le proporcionara la más acertada. Pero también podía suceder que los acontecimientos no dieran nunca respuesta a las preguntas que se planteaba y se quedara a la espera, en una especie de perpetua indeterminación. Quizá por esa razón en ocasiones parecía vacilante y la gente pensaba que estaba distraída y ausente. Naturalmente, no podían adivinar que el tiempo que no dedicaba a las matemáticas estaba destinado a Davos, por una parte, y por otra a enumerar los diferentes sentidos posibles de un mismo acontecimiento, o de una palabra. Esta actividad mental, pero sobre todo el terror que la acompañaba a no llegar a nunca a una auténtica certeza, podía explicar en parte el cansancio que experimentaba desde la adolescencia.

Las reflexiones de Françoise a propósito del amor eran otra fuente de perplejidad para Sylvia. Le parecía que lo que declaraba su amiga estaba en franca contradicción con su vida. Claro que Sylvia había comprendido a la perfección que no se puede exigir a la gente que viva conforme a sus ideas, que ese exceso de rigor acarrearía un desorden fatal para el buen ordenamiento de la sociedad, la paz civil y quizá incluso el clima. A pesar de que en muchas ocasiones había podido observar el estado de malestar y contrariedad, incluso de desesperación, en que el mínimo desacuerdo «conyugal» con Samuel dejaba a Françoise, y que había comprobado más de una vez que el menor retraso del joven la ponía hecha una furia y que odiaba sistemáticamente a todas las actrices con las que él trabajaba, Françoise decía que solo era un chico agradable que le hacía bien el amor, pero que no tenía verdadero interés en él. Él estaba allí, pero igualmente podría no estar, aseguraba, y nada cambiaría. Solía concluir sus declaraciones diciendo: «De todas maneras, el amor no tiene importancia en mi vida».

A veces a Sylvia se le escapaba una sonrisa y Françoise, picada por la

circunspección divertida de su amiga, insistía: «Te lo aseguro, no tengo un interés especial en él. Me gusta mucho, es verdad, pero si no estuviera en mi vida, no cambiaría nada».

Sylvia podría haber enfrentado a Françoise con sus incoherencias, pero casi siempre se abstenía de hacerlo y acababa diciendo: «Sí, claro, lo comprendo». No ignoraba las virtudes del diálogo, pero consideraba que ciertos temas no se prestaban a él. Prefería atribuir las contradicciones manifiestas del discurso de su amiga a los misterios del amor. ¿Acaso con esa negación Françoise intentaba eludir el sufrimiento del amor y el miedo a la pérdida? Ciertamente, más valía convencerse de que no se tenía verdadero interés por nada que exponerse al dolor del abandono. Tal vez quisiera ahuyentar la mala suerte. ¿Creía lo que decía, al menos en el momento en que lo decía, o intentaba desesperadamente convencerse de ello? Si esta última hipótesis era válida, Sylvia habría sido muy cruel si se hubiera empeñado en abrirle los ojos. Françoise a veces decía cosas que iban más allá de su situación personal. Por ejemplo, afirmaba que el amor es un sentimiento muy sobrevalorado, incluso una ideología dominante que sirve para adormecer a las masas e incitarlas a consumir. ¿Quería decir que la gente esperaba demasiado del amor, del mismo modo que esperaba demasiado de la vida en general? ¿O bien que el amor estaba socialmente sobrevalorado en nuestro mundo occidental por oscuras razones de mercado que en realidad estaban muy claras? Sylvia rara vez le pedía a la gente que precisara sus ideas. No por desprecio, quizá por indolencia, pero sobre todo porque la incertidumbre sobre el sentido exacto de lo que decían los demás le permitía el placer de rumiar en secreto e imaginar por su cuenta, a veces hasta el agotamiento, todos los sentidos posibles. Además, ¿para qué pedir precisiones? Tantas veces había tenido la ocasión de comprobar que la mayoría de la gente no sabe de verdad lo que dice, y que suele ser vano, y quizá incluso inútil y perverso, pedir que se precise cualquier cosa. Sylvia lo había comprendido muy pronto con su madre. En numerosas ocasiones le había pedido a su madre que aclarara sus puntos de vista. Su madre, Dios sabe por qué, siempre se lo había tomado muy mal, pues interpretaba las preguntas de su hija como una voluntad perversa de «buscar tres pies al gato» o quizá de «torturarla».

En cuanto a su padre, podía sonreír ante su «manía de desmenuzarlo todo» cuando Sylvia no se la aplicaba a él, pero al verse confrontado directamente le soltaba con humor: «Todo eso no es más que filosofía», lo cual parecía constituir el insulto supremo. Otras veces declaraba que ella era «demasiado inteligente» para él. Al llegar a este punto culminante de la discusión, Sylvia sabía que no le quedaba más remedio que callarse y, con el tiempo, había procurado hacerlo siempre que podía. Ahora lo lograba con gran maestría.

Entre las hipótesis que multiplicaba Sylvia para justificar las elucubraciones de su amiga, había una que le molestaba un poco más que las otras. Era la hipótesis de que, conociendo la soledad de Sylvia, Françoise intentara atenuarla dando a entender que no se perdía gran cosa por no tener vida amorosa. Si ese era el caso, Françoise se

equivocaba, pues Sylvia no sufría por su soledad. Quizá incluso la deseaba. Pero del mismo modo que nunca esperaba que los demás dieran explicaciones, tampoco creía necesario darlas, ni siquiera para deshacer un equívoco cuando le parecía que la percepción era errónea con respecto a ella. Y es que nunca excluía por completo la posibilidad de que los demás tuvieran razón, incluso en lo que pensaban sobre ella misma, y que hubieran adivinado alguna verdad que ella ignoraba. No sería exacto decir que Sylvia fuera sumisa con Françoise ni con nadie. Sencillamente, tenía un carácter que la inclinaba a dejar su juicio en suspenso. Tampoco se puede descartar la hipótesis de que pensara que su amiga tenía razón y que en efecto se concedía demasiada importancia al amor. La diferencia entre Sylvia y Françoise estribaba simplemente en que los actos de Sylvia estaban más de acuerdo con sus convicciones que los de Françoise con las suyas.

Sylvia había conocido a Françoise un año antes de la fiesta en el hangar de Oberkampf. Aparte de sus estudios de matemáticas, la había contratado una productora para que efectuara una investigación iconográfica sobre la matanza de San Bartolomé, con vistas a la realización de una película de ficción histórica. ¿Qué relación tenía esto con las matemáticas? Ninguna. El trabajo se lo había pasado Arnaud Tellier, un estudiante de historia con el que se encontraba a menudo en el restaurante universitario. Él había conseguido ese trabajo temporal de documentalista, pero lo dejó por la insistencia de sus padres en que preparara las oposiciones. Recordó que un día que estaban comiendo uno frente al otro en la cafetería del Crous había salido en la conversación el tema de la religión y ella le había dicho que era protestante. Otro día Sylvia se había quejado de uno de esos «hijos de burgués negados para las mates» a los que daba clases de «apoyo», y él había deducido que no le desagradaría tener un trabajito para completar su economía de estudiante y llegar a fin de mes. Como le caía más simpática que sus compañeras de historia, que además preparaban las mismas oposiciones que él, propuso a Sylvia que cogiera el trabajo, que no debía de durar más de dos meses. Como ella aún no tenía que preparar las oposiciones, aprovechó la oportunidad, encantada de ganar algo de dinero para sus gastos sin tener que aguantar a los negados para las matemáticas. Su compañero la hizo pasar por estudiante de historia y la productora no se molestó en comprobarlo. Arnaud Tellier elogió la capacidad de organización de Sylvia, su seriedad, y señaló como argumento decisivo que era protestante y estaba especialmente al corriente de las cuestiones relacionadas con su religión. «Es luterana», afirmó sonriendo. Un ayudante de producción le dijo a Sylvia que debían crear una base de datos para los distintos colaboradores de la película, empezando por el realizador, que necesitaba «material concreto» que diera «respaldo a su visión». En una fase posterior también consultarían los documentos el decorador y la encargada del vestuario. El espíritu metódico y curioso de Sylvia encontró un campo de aplicación nuevo y entretenido.

La productora, situada en la rue Froidevaux, puso a su disposición, lujo supremo, un despacho y un ordenador. En febrero, un viernes por la tarde, estaba clasificando los documentos de la semana en un fichero cuando Christophe, el ayudante de producción, llamó a la puerta: «Hay una fiesta de final de rodaje esta noche; si quieres pasar...». Sylvia levantó la vista. Christophe estaba de pie junto a la puerta entreabierta. Era un chico alto de unos veinticinco años, tez morena y cabello castaño desordenado, con vaqueros y un jersey rojo de cuello con cremallera.

—¿Qué película es? —preguntó Sylvia.

—*Le Temps de Mélanie*, de Joël Ulmann.

—¿Crees que puedo ir a la fiesta de una película en la que no he trabajado?

Christophe sonrió con afabilidad. Encontraba refrescante que Sylvia apareciera regularmente en la oficina, con su aspecto de buena alumna y sus increíbles faldas plisadas.

—Claro que sí, todo el mundo lo hace. ¿Nunca has estado en una fiesta de final de rodaje?

Sylvia tenía la impresión de que le preguntaba si nunca había estado junto al mar o en un club nocturno, o si había comido alguna vez faisán.

—No. No conozco a nadie que se dedique al cine.

—Entonces, esta es la ocasión.

—Esta noche tenía previsto trabajar.

—Qué le vamos a hacer... En fin, si cambias de parecer, empieza a las nueve y es en la rue Mouton-Duvernet, número seis. Al salir de aquí, gira a la derecha por la rue Boulard. Pondré tu nombre en la lista de la entrada, por si te decides.

Desapareció sin que Sylvia tuviera tiempo de darle las gracias por pensar en ella y poner su nombre en la lista. Era muy amable por su parte. No obstante, no iría a la fiesta. Había programado un fin de semana de estudio que debía empezar esa misma noche al llegar a casa. Eran más de las seis. Vio por la ventana que ya había anochecido. Los días habían sido grises y fríos toda la semana y, aunque empezaban a ser más largos, el cielo cubierto impedía que se notara.

En la época lejana en que Sylvia tomó conciencia de que los días se alargaban y se acortaban progresivamente a lo largo del año, quedó desconcertada y secretamente conmovida. Su asombro no había cesado desde entonces y seguía sin saber la causa. No le servían de nada los discursos que pretendían convertir todo hecho físico natural en hecho poético. Así se hacía con las estrellas, lo infinitamente grande, lo infinitamente pequeño, la cristalización, la evaporación, la condensación y, en la infancia, las estalactitas y las estalagmitas de las cuevas. Durante toda la edad escolar se animaba a los niños a extasiarse ante todos los fenómenos naturales, ya fuesen geológicos, biológicos, astronómicos o de otra índole. Sylvia no se maravillaba con facilidad, y las maestras y los profesores solían considerarla un poco fría y distante. Había oído decir a un biólogo que cuanto más se explicaba la naturaleza, más poética se volvía, pero ella no debía de ser sensible a esa poesía. Su sensibilidad a las ínfimas

variaciones de duración de los días, al igual que a las variaciones climáticas, quizá solo era un rasgo común en la multitud de personas muy nerviosas.

Había cogido el metro en Gaîté y conseguido hacerse un hueco en un rincón del tren atestado. Miraba a los viajeros, que al ritmo del traqueteo del vagón, a la vez malhumorados y llenos de esperanza, se dirigían hacia los dos días consecutivos de descanso. Muchos bajaron en Montparnasse y Sylvia pudo sentarse. Imaginó a los pasajeros deslizándose por el pasillo rodante que unía el metropolitano con la estación de ferrocarril. Los veía en el andén, subiendo a los trenes que los llevarían a sus casas. Durante mucho tiempo ella había cogido esos trenes de cercanías para ir a estudiar a París. Al principio de todo, cuando la habían admitido en el liceo Louis-le-Grand para el curso preparatorio de dos años que permitía el acceso a las escuelas superiores, había intentado alojarse en una residencia femenina para evitar el cansancio de las idas y venidas diarias y las horas inútiles que le robaban a los estudios. Se inscribió en una residencia de la rue Cherche-Midi, pero la primera noche fue un desastre y a la una de la madrugada se encontró pidiendo auxilio a sus padres desde una cabina telefónica de la rue de Rennes porque no podía dormir a causa de la «chica de arriba», que no paraba de «andar sobre su cabeza». A la mañana siguiente, sin haber podido pegar ojo, llamó a la puerta del despacho de la directora. La señora Émilie Ferrole le abrió y no ocultó su sorpresa al ver el rostro descompuesto de la muchacha que deseaba hablar con ella a las ocho de la mañana.

Después de hacerla pasar e invitarla a tomar asiento, la señora Ferrole se sentó en una butaca tapizada en terciopelo rojo, como las de los teatros, y le preguntó con voz alentadora pero cargada de reconvención:

—Bueno, joven... ¿Qué es tan importante?

Sylvia, que no quería denunciar a ninguna de sus vecinas, dirigió su queja al estado deplorable del parquet, cuyos continuos crujidos le habían impedido dormir. La señora Ferrole apoyó su espalda muy recta más hacia atrás en el respaldo de la butaca.

—No la comprendo muy bien... ¿Quiere decir que su primera noche en nuestra residencia ha sido un poco difícil?

Sylvia asintió.

—A veces pasa —prosiguió la señora Ferrole—. Dormirá mejor esta noche, ya lo verá... El cambio, la novedad, el hecho de no estar en el domicilio de sus padres, todo eso seguramente la ha alterado, y es muy comprensible; quiere decir que es usted una muchacha sensible, y esa es una gran cualidad en una mujer.

La señora Ferrole lucía una sonrisa dulce y protectora; Sylvia admitió que la había descolocado un poco el hecho de empezar una nueva vida. No obstante, eso no lo explicaba todo y mantuvo su versión del parquet en mal estado. Ante esa deplorable insistencia, esas acusaciones absurdas, la señora Ferrole defendió el parquet de época, un soberbio parquet «en espiga», sobre el cual se rogaba a las jóvenes que anduvieran en pantuflas en cuanto entraban en la habitación, pues

amortiguaba los crujidos.

La señora Ferrole miró a Sylvia con una atención distinta, con un brillo sombrío en los ojos, entre recelosa y preocupada. Insistió en que el lugar era tranquilo y que las jóvenes, todas ellas en el curso preparatorio para las escuelas superiores, estaban allí para dedicarse exclusivamente a los estudios. Además, el reglamento no autorizaba a nadie a recibir en su habitación a personas ajenas a la residencia. En los veinticinco años que llevaba dirigiendo la residencia, la señora Émilie Ferrole solo recordaba a una chica que se había atrevido a infringir la norma. La alborotadora había sido expulsada de inmediato. Sylvia, que por encima de todo no quería entrar en el terreno de las acusaciones personales, respondió que no se trataba de eso. No había ido a quejarse de la falta de disciplina de las internas sino exclusivamente del parquet, único responsable de su insomnio. ¿La señora Ferrole no consideraría, por el bien de la comunidad, la posibilidad de instalar moqueta?

La señora Ferrole no contestó de inmediato. Estaba estupefacta, clavada en la butaca a causa de la consternación, y miraba a Sylvia fijamente, preguntándose si en efecto había dicho lo que ella había oído. Después, con la voz vibrante de cólera, respondió que no era cuestión de quitar el parquet, que la moqueta era un nido de ácaros, que las jóvenes preferían el parquet, más elegante, y que, por otra parte, Sylvia era la única que se había quejado, y que todo aquello era «increíble». Arrojó la palabra a la cara de Sylvia, quien supo que ya no había «arreglo» posible. Pero en el fondo era demasiado lúcida para haber imaginado en serio que la directora iba a poner moqueta solo para complacerla. Además, a ella también le horrorizaba la moqueta.

Ahora la señora directora hacía preguntas. ¿Sylvia se encontraba bien de salud? Sylvia respondió que no tenía problemas de salud, pero era muy sensible al ruido y eso le creaba dificultades en la vida cotidiana. La señora Ferrole observó que una residencia de chicas quizá no fuera el lugar ideal para una estudiante tan sensible como ella. Por mucho que la disciplina fuera perfecta en la casa de la rue Cherche-Midi, y las internas estudiosas y bien educadas, inevitablemente había «movimiento» y algunas molestias. Las chicas entraban y salían con libertad de las habitaciones, estaban autorizadas a charlar entre sí y eran libres de estudiar de noche si lo deseaban. No se podía impedir a nadie que se levantara por la noche para ir al lavabo, ni suprimir el ruido de una puerta o de una silla al cambiarla de sitio. Sylvia asintió con un triste movimiento de la cabeza. Naturalmente, sabía todo eso. La señora Ferrole creyó oportuno añadir que lo mismo ocurriría en cualquier residencia de París. Ella las conocía todas, y la de Cherche-Midi era una de las que gozaban de mejor reputación. Sylvia no podía contradecir las afirmaciones de la directora, sus padres habían hecho averiguaciones y ella misma había preguntado a antiguas huéspedes de la residencia, a quienes por supuesto no se les había ocurrido hablar del parquet. La señora Ferrole añadió que quizá una habitación o un estudio independientes serían la mejor solución para Sylvia. Además, la ventaja de la

residencia era que las jóvenes no tenían que ocuparse de las comidas y así podían dedicarse por entero a estudiar. Cuando se sabe la cantidad de trabajo que tienen los alumnos de los cursos preparatorios, es fácil comprender hasta qué punto se ven favorecidos los estudiantes que no tienen que atender las tareas cotidianas. Según Émilie Ferrole, era muy perjudicial para las jóvenes estudiantes que llegaban a París encontrarse solas y tener que hacerlo todo cuando hasta entonces habían estado mimadas por los padres. Las residencias de jóvenes constituían en ese sentido una transición muy útil hacia la vida adulta.

Los padres de Sylvia fueron a buscarla a primera hora de la tarde y la señora Ferrole no insistió en que se quedara más tiempo en su institución una chica que tenía tan poca disposición para la vida comunitaria. Guardó para sí el temor a tener entre las paredes de su casa una «oveja negra» que, con su actitud negativa y su ansiedad crónica, podría alterar a las otras jóvenes. Así que durante todos sus estudios, hasta el año antes de conocer a Françoise, Sylvia viajó en los trenes de cercanías entre París y Daumartin, donde vivían sus padres.

El metro se había detenido más de cinco minutos en la estación de Sèvres-Babylone, y también se prolongó de manera anormal la parada en Rue du Bac, sin que la RATP se molestara en informar a los viajeros. Sylvia esperaba pacientemente, pero el hombre que estaba sentado frente a ella se ponía nervioso y echaba pestes contra el desprecio de la empresa de transporte público hacia los usuarios. La mujer sentada a su lado aprobaba el discurso iracundo y de vez en cuando lo acompañaba con alguna frase que lo alentaba: «La RATP se ríe de la gente». Cuando Sylvia bajó en Concorde, los dos descontentos seguían confraternizando.

Al llegar a casa Sylvia fue directamente al cuarto de baño para llenar la bañera de agua caliente. Una vez en el agua, le resultó muy difícil salir y dejó de ver su imagen en la superficie empañada de los espejos. Abrió el grifo de agua caliente varias veces hasta que se acabó. Se sentó al escritorio en pijama y bata, pero la perspectiva de las horas de trabajo que tenía por delante la desanimó; la mesa llena de cosas también contribuía a agobiarla. Ahora solo tenía un deseo: acostarse y dormir. Pero se negaba rotundamente a hacerlo. No podía permitirse semejante dejadez. Así que, para evitar a la vez el desorden, la aspereza de la tarea y la dulzura del sueño, volvió a vestirse, cogió de nuevo el metro y se encontró una hora más tarde en la estación Mouton-Duvernet. Avanzó por la calle del mismo nombre, cruzó un porche y se encontró en un patio adoquinado en el que retumbaba la música. En la planta baja, a la derecha del edificio, unos ventanales altos de cristales pequeños daban a una serie de estancias iluminadas. Desde donde se encontraba, le parecía que en el espacio delimitado por los marcos de las ventanas había mucha gente. Detrás de la más

alejada vio gente bailando. Se quedó inmóvil unos instantes. Una pareja cruzó el patio y desapareció por una puerta del edificio del fondo. Después llegó un hombre de la calle, y Sylvia tuvo la impresión de que era succionado por la fiesta. Lo vio reaparecer furtivamente en una ventana y desaparecer entre los invitados. Desde su puesto de observación, asistió a la aparición y desaparición de varias personas sin decidirse a seguir a ninguna, como si algo la retuviera en el patio, sola e inmóvil, a pesar del frío intenso, que empezaba a entumecerle las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

Una silueta frágil entró taconeando sobre los adoquines y se dirigió hacia la puerta por la que habían desaparecido todas las demás. Más que ver, la mujer debió de adivinar que había alguien de pie en la penumbra. Antes de escabullirse a su vez, se volvió casi por completo y se encontró con la mirada de Sylvia. «Buenas noches...», dijo la joven, una asiática de rasgos delicados, con una sonrisa y una mirada de curiosidad. Sylvia respondió con un «buenas noches», incómoda al verse descubierta en aquella posición de acecho. La muchacha se subió el cuello de la parka satinada color violeta.

—¿No entra? —le preguntó.

—No... Me han invitado —añadió Sylvia sin ninguna necesidad y, aún más innecesariamente, comentó que no había trabajado en la película.

—¿Por eso se queda fuera con este frío?

La chica sonrió y agregó en tono juguetón:

—Yo tampoco he trabajado en la película, ni siquiera estoy invitada. De modo que tiene una gran ventaja con respecto a mí.

Una sonrisa cordial y ya cómplice le iluminó el rostro. Sylvia estuvo a punto de preguntarle cómo sabía que había una fiesta en ese lugar si no la había invitado nadie, pero cambió de parecer.

—Puedo hacerla entrar si quiere. Mi nombre debe de estar en una lista. No tiene más que hacerse pasar por mí —propuso Sylvia.

—Gracias, es muy amable, pero sería más sencillo que entráramos juntas —respondió la muchacha.

Luego añadió, clavando la mirada en los ojos de Sylvia:

—Mire, no creo que haya ninguna lista.

Y, como si fuera la noticia más desconcertante que pudiera oír, Sylvia repitió:

—¿No hay lista...?

¿Por qué le habría dicho Christophe que pondría su nombre en una lista si no había lista? Sylvia lamentó haber perdido el tiempo de ese modo; ahora su situación le parecía especialmente ridícula y la mirada de la joven hacía que se sintiera incómoda, aunque no percibiera en ella nada burlón, sino más bien una curiosidad divertida e incluso benevolente. Tal vez la joven tenía la costumbre de hablar con los gatos callejeros y los perros perdidos.

—¿No le parece que hace frío? —preguntó.

—Un poco.

—Debería entrar. No compromete a gran cosa, sabe...

Sylvia hizo un movimiento apenas perceptible con los hombros. Era verdad que no comprometía a nada. Se acercó a la chica y, tras una nueva vacilación, cruzó el umbral con ella. Fueron a dejar el abrigo y la parka en el guardarropa. La joven llevaba un vestido muy ajustado y corto que resaltaba su delgadez. Sylvia, al salir de casa movida por un impulso, se había puesto unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto. Pero, al ver a la mayoría de los invitados con vestimenta informal se tranquilizó. Era más bien la otra joven quien iba demasiado «vestida» para esa velada, pero eso no parecía molestarla en exceso. Con una soltura que parecía indicar que estaba acostumbrada a ese tipo de fiestas, condujo a Sylvia con una familiaridad amistosamente autoritaria a la que ella se sometió de buena gana.

—Venga. No creo que la producción se haya gastado todo el dinero en la película. Debe de haber algo bueno para comer. Y tal vez champán.

En efecto, en el bufet abundaban los manjares, preparados por una famosa empresa de catering. Las dos pidieron champán.

—Por cierto, ¿cómo se llama?

—Sylvia Delaunais. ¿Y usted?

—Françoise.

Françoise no parecía deseosa de dar su apellido, pero finalmente añadió:

—Françoise N’Guyen. Es vietnamita. Lo aclaro porque mucha gente es incapaz de distinguir entre los de ojos rasgados.

Sylvia se quedó un poco desconcertada y esbozó una ligera sonrisa de turbación. Buscaba algo agradable que decir, pero no se le ocurrió nada especial.

—Yo no habría dicho nunca que fuera japonesa, por ejemplo.

—Ya, eso es lo más fácil. Los japoneses son verdaderamente amarillos y con la cabeza plana.

—Pero Françoise no es japonés ni vietnamita —señaló Sylvia.

—Mi madre me lo puso porque pensaba que sería más fácil para mí tener un nombre francés. No se le ocurrió que, con esta cara, de todas maneras no sería fácil.

—Françoise es un nombre bonito.

—¿En serio le parece que tengo cara de llamarme Françoise?

Se elevó un rumor, acompañado de un movimiento de cabezas que se volvían hacia la entrada. Acababa de llegar Sylvain Roux, un actor famoso, del brazo de una morena de unos treinta años. A Sylvia le sonaba el rostro de la mujer, pero no era capaz de ponerle nombre.

—Voy a saludarlo. ¿Viene? —preguntó Françoise.

—Pero si no lo conozco. Vaya, la espero aquí.

Françoise fue al encuentro de Sylvain Roux, que no reparó en su presencia hasta el último momento, cuando la joven estaba lo bastante cerca para abrazarlo. Entonces abrió los brazos y exclamó: «¡Françoise! Preciosa». Sylvain Roux hizo rápidamente

las presentaciones antes de que lo asaltaran otros conocidos, a los que recibió con el mismo entusiasmo un poco falso que había manifestado con Françoise. Pronto le volvió la espalda y ella se apartó del grupo que se estaba formando para volver junto a Sylvia, que continuaba donde la había dejado. Sylvia observó que Françoise conocía a mucha más gente en la fiesta de la que había dicho. «Ya está, ya lo he hecho», dijo sonriendo al volver. Bajo los efectos del champán, que empezaban a acentuarse, Sylvia hizo preguntas que nunca se habría atrevido a hacer estando sobria. Eran preguntas normales, pero ella no acostumbraba a hacer preguntas, ni siquiera normales.

—¿Ha actuado él en la película?

Françoise asintió mientras tomaba un sorbito de champán.

—Parece que lo conoce bien —prosiguió Sylvia.

—Actuamos juntos en una película hace un año.

—¿Es actriz?

—Sí.

—¿Y se entendieron bien durante el rodaje? Quiero decir con él.

—No. Me detesta.

—...

—Él sabe que yo sé. ¿Comprende?

Sylvia no comprendía, pero no hizo más preguntas. Para ella ya era mucho. Tenía la sensación de que, de todos modos, no tendría respuesta. Le parecía que algo un poco impreciso acompañaba todas las respuestas, todas las frases de su nueva amiga.

—Y usted, ¿qué hace? —preguntó Françoise.

—Soy estudiante.

Seguramente algo impedía a Sylvia decir qué disciplina estudiaba.

—¿Qué estudia?

—Matemáticas —dijo como si a ella misma la sorprendiera o no estuviera del todo segura.

—¿Ah, sí? Es curioso. Todos los estudiantes que conozco son de historia del arte.

—Puede que los estudiantes de matemáticas no se relacionen mucho con la gente del cine.

—¿Y cómo es que ha venido a esta fiesta?

—Trabajo de documentalista para la productora. El ayudante de producción me ha invitado.

—¿Documentación sobre qué?

—La matanza de San Bartolomé.

—¿Para una película?

—Sí, la próxima película de Paul Blass.

—Debe de ser interesante. Pero ¿qué relación tiene eso con las matemáticas?

—Ninguna. De hecho se supone que soy estudiante de historia.

—¡Ah! OK. No se preocupe, no voy a chivarme. ¿Quiere más champán? Voy a

buscar más, le traigo una copa y después quizá podríamos tutearnos.

Françoise ya se había ido hacia el bufet. Sylvia buscaba en vano a Christophe con la mirada. Tenía la impresión de que la luz había disminuido y la música sonaba más fuerte que a su llegada. Françoise volvió con las copas y se llevó a Sylvia a la sala contigua, donde esta tuvo la ocasión de observar que la joven conocía a mucha gente, con la que hablaba de otra gente que no estaba allí y sobre la que se preguntaban unos a otros si iban a ir o no. Algo así como: «¿Has visto a Marie? No, pero me ha dicho que vendría más tarde». Y Marie podía sustituirse a voluntad por Jacques, Paul o Nathalie. Luego Françoise se topó con Barbara Muysle, una actriz de unos cuarenta años que figuraba en el reparto de la película cuyo final de rodaje se celebraba. En pocas palabras, Barbara le comunicó a Françoise su satisfacción por haber participado en «esta aventura», aunque no había tenido más que un papel modesto y el director no había llegado al plató a la hora ni una sola vez. Con una risita añadió que por lo general son las actrices las que llegan tarde y no los directores. Se inclinó hacia el oído de Françoise.

—Los tiempos cambian, qué le vamos a hacer. Nosotras, las actrices, no somos más que comparsas de los realizadores. Son ellos los que arramblan con todo al final del juego. ¡Además, nosotras nos hacemos viejas tan jóvenes! —murmuró Barbara, con una resignación que pretendía ser ligera y risueña, pero que ocultaba mal su amargura.

—Al final has venido —dijo una voz detrás de Sylvia.

Ella se volvió y se encontró frente a Christophe.

—Sí —dijo—. Quería ponerme a trabajar, pero no funcionó, así que... aquí estoy.

—¿Lo estás pasando bien, al menos? —continuó él, muy alegre.

—Sí. Bueno, no conozco a nadie, pero está bien.

—Paul Blass está por aquí, puedo presentártelo si quieres.

—¿Es amigo del realizador?

—Sí, Ulmann ha debido de decirle que venga. Entonces, ¿quieres que te lo presente? Curras para él, tienes derecho a saber qué cara tiene.

—Lo he visto una vez, en el informativo de la televisión. Creo que era él.

—¿No quieres verlo en persona? —le preguntó Christophe como si le hablara a una prima pequeña llegada de provincias que nunca hubiera visto la torre Eiffel.

—Solo quería decir que ya sé qué cara tiene —aclaró Sylvia sin animosidad.

A veces tenía la impresión de que Christophe se reía de ella, pero no estaba del todo segura. Cruzaron una serie de estancias hasta llegar a la sala donde la gente bailaba. Un hombre de mediana estatura y cabello moreno y otro más joven y más bajito estaban en la entrada observando a los bailarines con cara de aburrimiento. Christophe rodeó a los dos hombres para quedar frente a ellos y se dirigió al mayor.

—Buenas noches, Paul. ¿Puedo presentarle a Sylvia Delaunais, su documentalista?

Paul Blass apartó la mirada de los bailarines y la posó en el rostro de Sylvia. Sin

el menor interés en hacer que se sintiera cómoda, esperó unos instantes en silencio antes de tenderle la mano con cortés desgana. Después de estrechar su mano, Sylvia dio un paso hacia un lado y desvió los ojos hacia el interior de la sala de baile, para indicar que no intentaba imponer a Paul Blass una conversación que a todas luces él no quería entablar. Paul Blass, probablemente poco acostumbrado a una actitud tan impertinente, al ver que ella no tenía interés en hablar con él inició la conversación que había rehuido hacía apenas un instante.

—He visto los documentos que ha reunido. Parecen interesantes, supongo que me servirán.

—Me alegro de que puedan serle útiles —respondió Sylvia.

—¿Le resulta interesante el trabajo?

—Sí, mucho.

—Es estudiante de historia, ¿verdad?

—Sí.

Como el tema parecía agotado, el muchacho que acompañaba a Paul Blass le dijo unas palabras al oído.

—De acuerdo —respondió—. Pero antes tengo que despedirme de Joël.

Paul Blass y el joven miraron en vano a su alrededor. El chico volvió a susurrarle algo al oído y después, tras dirigir un breve y frío saludo a Christophe y a Sylvia, desapareció.

—Christophe, dígame a Joël que he tenido que marcharme. Tengo que levantarme temprano mañana y ya no tengo edad para estas fiestas —dijo sonriendo.

Volvió a tenderle la mano a Sylvia.

—Adiós, señorita.

Y se fue.

Christophe le preguntó a Sylvia si le apetecía bailar.

—No. Yo tampoco tardaré en marcharme, porque menudo programa me espera este fin de semana.

—¿En qué trabajas en este momento?

—En todo. Probabilidades, cálculo diferencial, estadística, geometría...

Al ver la cara de Christophe, Sylvia se dio cuenta de que se había pillado los dedos. Él frunció ligeramente las cejas.

—¿No eres estudiante de historia?

—No... —admitió Sylvia—. Pero es verdad que soy protestante.

—Ah, sí. Era uno de los argumentos de tu compañero de historia para vender tu candidatura. En fin, a mí me importa un comino, porque haces bien tu trabajo. Paul parece contento, y eso es lo que cuenta.

—De todos modos, pronto terminaré.

—Ya no tendrás que mentir —dijo Christophe sonriendo—. Parece que no se te da muy bien.

Sylvia fue en busca de Françoise y volvió a recorrer todas las salas hasta que la

encontró en la primera, de la que al parecer no se había movido. Del bufet, al que llegaban nuevas bandejas con pasteles, Françoise tomó un pedazo de tarta florentina y Sylvia una de fresa.

—Me marchó —dijo Sylvia.

Françoise se sorprendió e intentó retenerla. Pero esta vez Sylvia estaba decidida. Las jóvenes se quedaron unos instantes en silencio, tal vez preguntándose si el rato que habían pasado juntas justificaba, autorizaba o imponía que intercambiaran sus números de teléfono. Finalmente fue Sylvia quien garabateó el suyo en un pedazo de papel que arrancó de la agenda; Françoise la imitó.

* * *

El trabajo de documentación de Sylvia terminó a mediados de marzo y aprobó el máster universitario en mayo. Ese trimestre de estudios solo se vio interrumpido por una llamada de Françoise N'Guyen el mes de abril y un encuentro en un café del distrito diez, en la rue Lucien-Sampaix. Françoise había ido a una productora a recoger las nóminas que necesitaba para cobrar el paro. Le preguntó a Sylvia si le importaría llegarse al distrito diez para encontrarse con ella. Françoise tenía la costumbre de quedar con otras personas en París según el lugar al que tenía que ir. Sylvia fue en metro hasta Jacques-Bonsergent y subió por el boulevard Magenta hacia la rue Lucien-Sampaix. Nunca había estado en ese barrio. Cuando llegó al café, Françoise ya estaba allí, ocupada en marcar las hojas de días libres en el espectáculo. Sylvia solo había visto a Françoise de noche, y en pocas semanas sus rasgos se le habían desdibujado en la memoria. La encontró diferente del borroso recuerdo que tenía de ella, quizá un poco más triste.

—He pasado por la productora, una verdadera casa de locos —musitó Françoise.

Más tarde, en el transcurso de la conversación, Sylvia se enteró de que se había peleado con Samuel, lo que explicaba, pensó, el aire melancólico que había notado enseguida.

Sin embargo, Françoise afirmaba que eso no tenía «ninguna importancia, ninguna». Sylvia se preguntaba si la joven esperaba que pronunciara palabras reconfortantes o si el simple hecho de desahogarse podía servirle de consuelo. Al no conocer la situación, le resultaba difícil decir algo que fuera pertinente.

—Seguramente no será nada grave —se limitó a observar.

Una frase más precisa habría podido parecer una invitación a la confidencia, y bien sabía Dios que Sylvia no buscaba forzar las confidencias de nadie. Lo único que supo aquella tarde es que Françoise y Samuel se habían enfadado por alguna razón que la chica no reveló y que Sylvia no intentó conocer. Se dijo que quizá Françoise se lo contaría más tarde y entonces lo comprendería mejor. Pero se equivocaba y, a pesar de lo que Françoise pudiera decir en lo sucesivo en relación con Samuel, a lo largo de todo el tiempo que durara la amistad entre las dos jóvenes Sylvia nunca llegaría a

comprenderlo de verdad.

Después del café en la rue Lucien-Sampaix, Françoise propuso tomar una copa en la Belle Hortense, un bar que era también librería, en la zona de Saint-Paul. Luego Françoise invitó a Sylvia a su casa. Sylvia dudaba, ya que a esa hora del atardecer aún no había renunciado del todo a trabajar, pero Françoise insistió y el aire era agradable y primaveral. Mientras las dos muchachas cruzaban el distrito cinco por la montaña Sainte-Geneviève, Sylvia se iba familiarizando con la voz delicada y el ruido seco de los tacones de Françoise. Esta hablaba de una exposición que había visto, de un disco que había escuchado, de una película que quería ver, quizá el siguiente fin de semana y, por qué no, con Sylvia. Así se sentaron las bases de la amistad entre las dos jóvenes: una hablaba, la otra escuchaba, y las dos se sentían bien.

Un domingo por la mañana, a principios de julio, Sylvia fue a la estación de Montparnasse y cogió un tren de cercanías para Daumartin. Georges Delaunais, su padre, había ido a esperarla a la estación. Como de costumbre, había salido del coche para que su hija lo viera y estaba apoyado en la puerta delantera. Todo seguía un ritual inmutable. Al verse, padre e hija se hacían una señal con la mano y, para reducir al máximo besos y abrazos, ambos actuaban como si tuvieran prisa. El padre abría el maletero, la hija colocaba en él su equipaje y subían rápidamente al coche. Al arrancar, Georges siempre le preguntaba a Sylvia si había cogido un tren directo o uno de los que paraban en todas las estaciones. Ella, como de costumbre, había cogido el primero que entró en la estación en dirección a Daumartin. Ese día era un directo y ni se había dado cuenta del paso del tiempo.

Atravesaron la ciudad, dispersa en varios centros unidos por grandes arterias, una ciudad sin gracia especial que en el transcurso de los últimos cincuenta años había crecido como ciudad dormitorio partiendo del centro histórico, formado por la iglesia y la plaza, el castillo del siglo XVIII rodeado de un parque con estanque, el ayuntamiento y el mercado cubierto. Los padres de Sylvia vivían en el lado opuesto del barrio de la estación, sobre una colina, en una calle tranquila que se extendía a lo largo del muro del parque. Desde la ventana de su habitación, Sylvia veía al otro lado del muro copas de árboles inmensos que se elevaban hacia el cielo. Acababa de empezar el verano y las hojas lucían un verde tierno e intenso a la vez. Con una mezcla de alegría y ansiedad, como siempre que volvía a casa de sus padres, Sylvia cruzó el umbral del hogar familiar. Temía sobre todo los primeros días, ya que sabía que después se aclimataría a la ternura variable de su madre, tan cambiante como los ríos y el tiempo. Sylvia pasó el mes de julio soñando con Davos y devorando tratados de matemáticas en el jardín. Es imposible saber cómo lograba realizar ambas

actividades a la vez, y sin duda tampoco ella habría podido explicarlo. En el momento de menos actividad del verano descubrió los cuartetos de Beethoven gracias a una revista de musicología que encontró en la consulta del dentista, adonde iba todos los meses de agosto para la revisión anual, y quiso compartir el entusiasmo con sus padres. Ambos estuvieron de acuerdo en que era «gran música», pero en realidad nunca llegaron a acostumbrarse a ella. Al cabo de tres días pidieron clemencia y Sylvia, decepcionada, se compró unos auriculares para no molestar a nadie.

Cuando regresó a París a principios de septiembre, recibió un sorprendente mensaje de Christophe, el ayudante de producción. Paul Blass había dicho que quería verla, deseaba pedirle algunos detalles sobre algunos de los documentos que ella había recopilado. Para Sylvia, aquel breve trabajo ya no era más que un recuerdo lejano, e ignoraba qué esperaba de ella el realizador. El ayudante le dijo que él no sabía mucho más, y a Sylvia le pareció percibir perplejidad en su voz. Dedujo que la petición del director no era habitual. No obstante, concertaron una cita por mediación de Christophe. Los dos interesados no llegaron a hablar directamente.

Sylvia acudió al domicilio de Paul Blass, como habían convenido. Vivía en un piso de la rue Guynemer, junto al jardín de Luxemburgo. Él mismo abrió la puerta con una sonrisa no demasiado amable y le pidió disculpas por haberla convocado, ya que de hecho no la necesitaba. De pie en la entrada, Sylvia se preguntaba si debía marcharse de inmediato, lo que habría hecho de buena gana si él no la hubiera invitado a cruzar el umbral. Paul Blass cerró la puerta y le indicó que pasara a la estancia contigua, un salón doble con las paredes tapizadas de tela verde. La invitó a sentarse a una mesa grande de vidrio y acero donde estaban los documentos, que habían sido impresos para facilitar la consulta. Paul Blass, como él mismo le dijo a Sylvia, no estaba acostumbrado a los ordenadores y no tenía intención de cambiar. Le preguntó a Sylvia si quería tomar algo, y aclaró que no había más que zumo de frutas y Coca-Cola por culpa de Antoine, que todo el santo día bebía esa porquería. Sylvia no sabía quién era Antoine, pero, ya que Paul Blass se refería a él como si ella lo conociera, supuso que era el joven que lo acompañaba en la fiesta el invierno anterior. Sylvia no quiso beber nada y le preguntó de manera un poco abrupta qué esperaba de ella. Al advertir que se quedaba sorprendido por la pregunta, trató de atenuar su brusquedad.

—Christophe me ha dicho que necesitaba ciertas precisiones sobre algunos documentos...

Paul Blass la miró unos instantes.

—Sí, es cierto, aunque desde que se lo dije he avanzado un poco...

Se inclinó sobre una de las pilas de papeles y sacó una hoja.

—Quería saber qué personaje histórico redactó este texto.

Le tendió el documento. Sylvia lo releyó rápidamente y respondió sin dudar:

—Louis de Bonand, un historiador de la época; no lo anoté, un error por mi parte.

Paul Blass esbozó una sonrisa de satisfacción, pero a Sylvia le costaba creer que ese hombre la hubiera hecho ir a su casa únicamente para señalarle sus pequeños errores. Mientras miraba los documentos se fijó en que estaban apilados de cualquier manera y que de su trabajo de clasificación no quedaba más que un lejano recuerdo. Paul Blass recorría el salón a grandes pasos fumando un Gitane y no parecía tener ganas de sentarse. Sylvia levantó la vista hacia él y lo miró a la cara. Cada vez comprendía menos por qué la había hecho llamar y, ahora que estaba allí, qué esperaba de ella. Para reanudar la conversación, le preguntó si el guión había avanzado desde febrero. Paul Blass se paró en seco en medio del salón, con expresión contrariada.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó ofendido—. Tenía que terminar otro proyecto. ¿De dónde iba a sacar el tiempo para escribir este?

—Discúlpeme, lo había entendido mal.

Paul Blass se encogió de hombros con desdén, encendió otro cigarrillo y reanudó su deambular. Parecía que una fuerza interior le impidiera sentarse. Para no seguirlo con la mirada, y esperando que de un momento a otro levantara la sesión, cuyo objeto seguía siendo opaco para ella, Sylvia fijó la atención en una de las ventanas que daban a la rue Guynemer y al jardín de Luxemburgo. Las cortinas eran beis, al igual que las paredes; «a tono», habría dicho la madre de Sylvia. Pensó que el piso de Paul Blass le habría gustado a su madre, que habría admirado su elegancia y su sobriedad. A Sylvia, en cambio, esa sobriedad le parecía pretenciosa. A través de los cristales de la parte alta de la ventana distinguió el cielo azul y se prometió que volvería a casa a pie; pero le habría gustado que no se le hiciera demasiado tarde, pues ahora la noche caía más deprisa, y Paul Blass iba por su sexto cigarrillo. Impaciente, se aventuró a decir:

—Bien. Si ya no me necesita, me iré a casa...

Una vez más, Paul Blass interrumpió el paseo por el salón. Esta vez le dirigió una mirada sombría, en la que ella leyó una mezcla de ira y curiosidad. Quizá no estaba acostumbrado a que otro decidiera por él cuándo había terminado una entrevista.

—¿Tiene prisa? —preguntó con un dejo de reproche.

Sylvia respondió que tenía trabajo, «cosas que terminar», y se levantó. Con una brusquedad que parecía impuesta por una urgencia cuya causa Sylvia desconocía, Paul Blass preguntó:

—Por cierto, ¿a qué se dedica?

—Soy estudiante.

—Ah, sí, de historia, me lo dijo Christophe. ¿Está preparándose para algún título?

—Eh... sí, estoy preparando oposiciones para ser profesora, pero no de historia, de matemáticas.

Él la miró perplejo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué me dijo él que de historia?

—Se lo dije yo para conseguir el trabajo.

—Es usted atrevida...

Meneó la cabeza con incredulidad.

—En fin, no tiene importancia. ¿Tendría un poco de tiempo libre? —Sin darle tiempo a contestar, prosiguió—: Necesitaría una secretaria.

—¿Una secretaria?

—Sí, alguien que sepa escribir en los chismes esos, los ordenadores.

Cada vez más desconcertada, Sylvia guardó silencio.

—Usted sabe utilizarlos, me imagino.

—Sí, pero no soy secretaria.

—Es una manera de hablar. Escribiente, si lo prefiere.

—No prefiero nada. Tampoco soy escribiente.

La miró con atención, asombrado por su sereno rechazo.

—Hay un montón de gente que teclea mejor y más deprisa que yo —continuó Sylvia.

—No busco una mecanógrafa que haya estudiado en Pigier.

—¿Qué busca exactamente?

—Alguien con quien pueda hablar del tema, de la historia de la película. Ha hecho un excelente trabajo de documentación, sería algo así como la continuación. Por eso he pensado en usted —soltó con un enfado cada vez menos contenido.

—Se lo agradezco, pero no veo la continuación. Si necesita a alguien que escriba al dictado, hay personas mucho más competentes que yo.

—Si la persona que escribe al dictado es capaz de hacer observaciones inteligentes, mejor que mejor.

—¿Qué le hace pensar que yo soy capaz de hacer observaciones inteligentes?

Ahora era Paul Blass quien miraba a Sylvia con consternación. La chica era insolente y hasta insoportable. Ella, por su parte, solo deseaba salir del piso lo antes posible. Paul Blass volvió a hablar, más calmado:

—Al menos podría evitarme los errores de cronología. Conoce bien el material histórico.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Sylvia.

—Adelante —respondió Paul Blass, reticente.

—¿Nunca escribe solo?

—No, lo detesto. Por lo general tengo un guionista y es él quien se encarga del aspecto material de las cosas, de escribir a máquina, y ahora en el ordenador.

—¿Y por qué no hace ahora lo de siempre? —le preguntó Sylvia con sencillez.

Paul Blass la miró con aspecto cansado y dijo:

—Sí, probablemente tenga razón. Voy a hacer lo de siempre. Era una mala idea, ahora me doy cuenta.

—Aunque estuviera preparada para el trabajo, no podría aceptarlo porque este año me toca preparar las oposiciones.

—No habríamos trabajado todos los días, sabe. Además, yo no trabajo nunca por la mañana. Le habría dejado tiempo para las oposiciones.

—Preparar oposiciones es más bien un trabajo a jornada completa...

Sylvia no encontraba nada que añadir y Paul Blass había agotado sus argumentos. Ella cogió la chaqueta del respaldo de la silla. Él la acompañó hasta la puerta.

—Quizá pueda pensárselo al menos.

Sylvia se limitó a asentir débilmente con la cabeza y, como el ascensor no estaba en la planta y quería evitar que la conversación se prolongara en el descansillo, se precipitó por la escalera. Cuando iba a mitad de camino oyó que la puerta se cerraba.

Por suerte, el cielo aún estaba azul y Sylvia volvió a casa a pie, como se había propuesto. En el camino reflexionó sobre la extraña entrevista con Paul Blass. A medida que andaba, tal vez debido a la luz y el viento del atardecer que empezaba a levantarse y le proporcionaba una sensación deliciosa de libertad, su sorpresa y el ligero desasosiego que había experimentado durante el encuentro dejaban paso a una perplejidad divertida.

Por la noche, Françoise se presentó como un torbellino después de un casting en la rue Jean-Mermoz. Sylvia le confió la extraña propuesta de Paul Blass. Hundida en el sofá y amasando un cojín, Françoise repitió varias veces: «Pero bueno...». No es que conociera personalmente a Paul Blass y sabía que solo le gustaban los chicos, de modo que no se podía atribuir su curioso comportamiento a que se hubiera enamorado.

—Quizá le impresionó tu trabajo de documentalista y cree que eres la persona adecuada para acompañar la escritura.

—¿Qué quiere decir eso de acompañar la escritura? Se escribe o no se escribe.

—Pues no, es más complejo, no seas tan rígida. Se trata de un proceso creativo en el que la presencia de otra persona puede ser fructífera e incluso imprescindible sin que por eso sea directamente activa.

—En resumen, al parecer necesita una figura decorativa que sepa teclear.

—Digamos más bien una presencia inteligente. Y también es posible que haya tenido un flechazo, ¿por qué no? A veces ocurre.

Sylvia se encogió de hombros. En su opinión, no había nada que explicara una conducta tan absurda y poco profesional como proponer un trabajo a una persona que no tenía ninguna competencia para llevarlo a cabo. Françoise, pensativa, se sirvió más té.

—¿Hay muchos realizadores que trabajan así? —le preguntó Sylvia.

—Sí, es muy corriente. La mayoría no son capaces de escribir los guiones. Y además les da miedo la soledad. Les parece demasiado duro escribir solos.

—Pero ¿cómo se puede escribir si no es solo? No me cabe en la cabeza.

—Por eso mismo deberías haberlo intentado al menos. Habría sido instructivo.

Después de todo, no te costaba nada probar. Si hubiera sido demasiado penoso, bastaba con dejarlo. ¿Qué tienes que perder?

—Tiempo. Estoy preparando las oposiciones, por si te has olvidado.

—Ah, sí, es verdad —suspiró Françoise—. Las había olvidado.

Dos días después, Sylvia llamó a Paul Blass para decirle que aceptaba la propuesta, con la condición de que las sesiones de escritura no excedieran de tres tardes o tres mañanas por semana. Él no lo aceptó, comentó que a ese ritmo tardaría más de un año en escribir el guión. Sylvia oyó un violento portazo en el piso de Paul Blass. Él se disculpó rápidamente por tener que interrumpir la conversación y colgó. Sylvia se sintió aliviada y contenta de quitarse de encima el peso que le había oprimido el pecho en los dos últimos días. Esa noche Françoise la llamó para preguntarle si quería ir a una fiesta en lo más recóndito del distrito once, por la zona de Oberkampf.

Por el camino, mientras miraba el plano de París para guiar a Françoise, Sylvia le contó que Paul Blass había rechazado su propuesta de trabajar tres mañanas o tres tardes por semana.

—Es obvio que no podía aceptar. No es ni media jornada. ¿Te dijo quién te habría pagado?

—No, no hablé de eso.

—Ahí, mujer, ve con cuidado. El asunto de la pasta tiene que quedar muy claro desde el principio. Él tiene que ocuparse de que sea la productora la que te pague y de que te den la nómina y todo eso. Ni hablar de trabajar si no es así.

—Bueno, el problema ya no se plantea, y me alegro. No me gusta nada encargarme de esos rollos del dinero.

—¿Y qué piensas hacer tú en la vida?

—Voy a ser funcionaria del Ministerio de Educación. Quiero que me envíen la paga todos los meses y que todo vaya como un reloj.

—Pues lo siento en el alma. Teniendo en cuenta el descontento de los profesores, no debe de ser tan divertido. ¿Puedes decirme dónde estamos?

* * *

Después de la llamada de Françoise para anular la salida al mercadillo de Montreuil, Sylvia no había tenido más noticias de ella. Era probable que Samuel hubiera prolongado su estancia en el pequeño estudio del boulevard Arago. Françoise no dio señales de vida hasta el jueves a última hora de la mañana.

—Me ha llamado Louis.

—¿Quién es?

—Louis, el amigo de Marc.

—No caigo.

—Los dos tíos que nos encontramos la otra noche en la fiesta. Me ha pedido tu

número de teléfono.

—Mi número de teléfono —repitió Sylvia como atontada.

—Pues sí. ¿Qué hago? ¿Se lo paso?

—¿Qué quiere?

—Eres aún más corta de lo que creía.

—El problema es que no tengo mucho tiempo en este momento, ya sabes, por...

—Sí, ya lo sabemos, las oposiciones.

—No te pongas así, por favor.

—Perdona. Me pregunto dónde te darán plaza cuando apruebes, ¿en Sarcelles, en Béton-Basoche o en Montfermeil?

—¿Dónde queda Béton-Basoche?

—En el norte, no lejos de Calais. Un rincón donde el clima tiene mala reputación.

—No me importa. Me gustan las playas del norte.

—Bueno, volvamos al chico. ¿Le doy tu número o le digo que se vaya a freír espárragos?

—Es extraño ese chico, parece complicado. Me miró de una manera rara en la fiesta.

—No sabía tu apellido y no podía buscar tu número en la guía. No tienes nada que reprocharle, aparte de que se interesase por ti.

—Oyéndote tengo la impresión de ser un monstruo. Solo soy una persona que prepara unas oposiciones.

—¿Y todos os volvéis así? ¿Todo eso para cobrar un salario de miseria por tratar de inculcar algo a unos chavales a los que les importa un pimiento?

—Espera, no se puede razonar si te pones así.

—¿Pero tú qué te crees, mujer? Lo único que quieren es comprarse unas Nike, el último modelo, con cordones luminosos y el chisme ese antiderrapante con polvo de microprocesador.

—Lo que dices es muy simplista. Es despreciativo. Peor aún, es un cliché horrible.

—De acuerdo. Pero se necesita tiempo para fabricar un cliché. En su origen, un cliché siempre es verdad. Así que tú aspiras al sacerdocio de la transmisión del saber. ¿Qué hago con el chico?

Era cierto, si hubiera sabido el apellido de Sylvia, Louis habría buscado el número en la guía. Marc no había podido darle la información, pero le propuso que llamara a Françoise. Louis dudó bastante tiempo. Después, a fuerza de pensar en ello, se dio cuenta de que no le desagradaba que Françoise supiera que intentaba volver a ver a Sylvia. Era una idea bastante confusa que no intentó analizar. Dejó el examen de conciencia para más tarde y marcó el número. Françoise le respondió con una condescendencia divertida. Le contestó que no podía darle el número de su amiga sin

hablar antes con ella. A decir verdad, tardó más de tres días en llamarla. Entretanto, Louis había pasado por diversas fases, de la euforia a una especie de indiferencia «total para qué». Su euforia se debía al hecho de que había realizado una acción concreta con una finalidad concreta. Había pedido el número de una chica a otra chica y eso era para él un acontecimiento importante, totalmente inaudito, que le parecía de una audacia inquietante. Él nunca había pedido ningún número a ninguna chica. Pero quizá el secreto de su júbilo residía en que casi había hecho a una chica una confidencia de su inclinación, más que en la esperanza de que la otra chica accediera a darle su número. Quizá lo que buscaba en realidad era ponerse en contacto con Françoise más que con Sylvia. Puesto que ahora no dudaba de que tarde o temprano conseguiría el número, ya no tenía ganas de oírla ni de hablar con ella, y menos aún de verla.

Louis había sido de esos adolescentes que observan que sus compañeros salen con chicas y se quedan aparte fingiendo que no les interesan. Como no participaba, siempre había adoptado, según las circunstancias, el punto de vista del entomólogo guasón o del alumno sobresaliente en matemáticas (que era) indiferente (que no era). Libre de las preocupaciones terrestres y tratado con indulgencia por los trastornos hormonales, se dedicaba a la ciencia. Su físico lo hacía creíble. No es que fuera feo, muy al contrario, era un chico muy guapo, pero su belleza seguía siendo infantil. Mientras que el rostro de muchos de sus compañeros dejaba traslucir en forma de acné los cambios hormonales, el de Louis Schlessinger permanecía terso, y a los diecisiete años aparentaba más bien catorce. Ahora bien, en la época de la fiesta de Oberkampf no había hecho ningún progreso importante con relación al delicado tema de las chicas desde el bachillerato. Por eso la llamada a Françoise constituía un paso decisivo, el principio de una historia de importancia capital por el solo hecho de ser la primera.

Recogió sus cosas deprisa, tenía que irse a la Politécnica para asistir a una clase de física. Desde aquella fiesta había renunciado a su sueño de libertad. Tras una larga conversación, su padre lo había convencido de que no le esperaba ningún futuro serio en el oficio del periodismo, y mucho menos en esa derivación en particular que constituía la «crítica», y menos aún en el subconjunto de la crítica de cine, según él, el sùmmum de la inutilidad sobre la tierra. A diferencia de su hijo, Philippe Schlessinger estaba convencido de que todo el mundo era capaz de formarse una opinión propia sobre una película sin necesidad de recurrir a la autoridad de otros. Se le podía conceder cierta utilidad al crítico literario, dada la cantidad de libros que atestaban las librerías y la falta de tiempo para leerlos. El crítico musical (clásico, por supuesto) también podía orientar con provecho a los beocios en el corpus de las obras de los grandes artistas y guiarlos entre las múltiples interpretaciones de cada obra.

—Piensa —le dijo Philippe Schlessinger a su hijo— que hay un centenar de

interpretaciones de cada sinfonía de Beethoven, de cada concierto de Schumann, de los nocturnos de Chopin.

Philippe estaba dispuesto a alargar la lista de ejemplos para apoyar sus palabras, pero su hijo le aseguró que comprendía la idea. Pensaba que el argumento de su padre valía también para el cine. El espectador medio no podía ir a ver todas las películas que se estrenaban cada miércoles y por consiguiente apreciaba que lo informaran antes de pagar cuarenta y cinco francos por la entrada. Philippe Schlessinger no se dejó convencer. Se limitó a encogerse de hombros y a decir que cuarenta y cinco francos por ver una película era un precio exorbitante y que, en esas condiciones, el único interés que de verdad tenía ser crítico de cine era entrar gratis en las salas. Louis no insistió. Tal vez no estaba totalmente seguro de tener razón. Renunció a escribir con regularidad artículos para *La Revue du cinéma* y consintió en considerar la crítica solo como una actividad recreativa y una distracción. No mencionó su participación en el cineclub de París IV Panthéon-Sorbonne y en algunas reuniones que su padre habría calificado de «izquierdistas», aunque el término hubiera quedado un poco anticuado.

En una de esas reuniones Louis había conocido a Marc, que también reclutaba espectadores para el cineclub de la facultad. Una fría noche de febrero, los dos muchachos se sentaron en un café del Barrio Latino y hablaron de cine y de política. Con aire de conspirador, Marc contó que formaba parte de varios grupos de trabajo cuya índole exacta Louis no comprendía. Marc añadió que podía hacer que «conociera a gente». Mientras le escuchaba, Louis miraba los pocos vehículos que circulaban por el boulevard Saint-Michel. Después, adivinando los apuros económicos de Marc, pagó las consumiciones.

Unos minutos después, cuando se despidieron delante del café, Louis le prometió a Marc que acudiría a la siguiente sesión del cineclub. Tenía ganas de ver *El fantasma y la señora Muir*, que de niño había visto en la televisión cuando se suponía que estaba durmiendo en la habitación de los amigos que habían invitado a sus padres a cenar. Louis tenía frío y no quería detenerse en el bulevar. Marc no trató de retenerlo y puso la misma cara de prisa para dar a entender que también él tenía cosas que hacer. Se subió el cuello del anorak y se fue rápidamente. Al verlo alejarse Louis tuvo la impresión de que no iba a ninguna parte; más adelante se enteraría de que Marc no tenía donde dormir y de que había ido a la Gare du Nord para coger un tren y poder sentarse en un lugar caliente. Esa noche hizo el viaje París-Lille, ida y vuelta, sin billete.

Como se había comprometido, Louis acudió al cineclub de la facultad el martes siguiente. Al volver a ver *El fantasma y la señora Muir*, sintió de nuevo el hechizo un poco aterrorizado de la primera vez. La película en sí no era terrorífica, todo lo contrario, pero el recuerdo de Louis sí lo era porque había tenido miedo a que lo

descubrieran viendo la televisión cuando se suponía que estaba durmiendo. Por eso la visión de esa deliciosa película estuvo acompañada de una sensación de inminencia del desastre y le dejó una impresión de espanto. Varios años más tarde, ya adolescente, intentó buscar la película, de la que no conocía título ni el realizador, ni el nombre de los intérpretes, ya que cuando la había visto solo tenía cinco años. A decir verdad, no había comprendido la historia ni los diálogos, pero se había sentido hechizado por el ambiente y paralizado por el miedo a que lo sorprendieran. Esa doble emoción le había dejado una impresión profunda. Pero sus investigaciones para encontrar la misteriosa película habían resultado infructuosas hasta que en *La Revue du cinéma*, a la que estaba abonado, reconoció la fotografía de Gene Tierney y Rex Harrison. Recuperar por fin la película, enterarse del título, de quiénes eran el realizador y los intérpretes, le había proporcionado una inmensa alegría y la sensación de estar en posesión de una joya secreta, de un momento de su infancia. Y ese recuerdo brillaba por su extrañeza sobre el resto de su primera infancia, que en gran parte había olvidado.

Louis volvió al cineclub al cabo de un mes. A la proyección de *Relaciones de clase*, de Jean-Marie Straub y Danièle Huillet, le siguió un debate animado por Rodolphe Sauterre, un crítico de *La Revue du cinéma*.

Según Rodolphe Sauterre, la película era hasta la fecha la mejor adaptación de una novela de Franz Kafka. A continuación, los espectadores se dispersaron, pero una decena de ellos se reunieron alrededor del crítico en el café Reflet de la rue Champollion. Louis se unió a ellos, conducido por Marc. El debate continuó en el café lleno de humo; Rodolphe Sauterre era la figura central. Tenía unos cuarenta años y una autoridad natural, y parecía apreciar la compañía y la conversación de los jóvenes. Sentado cerca de Marc, Louis escuchaba con atención. Distinguió a los asiduos del cineclub, que pronto habrían visto todas las películas y pensaban que podían conversar de igual a igual con el periodista. También había algunos «nuevos» que intentaban expresar su punto de vista y no siempre encontraban la oportunidad. Muchos no parecían lo bastante seguros de sí mismos para tomar la palabra. Y por último estaban los que callaban lo suficientemente alto para que todos imaginaran que su pensamiento era poderoso. Había pocas chicas, cinco o seis, y a Louis le parecieron todas bastante feúchas. El hecho de que Louis solo considerara a las chicas presentes desde un ángulo estético no es imputable al narrador de esta obra, sino a él mismo. En el transcurso del debate, Rodolphe Sauterre explicó que *Relaciones de clase* era una verdadera película «marxista» y Louis intervino para matizar la afirmación. Habló con soltura y tranquilidad, lo que nadie pasó por alto, tanto más cuanto que Louis asistía al cineclub desde hacía poco. Marc estaba encantado de que su compañero hubiera tomado la palabra de forma tan brillante. Si el café no hubiera cerrado sus puertas, sin duda la discusión habría continuado hasta

el amanecer, la hora en que los cinéfilos y los vampiros ahítos de imágenes y de sangre se van a dormir a sus tumbas. Quizá no era casualidad que el conde Drácula fuera una figura mítica del cine en sus orígenes. ¿Acaso los cinéfilos no compartían con los vampiros el deseo insensato de permanecer jóvenes por siempre?

En la acera se volvieron a formar pequeños grupos antes de que se dispersaran al fin. Louis, Marc y Rodolphe Sauterre fueron los últimos en marcharse. Sauterre dio la mano a los jóvenes y se alejó con paso ágil en el frío intenso. Marc quería despedirse rápidamente también, fingiendo una vez más que tenía prisa y que quizá lo esperaban. Louis no lo creía, a pesar de que aún no sabía que Marc pasaba las noches en los trenes. Por primera vez propuso darle alojamiento esa noche. Marc hundió los puños en los bolsillos del anorak y miró al suelo; parecía dudar. Aceptar era admitir, no solo por esa noche sino por todas las demás, que no tenía donde dormir. Era despertar una lástima que su orgullo rechazaba. No obstante, pudieron más las ganas de dormir bajo un techo de verdad. Ya en su domicilio, Louis le prestó un saco de dormir y lo extendió no lejos del radiador.

Louis se acostumbró a arreglar las películas y el mundo al calor del cineclub. A decir verdad, el mundo era menos importante que las películas. Y por mucho que los debates adoptaran un tono militante o expresaran con vigor, líricamente a veces, el deseo de cambiar la sociedad, el cine colmaba demasiado a estos jóvenes para que les quedara energía para emprender cualquier revolución. Al hablar con los demás, Louis tenía la sensación de que nunca había reflexionado seriamente sobre qué quería hacer con su existencia. Se había dejado llevar por lo que le resultaba fácil y por las presiones familiares, que no eran sino una forma de presión social. Y de pronto entreveía caminos inéditos. El cine le encantaba; en un mismo gesto prodigioso le ofrecía el mundo, lo devoraba y lo consolaba de su pérdida.

Semanas más tarde, Louis compró una cama plegable y Marc tomó la costumbre de dormir en su casa una o dos noches por semana. Louis se había fijado en que Marc siempre tenía hambre y estaba algo relleno, como algunas personas que se alimentan mal. Después de algunas preguntas, Marc confesó que la mayor parte del tiempo comía pan con mantequilla. Cada dos días se compraba un paquete de mantequilla semisalada en un pequeño supermercado cerca de la Gare du Nord. Informado de este régimen, Louis empezó a comprar carne roja siempre que Marc se presentaba en su casa. Louis miraba a Marc con cierta admiración por esa manera que tenía de transformar su pobreza en una brutal energía para vivir un día tras otro. Era difícil saber si Marc estaba agradecido a Louis por lo que hacía por él. Nunca le daba las gracias. Pero a Louis no le importaba lo más mínimo; hacía lo que hacía de manera espontánea, y quizá también, sin que esto disminuyera su mérito, porque tenía una

conciencia aguda de las relaciones de clase y una manera muy suya de vivirlas. Marc le recordaba a Régis, su compañero de infancia, hijo de un picapedrero que vivía en los suburbios pobres de Almadst, mientras que él vivía en el barrio más encopetado de la ciudad. Louis no había olvidado cómo la vida los había alejado, cómo parecía haber aplicado un programa establecido desde siempre, haciendo del joven burgués un alumno de la escuela Politécnica de París destinado a un brillante porvenir, y del hijo del picapedrero, un obrero. Esto no impedía que Louis tuviera fe en sus propios méritos, ya que tampoco bastaba con ser un hijo de la clase media alta para entrar en la Politécnica. No obstante, tenía la sensación y la conciencia dolorosa de que la suerte estaba echada a priori, tanto para su amigo de la infancia como para él. Además de la amistad, era esa dolorosa conciencia lo que le había impulsado a adquirir una cama plegable y le inducía a comprar un bistec cada vez que Marc llamaba a su puerta.

Seis meses más tarde, Rodolphe le proponía a Louis que animara el cineclub alternándose con él, y a los pocos días le presentó a Jean Beuzit, entonces director de la redacción de *La Revue du cinéma*. A Jean Beuzit le gustó la forma en que Louis había llevado el debate que siguió a la proyección de *La regla del juego*, de Jean Renoir. Era un hombre de unos cincuenta años, de rostro mofletado en parte disimulado por unas gafas con montura dorada. El martes de *La regla del juego*, Beuzit le preguntó a Louis si le interesaría escribir un artículo para *La Revue du cinéma*. Aunque por dentro estaba exultante, Louis consiguió responder con la mayor calma que le interesaría mucho intentarlo. Quedaron de acuerdo en que escribiría un artículo sobre uno de los siguientes filmes de la quincena, una película francesa bastante mala, pero quizá por eso la dificultad del ejercicio disminuyó. El artículo de Louis gustó a Beuzit y al comité de redacción. Le pidieron más.

Tres días después de haber preguntado a Françoise, al no recibir ninguna noticia, Louis volvió a pensar en Sylvia, a quien en el intervalo había olvidado un poco debido a la certeza de que volvería a verla. Ahora tenía que comprobar a toda costa el trazo de su nariz, el arco de las cejas, la línea de nacimiento del cabello. Esperaba secretamente que a la luz del día y de la razón se llevara una desilusión. Tenía que verla para expulsar su rostro de la mente y desembarazarse de ella. A la luz violenta de esta nueva «crisis» tuvo que admitir que realmente era Sylvia, y no Françoise, quien acaparaba sus pensamientos. Por primera vez sopesó sus posibilidades. Pasaron otros dos días. ¿Acaso Françoise se había olvidado de hablar con Sylvia o no la había localizado, o quizá Sylvia se había ido de viaje? A menos que Sylvia no quisiera conocer mejor a Louis Schlessinger.

Una tarde, después de una semana más de silencio, Marc llamó a la puerta de Louis sin avisarle pero dispuesto a hacerle preguntas a las que este no deseaba contestar. Apenas se quitó la cazadora le preguntó si había conseguido el número de «la compañera de Françoise». Louis se puso inmediatamente a recoger los libros tirados por todas partes y a colocarlos en los estantes. Esa fiebre del orden solo le venía en circunstancias excepcionales.

—¿De verdad te interesa esa chica rubia que no parecía estar despierta?

—Era tarde. No sé si era rubia. ¿Es rubia?

Marc sonrió meneando la cabeza. En ese momento Louis probaba un nuevo modo de ordenar, por otra parte muy corriente: el orden alfabético. Marc se arrellanó, contento y guasón, en su flamante cama plegable.

Louis esperó aún cuatro días antes de volver a llamar a Françoise, que se deshizo en excusas. Sentía muchísimo haberse olvidado, pero estaba «tan desbordada» que no había tenido ni un momento para sí misma. Sin embargo, Sylvia le había dado permiso para que le pasara su número de teléfono. Él tomó nota y le preguntó a Françoise si creía que podía invitar a Sylvia al cine.

—Quería llevarla a ver *Los desnudos y los muertos*, de Raoul Walsh —dijo.

—¿*Los desnudos y los muertos*? Parece una opción excelente.

Louis creyó percibir asombro en la voz de Françoise, aunque también podía ser que estuviera a punto de echarse a reír.

—Bueno... Entonces voy a llamarla.

—Si quieres, hablo con ella antes, para tantear el terreno.

—¿No te importa?

—Para nada.

Louis pensó que probablemente tendría que ser él quien planteara la invitación, pero aceptó que Françoise volviera a ejercer de mensajera; solo esperaba que fuera más diligente que la primera vez. En cuanto colgó, Françoise llamó a Sylvia.

—¡*Los desnudos y los muertos*! —Sylvia soltó una carcajada—. ¡Quiere llevarme a ver *Los desnudos y los muertos*!

—Es una película muy bonita —señaló Françoise, risueña.

—No la he visto, pero el título es para desternillarse de risa —continuó Sylvia—. Muy tentador.

—Ya sabía yo que te gustaría. Un chico que quiere entusiasmar a una chica con *Los desnudos y los muertos* merece que ella se interese por él. Bueno, voy a llamarlo para decirle que en principio estás de acuerdo y después os las arregláis solitos.

Cuando tuvo la respuesta por medio de Françoise, Louis no se apresuró a llamar a Sylvia. La certeza de que podría verla de nuevo hizo que se le quitaran las ganas. Era consciente de esos movimientos contradictorios y de las fluctuaciones de su deseo, pero se sometía a ellos sin luchar, como quien se somete a los caprichos de la

meteorología. Tardó dos semanas en decidirse. Entretanto, Sylvia había pensado un poco en él, tratando de recordar sus rasgos. Se acordaba sobre todo de sus rizos y de su aspecto de haberse escapado del colegio. Los quince días transcurridos no habían apartado a Louis de su opción inicial: invitó a Sylvia a ver *Los desnudos y los muertos*, de Raoul Walsh. La forma de hablar un poco precipitada de Louis no alteraba la precisión de la articulación. A Sylvia le gustó su obstinación y aceptó sin sorpresa ir al cine con él. Ese día no abordaron ningún otro tema. Colgaron el teléfono a la vez. La llamada no había durado más de unos minutos, el tiempo necesario para quedar.

En la mente de Sylvia se formó de inmediato la idea de que el muchacho solo la había llamado para cumplir con una obligación «mundana» que se había impuesto a sí mismo por haber actuado de una manera estúpida ante Françoise. El sentido de las conveniencias o el miedo al ridículo, que el chico era demasiado joven para no experimentar, lo había llevado a «pasar a la acción» al cabo de quince días. ¿Cómo explicar, si no, que hubiera esperado tanto tiempo, dos semanas enteras, antes de llamarla? Probablemente se le habían pasado las ganas de verla en cuanto tuvo la posibilidad de cumplir su deseo. Sylvia lo había adivinado tan pronto y con tanto acierto porque ella también experimentaba a veces ese tipo de intermitencias. Además, en ese preciso instante lamentaba a su vez haber aceptado la invitación de Louis Schlessinger. Decidió enseguida que se disculparía y anularía la cita al día siguiente pretextando que tenía que terminar un trabajo, ecuaciones diferenciales. Podría hacerlo de inmediato, pero no parecería natural, y no quería humillarlo, y menos aún herirlo. Evidentemente, si él estaba en la disposición de ánimo que ella imaginaba, el hecho de que anulara la cita debería aliviarlo más que humillarlo. No obstante, podía ser que se sintiera aliviado pero igualmente humillado. Sin duda por esa razón Sylvia decidió esperar.

Louis estaba, efectivamente, agobiado por la perspectiva del encuentro. Se reprochaba haber intentado demostrarse por pura vanidad que era capaz de pedir una cita a una chica. Era la primera vez que le pasaba y lamentaba no haber elegido a otra muchacha para ese ejercicio estúpido. Lo mejor, en términos absolutos, habría sido no lanzarse a desafíos tan tontos, pero, aunque se sintiera incapaz de decir por qué, le parecía que al elegir a Sylvia se había puesto en una situación particularmente imposible. Se negaba a admitir que esta curiosa convicción era un indicio que contradecía aquello de lo que pretendía persuadirse, a saber, que le habría servido cualquier otra chica. En realidad era su deseo de esa chica, y de ninguna otra, lo que lo ponía en esa situación.

Como la cita se había fijado para el viernes siguiente, a Louis le quedaban dos días para cancelarla. Alegaría que tenía que terminar un trabajo. No imaginaba siquiera que Sylvia pudiera sospechar que mentía para librarse de una cita que él mismo había solicitado. Llamaría el jueves por la noche, la víspera, así parecería «más verdad», y explicaría que estaba desbordado de trabajo. Añadiría que iba a estar ocupado todo el fin de semana e incluso hasta mediados de la semana siguiente. Después de dar las disculpas más anodinas, le diría que la llamaría en cuanto le fuera posible, sin fijar fecha. Por supuesto, no la llamaría, y esa historia ridícula terminaría felizmente antes de empezar. Apaciguado por su plan, Louis salió de casa con una sensación de ligereza y fue a ver la película sobre la que Jean Beuzit le había pedido que escribiera su siguiente artículo, ya que, aunque se lo había prometido a su padre, aún no había abandonado las actividades relacionadas con la crítica.

* * *

El viernes siguiente, a la hora convenida, Louis esperaba a Sylvia delante de la taquilla del cine. Finalmente ninguno de los dos había anulado la cita. Sin duda por el deseo de no ofender al otro, se habían resignado a la penosa velada que se presentaba. A menos que, con el paso de los días, se hubieran hecho a la idea del encuentro. Louis miraba las entradas que tenía en la mano y luego el azul del cielo, que, por su esplendor novelesco, le parecía que contribuía en gran medida a lo ridículo de su situación. Si hubiera llovido no habría resultado tan embarazoso esperar a esa chica delante del cine como un idiota. Pensándolo bien, tal vez habría sido peor, pero ese atardecer Louis no se sentía inclinado a admitirlo. Por otro lado, lamentaba haber ido al peluquero tres días antes. No lo había hecho pensando en la cita, ya que en ese momento tenía previsto anularla, pero siempre iba a la peluquería el primer martes de cada trimestre, y precisamente le había tocado el martes anterior. Louis se dijo que debería haber dejado el corte de pelo para el martes siguiente, pues probablemente Sylvia se imaginaría —¿acaso no son todas las mujeres igual de vanidosas?— que se había gastado el dinero para seducirla. Como ya habían dado las seis, empezó a desear que no se presentara, lo cual lo habría simplificado todo. Por otro lado, ya que él había acudido, ya que se sentía ridículo, ya que el cielo tenía un azul absurdo, más valía que la muchacha también acudiera.

Lo distinguió enseguida al salir del metro, de espaldas, cerca de la taquilla. Estaba mirando las fotografías de la película que había detrás del vidrio. Se fijó en que se había cortado el cabello y se llevó una decepción porque las pocas veces que había pensado en él había recordado sus rizos. Ya eran las seis, pero el cielo estaba azul, con ese azul intenso que había lucido todo el día. Sylvia se quedó unos instantes al

otro lado de la calle, mirando al muchacho antes de que él la viera. Mientras lo observaba sin que él se diera cuenta tuvo la impresión de que tenía ventaja sobre él, aunque no habría sabido decir de qué ventaja se trataba, ni tampoco qué utilidad podía tener esa ventaja, fuera la que fuese. ¿Estaban ya en guerra o era solo un juego?

Cuando Louis hizo ademán de volverse, Sylvia cruzó la calle. Él no la vio hasta el último momento. Se saludaron sin darse la mano, sin besarse ni siquiera sonreír, y los dos vieron en ello la confirmación de sus peores temores. Sylvia se dijo que mientras la esperaba el chico se había hecho a la idea de que ella no iría y estaba segura de que incluso lo había deseado. Sin duda ahora estaba comparando su rostro con el del recuerdo que tenía de él y le parecía menos hermoso que el guardado en su memoria. Tuvo ganas de huir con la cara entre las manos y luego acabó por sonreír, completamente resignada a que él la encontrara fea.

—Perdóname por el retraso —dijo.

—No es nada, aún faltan cinco minutos para que empiece la película.

Sylvia se equivocaba. Él no estaba decepcionado ni la encontraba fea. La verdad es que estaba sorprendido de encontrarla casi exactamente igual que en su recuerdo. Quizá un poco más alta, un poco menos pálida, un poco menos frágil. El cabello más castaño claro que rubio, de lo que no dejaría de informar a Marc. En la sala pudieron sentarse exactamente donde querían, en la séptima fila del patio de butacas, en el centro, hacia la derecha. Era donde él solía sentarse, y ella le dijo sonriendo que también se sentaba allí siempre que era posible. Louis no pudo evitar maravillarse en su fuero interno de esta coincidencia que para él no era trivial. Después, muy pronto, pensó que solo una mente neciamente lírica podía ver en ese detalle insignificante una señal decisiva de armonía entre las almas, las mentes y todas esas cosas de la misma índole incierta y vaporosa. Para terminar, se vio a sí mismo grotesco.

Ahora que estaban en el interior, libres del cielo presuntuoso y sentados uno al lado del otro, no estaban obligados a mirarse y podían limitarse a fijar la vista en la pantalla. Cuando se abrió el telón y empezó la proyección, se sintieron aliviados por no tener que hablar. Pero después de la sesión llegó el momento tan temido: se encontraron fuera, en la acera.

—Siento haberte invitado a ver esta película —se disculpó Louis—. Tenía que haber pensado que no te gustaría.

—Me ha gustado —respondió Sylvia sonriendo—, aunque lo que más me gusta de la película es el título.

—Si no es una manera de decirme que no te habría importado conformarte con el título y ahorrarte la película...

No supieron cómo llenar el silencio que en ese instante se hizo sobre ellos. Sin que ni el uno ni el otro hubieran tomado la iniciativa, y menos aún se lo propusieran, dieron unos pasos hacia la place de la Mutualité. El silencio amenazaba con volverse

demasiado expresivo. Sylvia buscaba alguna banalidad que les supusiera un alivio, pero todo le parecía peligroso, incluso hablar del tiempo. Además, la banalidad, lejos de atenuar su incomodidad, la habría hecho más profunda, ya que subrayaría el hecho de que no tenían nada que decirse. Estaba asombrada por la tristeza que de pronto la invadía, ya que no había esperado nada de esa velada.

—No hace mucho calor, me voy a casa —dijo con suavidad.

Louis no respondió, sabía que todo había acabado, que ella se iba a marchar, y curiosamente sintió cierto desasosiego. Dejaron de andar, ella añadió: «Gracias por el cine». Él respondió: «Gracias por haber venido». Ella sonrió y continuó sola hacia la place de la Mutualité, hasta que desapareció en la estación Maubert. Después de llamarse imbécil varias veces, Louis volvió a entrar para ver *Los desnudos y los muertos* con la intención de calmarse.

Unos diez días después de que Sylvia hubiera hablado con Paul Blass y no se hubieran puesto de acuerdo en nada, Christophe, el ayudante de producción, la llamó para concertar con ella los detalles materiales, es decir, la cuestión de su salario principalmente. Sylvia se quedó pasmada por un momento.

—Paul Blass me ha dicho que vas a empezar a trabajar con él, una mezcla de documentación y secretariado, a razón de tres medias jornadas por semana, por la mañana o por la tarde, a convenir según la disponibilidad de cada uno.

—No entiendo nada. Me dijo que no le convenía.

—Es de suponer que ha cambiado de parecer.

—¿Podría haberme llamado para decírmelo, ¿no?!

—Bien, la producción no había previsto este gasto, pero ofrece mil quinientos francos a la semana. Como no se trata de un trabajo de guionista propiamente dicho, te pagan por semana, como a un técnico.

—¿Y cuántas semanas de trabajo calcula?

—¿No lo habéis hablado?

—... No.

—Habrás que decidirlo con él. De todas maneras, siempre se sabe cuándo se empieza y nunca cuándo se termina.

—¿Y cuándo empieza?

—Me ha dicho que la semana que viene. Te llamará en cuanto le confirme que estás de acuerdo con la tarifa. ¿Te parece bien?

—Eh... Sí.

—Bueno, te dejo, aún me quedan cuatro mil llamadas que hacer.

Después de colgar Sylvia reflexionó sobre lo que acababa de suceder. Tenía la sensación de que se había dejado pillar en una trampa, aunque en cierto modo había dado su consentimiento. Esta impresión curiosa se confirmó cuando el joven llamado Antonio la telefoneó de parte de Paul para quedar con ella.

* * *

Sylvia había llevado su portátil, pero, a petición de Paul Blass, la producción había enviado un Macintosh y una impresora Hewlett Packard. También había un becario encargado de poner los aparatos a punto. Sylvia se sentó delante del ordenador, pero Paul Blass le dijo que probablemente no habría nada que escribir ese día, e incluso en los días sucesivos. Primero tenían que conversar. Sylvia señaló que la habían contratado para que escribiera el guión en el ordenador, no para que charlara. Él la miró asombrado de su aplomo y, sin perder la calma, precisó que se trataba de comentar cuestiones históricas, y no de dramaturgia. Había leído algunas de las síntesis que Sylvia había redactado a partir de las múltiples obras que había consultado. Paul Blass deseaba tener su propia opinión sobre la culpabilidad de Catalina de Médicis y su yerno Enrique de Navarra en la matanza de los protestantes. Un punto sobre el que los historiadores seguían divididos.

En el segundo encuentro, Paul Blass manifestó su deseo de que la película mostrara a Catalina de Médicis desbordada por los acontecimientos y con un sincero deseo de hacer las paces con los protestantes. ¿La Paz de Saint-Germain no era acaso la prueba de la buena voluntad de la reina? Sylvia le señaló que al firmar ese acuerdo la reina había conseguido sobre todo ganar tiempo y que le preocupaba más la seguridad del Estado que cualquier tipo de «paz» con los protestantes, a quienes detestaba. Paul Blass meneó la cabeza y abordó la cuestión del asesinato del almirante de Coligny, considerado el acontecimiento desencadenante de las hostilidades que desembocaron en el baño de sangre de la noche de San Bartolomé. En su opinión, la muerte no había podido planearse en connivencia con Catalina de Médicis, ya que, aun admitiendo que no veía con muy buenos ojos la influencia creciente de Coligny sobre su hijo, el rey Carlos IX, no tenía ninguna verdadera razón para temerlo y menos aún para ordenar que lo asesinaran. Sylvia estaba de acuerdo, aun cuando Catalina de Médicis podía temer que Coligny incitara al rey a entrar en guerra con los españoles en territorio holandés. Tras dos horas de conversación, Sylvia quiso saber si Paul Blass deseaba que redactara una síntesis de la sesión de trabajo, pero él no lo vio necesario.

Philippe Schlessinger llamaba a su hijo Louis todos los sábados, hacia el mediodía, y le preguntaba «cómo andaban las cosas» en su vida. El padre de Louis había aceptado la idea —pues no podía hacer nada más— de que su hijo había perdido el curso. En el mes de febrero, cuando advirtió que, a pesar de su acuerdo, su hijo no asistía a la escuela Politécnica con la asiduidad que se requería, atribuyó a ese año el calificativo de sabático. Un calificativo que le permitía posponer su esperanza hasta el comienzo

del curso siguiente. Desafortunadamente para Philippe Schlessinger, el año académico siguiente amenazaba con ser igual de sabático que el año en curso.

Aquel sábado, Louis se sintió aliviado al no recibir la llamada paterna. Con la mente tranquila, y casi alegre, dedicó la tarde del sábado a escribir dos artículos para *La Revue du cinéma*. Esperaba que la calidad reconocida de sus artículos pronto le daría la suficiente legitimidad para ser admitido en el comité de redacción sin tener que pedirlo expresamente. Salió de su casa hacia las siete, llegó al Barrio Latino y al Trois-Luxembourg, donde entró para volver a ver *El bazar de las sorpresas*, de Ernst Lubitsch. Salió muy alegre y lamentó no haber invitado a Sylvia a ver esa película, mejor que la hermosa pero un poco siniestra *Los desnudos y los muertos*, de Raoul Walsh. Si hubieran ido a ver un Lubitsch, tal vez las cosas habrían ido de otra manera. Ahora era consciente de hasta qué punto *Los desnudos y los muertos* había sido una opción aberrante y desastrosa. Avergonzado, había decidido no volver a llamar a Sylvia nunca más. Sin embargo, a menudo pensaba en ella, un poco a su pesar, y días más tarde, cuando la vergüenza se atenuó o él se acostumbró a ella, volvía a sopesar las posibilidades que con anterioridad había considerado nulas. Se preguntaba si el tiempo jugaba a su favor o no, si debería haber vuelto a llamar a la joven de inmediato o si, por el contrario, había de esperar que ella lo hubiera olvidado por completo. Mientras se hacía la pregunta y no le daba respuesta, transcurrieron tres semanas, y le pareció que entonces ya era demasiado tarde. Pasaron otras dos semanas. Un observador externo podría haber considerado a Louis un indiferente, un hábil seductor o un imbécil, aunque no era ninguna de las tres cosas.

Paul Blass estaba de pie en su sitio habitual junto a la ventana grande del salón y daba caladas al cigarrillo. Le parecía que el trabajo avanzaba de manera adecuada. Sylvia no veía avanzar el trabajo en términos de escritura, lo único que le interesaba. Hasta entonces, durante las sesiones se habían limitado a recordar las diferentes tesis relacionadas con las posibles responsabilidades en el desencadenamiento de la matanza de San Bartolomé. Al cabo de un mes Paul Blass decidió que en su película los Guisa serían los verdaderos culpables, con lo cual se plegaba a la opinión de la mayoría de los historiadores. Sylvia le había llevado *La reina Margot*, de Alejandro Dumas. A Paul le había entusiasmado e incluso había decidido que convertiría a esa mujer, Margot, en la figura femenina central del filme, en lugar de Catalina de Médicis.

Un día, al salir de casa de Paul Blass en la rue Guynemer, Sylvia vio que Antoine iba a su encuentro y tuvo la impresión de que la había estado acechando. Él le preguntó si tenía diez minutos para tomar un café. Como hasta entonces solo la había saludado las raras veces que se habían cruzado en el rellano o en la entrada del edificio, Sylvia

se quedó desconcertada. Miró a Antoine sin contestar, para darle a entender que no tenía ganas ni se sentía en la obligación de ir a tomar un café con él. Antoine lanzó una mirada indecisa hacia la calle.

—No tardaremos mucho. Se trata de Paul.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sylvia.

—No nos quedemos aquí —dijo Antoine, y la cogió por el codo para guiarla—. Conozco un café que no está lejos.

—Hay un montón de cafés en esta zona. Preferiría que fuéramos al más cercano.

—Aquel que digo está muy cerca.

Sylvia prefirió no señalarle el mal uso del demostrativo. ¿Para qué herirlo sin necesidad? Como su asombro se había transformado en curiosidad, aceptó ir con él. Pero el tal Antoine no le caía simpático debido a su descortesía, y le parecía que ese hecho se veía agravado por sus aires de conspirador.

Antoine se dirigió a la primera mesa vacía, dejó a Sylvia el asiento adosado a la pared y pidieron dos cafés. Sylvia paseó la mirada por el lugar y después la detuvo en Antoine. Nunca lo había visto tan de cerca. Su cara alargada le recordó la expresión «rostro afilado». Pensó en el milagro de la lengua y, en ese punto de su reflexión, sintió que había peligro por el lado de Davos y que, si no se controlaba mejor, no tardaría en encontrarse en la galería del sanatorio contemplando la montaña. El ruido que hizo el camarero al dejar las tazas en la mesa la ayudó a volver a concentrarse en el momento presente, en Antoine y en su curiosa cabeza afilada.

—¿Va todo bien con Paul? —le preguntó él mientras removía el café con la cucharilla.

Al mirarle las manos Sylvia notó que le temblaban ligeramente, pero, como nunca se las había mirado antes, ignoraba si el temblor era habitual o no. En cuanto a la pregunta que acababa de formularle, la encontraba indiscreta por su carácter vago. Circunscribió el campo de aplicación contestando que según Paul el trabajo avanzaba bien. Ella opinaba lo contrario, pero se abstuvo de decirlo.

—¿Quería decirme algo? —le preguntó tras beber un sorbo de café.

—Nada importante —respondió Antoine—. Me alegro de que todo vaya bien.

—¿Paul no le habla de su trabajo?

—Sí, claro. Pero quería saber qué le parecía a usted.

—Por lo que a mí respecta, soy un mal juez. Es la primera vez que trabajo en un guión. Pero lo cierto es que aún no ha escrito nada.

—Ah, eso es normal. Necesita rumiarlo antes de lanzarse.

—¿Ah, sí? ¿Y durante cuánto tiempo suele rumiar?

—Depende. No puedo decirlo con certeza.

—¿Y usted a qué se dedica? —preguntó Sylvia, que quería cambiar de tema.

—Seré primer ayudante de dirección de Paul en su próxima película —respondió

Antoine con súbita brusquedad, tal vez molesto porque Paul no hubiera juzgado conveniente informar a Sylvia—. Fui segundo en la película anterior; estoy preparado para pasar a primero.

—Estoy convencida —dijo Sylvia con todo el afecto posible, pues de pronto Antoine casi le daba pena debido a ese nerviosismo desamparado cuya causa ella ignoraba.

Estuvo a punto de devolverle su pregunta inaugural: «¿Va todo bien con Paul?», pero se calló pensando que podría tomársela a mal. Como no parecía que la causa del nerviosismo de Antoine fuera a revelársele de inmediato, Sylvia anunció que tenía que irse a casa a trabajar. Antoine pareció asombrado; ella quiso pagar su café, él la invitó, ella le dio las gracias, se marchó y se alegró de encontrarse de nuevo en la calle.

Las sesiones continuaban y eran todas parecidas. Paul Blass siempre tenía ganas de hablar de algo distinto de aquello para lo cual se reunían, y Sylvia no comprendía por qué trabajaba en una película sobre la matanza de San Bartolomé cuando era evidente que no le interesaba. Por añadidura, las horas de trabajo deshilvanado se veían a menudo interrumpidas por el timbre del teléfono, y en vez de dejar que sonara hasta que saltara el contestador, Paul Blass lo descolgaba siempre con la precipitación de quien espera continuamente que le anuncien noticias extraordinarias o intenta librarse de un trabajo que le aburre. Más tarde Sylvia se enteraría de que el productor había sugerido a Paul el tema de la película. Era pues un «encargo», con un salario que Paul Blass, a pesar de su escaso interés por las guerras de religión, no había querido rehusar.

A veces las conversaciones telefónicas de Paul Blass se prolongaban más de un cuarto de hora y era evidente que la presencia de Sylvia no le incomodaba. Ella llegó a la conclusión de que era demasiado insignificante para que Paul Blass se tomara la molestia de posponer lo que tuviera que hablar con sus diversos amigos, contactos, solicitantes, admiradores, en resumen, toda su clientela. Ella trataba de no oír nada, pero era imposible. Y si a Paul no le molestaba que ella oyera, a ella sí le molestaba oír. Cuando la conversación adoptaba un giro que le parecía demasiado personal, se iba a preparar un té, que a veces se bebía sola, sentada a la mesa de la cocina, espaciosa e inmaculada, en la que nadie preparaba nunca nada, ya que Paul hacía todas las comidas en el restaurante y para desayunar tomaba un café muy negro, sin tostada, que tragaba en el salón fumando un cigarrillo que debía de ser el quinto del día.

Cuando terminaba de hablar y ella estaba aún en la cocina, la llamaba no sin cierta impaciencia. Por otro lado, Sylvia se había fijado en que las conversaciones telefónicas duraban menos desde que ella se replegaba a otra estancia. Adivinaba irritación en el tono imperioso de Paul, como si le reprochara que lo hubiera abandonado en el salón. «Sylvia, ¿está ahí?» La muchacha regresaba al salón, volvía a sentarse ante el ordenador y ambos tomaban, no sin dificultad, el hilo de la historia

interrumpida.

Tras el fracaso de su encuentro con Sylvia, Louis decidió interesarse por alguna otra chica, o mejor aún, por varias, ya que de pronto había caído en la cuenta de que había un montón. En las calles, en las terrazas de los cafés, en los bancos de los jardines públicos, delante de los escaparates, en la biblioteca del cine. En cambio, había pocas en la Politécnica, pero él cada vez iba menos. Aunque la ausencia de chicas no fuera la causa principal de su deserción, quizá a partir de entonces constituyera un factor adicional. Louis se sorprendía de haber vivido tanto tiempo sin ser consciente de la multitud de chicas que había a su alrededor. Tal vez fueran las chicas de las películas las que hasta entonces le hubieran impedido ver a las de la realidad, las de la verdadera vida, las que andaban por las calles, se sentaban en cafés y corrían para no perder el autobús. ¿Y quizá fuera Sylvia —porque era la primera que había visto— quien, de rechazo, le había revelado la existencia de las demás?

Una de ellas se sentaba todos los martes por la tarde en la primera fila del cineclub de Panthéon-Sorbonne. Se había acercado a hablar con él después de una proyección y, por la manera en que lo miraba, Louis se dijo que a ella al menos le habría encantado ver *Los desnudos y los muertos* en su compañía. Le parecía que con ella todo habría sido más fácil que con Sylvia. Por ejemplo, invitarla a tomar una copa después de la sesión. Esa noche, al salir del cineclub, le pasó por la mente la idea y se sintió en condiciones de hacerlo, pues aquella chica atractiva y sonriente no lo intimidaba. No obstante, no hizo nada y se quedó en casa pensando en Sylvia, a quien no lograba olvidar a pesar de la maravillosa multitud de muchachas del mundo real.

En esa época de su vida Louis Schlessinger empezó a ir al cine con otros muchachos y se formó un grupo de compañeros dentro del comité de redacción, al que aún no se había incorporado. A veces se las arreglaba para coincidir en un pase para la prensa con algún redactor con el que sentía cierta afinidad. Tras la proyección, conversaban en algún café. De nuevo, como meses antes en el cineclub de la facultad, Louis demostró ser a la vez sociable y competente. Su estajanovismo en materia de relaciones se vio recompensado al cabo de dos meses con su entrada en el comité de redacción. Entre los periodistas con los que hablaba con mayor asiduidad estaban Étienne Duriez y Cyril Lénaud. El primero pasaba de los treinta y se ganaba la vida como profesor en un ZEP, un colegio situado en zona de educación prioritaria. Tres años antes, después de dos tentativas fallidas, había obtenido el CAPES, certificado de aptitud para la docencia en literatura moderna. Pero no se contentaba con estos trabajos y multiplicaba las colaboraciones en publicaciones tan variadas como *Foot Mag* y *Rock and Folk*. De modo que era a la vez crítico de cine, crítico musical y

cronista deportivo. Justificaba esta polivalencia por su voluntad de aplicar sus análisis a todos los objetos de la realidad contemporánea y divulgar «el sentido». Louis juzgaba ese programa una pizca confuso, pero consideraba que los artículos de Étienne se contaban entre los más perspicaces e interesantes de la revista. También leía los artículos que publicaba en *Rock and Folk* y de vez en cuando compraba un disco de los que recomendaba. Pero no leía sus comentarios de los partidos de fútbol, pues el fútbol le aburría. Siempre había preferido el tenis. Étienne Duriez se mostraba accesible e inmediatamente había reconocido en Louis una inteligencia que hacía eco a la suya, un carácter cerebral un tanto cargante, un deseo insaciable, quizá incluso enfermizo, de analizarlo todo. Pero todos los chicos de *La Revue du cinéma* (pues no había chicas en ese areópago) se parecían un poco en ese aspecto. Eran unos intelectuales que proclamaban a lo largo de sus artículos, y de una manera muy bien argumentada, la supremacía de la «encarnación» a propósito de casi todo.

En cuanto a Cyril Lénaud, historiador de cine, escribía artículos sobre películas fuera de la actualidad. Era un apasionado del cine mudo, en especial del expresionismo alemán. Le llamaban el Anticuario, y su interés por el cine se detenía en los años cincuenta. Según él, todo lo que había venido después apenas merecía la pena verse. A veces daba la impresión de que iba demasiado lejos por el deseo de provocar y cultivaba así su singularidad. Estaba contento con su apodo. Además de Étienne y Cyril, Louis seguía viendo a Marc, que iba con frecuencia a dormir a su casa y para quien compraba siempre bistec de solomillo. El programa de trabajo de Marc continuaba siendo un misterio, pero una noche, en un café, había mencionado a un padre y una madre que vivían en un pueblo «en el centro de Francia», sin precisar más.

Un domingo por la tarde, tras descartar varias veces la posibilidad, Louis, en un impulso que después él mismo calificaría de estupidez, llamó a Sylvia y le propuso ir a ver *El bazar de las sorpresas*, de Ernst Lubitsch. Cuando salieron del Champo al terminar la película, Louis la invitó enseguida a tomar una copa. Se sentaron a una mesa en el Danton y el ambiente que reinaba entre ellos ese día era muy distinto del de la cita anterior. Hablaron con animación, e incluso con alegría, de la película que acababan de ver. A Louis le había gustado aún más la segunda vez. La presencia de Sylvia tal vez tenía algo que ver. Después de hablar de cine, Louis le preguntó a Sylvia sobre el trabajo al que había aludido por teléfono y que le impedía preparar las oposiciones tan bien como debería.

—A decir verdad —respondió—, no sé muy bien cómo se llama lo que hago. Es para un realizador. Se supone que él tiene que escribir un guión y yo tengo que teclearlo en el ordenador. Soy una especie de escribiente, pero de hecho hay algo más.

—¿Qué te ha llevado a hacer eso? —le preguntó Louis sin disimular su asombro.

—El año pasado, un compañero, estudiante de historia, me pasó un trabajo de documentalista. Después el realizador dijo que necesitaba una especie de secretaria. Y pensó que yo reunía los requisitos.

—Es curioso.

—¿Crees que habría podido coger a cualquiera para teclear en el ordenador? Yo pienso lo mismo. Pero bueno, allá él. Es un hombre raro. No sé si voy a continuar. Estamos en el principio, de momento pasamos mucho tiempo hablando sobre la trama y no escribo gran cosa. Quizá por eso necesitaba una persona que conociera el tema, no solo alguien que supiera escribir en un teclado. Dice que quiere «enfocar» al tema antes de escribir. Un día dijo incluso «dominar» el tema; una vez utilizó la palabra «delimitar» y otra vez «problematizar» el tema; total, que no tiene ningunas ganas de trabajar.

Louis no se atrevía a preguntar el nombre del realizador ni el tema de la película. De pronto, la emoción de *El bazar de las sorpresas* parecía lejana. Louis volvía a sentirse solo, separado de la muchacha, cuya vida imaginaba rica y llena de pensamientos de los que él estaba excluido. Habría preferido que profundizara en el programa de la oposición, explorar los espacios vectoriales de dimensión finita, antes que enterarse de que conversaba de no sabía qué con un realizador cuya identidad ignoraba. Así fue como Louis Schlessinger descubrió una fuente de sufrimiento que no había experimentado hasta entonces: los celos.

El miércoles siguiente, Paul Blass ya no tenía la menor duda sobre la culpabilidad de los Guisa en la matanza de San Bartolomé. Mientras se paseaba por el salón dando caladas al cigarrillo, sospechaba del cardenal de Lorena, del duque de Aumale y de la duquesa viuda Antonieta de Guisa.

—Francisco de Guisa fue asesinado diez años antes por orden de Gaspar de Coligny. La familia Guisa tiene pues el móvil más viejo del mundo para instigar el asesinato del almirante de Coligny: la venganza.

Como para dar más peso a lo que decía, Paul Blass encendió otro cigarrillo entre las palabras «Coligny» y «venganza», lo que creó un pequeño efecto teatral del que Sylvia fue única espectadora. Ella señaló que no todos los historiadores estaban de acuerdo sobre la responsabilidad de Coligny en el asesinato de Francisco de Guisa. Pero eso no tenía demasiada importancia, bastaba con que los Guisa lo creyeran culpable para que se pusiera en marcha la venganza.

—Poco importa la verdadera culpabilidad de Coligny, lo importante es que el arcabuz que lo mató fue disparado desde la ventana de una morada que pertenecía a un familiar del duque de Aumale.

—Es verdad que son los sospechosos más probables —admitió Sylvia—. Por otro lado, algunos historiadores piensan que los Guisa estaban demasiado preocupados por recuperar el favor del rey para cometer la imprudencia de irritarlo.

—En ese caso, nos queda la hipótesis de un acto aislado, pero eso a mí no me viene nada bien —musitó Paul.

—Yo creía que le importaba un comino la verdad histórica y que solo le interesaba hacer una película que mostrara a los distintos clanes enfrentándose, a la manera de las mafias de hoy, un poco como en *El padrino* de Coppola. Y decía que *El padrino* no era tampoco una película realista.

—Sí, eso he dicho.

—¿Y ya no opina lo mismo?

—No sé nada de nada —suspiró Paul desanimado antes de dejarse caer en su gran sofá beis, lo que no era una buena señal.

Al cabo de un cuarto de hora de silencio, Sylvia carraspeó para indicarle que seguía allí. Cuando Paul Blass se volvió, dio la impresión de extrañarse de encontrarla sentada en el salón, pero Sylvia sospechó que fingía la sorpresa.

—Pero ¿aún está aquí?

—Usted no me ha dicho que la sesión haya terminado.

—Debería haberlo comprendido.

—Es cierto —masculló Sylvia mientras se levantaba.

Y se fue.

Paul Blass llamó a Sylvia tres días más tarde para decirle que, tras mucho reflexionar y dormir muy poco, había decidido abandonar el proyecto de hacer una película sobre la noche de San Bartolomé. Tenía la impresión de que era un episodio demasiado conocido, aunque mal conocido, y que ese peso histórico le privaría de la «libertad artística» que necesitaba. Añadió que le daba mucha pena porque hacía años que tenía ganas de hacer una película con trajes de época. Con todo, debía admitir que el tema de las guerras de religión y el conflicto entre católicos y protestantes no le inspiraba. Dedujo que sin duda por eso le había costado tanto empezar a escribir. Sylvia se mostró muy comprensiva. Aunque no conocía los métodos de trabajo de la escritura de guiones, aquel perpetuo deambular por el salón le había hecho suponer que a Paul Blass no le apasionaban verdaderamente los entresijos de la noche de San Bartolomé. Le hizo la observación sonriendo, pensando que le haría sonreír también. Pero él le contestó secamente que siempre escribía así, caminando, y que su falta de interés por ese hecho histórico no tenía nada que ver. A ella no le apetecía hablar y, por otra parte, no se le ocurría nada más que añadir. Para abreviar la comunicación, le comentó que tenía que volver a hacer ejercicios de aplicación del método de Gauss en la inversión de matrices cuadradas y, tal como había esperado, Paul Blass no intentó saber de qué se trataba. Colgó y Sylvia se quedó encantada de poder dedicarse de nuevo por entero a las matemáticas.

Durante un mes, todas las noches Sylvia tuvo el mismo sueño. Iba a Jussieu el día de los resultados de las oposiciones y no veía su nombre en ninguna lista. Tras hacer

averiguaciones, descubriría, no que hubiera suspendido el examen, sino que nunca se había inscrito para hacerlo. Por la mañana se despertaba ovillada al pie de la cama, con las piernas enredadas en las sábanas. Al liberarse comprobaba que tenía todos los dientes en su sitio, ya que en el sueño los había perdido en los pasillos de la facultad. Seguía con la sensación de que los dientes se desprendían uno a uno y se deshacían, los veía en su mano y en el suelo de la facultad de ciencias. Un montón de dientes, por cierto, muchos más de los que nunca había tenido.

Durante el mes de espera de los resultados, Sylvia y Louis fueron juntos a ver la retrospectiva de Fassbinder en el Barrio Latino. Vieron por orden de programación *El amor es más frío que la muerte*, *Un año con trece lunas*, *Las amargas lágrimas de Petra von Kant*, *Alemania en otoño*, *Todos nos llamamos Alí*, *El amor es más frío que la muerte* y *La ansiedad de Veronika Voss*, todas ellas clásicos hilarantes de la comedia alemana. Igual que había sucedido con *Los desnudos y los muertos*, a Sylvia le gustaban más los títulos que las películas en sí. Se saltaron *Lili Marleen* y *El matrimonio de Maria Braun*, que ya habían visto cada uno por su lado. Cada vez que quedaba con Sylvia, Louis tenía la sensación de que ese sería su último encuentro, que ella no volvería a ir al cine con él, y cada vez se maravillaba de volver a verla. Con Sylvia nada se debilitaba, y aunque entonces supiera ya que había muchas otras chicas en el mundo real, ninguna contaba tanto para él. Una noche, en la terraza donde tomaban una copa, Sylvia le dijo que el realizador para el que trabajaba había decidido finalmente abandonar el proyecto y que su trabajo de escribiente se había terminado. Él disimuló su satisfacción, pero en ese momento se creyó autorizado a hacer las preguntas que lo atormentaban.

—¿Quién es el realizador? Ahora puedes decírmelo.

—Paul Blass.

—¡Oh...! —murmuró Louis.

—¿No te gustan sus películas?

—Depende. En general, más bien no.

—«En general, más bien no» —repitió Sylvia sonriendo—. Sin embargo, en vuestra revista llevan veinte años echándole flores.

—Yo diría incluso veinticinco. Pero no tengo por qué estar de acuerdo con todo lo que se escribe en *La Revue*.

—Eso me tranquiliza.

—¿Y cuál era el tema de la película?

—La matanza de San Bartolomé.

Louis movió ligeramente las cejas.

—¿Y por qué ha abandonado?

—Dice que no tiene bastante libertad con relación a la historia. Que es un acontecimiento demasiado célebre y que no es un tema para él.

—¿Qué va a hacer ahora?

—No lo sé, no me ha dicho nada.

Louis miraba a Sylvia buscando en su rostro o en su voz una señal o una inflexión de pesar, pero no percibió más que una especie de indiferencia huraña que calmó todas sus inquietudes.

* * *

La víspera del día en que iban a darse a conocer los resultados de los exámenes de oposición, los padres de Sylvia se empeñaron en acompañarla. A ella no le entusiasmaba la perspectiva, pero daba la impresión de que tenían tanto interés que no se atrevió a negarles algo que les hacía tanta ilusión. Estaba claro que no les pasaba por la cabeza que pudiera suspender. Ella les contó, sin embargo, que desde el final de las pruebas soñaba todas las noches sin excepción que perdía la dentadura en los pasillos de la facultad y que, si el sueño resultaba premonitorio, el espectáculo podía ser una dura experiencia. Su madre contestó que recogerían los dientes uno a uno para hacer un collar.

El 5 de julio a las doce, Sylvia y sus padres entraron en el corredor donde estaban expuestos los resultados. Georges quiso ir a ver la lista, pero Sylvia prefirió ir personalmente, y sola. Avanzó hacia el panel mientras los padres se quedaban atrás, de pronto petrificados. Ese era el momento en que, en su sueño, Sylvia no veía su nombre en ninguna parte. En la realidad, lo encontró arriba del todo. En la lista de los aprobados. Un nombre y un apellido en una lista. Por un instante dudó de llamarse así, Sylvia Delaunais. Pensó que era un nombre curioso, pero Sylvia Delaunais había sacado el número uno en las oposiciones de matemáticas de ese año, estaba bien claro. Para estar del todo segura, hizo una señal a sus padres para que se acercaran al tablón. Al verla aturdida, no supieron interpretar de inmediato la tensión extrema de sus rasgos. Se acercaron, ya que ella así lo quería, pero en ese momento también ellos habían empezado a dudar. Avanzaron el rostro hacia el lugar que Sylvia les señalaba con el índice. Y cuando leyeron su nombre, Sylvia Delaunais pudo al fin admitir que en efecto era su nombre, el que tenía desde su nacimiento. Lloró, su padre lloró, su madre lloró. A continuación se encontraron, con los ojos enrojecidos, sobre la acera delante de la facultad, frente al Sena, con el aspecto pasmado de peces fuera del agua. Por superstición, no habían planeado nada, pero ahora no iban a volver a casa como si tal cosa. Decidieron que harían algo nuevo: un paseo en *bateau-mouche*. Embarcaron en Alma y, turistas entre otros turistas, se deslizaron sonrientes y eufóricos bajos los puentes, mientras los comentarios de la guía abarcaban los siglos. Luego fueron a comer marisco a La Coupole, donde Sylvia encontró un momento para llamar a Françoise y también a Louis. La felicitaron y dijeron que querían verla. Sylvia les

comentó que pasaría el día con sus padres, pero prometió llamarles al día siguiente.

Pero al día siguiente Sylvia estaba fulminada por la angustia y no tenía ganas de hablar con nadie. ¿Por qué una alegría semejante se había transformado tan deprisa en espanto? Lo ignoraba. Pasó el día arrebujaada en el pijama y la bata, aunque la temperatura ambiente era de veinticinco grados. Bebió té y devoró chocolate con leche y avellanas Milka, y después, como siempre en esos casos, Davos se le echó encima. También en Davos era verano, pero, aunque fuera impropio de la estación, la nieve brillaba bajo el cielo, muy azul. Las estaciones en Davos no se correspondían con las de aquí abajo, el llano. El tiempo mismo era de una textura, una materia diferente. Al atardecer, a Sylvia le pareció que sonaba el teléfono, pero era un campanilleo muy lejano. Tan lejano que ni siquiera intentó contestar.

Al día siguiente encontró mensajes de Louis y de Françoise en el contestador. Primero llamó a Françoise y fue a su encuentro más tarde en un restaurante chino por la zona de la place d'Italie.

—¿Qué diablos hiciste ayer? —le preguntó Françoise.

—Nada. Me sentía incapaz de salir.

—¿Y de contestar al teléfono?

—También.

—Pero habías prometido que me llamarías.

—Perdóname. Me quedé en casa en pijama, no vi ni llamé a nadie.

—¿Ese es el efecto de haber ganado la oposición?

—La felicidad a veces tiene en mí efectos desconcertantes —admitió Sylvia con aspecto preocupado.

Más tarde Sylvia se encontró con Louis en el café de Cluny. También él se fijó en su abatimiento y su mirada indecisa.

—Es la tensión nerviosa, que empieza a irse —le dijo.

Pero él no la creyó del todo.

—¿Así que vas a ser profesora?

—No lo sé. En este momento estoy reflexionando sobre un tema para la tesis.

—¿Qué tema?

—Sobre la teoría de los conjuntos en un punto y en el infinito.

—Así que no quieres ser profesora.

—No he dicho eso. Podría ser docente-investigadora.

Ese día no tenía ganas de ir al cine y, después de cumplir con sus deberes de amistad para con Louis y de llamar a sus padres para cerciorarse de que seguían contentos, entró en el Franprix de la rue de Surène, compró comida suficiente para una semana y se encerró en casa. Durante esos siete días no hizo más que pensar en Davos y ver la televisión. No eran actividades recíprocamente excluyentes. Podía muy bien ver un programa o una película mientras se imaginaba que estaba

cómodamente arrellanada en una tumbona del sanatorio, que Hans Castorp, tumbado a su lado, le sonreía de vez en cuando e incluso a veces le cogía la mano. Es cierto que, en esos momentos de intensa actividad de la fantasía, Sylvia era transportada y dejaba de tener conciencia del programa de televisión que se desarrollaba ante sus ojos. A veces se despertaba por la noche y pasaba horas sentada a su escritorio, trabajando en su teoría de conjuntos en un punto y en el infinito. Al amanecer volvía a acostarse y dormía hasta mediodía.

* * *

A Louis le inquietaba el silencio de Sylvia. Toda la semana había esperado que lo llamara. ¿En qué ocupaba su tiempo libre ahora que no empollaba para la oposición? Antes, cuando no la veía, al menos podía imaginarla resolviendo ecuaciones diferenciales. Ahora se perdía en conjeturas, a cual más enloquecedora, y la peor de todas era la de que había encontrado un nuevo compañero con quien ir al cine. Cada vez que entraba en una sala, Louis sentía que el corazón le latía con más fuerza ante la idea de que pudiera encontrar a Sylvia acompañada de otro. Dejó pasar la semana y al final llegó a la conclusión de que tal vez la muchacha se hubiera ido unos días a casa de sus padres. Pensó en llamar a Françoise, pero le pareció humillante y logró abstenerse de hacerlo. A principios de la semana siguiente, como no había vuelto a hablar con Sylvia ni tenía noticias de ella, su desasosiego se acentuó.

* * *

Sylvia removía con una cuchara de madera la crema pastelera que estaba al fuego cuando sonó el teléfono. Decidida a retomar el contacto con la vida real, fue a contestar. Era Françoise, que la llamaba desde la place de Saint-Augustin. Salía del Chat Bleu, la chocolatería del boulevard Haussmann, y propuso pasar a verla. Al cabo del poco tiempo que le llevó recorrer el boulevard Malesherbes, Françoise llamaba a la puerta de su amiga. Mientras hablaba por teléfono, Sylvia no había apagado el fuego y la crema se había pegado en el fondo, desprendiendo un delicioso aroma a caramelo que se extendía por todo el piso.

—¡Qué bien huele en tu casa!

—Es la crema pastelera, que se ha pegado mientras hablábamos por teléfono. Así que es culpa tuya y te sugiero que limpies la olla.

Françoise entró en la cocina, lanzó una mirada afligida al utensilio y acto seguido una mirada concupiscente a la crema que Sylvia acababa de verter en una flanera.

—Voy a limpiarte la olla —dijo Françoise conteniendo la risa. Y se puso a raspar el fondo del recipiente—. Bueno, entonces, ¿qué ha pasado en tu vida durante todo este tiempo?

—Aprobé las oposiciones, ya lo sabes.

—¿Te estás riendo de mí? Pues claro que lo sé. Hasta comimos juntas dos días después de que supieras los resultados. Y desde entonces no te has dejado ver.

—Necesitaba descansar. No me he movido de aquí ni he hablado con nadie.

—¿Estás quizá un poco deprimida? Siempre pasa cuando se acaba por conseguir lo que más se deseaba.

—Ya. Es posible.

—Además, has trabajado un montón y ahora te encuentras así, sin nada que hacer, y eso te descoloca.

—No estoy deprimida, y tampoco me aburro. Estoy bien, te lo aseguro. Hoy he hecho una crema pastelera, anteayer hice crema inglesa. He descubierto que me encanta remover la leche con una cuchara de madera mientras se calienta. Me pregunto si eso se llama de alguna manera, si es una perversión o algo así.

Visita providencial de Françoise, milagro de la amistad y de la improvisación, las dos muchachas disfrutaron de una merienda suntuosa de tejas con almendras que Sylvia había elaborado hacía tres días y crema pastelera, que ya estaba un poco más fría. Françoise insistió en que probaran los chocolates que había comprado en el Chat Bleu del boulevard Haussmann. Y los probaron. Uno de cada clase: *bouchons* con kirsch, rocas con pistacho y avellana, *palets* con almendra y avellana, trufas con kirsch y *rebelote*, en este mismo orden, y después en un orden distinto, para asegurarse, hasta que al final no quedó nada. Sylvia estaba pesarosa, Françoise se reía.

—Es terrible que me guste el dulce hasta ese punto. Es una enfermedad, una enfermedad de verdad, un vicio incluso. Acabaré diabética. Castigada y diabética. Ya lo verás —anunció Sylvia.

—Estás delgada —observó Françoise.

—Hay diabéticos delgados. Y además, no estoy tan delgada.

—Es tan agradable la hora de la merienda. Yo lo he descubierto tarde. Mi madre no se acordaba de las comidas principales, así que la hora de la merienda, ya te imaginas.

—Yo, todo lo contrario. Quizá venga de ahí mi afición al azúcar. La merienda era una comida sagrada, una verdadera ceremonia, y mi madre compraba o preparaba un montón de cosas distintas y yo comía tanto por la tarde que nunca tenía hambre a la hora de cenar.

Se tendieron en el sofá, ahítas y sonrientes.

—Me moriré comiendo dulces y pensando en mi madre —musitó Sylvia—, es inevitable.

—¿Te gustaría morirte comiendo qué?

—Ya he planeado los menús de mis últimos días.

—Cuenta.

—Tarta de chocolate, mi receta personal con crema inglesa y merengue, crujiente de manzana o de pera, *quatre-quarts* bretón, flan natural, el que compraba mi madre en la panadería que había al final de la calle principal de la ciudad en la que vivimos hasta que yo tenía doce años, un cruasán de mantequilla y crepes. Terminaré por lo más sencillo. Ah, sí, se me olvidaba. Una tarta de fresas.

—Un suicidio con azúcar.

—Bueno, en todo caso, pienso comerme un pollo asado con patatas fritas y un filete ruso con salsa de mantequilla blanca.

Sylvia sonrió hundiéndose aún más en el sofá. Françoise eligió ese momento para preguntarle si había vuelto a ver a Louis.

—No en los últimos diez días. Ya te digo que no he visto a nadie —contestó Sylvia.

—¿Qué hacéis vosotros dos, el politécnico y tú? —preguntó Françoise.

Sylvia se incorporó un poco apoyándose en el respaldo del sofá; luego volvió a dejarse caer, vencida por la deriva de los cojines.

—... Nada especial.

—Pero parece que estáis siempre juntos.

—¿Quién dice eso?

—Marc. Se queja. Dice que ya no ve a Louis y que es por ti.

—Qué tontería.

—De todas formas, ¿os gustáis?

—¿Qué quieres saber? Vamos a ver una película, tomamos unas copas y después cada uno se va a su casa. Mira, aún quedan tejas; sírvete.

—En fin, Sylvia, no sería un crimen si pasara algo más.

—¿Qué quieres que pase? —preguntó Sylvia con auténtico candor, ligeramente asombrada.

Se hizo un silencio y, de las dos, era Françoise la que se sentía más incómoda. Pensó que tal vez había herido a Sylvia. Françoise se equivocaba, pero, para reparar la supuesta falta de delicadeza, dijo con suavidad a modo de conclusión:

—Entonces, es una especie de amistad.

Sylvia la miró para responder con la mayor seriedad:

—Eso. Es exactamente eso.

De pronto Françoise cayó en la cuenta de que tenía que irse; había prometido a su abuela que pasaría a verla antes de la hora de la cena, que en la «casa de ancianos» se servía a las seis en punto.

Al igual que sus relatos de infancia, los vínculos de Françoise con la anciana a la que llamaba abuela seguían siendo un misterio para Sylvia. Françoise contaba que, tras haber pedido a su progenitora que la llevara a la Dirección de Asuntos Sanitarios y Sociales, se había criado «salvajemente» entre los establecimientos de la institución y

un hogar de acogida formado por una pareja de obreros de la metalurgia y una hija, Nathalie, a la que Françoise llamaba hermana. Pero, como había precisado que la anciana no pertenecía a la familia de metalúrgicos, Sylvia se preguntaba a qué rama pertenecería y de quién sería madre para ser abuela de la joven. La natural reserva de Sylvia, su miedo a ofender a su amiga y la íntima convicción de que era inútil hacer preguntas la habían disuadido siempre de pedir más detalles. De modo que la existencia de esa abuela seguía siendo un enigma. No obstante, Françoise iba a visitarla con regularidad a un asilo de ancianos por la zona de la Villette. Era un edificio deteriorado en el que los sobrinos dejaban pudrirse a la anciana después de que esta les hubiera dado el poco dinero que poseía. Puede ser una idea desafortunada anticipar la propia muerte, ya que suele suceder que esta previsión, que creemos que nos proporcionará tranquilidad y reconocimiento de los allegados, crea por el contrario un desorden nocivo en el tiempo que queda por vivir. Françoise estaba escandalizada por la ingratitud de los sobrinos de su abuela.

A modo de magra compensación —pero no podía hacer más, ya que ella misma andaba siempre a la cuarta pregunta—, en sus visitas Françoise tenía por costumbre llevarle frutas confitadas, que frente a los caramelos tenían la decisiva ventaja de ser blandas. Un detalle que estaba lejos de ser baladí, pues la abuela ya no tenía dientes. Sus sobrinos consideraban que una nueva dentadura costaría demasiado y no le sería de mucha utilidad. En una palabra, no había mucha necesidad de masticar ante la proximidad de la muerte.

—Ahora hay aparatos que funcionan muy bien y que cuestan mucho menos —señaló Sylvia.

—Para ellos seguiría siendo caro. Los sobrinos de mi abuela son unos ratas.

Sylvia añadió que era una vergüenza que el sistema de salud cubriera solo una pequeña parte de los cuidados dentales y que el hecho de masticar se hubiera convertido en un lujo. Esa fue la última vez que Sylvia habló con Françoise de los problemas dentales de la abuela. No obstante, no dejaba de preguntarse acerca de los vínculos familiares de su amiga. La parentela siempre había sido para Sylvia una materia vertiginosa. Pero aún se planteaban otros problemas más espinosos. Cuando Françoise decía «mi abuela», le adjuntaba siempre el adjetivo «virgen». Lo que daba como resultado la expresión bastante desconcertante de «mi abuela virgen». Sylvia no intentaba parecer más cándida o más estúpida de lo que era, pero no comprendía muy bien lo que Françoise quería decir con eso. Un día se decidió al fin a pedirle más precisión. Françoise le dio la respuesta más simple del mundo: utilizaba el adjetivo «virgen» en el «sentido estricto», después de lo cual Sylvia se quedó en blanco. ¿Cuál podría ser el «sentido estricto» y con relación a qué «sentido amplio»? Esa vez Françoise juzgó conveniente aclarar definitivamente a su amiga que su abuela no había tenido nunca relaciones sexuales. A partir de ahí las cosas estaban claras, al menos en ese punto. Pues, una vez determinado el sentido del adjetivo «virgen», el de la palabra «abuela» se volvía aún más problemático. Pero Françoise no añadió nada

más y, al menos mientras siguió visitando a la anciana, es decir, hasta su muerte, unos cuantos años más tarde, nunca renunció a la expresión «abuela virgen». Fue Sylvia quien renunció a comprender y decidió que «abuela» era una expresión genérica para designar a una anciana a la que se tenía cariño. Le pareció una explicación razonablemente aceptable. Al no tener una abuela de verdad, Françoise se había dado una, y no había ningún mal en ello.

Propulsada en plena siesta a la terraza del sanatorio de Davos, Sylvia se dejaba llevar por el ambiente. El sol se derramaba en mil destellos sobre la nieve y un médico guapo como un príncipe le tomaba el pulso y declaraba que la amaba, que la había amado desde el primer día, la primera mirada, cuando había llegado en una camilla y escupía el pulmón izquierdo sobre las sábanas de blancura inmaculada. Se había quedado impresionado por la admirable dignidad de la que había dado muestra ante su desgracia. Sylvia no recordaba haber estado especialmente digna, pero, ya que él decía que la amaba así, o incluso gracias a eso, a su perdición y su pulmón deshecho, tenía que creer al guapo médico. El sonido del teléfono la arrancó bruscamente de su viaje espaciotemporal. Era Louis. La voz del muchacho parecía titubeante. Dijo que le había inquietado su silencio. Ella se disculpó por no haberlo llamado; necesitaba descansar y no había visto a nadie aparte de Françoise. Total, que dijo la verdad sin necesidad de mencionar que, desde que era catedrática de matemáticas, había pasado la mitad del tiempo fantaseando que estaba tuberculosa en un sanatorio hacia el año 1910. A Sylvia le importaba demasiado la estima de Louis para contarle sus sueños. A decir verdad, no podía contárselos a nadie, y eso intensificaba su melancolía.

* * *

Después de haber sido el primer chico que invitaba a Sylvia a ver *Los desnudos y los muertos*, *El amor es más frío que la muerte* y *Atención a esa prostituta tan querida*, Louis fue el primero en invitarla a pasar unos días en casa de su abuela, en provincias. Los dos tenían la edad de la primera vez. Las primeras veces de Louis se toparon con Sylvia y las primeras veces de Sylvia se toparon con Louis. A veces, eso basta para encadenar por siempre a dos almas frágiles la una a la otra.

TERCERA PARTE

La abuela de Louis se llamaba Adélaïde y vivía en Rammerthann, un pueblo de mil doscientos cincuenta habitantes al norte del Grand Ried, a medio camino entre Estrasburgo y Sélestat. Sentados uno al lado del otro en el asiento trasero del taxi que atravesaba Estrasburgo para salir por el sur de la ciudad, Louis y Sylvia intercambiaron una mirada de asombro por estar juntos. El cansancio del viaje y la satisfacción de haber llegado les producían una dulce euforia mezclada con desconcierto e inquietud. Louis sabía que su abuela dispensaría una buena acogida a la muchacha, pero presentía, aunque se negara a reconocerlo, que había algo un poco incongruente en la situación. Le vino a la mente que su abuela, una mujer de los viejos tiempos, solo sabría interpretar de una manera la llegada de su nieto con una chica. En cuanto a la chica, que en varios aspectos le parecía también una muchacha de los viejos tiempos, su interpretación debía de ir en el mismo sentido. De modo que Louis no podía interpretar su aceptación sino como una conformidad tácita con todo lo que se suponía que la invitación implicaba, viejos tiempos o no. Sintió un brusco rubor en las mejillas al pensar en esas múltiples implicaciones mutuas que hasta entonces, al no haber reflexionado sobre ellas, no había tenido en cuenta. Tampoco reflexionó sobre ellas ahora y, más que llevar a término un razonamiento, era presa de una agitación mental en la que dichas implicaciones se presentaban ante él como evidencias peligrosas pero difusas. No obstante, la agitación no estaba exenta de júbilo. Y a su lado Sylvia estaba agitada por las mismas evidencias difusas. En aquel instante experimentaban casi las mismas emociones. Milagro o catástrofe, principio o final de algo, parecían ir por delante del futuro mientras el taxi devoraba la carretera en mal estado que parecía hundirse en el verano naciente desgarrando la calima.

Era una casa blanca con entramados de madera, con un edificio de dos pisos adosado a la derecha que limitaba el patio entre el ángulo de la casa y la verja de hierro. Se abrió la puerta en lo alto de la escalinata de la casa principal y apareció una anciana con moño y una sonrisa que iluminaba su cara arrugada. Avanzaba hacia Louis y Sylvia con paso asombrosamente ágil.

—¡Louis!

Se abrazaron, y después la anciana se volvió hacia Sylvia y le tendió la mano, pequeña y nudosa.

—Estoy encantada de conocerla, señorita, gracias por haber venido hasta aquí y traerme a mi nieto, pues hace... —Se volvió hacia Louis—. ¿Cuánto tiempo hace que no vienes a ver a tu abuela?

Louis enrojeció sin desprenderse de su aire serio, se miró los pies y dijo que no se acordaba, lo que probablemente era verdad.

Adélaïde condujo a Louis y a Sylvia a la construcción que lindaba con la casa y que

llamaban «el ala de los niños». Adelantó a Sylvia en la escalera que llevaba a una habitación grande, abuhardillada, muy luminosa, con las paredes recubiertas de papel de rayas rosa sobre fondo blanco y ocupada por unas camas gemelas.

—Es la habitación de Louis y de su hermana. Espero que se encuentre bien aquí.

Sylvia respondió que era una habitación muy agradable.

—Si quiere dormir por la mañana no se olvide de correr las cortinas al acostarse.

Sylvia le dio las gracias a la anciana por su acogida.

—Bien, la dejo para que se acomode tranquilamente.

Sylvia sacó del bolso sus dos atuendos de recambio y los colgó en el ropero. Oía las voces que subían de la planta baja e imaginaba el ritual de las noticias que se daban de unos y otros, hermana, padre y madre. Pasó al cuarto de baño y se dio una ducha. Cuando salió, las voces se habían callado y oyó pasos sobre la grava. Desde una ventana vio que Adélaïde volvía por el camino hacia la escalinata. Se sentó en el borde de la cama. Se preguntaba qué debía hacer. Se vistió rápidamente y bajó. Se detuvo ante la puerta cerrada de la que creía que era la habitación de Louis y esperó unos instantes antes de llamar. Pero no había nadie, él ya se había ido. Por temor a demostrar su prisa por verlos, o a parecer ridícula apresurándose como si creyera que la esperaban, moderó el paso mientras iba hacia la casa. Subió los peldaños y llamó a la puerta. Louis la abrió e hizo una pausa, como si se hubiera olvidado de ella y le sorprendiera encontrarla allí, en el umbral de la casa de su abuela. Se pasó la mano por los cabellos, un gesto que podía significar tantas cosas que no merecía la pena tratar de descifrarlo.

La casa de Adélaïde estaba saturada de sombras densas y de tapetes blancos. Por las estancias sombrías, comunicadas entre sí, pasaban furtivamente los fantasmas de una larga dinastía de juristas, fiscales y abogados. En los techos artesonados parecían reverberar las voces de los oradores de la familia. Sylvia solo había conocido modestas casas de abuelos que habían ascendido laboriosamente al rango de la pequeña burguesía de comerciantes y tenían una humilde casa propia encima de una tienda de comestibles de pueblo. En la morada de la abuela de Louis, tenía la impresión de haber sido admitida en una de aquellas casas que cuando era niña miraba de lejos sin poder entrar en ellas.

* * *

Adélaïde cerró el horno y se enderezó anunciando que pronto podrían pasar a la mesa. Le preguntó a Sylvia si bebería vino y esta respondió que sobre todo no abrieran una botella por ella. La abuela se volvió hacia Louis, que estaba de pie en la entrada de la cocina, ligeramente apoyado en el marco, con los brazos cruzados.

—A Louis le gusta el pinot noir, ¿conoce el pinot noir, Sylvia?

—No, no entiendo nada de vinos.

—No hace falta entender. Louis, ve a la bodega y sube una botella de pinot noir.

—Dirigiéndose a Sylvia, Adélaïde añadió—: No tome en serio a todos esos especialistas que se relamen de gusto con nombres pomposos.

Sylvia sonrió. Por la ventana vio que la tarde caía sobre el jardín detrás de la casa. Louis volvió a la cocina con una botella de vino tinto y la puso sobre la mesa. Le preguntó a la abuela si debía descorcharla ya. En aquel instante la sensación de extrañeza que invadió a Sylvia fue más allá de la que había experimentado hasta entonces ante cosas abiertamente más exóticas. ¿Se debía a que veía al muchacho en una situación y un lugar nuevos? El Barrio Latino parecía muy lejos, Sylvia y Louis habían pasado sin transición de una camaradería de café a la intimidad familiar, y se preguntaba si de verdad la habían invitado o había entrado forzando la puerta. ¿No era curioso un joven que invitaba a casa de su abuela a una chica a la que no había invitado nunca a su propia casa? Una chica que tampoco lo había invitado a él a la suya. ¿Quizá se avergonzaba de su habitación de estudiante y prefería exhibir el esplendor provinciano de su linaje de antepasados juristas? ¿Quizá solo lo movía la vanidad? Pero ¿no tenía que ser una chica igual de rara para haber aceptado la invitación? Quizá los dos estaban hechos del mismo tejido de sueños, o eran portadores de un mismo secreto que había atraído al uno hacia el otro y ahora los imantaba en un mismo discreto espanto de vivir y una misma soledad irreparable.

Se sentaron a la mesa del comedor, que Adélaïde había cubierto con un mantel blanco. Había encendido una lámpara de pantalla verde con pie de madera.

—Ese chisme me daba miedo cuando era pequeño —comentó Louis examinando el objeto con una sonrisa—. Veía un montón de monstruos en los nudos de la madera.

—Nunca me lo habías dicho —dijo la abuela, asombrada.

Durante la cena Adélaïde le hizo a Sylvia, con naturalidad pero con prudencia, las preguntas habituales sobre los estudios y proyectos de futuro. Sylvia respondió que acababa de aprobar las oposiciones a cátedra de matemáticas, y Adélaïde, impresionada, la felicitó. Sentado al lado de Sylvia, Louis comía con apetito las tajadas de pierna de cordero con judías verdes, preparándose para la próxima salva de preguntas. Como era de esperar, después de haber interrogado a Sylvia, Adélaïde miró a su nieto y le preguntó cuándo pensaba volver a la escuela Politécnica. Sin dejar de comer, Louis contestó que había empezado a trabajar como periodista y que pensaba perseverar en ese camino.

—¿Qué camino exactamente? —preguntó Adélaïde.

—El periodismo. Es un oficio, abuela.

—Hum... Pero pasaste un examen muy difícil y conseguiste entrar en una gran escuela; ¿por qué limitarte al periodismo?

—No me limito, me gusta de verdad.

—Pero ¿en qué consiste exactamente el trabajo?

—En escribir artículos para una revista de cine.

—¿Entonces ni siquiera es un periódico?

—No es un diario, no. Es una revista mensual.

—Debes de tener mucho tiempo libre, pues.

—Sí... Pero tengo que ver muchas películas, para formarme.

—¿Y te pagan por ver películas y decir lo que opinas de ellas?

—Sí.

—Es muy curioso —dijo Adélaïde sin sonreír.

—Me pagan mal, si eso te tranquiliza.

—Pero no vas a...

—...

—No vas a hacer solo eso.

—De momento, sí.

—¿Y tu padre está de acuerdo?

—No.

—Por eso parece tan inquieto.

—Sí, puede ser.

—Tú, en cambio, no parece inquietarte —dijo Adélaïde con expresión preocupada.

—No, porque sé lo que quiero hacer y lo estoy haciendo. ¿Puedo coger otra tajada de cordero?

—Sí, claro que sí... Come, muchacho, me gusta ver que no has perdido el apetito. Tu padre me había dicho que estabas muy mal.

Louis hizo un movimiento con las cejas apenas perceptible.

—¿Y estás seguro de que ver películas y decir lo que piensas de ellas puede ser un oficio? —prosiguió Adélaïde.

—Por supuesto. Se llama crítica de cine. Hay incluso un sindicato, lo que es señal de que existe y de que incluso está catalogada como oficio.

—Ignoraba... Pero si tú lo dices... Y me alegro de que hagas algo que de verdad te guste. En el fondo, eso es lo esencial.

Pero, a pesar de su voluntad conciliadora, Adélaïde estaba perpleja. Reflexionaba sobre la situación de su nieto, que, tal como le había anunciado su hijo Philippe, y aunque pareciera imposible, había perdido el interés por los estudios.

—Es curioso. En mis tiempos, e incluso en los tiempos de tu padre, los jóvenes soñaban con ser médicos, abogados, notarios, profesores. Y ahora todos quieren ser actores o directores de cine.

—Te olvidas de los cantantes.

—Sí, en fin, quieren ser artistas.

—Más bien, estrellas —rectificó Louis.

—¿Y tú también quieres ser famoso?

—Qué va. Solo quiero ser crítico de cine.

—Pero quieres relacionarte con las estrellas, como tú dices. Crees que con ese oficio de... crítico podrás conocer a la gente que trabaja en el cine, hacerles preguntas, acercarte a lo que brilla.

—Es posible, no lo sé. Nunca me lo he planteado de esa manera —respondió Louis, que por primera vez parecía sentirse incómodo.

El hecho de dejar al desnudo un posible deseo alejado del amor por el arte que Louis no habría confesado de manera espontánea lo dejó pensativo, hasta el punto de que no llegó a terminar el plato que había empezado con tanta avidez. Sabía bien que ese modo que tenía su abuela de ir al fondo de las cosas hasta dejarlas en su genuina desnudez no era fruto de un espíritu tortuoso, y menos aún de la voluntad de herir. Adélaïde Schlessinger poseía una mezcla muy propia de sutileza, sentido común y franqueza. Su perspicacia innata se había alimentado, en el transcurso de su larga vida, de la observación. No era su intención dejar al descubierto los deseos no confesados por el placer malsano de avergonzar a quienes los experimentaban. Tenía el don de la frase clara, tajante y desapasionada, el ademán seguro del carnicero avezado que corta de manera apacible una pieza de carne. Adélaïde se levantó y fue a la cocina. Louis miró a Sylvia, que tenía el rostro ligeramente vuelto hacia la puerta entreabierta por donde había desaparecido la anciana.

—Es graciosa, ¿verdad? —dijo Louis sonriendo mientras llegaban hasta el comedor los ruidos de la puerta del horno, que se abrió y se cerró, seguidos del sonido de la vajilla al sacarla del aparador.

Sylvia se preguntaba si debía ofrecerse a ayudar a Adélaïde. Algunas mujeres detestan que alguien les imponga su presencia en la cocina y que los invitados se metan en los asuntos de intendencia. Lo consideran una irritante indiscreción y, dada la edad de la anciana, Sylvia pensó que de momento era mejor que no se moviera. No era más que la primera cena. El día siguiente sería un momento más oportuno para ofrecerse a echar una mano a la anciana. O quizá más tarde, al final de la comida, la ayudaría a quitar la mesa. Louis tampoco se movía, pero daba la sensación de que esperaba algo. El olor de la tarta de manzana precedió ampliamente su llegada a la mesa.

Mientras Louis cortaba el postre, Adélaïde anunció, en un tono de «por cierto, se me había olvidado decíroslo», que Philippe Schlessinger llegaría al día siguiente. Louis hizo de nuevo un gesto apenas perceptible con las cejas.

* * *

Después de desvestirse, Louis se deslizó entre las sábanas frescas y se tendió de espaldas. Nunca había dormido en esa habitación, que años atrás era la de Adrien, su hermano mayor. Seguramente Adélaïde había pensado, y con razón, que la habitación de arriba sería más agradable para Sylvia. Con el papel rosa y blanco, las cortinas, el

cubrecama y los almohadones a juego, era «una habitación de chica». La habían reformado por entero unos años después del nacimiento de Julie, a quien estaba destinada. Pero de pequeños Louis y Julie eran inseparables y desertaban por turnos su habitación para irse de okupas a la del otro, de manera que los abuelos decidieron instalar camas gemelas en la de Julie, y la de Louis, contigua a la de Adrien, se convirtió en un dormitorio de invitados. El uso hizo de ella un cuarto donde se guardaban los objetos que nadie necesitaba. Con el paso de los años, la habitación destinada a todo y a nada adoptó el nombre de «fábrica». Louis se propuso echarle un vistazo al día siguiente. Después recordó lo que curiosamente había conseguido ocultar a lo largo de las dos últimas horas: que su padre iba a presentarse y que probablemente el día siguiente se echaría a perder. Esa visita inesperada, por supuesto, no era en absoluto casual. Habría reconveniones, tentativas de hacer que el joven volviera «a entrar en razón». Louis dejó escapar un suspiro y estiró el brazo para apagar la lámpara. Le sorprendió encontrarse en medio de una oscuridad que no perturbaba ninguna iluminación urbana. Pasada la sorpresa, se sintió bien, protegido, invisible e inalcanzable. Sin embargo, aunque estaba muerto de cansancio, escuchó hasta el final los pasos de Sylvia encima de su habitación y, pensando aún en su padre, se durmió con menos facilidad de lo que había creído.

A la mañana siguiente, Louis oyó una vez más crujir el parquet bajo los pasos de Sylvia en la habitación de las camas gemelas. Por el modo en que posaba los pies, con mucha precaución, dedujo que la joven intentaba andar con la mayor suavidad posible para no despertarlo y, claro está, sus precauciones tenían como resultado que sus pasos fueran aún más sonoros. La luz del día se filtraba a través de las persianas. Louis no tenía ni idea de qué hora podía ser. Recordó vagamente que al alba había cantado un gallo, que habían sonado las campanas para dar las horas, todo un laberinto de sonidos antiguos y familiares, pero Louis era todavía demasiado joven para la nostalgia. Se levantó.

Esperó a oír los pasos de Sylvia en los escalones para salir de la habitación. Cuando ella llegó al pie de la escalera, se fijó en sus finos tobillos. Llevaba un vestido con motivos florales de tonos vivos que hacían resaltar el fondo azul marino. Louis no sabía muy bien qué pensar de esa prenda. Su mente iba mucho más allá de las prosaicas cuestiones indumentarias; no obstante, si se hubiera permitido pensar algo, probablemente habría encontrado el vestido espantoso. Pero no pensó nada. Más tarde, en una conversación, Sylvia le diría que lo había comprado en una boutique del boulevard Malesherbes precisamente por su estilo y por esa originalidad recatada, que le había parecido apropiada para gustarle a una señora de edad que vivía en provincias. Adélaïde les abrió la puerta. Como no había té, Sylvia tomó café con un

poco de leche.

—¿A qué hora llega papá? —le preguntó Louis.

—Por la tarde —contestó Adélaïde—. No concretó más.

Mientras comían rebanadas de pan tostado, Louis pensó en el vestido de Sylvia y de pronto se acordó de que su abuela había tenido uno de ese estilo, hacía años, un vestido con estampado malva sobre fondo oscuro. Además, siempre había pensado que el malva era un color de señora mayor o, para ser más exactos, un color que gustaba a las señoras mayores, al igual que, según sus observaciones, el lila, el burdeos, el carmesí, el violeta, todos aquellos colores que a él le había llevado mucho tiempo distinguir entre sí. El vestido con estampado malva de Adélaïde hacía años que había desaparecido de la circulación, pero en cierto modo volvía a aparecer colgando de los hombros de Sylvia. La abuela no dijo nada, ni bueno ni malo, del vestido, y su mirada no se detuvo en él de un modo particular. Debía de haber olvidado aquel vestido suyo estampado. Louis, en cambio, se acordaba de que ya en aquella época su abuelo decía que el vestido era «anticuado», que la «avejentaba», y que el malva a su mujer no la «favorecía». Tal vez Adélaïde no guardara ningún recuerdo de aquello. O quizá no quisiera herir a la muchacha comentando que ella misma había llevado el mismo tipo de vestido treinta años antes. Al comprarlo, Sylvia había querido sobre todo agradar. Y en cierto sentido había acertado, pues le había echado el ojo a un vestido que a Adélaïde le había gustado hacía veinte años.

Dedicaron el resto de la mañana, ya bastante avanzada, a hacer compras en el pueblo. Sylvia notó que Louis estaba nervioso y poco dispuesto a hablar. Intentaba cruzar con él la mirada, sin conseguirlo. Se le ocurrían ideas sombrías, punzantes como un dolor. Se preguntaba en qué medida Louis había anticipado la situación en que se encontraban los dos, hasta qué punto la había provocado a sabiendas, o si por el contrario escapaba por completo a su control. Por ejemplo, ¿cómo había presentado Louis las cosas a su abuela? ¿Le había anunciado que iría con una «compañera», con una «camarada», con una «amiga»? Esta última palabra encerraba todas las posibilidades, pasadas y futuras, lo dejaba todo abierto sin revelar nada, respondía a interrogantes que no habían sido formulados y tal vez posponía el momento en que lo serían. Adélaïde poseía una discreción con clase. Si bien era lo bastante atenta para no parecer indiferente, no hacía ninguna pregunta ni practicaba el arte de la alusión. Sylvia se preguntaba si Louis y Adélaïde hablaban de ella cuando estaban los dos solos. Sin embargo, no tenía esa sensación un poco desagradable que a veces experimentamos en compañía de personas que mantienen una especie de conciliábulo con respecto a nosotros. Por otra parte, abuela y nieto tenían pocas ocasiones de encontrarse a solas.

Después de la comida, Louis llevó a Sylvia al salón. El inmenso clamor del día entraba sin pedir permiso. El sol se estampaba violentamente contra los cristales. Fue a correr las cortinas. Hacía demasiado calor para salir. Sylvia y Louis se sentaron uno al lado del otro en un antiguo sofá descolorido, verde, rojo y dorado. A través de los intersticios de las cortinas, el sol seguía colándose en ángulos agudos. Louis echó la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo, y cerró los ojos. La pared a la derecha del sofá estaba enteramente cubierta por una biblioteca cargada de libros encuadernados en cuero. Sylvia se contorsionó, inclinó la cabeza y vio que eran libros de derecho constitucional. Al retroceder de nuevo en su asiento rozó con el hombro la mejilla de Louis, que tenía el rostro vuelto hacia su lado. Se apartó un poco para no perturbar su sueño. Sabía que ella no dormiría.

De todos modos, no sintió la necesidad de irse a Davos. El salón atravesado por el sol, los libros de derecho y el muchacho dormido a su lado bastaron para entretenerla. Todo le parecía nuevo y extraño. Y sin embargo, aunque había llegado la víspera, tenía la impresión de estar allí desde hacía mucho tiempo. Achacó esas contradicciones al cansancio. Después, en contra de lo que esperaba, quizá por la conjunción de los efectos del calor ambiental y la combustión digestiva, pronto se dejó vencer a su vez por el sueño.

Cuando se abrió la puerta principal, Louis se despertó. El sol estaba más bajo; debía de haber dormido buena parte de la tarde. Su mirada se detuvo en Sylvia, dormida junto a él, con la cabeza inclinada hacia el lado opuesto. Con la retirada del sol, el salón había adquirido otra fisonomía, y el polvo antiguo casi parecía haber desaparecido. El movimiento de Louis hizo que Sylvia se despertara. Entre sueño y alucinación, creyó ver una silueta oscura que cruzaba el umbral del salón y avanzaba hacia ellos. Louis se levantó tratando de adoptar el aspecto más despierto posible.

—Papá.

—Louis —respondió Philippe Schlessinger clavando la mirada en los ojos de su hijo.

—¿Acabas de llegar?

—Sí. Había mucho tráfico.

El padre de Louis volvió la mirada hacia Sylvia, que se levantaba.

—Me temo que la he despertado, señorita.

—Ya era hora —respondió Sylvia enrojeciendo.

—Papá, te presento a Sylvia.

Sylvia y Philippe se estrecharon la mano. La muchacha se sentía aturdida y un poco avergonzada de que la hubieran encontrado en aquel estado de adormecimiento, a ella, que nunca lograba dormir por las tardes.

—¿No ha venido mamá contigo?

—No, estaba un poco cansada...

Philippe Schlessinger dejó la frase en suspenso en medio del salón y salió al vestíbulo para colgar la chaqueta. A pesar del calor llevaba un traje de franela gris oscuro y una camisa azul sin corbata. Sus gestos eran lentos y medidos, un poco rígidos pero no desprovistos de elegancia, de pátina, a la manera de los muebles del salón de su madre. Su cortesía discreta sin duda le venía de lejos, de una educación cuidada y del largo linaje de antepasados propietarios de los libros de derecho que ocupaban toda una pared del salón. En ese instante, a Sylvia se le presentó como algo evidente que Louis era el perfecto retoño de ese linaje, incluido su empeño en distanciarse de él. Era como si Louis introdujera a Sylvia en un mundo al tiempo que él mismo le decía adiós.

El ruido en el piso de arriba anunciaba el fin de la siesta de Adélaïde. A pesar de su levedad, cada uno de sus pasos hacía crujir el parquet, y daba la impresión de que el techo se iba a hundir. Desde el salón, Louis y Sylvia miraban a Philippe, cuya silueta se perfilaba al pie de la escalera, con el rostro vuelto hacia su madre, que ya bajaba.

—Te esperábamos más temprano, Philippe.

—Había mucho tráfico.

—Siempre te dejas sorprender.

—No, solo en verano, porque siempre pienso que en esta época del año la gente está en las playas.

—Pues no, al parecer hay personas más inteligentes que se quedan tranquilas en las tierras del interior.

Diciendo esto, entró en el salón y sonrió a Louis y a Sylvia.

—Lamentablemente, no están tan tranquilas, ya que andan por las carreteras —dijo Philippe malhumorado.

Con gran diversión, Sylvia vislumbró, como quien vislumbra de pronto a un personaje famoso, que el hombre de elegancia afectada se transformaba por un instante en un niño respondón que quiere decir la última palabra. Si bien no había visto hasta entonces la menor semejanza entre el padre y el hijo, en la actitud con que el primero había respondido a su madre creyó reconocer algo del segundo cuando se pasaba la mano por la frente o por la coronilla.

No eran los rasgos lo que hacía que se parecieran, sino la reaparición, en una actitud o un gesto apenas consciente, del niño descarado pero juicioso que sin duda ambos habían sido. Seguramente la vida borraría ese parecido, antes de que la vejez lo hiciera resurgir y uniera al padre y al hijo en su actitud infantil hasta la muerte.

Ese gesto de llevarse la mano a la frente o a la coronilla sin llegar a tocarlas, ese gesto que Sylvia, sin ser consciente, empezaba a espiar, por no decir a querer con ternura, podía revestir en su opinión significados muy diferentes según el contexto. Sin embargo, se había fijado en que, más allá de las variantes circunstanciales, el

«pequeño gesto» de Louis, como ella lo llamaba ya, insinuaba siempre una voluntad discreta pero irónica de distanciarse de la situación. Algo así como: «Es cierto, estoy aquí, al menos físicamente, pero eso no va conmigo». O bien: «Estoy aquí, pero preferiría estar en otra parte». O bien: «Creo que lo que decís no es muy perspicaz, pero no os lo diré por miedo a ofenderos, y de todos modos, no merece la pena». O también: «Estoy muy avergonzado, he dicho o hecho una tontería, pero no voy a revolcarme por el suelo para enmendarme». Esta gama bastante amplia de matices daba pie a la elucubración de una muchacha sensible como Sylvia. Ella reunía esas distintas interpretaciones bajo el título general de «sorda resistencia al entorno». Pero como por fortuna su sensibilidad no anulaba por completo su sentido común, no se imaginaba que Louis atribuyera conscientemente tantos sentidos como ella a ese «pequeño gesto». Eso no significaba que fuera inocente de toda intención. Por su parte, Louis no se figuraba que Sylvia le atribuyera la expresión de tantas cosas. Si lo hubiera sabido, tal vez habría dejado de llevarse la mano a la coronilla.

—Tengo que enseñarte unos papeles que han llegado del despacho de Pritzke —le dijo Adélaïde a su hijo.

—¿Qué clase de papeles? —le preguntó Philippe.

—Tienen que ver con la herencia de tu padre. Ese notario, Pritzke, es un asno. Yo ya lo sabía, pero esta vez ha demostrado de lo que es capaz.

—Sin embargo papá confiaba en él —respondió Philippe, y su madre se encogió de hombros.

Adélaïde se ajustó el cuello del vestido y cogió a Philippe del brazo para llevarlo al antiguo despacho de Victor Schlessinger. Louis los siguió con la mirada hasta que desaparecieron tras la puerta.

—¿Tu padre ha venido para hablar contigo?

—Sí, supongo. Pero eso no cambiará nada.

—No puedes disgustarte con él porque se preocupe por tu porvenir.

—No estoy disgustado con él.

—¿Dónde viven tus padres exactamente?

—En una ciudad que se llama Almstadt, a unos cien kilómetros de aquí.

Louis se había acercado a la ventana que daba a la parte trasera del jardín, donde las sombras se iban alargando. Estaba en silencio y miraba hacia el exterior. Detrás de la casa había campos hasta donde alcanzaba la vista. A esa hora del día, el panorama era grandioso y conmovedor. Sylvia miraba a Louis y comprendía cada vez menos por qué le había pedido que lo acompañara.

Como Philippe y Adélaïde no salían de su conferencia bilateral, Louis y Sylvia volvieron al ala de los niños. Louis, buscando quizá un pretexto para subir a la habitación de las camas gemelas, le propuso a Sylvia que echaran un vistazo a los discos de 33 revoluciones, que probablemente no se habían movido del armario de arriba. Pasó delante de las camas procurando no mirar las cosas de Sylvia. Abrió un armario en cuyas estanterías había pilas de discos de vinilo y un viejo tocadiscos.

—Mi abuela no toca nunca nuestras cosas —dijo mientras sacaba una primera pila de discos, que tras una ligera vacilación depositó sobre la cama más cercana.

El primer disco de la pila era *Pedro y el lobo*.

—Hace un siglo que no escucho esto.

El resto eran discos de pop-rock anglosajón mezclados con canciones infantiles. Así, *Ziggy Stardust* y *Berlin* se encontraban junto a una versión alsaciana de *Savez-vous planter les choux?* A medida que veía los títulos, Louis decía:

—Este es de mi hermano, este es mío, este es de Julie. ¡Ah, este es mío!

Cogió un disco con expresión de alegría. En la funda se veía el rostro pensativo de un muchacho con el cabello rubio.

—¿Conoces a Van Morrison?

—Solo de nombre.

—No Jim, Van.

—Sí, ya te había entendido.

—Creo que te gustaría —dijo él tendiéndole *Astral Weeks*.

Sylvia sonrió, feliz de que, con esta frase, «creo que te gustaría», él tuviera en cuenta, como algo evidente, un conocimiento íntimo de ella, como si tuviera acceso a su espíritu, como si ya la conociera sin conocerla de verdad. Y por mucho que se dijera a sí misma que no eran más que tonterías sentimentales, no podía evitar abandonarse a ellas con ilusión. Louis volvió al armario y sacó el tocadiscos.

—No va a ser nada extraordinario, si es que todavía funciona.

Puso el aparato en el suelo, cerca de un enchufe de la pared, desenroscó el cable, lo enchufó y colocó el altavoz en vertical. Sacó el disco de vinilo de la funda y se la tendió a Sylvia. Ella contempló el rostro del cantante, ancho pero soñador y juvenil, aureolado de colores difusos. Tendido en el suelo, Louis movió el brazo hasta que el plato empezó a girar y luego, accionando una pequeña palanca, hizo bajar la aguja sobre el surco. Sylvia se deslizó por la pared para sentarse en el suelo cerca de Louis y después, entre los ruidos parásitos, la voz de Van Morrison se elevó e hizo retroceder las paredes de la habitación hasta volverla inmensa, hasta abrir el cielo por encima de los dos.

* * *

Más tarde se reunieron con Philippe y Adélaïde, que estaban sentados en el salón. A la abuela le sorprendió que el viejo tocadiscos aún funcionara.

—¡La cantidad de discos que pudisteis escuchar en ese aparato! ¿Te acuerdas, Louis? Fue tu abuelo quien lo trajo de Estrasburgo. Un sábado del mes de agosto lo vimos llegar con eso, y también había comprado discos, canciones infantiles, ¿te acuerdas?

Pero Louis no se acordaba precisamente de ese día.

—Quizá fueran Adrien y Julie quienes estaban aquí, no yo.

—En aquella época aún veníais juntos los tres; lo que dices es absurdo.

Louis hubiera querido complacer a la anciana y compartir sus recuerdos. Pero por más que se esforzaba en imaginar a su abuelo volviendo de Estrasburgo cargado con un tocadiscos, no lo conseguía, la imagen se escabullía. Por un instante pensó en mentir, pero luego se negó a hacerlo; consideraba que habría sido triste y desleal.

—Debía de ser demasiado pequeño para acordarme —dijo.

—Sí, probablemente —convino Adélaïde.

Louis miraba a su abuela en silencio. Ella sufría al no poder compartir sus recuerdos con nadie. Recordar solos, sin que nos acompañen en los recuerdos aquellos que deberían compartirlos, es una experiencia dolorosa. Y aunque Louis nunca hubiera experimentado esta clase de pena, la imaginó por empatía.

—Todo eso queda lejos —murmuró Adélaïde, con la nostalgia de un pasado que en aquel momento solo existía para ella.

Philippe propuso que cenaran fuera. Adélaïde ya había reservado mesa en Chez Klister y Philippe aprobó la elección. Sin duda ella siempre había sabido antes que él mismo lo que quería hacer. ¿O es que Chez Klister era el único restaurante posible a una distancia razonable? Había unos treinta kilómetros entre la casa y el restaurante Chez Klister, que hacía esquina a la entrada de una población bastante grande llamada Shlosseberg. Philippe conducía en silencio, con su madre sentada al lado. La anciana se había puesto un vestido gris oscuro y tenía sus nudosas manos sobre las rodillas. Daba la impresión de que vigilaba la carretera, como si esperara que en cualquier momento fuera a surgir un obstáculo y ella estuviera encargada de advertir a su hijo. No hubo ningún obstáculo, la carretera estaba vacía, como si los viajeros que Philippe había encontrado de día hubieran llegado todos a destino. Desde la parte de atrás del vehículo, Louis y Sylvia miraban el horizonte, magnificado por el crepúsculo naciente. Louis había visto infinidad de veces el paisaje ondulado que Sylvia descubría ahora. Ella experimentaba el placer de la primera vez, mientras que él saboreaba más bien el de la costumbre. Al salir de una curva, el automóvil avanzó de frente al sol. Louis echó una ojeada a Sylvia y, como ella se había recogido los cabellos en una cola de caballo, vio su nuca descubierta. La muchacha tenía la frente apoyada en el vidrio y una vértebra sobresalía ligeramente del borde del escote del vestido azul marino y malva. Su piel le pareció a Louis de una blancura increíble, incluso demasiado blanca, de aspecto enfermizo, se dijo para atenuar la turbación enunciando un diagnóstico. Se reprochó su flaqueza, se rió de sí mismo y se exhortó a recobrar el dominio de sí. Era insensato sentir esa emoción al ver una pequeña porción de piel. Desvió la vista mientras el automóvil de su padre circulaba en el atardecer rojo.

Philippe estacionó el coche entre unos plátanos, al borde de un parapeto que dominaba un valle pequeño. Apoyándose en la balaustrada, Sylvia se asomó. Por un instante Louis creyó que iba a caer hacia delante y tendió la mano para cogerle el brazo. Pero ella retrocedió y se volvió hacia él sonriendo. No había visto el gesto incipiente de Louis. El brazo de este volvió a caer de manera prosaica y no menos feliz. ¿Había creído que iba a lanzarse al vacío o a ser presa del vértigo? Él mismo lo sentía algunas veces.

La sala estaba iluminada por lámparas con pantallas amarillas y el ambiente era cálido. Mientras esperaban los platos, Adélaïde volvió a hablar del notario, el tal Pritzke, por quien sin duda sentía poca estima. Philippe manifestó una curiosidad razonable por los estudios de Sylvia y se mostró favorablemente impresionado por su cátedra. Mientras hablaba con la joven, miraba de soslayo a Louis, de lo que, evidentemente, todos se daban cuenta. No obstante, consiguió esperar hasta el postre para preguntarle cuándo pensaba volver a la Politécnica. Louis contestó con mucha calma que «todo eso había terminado» y que no iba a volver. Philippe miró de pronto a Sylvia, como si la pusiera por testigo del desastre o la hiciera responsable de él. Había llegado el momento del enfrentamiento, que Adélaïde había previsto hacía ya varios días, en cuanto supo que su hijo aprovecharía la estancia de Louis en su casa para hacer una visita. Pero ahora a Philippe Schlessinger parecían faltarle los argumentos ante la determinación de su hijo. ¿Y para qué repetir lo que habían dicho ya tantas veces? Aquella noche, en el restaurante Chez Klistler, el padre desasistido e impotente comprendió al fin que era inútil seguir luchando. Y su rendición fue completa. A la mañana siguiente, cuando Louis se levantó, su padre ya se había ido.

Había huido a primera hora. Cuando Adélaïde le dijo que podría esperar a Louis para despedirse, sacudió la cabeza, con aspecto desolado y abatido. A su hijo le importaba un comino que lo esperara. Philippe se sentó a la mesa de la cocina mientras su madre preparaba el café. Volvió la mirada hacia la ventana y contempló cómo el jardín se coloreaba poco a poco en el alba lechosa. Su madre no había encendido la luz de la cocina. Le gustaba moverse en la penumbra hasta que se hacía de día; le gustaba ver aparecer las cosas con lentitud, a la increíble velocidad del día naciente, milagro o derrota, sin que podamos hacer nada. Philippe distinguía apenas la silueta de su madre, que se movía alrededor de la cocina multiplicándose en gestos impecables y menudos. Le parecía que la anciana estaba muy lejos, como si caminara al otro lado de la bruma, un poco por detrás del amanecer. Quizá no estaba del todo despierto. Bebió el café despacio. La bruma se había disipado y su madre se sentó frente a él.

Posó una mano arrugada sobre el hule. El día acabó por imponerse en la cocina. Adélaïde se había olvidado del pan. Se levantó para tostar unas rebanadas. Pero su hijo no quería comer; era muy temprano aún, no tenía hambre; si era necesario, se pararía en la carretera para comer algo, pero no vivía tan lejos y el viaje no era largo, de modo que podría esperar a llegar a casa para tomar un buen desayuno. Su madre volvería a acostarse cuando él se marchara y desayunaría más tarde, tal vez con los chicos. Adélaïde observaba el rostro de su hijo y leía en él la inquietud que Philippe sentía por el suyo. ¿Qué iba a ser de ese muchacho si se obstinaba en no volver a la Politécnica? ¿Y qué era esa historia de ser crítico de cine? ¿Y la chica? ¿No tenía nada que ver con la decisión de Louis de abandonar los estudios? ¿Estaba enamorado de ella? Era la primera chica con la que lo veían. Cuando estaba en el instituto, nunca había tenido novia y la familia nadaba en la incertidumbre respecto a las preferencias sexuales del adolescente. Cuando Louis se ausentaba una tarde a la semana era para jugar al tenis con su amigo Régis. Había testigos de eso. ¿Tal vez el tenis constituía una válvula de escape de sus deseos reprimidos? Una especie de sublimación de las pulsiones homosexuales del chico, se había dicho Philippe, que había leído un libro sobre el tema con objeto de «no pasar algo por alto». Pero Philippe no lo creía verdaderamente. Él y su mujer, Odile, habían considerado todas las posibilidades antes de rendirse a la siniestra evidencia: Louis no salía con ninguna chica. Por eso, cuando a los veintitrés años un ser tan reservado como Louis llevaba a una joven a pasar unos días en casa de su abuela, se podía suponer que estaba enamorado. No obstante, se imponía la prudencia, ya que Louis y Sylvia no parecían formar aún una «pareja». ¿Quizá Louis había llevado a Sylvia fuera de París con la esperanza de iniciar una relación amorosa con ella? A Philippe no le parecía que la casa de una abuela fuera un lugar ideal para comenzar nada de ese estilo. Él, en todo caso, no habría actuado así. Pero de su hijo se podía esperar cualquier cosa. Philippe Schlessinger nunca había comprendido bien el comportamiento de su segundo hijo. ¿Qué había seducido al joven de esa chica? Era bonita, sí, aunque vestía de una manera increíble. ¿No había tenido la propia madre de Philippe un vestido similar, que ya en aquella época no le había gustado a nadie? La joven tenía la voz grave y velada, como si estuviera acatarrada. Por otra parte, quizá estaba resfriada de verdad. Tenía la tez pálida y los ojos febriles, un poco enrojecidos, como si hubiera llorado, pero ¿por qué iba a llorar? Tal vez tuviera alguna alergia. Bueno, era guapa, pero no parecía tener muy buena salud, y una mujer con mala salud era una desgracia para un hombre, se dijo Philippe Schlessinger, que conocía bien el tema. No era de las que daban tranquilidad a los padres, saltaba a la vista que no era el tipo de muchacha que podría devolver a un hijo pródigo al camino de la ingeniería, de los grandes logros o de la competitividad. En todo caso, la cátedra de matemáticas hablaba sin duda en su favor. Incluso era el elemento más tranquilizador de su persona, si no el único. De todos modos, había algo extraño entre su hijo y esa chica. Parecía unirles un lazo inquietante, tanto más cuanto que Philippe Schlessinger no captaba su naturaleza

exacta. Philippe dudaba que hubieran llegado a nada. Ahora bien, él consideraba que después de los veinte años los amores platónicos eran una extravagancia, un acto de disidencia, incluso una perversión. Era perjudicial tanto para el cuerpo como para el espíritu. Presentía que esa chica no le «convenía» para nada a su hijo. Y se le ocurrió la idea de que precisamente por esa razón la había elegido. Louis debía de haber percibido en la tal Sylvia una disposición para no se sabía muy bien qué, algo inquietante, que concordaba con el mismo tipo de disposición en él. Philippe no habría sabido especificar ese «no se sabía muy bien qué» que era inquietante, ya que, a decir verdad, a su hijo no le había sucedido nada terrible. Después de todo, lo habían admitido en la escuela Politécnica y, con excepción de su capricho de ser de una revista de cine, no se le podía reprochar nada. Pero si la influencia de Sylvia no era directa, probablemente se ejercía de manera soterrada y, con seguridad, pernicioso. Así, al llegar al final de su reflexión, Philippe Schlessinger concluyó que más valdría que Louis fracasara por completo con esa chica. Viviría su primer desengaño amoroso —a su edad, ya era hora—, sería muy desgraciado y, para consolarse, acabaría volviendo a la escuela Politécnica.

—¿Qué opinas de esa chica? —le preguntó a su madre.

—Sylvia está muy bien —respondió Adélaïde.

—¿Y qué más?

—Es precisamente el tipo de chica que necesita Louis.

—¿Por qué estás tan segura, si puede saberse?

—Es a la vez sensible e inteligente, y además formal. No está con él solo para divertirse.

—Yo creo que de momento no está con él en absoluto.

—Precisamente, se lo toman con calma. Hacen bien. Creo que están en profunda sintonía.

—Yo no creo que sea una buena influencia para él.

—Ella no lo ha incitado a dejar la Politécnica. Ni se te ocurra imaginar ese tipo de cosas. Sería injusto hacerla responsable. Tu hijo dejó de ir a clase antes de conocerla.

—Veo que sabes más que yo.

Adélaïde miró a su hijo y observó que había envejecido. No era tanto que sus rasgos se hubieran vuelto más marcados sino más bien como una flacidez que ablandaba los contornos. Los hijos de ese pobre muchacho se hacían mayores de un modo imprevisible. Con el mayor todo había ido bien, era cierto, hasta que se produjo la catástrofe. Louis, el menor, soltaba amarras, y en cuanto a Julie, la benjamina, era una adolescente confusa, evasiva, mala estudiante, con una indisciplina contenida, sin histeria, pero cuya rebeldía silenciosa era más preocupante porque no la exteriorizaba. ¿Acaso con el tiempo Philippe y Odile Schlessinger habían dejado que las cosas llegaran a un punto en que todo se había deteriorado poco a poco y sus hijos se habían convertido en extraños?

Mientras Philippe bebía el café a sorbitos, con los hombros hundidos, su madre

seguía observándolo, sorprendida de advertir en su hijo la inmensa fatiga de los padres. Algo se volvía fluctuante en el rostro de Philippe. Sus hijos se volvían fluctuantes, su mujer fluctuaba desde hacía tiempo, y ahora era su propio rostro el que fluctuaría delante de él, precediéndole a poca distancia, como una máscara flexible que lo sería cada vez menos con el paso del tiempo.

Había acudido para hablar con su hijo creyendo que la casa de su madre sería un lugar propicio para enderezar suavemente la trayectoria desviada del hijo pródigo. Pero pronto había comprendido que sería inútil hablar, que su hijo se había vuelto esquivo con él. Por otra parte, por muy abogado que fuera, y tal vez precisamente por esa razón, hacía ya tiempo que a Philippe Schlessinger se le habían quitado las ganas de hablar.

* * *

Más tarde, esa misma mañana, cuando Louis entró en la cocina, encontró a Sylvia leyendo *L'Alsace*.

—Mi padre se ha ido —dijo Louis sirviéndose café.

—¿Tan pronto? —preguntó Sylvia mirando la espalda de Louis.

—Es pragmático. Creía que el terreno sería favorable para su maniobra. Al darse cuenta de que no era así, ha preferido batirse en retirada.

—Está preocupado. ¿No deberías haberle explicado mejor tu decisión?

—Tiene razones para estar preocupado, y nada de lo que yo pudiera decirle lo tranquilizaría.

Sylvia percibió en Louis una dureza que le resultaba incomprensible y que rechazaba con todo su ser. El tono sereno de Louis acentuaba aún más la violencia de sus palabras. Sylvia contempló sus rasgos delicados pero acerados, y en ese instante adivinó en él, mucho más allá de la voluntad y la determinación, algo implacable que la dejó helada. Se levantó y se acercó a la ventana. Él observó su nuca descubierta y los cabellos recogidos con un prendedor. Comprendió que lo que había dicho la había impresionado y lamentó haberse expresado de modo tan abrupto. Pero ¿no había dicho estrictamente la verdad? Su padre estaba decepcionado y él no podía tranquilizarlo, ya que él mismo ignoraba cuál sería su porvenir. ¿Para qué hablar mucho y luego no hacer nada y dar a su padre vanas esperanzas? Louis sabía que no volvería a la Politécnica, ni el curso siguiente ni nunca. De pronto, para llenar el silencio que se había hecho entre los dos, preguntó:

—¿Qué querías que le dijera?

Ella se volvió un poco hacia él y murmuró que no lo sabía, pero que seguramente había hecho bien en decirle la verdad.

La puerta de la cocina se abrió y Adélaïde entró con una bolsa de la compra. Se sentó

en la primera silla que encontró.

—Tendrías que haber esperado —dijo Louis al ver su rostro cansado y el sudor en la raíz de sus cabellos grises—. Yo habría ido a hacer la compra.

—Estoy bien, te lo aseguro; es solo que hace mucho bochorno. Lástima que ya no tengamos barómetro. Tu abuelo miraba siempre el barómetro, pero ahora está roto y no lo he sustituido.

Dejó escapar un suspiro.

—Además, ¿para qué? Yo no sabría leerlo. —Adélaïde prosiguió—: ¿Has visto que tu padre se ha ido?

Louis asintió con la cabeza.

—Tendréis que hablar algún día. Tu padre está sufriendo.

—¿Soy yo quien le hace sufrir o es que sufre de todos modos? —replicó Louis con una agresividad que no controlaba.

—No seas tan duro. Está preocupado por ti. Un día, probablemente, hablarás con tu padre, pero será demasiado tarde. Siempre es así.

—¡Oh, abuela, qué dramática! —dijo Louis sonriendo para quitar hierro a la situación.

Pero su abuela apenas sonrió y continuó:

—Los hombres no siempre saben qué hacer con los hijos. No lo saben ni siquiera al principio.

—¿Qué principio? —preguntó Louis con reticencia, sintiendo que la conversación se internaba en un terreno que no le apetecía.

—Pues bien, cuando los hijos nacen, ellos están ahí, quiero decir normalmente, si no se han ido antes, porque hay padres que no lo soportan y se van antes.

—Sí, de acuerdo, eso ya lo sé —dijo Louis con impaciencia.

La conversación le resultaba especialmente penosa.

—Pero cuando los padres se quedan, no siempre saben dónde situarse. El lugar no necesariamente les viene dado.

Sylvia advirtió sorpresa en el rostro de Louis. Su abuela nunca le había hablado así. ¿Pensaba en su propio padre, en el padre que había sido su marido o quizá en el padre en que se había convertido su hijo? ¿Por qué esas historias de padres de pronto parecían tan serias e importantes? Adélaïde se levantó e hizo un gesto con la mano, como para apartar algo y «acabar ya con eso». Decidió guardar la compra. Louis, aliviado, se apresuró a ayudarla. Como habían desayunado tarde y el aire estaba tan pesado, se contentaron con una comida ligera y fría. Durante toda la tarde amenazó una mísera tormenta que no llegó a descargar y nadie logró dormir. Al bajar de su habitación, donde había intentado en vano echarse la siesta, Adélaïde declaró:

—La tormenta seca es lo peor.

Decidieron jugar al gin rummy los tres. El reloj de la iglesia había dado las seis cuando la tormenta hizo amago de estallar con dos o tres mezuquinos relámpagos, y eso fue todo. Cenaron tarde, cuando ya no hacía tanto calor. Las horas pasaban así,

rápidas e inmóviles. Nadie se aburría y el mundo quedaba muy lejos.

Durante la noche, estalló una tormenta arrastrada por el viento del este, y al día siguiente, cuando abrieron los postigos, el aire era mucho más fresco. Sylvia decidió que debían ir a pasear. No podían pasarse la vida encerrados. Louis respondió sonriendo que estaba de acuerdo. Adélaïde les aconsejó un itinerario, les dijo que debían tomar un camino que a la altura de una cruz describía un recodo y después internarse por un sendero que bordeaba los campos y subía hasta el bosque de Weissenbach; mientras tanto Louis afirmaba con la cabeza y repetía:

—Ya lo sé, ya lo sé.

Resultó que se acordaba tan bien como había dicho. Estuvieron andando mucho tiempo, hasta el punto de que Adélaïde se inquietó al ver que ya eran las siete y no habían vuelto aún. En efecto, siguieron el sendero hasta la cruz y continuaron a lo largo de los campos hasta el bosque. La campiña estaba cargada de humedad, y desde lejos parecía que flotaran a través de una bruma irisada. El viento aplastaba el impermeable contra las piernas de Sylvia y sus cabellos flotaban por delante de ella. Louis recordó imágenes de sirenas cuyos largos cabellos bailaban alrededor de rostros pensativos. Tenía ganas de recogerlos con ambas manos. En vez de hacerlo, habló extensamente, con una seriedad que no es posible sin caer en el ridículo, sobre la teoría de la profundidad de campo en Brian de Palma y transformó el paseo en conferencia. Sylvia escuchaba, inclinaba la cabeza, hacía una pregunta de vez en cuando para animarlo. Al volver, encontraron en la cocina dos tazas de chocolate y un brioche trenzado. La infancia parecía al alcance de la mano. No hay infancia sin dulces, siempre queda algún pedazo en alguna parte.

Sylvia fue a darse una ducha y a cambiarse. En la habitación de las camas gemelas, el rosa se teñía del color de las lilas moradas y de melancolía. Pronto fue la hora de bajar. Al oír los pasos de Sylvia en las escaleras, Louis salió de su habitación. Ella tropezó ligeramente en el último escalón, de manera que inclinó el torso hacia delante y sus rostros casi se tocaron. Se apoyó en la barandilla y se enderezó con facilidad, y el beso, aunque in extremis, fue evitado. Intercambiaron una sonrisa incómoda. La escena se parecía a las que habían visto demasiadas veces en las películas, una escena que se había convertido en un cliché, de modo que cuando se producía en la vida real no había manera de no sentirse incómodo. Louis se preguntó si Sylvia lo habría hecho a propósito. Pero no era su estilo. Ella, turbada, se preguntaba si Louis se imaginaba que lo había hecho a propósito. Sea como fuere, ambos tenían un sentido demasiado agudo del ridículo para caer en semejantes clichés. En caso de que el destino, o

cualquier otra cosa igual de absurda, se las ingeniara para obligarles a ejecutar a su pesar figuras imposibles, tipo tropezón o caída imprevista en los brazos del otro, se prometieron, cada uno en su fuero interno, que resistirían y mantendrían la dignidad. Recuperaron el dominio de sí, pero recorrieron el camino hasta la casa en silencio.

Llegó el domingo y Adélaïde quiso que Louis la acompañara a misa. Hacía dos años, había asistido sin rechistar al oficio religioso del domingo de Pascua; se había dejado llevar sin comentarios hasta la iglesia del pueblo. Pero esta vez expresó toda su reticencia.

—Si no te importa demasiado, abuela, yo pasaría de la misa.

—Me importa, Louis —respondió Adélaïde—. Vas a venir a misa y después iremos a comprar los pasteles del domingo.

El trato estaba claro: sin misa, no había pasteles. Los ojos de la abuela chispeaban de malicia. Después, ante el espejo del vestíbulo, con ayuda de un largo alfiler terminado en una perla, se dispuso a encasquetar un sombrero granate sobre sus mechones grises. Sylvia dirigió a Louis una sonrisa burlona, y él se echó a reír pensando que al fin y al cabo un pastel bien valía una misa. No obstante, lanzó un contraataque:

—No creo que le exijas a Sylvia que nos acompañe. Así que tendremos que dejarla sola.

Adélaïde se dirigió a Sylvia a través del espejo:

—Sylvia es bienvenida pero, por supuesto, no está obligada a acompañarnos.

—Y si no viene, ¿le tocará también un pastel?

—Claro que sí. No está sujeta a la misma norma que tú, Louis —respondió la abuela, encantada con el juego.

—Sylvia es protestante —continuó Louis—, quizá no tenga ganas de asistir a un oficio católico.

Sylvia osciló entre la risa y la consternación al ver la expresión de Adélaïde, que de pronto se ensombreció.

—¿De verdad, Sylvia, que es usted reformada?

—Eh... sí —respondió ella en un tono de haber sido cogida en falta que manifestaba que eso tenía mucha menos importancia para ella que para Adélaïde.

—Qué interesante —prosiguió Adélaïde con auténtica curiosidad—. ¿Y cómo es eso?

—No lo sé. Quiero decir, nací en una familia protestante y me amoldé, si puede decirse así —respondió Sylvia.

—En otro tiempo conocí a una familia protestante. Mi familia tenía amistad con ellos. Hay algunos por aquí.

A Sylvia le pareció que era como si Adélaïde hablara de animales dañinos o en vías de extinción. Louis salió gritando que iban a perderse el principio del oficio.

* * *

Sentado entre Sylvia y Adélaïde, Louis miraba ora sus zapatos, ora las vidrieras, mientras su abuela le daba codazos a intervalos regulares. Sylvia también se aburría, pero con una seriedad que podía pasar por recogimiento. Ya que estaban allí, más valía arrodillarse, se dijo Louis en el momento de la consagración de la eucaristía. Aprovechando el movimiento, rozó con el brazo de Sylvia y ahogó como pudo una risa nerviosa al pensar que el Espíritu Santo, anunciado por el tintineo de una campanilla, descendía sobre ellos. El ambiente, la decoración y la escena le parecían anticuados y chistosos a la vez. Sin embargo, en su fuero interno tenía que admitir que inconscientemente había deseado y fomentado esa situación desusada hasta el absurdo.

Salieron a la plaza del pueblo al son de las campanas. Los feligreses hacían un alto en la panadería para comprar el pan antes de volver a casa a preparar la comida dominical, otros se detenían a conversar en el atrio de la iglesia mientras los niños se dispersaban a su alrededor. Era la llamada Francia eterna que Louis fustigaba en sus artículos cada vez que alguna película le daba la oportunidad. Cuando empujó la puerta cristalera de la pastelería, sonaron las campanillas, impecables, iguales a sí mismas y a su recuerdo. Era una pastelería de provincias, donde aún elaboraban torteles salpicados de almendras, tartas Saint Honoré con nata, pasteles de moka y *petits choux* de crema y de chocolate. Pero también se ofrecían sacrificios a la moda, como mousses de granadilla y otras herejías. Louis detestaba la vanguardia en materia de repostería. Su estancia en el campo se transformaba en peregrinación, y el viaje sentimental del muchacho se inclinaba hacia la regresión. Se preguntaba si un hombre podía seducir a una mujer llevándola al corazón de su infancia. Ahí se advierte que su extrema torpeza se asociaba por momentos con una «estrategia global» de seducción. Compraron el pan y escogieron los pasteles. Sylvia eligió un flan natural.

—¿La misa te ha quitado el apetito? —le preguntó Louis, que consideraba el flan un dulce sencillo y casero, no un pastel «de verdad».

La panadera, que había visto a Louis cuando era muy pequeño, exclamó, no que había crecido, sino que se había convertido en un chico muy guapo.

Mientras los tres recorrían el camino hacia la casa, Louis creyó ver moras en unos arbustos, pero no eran más que botones de unas flores desconocidas, como si el

viento las hubiera llevado hasta allí. El sol bailaba en el cabello de Sylvia, y Louis se dijo, con la alegría de un colegial y la amargura de un hombre resabiado, que el amor no es más que un rayo de sol que enciende una mecha en el peor momento. Al subir los peldaños de la entrada cayó en la cuenta de que era la antevíspera del regreso a París. La comida, la siesta, las horas de rummy; el tiempo pasaba como un rayo inmóvil. Y siguiendo un ritual que no había tardado más que unos días en establecerse, antes del atardecer subieron a la habitación de las camas gemelas. Volvieron a examinar la pila de discos de vinilo y a poner en el tocadiscos *Astral Weeks*. Se sentaron uno junto al otro, con la espalda apoyada en la pared, en un torpor feliz que pronto acunó el ruido sibilante del brazo del tocadiscos, que siempre iba a dar contra el cilindro central.

Había tristeza en esas últimas horas compartidas, pero al día siguiente, en el tren de regreso, Sylvia buscó en vano una señal de emoción en el rostro de Louis. Se preguntaba si, al no haber creado un vínculo amoroso, esos pocos días resultarían un obstáculo para su amistad. ¿Qué eran los dos ahora, sentados en el tren, sino un chico y una chica que, al final del trayecto, se separarían en el andén de la Gare de l'Est y decidirían, en el mejor de los casos, volver al cine uno de esos días?

Avanzaron por el andén sin hablar. La pena de Sylvia se agrandaba aún más al ver a Louis tan tranquilo. Si él no estaba triste, ¿no podía al menos ver la tristeza de ella? Bajaron juntos al metro, y cuando llegaron al punto en que cada uno tenía que tomar una dirección diferente, Sylvia precipitó la separación.

—Bueno, entonces, hasta pronto —dijo de un modo un poco abrupto.

Louis no mostró sorpresa, aunque estaba sorprendido, y no hizo nada por prolongar la escena de la despedida. Muy pronto Sylvia ya no estaba allí y él se fue por su lado.

CUARTA PARTE

Sylvia encontró en el contestador dos mensajes de Paul Blass en los que le pedía que le llamara lo antes posible. El primero databa del día de su partida a Rammerthann y era amable sin más. El segundo, de hacía dos días, era casi una conminación. No la impresionó. ¿Qué más podía querer de ella ese tipo? Se dio una ducha muy caliente y luego se sirvió dos dedos de Cointreau. Trató de ver en la televisión un debate muy animado sobre las malversaciones en las finanzas internacionales y la necesidad de regular el capitalismo globalizado. Tenía la impresión de conocer de memoria cada respuesta, cada réplica. En cuanto a Louis Schlessinger, se preguntaba cómo ese muchacho, que hasta entonces no era para ella más que un compañero con quien ir al cine, había adquirido en pocos días semejante poder de turbar su estado de ánimo. Pero no era del todo sincera, ya que, si de verdad hubiera sido tan solo un compañero con quien ir al cine, sin duda ella no habría aceptado ir a casa de su abuela en un rincón perdido de la Alsacia profunda. Tal vez se había enamorado del muchacho porque creía que él la amaba, y había interpretado la invitación como una señal deliciosamente anticuada de su amor por ella. Debemos desconfiar siempre de la sensación de creernos amados, pues a veces nos lleva a amar a la otra persona. Pero ese supuesto amor y lo desusado de la invitación, que había contribuido a que Sylvia se engañara porque había querido ver en ella un signo de sinceridad un poco ingenua, no habrían bastado por sí solos para que cristalizara el amor de Sylvia. A ese supuesto amor tenía que haberse añadido la frustración que, ya fuera por habilidad, por timidez o por una sutil mezcla de ambas cosas, el muchacho le había provocado durante sus extrañas vacaciones. La incertidumbre en la que había permanecido durante la estancia en Rammerthann había acrecentado su inquietud y la atracción que el muchacho ejercía sobre ella. Sylvia había sido siempre insensible al encanto de los hombres seguros de su victoria. La seducción de Louis estaba en relación con su falta de seguridad, pero también con su ambigüedad. Sylvia pensaba que la timidez de Louis era auténtica, pero eso no significaba que él no la utilizara en su favor. Lo encontraba sospechoso no de perversidad, pero sí de cierta duplicidad. Era de suponer que, por su inteligencia, tenía la capacidad de convertir su debilidad en poder. Pero Sylvia no podía quedarse con una opinión definitiva. En algunos momentos Louis se le representaba como un joven atolondrado e inexperto, mientras que en otros sospechaba que era un hábil y temible seductor. Esta ambigüedad que atribuía a Louis quizá no fuera más que el efecto de su propia incapacidad para formarse un juicio firme. Se dijo que habría que recurrir a una categoría que no le permitiría avanzar mucho en su reflexión: la inocente perversidad, poco más iluminadora que un sol negro.

Así pues, la muchacha había vuelto a París en un estado de gran confusión mental y de inestabilidad emocional. Era consciente de que, en los pocos días que había pasado con Louis, había esperado cándidamente que sucediera algo, es decir, que el joven

manifestara de una manera u otra su amor por ella. ¿Cómo explicar si no su actual desasosiego? Y ahora, mientras hacía zapping entre el debate sobre el capitalismo como fin de la historia y un episodio de una serie médica estadounidense que había visto ya dos veces, la identidad de Louis Schlessinger fluctuaba: vil hechizador, gran estratega del amor, joven de una timidez enfermiza o estúpido rematado. Apagó el televisor y, en ese torbellino de hipótesis, llegó hasta la cama y se durmió de inmediato.

Encaramada en sus tacones, con la mirada vivaz y los largos cabellos negros recogidos en un moño, Françoise se encontraba en el umbral, dispuesta a todas las aventuras. Había intentado en vano ponerse en contacto con Sylvia desde primera hora de la tarde y se preguntaba si su amiga atravesaba una nueva crisis de enclaustramiento voluntario. Sylvia respondió que le había parecido oír el timbre, pero que le dolía demasiado la cabeza para contestar. Esa mañana había encontrado en el buzón la asignación de un puesto en el liceo de La Ferté-sous-Jouarre y desde entonces reflexionaba, o, con más exactitud, intentaba imaginar, sobre su nueva vida de profesora en un liceo del departamento de Seine-et-Marne.

—¿Qué te disgusta más, profe de mates, el instituto o Seine-et-Marne?

—Bueno, de hecho no lo sé muy bien. Creo que el conjunto. En fin, no tengo nada contra Seine-et-Marne y me gustan las matemáticas —Sylvia nunca decía «mates»—, pero creo que nunca había pensado en serio en dar clases.

—Entonces, ¿por qué te esforzaste tanto para obtener la cátedra? —le preguntó Françoise—. Ya sabías que era una oposición para reclutar profesores.

—Sí, por supuesto, pero lo que quiero decir es que no había reflexionado de verdad... sobre las implicaciones concretas.

—Ah, de acuerdo. Pero no merecía la pena trabajar tanto para una oposición como esa si no tenías ganas de ser profesora... Siempre he oído decir que para ser profesor hay que tener vocación.

—Sí, eso dicen. Supongo que es verdad.

Sylvia se dejó caer en el sofá. Françoise seguía de pie y no tenía intención de sentarse, pues había una fiesta y quería llevar a su amiga. Sylvia afirmó con la cabeza con aire sombrío.

—Claro que hay una fiesta. Es como la guerra, siempre hay una en alguna parte. Y además es sábado. La gente tiene tanto miedo al vacío que están dispuestos a llenarlo con lo que sea.

—Y yo que creía que cuando obtuvieras la cátedra te convertirías en una chica encantadora...

—Lo siento en el alma.

Françoise se encogió de hombros y fue a abrir un armario en la habitación de Sylvia.

—¿Qué haces? —preguntó esta con apatía.

Françoise volvió al salón con un vestido que había descolgado del ropero y que pretendía que su amiga se pusiera. Sylvia se anudó el cinturón de la bata, que no se había quitado en todo el día, para indicar que no pensaba ir a ninguna parte.

—Vístete rápido —ordenó Françoise—, tengo el coche mal aparcado.

—Tu coche siempre está mal aparcado —señaló Sylvia sin animosidad.

Françoise la miró y comprendió que, por primera vez desde el principio de su amistad, no lograría vencer su resistencia. La calma huraña de Sylvia impedía toda posible discusión. Hasta entonces Françoise había obtenido siempre lo que quería porque generaba las condiciones de un conflicto abierto en el que estaba preparada para salir ganadora. Pero por primera vez Sylvia ni siquiera se tomaba la molestia de oponer una negativa categórica que Françoise siempre había encontrado la forma de reducir. Sylvia se limitaba a hablar de manera evasiva, a evitar el conflicto. No había resistencia que reducir y no habría discusión. Sylvia se arrellanó aún más en el sofá, no en actitud defensiva, lo que habría traslucido fragilidad, sino con una especie de cómodo desinterés, de tranquila determinación de dejarse caer sobre los cojines, de obstinación tanto más irreductible cuanto que era suave y pacífica. Desconcertada por esta resistencia impalpable, Françoise se sentó en un brazo del sofá.

—Ya que esas tenemos, cuéntame al menos tu viaje a casa de la abuela del politécnico.

—No hay mucho que contar. En todo caso, no lo bastante para que dejes de ir a esa fiesta. Si te interesa de verdad, te lo contaré mañana —dijo Sylvia, con una sonrisa que Françoise no supo interpretar.

—No eres nada simpática.

Sylvia pensó que quizá había ido demasiado lejos y que, en efecto, no era «simpática».

—A decir verdad, me gustaría tener algo que contar, pero, aparte de los pasteles... ¿Te acuerdas de que te dije que me gustaría suicidarme con repostería?

—...

—Pues bien, casi habría podido poner mi proyecto en práctica allí. Tengo la impresión de que me pasé cuatro días comiendo.

—¿Solo azúcar?

—No, de todo. Pero bastante azúcar, la verdad.

—No pretenderás que crea que os pasasteis todo el tiempo sentados a la mesa.

—Jugamos al rummy, salimos dos veces a dar un paseo y el domingo por la mañana fuimos a misa con Adélaïde, la abuela. Por supuesto, en determinados momentos tuvimos que dormir, para descansar de toda esa intensa inactividad, por no hablar de la gran aventura de la digestión.

Françoise se dejó caer del brazo del sofá para sentarse al lado de Sylvia, que se sorprendió.

—¿No vas a la fiesta?

—No. No tengo ganas. No sin ti. Prefiero que me lo cuentes.

—Espera que me acuerde. Sí, también escuchamos unos cuantos discos. Canciones infantiles alsacianas y a Van Morrison, *Astral Weeks*. Por cierto, voy a comprarme el CD. Y luego vino su padre y esa noche fuimos a cenar fuera. Quería convencer a su hijo de que volviera a la Politécnica, pero no lo logró, y a la mañana siguiente, cuando nos levantamos, ya se había ido.

—¿No intentó nada?

—¿Perdona?

Françoise se encogió de hombros.

—Creía que él estaba un poco majara y que tú tampoco andabas muy bien, pero esto es más de lo que esperaba; es como una novela decimonónica.

—Ah, bueno, mejor, me hacía falta un público —respondió Sylvia, melancólica.

—¡Oh, Sylvia, no esperaba menos de ti! Nos exiliamos al campo y ni siquiera jugamos al toqueteo. ¿Así que el objeto del viaje era ese, llevar la exasperación más allá de lo razonable? ¡Yo pensaba que eso no existía desde *La princesa de Clèves*! Y encima tú ni siquiera estás casada, no hay ningún príncipe de Clèves que os amargue la vida, para eso os bastáis los dos solitos. ¿Nada de nada, tan solo cuelgue artístico?

—Pero ¿quieres callarte? —dijo Sylvia sin poder contener la risa.

—¿Y tenéis proyectos?

—...

—¡Cómo! ¿Ni siquiera un plan quinquenal, petición de mano dentro de seis meses, examen de virginidad, corona de flores de azahar y demás?

—Dudo que volvamos a vernos.

—No te creo. Habríaís hecho todo ese trabajo de frustración en balde... Tenéis que veros, será una delicia. Supongo que todo es para obtener un mayor placer después.

—Sí, es evidente —dijo Sylvia hundiendo las manos en los bolsillos de la bata.

Françoise hizo ademán de levantarse, pero se detuvo en el borde del sofá. Se volvió hacia Sylvia y le preguntó qué pensaba hacer con relación a su plaza. Su amiga le contestó que el lunes llamaría al rectorado; prefería la investigación a la enseñanza.

—¿En qué consiste la investigación en matemáticas? —le preguntó Françoise.

—No comprendo la pregunta. ¿Preguntarías en qué consiste la investigación en historia o en biología?

—Bien, la biología parece algo más concreto. Enseguida imagino a gente en laboratorios, con batas blancas, tubos de ensayo y microscopios. Y en historia, pues se buscan documentos antiguos, se cotejan, se comprueba la datación, se descubren hechos nuevos de los que antes no se tenía conocimiento; quiero decir que cualquiera puede tener una idea de lo que es. En cuanto a las mates, de entrada es más abstracto...

—Las matemáticas son lo más abstracto que hay, pero también lo más concreto.

—Sí, eso sueles decir, y seguro que es verdad, pero...

—Como los resultados de la investigación no son inmediatos, a los investigadores se les considera soñadores remunerados. Entre paréntesis, mal remunerados. A veces hay que investigar durante años para hacer un descubrimiento de importancia capital. Hacen falta años, e incluso a veces décadas, para que una investigación encuentre aplicación, pero si nadie realizara ese trabajo de investigar sin saber lo que busca, nunca se descubriría nada.

Françoise miró a Sylvia, cuyo aspecto de pronto animado y gruñón la tranquilizó.

—¡Ah, creo que estás madura para la investigación! Tienes que llamar al rectorado el lunes, de mañana.

—¿Tú dices eso, «de mañana»?

—«De mañana», sí. Lo he aprendido de mi abuela virgen.

—Mi abuela paterna también lo dice, pero ella no es virgen —dijo Sylvia.

Françoise se partió de risa, se hundió en el sofá y anunció que se alegraba de no ir a la fiesta. Sylvia le propuso que se quedara a cenar, y Françoise dijo que bajaría antes a aparcar bien el coche para que no le pusieran una multa.

Septiembre y el inicio de curso en las escuelas superiores acabaron para siempre con las esperanzas de Philippe y Odile Schlessinger de ver a su segundo hijo volver a la Politécnica. En octubre, el redactor jefe de *La Revue du cinéma*, además de los artículos sobre los estrenos del mes, confió a Louis por primera vez un artículo de fondo sobre los grandes maestros del melodrama hollywoodense. Louis conoció el arrobamiento del ascenso en el escalafón. Tras haber examinado minuciosamente todo lo que se había escrito sobre el tema desde la creación de *La Revue*, fue al cuarto piso de la biblioteca Malraux, en la esquina del boulevard Raspail y la rue de Rennes. Cuando estaba hojeando una obra de referencia en la sección C 3, distinguió a Sylvia sentada de espaldas a la sección A 5. Cuando sus miradas se cruzaron, a Louis le pareció que la muchacha enrojecía violentamente, pero atribuyó el fenómeno al calor. Pensó que el ayuntamiento de París tiraba el dinero por la ventana. ¿Cuántas crisis del petróleo tendría que haber aún, a cuántos dólares tendría que subir el barril de crudo para que las administraciones consintieran en reducir la calefacción en los lugares públicos? Mientras hacía estas reflexiones, Louis se acercó a Sylvia y, como sentía que él enrojecía a su vez, confió en que ella atribuyera igualmente el cambio de color a los radiadores mal ajustados. Se saludaron sin aspavientos. Un encuentro cuya apariencia no estaba a la altura de la emoción que ambos sentían. Pero, claro está, por nada del mundo lo habrían admitido.

—¿Cómo está Adélaïde?

—Creo que bien. La vi una vez este verano, pero nada más. Me dijo que le habías escrito.

—Sí, para agradecerle su hospitalidad.

—Le hizo ilusión recibir tu carta. Te aprecia mucho, de verdad.

Sylvia se fijó en las mejillas sonrosadas de Louis y en sus rizos, una vez más abundantes, como cuando se conocieron, y le pareció que hacía una eternidad, aunque en realidad no habían transcurrido más de diez meses. Bajó la mirada al libro que estaba consultando y él le explicó el tema del artículo que le habían pedido, el melodrama. No, por supuesto, no había vuelto a la Politécnica. Eso se había acabado. Ahora escribía artículos «de fondo» para *La Revue*. Ella lo felicitó, advertía hasta qué punto era feliz con su trabajo. ¿Y ella? Oh, a ella le había ocurrido algo inesperado. Volvía a trabajar para Paul Blass.

—¿La noche de San Bartolomé? —preguntó él con cierta ironía.

—Oh, no, otro tema. —Le contó que Paul Blass había vuelto a llamarla para preguntarle si se le ocurría algún personaje femenino de la historia de Francia, preferiblemente del principio de la historia. Esta precisión desmañada le hizo pensar en Brunequilda y Fredegunda, dos reinas merovingias. Louis nunca había oído hablar de ellas. Miró a Sylvia como si sospechara que se estaba riendo de él.

—Eso significa dos personajes femeninos.

—Sí, Paul Blass dice que será un dúo de actrices. Hace tiempo que tiene ganas de dirigir a dos grandes actrices, o en todo caso a dos actrices famosas.

—¿Qué grandes actrices?

—No te lo tomes a mal, pero no estoy autorizada a decirlo.

Era la verdad, Paul Blass le había pedido la mayor discreción sobre las actrices en las que estaba pensando. Pero Louis no la creyó. Imaginó que Sylvia quería darse importancia. Vio condescendencia en su negativa a mencionar los nombres.

—No creía que a Paul Blass le interesaran las reinas merovingias —dijo con cierto desdén.

—Yo tampoco. Pero ahora creo que comprendo lo que no lograba hacer con la matanza de San Bartolomé, porque es un acontecimiento demasiado conocido, aun cuando subsisten zonas de sombra. Con las reinas merovingias tiene más libertad para escribir.

—¿Se lanza a la fantasía heroica? ¿Quiere hacer su propia *Excalibur*?

—No, quiere hacer lo mismo que con la noche de San Bartolomé, una película sobre la mafia.

—¿Con mujeres?

—Sí, eso es, con mujeres. Veo que pones cara de asco —señaló ella sonriendo—. Lo bueno de las reinas merovingias es que no hay tantos archivos como sobre la noche de San Bartolomé. Solo hay un historiador que habló de ellas, Gregorio de Tours, lo que nos deja bastante libertad para inventar.

El bibliotecario se acercó para pedirles que siguieran la conversación en otra parte. Louis propuso que fueran a tomar algo. En la rue de Rennes el viento volvía los paraguas del revés y, después de pasar tanto calor en el interior, el choque térmico los paralizó unos instantes. Cruzaron la calzada corriendo y se precipitaron al café de la

esquina.

Sentados uno frente al otro, no supieron cómo retomar el hilo de la conversación interrumpida. Louis acabó por preguntarle de manera un poco abrupta si al fin había abandonado las matemáticas para ser guionista. Ella le contó que había renunciado, al menos de forma temporal, a la enseñanza por la investigación. Sencillamente, no se veía con fuerzas para encontrarse ante una clase de treinta y cinco alumnos más o menos deseosos de aprender lo que ella podía transmitirles. No se sentía orgullosa de haber tirado la toalla antes incluso de haberlo intentado, pero el día en que había recibido la asignación de la plaza, por cierto poco después del regreso de Rammerthann, la había invadido el espanto y no la había abandonado durante los días siguientes, hasta que decidió llamar al rectorado para saber si aún estaba a tiempo de rehusar. A continuación se había enfrentado a todo un periplo administrativo que no merecía la pena relatar. Louis miraba ahora la rue de Rennes al otro lado de la cristalera y Sylvia sentía bullir su persistente hostilidad en el silencio. Entonces se le ocurrió la idea, que enseguida juzgó estúpida y presuntuosa, de que tal vez él sintiera envidia. Pero ¿de qué exactamente? ¿De que ella trabajara con un realizador? Al otro lado de la cristalera los vehículos avanzaban despacio bajo el diluvio. A menos que envidiara la complicidad profesional que suponía entre ellos y lamentara la que habían vislumbrado los dos sin llegar a materializarla, quizá porque se lo había impedido un atisbo de sentimiento amoroso que no constituía ningún obstáculo entre el realizador y su colaboradora. Le habría gustado tranquilizarlo sobre ese aspecto, pero habría dado la impresión de que suponía que él estaba celoso, y ella no era tan vanidosa. Quizá simplemente estuviera pensando en otra cosa que lo contrariaba y que no tenía ninguna relación con ella.

—¿Y la escritura del guión te deja tiempo suficiente para la tesis?

—Sí, con esa condición he aceptado. No trabajo más de tres medias jornadas por semana. Al final, dispongo de más tiempo que si diera clases en Seine-et-Marne, sin contar la corrección de ejercicios y el tiempo que emplearía en el transporte público. Además está mejor pagado que ser profesor. Es una vergüenza que en este país se pague mejor a la gente del espectáculo, deportistas incluidos, que a las enfermeras, maestros y profesores.

—También hay gente del espectáculo que se muere de hambre.

—Desde luego, pero eso no quita que me queje de las diferencias de salario. Orwell decía que para que una sociedad viva en paz era necesario que las diferencias salariales no superasen una proporción de uno a diez. Aquí hay tipos que ganan en un año lo que docenas de obreros en varias vidas. Es pensar con los pies.

—¿Por qué no haces la revolución? —le preguntó Louis sonriendo.

—Porque no tengo fuerzas, ni coraje, ni energía. ¿Querías que dijera eso? ¿Que confesase mi cobardía?

Pronunció esas últimas palabras sin agresividad, como si ya hubiera tenido esa conversación consigo misma, como si se hubiera hecho ya todos los reproches

posibles. Apareció una sonrisa en su rostro y Louis sintió que había descubierto su maldad. Lo que le molestaba no era que Sylvia no hiciera la revolución, sino que pareciera haberse construido una vida que la colmaba y de la que él estaba excluido. Por lo que respecta a la revolución, él mismo se contentaba con dar conferencias en las que aseguraba que aún tenía la esperanza de que el cine pudiera cambiar el mundo. No lo creía, pero era mejor atenerse a esta doctrina, que tenía el mérito incontestable de hacerlo pasar por generoso. La mayoría de las personas confunden la bondad con el candor, auténtico o fingido. Louis no dijo nada sobre la «cobardía» de Sylvia. No se sentía con derecho a hacerle reproches, y si se los hubiera hecho, habría sido para ocultar otros reproches que habrían resultado ser otras tantas confesiones: de sus celos, de su impotencia, de sus malos y envidiosos pensamientos y, por consiguiente, de su pasión.

—¿Y cómo es Blass en el trabajo?

—Yo creo que le da horror escribir.

—Seguramente no es capaz. Siempre tiene guionistas.

—Me han dicho que no es el único.

—Veo que ya no te llevas tan mal con él. Recuerdo que al principio te ponía nerviosa.

—Sí, estaba todo el tiempo deambulando y eso me mareaba. Se ha calmado; o bien yo me he acostumbrado. Además, me cuesta no agradecer la confianza que me demuestra. ¿Conoces a muchos realizadores de su categoría que contraten a alguien que nunca ha escrito un guión? ¿Acaso esta anomalía no hace que resulte un poco simpático?

—Visto así...

—Además, como sin duda sabes, es homosexual, conque... No se puede achacar este capricho, esta chifladura, al amor.

Recuperó la prudencia; en el término «chifladura» había un matiz amoroso que no era conveniente. Louis la miraba fijamente, como si tratara de descifrar el sentido exacto de sus palabras, como si esperara que su rostro dejara traslucir un secreto.

—¿Y cuál es el tema de tu tesis?

—Aproximación de los conjuntos en un punto y en el infinito.

—Es el que me habías dicho.

—Sí, he perseverado.

—¿Te llevas bien con tu director de tesis?

—Sí, es un señor mayor un poco cansado y muy amable. Está medio sordo y siempre se olvida de ponerse el aparato, de modo que la comunicación resulta algo complicada. Pero está bien. Al menos sé que no va a reciclar mi trabajo para sus propias publicaciones.

—No te fíes. No porque sea viejo y sordo tiene que haber renunciado a toda ambición.

—Sí... Tienes razón. Pero a veces tengo la impresión de que no entiende nada de

lo que hago, de que se pierde cuando expongo mis ideas. Así que le resultará difícil coger lo que le interese y censurar el resto. A menos que sea un gran simulador.

La lluvia cesó detrás de los cristales y los dos se asombraron de haber hablado tanto. Casi tanto como durante toda su estancia en Rammerthann, más que durante el viaje de ida y el de vuelta juntos, como si tuvieran algo que recuperar, como si aún fuera posible. Pero, una vez fuera, de nuevo les asaltaron el silencio y la sensación de incomodidad. Caminaron por la rue de Rennes hasta Saint-Germain y se separaron prometiendo que se llamarían, pero sin decir cuándo.

Del artículo de Louis sobre el melodrama hollywoodense, la secretaria de redacción, Joëlle Desbordes, suprimió varias líneas, e incluso todo un párrafo que consideró «redundante». Debido a las revisiones que los cortes hicieron necesarias, hasta el número de diciembre no salió el artículo, reducido a un tercio. A Louis nunca le había gustado Joëlle Desbordes; a partir de entonces, la detestaría. Sin embargo, los cortes no cambiaban en nada lo esencial; el conjunto de la redacción apreció el artículo, en especial Jean Beuzit, Étienne y Marc. Reconfortado por el reconocimiento de sus «pares», Louis pronto consideró que las intervenciones indebidas de la secretaria eran meras peripecias irrisorias. A mediados de diciembre Jean Beuzit le preguntó si podía ir a Cuba a finales de enero para cubrir un festival. Louis disimuló su exaltación interior detrás de una conformidad tranquila y muy profesional.

Antes del viaje a Cuba venían las fiestas del final del año. Louis tenía que pasar la Navidad con sus padres, que se iban acostumbrando a la idea de que no volvería a poner los pies en la Politécnica. A decir verdad, era difícil saber si se acostumbraban a la idea, ¿qué otra cosa podrían hacer? Pero no hablaron nunca más del tema.

Habían acordado que Adélaïde llegaría a Almstadt dos días antes de la Nochebuena, pero a mediados de diciembre le dio una fiebre alta. Para evitarle el viaje, Philippe decidió que sería la familia la que iría a Rammerthann. Pero cuatro días antes de la fiesta Adélaïde se recuperó y anunció que al fin y al cabo le hacía ilusión pasar la Navidad en Almstadt, añadiendo que los médicos nos entierran antes de que estemos muertos. Louis propuso adelantar su llegada veinticuatro horas para ir a buscar a la abuela en automóvil a Rammerthann. Adélaïde protestó, dijo que aún no estaba *in articulo mortis* y que podía coger el tren. Insistió en mantener a rajatabla el proyecto inicial. Louis, que llegó por la mañana a casa de sus padres, fue a buscar a la abuela a la estación de Estrasburgo. No la veía desde el verano, y cuando salió del tren le pareció que había «dado un bajón», una expresión que había oído referida a otras personas pero cuyo significado no comprendió hasta muy tarde, hacia los diez años. Hasta entonces imaginaba a las personas inclinándose hacia la tierra. Pero ¿no era esa la verdad secreta de la expresión? En el andén, Adélaïde estrechó a Louis

entre sus brazos y exclamó con una alegría algo velada:

—¡Y otra vez tenemos aquí la Navidad!

Louis pensó, con una punzada en el corazón, que tal vez su abuela había empezado a contar las Navidades que razonablemente podían quedarle antes de su muerte. Él no había experimentado aún la sensación de huida hacia delante que se tiene al envejecer. No obstante, sí había notado que el tiempo se acelera en la adolescencia, que las vacaciones de verano transcurren más deprisa y parecen más cortas. En algunos momentos había sentido que la eternidad quedaba detrás de él, que era la infancia y que no volvería nunca más. Mientras recorría el andén con el equipaje de su abuela, se preguntaba qué se sentiría al acercarse al final de la vida. Era una pregunta que nunca se había planteado, y por un instante se apoderó de él un dolor desconocido y punzante. El andén se vaciaba más deprisa de lo que avanzaban Adélaïde y Louis. Él le preguntó si no se había resentido de las piernas durante el trayecto.

—No, no es tan largo.

De sopetón, Adélaïde le preguntó si Sylvia pasaría con ellos la Navidad. El asombro de Louis fue visible, guardó silencio antes de contestar.

—No, no está previsto que venga Sylvia.

—¿Está con sus padres?

Louis respondió que lo ignoraba, que no sabía nada de ella desde hacía cierto tiempo.

—¿Os habéis peleado?

—No, no me parece que nos hayamos peleado.

—Pero, Louis, ¿estás loco o qué?

—He tenido mucho trabajo y poco tiempo para verla. Me pidieron un artículo sobre el melodrama de Hollywood y a finales de enero voy a Cuba enviado por la revista.

—Muy bien, pero... —murmuró Adélaïde preocupada, y la frase quedó en suspenso.

Louis apretó un poco el paso y Adélaïde comprendió, por esa ligera aceleración, que más valía abandonar la idea de conversar con él sobre Sylvia. Al cruzar el vestíbulo de la estación de Estrasburgo, Louis quiso coger del brazo a Adélaïde para ayudarla a bajar unos escalones, pero ella se desprendió de él, como si aquella mano le pesara más que ayudarla. Louis se sorprendió y ella le dijo sonriendo que quería «sostenerse sola». Él se disculpó, desconcertado por su celo intempestivo. Ese gesto de la abuela, detrás del cual adivinaba un arranque de ira, ¿lo había provocado él al negarse a hablar de Sylvia? Nunca hubiera pensado que la anciana pudiera estar tan contrariada por no ver de nuevo a la joven. Por otro lado, estaba resentido con la abuela por haber hablado de Sylvia, ya que ahora le venían a la mente imágenes en las que se mezclaban Rammerthann y los cines del Barrio Latino, en los que tantas horas habían pasado juntos. Afortunadamente, al cabo de una hora, solo en su

habitación de la casa familiar, Louis volvía a ser un apacible muchacho que había ido a pasar la Navidad con sus padres. No, no echaba de menos a Sylvia, pero las palabras de su abuela habían despertado recuerdos inoportunos. Qué pérdida de tiempo para él, que tenía tantas cosas que hacer, tantos artículos que escribir y, quién sabe, la gloria que conquistar. Nada debía distraerlo de esos grandes designios. La Navidad transcurrió tranquilamente y, por fortuna, Adélaïde no volvió a hablar de Sylvia.

* * *

La primera semana de enero Louis llamó a Françoise para desearle un feliz año. ¿Por qué le era tan fácil llamar a Françoise y tan difícil llamar a Sylvia? Françoise había leído sus últimos artículos y los había encontrado «muy impactantes». A Louis la palabra no le pareció apropiada, pero no dijo nada. Françoise se iba Londres al final de la semana, pero propuso que fueran al cine cuando volviera. La propuesta desconcertó un poco a Louis. Sin duda ella sabía que Sylvia y él habían ido juntos al cine durante los meses anteriores al viaje a Alsacia. ¿Pretendía Françoise ocupar el lugar de su amiga? El hecho de que durante la conversación no mencionara ni una sola vez el nombre de Sylvia parecía dar credibilidad a esa interpretación. Louis imaginó por unos instantes que se convertía en el objeto de la rivalidad entre las dos chicas, y la idea lo llenó de júbilo. Probablemente nunca habría admitido que esa alegría perversa era la alegría de vengarse de una de las dos chicas, aquella a la que amaba y que, de manera del todo involuntaria y aun inocente, daba la irritante sensación de ser inaccesible. En realidad era Louis quien, con su actitud, había vuelto a Sylvia inaccesible para él, y ahora estaba resentido con ella. Y era él quien llamaba a Françoise. La idea de seducirla lo puso eufórico. Se liberaría de la una conquistando a la otra. La solución le pareció muy clara durante ese delirante arrebatado de donjuanismo: seduciendo a todas las mujeres del mundo evitaría las complicaciones de amar tan solo a una. Con la sensación exultante de ser reclamado por el universo, Louis se fue a Cuba, muy decidido a ver a Françoise a su regreso.

De La Habana, Louis recordaría las largas avenidas que bordeaban el mar, las carreteras de circunvalación ribeteadas de murallas y olas, y la majestad vetusta de los edificios y las casas antiguas. Pero también las chicas que, en callejuelas hasta donde alcanzaba la vista, se ofrecían por casi nada. El liberalismo de la carne en un país subtropical le abría horizontes ilimitados. El cliché no le impedía sentirse omnipotente e invisible. Apenas era consciente de su ridículo, pero todavía era muy joven. Y era virgen. El viaje a Cuba le brindaría la ocasión de poner fin a ese estado deplorable a su edad. Pronto disfrutaría del cuerpo de una mujer y sería como los demás hombres. Hubiera preferido no pagar por ello, pero, junto con el uso de un

cuerpo, compraba la discreción. Estaba lejos de su ambiente y nadie sabría nunca nada.

Cruzó la mirada con una joven que podía tener veinte años. Primero vio el vestido verde, que moldeaba las caderas redondeadas, y su mirada subió hasta los senos de ámbar que sobresalían del verde irresistible del canesú, muy estrecho para ellos. La chica retrocedió hasta la pared e inclinó un poco la cabeza hacia atrás. Mientras lo invitaba con una sonrisa, Louis tuvo la atroz impresión de estar desnudo ante ella. Echó a andar muy deprisa. Al final de la calle moderó el paso, pues otras chicas lo seguían con la vista y tenía la sensación de estar rodeado por la mirada de mil mujeres.

Cuando llegó al hotel estaba sin aliento y el pecho le ardía. Pasó rápidamente por la recepción para pedir la llave, pero en mitad de la escalera tuvo que detenerse para recuperar el resuello. Por suerte, ya no estaba en el campo visual del recepcionista y, de momento, nadie utilizaba la escalera. Tuvo que optar por sentarse en un peldaño y tardó un rato en volver a respirar normalmente. Pero estaba demasiado ocupado recordando la sonrisa de la chica y su propia huida para preocuparse por su falta de aliento. En cuanto pudo, se levantó, subió los escalones que quedaban y se precipitó en la habitación, que por fortuna se encontraba en el primer piso. Furioso consigo mismo, espantado por el miedo que se había apoderado de él, resolvió que volvería al día siguiente, a la misma hora. Pero aún no había decidido si debía buscar otra chica o conjurar su angustia con la muchacha del vestido verde. ¿Estaría de nuevo allí?

La vio enseguida, por el vestido. Esta vez avanzó hacia ella con paso resuelto y no le dejó tiempo para que le sonriera. Le preguntó la tarifa y aceptó con un movimiento de la cabeza. Por supuesto, ella lo había reconocido. En la pequeña habitación adonde le hizo subir, no vio más que una cama y las paredes jaspeadas de suciedad y humedad. La pobreza y la fealdad parecían hacer que todo fuera posible. Ella le pidió el dinero, él se lo dio y ella lo deslizó en un bolso que no era el mismo que llevaba en la calle.

Después de desnudarse ella se tumbó y, como su cliente seguía inmóvil junto a la cama, se apoyó en un codo y alzó hacia él una mirada ligeramente interrogativa. Ahora él casi temía asustarla. ¿Quizá lo tomaba ya por loco? Sin embargo, ella no había mostrado ninguna reticencia a subir con él, a pesar de su comportamiento un poco extraño. Él se sentó en el borde de la cama y se estiró a su lado sin desvestirse. Ella empezó a desabrocharle la camisa y luego el pantalón. Sus gestos eran seguros y precisos, y pronto estuvo desnudo. Ella dijo unas palabras en español que él no comprendió. Había aprendido alemán como primera lengua extranjera e inglés como

segunda. Estaba inmóvil y, por lo que sabía, no tenía erección. Ella empezó a acariciarlo suavemente y después con más vigor. Colocó las piernas a ambos lados de las caderas de él y lo cabalgó. La chica ya había comprendido que todo sería muy rápido. Apenas tuvo tiempo de guiar el sexo de Louis dentro del suyo. Él sintió un espasmo inmediato y el pene se retiró sin que él lo quisiera. Volvió la cabeza hacia la estrecha ventana; el calor le parecía sofocante.

Pronto oyó cómo la chica se levantaba, recogía su ropa y pasaba detrás de un biombo; oyó correr el agua de un grifo y después ella se vistió. Sintió su mirada posada sobre él. Estaba esperando a que él se levantara. Él recogió su ropa y se vistió de prisa. Bajaron la escalera en la penumbra, y al salir a la calle Louis tuvo la impresión de que el sol le estallaba en la cara. La chica hizo un pequeño gesto con la mano y regresó al lugar donde él la había visto la primera vez. Él echó a andar por la callejuela y se encontró en el bulevar a orillas del océano. De la ventana de un edificio bajaba una música, los sonidos del bandoneón se mezclaban con los del viento que llegaba del mar. Todo el espacio se había agrandado, pero Louis se sentía devastado.

Étienne Duriez fue a abrir y Louis avanzó directamente hacia el sofá del salón y se derrumbó en él. Étienne fue a la cocina y regresó con un botellín de cerveza en cada mano. Acababa de corregir el último montón de ejercicios que había en la mesa baja. Étienne siempre estaba al principio, en medio o al final de un montón por corregir. Louis se sentía reconfortado al encontrarse allí, en el piso de su compañero en la porte de Vanves, muy lejos de Cuba, de las avenidas vacías frente al mar y de los vestidos verdes. Encantado de haber acabado con el montón de papeles, Étienne quiso hablar de fútbol, pero Louis enseguida puso fin a la conversación. Étienne no terminaba de comprender la indiferencia total de Louis hacia ese deporte. Le parecía que había una dimensión de la vida que a su compañero se le escapaba. Lo observó unos instantes y le preguntó si estaba bien. Louis respondió que no.

—¿Qué te pasa?

—Ha pasado algo en Cuba. En fin, he hecho algo.

—¿Algo penado por la ley? —preguntó Étienne sonriendo.

—No tengo ni idea. No conozco la ley vigente allí.

—¿Qué has hecho que sea tan grave?

—Fui con una prostituta.

—No creo que sea tan grave. ¿Y qué tal fue?

—No lo sé muy bien. Bueno, sí. Nada del otro mundo. La cosa en sí, contexto aparte, nada del otro mundo.

—Ah, la cosa en sí, sabes, es algo muy sobrevalorado.

—No tenía la posibilidad de comparar. Era la primera vez.

Étienne asintió levemente con la cabeza. Louis nunca le había dicho que era

virgen. Aunque debía de imaginar que no era un gran conquistador, seguramente le atribuía algunas aventuras fallidas. Por su parte, a Louis le gustaba imaginar que Étienne estaba en la misma situación que él y que eso creaba entre ellos una especie de complicidad en el infortunio.

—¿Y tú? —preguntó tímidamente Louis.

—Voy con una chica de vez en cuando. Siempre la misma. Es profe en el mismo colegio que yo. No es una historia de amor, pero nos caemos bien.

Esta confidencia aumentó aún más la soledad de Louis. Se sentía desterrado del mundo de los hombres.

—¿Cómo es que no lo habías intentado antes? —preguntó Étienne sin asombro.

—No lo sé. No debía de tener bastantes ganas. O quizá tenía miedo, pero ni siquiera lo sabía. De hecho, siempre he encontrado otras cosas que hacer.

Como intelectual de su tiempo, Louis no tenía ningún prejuicio contra el sexo, más bien todo lo contrario. Incluso exhibía su antipuritanismo en los artículos, elogiando el cine como arte de la encarnación y vituperando con frecuencia la hipocresía de algunas películas estadounidenses. En el plano teórico, nada de lo sexual le resultaba extraño a Louis Schlessinger; únicamente le faltaba la práctica con otra persona que no fuera él mismo.

—Así pues, hasta ahora tu vida sexual se reduce a haber pagado a una chica en un país extranjero.

Étienne enunció la frase en un tono de comprobación, sin la menor condescendencia. Había un matiz de diagnóstico médico benevolente en su voz.

—Sí, nací en una familia en la que a los chicos púberes se los envía a un burdel para que reciban su educación.

—Solo que tú has ido por iniciativa propia y ya no eres exactamente un púber, si me disculpas.

—Tengo veintitrés años. Tampoco soy un viejo.

—Has superado ampliamente la edad en la que, según las estadísticas, se tiene la primera relación sexual.

—De acuerdo, tengo una desviación.

—Yo no diría tanto. Digamos que no eres precoz. Y que te daba tanto canguelo que has tenido que alejarte miles de kilómetros para pagarte una prostituta.

—No he viajado miles de kilómetros expresamente para eso. Me envió *La Revue*.

—De acuerdo. Pero era la primera vez que te ibas tan lejos. Y elegiste esa ocasión para pagar una puta y tener tu primera relación sexual. Si tienes que hacer semejante trayecto cada vez que quieras joder, no va a ser fácil.

Louis sonrió; la lucidez un poco abrupta de Étienne y su rechazo de las metáforas lo sosegaban. Otros se habrían lanzado a análisis necios y florituras para esconder la abyección. No era ese el estilo de Étienne, con quien siempre se podía contar si había que llamar a las cosas por su nombre.

—Fue muy rápido —prosiguió Louis.

—Normal.

—¿Tú crees?

—Bah, no hay por qué preocuparse. Tendrías que haberlo intentado antes, eso es todo. Pero más vale tarde que nunca. De todas formas, ahora no deberías esperar tanto para repetir, y además tendrías que intentarlo de nuevo sin coger un avión y sin pagar. Porque, si no, existe el riesgo de que se convierta en ritual. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Étienne solo pretendía sinceramente ayudar a Louis.

Una ráfaga de viento había entrado por la ventana. Sylvia y Paul Blass recogían los folios del guión, que se habían dispersado por todo el salón. Entretanto, Sylvia tuvo el buen criterio de cerrar la ventana. Cuando hubieron recuperado todos los papeles, reunieron los dos paquetes y ella empezó a ordenarlos. Faltaban dos páginas y Paul, que parecía divertirse con la situación, se puso a buscarlas. Encontró una bajo una mesita esquinera. Como la última no acababa de aparecer, Sylvia la imprimió de nuevo para que el guión quedara completo. Paul se sentó a la mesa, frente a Sylvia y el ordenador. Era una nueva costumbre, que había adquirido durante el mes de noviembre, cuando volvieron a trabajar juntos. Deambulaba menos, aunque todavía lo hacía de vez en cuando, ya que necesitaba desentumecer las piernas y despejar la cabeza. Desde el otoño la escritura había avanzado bastante, más de lo que Paul había anunciado a la producción. Una posible explicación de esta rapidez inesperada es que Sylvia, cansada de las discusiones, había empezado, por iniciativa propia, a escribir escenas fuera de las sesiones de trabajo, y Paul las había aceptado. Ahora el guión se componía a partes iguales tanto de las escenas en las que ambos trabajaban oralmente durante las sesiones como de las que ella escribía por su cuenta, y, aunque con cierta reticencia, él tuvo que admitir que la tarea de secretaria de su documentalista se había trocado en tarea de guionista de pleno derecho.

Lo primero que había seducido a Sylvia, y también a Paul, de la historia de las dos reinas merovingias eran los nombres propios. No solo los de las heroínas, Brunequilda y Fredegunda, sino también los demás nombres de personas y de lugares. Sylvia había contado a su manera cómo Brunequilda, hija del rey visigodo Atanagildo, esposa de Sigeberto I, rey de Austrasia, y Fredegunda, esclava convertida en reina, habían mantenido durante toda su vida una guerra que había ensangrentado las tierras francas de la Alta Edad Media, por espacio de más de cuarenta años. Sylvia había descubierto ese episodio durante la enseñanza secundaria, en un libro de historia medieval que sacó de la biblioteca. Como le había gustado, lo compró para «tenerlo» ella. Cuando Paul le dijo que deseaba cambiar la matanza de San Bartolomé por un episodio menos conocido y cuyo personaje central fuera una mujer, Sylvia se había acordado de las dos reinas merovingias de su adolescencia. Fue en tren a Daumartin, para sorpresa de sus padres, que no estaban acostumbrados a visitas

inesperadas entre semana, y se precipitó a su habitación para rescatar el libro. Podría haber ido a la biblioteca del boulevard Raspail, pero era su libro, el de su juventud, el que quería recuperar y hojear, ya que era el único objeto que podría volver a ponerla en contacto con la historia que había soñado tiempo atrás. Una vez que tuvo el libro en la mano, por supuesto, se quedó un poco decepcionada. A su madre, que conocía el ejemplar por haber visto a su hija leerlo y releerlo, le hizo gracia su crisis de nostalgia. Como ella misma experimentaba de vez en cuando ese sentimiento que se afincaba en un objeto u otro de su pasado, comprendía que Sylvia, llevada por un impulso, hubiera cogido un tren para ir a buscar una reliquia olvidada durante mucho tiempo, pero cuya imagen se había impuesto en su memoria. ¿Cuántas veces la misma Charlotte había puesto la casa patas arriba con la intención, que su marido juzgaba extravagante, de echarle la mano a un objeto en el que no pensaba desde hacía años, pero que de repente tenía que encontrar so pena de no dormir en toda la noche? Cuando Georges vio a su hija afectada por el mismo síndrome que su mujer, la consideró asimismo extravagante, pero se enterneció. La llevó de nuevo a la estación de Daumartin, donde, con el libro en la mano, Sylvia cogió el tren para París.

Georges se mostró más preocupado cuando, al cabo de una semana, Sylvia le anunció que Paul Blass la había contratado para que trabajara en un guión centrado en las dos reinas merovingias. Para empezar, Georges no caía en la cuenta de quién era Paul Blass, y Sylvia tuvo que recordarle que ya había trabajado para él hacía un año. Georges asintió con la cabeza, ahora el nombre le sonaba un poco. Sylvia le dijo que solo trabajaría en el guión a media jornada y que el dinero le serviría para pagar el alquiler.

* * *

«Tras el asesinato de Galswinta, Chilperico se casa con Fredegunda y las sospechas de Brunequilda, hermana de Galswinta, se dirigen hacia la nueva reina de Neustria. A partir de entonces, no parará hasta vengar la muerte de su hermana menor.» Sylvia acabó de leer en voz alta el principio de la sinopsis. Paul Blass daba caladas a un cigarrillo mirando por la ventana. Al cabo de unos instantes de silencio, Sylvia tuvo la impresión de que pensaba en otra cosa. Aunque estaba mucho más concentrado que antes, a veces desconectaba.

—Me apetece salir a dar una vuelta. ¿Y a usted? —preguntó él.

Sylvia, desconcertada, levantó la vista de la pantalla del ordenador.

—No sé. Vaya, si quiere. Yo continuaré sola.

—Por Dios, ¿es que nunca necesita hacer una pausa?

—Sí, a veces, pero llevamos apenas dos horas trabajando.

—Bueno, entonces pongamos que salimos dentro de media hora, ¿le parece bien?

—Si quiere —consintió Sylvia de mala gana.

¿Por qué no salía solo si tanto lo necesitaba? ¿Y a qué venía ese regateo de media

hora? Veinticinco minutos más tarde, Paul Blass y Sylvia Delaunais bordeaban las pistas de tenis del jardín de Luxemburgo. Los primeros días de marzo eran fríos y húmedos. Sylvia se ajustaba con frecuencia la bufanda entre la garganta y el cuello subido del abrigo, y el paseo por el jardín la irritaba sobremanera. Paul Blass caminaba con expresión pensativa y convencido de la intensidad del momento, que era evidente que a Sylvia se le escapaba. Ella pensaba que el abrigo de Paul debía de ser más caliente que el suyo. Quizá llevara incluso ropa interior especial, de algún tejido que conservaba el calor. Cuando llegaron a la verja que daba a la rue de Médicis, cerca del teatro del Odéon, él propuso que fueran a tomar «algo caliente». Momentos más tarde Sylvia se sentaba en el café con la sombría convicción de que la tarde de trabajo estaba perdida. ¿Y acaso no tenía nada que hacer, en pleno día, aparte de tomar cafés con un individuo cuya capacidad de concentración era ridículamente reducida?

Sylvia observó que Paul se bebía el café con expresión de recogimiento. Dejó escapar un suspiro y él le preguntó si se aburría.

—No, pero pienso que el trabajo no avanza.

—Es usted un poco obsesiva, Sylvia..., con el trabajo, quiero decir.

—Cuando lo tengo, procuro hacerlo.

—¿Su amigo no le hace ningún reproche?

Sylvia nunca había hablado de ningún «amigo» y pensó que Paul Blass decía mentira para sacar verdad. Se limitó a responder que no tenía amigo y que, en consecuencia, disponía de tiempo para trabajar tanto como quería.

—Tiene suerte de no tener ninguna preocupación en ese aspecto —señaló Paul sonriendo.

Sylvia sintió con aprensión que se acercaba el arrecife de las confidencias. Su vigía se puso alerta. Se guardó mucho de plantear la pregunta que reclamaba la observación de Paul Blass. Pero él estaba decidido a hablar y, viendo que Sylvia no le hacía ninguna pregunta, prescindió de ella, en absoluto desanimado por la falta de curiosidad de su interlocutora.

—A veces no sé lo que de verdad quiero —dijo con aire avergonzado y a la vez muy satisfecho de sí mismo.

Esperando quizá alguna palabra reconfortante que no llegaba, como tampoco las preguntas que cualquier persona sociable no habría dejado de hacer, Paul volvió la vista hacia la calle con la expresión de quien desea disimular una lágrima. Sylvia pensó que la mala actuación echaba a perder la representación. En cuanto al tema de la comedia, ignoraba por completo cuál era. Paul continuó a pesar de la frialdad de su público:

—Seguramente todo se debe a que no puedo amar y desear al mismo tiempo a la misma persona.

Sylvia se quedó sin habla y, aunque esta vez buscó algo que decir, no lo encontró. Lo único que se le ocurrió fue: «Debe de ser complicado», y le pareció preferible no

decirlo. Hasta le pasó por la mente la idea de que Paul Blass tal vez fuera sincero. El silencio se prolongaba y Sylvia no comprendía qué esperaba Paul de ella. Pero ¿esperaba algo? Por otro lado, ya no se hacía ilusiones respecto a la posibilidad de reanudar la sesión de trabajo. Al final, como no podía más, le pidió a Paul que por favor la disculpara, que tenía que volver a casa más temprano que de costumbre. Como no se lo había dicho al principio de la sesión, él no la creyó, pero no hizo ningún comentario ni manifestó contrariedad. Fue a la barra a pagar las consumiciones. En la calle, se dieron la mano y Sylvia se alejó subiéndose una vez más el cuello del abrigo. Esa noche, como muchas otras en esa época de su vida, Sylvia pensó más en Neustria y en Austrasia que en Davos Platz. Podría decirse que era una evasión de su evasión habitual.

Ya fuera porque se hubiera cansado de la banda de muchachos de *La Revue*, ya fuera porque ninguno de ellos estuviera libre, Louis llamó a Sylvia para ir a ver *La hierba errante*, de Ozu.

—Creo que ya la hemos visto —señaló prudentemente Sylvia, porque los títulos de las películas de Ozu suelen parecerse un poco.

—Sí, ya lo sé —dijo él—. He pensado que podríamos volver a verla. ¿No crees que merece la pena verla de nuevo?

Decididamente, no tenía que asombrarla nada de ese chico que la llamaba después de meses de silencio para ir a ver una película que ya habían visto juntos. Sylvia sabía por Françoise que Louis la había llamado a principios de enero para desearle un feliz año. A lo largo de todo el mes había esperado que la llamara a ella también. El 25 había dejado de esperar, sin por ello perder del todo la esperanza. La llegada de febrero la dejó triste e incrédula.

Sylvia aceptó ir a ver *La hierba errante* con Louis. Después de la sesión se sentaron en el café de Cluny, y en el bulevar volvía a empezar la primavera, para gran asombro de Sylvia. Siempre le asombraría el paso de las estaciones, probablemente hasta su muerte, y entonces ya no la asombraría nada. A no ser que la muerte reservara sorpresas, y ese sería el mayor asombro posible, pues de la muerte, no esperaba gran cosa, salvo no pensar ya en nada, lo cual le parecía el bien supremo. De modo que podría decirse que Sylvia, al contrario de lo que ella misma creía, esperaba mucho de la muerte, nada menos que el descanso. Mirando el bulevar a través de la cristalera del café de Cluny, se dijo que había transcurrido todo un año desde la fiesta en el hangar de Oberkampff. ¿Un año o dos? No estaba segura y no se atrevió a preguntárselo a Louis. Tenía la sensación de que el tiempo se aceleraba. Le parecía que ese último año había visto menos a Françoise que el anterior y no se explicaba por qué. Por lo demás, estaba preparada para la depresión de marzo-abril. Conocía de

siempre la depresión primaveral, desde que estaba en este mundo. Observó a Louis, que bebía despacio la cerveza. Se fijó en su camisa blanca de rayas muy finas. Ella llevaba un jersey gris de cuello vuelto, de manera que Louis parecía estar en verano y ella aún en invierno. Era un viejo jersey que él seguramente conocía. A ella no le gustaba la ropa nueva y le costaba ir de compras. Nunca encontraba lo que quería. De hecho, buscaba siempre algo nuevo como lo que ya tenía en el armario y la sociedad de consumo habría preferido que deseara cosas nuevas. Como ya hemos visto, una vez se había comprado un vestido estampado con flores malva, con la esperanza de complacer a alguien, a una anciana cuyos gustos imaginaba, y a fin de cuentas el vestido no le había gustado a nadie. Lo cierto es que a Sylvia no le apasionaba la moda. De niña, su madre la llamaba «andrajosa» o «adefesio» porque por la mañana, antes de salir para la escuela, Sylvia cogía lo primero que veía en el ropero. En el último año de primaria, Charlotte tomó la costumbre de preparar la ropa de su hija la víspera por la noche. Y hasta el bachillerato Sylvia, a quien las cuestiones indumentarias no le interesaban, no puso ningún reparo a vestirse como su madre quería. Cuando un cambio brusco del tiempo imponía una modificación en el último momento, Sylvia dejaba que su madre decidiera. Después de todo, no se podía reprochar a Charlotte que quisiera imponer su deseo a su hija, ya que a esta no le importaba nada y, en cierto modo, no tenía deseo propio. Fue en el bachillerato cuando, bajo la influencia de una compañera que opinaba que vestía con un estilo burgués o pasado de moda, Sylvia manifestó su deseo de volver a hacerse cargo de su vestimenta. Entonces adoptó el pantalón vaquero con jersey en invierno y con camiseta en verano, y su madre, quizá herida porque la hubieran desposeído de su ascendiente, volvió a llamarla «andrajosa» o «adefesio», aunque ambas palabras habían dejado de corresponder a la realidad.

Una de las primeras cosas que mencionó Louis cuando se sentaron el uno frente al otro en el primer piso del café de Cluny fue su viaje a Cuba. Aunque lo había realizado hacía unos meses, por lo visto guardaba de él un recuerdo muy vívido. Como parecía deseoso de hablar del viaje, Sylvia le preguntó si había tenido tiempo de visitar el país. Él respondió que no, pero que de todas maneras no le gustaban nada las visitas turísticas. Lo que le gustaba era sentir el ambiente de los lugares, callejear o pasar el tiempo en los cafés.

—Hay una cosa increíble allí —continuó—, montones de chicas que se entregan por unas monedas.

Sylvia sintió que se le aceleraba el ritmo cardíaco y se preguntó si palidecía o más bien enrojecía. Tuvo fuerzas para decir, en un tono ligeramente ahogado:

—¿Y probaste?

—Sí, una vez, con una chica con un vestido verde.

Sylvia preguntó sin pestañear:

—¿Y estuvo bien?

—Sí, no estuvo mal —respondió él sonriendo.

En lo que, como sabemos, mentía.

Sylvia concluyó con perfecta neutralidad:

—Qué bien.

Pero esta vez Louis vaciló; sentía que algo no cuadraba. Que le hubiera contado su episodio cubano a Étienne sin duda entraba en el orden de las confidencias entre chicos. Pero ¿a Sylvia? ¿Por qué a Sylvia? Y, como había logrado permanecer estoica, la muchacha se dio el lujo de añadir sonriendo:

—Dicen que los viajes forman a la juventud.

Él la miró en silencio. No quería perder el aplomo. Ella recogió el bolso del asiento.

—Tengo que irme.

Al ver que se levantaba, él le cogió el antebrazo.

—Perdóname.

Ella no apartó el brazo. Retirarlo habría sido una gran confesión; no caería en la trampa de la histeria. En lugar de eso, le preguntó en un tono de perfecta benevolencia, con un asombro que parecía sincero:

—¿Perdonarte qué?

Louis no respondió. Habría tenido que volver a nombrar lo que en pocos minutos se había vuelto innombrable. Sylvia insistió en pagar su café con leche y Louis la vio salir del Cluny. Hubiera querido correr tras ella. Por primera vez le vino la idea de estrecharla con fuerza y besarla. Pero él tampoco quería caer en el melodrama. Por eso se contentó con mirar a Sylvia alejándose por el bulevar hasta que desapareció. Y cuando volvió a casa, tras haber caminado mucho tiempo sin rumbo, seguía preguntándose qué le había dado para contarle que se había acostado con una prostituta. De pronto se dio cuenta de lo absurdo, de la incoherencia, del carácter casi delirante de su propio comportamiento y se quedó consternado. Si no hubiera estado tan avergonzado, casi se habría reído de su falta de inteligencia, de su locura, de que cada vez que se encontraba en presencia de esa muchacha perdía el sentido común y se volvía literalmente idiota.

Esa noche no trabajó, no lo intentó, ni siquiera abrió el ordenador. Durante una buena parte de la noche, revivió la escena de esa tarde. La repasó una y otra vez y comprendió con claridad el desconcierto que su relato había causado a Sylvia. Rara vez había sentido tanta vergüenza.

Sylvia llegó a casa y se enfrascó en sus trabajos de matemáticas, de los que no levantó la nariz hasta que, hacia las doce, el hambre la condujo a la cocina. Encontró unos tomates rellenos en el congelador, los calentó en el horno y puso a hervir un paquete de pasta. Después de esa cena de medianoche, se deslizó en la cama. Pero ya

con la luz apagada, una vez tumbada de espaldas, con los ojos cerrados y dispuesta a recibir los beneficios de un merecido sueño, el dolor olvidado se despertó con violencia. Cada palabra de Louis se colaba en su mente y, por mucho que intentó pensar en Davos Platz, como quien cuenta borregos para dormir, se vio asediada por furiosas imágenes en las que Louis hacía el amor con una chica que unas veces aparecía desnuda, y otras con un vestido verde. No sabía qué era peor, las imágenes con o sin el vestido, pero, sea como fuere, esa variación en los detalles volvía las cosas especialmente atroces y «reales». ¿Por qué Louis había precisado que la prostituta llevaba un vestido verde? ¿Era ese vestido verde lo que había hecho que a él le llamara la atención entre todas las demás? Y esa manera de empezar el relato: «Hay una cosa increíble allí, montones de chicas que se entregan por unas monedas», como si hubiera descubierto un país encantador en el que los hombres podían tener mujeres por casi nada. ¿Se le habían abierto acaso horizontes ilimitados porque él, un muchacho inocente, había descubierto que las mujeres no eran más que una mercancía barata? Sylvia encendió la luz y se sentó en el borde de la cama, dominada por la rabia más que por la pena. Siempre había sentido respeto por las mujeres que se veían obligadas a vender su cuerpo para sobrevivir, pero le repugnaban los hombres que las pagaban, y más aún los proxenetas. Ahora pensaba en Louis como en uno de ellos. ¿Y por qué, en vez de sentir una vergüenza legítima que al menos le habría hecho omitir su bajeza, Louis se había abierto a ella contándole sus proezas en tierra extraña? ¿Quería acaso darle celos, ponerla a prueba? Pero entonces, ¿por qué no le había hablado de otra chica? ¿Por qué había ido a buscar una prostituta? Ningún muchacho normal habría presumido de tener que pagar a una chica. Cuanto más lo pensaba, menos lo comprendía.

A la mañana siguiente, Sylvia tenía que ir a casa de Paul Blass a las diez ya que, desde hacía unas semanas, a él le gustaba trabajar por la mañana. En el metro, un hombre se había arrojado a las vías en la estación Tuileries y el servicio se había interrumpido. En el andén, entre los demás viajeros, Sylvia volvió a pensar en la escena del día anterior. A pesar de la falta de sueño, ahora estaba dispuesta a reírse de todo lo que había dicho Louis, pues entretanto, sin que ella misma supiera con exactitud cuándo, le había pasado por la mente una idea. Si Louis había tenido el valor de decir que se había acostado con una prostituta, quizá fuera porque simplemente, a sus veintitrés años, nunca se había acostado con una mujer.

Hasta ese día Sylvia pensaba que los chicos contaban sus aventuras a los compañeros, pero ignoraba que pudieran confiarse a una chica. Sobre todo si no habían hablado con ella desde hacía meses y no era más que una compañera de cine y de paseos por el campo. Al desconcertante alejamiento de Louis le había seguido un reencuentro

que no lo era menos. Sylvia estaba preocupada. ¿Era posible que en adelante los hombres fueran a hacerle confidencias sobre su vida sexual? Paul Blass le había confiado que no podía desear y amar al mismo tiempo a una persona. Sylvia se reprochaba ahora no haberle pedido que concretara si podía desearla sin amarla un día y, al siguiente, amarla sin desearla, en cuyo casi siempre era posible un *modus vivendi*.

—¿Hay algo que no va bien? —le preguntó Paul en cuanto abrió la puerta.

Sylvia respondió «no» en un tono que significaba que no tenía intención de decir más. Que le hicieran confidencias que no había solicitado tenía un pase, pero de ninguna manera iba a tolerar que le arrancaran las suyas. Contestó que había ido a una fiesta y se había acostado tarde.

—Espero que al menos la fiesta valiera la pena, porque tiene muy mala cara — insistió Paul con expresión compasiva y equívoca que no hizo sino irritar más aún a Sylvia.

No se molestó en contestar, tenía prisa por sumergirse en el trabajo para atajar la compasión guasona del realizador. Al cabo de un cuarto de hora dedicado a la lectura de las últimas escenas escritas, la puerta de entrada del piso se abrió y se volvió a cerrar violentamente. Sonaron pasos precipitados en el interior y luego otro portazo más lejos. Paul se disculpó y salió del salón. Sylvia lo oyó alejarse por el pasillo y luego percibió el ruido de una puerta que se abría y volvía a cerrarse, esta vez con precaución. Y después, nada más. Sylvia se centró en algunas correcciones de poca importancia. De nuevo se abrió la puerta al final del pasillo y hasta ella llegaron voces ahogadas pero llenas de ira. Paul apareció otra vez en el salón, y tras él Sylvia vio pasar rápidamente a Antoine, que salió del piso tan ruidosamente como había entrado. Paul volvió a salir del salón. Sylvia esperó a que volviera. Él no tardó en regresar, con expresión aún más preocupada que antes, y le preguntó si tenía Lexomil. Ella respondió que no.

—Lexomil u otra cosa. Lysanxia o Xanax.

Sylvia lo sentía, pero no tenía nada de eso.

—¡Pero por Dios! ¿Usted no está nunca angustiada?

Ella tuvo ganas de contestarle que estaba angustiada con frecuencia, pero que no encontraba útil hacer pública su angustia. En cuanto a tomar benzodiazepinas a la menor contrariedad, había logrado evitarlo hasta ese momento. Tal vez gracias a Davos Platz y a su ensoñación de la montaña mágica, pero por supuesto no era cuestión de hablar de Davos Platz a Paul.

—Voy a dejarle descansar —dijo al tiempo que se levantaba—. No creo que esté en condiciones de...

Paul no le dejó terminar la frase.

—¿Quién es usted para decidir si puedo o no trabajar?

Sylvia le dirigió una mirada fría e impassible que le hizo sentirse incómodo. Ella dejó escapar un suspiro de decepción y volvió a sentarse delante del ordenador. Paul

parecía molesto y deambulaba por la habitación. Acabó por acercarse a la silla en la que ella estaba sentada y deslizó la mano por la parte superior del respaldo. Al hacerlo adoptó una expresión contrita que a la joven le pareció exagerada.

—Discúlpeme, tiene razón —dijo el realizador—. Es mejor dejarlo; lo retomaremos la próxima vez, pero ¿me haría un favor antes de marcharse?

—Sí, si puedo.

—Oh, es un recado: ir a comprarme un medicamento a la farmacia; tengo receta, por supuesto.

—¿No cree que debería ir usted mismo? —preguntó Sylvia sin agresividad—. Unos pasos al aire libre le sentarían bien.

Como él no contestaba y parecía paralizado, Sylvia concluyó que acabarían antes si consentía en hacerle el recado y le traía el medicamento.

—¿Me da la receta?

Entonces vio en la cara de Paul un inmenso alivio, e incluso esa clase de alegría que se siente cuando se ha evitado un gran peligro. Él volvió a salir del salón. Ella se puso la chaqueta. Paul volvió y le dio la receta.

—Gracias. Me salva la vida.

—No hay que exagerar —respondió Sylvia echando un vistazo a la receta.

—Dígale a la farmacéutica que pasaré a pagar mañana. Me conoce.

La farmacia hacía esquina. Sylvia salió de ella con una bolsita de papel que contenía una caja de Lysanxia y la receta que la farmacéutica había deslizado dentro. Subió al piso de Paul. Él se tragó un comprimido de inmediato y sonrió.

—Ya parece que esté mejor —señaló Sylvia.

Paul la miró, sin dudar de que se burlaba de él. Las ganas de reír y el temor a que le pidiera que se quedara precipitaron la salida de Sylvia, que una vez en la escalera se dio cuenta de que también ella había dado un portazo.

Apareció ante ella en el momento en que llegaba a la place Saint-Sulpice. Ese era su camino habitual y él lo sabía. La última vez había sido allí, poco más o menos, donde la había abordado. Ella vio que tenía los ojos enrojecidos, el rostro devastado por la angustia, y que las manos le temblaban en exceso. Parecía tener diez años más de su verdadera edad.

—¿Le ha dicho algo? —le preguntó Antoine sin preámbulos y con tono apremiante.

—¿Sobre qué? —preguntó ella con amabilidad, conmovida por la desesperación del muchacho.

—De mí. ¡De él y de mí!

—No. Parecía muy nervioso. Me pidió que fuera a la farmacia a buscarle un medicamento. Pero no hemos hablado.

Durante un breve instante Antoine pareció respirar mejor, como si lo tranquilizara que Paul no le hubiera dicho nada a Sylvia.

—¿Se han peleado? —preguntó ella con suavidad, aunque no tenía ningún interés

en saber más acerca de la disputa ni de nada que tuviera que ver con ellos.

—Sí, últimamente ocurre todos los días. Es horrible.

Apoyó un hombro en la pared y bajó la cabeza; parecía a punto de llorar.

—Quiere que me vaya. Quiere echarme.

—¿Echarlo? —preguntó Sylvia, que de nuevo se veía arrastrada a su pesar a una conversación que en absoluto hubiera deseado.

—No tengo a donde ir, ¿comprende?

A Sylvia le parecía que cualquier pregunta la llevaría a saber más de lo que quería, pero que la fatalidad la ponía siempre en situación de hacer preguntas cuya respuesta no deseaba. Y, resignada, inquirió:

—¿Qué ha pasado exactamente?

—Hace varias semanas que está así. Creo que ha conocido a alguien. Seguramente alguien más joven. Mire, yo no soy homosexual; me gustan las mujeres.

Sylvia comprendía cada vez menos lo que Antoine quería decir. Por suerte, él no necesitaba que lo espolearan; se lanzaba descontrolado por los caminos sinuosos de la confidencia.

—Fue por él por quien me convertí..., en fin, ¿comprende?

Sylvia no acababa de comprender.

—Solo por él. ¡A mí me gustan las chicas!

Insistía mucho en ese punto. Seguramente era muy importante para él. Sylvia reparaba a veces en la mirada curiosa de un transeúnte. Desde fuera, Antoine y ella debían de parecer una pareja que mantenía una conversación importante.

—A todo el mundo le dice que soy como un hijo, pero un padre no dejaría a su hijo así, sin nada, no lo abandonaría.

—Sí —dijo Sylvia—, puede ser, pero yo creía que...

—Dice eso a los demás, para dárselas de generoso, pero ya lo verá, encontrará otro hijo. Debe de haberlo encontrado ya; si no, no me echaría. No sabe vivir solo. Tiene que haber alguien con él, por si necesitara algo.

En ese aspecto, a Sylvia no le costaba creer a Antoine. Daba la impresión de que Paul no sabía hacer nada solo.

—Quizá sea un mal momento que hay que pasar. Encontrarán una solución —apuntó Sylvia.

—Ah, no, no habrá solución con él. Es un verdadero monstruo. Si no lo hubiera conocido mi vida habría sido distinta, mejor. Trabajaría y tendría una mujer e hijos.

Sylvia nunca hubiera pensado que ese fuera el ideal de vida de Antoine. Pero hizo todo lo posible por reconfortarlo.

—No es tarde para eso, es usted joven.

Estaba descontenta consigo misma por esas palabras huecas, pero él pareció sentirse mejor al oírlas e incluso se apartó de la pared para mantenerse erguido, solo, sin apoyo, con los ojos enrojecidos y los brazos caídos. Clavó la mirada en el rostro de Sylvia y le preguntó, como si de ello dependiera su vida:

—¿Usted cree?

Sylvia respondió «Sí» con tal convicción que apareció una sonrisa en el rostro de Antoine. Casi alegre, el joven la cogió del brazo con fervor.

—Gracias. Es usted una buena persona.

Y después, sin que ella le hubiera contestado, continuó:

—Sí, sí, se lo aseguro. Algún día se lo contaré todo.

Ella no quería que le contara nada, solo deseaba que fuera feliz, con mujer e hijos si ese era su ideal de vida, un ideal del que, por lo que parecía, él se encontraba muy lejos hasta entonces. Sylvia retiró el brazo con suavidad, sonriendo.

—¿Se siente mejor?

—Sí —respondió Antoine—. Pero tengo que ir a casa. Se va a preocupar.

Y, a grandes pasos, doblaba ya la esquina de la calle en la que había abordado a Sylvia.

Después del Festival de Cannes venía el Roland Garros. Así ocurría desde la noche de los tiempos, era como un fenómeno geológico que nada podía impedir. Era la segunda semana y estaba lloviendo. A la espera de que dejara de llover en la pista central, Sylvia trabajaba en la última versión del guión de Paul Blass, cuyo rodaje estaba previsto para el otoño siguiente. Para entretener a los parroquianos, en la pantalla retransmitían la final entre Mats Wilander y Henri Leconte. El ruido de las pelotas ayudaba a Sylvia a concentrarse. Tenía que acabar el guión. Los de producción se impacientaban; lo estaban esperando para establecer el calendario de trabajo y calcular el presupuesto.

Sonó el teléfono. Sylvia contestó, era Louis Schlessinger. Hablaba con voz un poco apagada y su «hace tiempo que quería llamarte» parecía salir de ultratumba. Le contó a Sylvia, quien no le preguntaba nada, que había estado desbordado con el Festival de Cannes. Ella no se atrevió a preguntarle si había pagado a alguna puta en la Croisette. Le preguntó cómo estaba su abuela.

—Bien, gracias por tu interés. He pensado que quizá podríamos ir a ver *Los sobornados*.

—No —dijo Sylvia en un tono firme que a ella misma la sorprendió.

—¿Por qué? —preguntó Louis con voz ahogada.

—Tengo demasiado trabajo y, además, está Roland Garros.

—De todos modos tengo que hablar contigo.

—Te escucho.

—No, no por teléfono. Tengo que verte.

A ella le pareció insensato. Era como si, ante su negativa categórica, Louis encontrara una especie de energía suicida para imponerse, arriesgándose a resultar

desagradable.

—Pasaré por tu casa mañana hacia las cinco.

Sylvia se encogió de hombros, pero Louis no podía verla.

* * *

Louis llevó unos pasteles en una caja de cartón rosa de una pastelería de la rue de Courcelles. Pero lo que Sylvia notó de inmediato es que estaba muy pálido. Fue a dejar la caja de pasteles en la mesa de la cocina y, cuando volvió, Louis seguía en el vestíbulo. Le indicó que entrara. Cayó en la cuenta de que él nunca había estado en su casa. Los modales de Sylvia eran de una cortesía distante, sin ser desagradables. No obstante, su parquedad en gestos y en palabras mostraba que había accedido a recibir a Louis contra su voluntad y que no estaba dispuesta a facilitarle la tarea. Le preguntó de nuevo qué era eso tan importante que tenía que decirle. Como él no respondió, fue a la cocina a poner a calentar el agua para el té. Sacó los pasteles de la caja de cartón rosa. Louis había escogido dos tartas de fresas, un flan natural, un petisú de chocolate y una barquilla de castañas confitadas. Le dieron ganas de reír al pensar que había demasiados adeptos a la merienda entre sus relaciones, y que todos competían para estimular su vicio. No se le ocurrió pensar que sus amigos tenían el mismo vicio y que los había elegido para compartirlo con ellos. A decir verdad, tenía la sensación de que en realidad no había elegido a ninguna de sus amistades y que más bien eran debidas al destino, o al azar, lo que ciertamente no era lo mismo, pero Sylvia ignoraba a qué fuerza estaba sometida su existencia. Regresó con el té y la bandeja de pasteles y los puso sobre la mesa. Volvía a la cocina a buscar leche cuando Louis le cogió el brazo al pasar. Todos los hombres que conocía la cogían del brazo: Paul Blass, Antoine y ahora Louis. Pero Louis, a diferencia de los otros, parecía asustado de su propio gesto. Miraba fijamente la mano que sujetaba el brazo de Sylvia, como si aquello le pareciera irreal, como si quisiera estar seguro de que había hecho lo que había hecho o, por el contrario, convencerse de que aún no había hecho nada. Y es cierto que mientras la mano de Louis sujetaba el brazo de Sylvia aún no había pasado nada irremediable. Sin embargo, en vez de aflojar la mano, Louis apretó un poco más, como si quisiera que aquello fuera todavía más real. Y sucedió que Sylvia hizo a su vez algo insensato que no concordaba en absoluto con lo que había previsto y con la mala opinión que tenía del muchacho que se encontraba en su salón. Posó como un ala la mano libre en el hombro de Louis. Soltando el brazo, él le rodeó el talle con las manos. Se miraron unos instantes en silencio. Se acercaron más, con una torpeza inquieta, y se dieron besos, en la frente, en las mejillas, en el cuello, antes de besarse. Estuvieron así mucho tiempo antes de desvestirse, y cuando se encontraron desnudos se apretaron el uno contra el otro para no verse del todo. Febriles y aterrorizadas, las caricias de Louis se interrumpían con brusquedad en un hombro o en un seno, como si sus manos no encontraran satisfacción en su propio movimiento. Se aplicó con

desorden y ansiedad hasta que la penetró furtivamente. Tuvo apenas un gemido y Sylvia sintió dolor. Pronto estuvo fuera de ella y al cabo de unos instantes volvieron a ser extraños intocables el uno para el otro, aturdidos y espantosamente solos, transidos del espanto de no haber alcanzado ese punto tras el cual se dice que no hay nada, y que sin embargo es necesario experimentar.

Después se sintieron desvalidos tanto el uno como el otro. Sylvia apenas conocía los placeres del cuerpo, con excepción de la degustación de pasteles. Siempre había negado sus lastres y servidumbres. Lo lavaba y alimentaba, pero no toleraba que se manifestara de otro modo que según los deseos de su espíritu. Hasta en las enfermedades, siempre había intentado controlarlo. Tras leer *La montaña mágica* hacia los doce años, había deseado ardientemente contraer la tuberculosis, pero su cuerpo no había querido saber nada del asunto, ni tampoco los médicos. Y como una mala pasada, como algo cuyo único fin era contrariarla, o al menos así lo interpretó ella, poco después de su intento de ser una enferma de tuberculosis tuvo su primera regla. En lugar de perder sangre por arriba, como ella deseaba, la perdía por abajo. El desengaño fue inmenso, la decepción dolorosa, la derrota del espíritu le pareció escandalosa. Había ambicionado una pérdida de sustancia y se le había concedido, pero no por las vías elegidas... Al verse sometida a las leyes naturales, Sylvia atravesó una grave crisis de estupor y mutismo.

Ahora bien, esa sensación de extrañeza con respecto a su propio cuerpo podía explicar al mismo tiempo que se transportara tan fácilmente, con solo el poder de la imaginación, a regiones lejanas en el espacio y en el tiempo, y que en la realidad su destino corporal le resultara lo bastante indiferente para perder la virginidad tardíamente con un chico al que no amaba pero que le parecía guapo. Lo había conocido en la facultad de ciencias cuando tenía unos veinte años y había vivido esa primera relación como una formalidad desagradable. No solo no había experimentado ningún placer, sino que además había sentido mucho dolor. Las siguientes relaciones no fueron más satisfactorias. Aunque el muchacho ponía buena voluntad, paciencia y dulzura, Sylvia pronto decidió que era inútil perseverar. De aquella aventura dedujo que el sexo no era para ella. Cómo puede llegarse a semejante conclusión a los veinte años resulta bastante incomprensible. El siguiente chico fue Louis Schlessinger, y ya sabemos que no tenía mucha más experiencia que ella. Es lamentable que Sylvia y Louis no hubieran hablado de ello. Quizá juntos habrían podido resolver el problema. En cambio, actuaron como si el problema no existiera y volvieron a ir al cine.

Cuando, al cabo de un mes, agotaron todas las retrospectivas del Barrio Latino y la Cinemateca, realizaron un nuevo intento, que fue parecido al primero. De nuevo guardaron silencio sobre lo que había pasado. No obstante, debieron de considerar que hacer el amor los dos, aunque mal, era más agradable que no hacerlo, ya que esta vez perseveraron. A Sylvia le gustaba la piel de Louis, blanca y suave como la de una joven inglesa. Le gustaban el contorno de sus labios y sus cabellos, por los que deslizaba los dedos voluptuosamente. Acabó por gustarle incluso su torpeza. En

cuanto a Louis, le gustaba todo en Sylvia, aun cuando no supiera cómo actuar.

* * *

A finales de junio hubo que entregar con urgencia el guión porque los productores habían dado un ultimátum. Al menos eso le dijo Paul a Sylvia. Cada vez había más «reuniones de producción», a las que Sylvia no estaba invitada. Tampoco ella deseaba asistir, ya que esas conversaciones parecían ser terriblemente aburridas y no llevaban a ningún avance significativo. Paul la informaba de manera sucinta de las continuas tensiones que surgían entre los productores y él. Paul los acusaba de hacer que el Studio Canal financiara la escritura del guión y de no gastar «ni un cuarto de su bolsillo». Echaba de menos la época de los grandes productores, piratas, mecenas, aventureros. Los de hoy no eran más que intermediarios, contables mezquinos y holgazanes, que solo servían para fotocopiar dossiers con el fin de conseguir subvenciones del Estado, por un lado, y el dinero de las televisiones, por otro. Como Sylvia no sabía nada de los mecanismos de la producción, ni del mundo del cine en general, se limitaba a oír a Paul con indulgencia y lo compadecía sinceramente por los reveses que sufría, aunque su tren de vida permitía suponer que hasta entonces había sabido sacar provecho del sistema del que a menudo se quejaba.

Paul Blass siempre se desahogaba con Sylvia, quien, para soportar mejor la pérdida de tiempo, había acabado por decirse que oír las confidencias del realizador era una prestación incluida en la escritura del guión aunque no figurara en ninguna cláusula del contrato.

—Apuesto a que Antoine la paró el otro día.

Sylvia se quedó en silencio, tratando, sin demasiadas esperanzas, de fingir que no comprendía a qué se refería Paul.

—El día en que nos peleamos él y yo y usted fue a la farmacia —insistió.

—Ah, sí, me crucé con él al salir de aquí —contestó Sylvia.

—¡Cruzarse! ¿Bromea? Él la estaba esperando, lo sé, quería quejarse y echar pestes de mí. Le encanta vilipendiarme.

La utilización de la palabra «vilipendiar» sorprendió a Sylvia, pero no atenuó su incomodidad.

—¿Ahora lo protege? ¿Protege a ese parásito ingrato? Se lo he dado todo, ¿me oye?, ¡todo! Y así me lo agradece. ¿Sabe al menos de dónde lo saqué?

—Disculpe, Paul... Pero deberíamos trabajar; me parece que empieza a ponerse nervioso, y después tendrá que tomar Lexomil y...

—¡Ese chico se ofrecía a los tíos en Nation! Lo acogí en mi casa y le di todas las comodidades de que dispongo, y eso a cambio de NADA. Un poco de afecto que ni siquiera quería darme.

—Yo creo, por el contrario, que Antoine le tiene un gran afecto...

—¿Qué sabe usted? —la interrumpió Paul, furioso—. ¡Vive en las nubes, pobre muchacha!

Sylvia pensó que tal vez Paul tenía razón en ese punto y, por otro lado, ¿por qué trataba ella de curar las heridas de un individuo en el que solo las benzodiacepinas debían de tener un efecto apaciguador? Y además mentía. O bien era Antoine el que mentía. Sylvia creía comprender que Paul le pedía al joven muchas otras cosas, aparte de afecto. Lo cual no impedía que reclamara afecto también. No obstante, parecía poco probable que pudiera exigir tantas cosas a la vez, si al menos Paul no había mentido al decirle que no podía amar, respetar y desear a la misma persona. Pero era posible que, aunque él fuera incapaz de ofrecer tanto al mismo ser humano, no se opusiera a que una misma persona lo amara, lo respetara y lo deseara. Sylvia estaba enfadada por hacerse tantas preguntas sobre esa gente. Había que poner la energía mental al servicio de la humanidad, en lugar de dedicar las fuerzas del espíritu a problemas necios de personas turbias y narcisistas.

—Siempre somos traicionados por aquellos a los que amamos —suspiró Paul.

Sylvia no consideró necesario asentir a esta perogrullada, una afirmación indudable y casi tautológica, pues si nos traicionara un enemigo o alguien por quien no sintiéramos amistad, ni amor, ni afecto, y que a su vez tampoco sintiera nada de eso, sería una mala jugada, una faena, una trampa, una marranada, todo lo que se quisiera, pero no una traición. Paul se había calmado de pronto y parecía abismado en la contemplación de la profunda verdad que acababa de enunciar y que había birlado a Oscar Wilde. A Sylvia le parecía que estaba fascinado, si no por la traición en sí, al menos por la idea de la traición. Debía de ser un capricho de esteta.

—Mire, Paul, me gustaría que acabáramos el guión a tiempo.

—Carece usted de delicadeza, de sensibilidad. Le estoy hablando de mi desasosiego y le importa un comino.

—De acuerdo. Ya que insiste, voy a decir lo que pienso, pero me temo que le gustará aún menos que cuando no digo nada.

—Adelante.

—Pues bien, creo que le encanta contarse todas esas historias de traición. Eso no quiere decir que no se sienta traicionado, ni siquiera que no lo hayan traicionado; no conozco lo bastante su historia para poder juzgar. Aun así, la manera en que habla de todo eso me lleva a pensar que... le gusta que así sea, de un modo u otro. Eso es. En casos como este me cuesta un poco mostrarme compasiva.

—Lo que dice me parece muy chocante.

—Sí, lo comprendo. Pero yo estoy aquí para trabajar, no para escuchar sus confidencias. Las recibo muy a mi pesar y eso me incomoda.

Él la miró en silencio un momento y encendió un cigarrillo.

—Sí, creo que tiene razón. Perdóneme.

Ahora estaba casi desolada. Tenía la sensación de que ni él ni ella estaban de

humor para trabajar. Propuso que terminaría sola lo que había que hacer. Paul Blass aceptó y el guión se entregó a la productora la semana siguiente.

QUINTA PARTE

Mi madre, que detestaba el clima semicontinental de Alsacia y tampoco apreciaba a «la gente de aquí», habló durante más de veinte años de «volver» a París, donde había nacido. Había aceptado seguir a mi padre, que cuando empezó a ejercer de abogado efectuó una sustitución en el tribunal de Estrasburgo. Su estancia allí no debía haber durado más de tres años, pero la oportunidad de hacerse cargo del bufete de un abogado mayor que se jubilaba prolongó aquellos tres años con otros diecisiete. No obstante, mi madre insistió en no vivir en Estrasburgo, de modo que se instalaron en una ciudad llamada Almstadt, en el Alto Rin, donde al cabo de algún tiempo compraron una casa de granito de los Vosgos. Mi madre, Odile Laplace, de casada Schlessinger, pasó allí una gran parte de su vida. Más tarde abandonó Almstadt, en unas circunstancias muy especiales que referiré más adelante.

Desde que mi padre había creído conveniente informarla de la existencia de Sylvia, mi madre no cesaba de hacerme preguntas. Hacía ya más de un año de los días que pasamos en casa de mi abuela, pero mi madre no había perdido la esperanza de que le llevara a la misteriosa muchacha. Por otra parte, ¿por qué se la había presentado a mi abuela antes que a ella? Yo sentía que eso la había herido. Le comenté que entretanto Sylvia y yo nos habíamos alejado un poco, pero no le confesé que de hecho habíamos dejado de vernos. Supongo que hacer creer a mi madre cosas que no existían me ayudaba a creer que tal vez un día existirían. Para mí mismo, y a pesar de la evidente contradicción de mi «método», cultivaba la ilusión de que Sylvia no me importaba de verdad. Pero cuando al fin volví a verla, me alegré de anunciárselo a mi madre, que se apresuró a invitarnos a pasar unos días con ellos en agosto.

En Estrasburgo cogimos el TER, que conducía a través del Pays de Hanau hasta la ciudad de Almstadt, entre los Vosgos del Norte y el territorio que los alsacianos llaman la Outre-Forêt. Detrás de los cristales pasaban campos quemados por el verano, y las llamas del sol también incendiaban, a oleadas sucesivas, los cabellos de Sylvia.

Cuando bajamos del tren, mi madre nos esperaba. Se mantenía erguida, tiesa como una vela, vestida con un traje sastre de color blanco roto que no le había visto nunca. En cuanto me divisó se acercó a nosotros y me estrechó en sus brazos.

—¡Louis!

Por un instante temí que me llamara «mi pequeño».

—Mamá... Te presento a Sylvia.

Se dieron un apretón de manos e intercambiaron una sonrisa.

—Encantada, señorita. ¡Es usted como la imaginaba, pero aún mejor! —exclamó

mientras Sylvia seguía sonriendo, aliviada y sin duda desconcertada por el entusiasmo de mi madre.

Sin pretender restar méritos a Sylvia, que era en todos los aspectos una chica extraordinaria, también era posible que mi madre se encontrara en plena crisis.

—Tenemos que darnos prisa, chicos; el coche está en los confines del aparcamiento. Y además es sábado y no hay tráfico en la ciudad, y tu padre llega a la una, y Julie debe de estar en la puerta, esta mañana no ha cogido la llave. Sabes que tu hermana es cada vez más... En fin, ya lo verás por ti mismo.

Mi madre no siempre terminaba las frases, pero yo la entendía casi siempre. Cuando entramos en el aparcamiento, hablaba con el tono de un general que anunciara su siguiente expedición. Las frases atropelladas, el tono festivo, el vocabulario inapropiado me hicieron temer lo peor. Sylvia sonreía imperturbable y, en efecto, el coche, en cierta manera, estaba «en los confines» del aparcamiento. Aunque inapropiada, la palabra no era del todo falsa. Y yo me tranquilizaba como podía.

* * *

Odile Schlessinger, la madre de Louis, conducía a más velocidad de la permitida. Cogía las curvas en el último momento y apenas esperaba a que el semáforo se pusiera verde. El automóvil pasó un puente por encima de un río.

—Este es nuestro río, el Lauter, un afluente del Rin. ¿Ya ha visto el Rin, señorita?

—No.

—Entonces tenemos que llevarla. Queda a unos sesenta kilómetros de aquí.

Por la ventanilla, Sylvia veía desfilas las calles que había imaginado, sin saber por qué, adoquinadas y desiguales, cuando en realidad eran lisas y, ese día, estaban radiantes de sol.

—Hace mucho más calor que en París —comentó Louis.

—Sí, no solo hace calor, el tiempo está muy seco. Casi no ha llovido desde junio —respondió Odile.

En el retrovisor interior Sylvia cruzó por un instante la mirada de Odile, sin duda curiosa pero también alerta. Los grandes ojos verdes que no había encontrado en el padre de Louis iluminaban el rostro de la madre.

En lo alto de la escalinata de una casa recubierta de hiedra esperaba una criatura cuyo semblante muy pálido estaba iluminado por los mismos ojos. La criatura, pequeña y menuda, se levantó y corrió hacia Louis. En ese instante Sylvia tuvo la curiosa impresión de ver a Louis abrazando a su propio reflejo. Después Julie volvió los ojos hacia ella.

—Encantada, Sandrine.

Era tan pueril que la misma Julie debió de darse cuenta enseguida y se disculpó.

—Perdón, Sylvia, es mucho más bonito.

Muy contenta de enmendar el error con un cumplido que le parecía una agudeza, Julie pasó el brazo bajo el de su hermano y lo llevó hacia la escalera. Subieron juntos los peldaños y Julie recogió su bolsa de deportes.

—¿Has estado en la piscina?

—Sí, con este calor, voy todos los días. ¡Ah, es verdad, no tengo la llave!

Odile llegó y abrió la puerta para que entraran todos. Hacía fresco al abrigo de las paredes de piedra de la casa. Sylvia tenía la idea pintoresca de que todas las casas alsacianas eran de madera, adobe y entramados. Pero la cercanía de la llanura al pie de los Vosgos y de las canteras explicaba por qué, como pudo observar al cruzar la ciudad, la mayoría de las viviendas de Almstadt eran de piedra.

* * *

Sylvia y yo dejamos los bolsos de viaje y no le di tiempo para que mirara con calma mi habitación, que no parecía para nada, o al menos eso me habían dicho en varias ocasiones, la habitación de un chico. A juzgar por la de mi hermano mayor, con las paredes cubiertas de carteles de fórmula 1 y de futbolistas, debía de ser verdad. Nuestros dormitorios seguían igual que cuando vivíamos en casa. Nuestros padres no habían cambiado nada. La habitación de Adrien era el reflejo parcial pero ajustado del chico que había albergado, activo y apasionado por el deporte. La mía, el antro un poco triste de un chico serio sin ninguna pasión en particular.

—Tu habitación es... sorprendente —dijo Sylvia.

—Bajemos. Más tarde tendrás tiempo de examinarla y decirme que mi habitación de adolescente no es una habitación de adolescente. Siempre he sido viejo, esa es la razón. ¿No te lo había dicho?

Empujé suavemente a Sylvia hacia fuera. En el pasillo, vi en la penumbra que sus ojos brillaban con tierna ironía ante mi incomodidad. Abajo, mi madre y mi hermana bebían té helado en vasos grandes y daba la impresión de que nos hallábamos en *Maisons et jardins*, una revista que mi madre leía antes y en la que se contaba cómo vivir de manera agradable en casas agradables. Eran casas que los habitantes decían haber descubierto por azar y por las que habían sentido un «flechazo», o bien antiguas paredes heredadas, como mi padre heredaría un día la casa de Rammerthann.

Mi padre volvió del tribunal de Estrasburgo, donde había defendido a un hombre que había matado a otro creyendo que era el amante de su mujer. El detective al que había contratado se había equivocado con la identidad del tipo. Era un caso ridículo y trágico de la crónica de sucesos, como tantos otros que mi padre había conocido a lo largo de su carrera, y parecía que ya no experimentaba, si es que en algún momento las había experimentado, la menor simpatía ni la menor piedad, ni siquiera el menor desdén, por las personas, culpables o no, que le pagaban para que las defendiera.

Mientras bebía el té, nos miraba a Sylvia y a mí y parecía preguntarse cómo una historia como aquella había durado hasta entonces.

Sylvia se mostraba sonriente y comprensiva ante la sorda pero flagrante hostilidad de Julie. Debía de haber temido los celos de mi madre, pero era a los de mi hermana a los que debía enfrentarse. Por un breve instante pensé en hablar con Julie, pero renuncié muy pronto, sin duda por falta de coraje, porque habría sido necesario hablar de toda clase de cosas de las que no me apetecía hablar y porque Julie habría negado sentir hostilidad hacia Sylvia o, peor aún, lo habría admitido.

En la veranda, pasadas las nueve, cuando el calor empezó a aflojar y el verde oscuro de los macizos al final del jardín se tiñó de un violeta de lavanda, la cena fue alegre y animada. Julie contó que el monitor de natación había organizado un partido de waterpolo con equipos mixtos y que el juego pronto había derivado en un gran desbarajuste. El monitor de natación no había parado de tocar el silbato, pero nadie le hacía caso. Al final, todo el mundo se había divertido de lo lindo. Julie quería que la acompañara a la piscina al día siguiente, pero a mí nunca me había gustado la piscina. Los ojos me escocían por culpa del cloro y otros productos y no tenía ganas de buscar unas gafas. Además, ya había planeado una salida por mi cuenta. Quería ir a ver a mi compañero, Régis, que vivía al otro lado de la ciudad.

—¿Te referías a Régis Kirschen? —preguntó mi madre.

—Sí, Régis. No conozco más que a uno.

—¿Crees que sigue viviendo en Almstadt?

—¿Qué tendría eso de extraordinario?

—Pero no estás seguro.

—No, pero mañana iré a su casa, bueno, donde vivía con su madre. Ya veré.

El rostro de mi madre se había entristecido con la mención a Régis Kirschen, mientras que mi padre terminaba su cigarrillo y parecía ignorar de qué hablábamos.

* * *

Para toda mi familia, Régis Kirschen era un muchacho que apenas tenía rostro y que vivía al otro lado de la ciudad. Yo había sido, a lo largo de varios años, el que se trasladaba de un lado a otro, por mi cuenta, para mi particular uso y mi único placer. En toda nuestra infancia, mi amigo no vino ni una sola vez a mi casa. Mi madre nunca propuso que lo invitara. Si yo hubiera manifestado algún deseo en ese sentido, no dudo que mi madre habría accedido. Pero a mí me gustaba ir de un extremo a otro de Almstadt y estar en su casa. Tenía la sensación, sin llegar a expresarla con tanta claridad en aquella época, de que era una especie de tráfuga de mi propia familia, y

un barquero entre dos orillas. Mi madre venía a buscarme al anochecer, después de que Régis y yo hubiéramos pasado la tarde juntos, pero me esperaba en el coche. Nunca llamó a la puerta, nunca se presentó a la madre de Régis. Cuando tenía once años, le pedí que no fuera nunca más a buscarme. Prefería hacer a pie el camino de vuelta, igual que había ido a pie a casa de mi amigo.

Como mi hermana al fin logró llevarme a la piscina, donde me quedé una hora sentado al borde del agua sin bañarme, no atravesé la ciudad para ir a casa de Régis hasta dos días después de nuestra llegada a Almstadt. Al cruzar el puente de Ruhl sobre el Lauter tuve, como en el pasado, la impresión de que atravesaba una frontera entre dos territorios de naturaleza antagónica, irreconciliable. Después del río, como a mi madre le gustaba llamarlo, aunque no era más que un afluente, caminé por calles que se parecían todas y que desembocaban en otras calles semejantes a las anteriores. En el pasado me gustaba pensar que, a fuerza de alejarme, no podría volver atrás y nunca regresaría a casa. En un momento dado, simplemente me resultaría imposible volver sobre mis pasos e incluso mirar atrás. Buscaba ese vértigo en cada esquina, quería encontrar ese punto de no retorno. En aquellos tiempos, mi madre, al ver que no había vuelto al caer la noche, cogía el coche y conducía un buen rato hasta recogerme en el límite del mundo conocido, al otro lado de Almstadt.

Allí vivía Régis, amigo mío desde la escuela infantil, en una casa de ladrillo, aunque su padre era picapedrero en una cantera de granito rosa. Como era inconcebible que los empleados de la cantera vivieran en casas construidas con la piedra que ellos mismos trabajaban todos los días, una piedra demasiado preciosa para que se les permitiera algo más que agotarse para extraerla, sus casas, edificadas deprisa, eran feas, de ladrillo rojo, como en las ciudades de Lorena, que no quedaba lejos. Ese barrio de canteros era la clase de lugar que brinda a los cineastas la oportunidad de hacer travellings melancólicos, sobrios y solemnes. Las casas alineadas despliegan un tipo de fealdad transfigurada y conmovedora, y dondequiera que estén, en las afueras de la ciudad o en el centro, parecen situadas en el último confín del mundo, listas para hundirse en una fosa marina, si la hubiera, pero el mar no se ve e incluso queda muy lejos de aquí, de modo que esos escombros del mundo no tienen ni siquiera la ocasión fulgurante de desaparecer en un apocalipsis de estilo grandioso, sino que más bien están condenadas a una decrepitud tenaz y resignada, no exenta sin embargo de dignidad, esa clase de dignidad que hay en sufrir, con secreto orgullo, la humillación como un destino.

Enseguida reconocí la casa, en la esquina de dos calles idénticas, con un jardincillo

rodeado de una valla en la que se alineaban jardineras de plástico color verde abeto que contenían geranios de un tono indefinido pero vivo, un color de gominola, de refresco y de lápiz de labios. Recorrí los pocos metros de un camino de losas de cemento de cuyos intersticios sobresalían hierbas secas. Llamé a la puerta con la palma de la mano y no tuve que esperar mucho hasta que la madre de Régis vino a abrir. Me reconoció enseguida, así que deduje que no había cambiado mucho. Ella tampoco. Sonrió y me dijo «pasa», como si nos hubiéramos visto el día anterior. Y del pasillo estrecho, recubierto de las mismas baldosas de color marrón de años atrás, pasamos a la cocina, donde Régis estaba sentado a la mesa como si nunca se hubiera movido de allí, como si me hubiera esperado todos esos años para nuestra merienda de Choco BN y rebanadas de pan con virutas de chocolate. A veces se hartaba de las rebanadas y las deslizaba debajo del aparador del salón, y cuando su madre las encontraba al hacer la limpieza le echaba una bronca, porque era una vergüenza tirar el pan y ella sabía bien que él era el culpable, ya que era el único niño. Podría haber sido yo, pero a la madre de Régis ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Quizá había intuido que lo mío era mirar cómo los demás hacían tonterías sin participar. Por otra parte, desde entonces no he hecho mucho más que mirar.

* * *

Los miércoles por la tarde, en la época en que mi madre aún iba a buscarme, yo salía de casa de Régis hacia las seis y veía su coche, un Golf gris oscuro metalizado, un coche de mujer acomodada, estacionado al otro lado de la calle. Era un espectáculo incongruente y escandaloso que me molestaba porque la presencia aberrante de aquel coche en aquel lugar y de mi madre en su interior me señalaba como un intruso en esa parte del mundo. Mi madre debía de haberse informado de la dirección. Yo nunca se la habría dado. Decía únicamente: «Voy a casa de Régis». Un miércoles en que Régis y yo estábamos intercambiando sellos y discutiendo acaloradamente, vi por la ventana que el coche de mi madre se deslizaba con suavidad por la calzada y estacionaba bajo la farola un poco más allá.

—Ha llegado mi madre —murmuré.

Régis volvió la cabeza hacia la ventana y, levantándose un poco, echó un vistazo afuera y vio el Golf. Empezó a guardar sus sellos.

—Puedo quedarme un poco más —dije.

—Pero tu madre te está esperando.

—Pues lo que tiene que hacer es no llegar antes.

—¿Antes de qué?

—Aún no son las seis. Bajaré a las seis.

—¿Le has dicho que venga a las seis?

—No, no le he dicho nada. Me fastidia.

Régis soltó una risita. A él le importaba un comino que el coche de mi madre

hubiera estacionado bajo la farola enfrente de su casa. Cambié unos cuantos sellos con mi amigo, que me observaba. Debía de pensar que yo exageraba al hacer esperar a mi madre y que, en ciertos aspectos, incluso daba muestras de crueldad. Tal vez a Régis le habría gustado que su madre fuera a buscarlo en coche, pero ella no tenía coche; iba a pie o en autobús.

Bajé a las seis y cuarto. Mi madre había puesto una cinta en el magnetofón del coche, un éxito de Mozart. Mozart siempre me atacaba los nervios, prefería a Bach. Mi madre bajó el sonido sin dejar de mirar al frente, más allá del parabrisas y de la farola, que nos salpicaba generosamente con su luz.

—Te he visto en la ventana hace un momento —me dijo mi madre—, y tú también me has visto a mí.

—¿Quieres arrancar? ¿Y por qué aparcas precisamente debajo de la farola?

—Para que me veas.

—Con este cacharro de burguesa, no hay peligro de que no te vea. No te he pedido que vengas. Puedo volver solo.

—Soy tu madre y tú eres un chico de once años.

—No hago nada malo.

—¿Quién te dice que hagas algo malo? Tengo derecho a saber lo que haces, incluso cuando no haces nada malo.

—No quiero que vengas nunca más a buscarme.

—¿Por qué?

—Porque desentona.

—¿Yo desentono? —Sonrió.

—Ya vale. ¿Por qué no arrancas de una vez? ¿Quieres que te ataquen los pobres?

—No, señor. Ya me voy.

Puso el contacto, el intermitente y se apartó suavemente del bordillo. En aquel momento, la detesté de verdad. Recorrimos la rue Niel, luego, deslizándonos de una calle a otra, atravesamos la ciudad hacia tierras más conocidas, hasta llegar a casa, sin pronunciar una sola palabra. Nunca más fue a recogerme a casa de Régis. Yo había ganado.

* * *

Régis se levanta, no puede creer lo que ven sus ojos, que yo esté aquí, delante de él, y no sabe si darme la mano o abrazarme, y yo tampoco sé qué hacer, entonces nos damos la mano pero nos sonreímos, y su sonrisa es la misma de antaño, un poco irónica, como la de un niño que lo ha comprendido todo pero que, si los demás lo prefieren, acepta actuar como si no fuera así. Me parece que he envejecido más que él. Y me pregunto por qué he venido a verlo hoy y no vine en mi anterior visita a Almstadt, hace tres meses, y por qué no pasé a saludarlo la última Navidad y todas las demás Navidades desde hace casi diez años. Todas las ocasiones que he tenido de

venir, todas las Navidades que han pasado desde la infancia, sin hablar de las vacaciones de Pascua y las de verano. Régis me pregunta, todavía sonriente, de dónde vengo, así, sin más. Le digo que estoy de paso en casa de mi madre. ¿Tu madre? Sí, en fin, en casa de mis padres. He venido con una chica. ¿Una chica? Sonríe. Vaya, ¿tú, una chica? Sí, yo, una chica. Otro que se acuerda de que no se me dan bien las chicas. ¿Y dónde está esa chica? En casa. Meneó la cabeza. Su madre nos ha preparado café; tengo la impresión de que pronto nos sacará las Choco BN con sabor a fresa, mis preferidas. Le pregunto a Régis de qué trabaja y me responde que no hace nada en ese momento, que no hay mucho trabajo, pero que llegará, el trabajo siempre llega mientras uno tenga fuerzas para hacerlo. Él lo cree de verdad. Después me pregunta de qué trabajo yo, entonces trato de explicárselo, pero a medida que hablo me da la impresión de que no hago gran cosa. No obstante, Régis hace como que comprende. Incluso dice: «Debe de ser interesante».

He vuelto a atravesar Almstadt para regresar a casa, y Sylvia esperaba en lo alto de la escalinata, en el lugar donde suele ponerse Julie. El lugar de Julie cuando se enfada o cuando llora o cuando quiere que la vean esconderse. Sylvia ha sonreído al verme y se ha levantado, y me ha parecido que habría querido correr hacia mí pero que algo o alguien se lo impedía. Quizá era simplemente yo quien se lo impedía; mis brazos indecisos no habrían sabido recibirla. Estaba de pie, con los pies en el borde del escalón superior, como preparada para lanzarse hacia delante. Me he acercado a ella, pero, en vez de estrecharla, apenas le he rozado la mano, y su rostro se ha ensombrecido.

—¿No has visto a tu amigo? —ha preguntado.

—Sí. Sigue viviendo en el mismo sitio. Es increíble, no ha cambiado nada.

Mi madre estaba sentada en el salón, con las piernas cruzadas, balanceando un pie.

—¿Louis? ¿De verdad has ido hasta allí?

—¿Por qué no?

—¿Y has visto a Régis?

Como yo no contestaba, ha insistido:

—¿Lo has visto?

—Sí.

Ha preguntado si estaba bien y yo me he encogido de hombros sin responder.

—¿Qué hace ahora?

—¿A ti qué más te da?

Mi madre ha desviado la mirada hacia Sylvia como si buscara un apoyo, una complicidad o incluso consuelo.

Sylvia debía de pensar, igual que Régis en otro tiempo, que yo no era muy amable con mi madre. Sin duda era verdad. La diferencia es que hoy me lo he reprochado

más a mí mismo.

Cuando Louis se marchó de Almstadt para estudiar en París, ya no veía a Régis con regularidad desde hacía varios años. No fue el resultado de una decisión por parte de ninguno de los dos, y no se habían enfadado. Simplemente, después de la secundaria Louis fue al instituto, mientras que a Régis lo habían orientado hacia la formación profesional. Louis ya no se acordaba siquiera de qué clase de formación profesional. Curiosamente, esa época estaba borrosa en su mente, había olvidado los detalles. Le quedaba no obstante una sensación extraña y desagradable, una forma de incompreensión con respecto a la orientación que había «sufrido» su compañero. Pues si bien Régis no era tan brillante como Louis —nadie era tan brillante como Louis—, tampoco era una calamidad de estudiante, y a otros que no eran mejores que él los habían admitido en el instituto. Louis lo había animado a protestar pero Régis no había hecho nada, como si estuviera resignado.

—Sí —había dicho Régis—, habría estado bien ir al instituto pero, bueno, ya que no es posible...

—Claro que es posible. ¿Qué te lo impide?

—De todos modos nos veremos los miércoles, ¿no es verdad? No cambiará nada.

—No, claro que no —había respondido Louis—. Pero aún cambiaría menos si vinieras conmigo al instituto.

Régis nunca fue al instituto. El primer año los dos chicos continuaron viéndose casi todas las tardes de los miércoles. Louis estaba en el primero de los tres cursos del bachillerato y Régis se preparaba para obtener un certificado de técnico superior en carpintería en un centro de la periferia de la ciudad. El segundo año, los miércoles en que Régis y Louis se veían se habían espaciado sensiblemente sin que ninguno de los dos lo hubiera decidido así. Quizá se debiera a las circunstancias o a la diferencia de horarios, o a que uno y otro habían dejado de coleccionar sellos, o tal vez, como no asistían al mismo centro ni tenían los mismos compañeros, había menos temas de conversación que antes. Sin duda fue la suma de esos distintos motivos lo que originó el alejamiento entre ambos.

Pero antes de que la vida separara así a los dos amigos, durante el primer año de enseñanza secundaria Régis se había enamorado de una compañera de clase, una niña pálida y rubia con un ligero estrabismo que se llamaba Dora Erschen. Régis solía desahogarse con Louis, hacerle partícipe de los pequeños progresos que hacía o, por el contrario, de su desesperación si Dora no lo había mirado. Aunque Louis no comprendía, no ya que alguien pudiera enamorarse de una persona que bizqueaba, sino simplemente que pudiera enamorarse, mostraba una atención y una paciencia que, dada su predisposición negativa en lo relativo al sentimiento amoroso, daban testimonio de la fuerza de la amistad que lo unía a Régis. Este no era especialmente tímido, pero era muy joven y aún no se había atrevido a declarar su amor. Estaba

convencido de que Dora Erschen no sospechaba lo que sentía por ella, y esta convicción provocaba la hilaridad de Louis, quien por el contrario estaba convencido de que Dora lo sabía perfectamente, lo que resumía diciendo que, por muy bizca que fuera, no era ciega. La reacción de Régis ante esta afirmación era ambivalente. Le incomodaba que Dora Erschen supiera que la amaba pero, al mismo tiempo, el simple hecho de que se hubiera dado cuenta de su pasión le parecía un signo inequívoco de que estaba interesada por él. Louis creía que las conclusiones de Régis eran un poco precipitadas, pero prefería no contrariarlo. ¿Estaba Dora enamorada de Régis? Cuando este se lo preguntaba a Louis, él respondía invariablemente que «no era imposible», lo que daba muestras ya de su habilidad diplomática. No se podía hablar de falta de franqueza por parte de Louis, pues se preguntaba sinceramente cuáles eran los sentimientos de Dora hacia Régis, pero no llegaba nunca a una conclusión definitiva. En varias ocasiones le había parecido que la mirada de Dora se detenía en su amigo y había visto en ello algo que se parecía a la curiosidad, que como es sabido es un posible preludio al amor. Otras veces le había parecido que Dora Erschen evitaba sistemáticamente la mirada de Régis. Louis pensaba de manera bastante razonable que ese empeño fanático podía considerarse un signo de pasión devastadora. Pero, como quería ser «objetivo», aunque solo fuera para evitar que su amigo sufriese, no ignoraba que ese «signo» de pasión devastadora podía asimismo interpretarse en sentido contrario...

Cuando, cada vez que Régis preguntaba si Dora lo amaba, Louis respondía «No es imposible», no daba muestras ni de indiferencia ni de despreocupación, y menos aún de cinismo. Su respuesta, aunque poco satisfactoria, era el resultado de una observación atenta, seguida de una reflexión de una honestidad intachable. Un resultado sin duda decepcionante si se tenía en cuenta la energía mental que había requerido. Ya fuera que a Louis le cegaran por completo su amistad con Régis y el deseo de complacerlo; ya fuera que no tuviera dotes de observación, y tampoco de reflexión ni de intuición en esas lides amorosas, en las que, dada su juventud, no tenía la menor experiencia; o incluso que la misma Dora Erschen no supiera muy bien qué sentía por Régis y enviara señales contradictorias, Louis estaba desorientado y la única respuesta que podía dar era: «No es imposible». Por otra parte, observó, no sin sorpresa, que esa respuesta, aunque a él le parecía muy decepcionante y la primera vez que la expresó estaba convencido de que dejaría a Régis insatisfecho, cuando no muy enfadado, por el contrario parecía reconfortarlo, e incluso a veces —sobre todo algunos sábados, antes de la separación del fin de semana que le privaría a la vez de Louis y Dora— lo hacía feliz. Eso le infundió seguridad, y a la pregunta ritual de Régis: «¿Crees que me quiere?», pronto se contentó con responder también de modo ritual: «No es imposible». ¿Acaso no abría eso horizontes ilimitados?

De esta pasión que Louis no experimentaba y de la que tampoco era el objeto, sacó

sus primeras conclusiones poco alentadoras a propósito del amor. Sin duda eran fruto de observaciones de primera mano, pero también consecuencia de cierta predisposición poco afortunada y de un pesimismo innato que le eran propios. En primer lugar, le parecía que la persona perdidamente enamorada vivía en un mundo de signos que interpretaba sin cesar y hasta la locura, para lo cual recurría incluso a los amigos más cercanos, de modo que a veces el delirio del enamorado llegaba a contaminar las mentes más sanas. Su segunda comprobación se refería a la naturaleza misma del amor y la dificultad de diagnosticarlo. La materia era espantosamente lábil y cambiante, incierta, fugaz, ambivalente y, fuera cual fuese la inteligencia de los sujetos implicados, el amor era capaz de volver idiotas a las personas más sensatas. En esa época Louis se prometió que no se enamoraría nunca.

Los sentimientos de Régis por Dora duraron cuatro años, desde el principio del segundo trimestre del primer curso hasta el final de la secundaria, y, a decir verdad, nunca llegaron a una resolución. Al principio del tercer curso, Régis decidió «pasar a la ofensiva», vocabulario guerrero que indicaba que presentía que el asunto no sería fácil. Pero estaba dispuesto a sufrir si era para liberarse del sufrimiento que ya soportaba. Una tarde, al salir de la clase de alemán, propuso a Dora ir a tomar algo en la cafetería del centro comercial cercano al colegio. El centro comercial era el paseo preferido de los alumnos, que pasaban en sus pasillos las horas libres entre las clases. Dora aceptó la invitación de Régis, y Louis, que había temido un rechazo, vio con gran alivio cómo se alejaban juntos en esa dirección.

A las siete, poco antes de cenar, Louis recibió una llamada de Régis, que quería contárselo todo con pelos y señales: las palabras, las sonrisas, los arqueamientos de cejas, los silencios y las inflexiones de voz de Dora Erschen. Régis estaba en un estado de sobreexcitación que Louis juzgó casi inquietante en ese momento, pero se alegraba de que su amigo se hubiera acercado de manera inesperada a su fin último: «salir» con Dora. Fueron juntos al cine varias veces y Régis dejó de necesitar que Louis lo tranquilizara. Ya no le preguntaba si Dora lo amaba y Louis ya no tenía la oportunidad, ni la obligación, de contestar: «No es imposible». Régis estaba radiante, pues todo concurría en favor de sus propósitos, ya que estaba previsto que se celebrara una fiesta el último sábado del mes. Aprovecharía la penumbra, la luz, la música, haría lo que hiciera falta, y al fin Dora estaría en sus brazos.

Ahora Régis y Dora comían juntos en la cantina, y Louis prefería dejarlos solos. Para no molestarlos, esperaba siempre al segundo servicio, con el pretexto de que quería ir a la biblioteca a la hora en que había menos gente, la del primer servicio. A decir verdad, siempre se las arreglaba para estar lo menos posible en presencia de Régis y Dora cuando estaban juntos. Ahora que su amigo se había librado del tormento de la incertidumbre, Louis prefería mantenerse al margen. Se alegraba sinceramente por él, pero el ligero estrabismo de Dora le incomodaba y le daba ganas de reír. Louis se lo reprochaba a sí mismo, pero de Dora no veía más que el estrabismo.

El sábado por la mañana, tras la clase de historia había una de alemán, y después, por fin, la última clase de la semana, música; en otras palabras, caramillo y jaleo, canto coral y mucha risa. El profesor no tenía ni un gramo de autoridad. A Louis le gustaba cantar, pero era el único. Lamentaba que no pudieran formar un verdadero «coro» y cantar en canon. Dora estaba sentada al lado de su amiga Franie, delante de Louis y Régis. El profesor trataba de explicar la diferencia entre la música de cámara, la música concertante y la música sinfónica. La mitad de la clase no hacía más que reír. A las doce y veinte, los alumnos desparramaban en la calle su alegría de estar libres hasta el lunes por la mañana. Régis había insistido en que Louis fuera a la fiesta de Pauline Keller, una compañera de clase. Louis tuvo que prometer que iría, aunque no tenía ningunas ganas. Así como le gustaba el canto, no le gustaba nada bailar, cuando lo había intentado enseguida se había encontrado trabado en su propio cuerpo.

Pauline Keller y sus padres vivían en un pequeño chalet detrás de la place du Marché, en el centro de Almstadt, poco más o menos a medio camino entre la casa de Régis y la de Louis. Corría el mes de mayo y la fiesta, en cierto modo, constituía el prelude del final del curso. El cielo era de color azul cobalto y, a pesar del frescor, ya flotaba en el aire el perfume embriagador de las vacaciones de verano. Cuando llegó Louis, la fiesta, que se celebraba en el garaje adosado a la casa, había empezado. Encontró a Régis y a Dora junto a una mesa larga en la que había botellas de refrescos, un bizcocho veteado, un brazo de gitano con mermelada y una napolitana. Louis no tenía hambre y no le gustaba demasiado la repostería industrial. Además de compañeros de clase de Louis, Régis y Dora, había alumnos de otras clases de su mismo curso y también del curso anterior, pues el señor y la señora Keller habían impuesto a sus hijos, Pauline y Hervé, para desesperación de ambos, que «hermanaran» sus fiestas. Tras muchas discusiones, enfados, rebeliones y amenazas de fuga, los hermanos Keller se habían plegado ante la inflexible determinación de sus padres y la amenaza de que no habría ninguna fiesta. Louis se acercó a Jérôme, un compañero muy bueno en matemáticas, que estaba mojando un pedazo de bizcocho veteado en una taza de chocolate.

—¿Dónde has conseguido el chocolate?

—En la cocina. He dicho que no podía beber refrescos por mi estómago.

—¿Qué le pasa a tu estómago?

—Es delicado, y las cosas con frutas me dan acidez, sobre todo los sabores artificiales. ¿A ti no?

Louis negó con un movimiento de la cabeza. Jérôme era un chico que no sería desagradable si no tuviera la cara cubierta de acné, unos granos muy grandes que hacían improbable todo contacto con el sexo opuesto. Al principio de curso había invitado a una chica a bailar un *slow*, pero ella había declinado la invitación y él no había vuelto a hacer ningún otro intento. Louis no comprendía por qué no consultaba a un dermatólogo, ya que, aunque él mismo no tuviera ninguna necesidad de ellos, sabía que ahora había tratamientos muy eficaces y apropiados para desacomplejar a

los adolescentes más plagados de granos. De buena gana le habría transmitido la información, pero temía humillar a su compañero. Jérôme empezó a hablar del último control de mates. Era el único alumno de la clase con quien Louis accedía a hablar de matemáticas, ya que, después de él, era el mejor. Es cierto que había una chica, Cécile, pero ella no contaba, pues era feúcha y, en opinión de todos los chicos, nunca le serviría de nada ser buena en matemáticas «con esa jeta que tenía». Louis pensaba lo mismo. A cierta edad, todo el mundo es sexista y cruel. En algunos casos, aunque no en el de Louis, esa actitud persiste. Louis llevaba un rato hablando con Jérôme cuando vio que Dora se deslizaba entre los que bailaban un *slow* y avanzaba hacia él.

—¿Dónde está Régis? —le preguntó.

Dora respondió que había salido cinco minutos y que le había pedido que lo invitara a bailar.

—Es un detalle por su parte, pero yo no bailo —respondió Louis.

—Precisamente. Me ha pedido que te enseñe.

—Es muy amable, pero no tengo ganas de aprender.

—Es tonto no querer aprender, me sorprende de un chico como tú.

Louis miraba a Dora, y Jérôme contemplaba la escena con una curiosidad burlona. Dora sonreía, y en la penumbra Louis apenas percibía su estrabismo. Y esto era aún más desagradable, porque en cierto modo estaba acostumbrado a ese estrabismo. Para deshacerse de la chica, Louis dijo que no iba a quedarse mucho tiempo, y el rostro de Dora se ensombreció de golpe. Louis miró a su alrededor en busca de Régis, y cuando al fin lo vio le hizo una señal. Régis se acercó.

—Ah, estás aquí, Dora...

Ella sonrió con cierta incomodidad. No volvió a hablar de baile, y Louis tampoco, ya que temía que Dora hubiera mentido. Y de hecho Régis no le había pedido que invitara a Louis a bailar. Este conocía lo bastante bien a su amigo para saber que no se habría prestado a ese tipo de maniobra idiota, que por otro lado era un comportamiento propio de chicas. Y además, ¿con qué fin? Intentó convencerse de que quizá no había la menor malicia en la invitación de Dora. Tal vez era la buena chica que parecía ser. De todos modos, tenía serias dudas. El estrabismo de Dora era quizá el único indicio de humanidad en ella. Quizá hablara de ello con Régis, pero más tarde.

—Me voy —dijo.

Régis lo miró con una especie de asombro divertido.

—¿No estás bien? Acabas de llegar...

—Le he pedido a Louis que baile conmigo, pero no ha querido. —Dora dirigió una sonrisa a Louis. Evitaba hábilmente el posible conflicto confesando que había mentido. Régis estaba un poco desconcertado.

—¿Ah, sí? —le dijo a Dora, y no le preguntó a Louis por qué no había querido bailar con ella.

De hecho, no era la primera vez que una chica invitaba a Louis a bailar, y él

siempre había rehusado. No tenía nada de sorprendente. Jérôme seguía la conversación en silencio y sonreía observando a Dora, esa chica que desde el principio del curso no le había dirigido la palabra ni una vez y que claramente no tenía intención de hacerlo hoy. La encontraba pretenciosa para ser una chica que tenía estrabismo, aunque fuera ligero. Louis llevó a cabo su proyecto: se marchó. Al día siguiente, domingo, esperaba una llamada de Régis y le sorprendió su silencio. En el mejor de los casos, estaría con Dora. Louis así lo esperaba sinceramente. Pero el lunes, cuando vio el rostro muy pálido y los rasgos descompuestos de Régis, comprendió que las esperanzas del muchacho se habían ido al traste. Miró a Dora y le pareció que estaba como de costumbre, poco sonriente en todo caso. Régis evitaba cuidadosamente mirar a Dora y Louis no hizo preguntas.

Durante los días siguientes, Louis observó que Régis y Dora no se dirigían la palabra, e incluso ella le reclamó a él un bolígrafo violeta que le había prestado a Régis la semana anterior y que este no le había devuelto. A la salida de una clase, Régis iba delante y Dora se acercó a Louis y le tiró de la manga para que aflojara el paso. Él le dirigió una mirada huraña sin detenerse y además aceleró la marcha, de manera que ella tuvo que trotar a su lado para hablarle de su bolígrafo violeta, al que según decía tenía mucho cariño.

—¿Por qué no se lo pides tú misma? —propuso Louis ligeramente molesto.

—Oh, no puedo; no quiere hablar conmigo. Está enfadado; nunca hubiera imaginado que se pondría así. ¿Acaso es culpa mía?

Louis comprendió que la muchacha daba por supuesto que él sabía de qué hablaba, pero como no era el caso, y no tenía ganas de saberlo porque se temía algo terrible y sentía una especie de punzada, se limitó a encogerse de hombros y respondió:

—Vale, se lo pediré.

Y caminó aún más deprisa para dejar atrás a Dora.

Ya fuera porque esperara que Régis quisiera revelarle qué sucedía entre Dora y él, ya fuera por temor a que la reclamación del bolígrafo desencadenara una conversación que le asustaba, Louis no se mostró muy diligente a la hora de recuperar el bolígrafo violeta. Había tenido ocasión de ver que, cuando escribía, Dora Erschen no ponía puntos sobre las íes, sino unos estúpidos redondelitos aplastados, una afectación boba que evidenciaba un narcisismo, según él, típicamente femenino. Esperó al miércoles por la tarde, cuando fuera a casa de Régis, como de costumbre. Cuando llegó, Régis estaba en su habitación. Había pasado la época de los sellos, que habían trocado por el ajedrez. Pero aquella tarde Régis no había sacado el juego. Estaba de pie junto a la ventana y Louis tuvo la impresión de que había estado acechando su llegada. Eso le produjo una sensación desagradable, que se acentuó aún más cuando su amigo se volvió y se enfrentó a él.

—Tú lo sabías, ¿no es verdad? —soltó Régis con expresión no especialmente amistosa.

—¿El qué? —preguntó Louis, pues seguía sin tener la menor idea de aquello que se daba por supuesto que sabía.

—Dora —dijo Régis con voz apagada.

—¿Qué pasa con Dora?

Régis lo miró con fijeza, preguntándose si la expresión indudablemente pasmada de Louis era creíble. Debió de llegar a la conclusión de que su amigo era sincero, ya que de pronto su rostro se dulcificó, pero se volvió aún más triste.

—¿Te acuerdas de cuando te preguntaba si creías que Dora me amaba y tú me contestabas: «No es imposible»?

—Eh... Sí...

—Me sentía tan bien, no pedía otra cosa. Incluso creo que si me hubieras respondido: «Sí, te ama», no habría sido más feliz. Quizá menos, porque habría sentido más inquietud. Inquietud por perder lo que tenía.

—¿Qué intentas decirme, Régis?

Louis esperaba. Ahora era solo cuestión de instantes, pero empezaba a sentir un inmenso cansancio.

—Dora me ha dicho que está enamorada de ti —dijo Régis.

Louis abrió los ojos como platos y dijo:

—¿Te has vuelto loco?

Régis sonrió y se alejó de la ventana.

—Bueno, sí, de hecho tiene gracia, ¿no?

—Pero ella estaba contigo.

—Tú sabes que aún no estaba del todo conmigo. Hasta el sábado pasado creí que sería cosa hecha. Pero no es eso lo que ella quería.

Louis prefirió no preguntar qué quería Dora Erschen, pero eso no impidió que Régis se lo dijera:

—Al hacerse amiga mía quería acercarse a ti.

—¡No tiene sentido! ¡Yo hacía de todo para no estar con vosotros cuando estabais juntos!

—Sí, y puedo decirte que ella lo notó. Incluso dedujo que estabas enamorado de ella y que por eso la rehuías.

—¡Perdona que te lo diga, pero está loca!

Régis bajó la cabeza con aire desesperado.

—Espero al menos que eso te haya curado —prosiguió Louis.

—Solo hace tres días que pasó. Necesitaré un poco más de tiempo para recuperarme.

—Ella no vale la pena —concluyó Louis, y manifestó su deseo de jugar una partida de ajedrez. Régis estuvo de acuerdo, pues también tenía ganas de pasar a otra cosa.

Pero cuando llevaban media hora jugando no pudo evitar preguntar a Louis si él también estaba enamorado de Dora. Su amigo respondió que no estaba enamorado de

Dora ni de nadie, y que se encontraba muy bien así.

—Si hubieras estado enamorado de ella, ¿crees que te habría sido más fácil darte cuenta de que le gustabas?

Louis enarcó ligeramente las cejas porque, al mismo tiempo que reflexionaba sobre la pregunta de Régis, sopesaba dos o tres movimientos sobre el tablero.

—No lo sé. Parece difícil saber si alguien te quiere o no. Y lo mejor es no preocuparse por eso.

Ese día Régis no estaba muy concentrado y Louis ganó fácilmente la partida de ajedrez. Fue al día siguiente cuando Louis pensó en pedirle el bolígrafo de Dora.

—Busca cualquier pretexto para hablar contigo —señaló Régis con amargura.

—Me importa un bledo lo que busca. Le devuelves el bolígrafo o se lo pasas a su amiga Franie. Sí, será mejor; ya que ella usa intermediarios, tú haces lo mismo. Le das el jodido bolígrafo a Franie y que ella se lo devuelva.

—No, voy a dártelo a ti. Es lo que ella quiere.

—¡Pero yo no quiero! No me interesa esa chica, ni siquiera la habría visto si a ti no se te hubiera metido en la cabeza enamorarte de ella. ¡Ya estoy harto! ¡Le pasas el bolígrafo a Franie y se acabó!

Louis no había tenido nada que ver en el giro siniestramente desagradable que había tomado esta aventura, pero se quedó triste, desengañado y con aún mayores prejuicios desfavorables que antes contra los sentimientos amorosos. Tal vez en las historias de amor, igual que en las de espionaje, no había más que malvados y seres dobles, y no se podía confiar en nadie, y menos aún en uno mismo.

Para olvidar a Dora Erschen, Régis necesitó todas las vacaciones, e incluso todo el verano. Después de una aparente remisión, sufrió una seria recaída el primer día de clase. Hay que decir que Dora había estado en el mar y que su piel más morena resaltaba sus ojos claros y el cabello rubio. El amor, como se sabe, depende de muy poca cosa, incluso de nada. En cuanto a los ojos de Dora, Louis habría jurado que bizqueaban menos que antes del verano, lo que temía pusiera en peligro la curación de su amigo. Pero se le ocurrió la idea reconfortante de que, por el contrario, podía contribuir a la desaparición definitiva del mal. Y este pensamiento derivaba directamente de otro que había tenido tres años antes, cuando se había declarado la funesta pasión de Régis por Dora y su amigo lo había convertido a él en su desconcertado confidente. Tan desconcertado que se había propuesto, con una actitud muy científica, descubrir en el objeto mismo del amor las causas del amor. Al no encontrar en la muchacha nada digno de destacar, se le ocurrió la idea de que no eran sus cualidades lo que había provocado la pasión de Régis, sino el único detalle que en realidad destacaba en toda su persona, a saber, su estrabismo. No bizqueaba de manera espantosa, pero lo suficiente para que las personas mejor intencionadas, como sus padres y los profesores, hablaran de una «coquetería en el ojo». Aplicada al

estrabismo de Dora, por cierto ligero, Louis encontraba hilarante la palabra «coquetería», pero nunca se reía en público, y menos aún en presencia de Régis. Por otra parte, a veces se preguntaba si este se daba cuenta del defecto de Dora. Esto no invalidaba la tesis de que el defecto no era obstáculo para el amor, sino incluso su causa. Louis habría continuado su investigación, pues le interesaba desde el punto de vista antropológico; de todos modos, no era cuestión de interrogar a Régis, que ahora se negaba incluso a pronunciar el nombre de Dora. A pesar de que esta pregunta quedó sin respuesta, fue una época en la que Louis aprendió mucho sobre el amor. Lo que más adelante no le serviría para nada.

Al final de la secundaria, orientaron a Régis hacia los estudios de técnico superior. No había dado golpe en todo el curso y Louis responsabilizaba a Dora Erschen. Ella, que era una alumna estudiosa, aplicada, pero sin ningún don especial, entraría en el instituto para cursar bachillerato. Louis llegó a sospechar que Régis no quería hacer el bachillerato porque no se sentía con fuerzas para ver a Dora otros tres años más. Louis nunca le comunicó sus sospechas; temía reabrir heridas que no eran lo bastante antiguas para estar totalmente cicatrizadas. Su tristeza se acrecentó y se volvió como un lago interior cuando, al comenzar el curso, por primera vez desde hacía años no vio a Régis.

Debido a las diversas opciones, Louis, para su gran alivio, ya no estaba en la misma clase que Dora Erschen. De vez en cuando la veía en el patio, en un pasillo o en la cantina, pero nunca más volvieron a dirigirse la palabra. Régis, a petición de Louis, había pasado a Dora el mensaje de que este no estaba enamorado de ella y que sería una falta de delicadeza insistir y tratar de ponerse en contacto con él. Dos años más tarde la operaron de los ojos —era de esas intervenciones que no pueden hacerse hasta después de la pubertad—, y al cruzarse con ella en los corredores tuvo ocasión de observar que ya no bizqueaba. Esto debió de acrecentar el poder de seducción de la muchacha, pero también su afán de conquista, ya que en los dos últimos cursos salió con varios chicos. Louis nunca se lo dijo a Régis. Por otra parte, ya no lo veía tan a menudo.

Un domingo en que fue a comprar el pan a la panadería del centro de la ciudad, vio de lejos en la place de la Mairie a un grupo de muchachos encaramados en mobylettes. Hablaban en voz alta, reían y fumaban. Sin saber por qué, Louis se quedó mirando a los chicos, entre los cuales pronto distinguió a Régis. Pero no era el Régis que él conocía. Era un chico subido a una mobylette —Régis no le había dicho que tenía una—, y le pareció más fornido que antes. Un chico que, a diferencia de él,

había dejado de ser un niño para convertirse en una especie intermedia entre el niño y el adulto, pero para quien la palabra adolescente tampoco habría sido adecuada. Louis tuvo la impresión de ver a un extraño. Cuando un mes más tarde volvió a ver a Régis, no le dijo que lo había visto en la place de la Mairie. No quería saber si Régis tenía otros amigos. Digamos que ya lo sabía, pero no deseaba saber más.

El domingo los Schlessinger propusieron a Sylvia llevarla a visitar Wissembourg, una ciudad en la frontera franco-alemana, también a orillas del Lauter.

—Ya verá, es una ciudad típicamente alsaciana —anunció Philippe—, mucho más que Almstadt.

—Todas las casas están hechas con entramados —añadió Odile—. Es pintoresco.

Sylvia no era una fanática de las casas con entramados, ya fueran normandas o alsacianas, pero tenía ganas de pasear y de conocer la tierra de Louis. No obstante, expresó sus reparos a arrastrar a los Schlessinger a una visita que seguramente habían realizado muchas veces. No quería que, por cortesía, se sintieran obligados a hacer de guías turísticos.

—Pero si no nos molesta, en absoluto, hace al menos dos años que no vamos a Wissembourg. O quizá más.

Odile se volvió hacia su marido.

—¿Cuándo fue la última vez?

Philippe Schlessinger no lo recordaba.

Cuando iba a arrancar, Philippe se dio cuenta de que su hija no estaba en el automóvil.

—Julie no viene —anunció Odile.

Julie le había dicho a su madre que había visto «cien veces» Wissembourg y que estaba harta de ese «pueblucho». Pero Odile se limitó a decir que Julie estaba «pachucha». Una vez que dejaron atrás la verja y empezaron a circular, Philippe Schlessinger se puso a hablar sobre los castillos medievales de los Vosgos del Norte, deteriorados pero soberbios, por supuesto siempre que a uno le interesara esa arquitectura defensiva y esa época de la historia. Louis se reclinó un poco y esbozó una sonrisa desengañada.

—Sylvia es una especialista en la Edad Media. Ha escrito un guion con Paul Blass sobre esa época —dijo.

Se quedó mirando a la joven para observar su reacción. Ella, que no comprendía aún su animosidad hacia Paul Blass, se limitó a devolverle una mirada huraña e interrogativa, mientras Odile se entusiasmaba.

—Oh, ¿de verdad, Sylvia? Es usted una persona de múltiples recursos. ¿Qué clase de película? ¿Un documental histórico?

—No, una ficción sobre la rivalidad entre dos reinas merovingias, Brunequilda y Fredegunda.

—Muy al principio de la Edad Media —observó Philippe, satisfecho de su erudición.

—Sí, el período de transición entre la influencia romana y el comienzo del reinado de los francos.

Odile insistió en que Sylvia le contara la historia a grandes rasgos, y ella cumplió bastante bien la tarea. Philippe y Louis guardaron silencio y durante un largo rato las únicas que hablaron fueron Odile y Sylvia. Esta acabó sintiéndose incómoda; la curiosidad de Odile por las reinas merovingias le parecía excesiva.

Llegaron a Wissembourg a mediodía, de modo que tuvieron tiempo de visitar la abadía gótica de San Pedro y San Pablo. En el claustro, para satisfacción de todos, Odile abandonó el propósito de hacer de guía turística. Invasada por un sentimiento religioso, o por la emoción estética, o quizá por una mezcla de ambos, tras unos comentarios sobre los vitrales se calló.

Comieron en un restaurante cercano a la abadía, Le Petit Dominicain, y la conversación giró en torno al gótico flamígero. Cuando Odile se enteró de que Sylvia no había visto la catedral de Estrasburgo, prometió llevarla un día entre semana.

—Es espléndida. No permitiré que se vaya sin ver la catedral de Estrasburgo.

A Louis se le escapó un suspiro, pues aún quedaban por visitar los campos de batalla de 1870, Woerth, Froeschwiller y Geisberg, más los doscientos kilómetros de la línea Maginot y, de paso, los castillos de los Vosgos del Norte, dos o tres abadías góticas o románicas, el parque natural de los Vosgos y la Outre-Forêt. Aquella tarde, de camino al fuerte Schoenenbourg, Philippe propuso que se desviaran para ver el castillo de Fleckenstein.

—Una construcción troglodítica, en la misma roca, una auténtica curiosidad. Data del siglo doce y hay hermosas ruinas.

Más allá de la carretera serpenteante se veía a lo lejos una fortaleza de arenisca rosa que surgía, como una criatura de los bosques y se elevaba hacia el cielo muy azul. La construcción, que tras casi un milenio había perdido su función defensiva y militar, se había transformado en vestigio majestuoso de una época tan remota que parecía haber dejado de pertenecer al tiempo. Sylvia, una joven demasiado imaginativa, vio en ella un castillo fantástico, un edificio de piedra y de sueño, para una princesa o un príncipe que debía de haber dormido mil años y después, decepcionado de encontrarse despierto y desconcertado por el mundo, había elegido la muerte. A decir verdad, tales fantasías estaban muy lejos del proyecto de los constructores, que no habían querido erigir un castillo de cuento de hadas, sino una

fortaleza inexpugnable en un punto estratégico entre los Vosgos y el Rin. Por eso el sueño tenía los muros de una ciudadela. El castillo de Fleckenstein era una quimera austera y grandiosa posada en la cima de un peñasco rosado en el límite del cielo.

—Al menos, Fleckenstein fue más eficaz que la línea Maginot —comentó Louis—. De lo que se deduce que los nobles de la Edad Media eran más lúcidos que el Estado Mayor francés de principios del siglo veinte.

—Sí, la fortaleza permaneció invicta durante siglos. Fue Luis XIV quien la destruyó en parte durante no sé qué guerra —añadió Philippe.

A medida que Sylvia se acercaba, la ciudadela le parecía a la vez más imponente e irreal.

—¿De verdad te gusta eso? —le preguntó Louis.

—Quizá viviera en la Edad Media en una de sus vidas anteriores —apuntó Odile.

Louis alzó los ojos al cielo. Sentía el mayor desdén por lo que él llamaba «elucubraciones kármicas».

—Si le interesa la historia —continuó Philippe—, seguramente habrá visitado los palacios de l'Île-de-France, Versailles, Chantilly, Vaux-le-Vicomte, en fin, los palacios de su región.

—Sí, cuando era niña, con el colegio o con mis padres. Sobre todo Versailles, porque mis padres vivían a veinte kilómetros. Pero no me gustan demasiado los palacios del Renacimiento ni los de la época clásica —contestó Sylvia—. No sé por qué, siempre he preferido las ruinas medievales. Quizá porque, como son muy viejas, parece que no pertenecieran al tiempo; pero esa no puede ser la única razón, porque las ruinas de la Edad Antigua tampoco me impresionan demasiado.

—Y por eso, cuando no hay explicación racional, tenemos derecho a mencionar otras posibles causas, aunque a Louis no le guste —dijo Odile sonriendo.

Ante el entusiasmo de Sylvia por Fleckenstein, Philippe propuso abandonar la visita a Schoenenburg para ver el interior de la fortaleza. A Odile y a Louis no les costó renunciar al fuerte de artillería y las casamatas. Odile lamentó la ausencia de Julie. Hasta Louis parecía ir interesándose por el lugar, a pesar de unos maniqués de cera vestidos con copias de trajes del siglo XII, como indicaba la leyenda, que conservadores mal aconsejados o animadores de parque de atracciones habían colocado inoportunamente por todas partes, detrás de una reja, en un ángulo de la escalera, en lo alto de un torreón o cerca de la chimenea de la habitación de las damas. Al final del recorrido, se enteraron de que los maniqués, obra de un artesano de Lembach, una ciudad cercana, marcaban un itinerario turístico destinado a los niños y llamado «el castillo de los enigmas». Por suerte, aquel día el circuito «lúdico» del castillo de los enigmas no parecía tener muchos adeptos. Louis y Sylvia subieron juntos a lo alto de un bastión, desde donde divisaron el valle del Sauer y el Palatinado. La alegría de Sylvia habría sido completa si Louis le hubiera cogido la mano. Odile y Philippe tardaron en ir a su encuentro, como si desearan dejarlos solos. La tarde fue tan agradable que Sylvia no pensó ni una sola vez en Davos.

En su ausencia, Julie había visto la televisión durante gran parte de la tarde, principalmente telefilmes alemanes con coches de policía de color blanco y verde en las calles de Munich, asesinos rubios e investigadores contemplativos o indecisos. Odile se encogió de hombros, diciendo:

—Mejor habría sido que hubieras venido con nosotros en lugar de estar viendo eso.

Louis lanzó a su hermana una mirada burlona.

—¿De verdad eres fan del inspector Derrick? Nunca lo hubiera creído —dijo.

—No era el inspector Derrick —aclaró Julie—. Era otro, mucho más joven. Siska, se llama. Y te guste o no, me encantan los telefilmes alemanes. Soy aún más desastre de lo que creías —le espetó sin sonreír.

—Bueno, ya basta —aconsejó Odile.

—¿Qué? Desde que el señor hace crítica de cine, se imagina que puede imponer sus gustos a todo el mundo. Al final me hace enfadar.

Louis, quizá ofendido, o tal vez porque no quería, por consideración a su madre, seguir la polémica en el mismo registro y el mismo tono, se limitó a encogerse de hombros.

—Apuesto a que nunca has visto ni un solo episodio de Derrick —prosiguió Julie—. Pero tus amigos te han dicho que no vale nada, y tú lo repites. Puede que ni ellos mismos se hayan molestado nunca en ver un episodio entero.

—En fin, nosotros hemos ido a Fleckenstein y deberías haber venido —concluyó Odile. Pero Julie no manifestó ningún pesar.

—Fui con el colegio, aunque han puesto unos maniqués ridículos para que resulte pedagógico. Es estúpido.

—Al menos habrías tomado el aire, en vez de quedarte encerrada viendo cosas de las que luego ni te acuerdas —le contestó Odile.

—¡Yo no veo la tele para acordarme, faltaría más!

La última frase de Julie tal vez habría hecho sonreír a Louis, si no se hubiera ido ya del salón.

Louis y Sylvia estaban tumbados de espaldas, el uno junto al otro, casi sin tocarse, igual que las estatuas yacentes que reposan en las iglesias. Habían abierto las ventanas y descorrido las cortinas para que entrara el aire, pero no se colaba ni un soplo. Encuadrado por el marco de la ventana, el cielo parecía velado por una bruma de calor que no se disipaba. Llevaba varias noches así, el mercurio no bajaba, la diferencia entre la temperatura del día y la de la noche era desacostumbradamente escasa, y al llegar el alba daba la impresión de que no había habido noche. Cuando Sylvia oyó que el reloj del salón daba la una, y después las dos, aún no había

dormido. Se incorporó apoyándose en los antebrazos. En la esquina derecha de la ventana, la luna estaba oculta en parte por nubes lechosas e inmóviles. Huellas blanquecinas que ningún viento arrastraba. El simple movimiento del torso y los brazos le había provocado un sofoco y tenía la sensación de que estaba en plena combustión. Volvió la cabeza hacia Louis, cuya respiración acompasada indicaba que dormía. Sintió deseos de posar la mano sobre su rostro, sus cabellos, sus hombros, pero se limitó a mirarlo, lo único que permitía esa noche agotadora de claridad y de calor. Observó su semblante dulce y bien estructurado, en el que no encontraba ningún defecto. Después desvió los ojos, como si el espectáculo le doliera, ya porque envidiara al joven el reposo que ella no hallaba, ya porque su belleza, de una manera misteriosa, se hubiera vuelto demasiado lacerante para ella. Habría preferido ser menos sensible a la belleza, pero ¿no había dicho Sócrates que, junto con las matemáticas, la belleza era uno de los caminos hacia lo inteligible? Eso había creído entender en el último curso del bachillerato. Cuando el reloj de la casa dio las dos y media, Sylvia se levantó, salió de la habitación y fue al cuarto de baño del segundo piso. Vio en el espejo su cara brillante de sudor. Se quitó la camiseta larga que le servía de camión, abrió el grifo, lo reguló y se deslizó debajo del chorro de agua fría. El alivio fue de corta duración. En cuanto volvió a ponerse la camiseta, el calor se apoderó otra vez de ella. Bajó, y al cruzar el salón en dirección a la puerta vidriera que daba al jardín, tropezó con un obstáculo, hubo un movimiento en la penumbra y un grito ahogado. Ni a Sylvia ni a Julie les dio tiempo a asustarse. Sylvia se agachó rápidamente.

—Discúlpame, no te había visto.

—No —dijo Julie, cuyo rostro soñoliento parecía muy pálido en la luz mortecina.

—No conseguía dormir arriba. Aquí hace un poco menos de calor.

Se levantó.

—Voy a subir, así nadie me pisará —dijo Julie con expresión sombría.

—Lo siento mucho —se disculpó Sylvia—. ¿Quieres un vaso de agua? Hay en la nevera.

—Ya lo sé, la he puesto yo —respondió Julie, que desapareció en la escalera y dejó a Sylvia en el salón junto a la puerta vidriera, que estaba abierta.

¿Acaso Julie, en su prisa por librarse de la presencia de Sylvia, había olvidado cerrarla? Sylvia contempló cómo los rayos de la luna bañaban el jardín en un falso tinte lechoso y en una luz de eclipse a través de la cual el jardín parecía distinto, nocturno y sobreexposto a la vez, pálido y aterciopelado, como si la Vía Láctea se hubiera desmenuzado en una nieve de estrellas sobre la tierra. Así transfigurado hasta la irrealidad, ese jardín razonable ofrecía un sueño a quienes no podían dormir. Sylvia se estiró en el mismo sitio donde poco antes había estado Julie. El contacto con el suelo, muy cerca de la abertura de la puerta vidriera, la refrescó, pero su espíritu no estaba lo bastante sosegado para dejarla sumergirse en el sueño, y volvió a subir sin cerrar la puerta del jardín.

Por fin dormía cuando un aullido desgarró los sueños precarios, la noche saturada, la penumbra roída por la claridad excesiva. Louis se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Volvió el silencio. Sylvia se dijo que quizá lo había soñado, pero Louis parecía esperar algo. Se acordó de la puerta vidriera que había quedado abierta. La idea terrible de que alguien había entrado en la casa se apoderó de ella. Se oyeron pasos en un pasillo y después alguien bajó precipitadamente por las escaleras. Louis apartó la sábana y se levantó. Cuando Sylvia quiso seguirlo, la cogió del brazo y, con voz a la vez ahogada, autoritaria e implorante, le pidió que permaneciera en la habitación.

—Sé lo que es —dijo.

Sylvia oyó sus pasos a lo largo del pasillo y luego escaleras abajo.

Louis salió de la casa y franqueó la verja, entreabierta apenas para permitir el paso a un hombre de complexión media. La calle estaba vacía, pero los pasos, las voces y el llanto se acercaban. Guiado por el ruido, echó a andar por la rue de Koenigsberg como quien sabe exactamente adónde va y lo que va a encontrar. Dobló la esquina que formaba una alta verja de hierro forjado y, a la luz amarilla de una farola, distinguió la silueta de su padre, de espaldas, en pantalón y mangas de camisa. Quería alcanzar a Odile, que se alejaba tropezando, trabada por un largo camisón rosa. Al llegar a la esquina opuesta de la calle, Odile giró y desapareció. Philippe aceleró el paso. Louis echó a correr. Cuando llegó a la altura de su padre, intercambiaron una mirada. Giraron en la esquina siguiendo la silueta de Odile, que continuaba alejándose, tambaleante pero decidida. La luz de las farolas acentuaba el color rubio de sus cabellos despeinados y les daba un brillo artificial, como si llevara una peluca. Se detuvo ante una reja tras la que se alzaba una casa con un balcón y una torrecilla lateral, que no se parecía a ninguna otra de la calle. Allí fue donde Philippe y Louis la encontraron, con los labios temblorosos y el rostro recorrido por tics que la desfiguraban de manera atroz. Solo cuando la cogieron cada uno de un brazo pareció darse cuenta de su presencia.

—Ven, Odile —dijo Philippe con suavidad.

Ella arqueó las cejas, pero no intentó huir, y mientras su marido y su hijo se la llevaban bajó la cabeza, como una prisionera avergonzada. Pronto las piernas dejaron de sostenerla y los dos hombres la levantaron un poco para evitar que arrastrara los pies por el suelo y se lastimara. Un poco de sangre había traspasado el camisón a la altura de las rodillas y había arena pegada en el tejido agujereado. Louis no recordaba haber visto caer a su madre. Cuando vieron la casa, Odile se puso a arengar a alguien o a algo. No se entendía bien lo que decía, ya que no articulaba las palabras y todo parecía incoherente. Era como si hablara con fantasmas que solo ella conocía y en un lenguaje que compartía con ellos. Por las inflexiones de su voz, daba la impresión de

que unas veces les ordenaba que se fueran y otras les imploraba que se quedaran.

Louis levantó los ojos hacia la casa y vio a Sylvia de pie junto a la ventana de su habitación. Sus miradas se encontraron y en aquel momento lo único que pensó él fue que nunca más podría esconderse de ella, y se sintió desnudo y despojado de todo.

De pronto Sylvia sintió que alguien la agarraba y tiraba violentamente de ella hacia atrás. Era Julie.

—¡No mires! —siseó en el rostro de Sylvia, y a esta le pareció que en ese momento la adolescente sería capaz de arrancarle los ojos—. ¿Por qué has venido? ¿Por qué te ha traído él aquí? ¡No tenía derecho!

—Julie, cálmate —dijo Sylvia, desconcertada.

Y pensó en Louis, abajo, con Odile y sus rodillas desolladas.

—Me iré mañana si quieres, pero cálmate, te lo ruego.

Julie miró la habitación de su hermano como si nunca la hubiera visto, o como si la descubriera de nuevo, como un territorio extranjero, ahora que Sylvia había sido admitida en ella.

Así fue como aquella noche su esposo y su hijo llevaron de vuelta a casa a Odile Schlessinger y la acostaron después de darle agua y unos comprimidos que ya debería haber tomado pero que había olvidado o no había querido tomar porque, según decía, le daban dolor de cabeza y le hacían engordar y parecer otra persona, tanto por dentro como por fuera.

Louis fue a cerrar la puerta vidriera, aunque aquella noche no era de fuera de donde había venido el peligro. De nuevo en su habitación, cerró también la ventana a pesar del calor, como si no quisiera oír nada más del exterior. Había en sus gestos algo de rito de conjuro, un intento vano de protegerse de una catástrofe que ya había tenido lugar.

Odile fue la única que durmió aquella noche. Durmió hasta mucho después de que la aurora pálida asaltara la casa y agarrara a sus otros habitantes en el punto más alto de su agotamiento, atravesando sus ojos cerrados e inyectados en sangre por la falta de sueño. Sylvia y Louis se acurrucaron el uno contra el otro, con los rostros hundidos en los hombros, en los cabellos, para recrear la noche. Louis sobre todo se apretaba contra Sylvia hasta asfixiarla. Ella le sonrió, pero los ojos del joven parecían mirar más allá de ella, y Louis volvió a experimentar el deseo irreprimible de cerrar a cal y canto su mente y su corazón. Esa noche había tenido el pensamiento de que ya no tenía secretos para Sylvia y, tras el espanto que esto le había provocado, acabó por sentirse reconfortado. Si compartía todos sus secretos con Sylvia, ella tal vez le liberaría de ellos. A pesar de que oficialmente opinara que era un cliché patético, en el guapo muchacho taciturno habitaba la convicción romántica de que el amor podía

salvar a una persona. Proclamaba lo contrario en cuanto una película le daba la oportunidad y fustigaba con energía la ilusión romántica, expresión que utilizaba a menudo, haciendo suponer que a él no le afectaba. Así había edificado, desde que escribía para *La Revue*, una especie de doble de su persona, un falso yo ideal en el que los demás creían, lo cual le permitía creer en él también. Aquella noche, aunque solo fuera para Sylvia, podía quitarse la máscara. Pero ya era prisionero de ese doble de sí mismo que su mente había forjado tal vez para proteger al niño sepultado y frágil que sin duda había sido. Durante los días siguientes, la casa de los Schlessinger semejaba un lugar hechizado cuyo centro era la habitación de Odile. Louis pensaba que el mal ya estaba hecho, pero lo peor estaba aún por venir. Sin embargo él no podía creerlo, porque era sencillamente imposible.

En efecto, una gran desgracia les había ocurrido a los Schlessinger. Hacía años, pero todos los habitantes de Almstadt lo recordaban, e incluso los que habían nacido después habían oído hablar de ello. Hasta la periferia de la ciudad y más allá, en la campiña de los alrededores, se conocía la desgracia de los Schlessinger. Algunos los miraban con compasión y otros desviaban la vista, quizá por temor a que les contagiaran el mal que los había azotado. Los Schlessinger, por su parte, nunca hablaban de ello, ni entre sí ni con los demás, y con el tiempo, para evitar que Odile se volviera completamente loca, se asentaron en la leyenda de que esa desgracia nunca había sucedido.

SEXTA PARTE

Al mediodía la casa estaba inmóvil y silenciosa. Habían cerrado todas las ventanas, pero el sol rugía fuera y sus rayos acerados cortaban los vidrios como cizallas. Después de comer cerraron los postigos. La morada de los Schlessinger se había convertido en una isla, un territorio fuera del mundo e intocable. Era lunes, pero Philippe no fue a trabajar. Llamó al médico de Odile, le contó lo que había acontecido esa noche y le indicó los medicamentos que le había dado a su mujer. El doctor Ferenczi le dijo que había hecho todo lo que había que hacer.

—Su mujer tiene que venir a verme la semana que viene para renovar la receta. Podría proponerle que adelante la cita.

—Sí, siempre ocurre lo mismo, doctor. Cuando toma el tratamiento todo va bastante bien, pero si no... Dice que se olvida, pero no es verdad. Hace demasiado tiempo, no es posible que se olvide.

—Ya lo sé, son tratamientos eficaces pero no siempre se toleran bien.

—Sí, y cuando se encuentra mejor, se imagina que podría estar igual de bien sin tomarlos.

El doctor Ferenczi le pidió a Philippe que lo llamara cuando su mujer se despertara. Dado todo lo que había tomado, sin duda no sería de inmediato.

Cuando Louis y Sylvia bajaron de su habitación, encontraron a Philippe sentado a la mesa de la cocina escuchando un programa de radio. Con la mano parecía sostener todo el peso de su cabeza y la tristeza de su semblante. Se enderezó y sonrió. Se dieron los buenos días con voz velada. Sylvia miró el rostro de Philippe y creyó ver en él malestar. Era como si de repente la joven hubiera violado a esa familia, esa casa, al asistir a un acontecimiento del que nunca debería haber sido testigo. De pronto se acordó del furor de Julie. Pero Philippe no parecía resentido con Sylvia por haber estado allí, ni tampoco por continuar con ellos. Louis y Sylvia bebieron el café en silencio. Philippe volvió a apoyar la cabeza en la mano.

En la radio, un historiador eminente sostenía que Francia nunca se había recuperado de la derrota de junio de 1940, aquella humillación sin precedentes, millones de hombres hechos prisioneros antes de llegar a combatir. Otro historiador, especialista en la época, señaló que, en contra de la opinión general, los franceses habían combatido en el año cuarenta y había habido millares de muertos y no solo prisioneros. El primero replicó que por eso la humillación había sido aún mayor. El segundo consideraba que, si bien la derrota había producido un trauma, no era comparable al que había provocado la colaboración con las fuerzas de ocupación. La «tristeza» francesa no se debía a que Francia hubiera sido vencida, sino a que había sido «seducida», «corrompida». Subrayó el aspecto erótico de la colaboración, el compromiso de una Francia subyugada por el enemigo. El primer participante consideró «delirante» esa interpretación, una lectura psíquico-sexual fuera de lugar. Según él, los colaboracionistas no eran más que individuos de moral claudicante que en esa época convulsa habían visto la oportunidad de ganar dinero y algunos incluso de hacer fortuna. En cuanto a la fascinación de Francia por Alemania, solo era cosa

de unos cuantos intelectuales degenerados. Louis se preguntaba si su padre escuchaba el programa o dormía con los ojos abiertos. Como a muchos franceses, a Philippe Schlessinger le gustaban los debates sin solución, aunque en ese momento el estado de salud de su mujer le preocupaba más que la interminable tristeza de Francia.

Eran las tres de la tarde y nadie había visto aún a Julie. Louis llamó a la puerta de su habitación y, al no obtener respuesta, abrió y la encontró vacía. La cama estaba hecha a toda prisa. Louis entró en la habitación y la miró durante unos instantes. Hacía años que no entraba en ella y observó que no había cambiado más que la suya. Era como si en la casa de los Schlessinger todo se hubiera detenido en una época que hacía años había quedado atrás, pero que era imposible de superar. En las estanterías junto a la ventana, las muñecas de las distintas regiones francesas seguían exhibiendo sus caritas bajo los tocados típicos, aunque el blanco inmaculado se había vuelto un poco amarillo. Louis recordaba que la preferida de Julie no era otra que la alsaciana, la segunda, la de Cantal, y después, en pie de igualdad, decía, la de Auvernia y la de Lorena. Durante años, Julie le había preguntado muchas veces qué muñeca le gustaba más, y Louis contestaba invariablemente: «La dama de Saint-Lunaire», la muñeca bretona, de ojos azul celeste y vestido azul marino. Decía que era la más «elegante» de todas. Sonrió, pues ahora le encontró cierto parecido con Sylvia, por los ojos claros y la ropa azul marino. En la pared, encima de la cama, vio también la reproducción de un cuadro de Claudio de Lorena, *Embarque para Citerea*, que Julie había comprado a la salida de una exposición en Estrasburgo hacía unos años. Julie había manifestado una pasión por el pintor que no había menguado desde entonces, y que Louis compartía moderadamente. En el escritorio había un cuaderno cuadriculado sin nada escrito y un estuche de ante rojo manchado de tinta. Louis no vio ningún libro de texto, y menos aún cuadernos de vacaciones.

Para desesperación de Philippe y Odile, a diferencia de Louis y Adrien, Julie no tenía facilidad para los estudios, y menos aún afición por ellos. Siempre había que comprobar si había hecho bien los deberes, mirar en el cuaderno de ejercicios los que estaban hechos y los que quedaban por hacer, y a veces obligarla a recitar las lecciones, y Odile se había dedicado siempre con gran paciencia a esa tarea ingrata. Pero durante muchos años había sentido pena al ver que a su hija le costaba tanto hacer unos ejercicios que la mayoría de los alumnos de su edad llevaban a cabo con facilidad. Nunca había dejado de preguntarse por qué el destino había repartido el talento de manera tan injusta entre sus tres hijos, dándosele todo a los dos chicos y dejando a Julie tan carente de aptitudes intelectuales. En los primeros cursos, apoyada por su madre, Julie se había mostrado aplicada y perseverante; después se había dejado vencer por el desinterés, y el apoyo de su madre se convirtió en un peso aplastante para las dos. Odile le pidió a Louis que tomara el relevo, con la esperanza de que su hija aceptara mejor los consejos y la ayuda de su hermano que los de su

madre. Pero Julie no soportó que Louis se inmiscuyera. Y él renunció enseguida a ejercer de preceptor.

Louis salió de la habitación de Julie y cerró la puerta con suavidad. En el pasillo, aminoró el paso al pasar delante de la habitación de sus padres y su mirada se posó a su pesar en la superficie lisa de la puerta cerrada. Sin duda su madre seguía durmiendo. Al volver a la planta baja, se acercó a la puerta de entrada y vio que no estaba cerrada con llave. Regresó a la cocina y le dijo a su padre que seguramente Julie había salido sin que nadie se diera cuenta.

—Es posible; he estado un momento al teléfono y después he leído los periódicos.

Louis señaló que la bolsa de deportes no estaba colgada en el perchero de la entrada, donde su hermana acostumbraba a dejarla después de meter dentro una toalla y un bañador.

—A veces la deja en su cuarto de baño —aclaró Philippe.

Louis subió de prisa al cuarto de baño de Julie y vio que la bolsa no estaba.

—Eso es. Ha ido a la piscina, no hay por qué preocuparse —afirmó Philippe, que no comprendía la súbita ansiedad de su hijo.

Pero Louis estaba decidido a comprobar si Julie estaba realmente en la piscina y Sylvia insistió en acompañarlo.

Debían de ser las dos, hora solar. Caminaron en el calor sofocante y al cabo de unos minutos sudaban a mares. Sylvia le informó a Louis del violento altercado con Julie, no para quejarse, sino porque si su presencia perturbaba a Julie hasta ese punto, en cierto modo era su deber marcharse. Sin duda por el calor, Louis ni siquiera se encogió de hombros, pero respondió que era «absurdo».

—No eres tú quien perturba a Julie; es lo que le pasa a su madre.

—Sí, pero estaba resentida conmigo por haber visto a su madre en ese estado.

—No, está resentida con todo el mundo porque sufre —afirmó Louis con sombría seguridad.

—Bien, pues anoche yo era el mundo entero, porque la tomó conmigo y con nadie más.

—Si te ha asustado, es otra cosa, comprendería que quisieras irte. Por otra parte, comprendería muy bien que quisieras irte aparte de lo que haya podido pasar con Julie. Y no necesitas buscar pretextos.

Sylvia, consternada, se paró en seco en medio de la acera.

—¡Pero si no es eso! No estoy buscando un pretexto para marcharme. Sencillamente no quiero ser una fuente adicional de perturbación.

—Y yo te digo que Julie no necesita que estés tú para estar perturbada.

—Es una adolescente. Es evidente que me considera una intrusa.

Louis tomó bruscamente a Sylvia del brazo para obligarla a avanzar.

—Entonces ¿no tenemos derecho a invitar a nadie a esta casa porque Julie no lo

soporta? Pero ¿qué podrá soportar Julie en la vida si no soporta eso?

—Son circunstancias especiales... Para ella, yo no tenía derecho a ver lo que vi. Hay que ponerse en su lugar.

—¡Es lo que yo digo, estás buscando cualquier pretexto para irte! ¡Santo Dios, vete! ¡No te tengo prisionera, que yo sepa!

—¿Por qué te lo tomas así? ¡Yo solo quiero quedarme contigo! Solo pretendía que te sintieras a gusto en el caso de que prefirieras estar solo con tu familia.

—Mi madre no comprendería que te fueras. Mi padre tampoco. ¡Solo Julie estaría satisfecha porque habríamos cedido a su capricho!

—Eres duro con ella, no es un capricho. Seguro que sufre mucho.

—Y yo, ¿no sufro?

—Ella es más joven...

—¿Acaso crees que la enfermedad de mi madre ha empezado ahora, pasados los cincuenta años? Yo siempre la he conocido así. Cuando era niño, todas las noches tenía miedo de que se levantara y se pusiera a aullar. Y era peor antes, y mucho más frecuente, porque no le daban un tratamiento eficaz.

—Perdóname... Yo quiero quedarme, te lo juro, pero no quiero herir a nadie, eso es todo.

Reanudaron la marcha en silencio y anduvieron a lo largo del Lauter unos minutos, hasta divisar, a continuación de los huertos, una explanada amplia con dos piscinas, una grande y otra mediana, y en el hueco de un edificio que debía de datar de los años treinta, una hilera de cabinas de madera pintadas de amarillo y azul. Bajo el sol deslumbrante y el cielo muy azul, la piscina descubierta de Almstadt, con su explanada recalentada, su docena de tumbonas y parasoles y sus tribus de bañistas abigarrados, tenía el aspecto de un balneario de la Costa Azul. A esa distancia no había manera de distinguir nada, y ni a Louis ni a Sylvia se les había ocurrido coger un traje de baño. Permanecieron unos instantes mirando las siluetas que iban y venían, que salían y entraban en las piscinas; a los bañistas que subían al trampolín y se lanzaban al agua con mucha seriedad, y a los que hacían el tonto y gritaban como locos, saltaban de cualquier manera y hacían «plaf», provocando risa, enfado y a veces silbidos estridentes del monitor de natación. Solo en el trampolín habrían podido distinguir a Julie si hubiera subido, pero no la vieron. Louis se acordó de que la última vez que había acompañado a su hermana a la piscina, al día siguiente de su llegada a Almstadt, ella no se había tirado al agua y él la había humillado diciéndole que apenas nadaba y que, si lo que quería era ponerse a remojo, disponía de una bañera y todas las comodidades modernas en casa. Ahora lamentaba haber sido tan desagradable con ella. Se daba cuenta de que no era indulgente con Julie, aunque ignoraba por qué. De niños habían sido uña y carne, pero luego se habían distanciado poco a poco, sin que ningún hecho en particular hubiera ocasionado ese cambio, al menos por lo que Louis recordaba. Seguramente al crecer ya no tenían nada que compartir. Ahora, cuando Louis miraba a Julie, no veía ninguna relación entre ella y

la chiquilla con la que jugaba años atrás. Pero era su hermana y se sentía responsable de ella. Al menos hasta cierto punto. Se enjugó con el brazo el sudor que lo cegaba.

—Hay un pequeño bar dentro, y se puede entrar sin traje de baño —dijo Louis sin sonreír—. Podemos ir a beber algo. Puede que Julie esté allí.

—¿No crees que estará nadando?

—De hecho, a Julie no le gusta nadar. Incluso me pregunto si no lo detesta.

—Pero dijo que venía todos los días.

—Seguramente es verdad.

—¿Qué viene a hacer aquí si no le gusta nadar?

—Eso me pregunto yo también.

No tenía la menor idea de qué hacía Julie en la piscina todos los días si de verdad no le gustaba nadar. Quizá iba a refrescarse, o a encontrarse con alguien, o tan solo a mirar a alguien. Louis pensaba que con Julie todo era posible. La crudeza de esta opinión perentoria habría chocado a Sylvia si Louis se la hubiera comunicado, pero se guardó de hacerlo.

Julie no estaba en el bar. Louis y Sylvia se sentaron a una mesa junto al ventanal que daba a la explanada y las piscinas. Las risas y los gritos les llegaban muy amortiguados y volvían irreal el espectáculo del que, sin embargo, solo les separaba un tabique de vidrio. Louis experimentó la desagradable sensación de asistir a una escena de histeria, una impresión que a menudo produce el entusiasmo de los otros cuando no somos capaces de participar de él. La alegría ruidosa, la inagotable y turbulenta energía de los niños hacían que sintiera que estaba fuera del mundo. Louis se preguntó si alguna vez había sido capaz de jugar cuando era niño. Se acordó de Régis, de los partidos de tenis, los intercambios de sellos, el ajedrez, pero ¿acaso todo eso era jugar de verdad, acaso contaba como juego? ¿No eran ya distracciones de chicos demasiado serios y tristes? Tal vez solo con Julie había jugado de verdad, sin provecho alguno, gastando únicamente, sin capitalización de ninguna clase, sin puntos, sin marcador, sin derrota ni victoria. Quizá estaba resentido en secreto con su hermana porque todo eso hubiera tocado a su fin, aunque, si se pensaba bien, ahora le parecía que era él quien había dejado de querer jugar. La frontera temporal más fácil de recordar era aquel día en que Louis le había prohibido a su hermana entrar en su habitación con el pretexto de que quería trabajar. Era una razón legítima, pero se había expresado sin miramientos, y Julie, que era muy sensible —sus padres decían «hipersensible»—, había sentido una tristeza tenaz. Después nada había sido exactamente igual que antes entre los dos. Y ahora que se habían perdido, quizá no volvieran a encontrarse nunca más.

El camarero, un hombre de unos cincuenta años, se acercó para tomar nota. Sylvia pidió un cucurucho de vainilla y praliné y Louis uno de vainilla y chocolate. El rostro del camarero se iluminó con una sonrisa de aprobación, y Sylvia creyó que

iba a decir: «Buena elección». Cuando volvió con los cucuruchos, seguía con la misma sonrisa, que invitaba a la conversación. A Sylvia le pareció que se moría de ganas de hablar.

—Es curioso que con este calor no venga la gente a robarle los helados —dijo, y enseguida lamentó la frase, que con poco tacto señalaba la falta de clientela.

El camarero se encogió de hombros sin abandonar su sonrisa, pues en efecto tenía ganas de hablar, aunque fuera para manifestar su descontento. A decir verdad, se alegraba de que Sylvia hubiera entrado en materia; eso le daba pie a quejarse, lo que para algunas personas constituye la parte más agradable de toda conversación. Explicó la deserción de su territorio por la existencia de otro bar fuera, en la explanada. La «juventud», esa caterva de borregos, se apretujaba en él al salir de las piscinas y antes de volver a ellas. Nada les impedía ir al suyo, por la pasarela, pero esos idiotas preferían hacer cola y darse empujones. Costaba creerlo, sobre todo porque en los dos sitios vendían las mismas mercancías: buñuelos y helados, bombones y cucuruchos con «sabores de moda», de grosella negra con chocolate y de caramelo con sal de Guérande y tonterías del mismo tipo, sabores falsamente nuevos o falsamente antiguos que no eran comparables a los «clásicos», de vainilla, praliné y chocolate. Sylvia comprendió entonces la sonrisa con que había recibido su pedido y el de Louis.

—Prefieren hacer cola a pleno sol antes que dar unos cuantos pasos más para comprar aquí tranquilamente a la sombra. Y además ahí fuera los polos se derriten antes de que dé tiempo a saborearlos. Por eso se los tragan enseguida, a toda prisa. Es horrible verlos, se lo aseguro. Cuesta creerlo.

Louis había empezado su cucurucho mientras seguía mirando la piscina al otro lado del ventanal. Se preguntaba por qué Sylvia había entablado conversación con el camarero, que por lo demás le caía bastante simpático. Lo imaginaba todo el verano sentado detrás del mostrador del bar, y tal vez no tan descontento de no tener muchos clientes, lo que el hombre pareció confirmar con su conclusión bonachona:

—Bah, a mí me da igual; no me pagan por cucurucho.

Louis volvió la cabeza hacia el hombre y le sonrió. Al mirarlo tuvo la impresión de que le sonaba su cara. Quizá ya estaba allí cuando él iba a la piscina con el colegio, y también con Régis durante las vacaciones de verano varios años seguidos. Fuera, unos chiquillos intentaban subirse a un salvavidas negro, la cámara de aire de un neumático grande, mientras los que estaban ya encima trataban de mantener su posición y su equilibrio precario. Pero no veía a su hermana por ninguna parte y su inquietud se acrecentaba por momentos.

El camarero había vuelto detrás del mostrador, Sylvia estaba terminando su helado y Louis mordisqueaba el extremo de su cucurucho y miraba con obstinación el espectáculo del despliegue de energía desordenada que se ofrecía al otro lado del

ventanal. Tras la «disputa» de esa tarde, solo se habían dirigido las palabras estrictamente necesarias. Quizá Louis no fuera tan distinto de Julie. Quizá él también estuviera resentido con Sylvia por haber sido testigo, aunque involuntario, de los acontecimientos de esa noche. A Sylvia le parecía que se estaba introduciendo en esa familia por la fuerza. Habría dado cualquier cosa por volver atrás, no por ella misma, sino por respeto hacia ellos, de cuya vida se le había revelado esa parte sin que lo hubieran decidido. Temía sobre todo ver a Odile, quien, más aún que Julie, podía reprocharle que hubiera estado allí, si es que lo recordaba. Con estos últimos pensamientos Sylvia se estremeció, y su sudor se volvió frío.

—Quizá deberíamos volver —propuso, y luego añadió—: Es posible que Julie regrese antes que nosotros.

Louis asintió con la cabeza.

Cuando llegaron a casa, Julie no había vuelto todavía, pero Odile se había despertado y Philippe esperaba la llegada del doctor Ferenczi de un momento a otro. Para Sylvia, el doctor Ferenczi fue primero una silueta que pasó furtivamente por el marco de la puerta y enseguida subió por las escaleras que llevaban al piso de arriba. Durante la consulta, Philippe Schlessinger y su hijo aguardaron en el salón y Sylvia, por discreción, subió a su dormitorio. Después de hablar con Odile, el doctor Ferenczi volvió al salón. Su rostro era plácido, sin ninguna expresión en particular, un rostro de médico que no traslucía gran cosa. Saludó a Louis, a quien no había visto aún.

—¿Cómo está, muchacho, después de la última vez?

—Estoy lo mejor posible dadas las circunstancias —respondió Louis con una pálida sonrisa.

Pensó que el doctor Ferenczi había envejecido mucho, pero no habría sabido decir qué edad tenía ni cuánto tiempo hacía que lo conocía. Tenía la impresión de conocerlo desde siempre, y prácticamente así era.

—Me alegro de no estar aquí por usted. En cuanto a su madre —y se volvió hacia Philippe Schlessinger—, estaría bastante estable si accediera a tomarse los medicamentos. Habría que controlar que los toma. No veo otra solución.

—Es sumamente penoso tener que vigilarla, como si no fuera capaz de tomar las medicinas ella sola... Tengo la impresión de ser un carcelero, un guardia, e incluso a veces un verdugo.

El doctor Ferenczi movió la cabeza con aspecto afligido.

—Lo sé. Los allegados a los enfermos se enfrentan a menudo a ese problema. El tratamiento es eficaz, pero es una imposición. No obstante, señor Schlessinger, entre dos males hay que elegir el menor. Es necesario que la ayude en el momento de las tomas, al despertarse y por la noche al acostarse. Trataré de encontrar la manera de que no tenga que tomar gran cosa al mediodía. Usted no está en casa al mediodía, supongo.

—No.

—¿Y Julie viene a comer?

—No, come en el colegio, y de todos modos no quiero que tenga que administrar los medicamentos a su madre.

—Sí, es lógico. Pero comprenda que estoy buscando posibles soluciones.

—Sí, todos las buscamos, pero esa no es una solución.

—¿Y cómo está Julie? —preguntó el doctor Ferenczi.

—Julie está bastante bien, pero esto la perturba. ¿Cómo podría ser de otro modo?

—¿Y las clases?

—Nunca le ha gustado estudiar. No creo que el estado de su madre tenga nada que ver. Es más bien una cuestión de... disposición natural.

Philippe Schlessinger había buscado las palabras más neutras, menos despectivas para su hija. Había evitado decir «capacidad», y «disposición natural» le había parecido una expresión adecuada. Se propuso utilizarla en lo sucesivo si alguien le preguntaba por la trayectoria escolar de su hija, sus ambiciones en la vida y, de un modo general, su «futuro», temas lo bastante dolorosos para él y que evitaba en la medida de lo posible. Pero Philippe sabía que con el tiempo, cuando llegara la edad de elegir, sería más probable que le hicieran preguntas sobre su benjamina. No podía evitar sonreír con ternura ante esa palabra, «benjamina», y le vinieron a la memoria recuerdos de la primera infancia de Julie, en una oleada de ternura que pronto envolvió indistintamente a sus hijos, e incluso a Louis, que de los tres era a quien menos había comprendido desde el principio, y al que más tarde había dejado de comprender por completo.

Julie llegó media hora después de que se marchara el doctor Ferenczi. Cruzó el umbral con discreción, pero su padre, que acechaba su llegada, la interpeló cuando se disponía a subir directamente a su habitación. Dejó escapar un suspiro, a sabiendas de que no se libraría de la reprimenda; solo era un momento desagradable que había que pasar. Entró en el salón con semblante huraño y su mirada se detuvo en su padre y su hermano, sentados en el sofá. También estaba Sylvia, pero la mirada de Julie se deslizó sobre ella, indiferente y sin el terrible furor de la noche anterior, como si su presencia no tuviera importancia. Su padre le preguntó adónde había ido y ella le contestó que había estado en la piscina; «como todos los días», añadió.

—Louis y Sylvia han ido y no te han visto.

Julie miró a su hermano con aire de fastidio.

—Había mucha gente, no me habrán visto por eso.

—Podías haber avisado de que te ibas —dijo Philippe.

—¿Avisar de qué? ¿Acaso aviso normalmente cuando voy a la piscina, todos los días desde que empezaron las vacaciones?

—No es un día como los demás, Julie, no te hagas la tonta, es muy penoso. Yo

estaba aquí, no me he movido de casa, podías haberme avisado de que salías.

—He salido como todos los días —se obstinó Julie—. No comprendo por qué tendría que decir a todo el mundo cuándo me voy.

—Yo no soy todo el mundo, soy tu padre, y dadas las circunstancias, nos hemos preocupado mucho. Por si te interesa, tu madre se ha despertado y ha venido el doctor Ferenczi.

—Bueno. ¿Y qué habría cambiado si yo hubiera estado?

Philippe no quería, o no podía, enfadarse con su hija. Sylvia se fijó en una vena azul que palpitaba en la sien derecha de ese padre desarmado. ¿Buscaba una respuesta a la pregunta que acababa de hacer Julie? Sylvia se preguntó si era la primera vez que Philippe se veía enfrentado a la hostilidad de su hija. Si la escena a la que asistía en ese instante formaba parte del repertorio familiar o era una novedad.

—Nadie te reprocha que hayas ido a la piscina. Estábamos preocupados, eso es todo.

—¿Qué pasa hoy para que sea tan distinto de los demás días? —preguntó Julie.

Su padre sintió crecer el peso de la acusación en la voz de la joven. ¿Tendría Julie que dejar de vivir porque su madre estaba, según el púdico adjetivo al uso desde hacía siglos, «indispuesta»? Ni Philippe ni Louis habrían censurado que Julie se hubiera ido sin avisar si lo ocurrido durante la noche no hubiera modificado la textura del día. ¿Y no era comprensible que la joven no deseara someter su existencia a los avatares de la salud de su madre?

Sin embargo, en su deseo imperioso y legítimo de actuar «como los demás días», Julie, que se había deslizado en silencio fuera de la casa, ¿no se había comportado «anormalmente» bajo la influencia de la noche de la que quería, por encima de todo, liberarse? Ahora todos se daban cuenta de que así era, incluso la misma Julie. Era evidente que nadie podía, ni podría nunca, actuar como si todo fuera normal, como si nada hubiera sucedido la noche anterior, ni todas las demás noches. Y, no obstante, una vez más tratarían de hacerlo.

Louis era consciente ahora de lo absurda que había sido la expedición a la piscina, aun cuando no llegaba a convencerse totalmente, porque después de todo no había visto a Julie en la piscina y, por consiguiente, no podía estar seguro de que, tal como afirmaba ella, había pasado toda la tarde allí. Pero si hubiera estado en otro lugar, ¿era acaso asunto suyo? Por más que considerara su expedición de esa tarde desde distintos ángulos, llegaba siempre a la misma conclusión: era una estupidez que las circunstancias apenas lograban disculpar. Era posible que Julie hubiera mentido. ¿Es que él no había mentido nunca? ¿Por ejemplo, cuando iba a casa de Régis, en el otro extremo de la ciudad, adonde a su madre no le gustaba que fuera? Tal vez Julie tenía

también su territorio secreto, ¿y qué mal habría en ello?

Julie miró a su padre unos instantes, luego a Louis y finalmente a Sylvia, que estaba acurrucada, y se fijó en sus rasgos descompuestos, los ojos enrojecidos por el insomnio, o quizá por el llanto. Salió del salón sin añadir nada más. La oyeron subir y entrar en su habitación. Había tenido el cuidado de caminar con suavidad y abrir y cerrar la puerta sin hacer ruido para no molestar a su madre.

A la mañana siguiente, cuando Sylvia y Louis bajaron, Odile ya se había levantado. Tomó otra taza de té para acompañarlos. Se tiraba de las mangas de un vestido de estar por casa amplio y largo, con motivos de color rosa de Tiro, ese tipo de vestido llamado *robe d'hôtesse* que hizo furor durante los años setenta. Sylvia recordaba que su madre los había llevado. Cuando ella la veía realizar las tareas domésticas con ese atuendo, de lejos le recordaba un plumero gigante.

Louis miraba a su madre furtivamente y a la vez con intensidad, como si quisiera grabar a hurtadillas en su memoria algo de ella. Como después de cada crisis, le parecía, con razón o sin ella, que su rostro era de una palidez suntuosa y extática. Pero sospechaba que incurría en el error de una visión novelesca de la locura. Una visión necia y peligrosa contra la cual su inmensa y precoz experiencia en la materia debería haberlo inmunizado por completo. Sabía, porque ella se lo había dicho, que las crisis no eran tanto una experiencia de la profundidad como del vacío. Sabía que no había pasado a través de ningún espejo, que no había tenido ninguna experiencia metafísica de la que hubiera podido traer preciosas enseñanzas para la vida. Cuando regresaba, venía de ninguna parte, después de que su tribu de fantasmas la hubiera abandonado, y ella intentaba como mejor podía retomar el hilo corriente de los días. Desde la infancia Louis consideraba que las «voces» que oía su madre eran producto de la química de su cerebro perturbado. La prueba era que bastaba con tomar medicamentos para devolverlas a la inexistencia, a la nada. Aun así, en ocasiones, cuando estaba cansado, se abandonaba a la bella mentira de que la locura nos mostraba lo secreto de la vida. Solo que ese secreto no se podía transmitir; para conocerlo había que vivir la experiencia y él, por su parte, siempre preferiría evitarla. Odile tiró con tanta fuerza de un hilo del vestido que un botón se desprendió, cayó al suelo y rodó hasta sus pies. Sylvia se inclinó, lo cogió con delicadeza y lo depositó en la palma de la mano de Odile, que cerró los dedos como si temiera que se le volviera a escapar.

—Discúlpeme. Los botones son siempre los que se van primero.

Sylvia no quiso saber qué se iba a continuación.

—Debería ir a cambiarme, no puedo quedarme así —susurró Odile señalando el vestido.

—Por qué no, si está a gusto —respondió Sylvia.

—Oh, sí que estoy a gusto, pero no es muy... De cualquier modo, no puedo imponeros todo el día el espectáculo de una loca en bata.

—Mamá...

—Bueno, y qué. Tenemos una invitada y me gustaría hacer honor a mi hijo.

—Así está muy bien —farfulló Sylvia.

En lo referente a «hacer honor», al menos según los estándares comunes, era un fracaso integral, muy superior a los habituales (incomprensión y agresividad, comida execrable, asado quemado, etcétera, y todo lo que el lector tenga a bien imaginar o recordar de sus vivencias entre las suegras y las nueras). Sylvia posó la mano en el antebrazo de Odile y, de paso, sobre su vestido de estar por casa.

—No se sienta obligada a cambiarse por mí, se lo aseguro, sería una tontería. Y Louis opina lo mismo, ¿no es así, Louis?

Louis contestó que, en efecto, opinaba lo mismo.

—Oh, entonces ¿no le molesta que me quede en bata?

—No. Y además en realidad no es una bata, es un vestido de estar por casa, ¿no? —observó Sylvia en el tono apreciativo de una dependienta de boutique.

—Sí, tiene razón, un vestido de estar por casa. Así me lo vendieron, en todo caso.

—Entonces, ¿qué hay de malo en llevar un vestido de estar por casa cuando se está en casa? —preguntó Sylvia en un intento, que Louis encontró irrisorio, de establecer con Odile una especie de «complicidad» femenina de la que él, por suerte, quedaba excluido.

Philippe volvió a la hora de comer, en contra de su costumbre, pero quería saber cómo evolucionaba la situación en casa. Durante la comida, todos se esforzaron por mantener una conversación normal, que giró fundamentalmente alrededor del tenis, tema que todos los interlocutores suponían que no desencadenaría ninguna tensión. Mencionaron a Stefan Edberg, a Boris Becker, a Ivan Lendl, que había solicitado la nacionalidad estadounidense. Recordaron con entusiasmo y lirismo el pasmoso revés de Stefan Edberg, y al final de la comida estaban casi alegres.

Philippe se marchó a las dos hacia Estrasburgo. Agotada por el calor y la conversación, Odile se retiró a su habitación para echar la siesta. Julie se fue a la piscina. De pie junto a la ventana del salón, Louis observó a su hermana, que con la bolsa de deporte en bandolera cruzaba la verja y desaparecía en la calle. Sylvia decidió que no podía aplazar más el momento de ponerse a trabajar. Subió, y Louis se encontró solo en el salón, sentado en un sillón cerca de una ventana. Un soplo de viento levantó las cortinas de cretona verde y entre ellas se coló un rayo de sol que fue a dar en el aparador de caoba. Oyó pasos en el primer piso, una puerta que se

abría y se cerraba, y luego, muy lejano, como en el otro extremo de la casa, probablemente en la habitación de su madre, el sonido metálico de unas anillas de cortina sobre la barra de cobre. Esperó a que todo estuviera tranquilo y en silencio, y cuando ese momento llegó, salió de casa sin hacer ruido.

Al cruzar el umbral, Louis se vio atrapado bruscamente por la luz y la tristeza del sol. Dudó un momento antes de bajar por las escaleras y franquear la verja. La rue de Koenigsberg ardía bajo un cielo despiadado y azul. Louis giró a la izquierda y después a la derecha, encadenando con paso presuroso las líneas de fuga incandescentes y las avenidas desiertas. Avanzaba con la sensación de que caía en un brasero a cada paso. Anduvo así hasta el centro de Almstadt y entró en un cine.

En el Excelsior ponían una película con Julia Roberts, pero podría haber sido cualquier otra película con cualquier actor o actriz, lo importante para Louis era encontrarse en el frescor climatizado de una sala de cine. Así protegido por la soledad y la oscuridad, podía dejarse llevar por los recuerdos y rememorar las noches en que su madre entraba en su habitación y lo despertaba. «¡Louis, levántate! ¡Tenemos que irnos de aquí enseguida!» Él se levantaba y Odile lo llevaba medio dormido a la habitación de Julie, a la que despertaba también. A veces el sueño de la niña era tan profundo que Odile la cogía en brazos mientras dormía. En el mejor de los casos, Philippe Schlessinger se despertaba a tiempo de impedir que cruzaran el umbral de la casa. Entonces Odile lloraba y gritaba que tenía que sacar a sus hijos de la casa, pues allí les amenazaba un terrible peligro.

Pero en algunas ocasiones Philippe no se despertaba. Como con el tiempo su sueño se había vuelto ligero, en su desesperación llegó a sospechar que su mujer le había administrado algo. No obstante, no hubo ningún elemento concreto que lo corroborara y acabó por descartarlo, pues le resultaba demasiado penoso. Pero más penoso aún era el momento en que entraba en las habitaciones de sus hijos y veía que estaban vacías.

Los encontraba en la calle, adonde los había llevado Odile, que les hacía dar la vuelta a la manzana corriendo. Una vez habían dado ya cuatro vueltas y Louis se había desollado las rodillas bajo el pijama manchado de sangre. Odile llevaba a Julie en brazos porque la pequeña no podía avanzar. Aquella noche Odile les había dicho a los niños que iba a confesarles un secreto, pero ninguno de los dos quería saberlo. Louis lloraba y se preguntaba cuándo iría a buscarlos su padre, si los encontraría. Y ahora,

en la gran sala del Excelsior, mientras proyectaban una película sin gran interés, Louis no lograba acordarse de si aquella noche su madre había dicho algo o nada. Si les había confiado el secreto a sus hijos o si el padre había llegado antes. Pero si en efecto les había dicho algo, Louis no lo recordaba. Odile no había vuelto a hablar de ello; quizá finalmente no tuviera tanta importancia.

Cuando vio la silueta de su padre recortada contra la luz de la farola, Louis corrió hacia él para arrojarle en sus brazos. Philippe abrazó a su hijo y después arrancó a Julie a su madre y se encaminó hacia casa con sus dos hijos. Odile los siguió, reclamándolos. Habían aparecido algunas caras en las ventanas y Philippe esperó a estar en casa para hablar.

—¿Te das cuenta del mal que les haces a los niños?

—¡Los protejo!

—¿De qué, santo Dios? ¡Unos niños que duermen tranquilamente en la cama y tú los despiertas en plena noche para sacarlos a la calle! ¡Si hay un peligro, eres tú, solo tú!

A partir de aquella noche, Philippe Schlessinger durmió con un ojo abierto. Puso un picaporte bastante ruidoso, de modo que Odile no podía salir de la habitación sin que él lo notara. Louis le preguntó qué le pasaba a su madre y Philippe respondió que era bastante difícil de decir, «una enfermedad de la mente, una enfermedad del alma».

—¿De la mente o del alma? —preguntó Louis.

Pero su padre no supo contestarle.

En la sala de cine, veinte años después, Louis Schlessinger miraba la pantalla sin ver nada. Las imágenes de la película le habían permitido embarcarse hacia aquella noche lejana que desde entonces no había vuelto a recordar sino de forma fragmentaria. Y se preguntaba si su madre la recordaba o la había olvidado, un poco como él, por ese instinto de supervivencia que nos lleva a borrar ciertos malos momentos de nuestra existencia. Después de los créditos, tuvo miedo de volver a salir a la luz del día. Solo el pensamiento de que Sylvia lo esperaba le hizo levantarse. Apenas hacía menos calor que cuando había entrado en el Excelsior. Se puso en camino para llegar a casa, donde la joven lo esperaba, en su habitación de niño y de adolescente, allí donde antaño su madre iba a despertarlo por la noche para protegerlo de un peligro terrible del que él ni siquiera tenía idea. Si a ella se le ocurriera hacer lo mismo ahora, él le diría que se guardara sus secretos, ya que, al igual que entonces, no tenía ningunas ganas de conocerlos.

Sylvia estuvo trabajando dos horas y después bajó. Louis no estaba. Ella no lo había oído salir. Todo el mundo se marchaba a la francesa en esa extraña casa. Después de beber un vaso de agua fresca en la cocina, volvió a subir y se estiró en la cama. Se acercaron unos pasos y alguien llamó a la puerta.

—¿Sí?

Odile asomó tímidamente la cabeza por el resquicio de la puerta entreabierta preguntando si no molestaba demasiado. Le preocupaba adónde habría podido ir Louis con semejante calor.

—No lo sé. A ver a su amigo tal vez, ya sabe, su compañero de clase, Régis — contestó Sylvia.

Lejos de tranquilizar a Odile, esa hipótesis pareció inquietarla aún más. Sylvia buscó otra cosa.

—O al cine.

—Pero no hay nada que ver en el cine en estos momentos. Y él es tan exigente para las películas.

Odile había dicho la última frase con una mezcla de fastidio y orgullo. Como quien se preocupa por un niño demasiado inteligente.

—Es exigente —convino Sylvia con un poco de ironía llena de ternura—, pero eso no impide que vaya a ver cualquier cosa.

—¡Oh! ¿De verdad? —le preguntó Odile desfrunciendo un poco el ceño.

—Sí. Él lo llama «cupo autorizado de tostones».

—¿Y cuál es el cupo?

Esta vez Odile sonreía abiertamente.

—Sobre ese punto Louis no es demasiado claro. Por más que le pregunto, por ejemplo, cuál es el cupo mensual, es incapaz de responderme. Yo sospecho que es un cupo de geometría variable. Depende de las ocasiones.

Mientras Odile seguía junto a la puerta entreabierta, Sylvia se sentó en el borde de la cama.

—¿Puedo molestarla cinco minutos?

—Pero si no me molesta. Pase... Vaya, me comporto como si estuviera en mi casa.

—En esta habitación, ahora lo está más que yo, en cierto modo.

Odile entró y cerró la puerta con una delicadeza que, para Sylvia, auguraba una complicidad femenina que requería un esfuerzo. Odile dudó antes de sentarse en el borde de la cama, al lado de la joven, quien intuyó que aquella se sentía inclinada a hacer confidencias de mujer, de esposa y de madre. Sylvia bajó un poco la cabeza y se miró los pies. La serie continuaba. Por alguna misteriosa razón, la gente se empeñaba en entregarle su intimidad sin que ella lo hubiera pedido. Sylvia se desahogaba muy rara vez, o nunca, y le costaba comprender que otros sintieran la necesidad o el deseo de hacerlo. Sin duda Sylvia sentía una secreta animadversión contra quienes entregaban su intimidad con tanta facilidad y contra aquellos a los que les bastaba con abrir un grifo para que se derramaran sobre ella, pobre Sylvia, reducida a su pesar a la condición poco envidiable de receptáculo, las aguas sucias del vaciado interior de todos aquellos habladores compulsivos. Más repugnantes aún le parecían las confidencias televisivas, toda esa gente que iba a los platós a contar su vida, los «anónimos» que querían dejar de serlo, pero también los «famosos» que

querían seguir siéndolo, actores, realizadores de películas, cantantes, tanto hombres como mujeres, y escritores que explicaban por qué y cómo escribían y a menudo declaraban que los impulsaba una fuerza irreprimible. Sylvia los consideraba a todos, sin distinción, unos cerdos.

Las confidencias de Odile eran sin duda menos obscenas, pero la joven temía que a cambio esperara oír las suyas.

En ese instante Odile miraba fijamente la puerta cerrada, y Sylvia presentía que se disponía a decirle cosas graves e importantes sobre la vida entera, el presente y el futuro de Louis, hijo «pródigo» y desertor de las escuelas superiores, futuro ingeniero, futura élite de la nación, pero actualmente en rebeldía.

—Me alegro de que Louis haya encontrado una muchacha como usted, en fin, una joven, no sé cómo debo decirlo...

A todas luces, Sylvia tampoco lo sabía.

—Me preguntaba cuándo sucedería, y hasta si sucedería alguna vez.

Odile suspiró, emocionada por la confianza con la que gratificaba a Sylvia, que no pedía tanto.

—En realidad, temía que no sucediera nunca. En el instituto era buen alumno y se interesaba por todo tipo de cosas, quiero decir, aparte de las clases.

—¿El tenis?

—Sí, el tenis, y ya entonces el cine. Recibía esa revista para la que ahora escribe.

—*La Revue du cinéma*.

—Sí, ahora, con la distancia, pienso que nunca debió haberse abonado, pero, en fin, ya no se puede cambiar la historia. Lo que quería decir es que tenía actividades extraescolares y nosotros lo animábamos a hacerlas... Pero no tenía chica. Al menos nunca trajo a ninguna a casa.

—Quizá tenía una amiga e iba él a su casa.

—No, no lo creo. Estoy segura de que no.

—¿Cómo puede estar tan segura?

Odile se encogió de hombros.

—Discúlpeme, pero, si hubiera tenido una chica, no necesariamente se lo habría dicho. A veces iba a casa de Régis sin decirles nada.

—Sí, es verdad —admitió Odile a su pesar, y se sintió un poco resentida con Sylvia.

Y cambió de tema.

—Cuando dejó la Politécnica, su padre y yo nos sentimos muy frustrados. Y eso de pasar el tiempo en el cine..., ¿usted cree que puede llevarlo a alguna parte?

—Sí, ya ve, ahora ese es su trabajo.

—¿Usted también piensa que se trata de un trabajo de verdad?

—Yo creo que, tal como él lo hace, se trata de un trabajo. No se conforma con ir a ver películas. Reflexiona, escribe.

—De acuerdo, pero ¿cree que sirve de algo reflexionar sobre las películas después

de haberlas visto?

Era una cuestión interesante que Sylvia también se planteaba a veces. Ella consideraba que Louis poseía una gran inteligencia, aunque ¿no debería haber aplicado su sagacidad y la sutileza de su análisis de forma más provechosa a otros objetos, en lugar de las películas? Pero, como se reprochaba este pensamiento en cierto modo utilitarista, respondió «sí» a la pregunta de Odile.

—Es normal que esté de su parte —observó esta.

—Me parece que usted también debería estarlo —respondió Sylvia en tono un poco seco.

Odile hizo un movimiento de contrariedad con el hombro, pero apenas perceptible. Estaba claro que la tal Sylvia no jugaba al juego de la complicidad entre mujeres. Por su parte, Sylvia se preguntaba si la mujer que en ese momento hablaba con ella, la burguesa que lamentaba que su hijo hubiera dejado la Politécnica, era la misma que la noche anterior erraba por las calles en camisón.

—Me preocupo por él, nada más. Es normal, soy su madre.

—Sí. Pero él hará lo más conveniente.

—¿Lo más conveniente? ¿Y qué es, según usted?

—Lo mejor para él.

—Humm. Pero no necesariamente se sabe lo que es mejor para uno mismo. A veces es bueno escuchar los consejos de los demás, e incluso de los padres. ¿No quieren los padres el bien de sus hijos?

—No. No siempre.

—¿Qué quiere decir?

Al ver el rostro consternado de Odile, Sylvia lamentó haber insinuado que los padres pueden querer algo distinto que el bien de sus hijos. Para cambiar de tema, preguntó dónde estaba Adrien, el hermano de Louis. Odile respondió que Adrien estaba en Alemania, donde trabajaba para una gran empresa de microprocesadores. No podría venir ese verano, pero estaría allí para las fiestas de Navidad.

—¿Le ha hablado Louis de su hermano mayor? —preguntó Odile.

—No.

—Son muy distintos el uno del otro. Adrien hace siempre lo que hay que hacer, en el momento adecuado. —Sonrió—. Quizá sea incluso un poco exagerado.

—Estoy segura de que Adrien es estupendo. Pero Louis también lo es, a su manera.

Sylvia tenía la clara impresión de que había decepcionado a la madre de Louis. Seguramente Odile había esperado que fuera una joven responsable, con quien podría aliarse con el fin de conseguir que Louis entrara en razón y volviera a la Politécnica. En el supuesto de que Sylvia tuviera un futuro con Louis, debería considerar que, desde cualquier punto de vista, sería más ventajoso ser la mujer de un politécnico que de un crítico de cine de una revista especializada. Odile se levantó, crispada por el despecho. Bajo el brillo engañoso de su locura, Sylvia ya no veía más que a la

burguesa estirada, la mujer a quien el delirio no la había privado ni del sentido de las conveniencias ni del orden establecido. Y Sylvia se preguntaba qué era más auténtico en Odile Schlessinger, si sus prejuicios de clase o sus fugas nocturnas.

Mientras Odile preparaba el té, Louis volvió a casa. Tal como suponía Sylvia, había ido a ver una película incluida en el cupo de tostones, o al menos de películas «prescindibles», segunda categoría que había omitido señalar a Odile. Pues había también algunos «tostones imprescindibles» y toda una casuística de cinéfilo que respondía a criterios complicados. Julie regresó también, con la cara más morena y enrojecida. Había tomado el sol un poco más de la cuenta y con un índice de protección muy bajo. Su madre la obligó a untarse con Biafine, y después disfrutaron todos de una merienda pantagruélica, como una banda de chiquillos en pleno invierno.

Hacía diez días que Sylvia y Louis habían llegado a Almstadt; cinco días que Odile se había desollado las rodillas y tres que se encontraba «francamente mejor», e incluso «bien del todo», repetía Philippe a discreción. Louis y Sylvia únicamente estaban solos por las noches. En la cama, se apretaban el uno contra el otro, prorrogaban la existencia de lo imposible que los acercaba y cruzaban desiertos que abrían ante ellos éxtasis inalcanzables. En cada ocasión volvía la tristeza de no poder afrontar juntos el vacío contra el que choca sin remedio el placer. Pues si bien es cierto que al final, más allá del gozo, cada cual se encuentra con la nada y el espanto de no ser más que él mismo, es importante haber vivido la experiencia. Durante el día, cuando le asaltaba la idea de que Sylvia acabaría dejándolo, Louis tenía la impresión de que el suelo desaparecía bajo sus pies. Entonces bajaba deprisa las escaleras, salía de casa y se lanzaba a las calles, lejos de toda esa dulzura y toda esa locura en que ahora vivían juntos. Caminaba largo rato, hasta que pensaba en otra cosa e incluso hasta que ya no pensaba en nada. La mayoría de las veces acababa entrando en un cine. Cuando llegaban los créditos finales, cambiaba de sala y veía el final de otra película. Al salir eran las seis, pero el sol seguía siendo ardiente. Se encaminaba hacia la plaza principal. Con frecuencia estaba vacía y apenas un soplo de viento levantaba una cortina en alguna ventana. Un atardecer pasó por delante de la antigua pista de tenis. La tierra batida, antaño roja, era ahora de un gris sucio con un matiz anaranjado y las redes estaban caídas dejando una abertura bajo la cuerda. Louis se deslizó por una brecha del enrejado que rodeaba la pista. Tuvo la sensación de que penetraba en un lugar que pertenecía más al tiempo que al espacio. Caminó hasta la red y apoyó en ella la mano, como para comprobar la tensión. Allí jugaba con Régis años atrás, y recordó que este tenía una raqueta vieja que se deshacía, por lo que golpeaba con la caña. Louis ganaba siempre, pero no por eso pensaba que era el mejor, sabía que era

simplemente porque tenía una buena raqueta y a veces eso le incomodaba. Un día propuso que intercambiaran las raquetas, «para ver», pero Régis dijo que no, que más valía que se acostumbrara a perder porque perdería siempre, y se echó a reír. ¿Se había reído Louis también? No lo recordaba. Quizá se había quedado estupefacto, porque ¿qué niño de diez años rehusaría jugar con una raqueta mejor que la suya si se presentaba la ocasión? Louis estaba solo en medio de la pista mal cuidada, y la risa de su amigo estallaba otra vez, resonando en su cabeza hasta hacerle daño. Pero en ese momento le pareció que al fin, por primera vez, comprendía de verdad qué había querido decir Régis.

Louis no vio enseguida al hombre con la gorra verde manzana que bordeaba la pista al otro lado de la reja y que pronto se dirigiría a él.

—Señor, está prohibido andar por la pista. Es propiedad privada.

Louis volvió la cabeza, salió sin decir palabra por donde había entrado y se alejó. Al llegar al final de la rue de Leipzig dobló la esquina. En ese momento, Sylvia cruzó el umbral de la casa. ¿Había ido ya varias veces a apostarse en lo alto de los escalones para ver si llegaba? El paso por la pista de tenis le había retrasado. Al verlo, Sylvia bajó con un paso indolente que quería disimular la impaciencia por ir a su encuentro. Cuando la veía así, enamorada, Louis ya no tenía miedo de que lo dejara.

Louis fue directamente a la cocina y Sylvia lo siguió. Le apetecía una limonada fresca. Entretanto se les unió Odile. Le preguntó qué había ido a ver al cine.

—*L’Affaire Korinski*.

—¿Y qué tal?

—Ninguna maravilla.

—¿Nada más?

Ella no insistió, pues suponía que no siempre merecía la pena contar las películas que daban en los cines de Almstadt en pleno agosto. Pero se preguntaba por qué su hijo acudía al cine en Almstadt con una asiduidad tanto más sospechosa cuanto que, tras leer el programa, calculaba que si Louis, tal como afirmaba, iba al Majestic o al Excelsior todas las tardes, debía de haber visto varias veces cada uno de los seis tostones que se alternaban en las salas. A menos que viera siempre el mismo. En el fondo, con Louis todo era posible. Odile no verbalizó sus cavilaciones, y tampoco Louis se molestó en explicar a su madre que a veces iba al cine para «pensar en otra cosa», o incluso para no pensar en nada. Que él podía ir al cine como otros van a sentarse en un café. Su madre no necesitaba que la perturbaran más aún. Y ahora Louis no deseaba hacerla sufrir, como lo había deseado en otros tiempos, para vengarse de las noches en que ella le impedía dormir.

Aquel verano Louis y Sylvia se quedaron mucho tiempo en la casa de Almstadt, y el resto de la estancia no fue para ellos menos memorable que el principio, aunque de un modo diferente. Estuvieron solos durante la segunda quincena de agosto, hasta septiembre, ya que rehusaron la invitación de Odile y Philippe de pasar con ellos dos semanas en la casa que habían alquilado, como todos los años, a orillas del mar. La víspera del 15 de agosto, fecha en que comenzaba el contrato de alquiler, Odile, Philippe y Julie salieron para Dinard, en Bretaña, y Louis y Sylvia, que no tenían obligaciones en París, ni ganas de volver, se quedaron en la casa de Almstadt. Este acuerdo les convenía a todos. Odile, por miedo a los ladrones u otro peligro cuya naturaleza exacta nadie intentaba conocer, detestaba dejar la casa vacía. Además, Sylvia se había ofrecido a encargarse de las plantas, lo cual dispensó a Odile de recurrir a la vecina.

Solos los dos, Louis y Sylvia vivieron sin horarios, durmiendo y trabajando, él en sus artículos y ella en su tesis. Acabaron por instalarse en el despacho de Philippe, donde extendieron todas sus cosas, compartiendo a partes iguales el territorio del escritorio y el de la estancia. Iban y venían en un ambiente agradable, con una especie de despreocupación radiante y estudiosa, de armonía perfecta, con la salvedad de que las exigencias del cuerpo no estaban del todo satisfechas. Pero ¿tenían exigencias reales sus cuerpos? Al verlos pasar tardes enteras conversando, trabajando, charlando y riendo, era difícil saber si alguno de los dos sufría por el fracaso de su acercamiento físico. ¿Era el amor que sentían el uno por el otro lo que hacía llevadera la frustración que otros no habrían soportado? ¿O sencillamente estaban locos?

El rostro de Adrien suele ser risueño y su carácter tiende a la alegría. Es un buen estudiante, aunque no por eso es, como yo, un odioso primero de la clase. Es bastante bueno con Julie y conmigo, los «pequeños». Cuando se burla de nosotros, lo hace sin maldad. En cambio, suele mentir, y sobre toda clase de cosas. Solo yo lo sé, pero no digo nada a nadie, aunque él no me haya pedido que me calle. Y no tiene motivos para pedírmelo porque piensa que soy como Julie y nuestros padres y creo todo lo que él dice. Una vez lo seguí cuando dijo que iba a casa de Jean-François Pabst, un compañero de clase que vive a dos pasos de la nuestra. No sé adónde fue, no lo he sabido nunca, pues no me atreví a seguirlo cuando pasó de largo por delante de la casa de los Pabst.

En casa, mi madre lleva unas zapatillas rosa que ella llama «chinelas», pero se pone los zapatos de tacón en cuanto oye el coche de mi padre cuando vuelve. Es un atardecer de primavera, pronto podremos comer en el jardín. Mi madre le pregunta a Adrien si ha hecho los deberes y él contesta «sí, sí». A mí no me lo pregunta nunca,

porque sabe que los hago nada más llegar a casa, mientras que Adrien tiene tendencia a remolonear. Adrien siempre tiene toda clase de cosas que hacer, y sobre todo amigos a los que ver fuera de casa. A menudo van a jugar al fútbol en un terreno que hay cerca de aquí, y cuando no disponen de mucho tiempo, juegan en las calles del barrio. Desde la ventana de mi habitación, a veces los veo chutar el balón delante de casa. Son todos chicos mayores que yo y nunca he intentado jugar con ellos. De todas maneras, no me gusta el fútbol. Y, además, son los amigos de Adrien. Adrien tiene un montón de amigos, más que yo, que solo tengo a Régis, pero lo prefiero. Mi madre dice que es una cuestión de temperamento y de signo del zodiaco. Adrien nació en mayo y yo en noviembre; para ella, eso explica muchas cosas, incluso lo explica todo. Según la astrología de las revistas de mi madre, es normal que Adrien sea de natural alegre y yo de natural silencioso. Que Adrien se relacione con facilidad con los demás y yo con recelo, incluso con desconfianza. Cuando mamá lee en voz alta esas tonterías sobre los signos yo me encojo de hombros y Adrien se echa a reír. Mi madre dice entonces:

—Pues bien, ahí está; eso es lo que había que demostrar.

Dice verdaderas tonterías.

En la sala grande del Majestic de Almstadt, cuando la palabra «fin» aparece en la pantalla, recuerdo de pronto que mi hermano Adrien no juega delante de casa desde hace mucho tiempo, que hace años que no voy al colegio, que mi madre ya no lee los horóscopos porque ha dejado de creer en ellos y que incluso los detesta. Pero recuerdo también que una muchacha, por un insondable misterio de la vida, me espera en casa de mis padres. Y me pregunto si de verdad tengo derecho a esta felicidad. Si Adrien estuviera aquí, probablemente se echaría a reír.

Louis y Sylvia volvieron a París el 2 de septiembre. Paul Blass llamó por teléfono a Sylvia para anunciarle que el presupuesto de la película *Les Reines écarlates* estaba cerrado y que el primer día de rodaje se había fijado para finales de noviembre. La invitó a pasar por su casa al día siguiente por la tarde. Quería que viera unos dibujos de los decorados que iban a construir a partir de unos documentos iconográficos que ella había aportado. Paul Blass creía que le haría ilusión, pero ella no deseaba que la relacionaran aún más a la realización de la película. La idea de que Paul le pidiera su opinión en todas las etapas, más que satisfacerla, le pesaba. Ella había escrito el guión, pero la elaboración de las imágenes no le interesaba. Solo quería ver la película cuando estuviera terminada. No obstante, como no podía negarse a hacer una visita a Paul, al día siguiente llamó a la puerta a la hora acordada. Estaba acostumbrada a que abriera él mismo, y se sorprendió cuando la recibió un joven al que nunca había visto. Este sonrió y la hizo pasar al salón.

—Paul no tardará, ha ido a hacer un recado. ¿Quiere un café, un té u otra cosa?

Sylvia le dio las gracias, no necesitaba nada. De pie en la entrada del salón, el muchacho mostraba una sonrisa destinada a vender algo o simplemente a promocionar la pasmosa blancura de sus dientes, que realzaba aún más su tez morena. Sylvia se sentó y volvió la mirada hacia la ventana y las copas de los árboles que conocía bien por haberlos contemplado a lo largo de tantas tardes de trabajo. Finalmente pidió un té, no porque le apeteciera, sino para que el muchacho desapareciera de su campo visual. Estaba decidida a marcharse si Paul no aparecía en el siguiente cuarto de hora. El chico de los dientes muy blancos volvió con una bandeja en la que había una tetera, una taza y un azucarero. Sylvia se preguntó si Paul había reclutado al joven a la salida de una escuela de hostelería o lo había incitado a abandonar su empleo en un salón de té del barrio, pues todo estaba servido con arte e incluso con profesionalidad. La misma vajilla parecía pertenecer al servicio de té de una casa de la alta sociedad. ¿Quizá el chico se alquilaba con el material incluido? Además de su presencia y de la vajilla desconocida, Sylvia tuvo la impresión de que había cambiado algo más, pero no sabía decir qué.

Paul llegó cuando Sylvia servía el té en la taza. El muchacho desapareció del salón.

Paul le preguntó a Sylvia cómo había ido el verano y, cuando ella mencionó a Louis, exclamó encantado:

—¡Pero si yo no sabía que tuvieras novio! ¡Había acabado por creer que en tu vida no había más que la cuadratura del círculo!

Se rió de su propia broma y Sylvia lo imitó por cortesía.

—Yo estuve en Tánger con mi amigo Jérôme Broca, ya sabes, el decorador, el que reformó el interior de la casa de Viviane.

Viviane era una actriz famosa, muy amiga de Paul.

—No lo conozco —dijo Sylvia—, pero he oído hablar de él.

—Un amigo muypreciado. Estábamos en el hotel, un hotel para occidentales, naturalmente, pero Jérôme conoce la ciudad como la palma de su mano y me llevó a lugares fabulosos a los que no van nunca los turistas.

Como había ido para ver los decorados, Sylvia, fingiendo un poco de curiosidad, pidió que se los enseñara. Paul sacó unas láminas de una gran carpeta de dibujo y Sylvia observó que el trabajo estaba muy avanzado. Reconoció algunos de los edificios, o lienzos de pared y perspectivas, directamente inspirados en los documentos que ella había aportado. Hizo algunas sugerencias que Paul aprobó y después anunció que tenía que irse. El rostro de Paul se ensombreció. Esperaba que se quedara más tiempo.

—Otra vez quizá —respondió Sylvia poniéndose la chaqueta.

Aprovechó que estaba a punto de marcharse, muy cerca de la puerta, para preguntar por Antoine.

—¿Antoine?

Paul miró a Sylvia como si de verdad no supiera de quién hablaba.

—Antoine, el joven que vive en tu casa —insistió ella, extrañada por la reacción de Paul.

—¡Ah, Antoine! —dijo él con expresión de auténtica sorpresa.

—Sí, así se llamaba, si no recuerdo mal —repuso Sylvia dirigiendo a Paul una mirada huraña.

—Antoine ya no vive aquí. Creía que lo sabías —dijo él.

—¿Dónde vive ahora?

—En un estudio, en la rue Simon Bolivar, Pyrénées-Botzaris, por esa zona. Un estudio que le pago yo, claro está, ya que él es incapaz de ganarse la vida con un trabajo normal.

—Me dijo que sería primer ayudante en tu película.

—¿Eso te dijo? Fíjate, no me extraña de él. ¡Completamente mitómano! ¡Él, primer ayudante! Pero si no es capaz de trabajar en un cortometraje. Yo lo coloqué en el corto de un amigo a principios de año, para ver qué tal. ¡Y no fue capaz ni de elaborar un plan de trabajo conveniente para tres días! Pero, poco importa, no podía seguir aquí, al final la situación se había vuelto insoportable, todas esas escenas que me hacía, iba a volverme loco. Tenía que protegerme. Necesito cierta forma de paz para crear, ¿comprendes?

Sylvia sintió cierto malestar. Paul no se llamó a engaño, se sintió juzgado, dio un paso atrás, abandonó el tono de queja, que no daba resultado. Desde luego, esa chica lo exasperaba, como público era demasiado exigente, no la camelaba con ninguna de sus jugadas. En cuanto Sylvia estuvo en el descansillo, Paul cerró la puerta de golpe.

Al bajar hacia la place Saint-Sulpice, Sylvia recordó la última vez que había visto a Antoine. Por un instante esperó verlo aparecer de nuevo. Entonces el joven le contaría lo que había sucedido entre Paul y él. Pero esta vez, cuando Sylvia habría escuchado de buena gana su versión de los hechos, Antoine no se dejó ver.

* * *

Sylvia no había visto a Françoise en todo el verano. Su amiga había pasado el mes de agosto en una casa que Samuel había alquilado en Biarritz para descansar y preparar el papel de una obra de teatro, el personaje del hijo en *Largo viaje hacia la noche*, de Eugene O'Neill, que se representaría en el Vieux Colombier ese otoño. Françoise se había iniciado en el surf y, aunque no tenía demasiada facilidad, según ella misma decía, lo había pasado bien.

—Tengo un montón de invitaciones para exposiciones. Creo que la de Milord T., en el Jeu de Paume, merece la pena. Podríamos ir mañana, ¿qué dices?

Sylvia no sabía quién era Milord T., del que Françoise hablaba como si hubieran desayunado juntos. Pero se acordaba demasiado bien de la última exposición a la que había ido, a instancias de Françoise, para tener ganas de repetir la experiencia. Como de costumbre, trató de resistirse, pero al final, también como de costumbre, acabó por ceder. Tenía muchas ganas de ver a Françoise, y la exposición era una ocasión tan buena como cualquier otra. Sylvia no quería contrariarla, tal vez incluso estaba secretamente encantada de ceder a su ruego insistente, de ofrecer un sacrificio en uno de los rituales de su amistad. Eso las conducía al pasado, a aquellos años en que el entusiasmo de Françoise derribaba a su paso las resistencias de Sylvia.

Se encontraron delante del museo del Jeu de Paume y se arrojaron la una en los brazos de la otra. Sylvia propuso que fueran a tomar algo al kiosco de las Tullerías antes de encerrarse en el museo, pero Françoise meneó la cabeza.

—No, mejor vamos a ver la exposición enseguida. Más tarde vendrá mucha más gente y no será tan agradable.

—Sí, pero en el jardín hará menos sol y tampoco será tan agradable —señaló Sylvia sonriendo.

Pero Françoise ya la arrastraba al interior. Sylvia, sin protestar más, preguntó quién era Milord T. Françoise tendió la invitación al guarda, cogió a Sylvia del brazo, apretó el paso y murmuró:

—¿No conoces a Milord T.?

—Nunca había oído hablar de él —confesó Sylvia sin falsa vergüenza ni falsa fanfarronería.

—Trabaja con el todo y el montón.

Sylvia le pidió que repitiera.

—No empieces —susurró Françoise—, lo has comprendido a la perfección.

—El montón y el todo. ¿Es eso?

Y Sylvia se echó a reír, una risa discreta que aun así contagió a Françoise.

—Espera a ver antes de criticar.

Sylvia vio enseguida. En la gran sala había diferentes montones de altura y anchura diversas, de cincuenta centímetros el más pequeño hasta seis metros el más grande. Una «casi colina», ese era el título de la obra, ocupaba el centro de la sala y dominaba las demás. Sylvia localizó de inmediato el inevitable montón de arena, luego un montón formado por cubos de madera, otro de bolas de corcho pintadas con un barniz que impedía que rodaran por todas partes, un montón de tierra, un montón de guijarros. Sylvia le susurró a Françoise que veía bien los montones, pero no el todo. Françoise se encogió de hombros y adoptó una expresión muy concentrada. Cuando llevaba tres minutos en ese lugar, Sylvia tenía un solo deseo: salir para reír al aire libre.

Cuando estuvieron sentadas bajo el cenador del kiosco de las Tullerías, Françoise dijo con un suspiro:

—Debería haber supuesto que no te gustaría. No te gusta la experimentación. Ni el arte moderno.

—No es arte —dijo Sylvia con calma.

—¿Afirmas que no es arte?

—Sí. Eso es exactamente lo que digo, pero como no tengo ganas de que nos peleemos, preferiría que habláramos de otra cosa.

—Pero bueno, ¡eres de un dogmatismo insoportable! ¿Quién eres tú para decidir qué es arte y qué no lo es? Admite al menos que es interesante, que hay un concepto.

—No voy a los museos para ver conceptos, o ilustraciones de conceptos.

Sylvia sonrió para evitar la disputa.

—No soy más que una pequeñaburguesa anquilosada y una incurable refractaria a las manifestaciones del arte contemporáneo. Háblame de tus vacaciones en Biarritz.

Françoise sacó una fotografía en la que se la veía sobre una tabla de surf. Se la había hecho Samuel.

—¡El surf se te da bien! —exclamó Sylvia con sincero entusiasmo.

—No hay que exagerar. Digamos que me las he arreglado mejor de lo que creía.

* * *

Cogidas de la mano, las dos muchachas caminaron por las Tullerías en dirección al Louvre. Françoise había recuperado la sonrisa y el entusiasmo. Quería ir a La Samaritaine a comprarse un «bolso de diario» y consiguió convencer a Sylvia de que la acompañara. Françoise había ido a pie, pues había dejado el coche en el garaje. Comentó que ahora no lo sacaba más que por la noche. El Panda estaba en un estado lamentable y a Françoise le era imposible económicamente reparar el tubo de escape, que emitía ruidos siniestros. Además, había toda clase de otros ruidos cuya procedencia ignoraba, chasquidos y pitidos que parecían surgir de las entrañas del vehículo.

—Samuel podría echarle un vistazo —apuntó Sylvia.

—Sí, podría —respondió Françoise—. Pero para empezar tendría que pedirselo.

—¿Por qué no se lo pides?

—Está demasiado ocupado con el teatro. Incluso le ayudo a repasar su papel.

—Podría echar un vistazo al coche durante ese tiempo. ¿Qué impide hacer un trabajo de mecánica mientras se memoriza el texto?

—Sí, puede ser —respondió evasivamente Françoise, y Sylvia comprendió que su amiga nunca le pediría a Samuel que echara un vistazo al automóvil.

»¿Y el politécnico? —preguntó Françoise.

—¿Le sigues llamando así? Hace lustros que no lo es.

—Sí, pero yo lo llamo así. Todavía iba a la escuela cuando lo conocimos.

—Digamos que se arrastraba hasta allí de vez en cuando, por complacer a su padre.

—Y su madre ¿cómo es?

—Se llama Odile y nos hemos entendido bastante bien las dos.

—Creo recordar que dijo que tenía una hermana.

—Sí, Julie —respondió Sylvia preguntándose cuándo le había dicho Louis a Françoise que tenía una hermana, y qué le había llevado a contárselo.

—¿Entonces ya conoces a toda la familia? —dijo Françoise con cierta ironía.

—No, no conozco al mayor, Adrien. Vive en Alemania y no podía venir. ¿Louis no te ha dicho que tenía un hermano?

—No, ¿por qué? ¿Tendría que habérmelo dicho?

—Ya que te ha dicho que tenía una hermana, podría haberte dicho también que tenía un hermano.

—Quizá me lo haya dicho, pero no lo recuerdo.

A finales de septiembre, Charlotte, la madre de Sylvia, manifestó su deseo de conocer al amigo de su hija. Acordaron que «los chicos» irían a cenar a Daumartin el primer viernes de octubre y que, si les apetecía, pasarían allí el fin de semana. El otoño era suntuoso y las excursiones que podían realizarse en los alrededores, numerosas. Louis y Sylvia cogieron el tren en Montparnasse y se bajaron en la estación de Daumartin, donde Georges les esperaba, como siempre, apoyado en la puerta delantera de su automóvil. Sylvia temía este encuentro. ¿Qué podrían decirse sus padres y Louis? Además se planteaba la delicada cuestión del trabajo de Louis, ya que los padres de Sylvia, al igual que los de Louis, no consideraban la crítica de cine una profesión de pleno derecho. De modo que por pura amabilidad, al entablar conversación, Georges Delaunais le preguntó a Louis: «¿Así que es usted periodista?», en vez de: «¿Así que es usted crítico de cine?».

—Sí, en fin, soy crítico de cine —respondió Louis—. Es un subgénero del periodismo.

Georges le devolvió la sonrisa sin atreverse a preguntar si «subgénero» significaba solamente «subconjunto» o implicaba un juicio de valor. Entretanto, Georges había detenido el automóvil delante de la panadería y Sylvia estaba comprando el pan.

En el transcurso de la comida que siguió, y a lo largo del fin de semana, quedó de manifiesto que los padres de Sylvia, tal vez porque pensaban que no les incumbía el porvenir de Louis, no veían inconveniente en que fuera crítico de cine, si bien continuaban considerando que no era una profesión propiamente dicha. Su tolerancia se debía a que les importaba un comino, ya que ninguno de los dos pensaba en serio que Louis y Sylvia tuvieran un futuro juntos. Georges, porque su hija no tenía

necesidad de ningún hombre —era demasiado inteligente para eso—, y Charlotte porque su hija no era una mujer de verdad. En opinión de Georges, su hija no tardaría en darse cuenta de la inutilidad de un compañero. En opinión de Charlotte, ese guapo chico no tardaría en darse cuenta de que Sylvia no podía satisfacer las necesidades elementales de un hombre. Por suerte, ninguna reserva podía empañar el buen humor general ni disminuir el brillo suntuoso de la luz dorada que entraba por las ventanas del comedor abiertas de par en par. En el jardín, los árboles lanzaban llamas rojas y amarillas hacia el azul inalterable del cielo. El otoño acababa de comenzar y ninguna hoja había caído aún sobre el césped un poco descolorido por el verano. Sentada en su sitio habitual, junto a la ventana, Sylvia miraba ese resplandor, que prefería al del verano, pues aún conservaba su luz pero no su crudeza. Era una fiebre sublime que avanzaba hacia su final y hacia el despojamiento lúcido del invierno. El otoño proclamaba a diario su propia muerte a través de inmóviles incendios, pura ofrenda de sí mismo hasta la inmolación y el despojo final.

* * *

Durante la comida la conversación se desarrolló de un modo natural hacia los gustos de cada uno en materia de cine. El padre de Sylvia no habría visto más de una veintena de películas enteras en toda su vida. La mayoría de las veces se quedaba dormido en la mitad y, según él mismo confesaba, no llegaba a «enterarse de la historia». Su película preferida era *Memorias de África*, por «la preciosa fotografía y los leones». Era también la única de la que guardaba un recuerdo bastante preciso.

—Sé que los leones están drogados porque mi hija tuvo el gusto de informarme. Según usted, ¿eso impide que la película sea buena?

—*Memorias de África* es un buen melodrama, una película popular de calidad.

—¿Y qué me dice de los leones drogados?

—Nunca he oído hablar de ello, pero es posible que los durmieran un poco, para facilitar algunas tomas...

—Sí, ¿y eso impide que la película sea buena?

Louis respondió muy rápido, sonriendo y tratando de no parecer demasiado pedante:

—En el cine la mayoría de las normas son normas técnicas. Algunos teóricos han elaborado normas... digamos morales, por ejemplo Bazin, que explica por qué, según él, no se debe cortar una persecución entre un cazador y un animal para empalmar después, porque eso es «hacer trampa». Pero por lo que sé, no dice nada sobre animales drogados.

—Pero ¿y usted qué piensa?

—La verdad es que nunca he reflexionado sobre ese problema. Pero me parece que la calidad de la película no depende directamente de que se haya dormido o no a los animales.

—¿Y a usted qué películas le gustan? —continuó Georges.

—Muchas. Es difícil decirlo.

—Solo tienes que dar algunos nombres de tu lista —apuntó Sylvia.

—Así que hay una lista —se sorprendió Georges sonriendo.

—Todos los cinéfilos tienen una lista. La lista es una especie de manía de la cinefilia.

—En ese caso, diga algunos títulos de su lista.

—Clásicos del cine mudo. *Nosferatu*, de Murnau, o *Amanecer*, también *El último*; de hecho, todas las películas de Murnau.

—¿Y una película francesa?

—*La regla del juego*, de Jean Renoir.

—Ah, sí. Es muy conocida.

—Confieso que mi lista no es muy original.

—Otra menos conocida, pues.

—*Al azar de Baltasar*, de Bresson.

—No me suena —dijo Charlotte—. ¿De qué va?

—Es la historia de un asno.

—Son graciosos los asnos. Tercos pero muy monos. A Sylvia le gustan los asnos. ¿No es verdad?

—Sí, sí.

—Cuando Sylvia era pequeña y veía delante de las tiendas a unos de esos asnos que llevaban sobre el lomo cestos llenos de caramelos de miel, sobre todo por Navidad, se echaba a llorar porque decía que los cestos pesaban demasiado y quería liberar a los asnos. Una vez la emprendió con el dueño y le dijo que tenía que dejar de torturar a su animal.

—De hecho los asnos son bestias muy fuertes —añadió Georges—. ¿Tú has visto esa película de la que habla Louis?

—¿*Al azar de Baltasar*? Sí, la he visto —respondió Sylvia—. También a mí me gusta mucho. Actúan varios asnos, pero el espectador no se da cuenta. Cree que es siempre el mismo.

—Ah, es interesante eso que dices. —Su padre sonrió—. Quiere decir que hay trampa también. ¿Y los asnos de Bresson están drogados, como los leones de Sidney Pollack, o no?

Louis no supo qué contestar, pero prometió informarse. Después de comer todo el mundo estaba de buen humor. Decidieron aprovechar el buen tiempo para dar un paseo por el bosque cercano. Dejaron la siesta para más tarde. Sylvia se puso un viejo pantalón de pana beis de sus tiempos del instituto y un jersey grueso color violeta que le había hecho su abuela materna cuando tenía doce años. Al verla vestida así, Louis la encontró encantadora, pero no llegó a decírselo. Salieron de la casa y tomaron un camino que bordeaba el muro del parque del palacio, un edificio del siglo XVIII, de tamaño modesto que pertenecía al ayuntamiento y albergaba la biblioteca de la ciudad

y el club de la tercera edad. Al llegar delante de una verja dejaron el camino y se internaron en el réquiem dorado del bosque. Otros paseantes surgían en el recodo de un sendero, o pasaban furtivamente al final de un camino, antes de desaparecer. Solitarios, enamorados, familias con enjambres de niños y hordas de perros.

Caminaron durante largo rato. Solo cuando el sol empezó a declinar pensaron en volver. El cielo se estaba volviendo malva y, en algunas zonas, violeta. El sol poniente iluminó una última vez las hojas rojas y amarillas, y luego el azul de ultramar se derramó como tinta por la inmensidad del cielo. Cuando llegaron a casa ya era casi de noche. Georges fue a buscar troncos a la bodega y encendió un fuego con ayuda de Louis. Sylvia los miraba desde la cocina, donde ayudaba a su madre a envolver en papel de aluminio unas patatas para asarlas en la chimenea. Estaba asombrada, pero también reconfortada, por aquella armonía familiar que no había esperado. Y esa noche, algo más que furtivamente, se sintió feliz, como nunca lo había sido, o en todo caso desde hacía mucho tiempo, en sus días de infancia antes de la Navidad, cuando la magia y la esperanza aún no se veían amenazadas por ninguna pena.

Sylvia habría podido sentirse celosa al ver las miradas y las sonrisas un poco insistentes, o al menos eso le parecía, que su madre le dirigía a Louis, pero sabía desde hacía tiempo que su madre no podía evitar adoptar una actitud de seducción permanente con todo el mundo. Por otra parte, eso era quizá lo que Charlotte llamaba «ser una mujer de verdad», en cuyo caso tenía toda la razón al predecir que su hija nunca lo sería. Exigía un esfuerzo continuo que Sylvia era incapaz de realizar.

Louis se divirtió mucho al ver la habitación de Sylvia. Una habitación que sin duda superaba a la suya en austeridad.

—Una auténtica habitación de trapense —comentó.

Tiritaron de una manera deliciosa en las sábanas frescas y blancas. Escucharon durante unos instantes el batir de alas y de hojas cuya caída anunciaba el viento. Oyeron unos sinuosos maullidos de gatos que merodeaban y después se durmieron apaciblemente.

Al día siguiente Sylvia propuso dar otro paseo. Pero su madre quería ver *Présence protestante*; su padre, escuchar un programa sobre política en France Culture, y Louis, que no estaba acostumbrado a andar, no tenía ganas de repetir tan pronto. Después de una ducha muy caliente, Sylvia se puso el pantalón de pana y su viejo jersey de punto, fue a buscar el calzado a la bodega y se marchó sola. Tomó la misma dirección que la víspera, pero, en lugar de dejar la verja a un lado, la cruzó. Hacía

tiempo que no iba allí, desde la gran tormenta de diciembre de 1999. Aquel día había llorado mucho y se había jurado que no volvería nunca más. Sin embargo, se dirigió hacia la alameda antes bordeada de árboles majestuosos, ahora vasta y vacía, y en la que ya nada suponía un obstáculo para el sol, el viento y la lluvia. No era más que una alameda demasiado ancha en la que ya no se podía poner a cubierto la soledad. Cuando llegó delante del palacio, le pareció pequeño y sin gracia. Pero no fue una decepción; nunca le había gustado. De pronto algo le oprimió el pecho y sintió la ineludible necesidad de salir de la finca, de volver a casa y encontrarse con quienes había dejado en ella: su madre, que veía la televisión; su padre, que debía de estar escuchando la radio, y Louis, ¿qué podía estar haciendo Louis? Seguramente había traído un libro o trabajo que hacer. Volvió sobre sus pasos por la alameda, deprisa, y en su rápida marcha veía alzarse los árboles de antaño como inmensos fantasmas y creía reconocer a cada uno de ellos. Al cruzar de nuevo la verja, se apoyó unos instantes en el muro. El sol se colaba entre el follaje y Sylvia tenía calor. Corrió hacia la casa y cuando vio a Louis que miraba el jardín por la ventana, se sintió loca de alegría. Al percibir su presencia, él se volvió.

—¿Ha estado bien el paseo?

Ella asintió con la cabeza. Él vio sus mejillas enrojecidas y reparó en su agitación. Ella avanzó hacia él y, luego, reprimiendo su impulso, desapareció por la escalera hacia el piso de arriba. Louis hundió las manos en los bolsillos; le parecía haber intuido el impulso reprimido. Se asemejaba mucho a los de él.

Después de la comida, Charlotte propuso que fueran a tomar el té a Fragier. Sylvia solía decir que Fragier era el paseo «al faro» de su madre, una salida que siempre acababa posponiéndose. Hacía unos años Sylvia había regalado la novela de Virginia Woolf a su madre, que la había dejado al cabo de una veintena de páginas.

—Es aburridísimo, no comprendo por qué la gente escribe ese tipo de libros.

—Hay gente que los lee y a la que le gustan.

—Pues que les aproveche; para mí es demasiado sutil.

Esta frase y sus variantes —«Es demasiado para mí», incluso «Eres demasiado inteligente, no entiendo nada de lo que dices»—, las había oído Sylvia muchas veces. La sumían siempre en una desesperación llena de ira y en una indignación impotente. La mayoría de las veces, viendo que su hija estaba a punto de llorar, Charlotte preguntaba:

—Pero, bueno, ¿qué he dicho que sea tan terrible?

Cuando su marido estaba presente, lo ponía por testigo:

—Georges, ¿qué he dicho que sea tan terrible?

Georges afirmaba no haberlas oído, y Sylvia miraba a su padre con cierto desdén por su cobardía.

—Georges, ¿puedes hacer entrar en razón a tu hija? ¡Esto es ridículo! ¿No es

ridículo acaso?

—¡Pero si no sé de qué estáis hablando! —insistía Georges.

Ese era el momento en que Sylvia sentía que debía abandonar la partida, una partida que no ganaría nunca. Su madre creía sinceramente que era la mujer más dulce y generosa de la tierra. Era inútil intentar siquiera matizar esa apreciación. Pero Sylvia a menudo tenía la impresión de que ella misma era, por su intransigencia y sus exigencias, su propia víctima. Su madre ganaba en todos los aspectos del juego: Sylvia se sentía siempre herida y culpable. Tras esos episodios, se exhortaba a no exigir a los otros más de lo que podían dar. Después de todo, ¿acaso su madre no tenía derecho a aburrirse con la lectura de *Al faro*? En su deseo masoquista de dar la razón a los demás, Sylvia no se concedía ninguna circunstancia atenuante. Deliberadamente olvidaba, por ejemplo, la agresividad fundamental que su madre había manifestado al devolverle su regalo.

—Creo que tampoco hoy iremos a Frasier, porque es domingo y está cerrado —observó Sylvia.

El rostro de Charlotte se ensombreció ligeramente.

—No lo había pensado.

—Un salón de té debería estar abierto el domingo por la tarde, es absurdo —comentó Georges.

—Sí, es absurdo, pero creo que Sylvia tiene razón —concedió Charlotte.

Sylvia siguió tomando su tisana sin inmutarse. Vivía el triunfo con modestia.

—Sylvia siempre tiene razón —prosiguió Charlotte—; por eso está tan deprimida. Sylvia miró a su madre.

—No estoy deprimida, mamá, soy circunspecta —respondió en un tono particularmente apacible que indicaba que se había puesto muy nerviosa.

—Louis, ¿a usted no le parece que Sylvia está deprimida? —insistió Charlotte.

—Eh... No, está bien —contestó Louis, desconcertado—. Puede que yo mismo lo esté. Creo que me gustan las personas un poco deprimidas, las encuentro menos agotadoras que las otras.

—¿Ah, sí...? —dijo Charlotte, asombrada, poniendo mala cara.

Al comprender que tal vez Charlotte había tomado su última frase como un ataque personal, Louis creyó conveniente añadir, para sostener el sentido general de sus palabras:

—En fin, a mí me parece curioso que se pueda no estar deprimido.

—¿Qué quiere decir?

Como Louis dudaba en enzarzarse en una explicación, Sylvia tomó la palabra para acudir en su ayuda.

—Lo que quiere decir Louis, y él me dirá si me equivoco, es que la vida en general es deprimente y acaba sistemáticamente de una manera poco agradable.

Charlotte le preguntó a Louis si era eso lo que quería decir, y él confirmó:

—Sí, eso es, tiendo a pensar que la depresión es un estado justificado y, por así

decirlo, legítimo, viendo cómo vive la gente. Los que no están deprimidos solo logran vivir porque niegan la realidad. Hay que ser un inconsciente o estar ciego para no estar deprimido por la vida y la muerte que comporta.

Louis sonrió a Sylvia, y Charlotte interceptó esa sonrisa, buscó la mirada de su marido y solicitó su opinión. Georges le aseguró que no tenía ninguna.

—¿Cómo hemos llegado a hablar de todo esto? —dijo con un suspiro, deseoso sin duda de charlar de un tema menos serio.

—Mamá me veía deprimida, así es como ha empezado.

Por miedo a que se reanudara la conversación, y para desviar la atención, Georges se puso a buscar el número de Fragier en la guía. Le respondió un contestador que confirmó que el salón de té estaba cerrado los domingos. Sylvia hizo un movimiento apenas perceptible con los hombros. Su madre le dirigió una mirada muda; tampoco ese día irían a Fragier.

—Iremos en otra ocasión —dijo Sylvia con voz fina, parodiando a su madre.

Al levantarse una mañana, Louis vio por la ventana que los árboles estaban desnudos. Apenas había visto pasar el otoño y ya estaban a las puertas del invierno. Sintió que el corazón le latía más deprisa sin razón. Al final de esa mañana, una llamada de su madre pareció proporcionarle retrospectivamente la causa de su ansiedad. Invitaba a Louis y a Sylvia a pasar la Navidad en Almstadt.

—Mi madre me ha llamado hoy. Mis padres nos invitan a ir por Navidad —le dijo Louis a Sylvia cuando estaban sentados en el Zimmer, un café en la place du Châtelet, en uno de esos compartimentos que recuerdan las calesas de antaño—. Le he dicho que te llame, pero ha preferido que te lo diga yo. Evidentemente, no tienes que contestar ahora mismo.

—¿Y tú qué pensabas hacer?

—La verdad es que no lo había pensado. Tenía la impresión de que ayer mismo era verano y ahora nos invitan para Navidad, así que...

Todos los años, desde siempre, Louis pasaba la Navidad con sus padres en la casa de Almstadt, y así sería hasta el año que estuvo en Chelsea. Sylvia también había pasado siempre la Navidad con sus padres y nunca había pensado en faltar a la cita. Al fondo del Zimmer, al final de esa tarde de mediados de diciembre, Louis y Sylvia sintieron secretamente cierto sosiego al observar que tenían los problemas de una pareja normal y corriente. Preocupaciones de la vida cotidiana y fiestas de fin de año. Preocupaciones familiares que los amarraban a la vida y también el uno al otro. Contra todas las previsiones, Georges y Charlotte Delaunais animaron a su hija a aceptar la invitación de los Schlessinger y, al cabo de tres días, le anunciaron que los habían invitado a cenar en Nochebuena en casa de unos amigos en Soissons. Dada la rapidez de aquella solución para salir del paso, Sylvia se dijo que sus padres se habían sentido tan desesperados por no verla en Navidad que habían hecho lo posible

para que los invitaran a fin de no quedarse solos. Pero poco más tarde se le ocurrió la idea de que, por el contrario, quizá esperaban desde hacía tiempo que ella pasara las fiestas en otro lugar y los liberara de la obligación siempre vigente de celebrarlas con ella. Esta idea no le había pasado por la cabeza hasta aquel día, y por esa razón, al ser hija única, hasta entonces siempre había procurado pasar las fiestas con sus padres, aunque tuviera que rechazar otras invitaciones. Y de pronto pensó que quizá ellos habían hecho lo mismo durante todos esos años para no herirla. Entonces se sintió culpable, tuvo la sensación de que les impedía vivir tanto como ellos se lo impedían a ella. De todos modos, también era posible que nunca los hubieran invitado antes en Navidad y que lo de ese año fuera solo una coincidencia, una feliz coincidencia. Y Sylvia se perdió en conjeturas que la consumieron durante un buen rato. O bien habían aceptado con alegría la invitación de sus amigos de Soissons, o bien habían aceptado a su pesar, por miedo a quedarse solos. En ese caso, Sylvia no era culpable de haberles impedido hacer lo que querían, sino de haberlos abandonado. Y se sentían tan heridos que habían hecho lo posible para que los invitaran unas personas a las que no necesariamente tenían ganas de ver. Cualquiera que fuese la situación, se imponía la culpabilidad. Fue al cuarto de baño para ver en el espejo si su rostro estaba tan devastado como su cerebro. No sabía si debía alegrarse de que sus diversas hipótesis y especulaciones aún no hubieran creado sombras alrededor de sus ojos. Se dirigió una mueca espectacular y se exhortó a interrumpir el torrente incesante de preguntas que sabía que quedarían sin respuesta. Pues, de habérselas hecho a sus padres, ¿no habrían mandado a paseo, por esas divagaciones suyas, a su hija, a quien de verdad querían mucho pero que, a pesar de todo, les parecía siempre «un poco demasiado complicada» para ellos?

Antes de partir hacia Almstadt, Sylvia decidió reunir a algunos amigos en una cena. Louis invitó a Marc y Étienne, a quien ella aún no conocía. Sylvia invitó a Françoise y Samuel, que sin embargo no podría acudir debido al teatro. Lo había invitado en varias ocasiones, pero él nunca se había disculpado directamente, ni siquiera con una llamada telefónica, sino que siempre había recurrido a Françoise. Sylvia había acabado por pensar que Samuel no la apreciaba en absoluto, aunque Françoise afirmara lo contrario.

La primera vez que Sylvia vio a Samuel fue al principio de la amistad entre las dos chicas. Françoise la había invitado a un ensayo general de *Andrómaca*. Samuel formaba parte del reparto. Al acabar la representación, las dos fueron a su camerino. Samuel tendió a Sylvia una mano, mientras con la otra se pasaba por la cara un algodón con leche desmaquilladora. Sylvia estrechó la mano tendida y sonrió al rostro sin expresión, como una máscara, que tenía enfrente. Samuel no sonrió, ya porque no quisiera, ya porque algo se lo impedía. Volvió a sentarse y continuó con la lenta y escrupulosa tarea de desmaquillarse. Durante todo el tiempo que esto duró,

Françoise lo observaba sentada en una silla adosada a la pared. Sylvia atribuyó la frialdad de Samuel a la situación, pero lamentaba haber acompañado a su amiga al camerino.

Una hora más tarde, los tres cenaban en un restaurante de la rue Coquillière. Sylvia le manifestó a Samuel su entusiasmo por su interpretación de Pirro. Él se lo agradeció con una sonrisa. La sinceridad de la muchacha estaba fuera de toda duda y probablemente él la apreciaba. Sin embargo, ella percibía en su actitud una especie de circunspección, de reticencia. Entonces se enfrascó en varias hipótesis que claramente la desvalorizaban: sin duda Samuel no comprendía qué veía Françoise en ella y por qué era su amiga. Después de esa velada Sylvia no podía desprenderse de la sensación de que había suspendido un examen sin saber qué error había cometido. Al día siguiente, Françoise la llamó para decirle que Samuel la encontraba muy simpática. Sylvia no la creyó; por otro lado, ella no pensaba que fuera una persona simpática, y aun cuando Samuel lo hubiera dicho, sin duda no lo creía. Era más probable que a Samuel le hubiera parecido idiota e insignificante y que Françoise, por delicadeza, hubiera resumido ambas apreciaciones con el adjetivo «simpática». Con posterioridad, Sylvia solo vio a Samuel de forma fugaz: o bien él llegaba a casa de Françoise cuando ella salía, o bien era ella quien llegaba cuando él estaba a punto de irse. Françoise hablaba muy poco de Samuel y, cuando lo hacía, se atenía estrictamente a los hechos: habían ido juntos a tal sitio, habían visto a tal persona. Françoise nunca hablaba de sentimientos, salvo para decir que carecían de importancia.

* * *

Los invitados de Sylvia llegaron todos al mismo tiempo. Se habían encontrado en el patio y en el pasillo, habían intercambiado unas palabras en el ascensor y estaban todos de excelente humor. Étienne Duriez tendió a Sylvia un ramo de peonías clavando sus ojos oscuros y vivos en los de la joven. Ella tuvo la impresión de que era como si el hombre entrara en un territorio nuevo que tenía la intención de conquistar, de una manera u otra. No de modo desleal para con su amigo, sino por medio de lo que él mismo consideraba la fuerza de su mente para descifrar las apariencias. Y en efecto Sylvia, que había leído sus artículos en *La Revue du cinéma*, lo consideraba brillante. Pero tuvo la desagradable sensación de que todos los seres que conocía se convertían para él en objetos de estudio. Louis le había dicho a Étienne que Sylvia era muy bonita. Étienne le había creído, si bien había percibido un fuerte índice de enamoramiento en dicha apreciación. Sin embargo, al ver a Sylvia le había parecido que en efecto poseía una belleza considerable, el tipo de belleza que —pensaba— había debido de dejar estupefacto al esteta romántico contrariado que era Louis. Pero, como no ignoraba las tribulaciones de Louis desde que este le había relatado su viaje a Cuba, no podía por menos de preguntarse cómo se entendían los

cuerpos de aquellos dos. Cada mirada que posaba en Sylvia revelaba hasta qué punto le intrigaba, y ella, para sustraerse a ese examen de una insistencia inaudita, no encontró nada mejor que mirar a su vez fijamente a Étienne hasta que él, al comprender el mensaje, la observó con mayor discreción. Con todo, Sylvia tuvo la impresión de que la escrutaba durante toda la cena. Hablaron sobre todo de cine y del oficio de crítico. Louis, Étienne y Marc tenían un alto concepto de su misión de «barqueros»

—¿De «barqueros» de qué? —preguntó Françoise con una sonrisa una pizca burlona.

En ese momento sonó su teléfono móvil, lo que dio a los muchachos tiempo para reflexionar. Era Samuel, que estaba delante del edificio pero no tenía el código del portero automático.

—¡Samuel! ¡Qué alegría! —exclamó Sylvia al abrir la puerta.

—Perdona que me presente así...

—¡Al contrario, estoy encantada! Pasa.

La representación se había suspendido a causa de una huelga de técnicos. Hasta el último momento habían creído que se llevaría a cabo, pero al final... Françoise presentó a Samuel a los otros chicos, que lo conocían por haberlo visto en algunas películas. Sylvia fue a buscar cubiertos a la cocina, añadió una silla y se apretaron un poco, desplazando el centro de gravedad de la mesa. Le preguntaron a Samuel qué estaba pasando en el «Français» y dejaron de lado la cuestión de la misión de los críticos de cine.

Más tarde, al final de la cena, Françoise les contó la visita a la exposición de Milord T. en el museo del Jeu de Paume y provocó la risa general al remedar la estupefacción de Sylvia ante las «instalaciones» de los montones.

—No estaba desconcertada —aclaró Sylvia sonriendo—. Estaba más bien enfadada, me parece.

—¿Es quizá un poco de esnobismo? —comentó Françoise—. El placer de vilipendiar la exposición que aclama todo París.

—No vilipendio nada, no hablo de ella. Pero puedes decir que no entiendo el arte contemporáneo y así nos evitaremos la discusión sin salida que hemos tenido cuarenta mil veces y que sin duda aburrirá a todo el mundo.

—En absoluto —intervino Étienne—, a mí me interesa mucho.

—¿Has visto la exposición de Milord T.?

—No, aún no.

—Hay que ir corriendo. Se acaba a finales de la semana que viene —aconsejó Sylvia con ironía.

—Tendremos que ir los tres —dijo Étienne dirigiéndose a Louis y Marc—. Y entonces, Sylvia, ¿qué fue lo que te disgustó tanto?

Sylvia se limitó a encogerse de hombros.

—A Sylvia no le gusta nada después de Brueghel el Viejo —afirmó Françoise con una sonrisa pasando el brazo alrededor de los hombros de su amiga.

—Bueno, dos o tres cosas más —añadió Sylvia.

—Yo también he visto la expo —dijo Samuel—. Françoise quiso llevarme después de ir contigo. De hecho, no paraba de insistir. Fui y me pareció que no valía nada. No es más que basura, un tipo que ha logrado hacer cualquier cosa absurda y hacerla pasar por arte y venderla. Porque eso es lo que está en juego en esa estafa. Yo no soy crítico de arte, ni aficionado ni nada, pero digo que eso no es arte; no soy un intelectual, no lo toméis a mal, no desprecio a las personas que se dedican a pensar. Simplemente digo que allí no había materia alguna sobre la que pensar.

—Es un poco fácil, ¿no? —dijo Marc.

—En absoluto —respondió Sylvia—. ¡Con el pretexto de que es demasiado fácil criticar el arte contemporáneo, no se puede criticar nada! ¡Al final es insoportable!

—Habría que establecer la definición de arte —apuntó Marc.

—¡Oh, no, eso no, piedad! —murmuró Louis con una sonrisa.

—Si solo hubiera habido personas como tú, Samuel —señaló Françoise—, nunca se habría reconocido a ningún innovador. Ese Milord T. quizá sea el equivalente de Manet o de Picasso.

—Vaya, desde que los burgueses del siglo diecinueve no supieron valorar a los impresionistas, hay tanto miedo a pasar al lado de algo sin verlo que la gente se inclina ante cualquier basura que se presente como arte.

—Y a mí tampoco me gusta Picasso. Es feo —dijo Samuel.

—Aún así, ¿no se te ocurriría decir que no es arte? —preguntó Louis.

—Me importa un bledo que sea arte o no. Yo lo encuentro feo.

—Tonterías —susurró Françoise—. ¿Y a ti, Louis, tampoco te gusta Picasso?

—Yo creo que es un gran artista.

—Lo que haces es inclinarte ante la crítica institucional que a lo largo de todo el siglo veinte sobrevaloró su pintura —dijo Sylvia.

—¿Vamos a ver a Milord T. el miércoles, por ejemplo? —le propuso Marc a Louis.

—Sí, hay que ir. El concepto es interesante —insistió Françoise.

—Ese es el problema —dijo Sylvia—, no hay más que concepto, y solo la mitad, porque yo vi varios montones, pero no el todo. Y si quiero concepto, no necesito ir al museo. Abro la *Crítica de la razón pura*, no voy a ver cuadros. No voy al museo para revolcarme en el concepto, ¡socorro! Louis, ¿no dices nada?

—No he visto la exposición de la que habláis.

—Te pareces a mi padre cuando se escabulle —dijo Sylvia, divertida.

—De todas maneras, seguro que como crítico de cine tienes algunas ideas sobre la vanguardia en el arte —intervino Françoise.

—Sí, pero temo que Samuel lamente haber venido.

—Al contrario, me estoy divirtiendo mucho —dijo Samuel.

Más tarde, la conversación se centró en el cine y los «tres» de *La Revue* llevaron la voz cantante. Pronto se quedaron solos en la discusión y se enfrentaron sobre la cuestión claramente vital de determinar quién era el mejor cineasta, John Ford o Howard Hawks. Louis argumentaba en favor de Hawks, mientras que Marc y Étienne defendían a Ford. Los otros asistieron al torneo sin participar en él, aunque todos los que estaban sentados a la mesa habían visto películas de ambos directores. En un momento dado, Françoise dijo que *Centauros del desierto* le parecía espléndida, pero su intervención se juzgó insuficiente. Se requería una argumentación determinante para tomar parte en el debate. Sylvia ni siquiera intentó meterse en la conversación, que le recordaba otras. Ya las había habido sobre Ozu/Mizoguchi/Kurosawa o sobre Coppola/Scorsese. Sylvia nunca había conseguido que le interesaran esas disputas de cinéfilos, ni tampoco su desenlace. Pero su escaso interés por la conversación le permitía observar a los tres muchachos que hablaban con vehemencia sobre un tema que ella consideraba tan fútil como el largo de los vestidos para el siguiente invierno. Fue durante esa conversación cuando pensó que la cinefilia era un asunto de chicos. Los tres estaban entregados a su placer, un placer de naturaleza a todas luces diversa, compleja, ambigua. Trató de imaginar el mismo tipo de conversación entre tres chicas, pero no producía el mismo efecto de copulación mental y de homosexualidad sublimada. Siempre le había parecido que, cuando las mujeres hablaban entre sí, los hombres estaban allí, presentes en su conversación, incluso cuando no hablaban de hombres. Mientras que, cuando los hombres hablaban entre sí, e incluso si hablaban de mujeres, estaban de verdad solos. A no ser que Sylvia estuviera condicionada socialmente y fuera misógina e incapaz de pensar en la mujer sin referencia al hombre.

Samuel y Françoise se marcharon. Sylvia se quedó sola con los tres cinéfilos. Étienne y ella hablaron sobre la situación de la enseñanza. Sylvia admitió que no había tenido el coraje de entrar en ese «sacerdocio», mientras que Étienne encontraba muy estimulante enfrentarse a diario a una clase llena de alumnos y «batallar» con ellos, aunque fuera difícil, incluso físicamente.

—Cuando suena el despertador por las mañanas y pienso que dos horas más tarde veré esas treinta jetas, a veces me aterra —confesó—. Pero al mismo tiempo no podría limitarme a escribir artículos para una revista de cine o tener una actividad puramente intelectual. En la enseñanza entra también lo físico, y yo creo que lo necesito.

Sylvia lo comprendía, aunque encontrara a Étienne un poco presumido, del estilo «soy un ser completo, realizado, cuerpo y espíritu en la misma dirección». A ella le parecía que su cuerpo y su espíritu no iban nunca en la misma dirección. Incluso muchas veces iban en sentido opuesto. Sonrió a Louis, que se hundía dulcemente en

el sofá. Él tampoco era del todo un ser completo, al menos en el sentido en que lo entendía Étienne. A ella le gustaba tal como era, un intelectual aprisionado, y ahora posiblemente un homosexual reprimido que sublimaba sus pulsiones en largas conversaciones de cinéfilos con otros muchachos. En ese momento, a Sylvia le reconfortó de volver a encontrar al muchacho que amaba y al que prefería antes que al cinéfilo dogmático que había sido durante buena parte de la velada.

SÉPTIMA PARTE

El coche de Odile Schlessinger avanzaba a través de la niebla. Las calles y las casas de Almstadt se perfilaban detrás de la bruma y daba la impresión de que fueran a desaparecer en el siguiente viraje. En casa, Odile, Louis y Sylvia encontraron a Julie encaramada en un taburete, intentando, no sin dificultad, colocar una estrella dorada en lo alto de un abeto que ocupaba una esquina del salón. El árbol ya estaba cargado de bolas y guirnaldas rojas. Por encima del árbol, Julie les dirigió un saludo alegre e impersonal. Estaba muy concentrada en la tarea, y al empinarse un poco de lado para colocar la estrella se inclinó un poco hacia la izquierda y se desequilibró. El taburete estuvo a punto de volcarse, pero ella se enderezó justo a tiempo apoyándose con la punta de los dedos en la pared. Cuando al fin logró que la estrella se sostuviera en lo alto del abeto, bajó del escabel para ir a abrazar a Louis, pero lo hizo sin la efusión que él le había visto la última vez. Louis percibió una distancia nueva, el inicio de una reserva, un reproche no expresado. La presencia de Sylvia en la casa familiar en la época tan simbólica de las fiestas de finales de año en cierto modo oficializaba el vínculo que Julie podría haber creído accidental entre su hermano y la joven. La segunda visita de esta ponía fin a los amores de vacaciones para inaugurar la era del amor duradero, de la relación «seria». Louis no había acostumbrado a Julie a eso. Ni tampoco, por otra parte, a ninguna otra cosa. Igual que el resto de la familia, ella no sabía que hubiera tenido ninguna amiga, y ahora traía a la misma dos veces seguidas. Tal vez Julie habría soportado una «novia» distinta cada temporada de vacaciones, pero que el hermano pródigo llevara a la misma joven exigía de ella un enfoque totalmente diferente. ¿No habría podido Louis, por consideración a su hermana, pasar de unos brazos a otros en lugar de quedarse en esos, como si fuera posible que la tal Sylvia, la primera que se presentaba, fuera la «elegida», como si ni siquiera tuviera necesidad de probar «otra cosa»? ¿No debían los chicos tener sus experiencias? ¿Por qué Louis nunca hacía nada como los otros? ¿Por qué había puesto fin de ese modo a la infancia y a la «fraternidad» de ambos? Y aun cuando desde el último verano Julie había aprendido a disimular mejor su desaprobación y, por decirlo todo, su furor, Sylvia los percibió a primera vista. Afortunadamente, los demás miembros de la familia le dispensaron una buena acogida, y Adélaïde en particular se mostró muy contenta de volver a verla.

Al entrar en la habitación de Louis, Sylvia experimentó la sensación de una dulce y reconfortante familiaridad. Esa habitación austera de muchacho demasiado serio se había convertido también en la suya, con su cama de madera oscura, la colcha azul cielo a juego con las pesadas cortinas de terciopelo, el parquet brillante que crujía un poco y la chimenea atestada de libros del último curso de bachillerato. En agosto Louis había manifestado la intención de tirarlos, o al menos subirlos al desván, pero no había hecho nada, sin duda debido al calor de aquel verano; el invierno se prestaba más a ese tipo de reorganización. Pero la habitación de Louis era misteriosa además

de familiar, y a Sylvia le parecía que aún tendría mucho que viajar, mucho que soñar, mucho que dormir en ella antes de descubrir el último secreto que encerraba. No eran más que las cinco de la tarde, pero ya había anochecido. La noche más larga del año, la del solsticio de invierno. Louis desenterró uno de sus viejos jerséis del armario de luna y se lo puso, pasando la cabeza y los brazos por las aberturas que se iban presentando. Sylvia estaba dispuesta a experimentar una nueva rutina deliciosamente tranquilizadora.

Al día siguiente, Odile aconsejó a Louis que fuera a la peluquería a cortarse el pelo. Sylvia, que adoraba enrollarse sus rizos en los dedos, estaba en contra. Señaló que hacía demasiado frío para cortarse el pelo. Louis hizo como si no hubiera oído ni a su madre ni a Sylvia y fingió estar fascinado por un artículo sobre «las mesas en fiesta» que tenía sobre las rodillas. No oír era una de sus técnicas favoritas. En ella se mezclaban un candor obstinado y una parte de deliberación que era difícil distinguir entre sí. Pero las sorderas parciales y selectivas de Louis no hacían más que subrayar la importancia de lo que simulaba no haber oído. Aquella misma noche, con aire huraño y resignado, anunció que iría a cortarse el pelo para complacer a su madre. Quizá Odile había vuelto a la carga cuando Sylvia no estaba.

—¿A ti te apetece cortarte el pelo? —le preguntó la joven.

—No, no especialmente.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Para complacerla, para tener paz.

—Pero podrías complacerla con algo que no te costara.

—No me cuesta tanto; de hecho, no me importa.

—Ya, pero a mí sí me importa. Yo te prefiero con los rizos.

Louis sonrió y se sentó en el borde de la cama mientras Sylvia seguía de pie, a la defensiva.

—No lo conviertas en un asunto personal, te lo ruego.

—Pero es un asunto personal.

—Sé buena. ¡No utilices mi cabello para una lucha de poder entre mi madre y tú! Si no, acabaré por perder la cabeza.

Sylvia dejó escapar un suspiro y se sentó en el borde de la cama junto a él.

—No te cortes el pelo. Tendrás frío y a mí me dará frío también.

—Lo que te disgusta es que quiera complacer a mi madre.

—No, te equivocas. Lo que me disgusta es que quieras complacerla aun cuando eso me entristezca a mí. ¿Podrías concentrarte un poco para captar el matiz?

—Creo que sí. Así que estamos en plena escena de matrimonio, creo que así es como se llama.

—Poco importa como se llame. La vida, incluso la tuya, no siempre puede evitar los clichés.

—Veo que tampoco vamos a ahorrarnos el ridículo.

—¿Podrías dejar de pensar en ti por un instante, en vez de mirarte el ombligo todo el tiempo?

—¿Me pides que me entregue por completo a esta escena de vodevil?

—Te pido que no te cortes el pelo.

A la mañana siguiente, dispuesta a asistir a su derrota, Sylvia acompañó a Louis a la peluquería. Odile había propuesto pedir hora al barbero «habitual». Con eso debía entenderse el que le cortaba el cabello a Louis cuando iba al instituto en Almstadt.

—Un artesano, un verdadero maestro a la antigua usanza —precisó Odile—. Recuerda lo amable que era, y manejaba la tijera con gran seguridad.

La expresión taciturna de Louis no permitió a Sylvia saber si se acordaba o no, pero estaba claro que no tenía ganas de ir allí.

—No merece la pena que me pidas hora. No iré a esa peluquería.

—Pero ¿por qué? —preguntó Odile, consternada.

—No tengo ganas. Me corto el pelo por ti, mamá, ya que por alguna razón que desconozco parece empeñada en que lo haga, pero al menos quiero elegir el peluquero.

Sylvia esperó hasta el último momento que estallara una gran disputa entre el hijo y la madre y que de una vez por todas se renunciara a la expedición. Desafortunadamente Odile, que prefería que a su hijo le cortaran el cabello unos desconocidos antes de que no se lo cortara, supo guardar un silencio disgustado, un silencio de madre que sufre con dignidad. Sylvia comprendió toda la astucia de su abnegación y se puso el abrigo. Louis se puso el anorak y se fueron los dos cerrando la puerta de la entrada sin hacer ruido. En el umbral les sorprendió un frío intenso, seco y chispeante. Los árboles centelleaban con una multitud de diamantes minúsculos que el sol, en su cénit, prendía en su desnudez estrellada de escarcha. Llevados por una súbita embriaguez, Louis y Sylvia caminaron presurosos por la rue de Koenigsberg.

Les sorprendió encontrar el centro de Almstadt tan animado. Empleados de oficinas aprovechaban la hora de la comida para hacer compras, otros prolongaban la comida tras los ventanales de los cafés, restaurantes y *brasseries*. Por todas partes reinaba un ambiente de alegría, un frenesí de cuento de Navidad, parecía que de pronto podrían surgir patinadores de un cuadro de Brueghel. Pero Louis buscaba una peluquería y escogió la primera que encontró, uno de esos salones que pertenecen a una cadena y cuyo personal cambia con frecuencia. Cuando entraron, la alegría abandonó de golpe a Sylvia y a Louis.

Louis inclinó la cabeza hacia atrás y la aprendiz vertió agua sobre sus cabellos.

Cuando terminó de aclarárselos, quedaba sobre la frente de Louis un poco de espuma, que ella enjugó con un gesto suave. Una de las peluqueras, una mujer en la cuarentena, morena y sonriente, le pidió a Louis que se pusiera una nueva bata y se sentara. En el momento en que el metal de las tijeras rozaba la nuca de Louis, Sylvia le miró a los ojos en el espejo y sintió que enrojecía, como si esa mirada fuera de una intimidad que nunca hasta entonces hubieran experimentado. Louis percibió la turbación de Sylvia; la compartía. Al salir, se sintieron aliviados de reencontrar el aire frío. Anduvieron en silencio, rozándose, chocándose y apartándose una y otra vez al ritmo de sus pasos, rodeados por los destellos dispersos de un sol hermoso y frío.

Al día siguiente, Louis y Sylvia volvieron al centro de la ciudad para hacer las compras de Navidad. Sylvia se tomó la tarea tan en serio que Louis temió que pasaran toda la tarde en las tiendas. Y de hecho eso fue lo que ocurrió. Sylvia hacía toda clase de preguntas sobre los gustos de la familia Schlessinger, preguntas que a Louis le resultaba muy difícil responder.

—¿Cuál es el color preferido de Odile? —le preguntó Sylvia.

—Debe de ser el azul, como todo el mundo —contestó Louis, huraño.

—¿No estás seguro?

—No.

—¿Estás seguro de que conoces a esas personas, a tus padres, quiero decir?

—Eh... Sí, un poco al menos. Pero que no conozca su color preferido no quiere decir nada. A todo el mundo le gustan más o menos los mismos colores. A los occidentales les gusta el azul. A los asiáticos el rojo. ¿Por qué hay que hacer regalos en fechas fijas?

—¿Les haces regalos en otra fecha?

—No —admitió Louis—. No se me ocurre nunca.

—¿Y no tienes intención de regalarles nada?

—Chocolate. A mis padres les encanta el chocolate. Con cosas dentro, cerezas.

—Guindas.

—Sí, y muscadinas, y también bombones de licor de pera Williams.

—¿No vas a comprar nada más que cosas de comer?

—Al menos así estoy seguro de que les gustará. Todo el mundo es goloso en mi familia.

—Y tu hermano, ¿cuándo llega?

—¿Te ha dicho mi madre que va a venir?

—Sí. ¿Por qué? ¿No crees que venga?

—No sería la primera vez que anuncia que va a venir y luego se desdice en el último momento.

—¿Por qué?

—No lo sé. No deben de gustarle las reuniones de familia. Y además creo que le

resulta duro ver a mi madre así. De hecho, nunca lo ha soportado, pero con el tiempo eso se ha agravado y se puede decir que se ha distanciado un poco.

—Es cruel para ella.

Louis se alejó sin responder hacia el fondo de la tienda, donde se suponía que los objetos estaban colocados con gusto en un entorno propicio a la relajación. Después de un vistazo rápido, volvió junto a Sylvia.

—¿Sabes que un objeto inútil solo puede ser feo? —dijo—. Por eso la mayor parte de las cosas que venden aquí son abominables.

—Estoy de acuerdo. Mira, este jarrón quizá podría gustarle a tu madre, si le gusta el azul.

—Bueno, es azul, pero es feo.

—Tienes razón, es horrible —murmuró Sylvia devolviendo el jarrón a la estantería.

Después de palpar algunos cojines de seda, de terciopelo, de satén, y de abrir unas cuantas cajas adornadas con esmaltes multicolores, Sylvia, un poco harta de semejante leonera, siguió a Louis hacia la salida.

Louis llevó a Sylvia a la chocolatería Taupin, en la rue de la Ferronnerie, donde compró guindas envueltas delicadamente en papel de aluminio rojo, rocas de praliné y muscadinas, un surtido de trufas de distintos sabores y bocados a la Williamine en una caja grande recubierta de terciopelo verde. Acabaron en una librería, donde Sylvia compró obras de Jane Austen, *Mansfield Park* para Odile, *Sentido y sensibilidad* para Julie, *Orgullo y prejuicio* para Adélaïde, y *El corazón de las tinieblas*, de Conrad, para Philippe. Entraron en casa como ladrones, se deslizaron hacia la escalera y subieron a hurtadillas para ocultar sus compras.

Por primera vez en su vida vislumbraban la clase de Navidad con la que siempre habían soñado pero que nunca habían tenido. Colocaron los paquetes en la parte inferior del armario, con gestos de contrabandistas, intercambiando miradas de conspiradores. Sabían muy bien que eran adultos, pero en la habitación de Louis, de manera fraudulenta y solo para ellos, se inventaron una infancia común.

Para la cena de Nochebuena, Sylvia se puso un vestido de una tela indefinible, al menos para Louis, algo entre la seda y el satén, y de color cambiante, entre azul marino y azul de ultramar. El vestido terminaba justo encima de la rodilla y las piernas estaban enfundadas en un velo casi del mismo color que la piel. Louis preguntó si tenía un nombre y ella respondió «color carne». Louis se inclinó para ver el «color carne» y Sylvia esbozó una sonrisa indolente y casi seductora. Pero de inmediato se ruborizó ligeramente y se preguntó si bastaba con ponerse medias para sentirse mujer. En tal caso, quizá fuera más fácil de lo que había creído. Louis,

turbado, señaló que la carne de Sylvia era un poco más clara que el tejido. Sylvia respondió que lo sabía y que lo había hecho a propósito. Louis encontró todo aquello deliciosamente inesperado, esa muchacha en su habitación con unas medias de color carne.

La cena fue alegre, aunque Odile lamentó la ausencia de Adrien, que había telefonado la víspera para avisar de que no podría estar con ellos en Navidad. Se encontraba en Dubai por motivos de trabajo y se quedaría hasta principios de año. Le contó a su madre que prefería no cansarse con idas y venidas «inútiles». La palabra «inútiles» debía de haber herido a Odile, ya que la repitió varias veces.

Por la noche, ya tarde, Louis y Sylvia se deslizaron fuera de la habitación cargados con paquetes y bajaron por la escalera lo más silenciosamente posible teniendo en cuenta el estado del parquet. Esperaban cruzarse con otros fantasmas, pero esa noche fueron los únicos que se movieron por la casa dormida. Fueron a depositar los paquetes al pie del abeto, en lo alto del cual brillaba, un poco torcida, la estrella que había colocado Julie. Y mientras oficiaba en silencio el ritual, con una alegría infantil y llena de recogimiento, Sylvia recordaba cómo, en las nochebuenas de su infancia, había esperado que cesara la catástrofe del mundo y que en la calle todo el mundo vistiera ropa nueva. Como cada día de Navidad, se decepcionaba al ver que el mundo no había cambiado y que la mayoría de las personas, en la escuela y en otras partes, llevaba la misma ropa de antes. Solo en su décima Navidad se desvaneció su decepción, porque había dejado de esperar. Después de colocar los regalos alrededor del abeto, subieron y se acurrucaron juntos en la cama fría. Se taparon la cabeza con las mantas y se durmieron rebosantes de una alegría infantil.

A la mañana siguiente se despertaron temprano, pero se quedaron acostados, con las mejillas sobre la almohada y las frentes muy cerca la una de la otra, acechando impacientes pero tranquilos los ruidos de la casa y los de fuera, esperando el crujir de las escaleras bajo los pies de alguien. A intervalos irregulares, oían caer la nieve del tejado en pequeñas avalanchas pacíficas, mientras se miraban, asombrados de estar tan solos y tan juntos, reconstruyendo el mundo y la infancia en secreto únicamente para ellos dos. Rodeados de ruidos blancos y suaves, les crecían estrellas en los brazos, en el cabello, en las orejas. Eran estampas, Reyes Magos, figuras de un vitral. Solo duraría un instante, o quizá la eternidad, si se las arreglaban para conseguir que el mundo perdurara siguiendo la estela de sus sueños. Lo proveerían todo, no tendrían límites. Eran los únicos niños del mundo, lo serían siempre. Habían ido más allá de sus cerebros extenuados de tanto buscar respuestas y erigir sistemas para escapar a la angustia, al destino, a la historia, la propia y la ajena. Esa mañana eran deliciosamente irresponsables y despreocupados, pero no habrían reivindicado nada, ni siquiera la inmadurez, que es cosa de viejos. Se preocupaban solo de las estrellas.

El parquet del pasillo crujió y Louis creyó reconocer los pasos un poco pesados de su padre. Apartó el edredón y sus pies descalzos partieron en busca de las pantuflas, que encontró bajo la cama. Sylvia salió del calor del cobertor y se puso rápidamente la bata. Se acercó a la ventana y vio el jardín blanco. La luz inundó violentamente la habitación. Sylvia alzó los ojos; algunas nubes se deslizaban, echarpes olvidadas, guirnaldas rezagadas, furtivas, perezosas e incongruentes en la perfección del cielo azul. Louis oyó otra puerta que se abría y se cerraba. Sabía que era la de la habitación de Julie. Instantes después oyó los pasos de su madre. De modo que, en efecto, había sido Philippe el primero en levantarse y ponerse en marcha, como un explorador. Pronto oyeron murmullos y risas ahogadas.

—Vamos —dijo Louis.

Todos los Schlessinger, con excepción de Louis, estaban sentados en el sofá, muy juntos los cuatro, cerca del abeto, y esperaban. Formando un conjunto perfecto, volvieron la cabeza hacia Louis y Sylvia en cuanto entraron en el salón. Se levantaron y todos se desearon una feliz Navidad. Intercambiaron sonrisas cohibidas y luego Philippe propuso que abrieran los paquetes antes de que alguien se diera cuenta de que esa familia era demasiado afortunada y fuera a birlar los regalos. Louis miró furtivamente a su padre como si esta última frase tuviera un sentido especial y un poco perturbador. Pero solo duró un instante y todo el mundo se afanó al pie del abeto. Hasta Philippe tenía una expresión de alegría que Louis no le veía desde hacía tiempo, años quizá. A los regalos que habían dejado Louis y Sylvia durante la noche se habían añadido otros, depositados más tarde o incluso esa misma mañana con una gran discreción. Sylvia notó que Louis desenvolvía sus regalos con suma lentitud. Pensó que quizá temía descubrir qué habían elegido para él o tenía miedo de estropear o romper algo.

Nadie vio a Odile Schlessinger salir de casa. Después de la comida de Navidad, Louis y Sylvia se fueron a caminar, Philippe se retiró a su despacho para preparar una defensa y Adélaïde y Julie subieron a sus respectivas habitaciones. Eran las cinco y caía la noche cuando Louis y Sylvia volvieron de su paseo. Enseguida comprendieron que había pasado algo. A decir verdad, no había pasado nada, pero nadie sabía dónde estaba Odile. Decidieron no preocuparse de momento, lo que significaba, desde luego, que ya estaban preocupados. Odile había acostumbrado a su familia a imprevistos nocturnos, escapadas en camisón bajo la luna, pero el hecho de que hubiera salido en pleno día sin avisar desconcertaba a todos.

Aunque aseguraba no estar inquieto, Philippe había dado ya tres vueltas a la manzana, en vano. Casi le habría gustado encontrar a Odile con los cabellos revueltos en la esquina, o delante de la casa blanca, pues ya había vivido esa experiencia y

enseguida habría sabido qué hacer, qué palabras pronunciar para que su esposa volviera a casa. Pero esta vez no vio por ninguna parte la silueta ondulante en uno de sus camisones de color rosa. El de la noche anterior estaba colgado en el cuarto de baño. Philippe se había encargado de comprobarlo. Y también había visto que el abrigo de Odile no estaba en el colgador de la entrada. La situación era, pues, completamente nueva. Philippe estaba convencido de que Odile volvería. Además, ¿adónde podría ir? Su coche estaba en el garaje. No solía ir a pie al centro de la ciudad, pero Navidad no era un día como los otros y tal vez le hubiera apetecido hacer algo diferente. Julie estaba hundida en un sillón, Philippe caminaba y hablaba un poco más alto de lo necesario para hacerse oír. Louis y Sylvia se sentaron en el sofá sin quitarse el abrigo, como si estuvieran preparados para volver a salir de inmediato, o como si no se atrevieran a quitárselos. Sylvia vio sobre el velador el libro de Jane Austen que le había regalado a Odile. Fuera, la noche había caído por completo. La luna plateada formaba un cuarto creciente perfecto en el cuadrado de la ventana y lanzaba un rayo sobre el muro que rodeaba la casa.

Se tranquilizaron los unos a los otros lo mejor que pudieron y estuvieron así alrededor de una hora, hasta que hacia las ocho se hizo evidente que aquello no era normal. Era inútil llamar a la policía. Odile era mayor de edad y podía ir a donde le viniera en gana. No había nada que hacer salvo esperar, pero esperar era sin duda lo más difícil. Philippe decidió coger su automóvil para recorrer Almstadt de punta a punta. Adélaïde insistió en acompañarlo. Louis, Sylvia y Julie se quedaron en casa por si Odile regresaba.

Odile no regresó, ni esa noche ni la siguiente. Al cabo de cuarenta y ocho horas, Philippe y Louis acudieron a la comisaría para informar de su desaparición. Un hombre muy joven les tomó declaración y, como esperaban, dijo que la policía no podía intervenir porque la persona era mayor de edad. Pero, si eso podía tranquilizarlos, no se había notificado la defunción de ninguna mujer en la vía pública. Se habían producido accidentes, uno de ellos grave, pero todos los fallecidos y accidentados habían sido identificados por allegados. Louis miraba al policía en prácticas y encontraba extraña toda esa palabrería. Cuando el agente hablaba, no se sabía si esas personas estaban ya muertas o a punto de estarlo.

Con cierta dificultad, Philippe consiguió hablar con una persona de mayor rango en la jerarquía de la comisaría, pero no obtuvo nada más, ya que sin duda no había nada nuevo que pudieran decirles. No obstante, quiso dejar una descripción detallada de su mujer, como si de ese modo esperara hacerla aparecer, no por el poder de evocación

sino de convocatoria de las palabras. Louis se fijó en que su padre insistía menos en la persona de Odile —sus cabellos, su estatura, el color de sus ojos— que en la ropa que llevaba. Su abrigo beis no estaba colgado en la entrada, de modo que debía de llevarlo puesto, así como un pañuelo de seda con estampado de cachemira y un bolso de cuero marrón. En cuanto al calzado, creía que llevaba sus mocasines marrones. Ahora a Philippe le parecía ver a su mujer delante de él, bolso, pañuelo y mocasines incluidos, toda la panoplia de la burguesa de provincias. Sonrió con ternura. Él también era un burgués de provincias. ¿Y acaso había que avergonzarse de ello? ¿No era la burguesía la que había producido lo mejor en las artes y las letras, la ingeniería y la magistratura? Después de la descripción, Louis precisó que Odile tenía el pelo castaño claro con mechas, y los ojos azules y medía alrededor de un metro setenta. Eso no pareció interesar más al policía en prácticas, aunque se tomó la molestia de anotarlo todo. Finalmente, Philippe se dio permiso para mencionar que ejercía de abogado en el tribunal de Estrasburgo y que conocía —un poco— al comisario de Almstadt —por haber coincidido con él en las fiestas de los notables de la ciudad, lo cual no especificó—. El comisario Mérieux estaba «en una operación sobre el terreno» y nadie tenía idea de a qué hora volvería, pero no dejarían de informarle de la desaparición de Odile Schlessinger. Su marido no debía preocuparse demasiado. Las fiestas de Navidad eran un período difícil para mucha gente. Philippe asintió con la cabeza e hizo ver que se había tranquilizado. Sumamente pálido, Louis salió a toda prisa farfullando apenas un saludo, y cuando instantes más tarde Philippe le dio alcance, padre e hijo se quedaron inmóviles al borde de la acera, confusos y desconcertados. La calle era ancha y estaba vacía. Ni un solo transeúnte, ni siquiera un vehículo que circulara. Era la semana entre Navidad y Año Nuevo. Una semana siempre caracterizada por su ingravidez, una semana blanca, y no solamente por la nieve, que nunca faltaba en Almstadt en esa época. Tal vez Odile había sentido el deseo de estar sola, de descansar, de reflexionar, pero ¿sobre qué? Aunque no tenía frío, Louis se subió el cuello del anorak sobre la nuca, un movimiento casi reflejo desde la visita a la peluquería. El tiempo era suave para la estación. La misma nieve parecía adormecer y amortiguar el frío. La bruma daba al sol un contorno tierno y mullido. Louis fue el primero en bajar de la acera. Mientras caminaba un poco por delante de su padre, los pasos discordantes de ambos sobre la nieve apenas crujían, falsamente calmos. A Louis le pareció que detrás, o muy lejos, o por debajo, sepultados por los ruidos del día y los pasos de los vivos, oía los pasos precarios de su madre, que caminaba sobre su corazón. Luego se repuso, se negaba a creer que su madre se hubiera convertido ya en un fantasma.

Estaban llegando al coche cuando oyeron una voz a su espalda:

—¡Señor Schlessinger!

Se volvieron al unísono y se encontraron frente a una mujer de unos cuarenta

años.

—Yo he visto a una mujer que corresponde a la descripción que le ha dado a mi colega...

Louis y Philippe se quedaron mirándola, esperando que continuara.

—Volvamos a la comisaría, si quiere... Abrigo beis, mocasines marrones, pañuelo con estampado de cachemira, bolso marrón, ¿es eso, verdad?

—Sí —respondió Philippe.

Entraron en un despacho y ella les invitó a sentarse.

—Yo estaba de servicio el día de Navidad. Al atardecer patrullé por el centro con mi compañero, y creo que vimos a su mujer. Nos fijamos en ella porque estaba de pie al borde de la piscina municipal.

—¿La piscina? —preguntó Philippe.

—Sí, la piscina estaba cerrada, pero ella estaba sola en el borde mismo de la piscina descubierta.

—¿Pensaron que tenía la intención de lanzarse al agua?

—No. La piscina está vacía en esta época del año.

—Ah, sí, claro.

—Habría podido tirarse de todos modos, y eso no le habría hecho ningún bien. Pero no. Lo que nos llamó la atención es que anteayer la piscina estaba cerrada, era un día de los que cierran por vacaciones, y no había nadie. Nos preguntamos cómo había logrado entrar en el recinto para acceder a la piscina.

—¿Y hablaron con ella?

—Cuando aparcamos para ir a ver, ya había desaparecido. Pero nos la volvimos a encontrar en la calle y nos contó con toda naturalidad que había visto un pasaje a la derecha de la entrada que daba directamente a la explanada y la piscina. Parecía muy tranquila, muy sosegada, y en realidad no había cometido ninguna infracción. No teníamos motivos para vigilarla. Nos dijo que había sentido la necesidad de tomar el aire después de la comida de Navidad y la cena de Nochebuena, que «le sentaba de locura salir», sí, creo que dijo exactamente eso, que «le sentaba de locura». Le pregunté si su familia no había querido acompañarla y respondió sonriendo: «No, prefieren dormir. Y además son frioleros».

—¿Le dijo todo eso?

—Sí, hablamos dos o tres minutos, lo suficiente para comprobar que no estaba en estado de ebriedad y que no había absolutamente nada anormal.

—Pero había entrado en la piscina —señaló Louis.

—¿Habría deseado que la multáramos por eso? —preguntó la policía.

—No, claro...

Louis hizo un ligero movimiento con las cejas y bajó la vista hacia sus zapatos. Algo se derrumbaba dentro de él, un dique de contención que había construido durante años y que ahora revelaba sus fisuras, probablemente antes de desmoronarse por completo. Estaba convencido de que nunca más volvería a ver a su madre y de

que así estaba previsto desde toda la eternidad, y que desde toda la eternidad él lo había sabido. Había crecido entre indicios concordantes que no siempre había sabido interpretar, e incluso ahora —lo sentía con claridad—, había detalles que se le escapaban. Pero ¿habría podido cambiar el curso de los acontecimientos con una mayor lucidez? ¿Habría podido, con una mayor clarividencia, impedir que se cumpliera el destino? Se acordó de todas aquellas noches en que su madre los despertaba a Julie y a él para llevarlos afuera. La calle familiar se convertía entonces en el territorio de lo ilimitado, un país nocturno en el que no se aplicaban las leyes y donde todo se antojaba espantosamente posible. Ahora le parecía que todas aquellas pesadillas vividas en estado de vigilia, que habían llenado de incisiones el tejido de sus sueños de niño, al final habían desgarrado la trama de su vida entera y que la inquietud difusa que había dominado sus años jóvenes no era más que la espera, el presentimiento, el anuncio de la desaparición de su madre. ¿Y acaso una angustia que encuentra siempre su retribución en la realidad no acaba por convertirse en un destino?

Cuando Louis penetró en el interior de la casa, los latidos de su corazón se aceleraron por el probable efecto de una vaga esperanza, que él mismo sabía estúpida, de encontrar a su madre sentada en el salón, leyendo sus revistas. ¿Esas estúpidas revistas del hogar aconsejaban a las esposas y a las madres que abandonaran el domicilio conyugal en plena tarde del día de Navidad? ¿Aconsejaba esa prensa estúpida a las amas de casa que se deslizaran fuera de casa sin avisar a nadie, caminaran solas por las calles desiertas entre Navidad y Año Nuevo, entraran en establecimientos municipales en los días de cierre por vacaciones, se pasearan por el recinto vacío y bajaran los ojos para mirar al fondo ávido de las piscinas?

—¿Estáis seguros de que era ella la que estaba al borde de la piscina? —preguntó Sylvia.

—La descripción cuadra, pero es imposible saberlo a ciencia cierta. Ellos no le preguntaron por su identidad. Por lo visto consideraron que no había ninguna razón para hacerlo. Y además era Navidad.

—¿Y qué tiene que ver?

—Nada, pero no querían ponerse rígidos y además ella no había hecho nada censurable. Y si de verdad era mi madre, debía de tener un aspecto tan inofensivo...

Aunque no le pareció inapropiado, el adjetivo «inofensivo» sonó extraño a los oídos de Sylvia. ¿Era Louis consciente de la ligera ironía que a ella le parecía captar en él?

Esa noche Louis pensó en confiar a Sylvia la impresión que tenía desde la infancia de que su madre «no estaba allí» y que, forzosamente, un día no estaría en absoluto. Pero temió que Sylvia no viera en ello más que una ilusión retrospectiva, la interpretación exagerada del pasado a partir del presente. Intentaría tranquilizarlo

subrayando la irracionalidad de semejante «presentimiento». Haría todo lo posible por reconfortarlo y «retorcer el pescuezo» a esa fatalidad que parecía meter su espantosa nariz en esa serie de premoniciones. Por eso, Louis prefirió no decir nada, ni de sus miedos antiguos ni de los nuevos. Pero ¿qué se puede temer cuando una catástrofe presentida y temida durante mucho tiempo, y luego diferida también tantos años que casi se ha olvidado, acaba por ocurrir en la realidad? ¿La llegada inesperada de la catástrofe pone fin al miedo o lo acrecienta aún más? Tal vez convenga precisar que el «presentimiento» de Louis, llamémosle más bien «aprensión», término más neutro que deja fuera la incómoda fatalidad; esa aprensión, pues, no era en absoluto una visión que implicara un conocimiento del futuro. Simplemente, las salidas nocturnas y el trastorno materno habían convertido a Louis en un chico lleno de angustia. Que, una vez llegado a la edad adulta, su inquietud infantil se viera legitimada por la desaparición real de su madre no podía sino disminuir aún más la poca confianza que el joven tenía en la vida. En el transcurso de la noche le pasó por la cabeza que tal vez él había asesinado a su madre y no lo recordaba. ¿La había estrangulado y después abandonado en un bosque donde la nieve había caído sobre ella desde entonces hasta ocultarla a la vista? No sería hasta la primavera cuando, al derretirse la nieve, encontrarán a Odile entre dos árboles, fresca y apenas descompuesta, con su abrigo beis de buen corte. Lo primero que aparecería sería una punta del pañuelo de seda, pero nadie lo vería, y haría falta que la nieve la dejara enteramente al descubierto para que un paseante que se hubiera aventurado en ese lugar aislado tropezara al fin con ella. Louis veía con claridad el lugar en cuestión, un rincón al que hacía tiempo le gustaba ir con Régis. Los dos chicos habían construido incluso una cabaña, pero ahora seguramente ya no quedaba nada de ella.

Louis fue el primero que pensó en llamar al doctor Ferenczi para informarle de la situación. Pero en esa época de fiestas el doctor estaba de vacaciones en el extranjero y era difícil ponerse en contacto con él. Louis dejó mensajes en todas partes, en el hospital, en su consulta en la ciudad, diciendo que era urgente. El doctor Ferenczi devolvió la llamada al día siguiente y Louis le informó de que su madre había desaparecido el día de Navidad y no había regresado. Aunque lejana y apagada —el doctor Ferenczi no especificó desde dónde llamaba—, su voz traslucía sorpresa. Solo le preguntó a Louis si su madre se había llevado sus medicamentos y el joven, que lo había comprobado, solo pudo responder que había medicamentos en su mesita de noche, pero que podía haberse llevado otros, ya que siempre tenía varios de reserva. A pesar de los consejos del facultativo, Philippe Schlessinger siempre había rehusado a vigilar lo que tomaba o no su mujer. Le había dicho a Louis en varias ocasiones que si no podía confiar en Odile, aunque solo fuera un poco, la vida se volvería imposible. Y de hecho lo era, y desde hacía tiempo, pero él siempre se había negado a admitirlo.

El doctor Ferenczi señaló que, si Odile hubiera tomado siempre los medicamentos, no debería tener todas esas «cajas de reserva» de las que hablaba Louis. A fuerza de no tomar las dosis prescritas, probablemente había acumulado una reserva. Ferenczi encontraba curioso que Odile hubiera preferido guardar los medicamentos antes que tirarlos. Quizá tenía la intención de tomarlos un día, un día en que juzgara que los necesitaba realmente. Louis tuvo la impresión de que al otro lado del hilo, muy lejos, el silencio del doctor Ferenczi hervía de reflexiones intensas pero del todo desconcertadas. Impresión confirmada por las palabras que vinieron a continuación.

—No estoy seguro de que su desaparición sea directamente imputable a la enfermedad que sufre su madre. ¿Cómo estaba los últimos días?

—Bien; bueno, yo no noté nada de particular.

—Mmmm... Es difícil actuar desde donde estoy, muchacho, y aunque estuviera en Almstadt no sé qué podría hacer. Estoy muy preocupado, pero eso no nos resuelve nada, ni a ustedes ni a mí. ¿Han llamado a los hospitales de la región?

—Sí, por supuesto. Nadie responde a su descripción. Al menos por el momento.

—Y usted, ¿cómo lo lleva?

—Bien, gracias.

—Su padre, su hermana, ¿cómo están?

—Mi padre está bien. Julie..., es difícil de decir.

—Sí, Julie...

Y el nombre de Julie quedó en suspenso en la línea entre Louis y el doctor Ferenczi, que no terminó la frase. Louis sintió una especie de escalofrío, como si la mención de su hermana por parte del médico resonara en él como una amenaza involuntaria y difusa. La voz lejana había despertado el temor a la transmisión que años antes habían sospechado con respecto a Louis y que ahora, pensaba, tal vez amenazaba a su hermana.

Durante su decimotercer año de vida, Louis sufrió por primera vez una extraña fiebre que no podía atribuirse a ninguna enfermedad infantil. Además, estaba vacunado contra todas las que se incluían en esa categoría: sarampión, rubéola, varicela y paperas. Dicha fiebre insólita, acompañada de un vehemente deseo de dormir, se manifestó cuando Louis salía del hospital en el que, junto con su padre y su hermana, acababa de hacer una visita a su madre.

Era un domingo de primavera, con un cielo inmenso saturado del azul más puro que se haya visto. Al menos eso se dijo Louis al levantar la vista, tras lo cual se tambaleó y su padre tuvo que sujetarlo para evitar que se desplomara en la alameda que conducía del hospital a la verja. Odile Schlessinger había ingresado en el hospital

unos quince días antes a consecuencia de un «episodio» especialmente agudo, y Louis tenía la impresión de que su propia vida era una larga sucesión de visitas. De manera sutil se había introducido en él la idea de que un día tendría que acudir a su vez al hospital, no de visita, sino por él mismo. Sería simplemente otro «episodio» del extraño folletín al que lo había convocado la vida, sin que hubiera tenido nunca la posibilidad de rehusar el papel asignado. Esa palabra, «episodio», siempre le había intrigado, tanto más cuanto que nadie, y los médicos menos aún, había creído necesario precisar en qué consistía el folletín. O quizá lo habían precisado, pero Louis no lo había oído, o no había querido oírlo. Tal vez, pensándolo bien, no estaba tan deseoso de saberlo. Con el correr del tiempo, al pasar de la infancia a la adolescencia, Louis se afanaría por disminuir su papel de actor en beneficio de una respetable distancia de espectador, y no cesaría de agrandar cada vez más esa distancia. Pero antes de que tomara esas resoluciones, su propio estado, entre los trece y los diecisiete años, había suscitado alguna inquietud, y Louis se había sentido en cierto modo «observado».

Y es que había producido, por así decirlo, y creado la trama de su propio «episodio». Un episodio que los médicos habían considerado que inauguraba una serie inédita y personal, siendo al mismo tiempo un «retoño», una parte en el «serial» del episodio psiquiátrico de su madre. Por otro lado, no es imposible que ese episodio fuera precisamente lo que incitó a Louis a alejarse del teatro de operaciones familiar, por considerar que no tenía que sacrificarse aún más en beneficio de la saga de su progenitora. Es cierto que eso era un poco cruel por su parte, pero ¿tenía el pobre muchacho otra forma de preservar la integridad mental, sin duda ya muy afectada por los «episodios» anteriores?

El episodio al que nos referimos hizo que Louis, a su pesar —aunque solo hasta cierto punto—, arrebatara a su madre el papel principal. Se produjo con ocasión de la llegada de una primavera, exactamente con el cambio de hora oficial. Desde la primera infancia, Louis se sentía perturbado por el cambio de la hora de invierno a la de verano que se estableció para toda Europa en 1975. El cambio se efectuaba durante la noche del sábado al domingo de un fin de semana del mes de marzo, a menudo el último. Philippe y Odile Schlessinger tenían la costumbre de cambiar la hora en sus relojes de pulsera y en todos los de la casa al levantarse el domingo por la mañana. Desde que empezó a llevar reloj, Louis se mostraba reticente a cambiar las manecillas. Philippe, pensando que su hijo no sabía «mover las agujas», se acostumbró a hacerlo en su lugar. Cuando Louis tenía nueve años, lo hizo una vez más recalcando que esa sería la última. Pero esa primavera sucedió algo inédito. El domingo por la tarde, Philippe vio por casualidad que las agujas del reloj de Louis habían vuelto a la hora de invierno. Le pidió explicaciones y Louis respondió evasivamente que había olvidado que su padre había puesto el reloj en hora y, como

lo había olvidado, había querido hacerlo él mismo, pero se había equivocado y las había movido al revés. La explicación era poco convincente y Philippe no creyó ni una palabra. No obstante, hizo como si lo creyera, por no ver a su hijo embrollarse en sus propias mentiras, lo que habría sido doloroso para su orgullo de padre. Pero a la mañana siguiente Louis no bajó a tomar el desayuno en familia, como era la costumbre de los Schlessinger. El padre subió a llamar a su puerta y, ante la falta de respuesta, abrió. Vio que Louis estaba profundamente dormido y posó la mano en su hombro y lo sacudió con suavidad. Louis se despertó refunfuñando. Echó un vistazo al despertador, cuya esfera estaba vuelta hacia él, de modo que su padre no podía verla.

—Son las seis y media; aún me queda una hora.

Philippe volvió la esfera y vio que, efectivamente, marcaba las seis y media. Tenía la hora de invierno, y Louis volvió a sumirse en el sueño. Philippe se sentó en el borde de la cama, miró a su hijo dormido y comprendió que el síndrome de la hora de verano se prolongaba desde hacía ya varios años y que no era un simple accidente. Las primaveras consecutivas en las que el niño no había podido, o querido, «mover las agujas» y había asegurado con todo descaro que no sabía hacerlo aparecían en su memoria bajo una luz difractada por una indecisa angustia.

Aquella mañana, cuando bajó de nuevo a la cocina, Philippe le anunció parcamente a su mujer que Louis seguía durmiendo.

—¿No lo has despertado? —se asombró Odile.

—Sí, pero se ha vuelto a dormir.

Julie engullía su último bocado de pan tostado.

—Quizá esté enfermo —apuntó Odile.

Era en verdad una excelente hipótesis que a Philippe no se le había ocurrido considerar. Sin embargo, su respuesta no fue en ese sentido.

—No, no creo que esté enfermo, al menos no tal como tú lo entiendes.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé.

—¿No le has preguntado si le dolía algo? —prosiguió Odile.

—No.

—Ya veo —dijo Odile secamente, con ese desdén de las madres hacia los padres y todos los demás que «no saben».

Decidió subir y ver por sí misma. Philippe, que quería dar a los hechos la oportunidad de volver a la normalidad tranquilamente, opinaba que era preferible que Odile no subiera. Sintió una especie de opresión al presentir las explicaciones confusas y poco creíbles que Louis daría a su madre, lo que podría perturbarla.

—Creo que necesita dormir un poco más. Es mejor dejarlo. El chico está falto de sueño —declaró Philippe para ganar tiempo.

Odile miró a su marido con perplejidad. Nunca lo había oído hablar así, y era absolutamente extraño. Philippe Schlessinger, tan interesado por los estudios y tan

puntilloso, de pronto aceptaba que su hijo faltara a clase porque estaba falto de sueño.

—Por una vez, no pasa nada. ¿Qué clases tiene el lunes por la mañana?

—Deportes —respondió Odile mirando a los ojos a su marido.

—Ya ves.

—Sí, ya veo.

Esta vez ella sonrió, porque de repente le vino a la mente la idea de que podía tratarse de un asunto «de hombres». Algo así como el equivalente de la regla para las chicas, aunque a decir verdad no veía cuál podía ser el «equivalente». Quizá una polución nocturna que le hubiera causado una angustia muy comprensible, una angustia que podría haberle confiado a su padre, quien, emocionado, le había dado permiso para faltar a clase esa mañana.

Philippe salió hacia el trabajo tratando de tranquilizarse como podía. Seguramente Louis había querido concederse una hora más de sueño y todo volvería a la normalidad al día siguiente.

Louis no se perdió todas las clases de la mañana, solo la primera. Se levantó a las ocho y media según la hora de verano, las siete y media según la hora de invierno, en la que por alguna razón misteriosa seguía viviendo. Hizo todo lo que acostumbraba a hacer por las mañanas y exactamente en el mismo orden y al mismo ritmo. Por supuesto, cuando entró en la cocina para desayunar, Odile lo había acosado con preguntas. ¿Había dormido mal? ¿Le dolía algo? Al ver que se preparaba sin prisa cuando llevaba una hora de retraso y que a ese ritmo no tenía la menor posibilidad de recuperarla, le preguntó si tenía algún problema. Una pregunta que abría un campo infinito de posibles respuestas. Louis levantó los ojos por encima del bol y respondió:

—No, ¿por qué?

—Deberías darte prisa, vas a llegar tarde. De hecho, vas con retraso —señaló Odile.

Louis miró a su madre con una especie de indulgencia asombrada, como si acabara de proferir una incongruencia que había que atribuir al aturdimiento.

—Está bien —dijo untando de mantequilla la tostada.

Y Odile, pensando que de hecho el chico no estaba bien esa mañana y que no había que tratarlo con brusquedad, no añadió nada más y se limitó a asistir al desarrollo habitual de la preparación de su segundo hijo para ir a clase, aunque con una hora de retraso.

Louis salió y fue andando hasta el colegio, donde encontró el patio y el vestíbulo prácticamente vacíos, ya que las clases habían empezado hacía una hora. Sin alterarse lo más mínimo, cruzó el cobertizo del patio de recreo, atajó por un terreno baldío y llegó al gimnasio a las nueve y veinticinco. Se dirigió al vestuario, se puso la ropa —unos pantalones cortos blancos y una camiseta roja, zapatillas de tenis blancas y verdes Stan Smith— y entró en el gimnasio cubierto, donde su clase jugaba un lánguido partido de balonmano. El profesor de educación física, sabiendo cómo eran sus alumnos, siempre los mismos «cabecillas», siempre los mismos «pasotas», había

repartido equitativamente entre los dos equipos de holgazanes a los cinco o seis chicos y chicas que trataban de insuflar un poco de energía al partido. Louis rodeó el campo para llegar junto al profesor, que aún no se había fijado en él.

—¿Se ha estropeado el despertador, Schlessinger?

—No —respondió Louis.

El señor Michaux no perseguía una autoridad que no poseía de modo natural. Era lunes por la mañana y no tenía ganas de discutir con un alumno. En realidad, nunca tenía ganas de discutir con ningún alumno y le iba la mar de bien. Los alumnos decían que el señor Michaux era «guay».

—¿Ninguna otra explicación?

—No, señor.

—Bueno, ya que a pesar de todo se ha tomado la molestia de venir, quizá pueda echar una mano a sus compañeros.

—¿En qué equipo?

—Elija. Los dos son igual de malos. En fin, para su información, los rojos llevan tres y los verdes dos.

—Entonces voy con los verdes —dijo Louis.

—Clase, Schlessinger, mucha clase —comentó el señor Michaux sonriendo, mientras Louis se unía con mucha decisión al equipo perdedor, en el cual jugaba también Régis.

El resto de la jornada escolar se desarrolló con normalidad, al igual que el final de la tarde. Pero al día siguiente la historia se repitió y Philippe decidió heroicamente enfadarse. Tras advertir la ausencia de Louis en el desayuno, subió a su habitación, entró sin llamar y lo sacudió sin miramientos para arrancarlo del sueño.

—¡Arriba!

Louis abrió unos ojos llenos de sueño y respondió, lacónico y aturdido:

—¿Eh? ¿Qué?

—Son las siete y veinte, llevas ya veinte minutos de retraso, y ahora haz el favor de levantarte.

—Son las seis y veinte.

—No, y lo sabes perfectamente. ¿A qué viene esto? ¿Has hecho una apuesta?

—Quiero seguir en la hora de invierno.

Esta declaración, pronunciada con seriedad y sin ninguna agresividad, al menos perceptible, sumió a Philippe Schlessinger en un silencio estupefacto del que solo logró salir con esta pregunta proferida con tristeza:

—Pero, a ver, ¿qué te pasa, hijo mío?

—Nada, papá. Es solo que la hora de verano me angustia.

—¿Solo que la hora de verano te angustia? Pero, bueno, ¿qué quiere decir eso, Louis? ¡No tiene ningún sentido!

—Al atardecer tengo la impresión de que el sol no se pondrá nunca, y eso hace que sienta una especie de peso en el corazón, como una bola enorme, es horrible. Me

oprime, te lo juro. Prefiero vivir a la hora de invierno.

El estupor de Philippe iba en aumento. No obstante, decidió que debía adoptar una actitud «normal». Una actitud de padre, lo que implica nobleza, y a veces ridículo.

—Sabes bien, Louis, que no puedes vivir con una hora de retraso respecto a los demás.

—¿Por qué nos imponen el cambio de hora? ¿A santo de qué?

—Lo han explicado. Es para ahorrar energía.

—¡No es verdad! ¡He hecho los cálculos! ¡Nos están violentando para nada!

—No hay que exagerar.

—¡No exagero! ¡Es de una violencia inaudita cambiarle la hora a la gente, obligarlos a apartarse todavía una hora más con relación al sol! ¡No tienen derecho a hacer eso!

—Sí, es posible, pero se lo toman, y nosotros no podemos hacer nada.

—¡No podemos resignarnos siempre! ¡No podemos aceptar toda la vida la violencia legal!

—¡Te lo ruego, cálmate!

Era la primera vez que Louis expresaba una especie de rebeldía cuya naturaleza exacta se le escapaba a su padre, pero que le parecía que abarcaba varias clases de malestar, físico, metafísico y «políticosocial» Odile subió a la habitación. Philippe se preguntaba si le correspondía a él exponer la situación o si deseaba encargarse el principal interesado. Louis estaba en el borde de la cama, con las manos sobre las rodillas, el cabello revuelto y un brillo incierto en los ojos que Odile atribuyó de entrada a la fiebre. Se acercó a Louis, le puso una mano en la frente y declaró que en efecto tenía fiebre. Después de todo, era posible. Era incluso —a juzgar por la reacción de Philippe— tranquilizador. La fiebre lo explicaba todo, y en cuanto bajara, todo volvería a la normalidad.

Así pues, se decidió que Louis estaba enfermo. Philippe, entusiasmado por la noticia, llamó al médico de familia, el doctor Hiegel, y le pidió que acudiera lo antes posible. Aliviado por la inminente visita del médico, que legitimaba que Louis no fuera a clase, Philippe pudo escaparse al trabajo. Julie se fue al colegio, incrédula, ya que, por otra parte, nadie se había molestado en tomarle la temperatura, pues el termómetro, muy oportunamente, no se pudo encontrar. Cuando llegó el doctor Hiegel, declaró que el chico sin duda tenía unas décimas de fiebre, que podía quedarse un día en casa si los padres se sentían más tranquilos, pero que al día siguiente estaría «apto para el servicio». Si bien Louis no tenía el propósito de faltar a clase, tampoco deseaba especialmente ir, y pronto se hizo a la idea de pasar el día en cama. Un cuarto de hora más tarde, cuando su madre le subió un chocolate caliente y rebanadas de pan con mantequilla, le pareció una perspectiva deliciosa.

A la mañana siguiente hubo que volver a poner los relojes en hora y las cosas en su sitio, pues Louis se obstinaba. Esta vez, su madre, que el día anterior aún estaba en la inopia, fue informada del rechazo de Louis a vivir a la misma hora que todo el mundo. No era fácil determinar qué parte de rechazo a vivir había en esta actitud, como tampoco la parte de puro capricho y la parte de sufrimiento, de «angustia», como le había dicho Louis a su padre. Philippe creía que era la primera vez que oía a su hijo pronunciar el término, «angustia», hablando de sí mismo. Hasta entonces la palabra estaba exclusivamente reservada para Odile.

Cuando Philippe quiso sacar a Louis de la cama, apartando las sábanas y agarrándolo por el pijama, vio con gran desasosiego que el chico se deshizo en lágrimas. ¡Lágrimas inmensas de niño espantado, lágrimas para inundar toda la tierra, él, «un chico que no lloraba nunca»! ¿Era el principio de una enfermedad psiquiátrica que adoptaba la forma de una rebeldía adolescente contra el orden establecido? ¿Era el primer síntoma de la melancolía, de una locura atrabiliaria o de un «episodio» depresivo? Philippe intentaba ocultar su desasosiego, pero Odile lo adivinaba tanto como lo percibía. Uno y otro intentaron considerar el hecho como un capricho de niño o una manifestación de «la edad del pavo». Oscilaban entre ambas cosas, incapaces de pronunciarse. Pero como Louis no quería avenirse a razones y el colegio había informado de sus retrasos todas las mañanas de la semana, Philippe decidió que tenía que llevar a Louis a ver a «alguien competente», y Odile sabía perfectamente lo que su marido entendía por eso.

Al anuncio de que tenía hora con un psiquiatra Louis solo protestó encogiéndose de hombros. ¿Tal vez ya se lo esperaba? Sus padres se habían tomado con paciencia el mal de su hijo, pero era una paciencia provisional, un aplazamiento en espera de la visita al especialista. Por temor a una crisis grave habían convenido que, hasta que el chico fuera a ver al psiquiatra, nadie debía contrariarlo, y mucho menos tratarlo con brusquedad. Por precaución habían pedido expresamente a Julie que no se riera. Los caprichos horarios de Louis le hacían gracia a su hermana, que los encontraba «hilarantes» y se reprochaba no haber tenido la idea antes que él. Sus padres la disuadieron de hacer lo mismo. De todos modos, ya no habría sido tan divertido, ya que Louis había tenido la idea primero. Como el papel era de su hermano, Julie se contentó con ser una espectadora entusiasta.

En varias ocasiones Odile había visto fugazmente en los ojos de Louis los destellos de una desesperación sin límites que, en los momentos en que no la abrumaba a ella misma, le parecía extraña, como si nunca hubiera visto nada igual, ni siquiera

parecido. Odile era tierna y afectuosa, siempre dispuesta a preparar las comidas, a calentar el chocolate o a untar las rebanadas con mantequilla. Pero no comprendía nada. A eso se podría replicar que no había nada que comprender. Pero, más que la comprensión del fenómeno en sí, lo que cabía esperar de Odile Schlessinger era una empatía por la angustia expresada en el rechazo de la hora de verano. No fue así, en modo alguno, como si la angustia fuera para ella una perfecta desconocida. ¿Cómo podía olvidar su propia angustia que tantas veces la había arrojado a la calle en plena noche? A partir del punto ciego de su terror, ¿no podía trazar ninguna línea hacia el espanto que experimentaba otro? ¿O es que precisamente el hecho de que fuera hijo suyo le impedía comprenderlo? Ya fuera porque no podía o no quería considerar que tal vez existiera una mínima relación entre su propia enfermedad —de la que, por otra parte, nada quería saber— y la «crisis» de su hijo, Odile calificaba esta última de «capricho pasajero». Por su bienestar personal, Philippe nada habría deseado más que sumarse a esa versión optimista. Pero tenía una duda, y esa duda resultaba insoportable.

Philippe Schlessinger había evitado dirigirse al médico de su mujer. Es fácil ver en esta precaución la voluntad legítima y loable del padre de no inscribir el episodio del hijo en el folletín materno. Un intento de proteger al hijo de la perspectiva terrorífica de que pudiera volverse «loco» como su madre y de protegerla a ella de la culpabilidad aplastante de haber contaminado a su hijo, fuera cual fuese la índole de esa contaminación.

—¿Me mandas ya al psiquiatra? —le soltó Louis a su padre—. Yo creía que podíamos esperar un poco antes de recurrir a palabras mayores como la locura.

Philippe pensaba que su hijo hablaba de una manera extraña. Es cierto que no era la primera vez. Pero ahora le parecía que la ironía de Louis confirmaba sus peores temores. La precocidad del niño y su inteligencia quizá no eran más que síntomas de su trastorno interior.

—No es necesario estar loco para ir a un psiquiatra —observó Philippe.

—Es verdad que atienden a todos los que van, no rechazan a nadie.

—Se puede ir solo para hablar con él, para decirle lo que uno siente.

Louis se encogió de hombros otra vez.

—A mí me has hablado de tu angustia; pues bien, no tienes más que decirle lo mismo que me has dicho a mí.

—Iré. Después de todo, ir a ver al psiquiatra no compromete a nada —murmuró Louis.

Philippe miró a su hijo con atención y no fue capaz de determinar la parte de ironía, de desesperación y de burla que había en su observación. Se abstuvo de contestar; estaba bastante sorprendido y satisfecho de que Louis hubiera aceptado con tanta facilidad ir a consultar.

Philippe llevó a Louis en coche hasta la entrada del edificio moderno en el que el doctor Linhart tenía su consulta, en el número 6 del boulevard de la Trinité, en Almstadt. Había que llamar y entrar. No había secretaria. Louis fue a sentarse en la sala de espera. Una joven de unos treinta años estaba leyendo una revista «especial belleza» que debía de haber cogido de la mesita. Louis se sentó en la primera silla que encontró. Delante de él se apilaban *Auto-moto*, *Le Figaro*, *Le Nouvel Observateur*, *Le Monde diplomatique*. Para todos los gustos, pensó. Una puerta se abrió y se cerró. Se oyó a dos personas intercambiar unas palabras de despedida, acompañadas sin duda de un apretón de manos. El paciente se fue y apareció el médico. Le hizo una seña a la joven, que dejó la revista y entró. Louis no tuvo tiempo de ver el rostro del médico, pero sintió su presencia. Un cuarto de hora más tarde, la joven salió de la consulta y se fue, sin que el médico la acompañara. Louis dedujo que el protocolo no era el mismo para todos los pacientes. Tuvo que esperar unos minutos más antes de que el doctor Linhart volviera a enmarcarse en la abertura de la puerta de la sala de espera. El médico invitó a Louis a entrar y a sentarse. En una ficha anotó el nombre y la fecha de nacimiento del muchacho.

—Su padre me llamó por teléfono. No hablamos mucho. Me dijo que estaba usted angustiado, esa es la palabra que utilizó. Prefería que me explicara usted mismo lo que sentía.

Louis no tenía ganas de jugar al juego que consiste en quedarse mudo delante del psicólogo. Querían que se expresara. Iba a ponerse a la tarea.

—Me sentí angustiado en el momento del cambio a la hora de verano. Pero ahora estoy mejor.

—¿Qué pasó exactamente en el momento del cambio de hora?

—Seguí con la hora de invierno durante ocho días y traté de atenerme a ella. Y ahora estoy en su consulta. Total —sonrió—, no ha hecho falta gran cosa.

—¿Le sorprende?

—A decir verdad, no. Es lógico.

—¿Le parece que se envía a la gente al psiquiatra demasiado pronto?

—No, no he dicho eso. Hay casos en que se las envía demasiado tarde.

—¿Quería comprobar la tolerancia de sus padres?

—No, ya sabía que era escasa.

—En verdad no estaba inquieto por el cambio de hora. ¿Quizá quería divertirse un poco?

—No, estaba angustiado de verdad.

—¿Por qué exactamente?

—No lo sé. Es bastante confuso.

—¿Qué le inquieta exactamente del cambio de hora?

Louis no pudo o no quiso responder. Otra vez se sentía invadido por un agobio en

el que se mezclaban la pesadez de la existencia y el calor del sol. Experimentaba el sentimiento fatigoso, que a él mismo le resultaba desagradable, de ser demasiado inteligente para la persona que tenía enfrente. El doctor Linhart declaró que hacía falta «un tratamiento adecuado». Con lo cual no corría ningún riesgo. ¿Quién en la tierra no necesita «un tratamiento adecuado»?

Louis aceptó tomar un ansiolítico suave durante una semana. Luego lo dejó y el episodio terminó así. Hasta la primavera siguiente. En cuanto se presentó el síndrome de la hora de verano, Philippe pidió hora con el doctor Ferenczi, que trataba a Odile, el único médico en el que después de todo podía confiar. ¿Para qué enviar a Louis a otro doctor, que le prescribiría un «tratamiento adecuado» que, como el primero, no tendría ningún efecto?

El doctor Ferenczi no era tan alto, pero a Louis, que lo había visto muchas veces desde que era niño, siempre le había parecido inmenso. Y aun cuando con el tiempo esta impresión se había mitigado un poco, no obstante seguía quedando algo. En cuanto a sus ojos azules, Louis tenía la sensación de que lo atravesaban de una manera deliciosa y a la vez insoportable. El doctor Ferenczi lo invitó a tomar asiento y, tras sentarse frente al muchacho, le sonrió.

—Bien, ¿qué ocurre, Louis? Me dicen que tiene un pequeño problema con la hora de verano.

Louis no logró contestar. Las palabras parecían atascadas en el fondo de su garganta.

—Estoy de acuerdo en que lo de la hora de verano es una idea poco afortunada —admitió el médico—. Una idea de tecnócrata. Es desestabilizadora, sobre todo para los niños en la primera infancia. Pero me parece que ese no es su caso.

El doctor pronunció la última frase con una sonrisa un poco burlona. Louis sostenía la mirada del doctor Ferenczi, una mirada dulce y escrutadora a la vez.

—¿Tiene insomnio?

—Sí.

—¿Por culpa de la hora de verano?

—Sí.

—¿No lo tiene en invierno?

—Sí, a veces.

—¿La primavera exacerba un poco su inquietud habitual?

—Puede ser.

—¿Y el colegio?

—Bien.

—Después de todo, no le cuesta tanto adaptarse a las obligaciones que impone la

vida. Al cabo de tres días, el problema de la hora se resuelve, ¿no?

—Sí. Bueno, no, no del todo.

—¿Por qué se inquietan tanto sus padres? —preguntó sonriendo el doctor Ferenczi.

—No lo sé.

—A decir verdad, es sobre todo su padre el que se inquieta, me parece.

—Sí. Mi hermana se ríe mucho.

El doctor Ferenczi emitió una risita, como un eco de la de Julie.

—¿Quizá hace bien en reírse?

—Seguramente, ya que usted parece pensar que no es tan grave —señaló Louis.

—¿Qué querría decir «grave» para usted?

—No lo sé, pero para usted debe de significar algo concreto. Por eso me fío de usted.

El doctor Ferenczi asintió con la cabeza. Pero al cabo de unos instantes, tomó el camino de sus propias palabras en sentido inverso.

—Su padre es un hombre excepcional. Una persona inteligente y sensible. Si se preocupa por usted, quizá tenga sus razones. ¿Usted no ve ninguna?

Louis se quedó desconcertado ante lo que le parecía un cambio súbito de opinión.

—Si tiene razones, quizá tengan más que ver con mi madre que conmigo —aventuró, y de inmediato tuvo la sensación de que había hablado demasiado y demasiado pronto.

En ese momento, la mirada del doctor Ferenczi le pareció de una intensidad temible, y empezó a echar de menos la actitud despreocupada del doctor Linhart.

—Sí... Es muy posible —convino el psiquiatra—. ¿A veces se siente resentido con su madre?

—No.

—¿Y con su padre?

—No, ¿por qué iba a estar resentido con él?

—Pues, por ejemplo, por haberle obligado a venir a verme.

—Me ha obligado porque se preocupa. No puedo más que estarle agradecido por interesarse por mí.

—Pero ¿tiene usted algún interés en inquietar a sus padres?

—¿Si tengo algún interés...? No, no lo creo. Estoy angustiado de verdad. ¿Por qué iba a decir que estoy angustiado si no lo estuviera?

—¿Espera que yo alivie su angustia?

—No espero nada en particular. He venido porque mi padre me lo ha pedido.

—¿Le contraría estar aquí?

—No.

—¿Tal vez sentía curiosidad por hablar conmigo? No conmigo como persona, sino como el médico de su madre.

—Me he cruzado un montón de veces con usted; lo conozco desde hace años. —

Louis sonrió—. Usted es, por así decirlo, parte de la familia. Pero quizá sentía curiosidad por verlo de esta manera. Creo que soy curioso por naturaleza.

—¿Cree que podrá vivir a la hora de todo el mundo o es algo que le angustia demasiado?

—No lo sé.

—¿Conoce nuestro hospital Sainte-Victoire?

—Sí. Sobre todo el pabellón L.

—Claro, es donde se queda su madre cuando viene a nuestro hospital. Precisamente acaban de reformar por entero el pabellón L. Y ahora hay televisión en todas las habitaciones. ¿Cree que una estancia en mi servicio le permitiría volver a poner las cosas en su sitio y el reloj a la hora oficial?

—No creo que sea necesario —respondió Louis con voz ahogada.

—Yo tampoco lo creo. Sin embargo es usted un joven brillante, y a la profesión médica y a la psiquiatría les corresponde ayudarle a superar una crisis, para impedir que un sufrimiento demasiado grande prive a nuestra sociedad de lo mejor que puede usted ofrecerle: su inteligencia, su espíritu emprendedor y su capacidad de trabajo.

El doctor Ferenczi apoyó la espalda en el respaldo de su asiento. En ese instante, Louis tuvo la impresión de que amaba con verdadero amor al doctor Ferenczi. Lo adoraba, lo admiraba. Pensó que su jugada era arriesgada y genial.

—Algo me dice que ha comprendido —continuó Ferenczi—, pero, desde luego, mi oferta sigue siendo válida, puede tomarse un tiempo para reflexionar.

—Sí, bueno, no, no será necesario. Creo que podré ponerme a punto sin pasar por el pabellón L.

—Bien. Una vez más, las puertas están abiertas de par en par si lo desea. De hecho, no rechazamos a nadie, como bien le dijo usted a su padre.

—Tomo nota.

—Una cosa más, la última. No olvide nunca que, al remedar la locura, uno puede volverse loco. Hay que ser razonable, muchacho. La locura no es en absoluto algo agradable, créame. No hay que flirtear con ella por gusto. No es una compañía tan interesante, ¿me comprende? Usted no es tan estúpido como para caer en la visión romántica de la locura como gran inspiradora y madre de las artes.

Al decir estas últimas palabras, inclinó la cabeza, pensativo y apenado. Dado que había frecuentado la locura en su vida cotidiana, la había despojado de sus últimos encantos, los que quizá habían seducido al joven médico que había sido antaño. Pero ahora solo quedaban los aullidos de furor o de espanto, las muecas y los tics, los lamentos sin fin, a los que personas con la mejor voluntad respondían como podían con los pocos medios que les otorgaba la institución. En cuanto al psiquismo humano, a Ferenczi le parecía que no se conocía gran cosa de él. Era un excelente facultativo, humilde, sin grandes esperanzas en los progresos de la humanidad, pero poseía una voluntad sin fisuras para socorrer a sus congéneres sin norte.

Al acompañar a Louis hasta la puerta, Ferenczi le dio una palmadita en el hombro. Una palmadita casi paternal, al menos así la percibió el muchacho. Y una vez en la calle, Louis sintió tanta gratitud hacia el doctor Ferenczi que le hubiera gustado volver a la consulta, llorar en sus brazos y decirle que lo amaba y que quería quedarse junto a él toda su vida.

La noche que siguió a la visita al doctor Ferenczi fue agitada. Louis soñó que estaba en una habitación de hospital, dos enfermeras lo habían atado a una cama y le habían inmovilizado la cabeza con un misterioso dispositivo que le impedía apartar la vista del televisor sujeto a la pared. Tampoco tenía el recurso de cerrar los ojos porque otro dispositivo igual de ingenioso, confeccionado con pinzas metálicas, mantenía sus párpados muy abiertos, mientras que sus manos estaban atadas a los barrotes de la cama, de modo que no podía llevárselas a los oídos para atenuar la agresión sonora. Era una hermosa pesadilla, estructurada y narrativa, cuyo único defecto residía tal vez en la inteligibilidad, que no parecía encerrar ningún misterio. Una literalidad decepcionante para todos los amantes de signos y símbolos. Pero los hermeneutas locos, para quienes no hay sentido último si no es oculto, algo habrían descifrado a pesar de todo. Louis prefirió quedarse con el sentido literal, lo bastante espantoso para que no intentara mortificarse con misterios aún más desagradables. Estar inmovilizado delante de un televisor y entregado en cuerpo y alma al programa del sorteo de la lotería, con la caída prodigiosamente inexorable de unas bolas numeradas que antes de caer habían recorrido, mitad resbalando, mitad botando, una tubería compleja, era suficiente para agotar todas sus fuerzas interpretativas. Louis ya había advertido que el sentido literal podía exceder en horror a todos los demás sentidos posibles.

Fue después de la desaparición de su madre cuando Louis le contó a Sylvia el episodio del «síndrome de la hora de verano».

—¿De verdad estabas angustiado o querías asustar a tus padres? —le preguntó ella.

—Estaba angustiado.

—Pero utilizaste esa angustia para inquietarlos, ¿no? Aun cuando estuvieras verdaderamente angustiado, simulaste un poco también. Ambas cosas no son incompatibles. Se puede simular precisamente porque se está angustiado.

—Sí, visto de ese modo.

—Buscabas algo que diera a la vez forma y contenido a la angustia que sentías.

—Es posible. A veces tengo la impresión de que he escapado al doctor Ferenczi solo provisionalmente. Algún día tendré que rendirme.

—Pero él no quiere tenerte.

—Lo sé. Pero a veces finjo que lo entiendo todo al revés. Me pidió que no me volviera loco y yo digo que me está esperando para encerrarme. Es agradable tener la impresión de que un psiquiatra nos está esperando para encerrarnos.

—Estás enamorado del doctor Ferenczi —apuntó Sylvia sonriendo.

—¿Tú crees?

—Sí, y quizá es ese amor lo que te ha salvado de la locura.

—No creo que el amor pueda salvar a nadie de la locura.

Más tarde, Louis salió sin decir adónde iba. No se podía pedir a todos que, como Odile había desaparecido, dieran cuenta de sus más mínimos actos y movimientos, aunque el mero hecho de salir de la casa hubiera adquirido en aquel contexto el peso de un acontecimiento notable. Como si con solo cruzar el umbral se corriera el riesgo de no poder regresar jamás.

Una mañana muy temprano, unos días después de la desaparición de Odile, la evidencia asaltó a Sylvia con una fuerza tan grande que, incluso años más tarde, se preguntaría cómo había podido ignorarlo hasta entonces. De todas las fotos que había visto de los niños Schlessinger, ninguna era posterior a cierta época que debía de corresponder más o menos a los cinco años de Louis. Este pensamiento la puso en un estado de agitación que le impidió conciliar el sueño. Se volvió hacia Louis y estuvo largo rato mirándolo mientras él dormía. Afuera, la nieve fundida caía de los canalones y el cielo aún estaba oscuro. Luego la atormentó otro pensamiento: ¿habían avisado a Adrien de la desaparición de su madre? Y si le habían avisado, ¿por qué no había ido a Almstadt? Si a Sylvia le hubieran dicho que su madre había desaparecido, se habría ido dejando a un lado todo lo demás. Tuvo que contenerse para no despertar a Louis y hacerle de inmediato esas preguntas. Finalmente se levantó, se puso la bata y bajó a la cocina a prepararse un tazón de leche caliente. El ruido de la nieve que se derretía acunaba la casa. Era un susurro sosegado, un canto terrestre, dulce y tranquilizador. Volvió a subir a la habitación, y cuando al fin Louis se despertó, le dijo:

—Tu hermano no viene nunca, ¿verdad que no?

—Pocas veces.

—Nunca.

—Por Navidad, a veces.

—Acaba de pasar la Navidad y él no estaba.

—No, no esta Navidad.

—¿Cuándo fue la última Navidad que vino?

—No lo sé, no tengo buena memoria para esas cosas. Habrá que preguntarle a mi madre.

Terminó la frase con un suspiro porque acababa de darse cuenta de lo que decía. Preguntarle a su madre era imposible. Como no quería finalizar con esa frase que se

le había escapado, aclaró que a pesar de todo Adrien se había molestado en avisar de que no acudiría.

—¿Y por qué no está aquí ahora? Quiero decir, ¿le ha avisado alguien de que vuestra madre ha desaparecido?

—Creo que le ha llamado mi padre.

—¿Y no viene?

—¿Y eso qué cambiaría?

—Eso demostraría que le importa su madre, su familia, en fin, no sé.

—Mmmm... Sí, bueno, Adrien es Adrien. Nunca ha sido muy familiar.

—¿Qué pasaría si me dijeras la verdad?

Louis se incorporó sobre los codos. Parecía reflexionar intensamente sobre la pregunta que Sylvia acababa de hacer.

—¿Dónde está Adrien? —insistió ella, decidida a no ceder.

—En Alemania.

—No es el fin del mundo. Alemania está aquí al lado, pasada la frontera, que queda a cincuenta kilómetros. Y además creía que estaba en Dubai. De hecho no sabes dónde está, ¿es eso?

Louis alzó los hombros.

—Está en Alemania. Tiene su vida allí. Hace tiempo que no se ocupa de nosotros.

—Es como si me contaras que está atrapado en los anillos del Nibelungo o en uno de los castillos de Luis II de Baviera, o que se lo ha llevado el Golem.

—Tu cultura germánica siempre me impresiona.

—Creo que ha llegado el momento de que me vaya y deje a solas a la familia Schlessinger —continuó Sylvia alzando la voz.

Empezó a recoger sus cosas. Louis la sujetó por un brazo.

—¡Espera!

Louis estaba tenso hasta el extremo. Parecía que el desasosiego había hecho desaparecer en un instante los beneficios de la mejor noche de sueño desde Navidad. Se sentó en el borde de la cama, como si eso le ayudara a hablar.

—Respecto a Adrien...

Sylvia esperó, por temor a que cualquier palabra suya interrumpiera la revelación completa de la verdad.

—Adrien murió —dijo al fin Louis, con voz firme.

—¿Cuándo?

—En el setenta y nueve. Tenía doce años.

—¿Cómo murió?

—Murió, ¿no te basta por hoy como confesión?

—¿Quizá te parece que doy muestras de una curiosidad malsana?

—No, no he dicho eso.

—Tengo la impresión de que he penetrado por la fuerza en una casa encantada. Ahora me doy cuenta de que nunca he sido bienvenida.

—No tienes derecho a decir eso. Solo que, hay cosas de las que nunca hablamos, ni siquiera entre nosotros.

No era que Louis no quisiera contarle, era más bien que no lo recordaba. Sin duda debería recordarlo, y además eso habían esperado de él durante años. Pero todo lo que sabía eran hechos que le habían referido, cuando debería haber sido él quien revelara la verdad. Era muy pequeño. Hay personas que no tienen verdaderos recuerdos de antes de su quinto año de vida. Louis tenía precisamente cinco años cuando sobrevinieron los acontecimientos que transformaron en fatalidad el curso apacible de la vida de su familia.

Al día siguiente de que Sylvia le obligara a hablar, Louis se decidió a contar las circunstancias de la muerte de Adrien. Durante el verano de 1979, exactamente el 9 de julio, hacia las cuatro de la tarde, Louis, siempre según lo que le habían dicho, jugaba con una pala y un rastrillo en el fondo del jardín mientras Adrien y un vecino de su edad se disfrazaban de caballeros. Su hermano guerreaba en busca del Grial y Louis estaba muy concentrado cavando un hoyo en el cajón de arena, lo que sin duda explica que no viera nada de lo que sucedió. El amigo de Adrien tuvo que ir a su casa a buscar la espada, pues se la había dejado. Tardó un buen cuarto de hora en encontrarla. Al asomarse a la ventana de su cuarto blandiendo la espada para avisar a Adrien de que enseguida volvía, vio a su compañero de juegos balanceándose en el ciruelo mirabel. Más tarde Louis se acordaría de que había oído un aullido atroz, el de su madre, que había resonado lo bastante para que los pocos vecinos que estaban en casa a esa hora del día y en esa época del año se alarmaran, y los que pudieron se asomaron a las ventanas que daban a los jardines. Siguió entonces varios gritos, como un eco del primero, pero sin igualar en horror al de Odile, que desapareció de la ventana del cuarto de baño del primer piso para surgir en el jardín y precipitarse hacia su hijo. Rodeado de hojas y de viento, el cuerpo de Adrien se balanceaba en el árbol de los mirabeles. En el temblor del follaje, las chispas de un sol quebrado en mil pedazos centelleaban como diamantes sobre el mar, salpicando el cuerpo de fragmentos rotos, y mil cuchillas diminutas parecían danzar sobre la muerte.

Manos de adulto levantaron a Louis y lo metieron en la casa. Pronto llegaron policías y llevaron a Odile aparte, mientras otros se desplegaban por el jardín. Un médico forense certificó la muerte cuando el cadáver fue desatado del árbol. Louis no había asistido a lo que siguió, pero cuando volvió a ver el jardín después, al caer la tarde, unos hombres parecían tomar medidas o buscar algo. Pero estábamos en 1979 y los métodos de la policía no tenían el carácter científico que adquirieron luego. No obstante, sin ser científica, una investigación podía ser rigurosa; ahora bien, meses más tarde, periodistas de la prensa local, a los que relevaban otros de la prensa

nacional —pues «el caso de Almstadt» había causado un gran revuelo, al menos durante el primer año, antes de que cayera en el olvido en beneficio de la muerte violenta de otro niño aún más espectacular y perturbadora—, acusaron a los investigadores de haber cometido negligencias en las primeras horas de las pesquisas, esas primeras horas siempre decisivas. Por ejemplo, la cuerda de la que había colgado a Adrien se había manipulado sin precaución y metido en una vulgar caja de cartón. En general se había procedido de un modo desordenado. El comisario Delcourt, encargado de la investigación, acababa de ser nombrado en Almstadt y los inspectores que llevaban años en la ciudad habían eludido más o menos abiertamente esa autoridad que todavía no había adquirido su legitimidad. El inspector Elzinger, destinado en Almstadt desde hacía treinta años, había operado por su cuenta con «sus» hombres y tomado iniciativas sin juzgar necesario referírselas sistemáticamente al «jovenzuelo» recién llegado. La ciudad no había conocido ningún acontecimiento tan trágico desde la Segunda Guerra Mundial. Desde hacía treinta y cinco años, reinaba la calma, y el inspector Elzinger más parecía un guarda rural que un inspector de policía. Ni el joven comisario Delcourt ni el viejo inspector envasado en la rutina de una apacible y pequeña ciudad burguesa de provincias estaban preparados para hacer frente a un crimen semejante, si crimen había habido. Pues ni siquiera en ese punto concreto aportó la autopsia una certeza absoluta. La hipótesis del suicidio de un chico de doce años parecía poco convincente, a menos que se tratara de un juego que había acabado mal. Debidamente interrogado, y en varias ocasiones, Guillaume, el vecino y compañero de juegos, siempre negó en redondo que Adrien y él se entregaran a esa especie de juego del escondite con la muerte. En cuanto a la idea de que su amigo se hubiera suicidado, le parecía «verdaderamente estúpida».

Eso llevó a suponer que, durante la media hora —pero ¿era un poco más o un poco menos?, eso era también incierto— en que Guillaume se ausentó para buscar la espada en su casa, alguien había entrado en el jardín de los Schlessinger y colgado al muchacho de doce años sin que este gritara ni se defendiera.

Interrogaron a todos los habitantes de la calle, de las calles vecinas y del barrio. Nadie había visto ni oído nada hasta que retumbó el grito de Odile. Acabaron por conformarse con la hipótesis más verosímil: un merodeador para un crimen aleatorio. La policía registró sin resultado alguno los hogares de asistencia social, los hospitales psiquiátricos, los centros para toxicómanos. Como sucede a veces en ese tipo de circunstancias, algunos enfermos mentales se presentaron voluntariamente a la policía y confesaron ser los autores del crimen en busca de un castigo ejemplar, de oprobio, de atención y de notoriedad.

Interrogaron a los saltimbanquis, los equilibristas, los tambores y los domadores de fieras del circo Frantzen, que había ofrecido una función en el centro de Almstadt la antevíspera y al atardecer. Philippe Schlessinger había llevado a sus hijos al espectáculo. Odile no los había acompañado, pues siempre decía que el circo la deprimía, por todas esas personas que no tenían casa y los animales que vivían en

jaulas y a los que amaestran a latigazos. La policía alcanzó al circo Frantzen en la ciudad vecina de Berg, a unos veinte kilómetros, pero sin resultado.

El comisario Delcourt interrogó a Louis durante un largo rato. El niño se acordaba de que Adrien se había disfrazado de Parsifal y andaba en busca del Grial. No era la primera vez que Adrien y Guillaume jugaban a ese juego, y Louis había intentado que le dejaran participar. A él también le habría gustado ser un caballero, tener un caballo y una espada. Adrien le había prometido que «pronto lo armaría solemnemente», pero el momento aún no había llegado. Adrien siempre posponía la ceremonia para armarlo caballero y Louis no tardó en comprender que ese momento nunca llegaría. El niño se había resignado esa tarde a jugar en su cajón de arena y se enfrascó en la tarea de cavar hoyos de distintos diámetros mientras Adrien guerreaba y, en lugar del Grial, encontraba la muerte en el jardín familiar. La palabra «muerte» fue pronunciada varias veces al hablar de Adrien, y Louis comprendió que se trataba de un hecho terrible y escandaloso. Algo más tarde comprendería que los seres humanos no tienen por qué morir tan jóvenes, y menos aún colgados de un árbol. A su alrededor, los adultos intentaban hacerle hablar, pues al parecer no creían que fuera posible que no tuviera ningún recuerdo. Más tarde aún, al mismo Louis le asombraría no tener ninguno, pero por mucho que buscara en su memoria, nunca encontraría más que hoyos de diversos tamaños excavados en la arena. Durante muchas semanas y muchos meses le preguntarían si estaba realmente seguro de no haber visto a nadie entrar en el jardín, o si al menos había oído algo. Durante todos aquellos meses en que le interrogaron con regularidad, Louis tuvo en algunos momentos la penosa impresión de que no le creían. Hasta Odile, cuando volvió del hospital tras una semana en que la mantuvieron en un estado mental nebuloso que impidió que se tirara por la ventana (no habría podido, porque la ventana de su habitación estaba provista de una reja), acosó a Louis con preguntas. ¿Había visto a alguien entrar en el jardín? ¿Había oído alguna voz desconocida? Pero las respuestas de Louis eran siempre igual de decepcionantes. Algunos pensaban que era imposible que el niño no hubiera visto ni oído nada. ¿Tal vez mentía para proteger a alguien? O porque tenía miedo.

En esa época el doctor Ferenczi entró en la vida de los Schlessinger. Le habían pedido su dictamen de experto sobre una posible amnesia de Louis o un encubrimiento voluntario. ¿Cabía la posibilidad de que Louis hubiera visto al asesino y que el trauma y el terror hubieran enterrado sus recuerdos? ¿O que el niño callara a propósito por temor al asesino? Tras una larga sesión con el pequeño, el doctor Ferenczi concluyó que sufría una amnesia total y «auténtica». Por supuesto, en esa ocasión se había «incautado» de su inconsciente. El inconsciente responsable de la

«inhibición». Eran demasiadas palabras para el inspector Elzinger, que ya había señalado su abierta desaprobación cuando habían recurrido al psiquiatra. La introducción de la psiquiatría y del inconsciente en las investigaciones de la policía le parecía una degradación de sus condiciones de trabajo. Por lo que respecta a la inhibición, el inspector Elzinger hacía siempre la misma pregunta: ¿quién inhibía qué? Al parecer, en la comisaría de Almstadt nadie podía aclararlo. Un joven uniformado en prácticas había aventurado incluso la palabra «preconsciente», una noción de la que había oído hablar en clase de filosofía en el último año de bachillerato. Hasta se acordaba de fragmentos de una obra que había leído para una disertación. En la comisaría la hilaridad había sido general. Es verdad que «preconsciente» parecía una palabra incomprensible para explicar otras palabras incomprensibles. Casi siempre Elzinger concluía que todo eso eran «añagazas y chocarrería». Si al doctor Ferenczi le hubieran consultado sobre el proceder de Elzinger al principio de la investigación, quizá hubiera incautado el inconsciente del inspector. La manera en que, siguiendo sus instrucciones, la cuerda había sido desatada y guardada en una vulgar caja de cartón entraba abiertamente en el ámbito del sabotaje. La proporción de inconsciente que había presidido la operación sería otro misterio adicional de la investigación. Pero el inspector Elzinger se defendió con aspereza de las acusaciones de la prensa. Su antigüedad y los leales servicios que había prestado a la comunidad de Almstadt le ahorraron cualquier disgusto con sus superiores. Nunca fue hostigado y un año más tarde aceptó una bien merecida jubilación, que no obstante les pareció desacostumbradamente temprana a Philippe Schlessinger y a otros observadores puntillosos, en especial a los famosos periodistas, calificados por Elzinger de «promotores de disturbios». En vano intentó Philippe Schlessinger averiguar más acerca de esa jubilación anticipada.

Así pues, Louis había sido el primer Schlessinger que tuvo relación con el doctor Ferenczi. Pero muy pronto, de hecho no más de dos semanas después de que Odile saliera del hospital, Philippe llamó al doctor a título personal —es decir, fuera de la investigación y sin informar de ello a la policía— para pedirle que viera a su mujer, que se negaba categóricamente a volver al hospital, a consultar con el médico que la había atendido durante su ingreso e incluso a tomar los medicamentos que este le había prescrito. En cuanto Odile emergió del marasmo psicoquímico, la desesperación tomó de nuevo plenos poderes en su vida. Lloraba durante horas, hasta que las lágrimas y los gritos la dejaban jadeante y enmudecida, estirada en la oscuridad, y volvía a gemir cuando encendían la lámpara o si su marido abría los postigos para que entrara la luz en la habitación. Philippe tuvo que contratar a una niñera para que atendiera a Louis y a Julie, que entonces era solo un bebé. Para Louis, su madre se convertía en un ser lejano, al que veía a través de la puerta entreabierta de la habitación de sus padres, mientras la casa entera se transformaba en una tumba.

La vida de todos los seres se organizaba en ella según la desesperación despiadada de Odile. Philippe estaba al borde del agotamiento cuando recurrió al doctor Ferenczi, que le había parecido, al conocerlo en el transcurso de la investigación, no solo un facultativo competente, sino también comedido y benevolente. Logró convencer a Odile de que le consultara, y por suerte, como él había esperado y presentido, la relación entre el médico y su mujer fue de inmediato excelente. Ella aceptó tomar los medicamentos que le prescribió. Al menos al principio. Por más que la farmacopea destinada a las enfermedades mentales hubiera hecho progresos nada despreciables en las últimas décadas, sin duda nunca habría bastantes psicotrópicos para liberar a los humanos de su dolor de vivir y su miedo a morir.

El doctor Ferenczi realizó ajustes en la posología hasta llegar a un término medio aceptable entre una mejoría de su estado y los efectos no deseados, sin conseguir que estos últimos desaparecieran por completo. Cuando Odile tomaba los medicamentos, estaba menos triste, pero en cuanto estaba menos triste dejaba de tomarlos, y el resultado nunca se hacía esperar demasiado: volvía a caer en la angustia de los primeros días, curiosamente aliviada al encontrar su dolor intacto.

El estado de Odile no mejoró de verdad hasta dos años más tarde, a partir de cierto día de junio, tan gris como los de noviembre, en el que decidió simplemente que su hijo Adrien no estaba muerto. Entonces salió de la habitación en la que había pasado dos años llorando y dando alaridos en la oscuridad, y anunció que Adrien volvía del internado para pasar las vacaciones de verano en casa. Philippe Schlessinger, consternado, no tuvo valor para desengañarla. Pensó que, de todos modos, pronto volvería a la triste realidad y que no había necesidad de decirle lo que ella ya sabía. Era un error. Una semana más tarde, Odile seguía hablando del regreso de Adrien. Entretanto, había retomado, de manera bastante satisfactoria, sus actividades de madre en el hogar.

Al cabo de dos semanas, Philippe Schlessinger decidió que era su deber devolver a su mujer al camino de la razón y de la realidad. Cuando, por enésima vez desde el principio de la semana, Odile anunció el regreso de Adrien, Philippe respondió que no, que Adrien no volvería, ni ese día ni ningún otro. Odile frunció las cejas en señal de desaprobación, y Philippe llegó incluso a pronunciar la palabra «muerto». Las cejas se fruncieron entonces aún más en una mueca atroz, un rictus de desaliento que expresaba una aversión insondable de Odile hacia el hombre que le servía de marido.

Completamente desorientado una vez más, Philippe fue a consultar al doctor Ferenczi para informarle de la nueva disposición de ánimo de su mujer. De forma

accesoria, quería saber si había que esperar que enloqueciera del todo a corto o medio plazo, o si se trataba de una fase transitoria hacia la normalización. Era difícil entender que una negación semejante pudiera ser un camino hacia alguna forma de normalización, pero Philippe quería conservar la esperanza de que su vida aún no estaba completamente destruida. Y para eso estaba dispuesto a oírlo todo, incluso una tontería sin sentido. En el punto en que se encontraba su angustia, cada vez le importaba menos la verdad. Pero el doctor Ferenczi le dijo que de todos modos se atuviera a la verdad y siguiera diciendo a Odile que su hijo estaba muerto. Al parecer, el doctor Ferenczi no solo era freudiano, sino también platónico, lo cual al menos en apariencia no casaba demasiado bien. Por lo visto pensaba que el bien y la virtud se alineaban al lado de la verdad y que todas esas hermosas ideas se mantenían muy cerca las unas de las otras. Philippe no distaba de compartir dicho parecer, y hasta entonces, sin haberlo expresado con tanta claridad, había conducido su vida de manera más bien platónica, por considerar que el bien, la virtud y la verdad poseían una misma esencia. Los últimos acontecimientos no habían modificado de manera significativa sus convicciones filosóficas y existenciales; simplemente, empezaba a estar hasta la coronilla de la verdad.

Su mujer también se había hartado de la verdad y se las había arreglado muy bien para encontrar una salida. Philippe se encontró con que, a la pregunta de si su esposa iba a volverse loca, le respondían que «locura» era una palabra que él —el doctor Ferenczi— utilizaba muy rara vez. Para él era un término que adolecía de una grave falta de precisión y no era de ninguna utilidad desde un punto de vista médico. Ahora bien, Philippe tenía la opinión contraria, e incluso la convicción cotidiana de que la locura era una entidad reconocible, con manifestaciones identificables, y que, aunque pareciera imposible, había entrado en su casa después de que la muerte violenta hubiera entrado en su jardín. A la pregunta de si cabía esperar que Odile recuperara el sentido de la realidad, el doctor Ferenczi contestó de manera muy evasiva, y Philippe se preguntó si él mismo no debería haber encontrado una formulación menos vaga, que tal vez habría dado pie a una respuesta más clara. Pero no tardaría en comprender que el doctor Ferenczi nunca respondía de forma precisa, ni siquiera cuando él mismo se negaba utilizar el término locura con el pretexto de que era aproximado. Al final, Philippe acabaría por preguntarse si la repugnancia del doctor a emplear el término genérico de «locura» se debía verdaderamente a la imprecisión de la palabra, como él afirmaba, o si por el contrario no era más bien su claridad demasiado radical y su poder de evocación lo que hacía que el facultativo se sintiera incómodo.

Durante los tres meses siguientes a su entrevista con el doctor Ferenczi, Philippe se mostró heroico en su empeño de asestar la verdad a su mujer. Pero ella no se mostró

menos obstinada en negarla. En consecuencia, las comidas de la familia Schlessinger adoptaban una forma bastante curiosa y, en algunos aspectos, espeluznante. Odile hablaba de Adrien, que pronto iba a regresar, y su marido le respondía, educada pero diligentemente, que Adrien estaba muerto. Louis asistía a esos diálogos extraños con un estoicismo que hacía suponer que se las ingeniaba para no oír nada. De hecho, ponía en práctica ciertas técnicas de supervivencia para alejarse de la situación. Se concentraba en los alimentos, los masticaba a conciencia y no se permitía tragarlos hasta haberlos triturado, como una papilla, dentro de la boca. Era una tarea absorbente y un excelente entretenimiento. El repaso mental de las clases o la resolución de problemas de matemáticas o de física no lo eran menos. Louis combinaba de forma ventajosa masticación, repaso y resolución con vistas a una eficacia máxima. Ese tiempo de repaso clandestino se sumaba al tiempo oficial reservado a los deberes y lecciones, y casi podría decirse que la locura de la madre contribuyó a la excelencia escolar del hijo. Pero en varias ocasiones Philippe, a pesar de su perfecto dominio del lenguaje —era un eminente jurista—, no dijo: «Odile, Adrien está muerto», sino: «Odile, tu hijo está muerto», y no es seguro que Louis, por muy absorto que estuviera en sus pensamientos, no quedara, al menos de un modo subliminal, afectado por la noticia de su propia desaparición.

Durante años, cuando su madre le hablaba de Adrien, Louis hacía como si no oyera. En cuanto a Julie, su rostro expresaba un estupor pensativo y circunspecto. Para ella, Adrien nunca había tenido una realidad estable. No era más que una sombra vacilante en el jardín. Su madre le había enseñado fotografías: Adrien soplando las velas de las tartas de cumpleaños hasta que cumplió los doce, Adrien desenvolviendo sus regalos al pie de un árbol de Navidad, Adrien junto al mar, Adrien sentado en las rodillas de la abuela Adélaïde. Julie veía a un niño rubio a quien encontraba un gran parecido con su hermano Louis, el único hermano que conocía y el único que existía de verdad para ella. Ella dormía apaciblemente en su cuna, en el primer piso de la casa familiar, cuando encontraron muerto a ese hermano mayor a quien nunca conocería, colgado de un árbol frutal que más tarde arrancaron. Su padre le había dicho que Adrien había muerto, pero su madre siempre anunciaba que llegaría el próximo fin de semana. Cabe pensar que esas informaciones contradictorias pudieron sembrar la confusión en la mente de Julie. Cuando llegaba el sábado, veía que Adrien no regresaba, y así, un sábado tras otro, acabó por concluir que nunca volvería. La muerte de Adrien constituía una explicación bastante convincente para esa ausencia prolongada. Pero la luz implacable de esa explicación arrojaba una sombra brutal sobre otro aspecto de la realidad: ¿por qué continuaba su madre esperando el retorno de un muerto?

Philippe y Louis se preguntaban qué podía decirse Odile de un sábado a otro para mantener la ilusión. Quizá no se decía nada y pasaba directamente de una esperanza de verlo volver a la siguiente. Todo en su comportamiento les inducía a suponer que

no había «tiempo muerto» entre dos ilusiones y que su vida debía de ser una sucesión ininterrumpida de sábados en los que «Adrien volvería». Cada sábado en que no regresaba quedaba anulado de inmediato por la esperanza de su regreso al sábado siguiente.

Después de dos años de constancia virtuosa, Philippe se encontró preguntándose si servía de algo seguir asestando a su mujer la verdad como martillazos en la cabeza, ya que era evidente que eso no cambiaba en nada el hecho de que se había internado en los caminos de la locura —él seguía utilizando esa palabra, ya que consideraba que se ajustaba a lo que observaba y no sentía la necesidad de emplear otra más precisa—. Por lo que podía juzgar a esas alturas, esa negación le proporcionaba a su mujer un bienestar incontestable. Además de estas consideraciones altruistas, no hay que subestimar otro factor, en apariencia más anecdótico pero nada desdeñable. En la decisión de Philippe Schlessinger de ser menos puntilloso con la verdad, lo real y todo lo demás, ese factor no era otro que el cansancio. Ya estaba harto de la verdad, y si había mantenido escrupulosamente el rumbo del rigor durante dos largos y agotadores años había sido tan solo por obedecer al doctor Ferenczi, que según el parecer general era un excelente facultativo de la cuestión mental. Pero llegó un día en que no pudo más.

El cambio que se operó por esa época en la vida de los Schlessinger, un cambio que en todos los aspectos iba a resultar considerable y decisivo para el futuro de cada uno de los miembros de la familia, no fue el resultado de un acto madurado con reflexión, sino más bien de la erosión de la voluntad del esposo y padre hasta entonces irreprochable. Fue el doblegamiento del día ante el crepúsculo, una mirada de soslayo del ojo inmenso de la lucidez, un eclipse en el semblante luminoso del sol. Un día, Philippe Schlessinger dejó de contradecir a su mujer cuando esta decía algo sin sentido, especialmente cuando anunciaba que Adrien llegaría el fin de semana siguiente.

Todo se desarrolló de manera sencilla, casi se podría decir que de manera natural. Cuando Odile le preguntó a Philippe si Adrien llegaría el sábado en el tren de siempre, en vez de contestar: «Odile, Adrien está muerto», Philippe dijo: «No lo sé». Ese «no lo sé» fue una primera rendición; después vendrían muchas más. En el rostro de Odile, un lento pestañeo sustituyó al habitual fruncimiento desaprobador de las cejas, y eso fue todo. La reacción más llamativa fue la de Louis, que alzó los ojos del plato y se quedó mirando a su padre. Como se encontraba en pleno cálculo mental, no estaba seguro de haber oído bien, pero le pareció del todo imposible pedirle que lo repitiera. Además, el rostro de su padre imploraba que no hiciera nada, lo que confirmó la sospecha de Louis: había sucedido algo anormal. Louis creyó notar también, aunque no podría jurarlo, que había un brillo desacostumbrado en los ojos de su madre. Pero ¿era en realidad el destello de la victoria? Cuando Louis desvió la

vista hacia Julie, vio que ella lo miraba fijamente. Entonces le vino a la mente la idea de que esperaba algo de él, o quizá que creía que él tenía la solución del enigma que atormentaba a todos los sentados a la mesa. Hubiera querido decirle que no sabía nada, que él tampoco comprendía nada y que tenía tanto miedo como ella, pero se calló y trató con todas sus fuerzas de retomar el cálculo mental allí donde con tan mala fortuna lo había dejado.

Louis había sido el único testigo de la muerte de su hermano, pero por alguna razón difícil de determinar el hecho se había borrado de su memoria. En cambio, siempre recordaría ese día, dos años más tarde, en que su hermano, en virtud de la ficción familiar, había resucitado de entre los muertos. Los días siguientes confirmaron esa resurrección, ya que, cuando Odile le preguntaba a qué hora llegaría el tren de Adrien, Philippe ya no contestaba «Odile, Adrien está muerto», sino «A las doce menos cuarto» y, después, «A las cuatro y diez», pues entretanto Adrien había avisado de que llegaría algo más tarde de lo habitual. Este lujo de detalles dejó a Louis petrificado. ¿Había consultado su padre los horarios de la compañía de ferrocarriles? Louis esperó el sábado con cierta curiosidad, preguntándose cómo saldría su padre del atolladero de sus mentiras. Cuando llegó el momento, Philippe cogió el coche y anunció que iba a buscar a Adrien a la estación. Volvió al cabo de tres cuartos de hora y, mientras se quitaba la chaqueta para colgarla en la entrada, declaró que Adrien había perdido el tren y pospuesto la visita una semana. Louis, que se disponía a ir a comprar el pan para la comida, se quedó clavado en el sitio y dirigió a su padre una mirada discreta y consternada. Odile salió de la cocina y su marido le recitó los mismos disparates con un aplomo fantástico y una manera frontal de mentira que Louis nunca le hubiera creído capaz. Louis salió precipitadamente. El recado que le había encargado su madre era de lo más oportuno; necesitaba reflexionar. Pero ¿sobre qué? ¿Había materia para la reflexión? Mientras avanzaba por la rue du Cardinal-de-Retz en dirección a la panadería Verlutin, trató de levantar su primer atestado: su madre estaba chiflada y su padre fingía estarlo también, sin duda para no aguar la fiesta. ¿Pura generosidad por parte de su padre o auténtico cinismo y duplicidad descarada? Louis se sentía incapaz de responder a esta pregunta y, mientras su mente se estrellaba contra el muro blando de la insolubilidad, el pobre niño descubría atónito que los otros son opacos, incluso oscuros e ininteligibles casi siempre. El ritmo de los pasos que lo llevaban hacia la panadería se hizo más lento, como si necesitara recuperar el aliento bajo el efecto de esta revelación. Y un sentimiento de rebeldía se apoderó de él. ¿No era demasiado joven para que la vida le asestara sus espantosas verdades?

La ira contra su destino se calmó tan deprisa como se había presentado. ¿Por qué iba a tener él derecho a una vida cuando la de su hermano había quedado interrumpida con brusquedad? Desde luego, no comprendía qué mal podía haber

hecho para merecer esa suerte, que juzgaba tristísima, pero sin duda había una razón, miles de razones suficientes, y cuando traspasó el umbral de la panadería el sentimiento de rebeldía se había desvanecido. A los siete años, ese niño solitario y taciturno que destacaba en matemáticas estaba resignado a soportar estoicamente lo que la vida quisiera infligirle, todos los castigos posibles.

Pero cuando Philippe Schlessinger creía que había conseguido recuperar —al precio de mentiras audazmente complacientes— una especie de tranquilidad doméstica, su mujer presentó nuevos síntomas cuyo escenario era la noche. La primera vez que Odile se levantó hacia las cuatro de la mañana y fue a despertar a Louis y a Julie para llevarlos a dar una vuelta por el barrio, era diciembre y hacía mucho frío, tanto como puede hacerlo en Alsacia en esa época del año. No se preocupó de abrigar a los niños y el paseo nocturno le valió a Louis una angina con pus y una bronquitis que lo tuvieron en cama todas las vacaciones de Navidad. Curiosamente, Julie no se puso enferma, pero Philippe Schlessinger estaba convencido de que su mujer había ascendido otro escalón en la jerarquía de los locos. Como si después de que Odile hubiera obtenido una aparente victoria contra la realidad al obligar a su entorno a ceder a su ficción, su locura hubiera hecho aumentar las apuestas para imponer cada vez más su ley contra la tranquilidad doméstica. Como si esa locura se negara a dejarse circunscribir, como si quisiera a toda costa desbordarse en la vida bien ordenada de Odile y de los suyos. Entonces Philippe comprendió que no habría arreglo posible, que la locura exigiría cada vez más sangre y lágrimas. El peligro ya no estaba en el exterior; con los años, se había deslizado del jardín hasta el interior de la casa. Eso era quizá lo que Odile quería decir al llevarse a sus hijos a la calle en plena noche. Sin duda buscaba protegerlos del peligro terrible que los amenazaba, aunque, tal como estaban las cosas, el único peligro de verdad parecía no ser otro que ella misma.

Informado de la evolución de la enfermedad, el doctor Ferenczi exigió ver a su paciente, pues ya estaba harto de hablar solo con el marido. Entretanto, este se había visto obligado a confesar que había entrado en el juego de su mujer, con el fin eminentemente legítimo de intentar que la existencia volviera a ser soportable. El doctor Ferenczi se guardó de abrumar a Philippe con reproches.

—¿No cree que si hubiera continuado oponiéndole la verdad habría impedido que sucediera esta..., este nuevo desastre? —le preguntó Philippe con inquietud.

Pero el doctor Ferenczi no creía eso, ni tampoco lo contrario. Practicaba algo más cartesiano que freudiano: suspendía su juicio.

Cuando llegó el Año Nuevo, Odile seguía sin regresar. En el transcurso de la semana, Louis se había imaginado que su madre podría volver para el primer día del año. De todos modos fue lo bastante prudente para no hablar con nadie de su estúpida esperanza, que tal vez los otros compartían pero que también juzgaban lo bastante necia para callársela. La vida les había enseñado que se ríe de los calendarios humanos, pero perduraban —sobre todo en Louis, porque tenía el corazón frágil— vestigios de antiguas creencias infantiles, entre las cuales la magia de la Navidad figuraba en primera fila. Por esa razón, los días siguientes a la fiesta lo sumían en un inmenso desasosiego. Sin saberlo, Sylvia y Louis habían compartido el mismo tipo de aflicción durante toda su infancia: les había costado mucho aceptar que al día siguiente de Navidad, el mundo y las personas no quedarán como nuevos, como si se hubiera operado en ellos un encantamiento.

Desde el principio de la semana Sylvia había tomado en sus manos la intendencia, y progresivamente todo el mundo había descargado en ella las compras y la cocina. Lo hacía con la máxima discreción posible, pues temía que Julie interpretara su ayuda como una usurpación. Pero Julie, si bien no perdonaba a Sylvia que fuera testigo, aunque involuntario, del desastre, había dejado de considerarla una enemiga, o al menos únicamente una enemiga. Ahora la miraba con una curiosidad asombrada y se preguntaba quién podía ser esa chica lo bastante chiflada para haberse encariñado con su hermano Louis. ¿No tenía que faltarle un tornillo a Sylvia Delaunais para encontrarse en la situación en la que estaba, cocinando para una familia cuya madre se había ido el día de Navidad y aún no había regresado? ¿No tenía padres con los que reunirse y pasar las fiestas?

Sylvia se preguntaba también si no debería estar junto a sus padres. Había previsto pasar con ellos el Año Nuevo y llevar a Louis. Pero Georges y Charlotte anunciaron que irían a ver a unos amigos en el sur de Francia. Todo había surgido en el último momento, como en Navidad, y finalmente no había ningún obstáculo para que Sylvia se quedara en Almstadt. La noche de fin de año cenaron en silencio, pensando en el día siguiente, en el que se cumpliría una semana de la desaparición de Odile. Y nadie podía evitar tener la esperanza de que eligiera ese día, el de Año Nuevo, para aparecer. Así el círculo quedaría cerrado, todo volvería al punto de partida, como si nada de aquello hubiera sucedido. Ninguno de ellos habría sabido decir de qué círculo se trataba exactamente, pero lo cierto es que tanto los Schlessinger como Sylvia se entregaban al pensamiento mágico más descabellado y ridículo.

Odile no regresó al día siguiente, y el 3 de enero, cuando Louis y Sylvia se fueron de Almstadt para volver a París, aún no había aparecido.

Louis volvió a volcarse en el trabajo. No vio mucho a Sylvia durante el mes de enero. Ella, por su parte, avanzaba en la tesis y de vez en cuando iba al rodaje de *Les Reines écarlates*, al que Paul Blass siempre la invitaba. Este elogiaba los méritos de su primer ayudante, Jean-Luc, un hombre moreno, alto, de unos treinta y cinco años, que, según decía, lo «protegía», sin especificar de qué. Sin duda del equipo, de la producción, de los pelmazos y, en general, supuso Sylvia, de todo lo que, en palabras del propio Paul, podía suponer un estorbo para el artista y su creación. Además, Jean-Luc era un virtuoso de la planificación del trabajo, capaz de gestionar imprevistos, cambios de planes de última hora y la habitual falta de sujeción a los horarios de Paul. En resumen, un profesional de verdad. Sylvia también tuvo ocasión de comprobar, durante algunas comidas que compartió con Paul y su guardia personal, que Jean-Luc sabía relajar el ambiente oportunamente con un chiste o una anécdota sobre la gente de cine. Sabía ser lo bastante mala lengua para divertir a la galería, sin dejar de ser consciente de las fronteras que no había que traspasar para seguir siendo digno de confianza.

Sylvia nunca vio a Antoine en el plató, pero se cruzó varias veces con el muchacho que lo había sustituido en el piso de Paul. Ahora era «ayudante en prácticas» de la dirección. Concretamente, su trabajo consistía en cortar la circulación, ir a buscar a los actores a sus casas y llevarlos de vuelta al final de la jornada. Sylvia observó que en pleno mes de enero iba siempre en camiseta. Ni siguiera en exteriores se ponía un anorak o una cazadora. Quizá no era friolero, quizá pensaba que era una pena ocultar su torso perfecto, elegante y poderoso a la vez, masculino y sin vello, una especie de estatua de Praxíteles, decía la script, una mujer de unos cincuenta años que cuando no trabajaba iba mucho a los museos y que no perdía ocasión de citar una referencia cultural, no por pedantería, sino porque, con un candor auténtico y enternecedor, consideraba que el arte «da la oportunidad de ver la vida de otra manera». Una mujer feliz, pensaba Sylvia. Pero la omnipresencia más que visible de Praxíteles, que respondía al nombre de Tanguy, la incomodaba, quizá debido al recuerdo de Antoine, a quien había sustituido y de quien, aparte de ella, nadie parecía acordarse.

Sylvia se interrogaba constantemente acerca de las relaciones que mantenía con Paul Blass, y más aún sobre las relaciones que él tenía con ella. Debía admitir que el hombre era bastante amable, mientras que ella de buena gana lo trataba con aspereza, y hasta con satisfacción, como había observado con sorpresa. Se prometió examinar la naturaleza profunda de esa satisfacción. Pero ya era la hora del té y dejó para más tarde el examen de conciencia.

* * *

Françoise acababa de anunciar a Sylvia que se iba a Londres la semana siguiente. Tenía que hacer unas pruebas para un papel en una película de género e independiente a la vez. Era el papel de una joven vietnamita que se enamoraba de un gángster inglés y al final descubría que era un asesino en serie.

—El guión no es de los mejores, hay que reconocerlo, pero los ingleses son muy agradables en el trabajo —añadió Françoise—. Más profesionales que los franceses, más rigurosos, pero también más sencillos y amables. De cualquier modo, me gustaría quedarme allí. París se ha vuelto irrespirable. ¿No opinas lo mismo?

—Bueno, yo no salgo mucho de casa, así que apenas me doy cuenta —contestó Sylvia.

—Si salieras comprenderías mejor lo que digo. Y por qué me voy a Londres.

—Pero ¿y Samuel?

—Oh, Samuel, sabes, así son las cosas.

—Sí, en fin, «así son las cosas» desde hace cinco años. Cinco años no es moco de pavo. ¿Todavía dices que no es importante para ti?

—Yo no digo nada. Pero Samuel trabaja mucho y no me necesita.

Françoise se encogió de hombros y Sylvia tuvo la impresión de que algo había pasado entre ellos dos, pero que su amiga no quería hablar del asunto.

—¿Y el politécnico? —le preguntó Françoise para cambiar de tema.

—No demasiado mal teniendo en cuenta que su madre lleva seis meses desaparecida.

—Ah, sí, es verdad. ¿Crees que está muerta?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Ahora recuerdo que me lo encontré, hará unos quince días, en la Cinemateca. ¿Cómo es que no estabas con él?

—Seguramente no me apeteció, o él no me lo propuso. De todas maneras, tengo que currar.

—Ah, sí. Después de darnos la tabarra con las oposiciones, ahora nos la vas a dar con la tesis.

—¿Hablaste con Louis?

—No, lo vi de lejos.

—¿No te acercaste a saludarlo?

—No, estaba con Samuel.

—¿Y qué? Además se conocen.

—Había mucha gente y no nos quedamos mucho tiempo.

Sylvia no sucumbió al deseo de preguntar con quién hablaba Louis cuando Françoise lo vio. Pero esta lo adivinó.

—No pongas esa cara. Hablaba con un chico —dijo sonriendo—. Y si estás tan

preocupada, no tienes más que acompañarlo a las fiestas; así no te harás mala sangre.

Sylvia respondió que no se hacía mala sangre, pero no estuvo muy convincente.

—En cualquier caso, deberías acompañar a tu novio; es lo que suele hacerse.

—Sí, lo tendré presente —murmuró Sylvia sin ironía.

Le habría gustado ir a las fiestas y sentirse a gusto. Le habría gustado, simplemente, ser diferente. Se prometió que acompañaría a Louis la próxima vez.

* * *

La ocasión se presentó un mes más tarde, cuando Louis le propuso asistir a un preestreno. ¿Se podía reprochar seriamente a un productor que invitara a un crítico a una fiesta, y se podía reprochar seriamente a ese crítico que aceptara la invitación? Louis había escrito un artículo elogioso sobre la segunda película de un joven cineasta, Patrice Mérange; la primera película ya la había alabado *La Revue* en una época en que Louis aún no trabajaba en ella. El productor, Jean-François Balitran, contaba ahora a Louis Schlessinger entre sus aliados. Como Balitran, un hombre de unos cuarenta años, heredero de una familia de ricos industriales, no podía invertir en el fútbol —su fortuna no daba para tanto—, se había volcado en el cine. Había leído más *L'Équipe* que *La Revue*, pero había sucumbido al encanto de Mérange tres años antes, cuando este acababa de salir del Instituto de Estudios Superiores de Cinematografía y ya se había dado a conocer con varios cortometrajes realizados mientras estudiaba. Se decía que era el más prometedor no solo de su promoción, sino de su generación. Balitran había producido su primer largometraje, recibido calurosamente por la crítica llamada «intelectual» y sobre todo por *La Revue*. Las de Patrice Mérange eran de esas películas «de autor» con merecida reputación de ser económicamente frágiles. El apoyo de una revista de renombre era decisivo desde el punto de vista estratégico, aunque dicho apoyo solo tuviera una influencia marginal en la venta de entradas. A falta de éxito comercial, un éxito de crítica era un buen seguro para el porvenir de un joven realizador. Aunque siempre había preferido el fútbol al cine, Balitran tenía una especie de instinto para descubrir a los jóvenes cineastas. No se sabía muy bien de dónde le venía esa intuición; otros productores, probablemente por envidia, afirmaban que solo tenía una suerte descarada.

Sylvia había leído el artículo que Louis había dedicado a la película y había sentido deseos de verla. La proyección se realizó en un cine del Odéon, tras lo cual los invitados privilegiados, las personas muy importantes, estaban convidadas a acudir al Nobody, en la rue Gît-le-Coeur, el club nocturno más en boga de la Rive Gauche en esa época. El decorador berlinés Hans Hitcher había logrado combinar en el local una mezcla audaz de estilo inglés retorno de India y de *art déco* francés, escaleras intimidantes y rincones íntimos, paredes revestidas de maderas preciosas y sillones de tonos guinda, rubí y frambuesa machacada.

En las profundidades del Nobody la gente bailaba, mientras que los pisos superiores estaban destinados a la conversación. Louis y Sylvia, con una copa en la mano, se instalaron en sillones de diversas tonalidades de rojo para proseguir la conversación que habían empezado al salir del cine. A Sylvia le había gustado mucho la película de Mérange, pero algunas frases del artículo de Louis que le habían parecido oscuras y que esperaba comprender al ver la película le parecían, por el contrario, aún más oscuras ahora que la había visto. En especial la desconcertaba la frase «Para Mérange, filmar es filmar el pensamiento», y le pidió a Louis que le explicara lo que había querido decir. Para su sorpresa, Louis no parecía capaz de aclarárselo. De todos modos, no intentó huir ni escudarse en explicaciones ociosas. Después de tratar de reflexionar en busca de una formulación más clara que arrojara luz sobre sus propios pensamientos, Louis confesó que ni él mismo entendía bien sus palabras. Sylvia, en vez de reprocharle que hubiera escrito una frase cuyo sentido no comprendía, quedó cautivada por su honestidad. Lo encontró encantador por no intentar ocultar su confusión tras una cortina de humo conceptual. Cualquiera otro, para salir del paso, ¿no habría tratado de avergonzarla por no haber entendido, liándola aún más? En cuanto al sentido de la frase en cuestión, se revelaría más tarde bajo la forma de una iluminación.

No obstante, no llegaba a discernir si a Louis le gustaba la película tanto como decía o si se había contentado con seguir la línea editorial de *La Revue*. Aunque ella había apreciado la película, no podía por menos de encontrar el artículo de Louis exageradamente elogioso. Creía en la sinceridad de su amigo, pero ¿no había cargado las tintas en una alabanza excesiva? No se había limitado a seguir la línea editorial de *La Revue*, sino que, al mostrarse más papista que el papa, quizá había pretendido no solo hacer suya la línea del «partido», sino convertirse también en el «promotor» privilegiado de la película.

La manera en que Louis habló con el productor, el realizador y los demás protagonistas de la fiesta con quienes tuvo la ocasión de conversar confirmó la hipótesis de Sylvia. Cuando Patrice Mérange, acompañado de una de las actrices, una morena alta con un vestido negro muy escotado, pasó cerca de donde estaban sentados, Louis no hizo nada por atraer su atención y el cineasta se alejó sin verlo. Un poco más tarde Mérange vio a Louis y se acercó con toda naturalidad. Se hicieron las presentaciones. Patrice Mérange miró a Sylvia unos instantes con una atención que no pasó desapercibida ni a Louis ni a Bénédicte, la actriz que lo acompañaba.

—¿Usted también escribe artículos para *La Revue du cinéma*?

—No, en absoluto —respondió Sylvia, sin que se le ocurriera la idea de decir a qué se dedicaba.

—¿Y a qué se dedica usted? —le preguntó Mérange, divertido por la torpeza o la

distracción de la joven.

—Estudio matemáticas.

La atención de Patrice Mérange se transformó en profundo interés.

—¡Ah! ¿De verdad? ¿Es estudiante de matemáticas? No vemos muchas por aquí. Seguramente es el único ejemplar de la fiesta.

—Sylvia ya no es estudiante, es profesora —puntualizó Louis.

—Sí, tengo el diploma para dar clases, pero de momento estoy preparando la tesis.

—Es muy agradable conocer gente que no se dedica al cine; es un descanso —dijo Patrice Mérange.

Todo el mundo estuvo de acuerdo.

—Es verdad, la gente del cine es una pandilla de pelmazos narcisistas... Y los actores no son siempre los peores... —dijo Bénédicte sonriendo, tranquilizada porque Sylvia no era actriz, y lanzándole, ahora que la consideraba menos temible, una mirada al fin amable.

—¿Lo dices por mí? —preguntó Patrice con una risa ahogada.

—Claro que no, no lo digo por ti, Patrice, lo tuyo es distinto, querido, tú eres un genio. Eres narcisista pero tienes derecho. Hasta la más mínima porción de ti es apasionante.

Patrice Mérange estalló en una carcajada, lo que autorizó a Sylvia y a Louis a reír también, aunque no tan alto. Como Mérange no podía felicitar a Louis por el artículo elogioso que le había dedicado, desplazó el cumplido a otro artículo que Louis había escrito en el mismo número sobre *M, el vampiro de Düsseldorf*, de Fritz Lang.

—He visto la película varias veces, pero al leer tu artículo me han dado ganas de volver a verla.

En esto, se les unió el productor, Jean-François Balitran, y la conversación giró por unos instantes alrededor de la fiesta en Nobody, que era un club muy agradable, y de las películas de Fritz Lang, que había que ver una y otra vez, pues su obra era inagotable, etcétera. El físico de Balitran no tenía nada de extraordinario, pero exhibía permanentemente un aire de profundo tedio que, por el hecho de que era rico, pasaba por el último grito en distinción. Era muy evidente que el efecto no habría sido el mismo si Balitran hubiera sido pobre. Como hemos dicho, su fortuna, o con más exactitud la de su familia, edificada desde hacía dos generaciones en la industria agroalimentaria, no le había permitido realizar su sueño, que era comprar un club de fútbol, y esa decepción había contribuido a crear su leyenda romántica: ese joven rico estaba desesperado. Él mismo había participado activamente en la creación de su mitología personal, pues tenía el sentido de la propaganda y llevaba la carga de su supuesta desesperación con la elegancia extenuada de aquellos a quienes la vida nunca les ha negado nada. Así que había inventado la categoría de «futbolero maldito» y daba a entender que en su existencia el cine no era más que un mal menor, del que hablaba lo menos posible, ya que oficialmente no le interesaba. Se contentaba

con triunfar en ese ámbito, pero ni por un instante quería que nadie supusiera que estaba satisfecho de su éxito. Su expresión de tedio parecía indicar que su éxito como productor de cine no solo le resultaba indiferente, sino que para él no era más que un sufrimiento que se añadía al de no haber llegado a ser ni futbolista ni dueño de un club. Cuando llevaba del brazo a su esposa, una pelirroja alta que todo el mundo convenía en considerar sublime, esta parecía pesarle, como si fuera un bolso muy lleno, un accesorio molesto que hubiera comprado impulsivamente en Harrods una tarde, pues era inglesa, como corresponde a una pelirroja. Una belleza semejante a su lado parecía agobiarlo aún más y sumarse al peso del fardo de su existencia. La mayoría de los demás hombres lo envidiaban y, aunque no era guapo, la mayoría de las mujeres que estaban al corriente de su poder adquisitivo le otorgaban con generosidad «un físico interesante», incluso un «encanto irresistible». Aquella noche Balitran hizo su número habitual, aunque con más dificultad, ya que estaban en vísperas del estreno de la película, y no podía disimular del todo su ligero nerviosismo, incluso su ansiedad, lo cual traicionaba su ardiente deseo de que la película funcionara, un deseo que no encajaba con su supuesta indiferencia. Cuando se fueron el realizador y la actriz, el productor y su esposa, Louis le preguntó a Sylvia por qué no había dicho que había escrito un guion con Paul Blass.

—No se me ocurrió —respondió Sylvia.

—No. En serio.

—Te lo aseguro. ¿Qué importancia tiene eso, de todos modos?

—Ninguna. Eres realmente rara.

Sylvia no intentó saber por qué y quiso llevar a Louis a bailar en las profundidades del Nobody. Pero Louis se acordó de Dora Erschen y se resistió con arisca energía.

—No. No sé bailar y me horroriza.

—¿No quieres intentarlo?

—¡No, no quiero intentarlo!

—¡Pero es una tontería!

—Sí, pero es así.

Desprendió su mano de la de Sylvia, que lo miró unos instantes, helada por la frialdad de sus palabras y la brusquedad de su gesto. El contraste entre el tono jovial y mundano con el que tan bien sabía hablar a la gente y la sequedad con que acababa de dirigirse a ella la golpeó en el rostro, como una bofetada. Sintió que se le saltaban las lágrimas y, para evitar que él lo viera, le volvió la espalda bruscamente.

—Entonces voy yo sola.

Él no trató de retenerla.

Louis fue a buscar otro vaso de whisky. Mientras el barman se lo servía, vio a Jean-Jacques Bordenave, el director de la redacción, en plena conversación con la

responsable de prensa de la película, Nadège Vasseur. Louis experimentó una sensación desagradable, un escalofrío en la espalda. Desde el principio de la velada había creído que era el único representante de *La Revue* invitado al preestreno, y de pronto descubría que no era así y que, a pesar de su artículo sobre la película, a ojos de la responsable de prensa el representante más importante de la revista era, aunque costara creerlo, Jean-Jacques Bordenave, y no él. Para su gran decepción, la jerarquía, que en su ambición creía haber puesto patas arriba, era respetada. Aquella noche comprendió que su «ascenso» —la palabra parece anticuada, pero no encontramos otra mejor— quizá no sería tan rápido como había creído. Pero, como se dice en los peores y los mejores folletines, su decepción no hizo más que acrecentar su determinación.

Esperaba que Sylvia volviera pronto, creía que después de bailar un cuarto de hora se cansaría. Pero al no verla subir de las profundidades del Nobody sintió que el corazón le latía un poco más fuerte. Por más que se dijera que el corazón es un órgano sobrevalorado y que el hecho de considerarlo la sede de las emociones y de la angustia era arbitraria, no podía ignorar el espantoso frenesí que reinaba en su caja torácica. ¡Qué repugnante era todo eso! Bebió otro sorbo de whisky, y después otro, esperando que el alcohol liberara pronto a su corazón de esa opresión mortal. A decir verdad, no había nada más aparte del alcohol que hiciera soportables las fiestas parisinas. ¿Tal vez debería haber intentado ir a bailar, después de todo? Ahora lamentaba no haber acompañado al menos a Sylvia. ¿Quién sabía a quién estaba conociendo en ese mismo momento? ¿Quién sabía con quién se rozaba? Pero no, era una tontería, ese no era el estilo de Sylvia. Aunque ¿cuál era exactamente el estilo de Sylvia? Deambuló un rato más, saludando a la gente que conocía, deteniéndose para hablar con unos u otros, cambiar impresiones sobre la película y participar del optimismo obligado con respecto al éxito de público y de taquilla. De pronto creyó distinguir la silueta de Sylvia. Pero al acercarse, vio que se había equivocado. La chica que había tomado por Sylvia ni siquiera se le parecía.

Después de bailar, Sylvia había ido a sentarse en uno de los reservados que bordeaban la pista de baile. Había esperado que Louis fuera a su encuentro. Pero al cabo de un rato volvió a la planta baja. Dudaba en marcharse sin avisar a Louis. ¿No era una agresión clara, una actitud desproporcionada, incluso histérica? A las mujeres se las trataba tan fácilmente de histéricas... Sin embargo, Sylvia conocía a más hombres histéricos, en el sentido clínico de la palabra, que mujeres. Paul Blass, por ejemplo, le parecía un caso de manual en materia de histeria masculina, un hombre «vaporoso», como se decía en el siglo XVIII, cuando los hombres estaban tan sujetos a los vapores como las mujeres. En realidad, a los hombres vaporosos de aquella época

se les consideraba afeminados, lo cual le iba bastante bien a Paul Blass. En cuanto a las mujeres que sabían hacer buen uso de los vapores y desmayos, se las juzgaba astutas. Hay que decir que el buen uso de los vapores era en realidad la única estrategia que habían tenido a bien dejarles. Pero Sylvia no era de ese estilo. Siempre trataba, en la medida de lo posible, de comportarse con dignidad, una dignidad un poco irrisoria y un estoicismo que no siempre escapaba al ridículo. Al llegar al guardarropa se dijo que no, no era posible, ella no podía hacerle eso, marcharse así. «Desproporcionado» era desde luego la palabra que le venía a la mente, y volvió sobre sus pasos. Pero ¿qué debía hacer ahora? ¿Sentarse y esperar? ¿Deambular dando la impresión de que no buscaba a nadie? Era una fiesta extraña, un poco triste, de todos modos, y aun así Sylvia no lamentaba haber ido. Cogió una copa de champán. Mientras caminaba por el local, pensó otra vez en la película, en el artículo de Louis, pero también en su manera de hablar con los otros, aquellos entre quienes manifiestamente buscaba hacer amigos. Estaba sobrecogida por el abismo entre la falta de habilidad de Louis en las situaciones de intimidad amorosa y su soltura en sociedad. Tenía la impresión de haber descubierto un Louis Schlessinger que no conocía. Ahora se sentía perdida y patética con la copa de champán en la mano y se decía que, al final, mejor haría en marcharse, que después de todo no era algo tan «desproporcionado». Le diría a Louis que lo había buscado y no lo había encontrado, lo que sin duda era cierto. Por otro lado, tampoco había querido que se sintiera obligado a irse con ella si por casualidad tenía ganas de quedarse. Sobre todo, tendría buen cuidado de no hacerle ningún reproche. No podía marcharse a no ser que evitara que pareciera una huida o un acto hostil. Además, ¿qué tenía que reprocharle exactamente? ¿Que no hubiera querido bailar? No a todo el mundo le gusta. Tampoco podía explicarle el malestar que había sentido al verlo tan desenvuelto y tan a gusto en sociedad, cuando era tan torpón como enamorado. ¿Acaso no tenía derecho a ser un ambicioso en lugar de un enamorado? Pero por otro lado, ¿no tenía ella derecho a irse, ya que a Louis le importaba bien poco que se fuera o se quedara? Agobiada por esa sombría certeza, dejó la copa vacía en una mesa baja. Sus pasos la llevaron de nuevo hacia el guardarropa, y esta vez recuperó el abrigo, al gorro de lana y el bolso. Se dijo que tal vez en el último minuto Louis surgiría delante de ella y regresarían juntos. Pero no fue así y Sylvia volvió a casa sola.

* * *

—Han seleccionado a una vietnamita que habla vietnamita.

Así resumía Françoise el casting en el que había participado en Londres y que, por lo demás, «le había salido bastante bien». El gran problema de Françoise como actriz es que era una asiática que no hablaba ningún idioma asiático. Había pocos papeles de asiáticas en las películas y telefilmes franceses, y los de las películas internacionales se los llevaban casi siempre las actrices que hablaban la lengua de su

país de origen. Y además Françoise era pequeña de estatura, mientras que las asiáticas, desde hacía una generación, muy inoportunamente, se habían puesto a crecer.

—Con ojos oblicuos y estatura de maniquí las hay a montones, y yo, ya me ves, parezco una enana.

Françoise se desahogaba a menudo con Sylvia al terminar los castings, y ella se condolía lo mejor que podía de sus desengaños. Cuando se agotó la cuestión del casting y menguó la decepción de Françoise, si no su rabia, le dijo a Sylvia que estaba «un poco paliducha» y le preguntó si la causa era el politécnico, a quien no se decidía a llamar de otra manera. Louis se había ido a Cannes para el festival. Llamaba a Sylvia todos los días, le hablaba brevemente del último Eastwood, del último Lynch o del último Gus van Sant. Ella lo escuchaba y le hacía ilusión volver a tener la placentera impresión de ver las películas a través de los ojos de él. Mientras lo escuchaba le parecía estar en el centro de algo, quizá de la vida misma, de la que a menudo se sentía excluida. Lo que la excluía no era el hecho de no estar en Cannes, sino de no estar con Louis. En cuanto a ver seis películas al día, le habría dado verdadero horror. En cambio a Louis le gustaba esa extenuación del festivalero, el cansancio enorme del cinéfilo enfermo —¿no lo son todos en mayor o menor medida?—, del maníaco y el coleccionista. Cuando era niño y su madre lo llevaba al cine, Louis temía el final de la película, el momento en que se encenderían las luces y habría que salir «al aire libre». Le habría gustado quedar confinado en la sala y volver a mirar una y otra vez. Ya de adulto, había encontrado la forma de seguir en la sala de cine y pasarse la vida en la oscuridad.

Françoise había traído de Londres tartaletas de limón con merengue, que sacó de la caja y colocó en una fuente. Las dos amigas pasaron al salón.

—Quizá yo también vaya a Cannes —anunció Françoise—. Solo dos días, con Samuel. Tiene una película en la Quincena. Y tú, ¿no vas?

—¿Qué iba a hacer yo en Cannes?

—Pues bueno, estar con Louis.

—Él se pasa todo el tiempo en las proyecciones y yo no tengo acreditación. Al parecer es difícil entrar cuando no tienes la invitación que vale.

—Louis te conseguiría todas las acreditaciones y todas las invitaciones del mundo. ¡Estás bromeando! —exclamó Françoise.

—Sí, supongo que podría, pero primero tendría que pedírselo.

—Podría habértelo ofrecido.

—Piensa que estoy trabajando. Y, por otro lado, es verdad —concluyó Sylvia—. Estoy trabajando.

El segundo verano de Almstadt

Julie se había cortado el cabello. Al volver a verla, Sylvia pensó que se parecía aún más a Louis que la primera vez que la había visto. Tenía los rasgos un poco demacrados y los ojos igual de huidizos. Sylvia había pensado que la soledad y el paso del tiempo quizá incitarían a la adolescente a acercarse a ella, pero muy pronto comprendió que no sería así. En realidad, esa idea de confidencia entre chicas no era natural en Sylvia, nunca lo había sido, y le había pasado por la cabeza un poco a su pesar, llevada por la fuerza que los clichés ejercen en nuestras vidas. Sylvia nunca había tenido una «mejor amiga». Durante el tiempo que duró su escolaridad, había tratado de hablar con todos los niños y las niñas de su clase, pero no tenía una relación especial con ninguno. Como había saltado dos cursos, uno en preescolar y otro en primaria, siempre era la más pequeña, lo que sin duda no había facilitado la integración en el grupo. Sus padres habían considerado incluso llevarla a un centro especializado. Pero había que ir todos los días a París, y pasaría demasiado tiempo en el transporte. En cuanto a los internados, más tarde tendría la experiencia, no eran para ella. Sylvia no había sufrido por su soledad, era a los demás a quienes les parecía que estaba sola. Solo con Françoise había tenido la experiencia de la amistad femenina, y para ella seguía siendo una experiencia curiosa aunque, en conjunto, agradable.

Julie había cambiado. El odio, la ira, los celos de los que había dado muestra anteriormente parecían haber sido sustituidos por una amabilidad un tanto átona y una cordialidad de pura cortesía. A su hermano también le ofrecía el mismo rostro liso, la misma mirada lejana y sin reproches. En el fondo, ya no estaba resentida con nadie, ni con Sylvia por haberle cogido a su hermano, ni con su hermano por haber convertido a Sylvia en el testigo involuntario del desastre familiar. Una especie de cansancio parecía haber limado todas las asperezas del carácter de la muchacha.

* * *

Hacia seis meses que Odile había desaparecido y Julie nunca hablaba de ello con su padre. Habían organizado su nueva vida alrededor de ese silencio. Trataban sinceramente de ser amables el uno con el otro, pues se sentían solos en el mundo. Cuando comenzara el año escolar, Julie iniciaría el cuarto y último curso de secundaria. Seguía siendo la misma alumna mediocre que había sido siempre, y su madre ya no estaba allí para darle ánimos y ayudarla a hacer los deberes. Su padre no tenía intención de ponerse manos a la obra. Nunca tendría ni paciencia ni fuerzas, pues hacía tiempo que había dejado de creer en ello. Había superado el estadio de la decepción en lo referente a los pobres resultados escolares de su hija y no esperaba que tuviera un expediente brillante como su hermano, ni siquiera honroso, ni tan

siquiera pasable. Desde luego, a veces le preocupaba su porvenir, lo que podría «hacer en la vida», pero, debido a las circunstancias, se negaba a hablarle del asunto y añadir al tormento de haber «perdido» a su madre el de tener que reflexionar sobre un futuro profesional que él intuía sin dificultad que sería problemático. Por suerte, Julie se comportaba como si el futuro no existiera. Y los dos, el padre y la hija, estaban tácitamente de acuerdo en no mencionarlo nunca.

* * *

Louis y Sylvia pasaron unos diez días en la casa de Almstadt y fueron testigos de la nueva vida de Philippe y Julie. Todos los días acudía una señora a hacer la limpieza, encargarse de la ropa y preparar las comidas, de modo que ni Philippe ni Julie tenían que hacer más de lo que hacían antes. Julie, como el verano anterior, iba a la piscina todas las tardes, y declaraba que había hecho «grandes progresos en crol durante el último año».

Fue un verano breve, precario y de un brillo disonante. Su vana impetuosidad perdió fuelle de golpe pasado el 15 de agosto. Un verano extraño para Julie, aunque nunca lo supo nadie más que ella. Iba todas las tardes a la piscina para perfeccionar el crol. Al menos eso decía ella, pero no era del todo verdad. A veces daba un rodeo hasta el parque Kerschner de Almstadt y se sentaba en la hierba a no hacer nada. La palabra «parque», además, era un poco exagerada. Era el término que siempre se había utilizado en Almstadt, pero a Julie le parecía que era un jardín público más que un parque. De hecho nunca había sabido qué diferencia había entre un parque y un jardín. Podría haber consultado un diccionario, pero no se le había ocurrido. Hacía años, durante varias primaveras, su madre acostumbraba a llevarla al parque Kerschner cuando salía de la escuela primaria, cuya entrada se encontraba casi frente a la del parque. Odile y Julie pasaban antes por la panadería para comprar, según los días, pan de pasas o de chocolate, un brioche o una galleta de pastaflora en forma de pato con frutas confitadas en el lugar de los ojos, que Odile llamaba angélica, de modo que Julie pensó durante mucho tiempo que los patos eran una categoría especial en la jerarquía de los ángeles. Los patos eran ángeles un poco patosos, como esbozos de ángeles. Con estas provisiones, madre e hija se iban al parque, donde Julie merendaba sentada en un banco, balanceando los pies en el vacío, junto al césped y los parterres de narcisos. Hacía tiempo que Louis le había pedido a su madre que no fuera a esperarlo a la salida de la escuela. Su vida de primero de la clase no era de las más sencillas; si su madre hubiera ido a buscarlo, sin duda habría sido el hazmerreír del colegio. Cogía el autobús, que lo dejaba en la esquina de la rue du Cloître. Hubiera podido bajarse en la parada siguiente, que quedaba más cerca de casa, en la rue de Koenigsberg, pero en la rue du Cloître estaba la panadería Verlutin, donde

hacían unos *chaussons aux pommes* que le encantaban.

Cuando acababa de merendar, Julie se iba con su madre por el lado opuesto al que habían entrado. Había un torniquete y Julie nunca dejaba de darle dos o tres vueltas antes de salir a la calle. Le habría gustado estar más rato y miraba con envidia a los niños que tenían permiso para quedarse más tiempo jugando. Si su madre la obligaba a volver a casa tan pronto, era por culpa del rollo de los deberes.

Julie no había vuelto a pisar el parque Kerschner desde el final de la escuela primaria. Y ese verano, el primero tras la desaparición de su madre, ignoraba por qué sus pasos la habían llevado hasta el barrio de la escuela, que no estaba lejos de la piscina, pero al que no iba desde hacía años. Quizá la necesidad de un poco de sombra, porque desde hacía un tiempo se había acostumbrado a caminar al azar por las calles de Almstadt y ese día el sol caía a plomo. Distinguió un grupo de árboles y una mancha verde y vibrante en la ondulación del calor. Fue al traspasar la verja oxidada, que no debían de haber cambiado desde la época en que ella solía ir, cuando cayó en la cuenta de dónde estaba. Allí encontró la sombra que buscaba, y un dios en la forma de un joven dormido, con el torso desnudo, ligeramente vuelto de lado, con la espalda apoyada en el tronco de un castaño, el mismo castaño que había en el patio del colegio, el mismo que había en el patio de todos los colegios de Francia. Lo miró sin desconfianza, pues ignoraba que no se puede mirar a un dios sin quedar fulminado. Julie no estaba prevenida ni contra los mitos, que siempre son verdad, ni contra los clichés, que necesariamente lo son también, a su manera desconsiderada. Una adolescente más sagaz que Julie habría salido corriendo o bien se habría acercado con toda temeridad para abrazar al dios. Pero Julie se había quedado a una distancia inadecuada, demasiado cerca para estar a salvo del peligro y demasiado lejos para apoderarse del dios. Distancia incierta y precaria, distancia vacilante, como lo era su espíritu tenue. No tan tenue no obstante para salir indemne.

Cuando el muchacho se despertó —imposible decir cuánto tiempo después; tal vez había sentido en sueños una mirada posada en él—, Julie seguía allí. Frunció fugazmente las cejas. Por pudor o porque la sombra densa de la muchacha se había posado sobre él y lo hacía estremecer, cogió la camiseta y se la puso con celeridad. Julie seguía sin manifestar el menor deseo de moverse, pero nada en la actitud del chico reflejaba malestar o irritación. En sus labios flotaba una sonrisa que agrandaba sus ojos, doraba sus cabellos. Todo parecía solar y perfecto en ese ser apolíneo. ¿Cómo habría podido sospechar Julie lo que la belleza, apolínea o no, puede reservar como tortura dionisiaca a quien es demasiado sensible a ella? ¿Cómo habría podido saber que la veneración de las formas perfectas puede volverse suplicio? Aún no tenía la prevención de quien ha sufrido mucho y ha quedado inmunizado. Viendo que la

muchacha seguía sin hablar, el chico le lanzó un saludo alegre. Julie, arrancada de su estupefacción, respondió con otro saludo, un poco menos alegre. Él la miraba sin curiosidad pero igualmente sin animosidad. Quizá se preguntaba cómo podría desembarazarse de ella, pero nada en su actitud permitía adivinarlo. Cogió una cantimplora de su mochila y bebió unos cuantos sorbos. Cerró la cantimplora, la devolvió a su sitio y sacó un libro, una obra bastante voluminosa, no un libro nuevo, un tomo en cartón, a la antigua, cuyo título Julie no veía. Se instaló lo más cómodamente posible, deslizándolo tras la espalda una sudadera a modo de cojín. De hecho, actuaba como si ella no estuviera allí. Pero cuando empezó a leer Julie se animó a preguntarle:

—¿Qué lee?

Lo trató de usted porque le parecía mucho mayor que ella, aunque no habría sabido decir cuánto. Julie siempre se hacía un lío con la edad de la gente, quizá porque ella misma no aparentaba su edad. A los dieciséis años parecía tener trece. Él alzó los ojos hacia ella, luego los volvió hacia el libro y bajó la cubierta para leer el título como si lo hubiera olvidado.

—*El conde de Montecristo*.

Sintiendo que no podría deshacerse de la chica fácilmente, optó por hablarle, lo que la animaría a marcharse y, en todo caso, tendría la ventaja de interrumpir la fascinación tetánica en la que parecía sumida. Por cierto, no era la primera vez que producía ese efecto en alguien.

—¿Lo has leído? —dijo, optando de entrada por tutearla, ya que en ese momento Julie tenía el aspecto de una niña.

—No.

—Es una novela muy conocida.

—No leo novelas.

—¿No te gusta leer?

—No consigo concentrarme.

—Quizá sea porque no has intentado leer libros buenos, con verdaderas historias y personajes interesantes.

—Sí, lo he intentado. En mi casa hay libros. Mis padres tienen libros, mi hermano también.

Él la miraba cada vez más divertido. Había creído que un poco de conversación abreviaría el encuentro, pero las cosas no iban como había previsto.

—Ese libro, *El conde de Montecristo*, también lo tiene mi hermano. Y mi hermano de antes lo tenía también.

—¿Tu hermano de antes?

—Sí, tengo dos hermanos. Un hermano de ahora y un hermano que estaba antes.

—¿Ya no está? —preguntó el chico, vacilante.

—Lo esperamos todos los fines de semana, pero nunca viene. Tu libro parece viejo.

—Era de mi padre. Lo he encontrado en su habitación, en casa de mis abuelos.

—¿Estás aquí de vacaciones?

—Sí, puede decirse que sí.

—¿Cómo es la historia de *El conde de Montecristo*?

—Una historia de venganza, a lo largo de mucho tiempo, durante años, de hecho toda una vida —respondió él.

Luego se levantó, renunciando a leer y a seguir sentado. Metió las cosas en la mochila, el libro, la sudadera.

—Tengo que irme —dijo.

Cerró la mochila y se la echó a la espalda. Desde luego, era alto y esbelto, hecho para producir en los otros la tortura de las formas perfectas. Llevaba un pantalón vaquero ni demasiado ancho ni demasiado ajustado. Ella quería imaginar qué edad tenía, pero no se lo preguntó. No creía que tuviera más de dieciocho, o podía tener diecisiete, no era fácil decirlo. Ella lo miraba sin decir nada, al parecer muy asombrada de que pudiera irse por iniciativa propia sin pedirle autorización.

—Adiós —dijo el joven.

Y se alejó rápidamente, cruzó la verja y desapareció.

Esa misma noche Julie se deslizó en la antigua habitación de Adrien, donde nada se había tocado desde la muerte del chico. Ya había entrado varias veces y supo enseguida dónde buscar en la estantería. Era una edición de *El conde de Montecristo* en dos volúmenes de color rojo y dorado y con muchas láminas con dibujos evocadores y colores con contraste. Había otros libros: *Colmillo Blanco*, *Davy Crockett*, *El último mohicano*, *El corcel negro*, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Moby Dick*, según las ilustraciones, la historia de una ballena. Volvió a encajar los libros de manera que desapareciera el hueco que dejaba el que tomaba prestado y salió de la habitación igual que había entrado, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Al día siguiente volvió al parque Kerschner, pero el chico no estaba. Se dio cuenta entonces de que ni siquiera le había preguntado cómo se llamaba, y eso le produjo tristeza. Como había empezado a leer *El conde de Montecristo* la noche anterior, a la luz de la lámpara de su mesita, primero pensó llamar al joven Edmond, como el héroe de la novela de Dumas, pero le pareció que no le iba y prefirió llamarle Dantès. Fue al parque Kerschner todos los días de la semana, pero no volvió a ver al chico. Se le ocurrió la idea de que intentaba evitarla. Dejó de ir al parque Kerschner y volvió a ir a la piscina. Pero continuó la lectura de *El conde de Montecristo*, nunca había leído con tanta facilidad. En realidad, Julie nunca había conseguido terminar un solo libro, ni siquiera los que se supone que gustan a todas las niñas: *Las desventuras de Sofía*, los *Fantômette* y los *Alice*, todo se le caía de las manos. Pero desde el principio le

encantó *El conde de Montecristo*, que para ella tenía los rasgos delicados y sin embargo soberanos del joven del parque Kerschner.

Es cierto que Julie había hecho progresos en el crol, y desde hacía unos días nadaba con una determinación y un entusiasmo que a ella misma la sorprendían. Llegaba a primera hora de la tarde, cuando aún había poca gente, y encadenaba varios largos seguidos.

Un día en que salía del agua subiendo por la escalerilla, sintió una mirada posada en ella y, cuando alzó la vista, vio al joven del parque Kerschner de pie al borde de la piscina. No la reconoció.

—Nada muy bien —le dijo, y era una frase banal, de un chico que quiere ligar con una chica.

—Voy mejorando —repuso Julie, asombrada de dar una respuesta tan apropiada, ya que las palabras adecuadas no solían salirle tan fácilmente.

Solo cuando le preguntó si había acabado de leer *El conde de Montecristo* él la reconoció.

—Sí, lo he terminado —respondió un poco incómodo.

—Yo lo he leído también.

—Creía que no leía.

—No, pero usted hizo que tuviera ganas de ponerme. Cogí el libro de mi hermano.

Él la miraba sin decir nada y se preguntaba de qué hermano se trataba, del de ahora o del «hermano de antes». Se acordaba de ese detalle porque había pensado que quizá la chica estaba un poco chiflada o era un poco «simple», como diría su abuela. Ahora que la había reconocido, recordaba su aspecto de chiquilla que está creciendo y su estilo torpe pero directo. Es verdad que era bonita en traje de baño, y nadando, más bonita que el otro día, una cría alucinada en medio del parque. Quizá ese día había tenido una insolación; no le había parecido del todo normal.

Después de hacer a su vez unos cuantos largos en la piscina, se reunió con ella en el borde y conversaron sobre *El conde de Montecristo* y las razones por las que podía gustar un personaje animado por el único deseo de una venganza terrible y sistemática.

—Yo tuve la impresión de que todo lo que le hacían me lo hacían también a mí —comentó Julie—. Y cuando está en el castillo de If es como si yo estuviera allí. Cuando se escapa, comprendo que quiera vengarse. Si no intentara vengarse, pensaría que está loco.

—Pero ¿no es una locura que se amargue la vida con la venganza, cuando es rico y podría disfrutar de su dinero y de su libertad? —replicó el muchacho.

—Quizá en un momento dado la vida le importa un comino.

El chico observó a Julie con curiosidad.

—¿Tú arruinarías tu vida por una venganza?

—Sí. ¿Tú no?

—Qué va, seguro que no.

—Entonces es que no has estado nunca encerrado en el castillo de If.

—¿Y tú sí?

Él arrugó las cejas en un gesto circunspecto. Estaban sentados cada uno sobre su respectiva toalla, no lejos del kiosco de bebidas. Ella le preguntó al fin cómo se llamaba. Se llamaba Olivier. A ella no le gustaba demasiado Olivier. Prefería Dantès, pero no le confesó que le había dado ese nombre en secreto. Después de unos días sin verlo, se había vuelto más prudente. No obstante, le hacía preguntas y él respondía sin hacerse de rogar. Le gustaba hablar con ella. Por lo demás, a Olivier no le interesaba la chica, pues la encontraba demasiado joven. Pero estaba en casa de sus abuelos pasando el verano y no había muchas chicas en Almstadt. Sin duda la mayoría se habían ido de la ciudad, a playas lejanas. Olivier también debería haber estado en las playas, donde habría podido ejercer plenamente su poder de seducción, pero sus padres estaban en pleno divorcio y lo habían enviado a casa de los abuelos, en parte para quitárselo de encima y en parte para protegerlo. Era la primera vez que se quedaba tanto tiempo en casa de los abuelos y por eso había «asaltado» la biblioteca. Por aburrimiento, por ociosidad. Sin duda por eso también estaba ahora sentado al lado de una chica a la que seguramente no habría dirigido la palabra en el instituto o en el contexto de su auténtica vida, la vida de un chico que vivía en la región de París, gustaba mucho a las chicas y salía todos los fines de semana. Pero en Almstadt todo era distinto, pues no veía con quién habría podido salir. Almstadt era un auténtico «villorrio». Él vivía con sus padres en un chalecito en la colina de Suresnes, muy cerca de París, desde que nació, pero no sabía si seguiría viviendo allí cuando comenzara el próximo curso, a causa del divorcio de sus padres. De todas formas, no le inquietaba demasiado, tenía un carácter alegre y optimista y era de ese tipo de personas que piensan que podrán arreglárselas en la vida, en cualquier circunstancia. Su padre era contable en el hospital Foch y su madre tenía una tienda de flores en el centro.

Julie y Olivier tomaron la costumbre de encontrarse por las tardes en la piscina. Nunca quedaban, pero siempre estaban allí más o menos a la misma hora, y al cabo de unos días, al despedirse, acabaron diciéndose «hasta mañana». Después de nadar una media hora se instalaban siempre en el mismo sitio, junto a un murete de cemento, y, sentados en las toallas, hablaban de esto y aquello. Olivier había empezado a leer *Las aventuras de Tom Sawyer* y Julie se había deslizado otra vez en la habitación de Adrien para coger su ejemplar. Pero prefería *El conde de Montecristo*. Cada vez que Julie se encontraba al lado de Olivier experimentaba una mezcla de plenitud y angustia. Si le hubieran preguntado qué era lo que más deseaba

en el mundo, sin duda habría contestado: estar allí, con Olivier, al borde de la piscina de Almstadt, por toda la eternidad. Sí, eso habría respondido, sin aludir siquiera al regreso de su madre; hasta tal punto colmaba Olivier sus aspiraciones ese verano. Ni por un instante tenía la ingenuidad de imaginar que él sentía lo mismo por ella. Suponía que él estaba «pasando el tiempo», pero aun así no parecía aburrirse con ella; habría podido evitarla fácilmente si lo hubiera deseado.

Julie se mostraba siempre evasiva cuando Olivier le preguntaba por su familia, sus dos hermanos, el de ahora y el de antes. De las conversaciones deshilvanadas y las respuestas elípticas de Julie, él acabó por deducir que el hermano de antes había muerto, simplemente, y que aquella historia de que regresaba los fines de semana era un «camelo». Comprendió que era un tema en el que ella no deseaba ahondar, y lo respetaba. Quizá tuviera que ver con su buen carácter: no tenía ni la pérfida curiosidad ni el gusto perverso de acorralar a los demás para llevarlos a las confesiones. Julie tampoco había confiado a Olivier que su madre había desaparecido hacía seis meses y que, justo antes de su desaparición, la habían visto inclinada sobre esa misma piscina en la que momentos antes había estado nadando. En general Julie era muy discreta sobre su familia.

En cambio, mencionaba sin el menor empacho sus mediocres resultados escolares. Quizá la habían animado las revelaciones de Olivier: él tampoco era muy bueno en clase y se aburría terriblemente. La verdad es que no era bueno ni malo, solo regular. Iba a comenzar el penúltimo curso de secundaria y quizá seguiría así hasta el final del bachillerato, porque no sabía qué otra cosa podía hacer. Tampoco lo habían considerado tan malo para relegarlo a unos estudios técnicos.

—Seguramente yo acabaré ahí, en el vertedero —dijo Julie.

—No está tan mal, al menos se aprende un oficio. ¿No hay ningún oficio que te gustaría aprender?

Julie dijo que no. Hacía poco que había tenido la revelación de que los seres humanos han de trabajar para ganarse la vida, y eso la había desconcertado mucho. De hecho, aún le costaba creerlo. Por más que desde pequeña hubiera visto a su padre marcharse por la mañana y volver al atardecer, nunca se había planteado claramente que tenía que ganar dinero para mantener a su familia. Ahora que comprendía mejor el fenómeno, sentía lástima de su padre y una especie de ternura dolorosa con la que no sabía qué hacer. Nunca había tenido una relación muy afectuosa con él. No es que no lo quisiera, ni que él no la quisiera, solo que sentía con claridad que él estaba extrañado de tener una hija como ella y que desde su nacimiento nunca se había hecho a la idea. Eso obstaculizaba la efusividad. Cuántas veces, mientras se esforzaba con sus deberes, lo había visto de pie junto a la puerta entreabierta de su habitación,

observándola con aire perplejo. Debía de quererla un poco de todos modos, porque nunca había hecho nada por deshacerse de ella, enviarla a alguna institución de la Dirección Departamental de Asuntos Sanitarios y Sociales o a alguna otra familia. Ni siquiera la había encerrado en un armario ni en su habitación; nunca le había puesto la mano encima, sin duda ni siquiera había pensado jamás en hacerlo. A pesar de todo, no acababa de comprender cómo tenía una hija como ella. De buena gana Julie le habría dicho que había leído *El conde de Montecristo* y *Colmillo Blanco*, y que había empezado a leer *Moby Dick*. Pero eso seguramente no habría cambiado la opinión que su padre tenía de ella. Era un poco tarde para cambiar nada. Por otra parte, ¿acaso la lectura había cambiado en algo su sensación de que tenía la cabeza vacía? En absoluto. Ni siquiera estaba segura de que le gustara leer, y seguía sin entender lo que leía, pero eso no era tan importante. Lo que buscaba a través de los libros era experimentar las mismas sensaciones que Olivier. Los libros proporcionaban un buen tema de conversación, pues Julie intuía que sin ellos no habrían tenido mucho que decirse. Ella era reacia a hablar de su familia, pero notaba que también él le contaba mucho menos que si hubiera sido una verdadera amiga, el tipo de amiga a la que se le cuenta todo. No obstante, sin duda sería imposible que un chico como él tuviera por amiga a una chica como ella. Así es como se hablaba Julie para apaciguarse cuando sentía amargura e insatisfacción. Le sucedía con frecuencia cuando volvía a casa al atardecer, después de haberse despedido de él a la entrada de la piscina diciéndole «hasta mañana». Tendría que haberse sentido feliz por la certeza de que volvería a verlo tan pronto, pero, en vez de eso, se quedaba triste. Y a causa de esa tristeza extraña comprendió no solo que no bastaba con que estuviera con ella, sino que nunca bastaría.

Para Julie el verano fue, pues, una época de extrañas revelaciones. Primero, era necesario trabajar para vivir. Después, las personas amadas nunca estaban de verdad con nosotros, no más de lo que nosotros estábamos con ellas; por eso podíamos estar tristes cuando deberíamos sentirnos colmados. De modo que era difícil vivir, aunque solo fuera un instante, y haríamos igual de bien en morir sin tardanza, antes de llegar a estar demasiado tristes y demasiado cansados.

Este último pensamiento se le había ocurrido cuando estaba al borde de la piscina bajo un cielo magnífico y Olivier, sentado a su lado, le hablaba de uno de sus compañeros del instituto de Suresnes que había ido a Biarritz para hacer surf. Le habría gustado ir a reunirse con él, si hubiera podido, en lugar de pasar el verano en Almstadt, ese poblacho perdido. ¿Acaso ella no pasaba el verano en Almstadt? Cuando su madre estaba aún allí, se iban a la casa que alquilaban en Dinard; pero este año su padre no había hablado de vacaciones, ni de alquilar, ni de Costa Esmeralda.

No debía de tener ganas de marcharse. Hasta era posible que no lo hubiera pensado siquiera.

Julie no veía ningún vínculo inmediato entre todas estas revelaciones relativas al trabajo y a los sentimientos curiosamente antagónicos que comporta el amor, si hay que llamarlo así. En cualquier caso, intuía confusamente que ese vínculo existía y que había una especie de relación entre el dinero, el trabajo y el amor, aunque nunca se planteaba la cuestión en la forma de una ecuación tan bárbara. Observaba con no menos asombro que su padre ni siquiera tenía una expresión de infelicidad cuando se iba a trabajar por la mañana. Estuvo a punto de preguntarle si le gustaba su trabajo, pero de pronto le pareció que era imposible formular semejante pregunta.

* * *

A finales de julio, Olivier le propuso a Julie que fuera a pasar la tarde en casa de sus abuelos, que estarían fuera dos días. La casa de los Bocquet se encontraba al este de Almstadt, en el barrio de Ringweg, a unos minutos a pie del parque Kerschner. El barrio de Ringweg era una prolongación del barrio en que vivía Régis, el antiguo compañero de Louis. Las casas de ladrillo estaban igualmente alineadas, rodeadas de jardincillos resecos por el sol y bordeadas de vallas más o menos cuidadas. Los Bocquet vivían en el número 14 de la rue du Pressoir, una casa adosada cuyo tejado parecía haber sufrido algún percance recientemente, ya que tenía un agujero de al menos un metro de diámetro adornado con una cubierta de plástico. Después de comprobar el nombre en el buzón, Julie siguió el caminito de grava y pulsó el timbre, que hizo sonar un alegre carillón. Oyó pasos que se acercaban y Olivier abrió la puerta y la invitó a pasar. Sintieron enseguida el peso de la nueva situación: los dos solos en una casa vacía. Un instante después, atrapados como estaban entre el fregadero y la ventana, entre el ruido melancólico del frigorífico y un batir seco de alas que llegaba del tejado, les pareció evidente que habían cometido un error, él al invitarla y ella al aceptar, y que mejor hubieran hecho en quedarse con sus conciliábulos literarios al borde de la piscina grande. Como parecía imposible prolongar el silencio indefinidamente, Olivier propuso que subieran a ver sus libros en la antigua habitación de su padre, que era la suya cuando estaba en casa de sus abuelos.

¿Por qué Olivier había invitado a Julie a pasar la tarde en casa de sus abuelos durante su ausencia? Tal vez había seguido el impulso del momento. Cuando la invitó estaban a punto de separarse delante de la piscina, tras haber pasado casi una hora conversando tranquilamente sobre si Moby Dick era una ballena de verdad o «el

símbolo de otra cosa». Olivier no veía por qué Moby Dick no era una ballena de verdad. Pero en opinión de Julie, Moby Dick no era una ballena de verdad, sino tan solo una ballena de novela. Olivier se había encogido ligeramente de hombros. El comentario de Julie no aclaraba qué podía simbolizar la ballena de novela. Y Julie no supo qué responder, aunque la idea se le hubiera ocurrido a ella. Salió del paso, no demasiado mal, concluyendo que había que esperar al final del libro. Todo se aclararía entonces y por fin comprenderían.

Ahora, en la habitación de Olivier, Julie hojeaba el ejemplar de *El conde de Montecristo* con la expresión más absorta que podía, con la esperanza de que el chico no se fijara en que le temblaban las manos. Lamentablemente, el temblor no podía pasar desapercibido. La incomodidad de Olivier desapareció ante la magnitud de la de Julie, que ahora le hizo sonreír, pues ya no la compartía. No había ninguna maldad en su regocijo, y lo halagaba causar semejante efecto a la muchacha, aunque decididamente era demasiado joven para él. Le parecía bien formada, pero su pecho no estaba muy desarrollado. Jennifer y Christelle, las chicas con las que había salido en Suresnes, tenían más pecho del que quizá tendría nunca Julie. Olivier había sentido mucho placer al tener acceso a esa parte de la anatomía femenina. En ese sentido, el pecho de Julie no le permitía esperar una gran satisfacción. No había ninguna silla en la habitación y se sentaron al pie de la cama, ya que de manera tácita estuvieron de acuerdo en que era menos embarazoso que sentarse en la cama. Ella se aferraba con las manos al volumen de *El conde de Montecristo*, aunque no distinguía las letras del texto ni la ilustración del castillo. A falta de un pecho abundante, Olivier sintió un agradable escalofrío al rozar la blanca piel del brazo de la muchacha. Entonces se preguntó, en completa contradicción con su intención inicial, si iba a pasarle el brazo alrededor de los hombros, lo que estaba en posición de hacer, desde un punto de vista estrictamente técnico. También podía levantarse, buscar cualquier pretexto para alejarse, decidir, por ejemplo, que al fin y al cabo estaría bien ir a la piscina porque hacía mucho calor y empezaba a echar de menos los largos diarios de crol. De igual modo podían empezar una conversación literaria. La cuestión del sentido que podía darse a la ballena había quedado pendiente desde la última vez, pero la atmósfera agobiante que reinaba aquel día y que les licuaba el cerebro no era propicia para resolver el enigma.

Como era la peor hora para ir a la piscina y la temperatura no se prestaba al ejercicio intelectual, en Olivier se impuso la idea de que lo único que podía hacer era pasar el brazo alrededor de los hombros de Julie. No era una obligación, pero, a la ardiente luz de la tarde, le pareció que todas las horas que había pasado en su compañía tenían en ese gesto su lógico desenlace, incluso su justa conclusión. Quizá sencillamente tenía ganas de hacerlo. No tuvo más que extender el brazo y rodear con delicadeza los hombros de Julie. Ella sintió que su rostro enrojecía, ignorando si era la muerte

que se la llevaba de forma prematura o la vida que llegaba a ella con retraso, pues nunca había experimentado tan atroz y deliciosa combustión. Dejó que el volumen de *El conde de Montecristo* se le escapara de las manos. Olivier vio en ello una autorización a proseguir por el mismo camino; se inclinó sobre Julie y posó los labios sobre los suyos con la sencillez de un muchacho lo bastante sensible para mostrarse elegante, aunque no sienta nada, y con mayor motivo si no siente nada. Olivier no era de esos chicos que intentan ejercer un poder sobre las chicas, ni para divertirse ni para vengarse de su sentimiento de estar a disgusto en el mundo. Si un día llegara a herir a alguien, a buen seguro no sería por el deseo de hacer sufrir, sino probablemente por distracción o por haber calculado mal las consecuencias. Sin duda ese fue el caso con Julie, pues tenía el corazón frágil, pero ¿cómo podía saberlo él?

Esa tarde, se inclinó sobre ella, la abrazó, y ella sintió que la abandonaban todas sus fuerzas. Ella nunca comprendería lo que pasó a continuación, ni siquiera años más tarde, cuando reflexionara sobre ello, como haría a menudo. Él deslizó una mano bajo su camiseta; ella se estremeció, pero él percibió un ligero movimiento de retroceso. Él insistió y ella le cogió la mano para interrumpir la caricia. Al ver una especie de espanto en sus ojos, él retiró la mano. Ella lamentaba ya su reacción, pero era demasiado tarde.

Algo cambió entonces en la relación de Julie con Olivier. Se cruzaban en la piscina y se saludaban con amabilidad, pero ya no se sentaban juntos para conversar sobre *Moby Dick* u otros libros. Esos tiempos parecían haber acabado, sin que supieran decir por qué. ¿Acaso sus conversaciones elevadas habían tenido como fin último tan solo esa caricia bajo una camiseta y lo que hubiera podido suceder a continuación? ¿No sabrían nunca si *Moby Dick* era algo más que una ballena? Sin duda Julie no lo sabría, pues tras la visita a casa de Olivier perdió por completo el gusto por la lectura y no terminó *Moby Dick*. Lamentó una y otra vez su timidez y comprendió, por un presentimiento de su destino, que no habría nunca más un instante como aquel.

OCTAVA PARTE

Al acercarse las fiestas y el primer aniversario de la desaparición de Odile, Philippe sintió que se desvanecía toda esperanza de volver a verla nunca. Un anochecer llamó a Louis, pero las palabras se quedaron en el fondo de su garganta y solo atinó a preguntar: «¿Cómo es posible que tu madre no haya vuelto a casa?», como si se hubiera ido hacía un par de horas, como si el año transcurrido no tuviera ninguna consistencia y en lo sucesivo fuera a vivir en el instante eterno en el que había tomado conciencia de que Odile aún no había vuelto a casa. Le preguntó si pensaba ir con Sylvia por Navidad. Louis sintió que se llevaría una gran decepción si dijera que no y se comprometió a ir con Sylvia, sin consultárselo a ella. Confiaba en que aceptaría pasar otra Navidad sin sus padres, pero Philippe propuso invitarlos, puesto que «después de tanto tiempo ya deberíamos habernos conocido». Philippe añadió que Adélaïde estaría también y que, además, sería conveniente que se fuera a vivir a la casa de Almstadt, ya que era demasiado mayor para vivir sola y se negaba a irse a un establecimiento para personas ancianas, que ella llamada «moridero». Philippe la había llevado a visitar uno de esos establecimientos, una casa solariega del siglo XIX con habitaciones individuales y servicios médicos y hoteleros de alta gama, pero Adélaïde se mantenía en sus trece: era un «moridero» de lujo, y en cuanto a morir, puesto que era inevitable y, después de todo, no tenía nada en contra, al menos quería morir cerca de los suyos. Con eso se refería, en primer lugar, a su único hijo, Philippe. La desaparición de su nuera había sumido a Adélaïde en el más profundo asombro. Era imposible que Odile quisiera abandonar a su marido y a su hija, así que lo más probable es que estuviera muerta. Louis no hablaba nunca de su madre; no obstante, a veces, de noche, decía «mamá».

En Navidad, ese año, la apacible casa de Almstadt parecía arrebatada por un torbellino. Siempre había alguien subiendo o bajando por la escalera, alguien que se afanaba en una tarea u otra. Los padres de Sylvia llegaron la víspera de Nochebuena, Sylvia y Louis hicieron las presentaciones y el ambiente se volvió pronto alegre. Charlotte siempre había tenido un don para moverse en sociedad. Sabía mostrarse agradable con todos, servicial y de un buen humor que contrastaba con las continuas quejas que dirigía a los suyos en privado. En cuanto a Georges, siempre tenía una anécdota que contar, y su manera de ser hizo maravillas con Adélaïde y Philippe. Y lo que Sylvia no había logrado en dos veranos, Charlotte lo consiguió en dos días: le cayó bien a Julie.

—No salgo de mi asombro viendo cómo se ha metido tu madre a Julie en el bolsillo —comentó Louis.

—No me sorprende. Tiene el arte de caer bien —dijo Sylvia sonriendo, y en su frase no había amargura.

—¿Crees que tú no posees ese arte?

—No como mi madre.

—¿Lo lamentas?

—No, bueno, sí, a veces. Creo que me habría gustado caerle bien a Julie, por ejemplo.

—Ah, Julie...

Louis pronunció el nombre de su hermana como cuando logramos situar a una persona a la que habíamos olvidado.

Charlotte acompañó a Julie al centro y juntas eligieron el abeto. Julie regresó sonriente y con las mejillas sonrosadas, llevando con orgullo el árbol, que instaló en su soporte en el salón, cerca de la ventana, como hacía siempre desde que tenía diez años. Antes era Louis quien decoraba el abeto y ella lo ayudaba, pero después él se desentendió y le pasó la tarea a su hermana. Charlotte quiso regalar luces de colores, que a Julie le encantaban pero que sus padres nunca habían querido comprar porque lo encontraban demasiado chillón. Charlotte afirmaba que en Navidad debía haber algo un poco chillón, que eso formaba parte de la fiesta. Sylvia se sorprendió; su madre siempre le había dicho que detestaba las decoraciones llamativas. Supuso que había cambiado, y estaba en su derecho. ¿Por qué contrariarla si ahora le gustaban las luces de colores? Louis pasó fuera toda la tarde del día 24. Callejeó por Almstadt y acabó ante la piscina municipal, una vez más cerrada por «vacaciones». Tuvo la sensación de que había ido allí deliberadamente y al mismo tiempo sin pensarlo, impulsado por una fuerza interior, y se sintió invadido por la angustia. Volvió sobre sus pasos y llegó a casa. Las mujeres se afanaban en la cocina. Louis subió a su habitación. Ese día le parecía interminable. Trató de leer un poco, pero no conseguía concentrarse. De hecho, le hubiera apetecido estar en la cocina y escuchar a las mujeres. Quizá le habría gustado ser invisible, o bien ser una mujer entre ellas, preparando la comida y charlando. Solo en su habitación, experimentó una sensación de ahogo que lo impulsó a salir otra vez. En su ociosidad, pensó incluso en ir a la peluquería, en recuerdo de su madre. Pero renunció a esa idea absurda que Sylvia le reprocharía con razón. Anduvo largo rato, aunque esta vez puso buen cuidado en dejar lejos de su trayecto el perímetro fantasmal de la piscina. Dirigió sus pasos hacia el barrio en que vivía Régis. Por un instante dudó; quizá no era muy correcto presentarse pocas horas antes de la cena de Nochebuena, sin haberse anunciado, y molestar a todo el mundo en plenos preparativos. En cuanto a «todo el mundo», no le pareció que en las proximidades de la casa hubiera ninguna multitud. Como la última vez, fue la madre de Régis quien abrió la puerta.

—¡Louis! ¿Qué te trae por aquí? Entra, entra, hace frío...

Era verdad, pero Louis no se daba cuenta, acalorado por una fiebre singular que le coloreaba las mejillas.

—¡Régis, es para ti, Louis! —exclamó Armande, la madre de Régis, dirigiendo la voz al piso de arriba.

El joven apareció en lo alto de la escalera.

—¡Louis! ¡Ven, sube!

Los dos muchachos se abrazaron. La habitación de Régis no había cambiado mucho. Era curioso observar cómo las personas, si no se mudaban de casa, mantenían casi intacta su habitación de niños o adolescentes. Al menos, las pocas personas cuya habitación conocía Louis. Su hermana Julie, Sylvia, Régis y él mismo habían mantenido su habitación de siempre. Régis cerró la puerta. Parecía vacilante e incómodo.

—Me enteré de lo de tu madre —dijo haciendo un gesto con la mano para expresar su incompreensión y su desconcierto—. Pensé en llamarte, pero... En fin, no habría sabido qué decir... Y tú, ¿cómo estás?

—Bastante bien.

Los dos hombres entraron en el salón y se sentaron frente a frente, separados por la mesita baja.

—¿Has venido a pasar la Navidad con tu padre y Julie?

—Sí, y también están mi amiga y sus padres.

—¿Es la misma amiga de la otra vez?

—Sí, la misma. —Louis sonrió.

—Y ahora vienes con los suegros. No olvides invitarme a la boda, ¿eh? Si no, me mosquearé.

—Aún no hemos llegado ahí, pero claro que te lo diré. ¿Y tú? ¿Ninguna amiga?

—Sí, estoy con alguien, una chica del trabajo, de la fábrica de conservas. Una buena chica. Me gusta mucho.

—Una buena chica. Me gusta mucho —dijo Louis un poco burlón.

—Es una manera de decirlo. Es más que buena chica. Y me gusta más que mucho. Ya veremos. Estamos empezando. Tendremos que presentarnos a nuestras chicas un día de estos. ¿Cuándo os vais?

—De momento no lo sé. Tendremos que dejarlo para otra ocasión, porque entre Navidad y Año Nuevo me parece que será complicado.

—Sí, claro. En otra ocasión será.

—Entonces, ¿has encontrado trabajo? ¿En el sector conservero?

—Sí, Gewurtz, las conservas de choucroute. Trabajo en productos locales, ya ves.

—¿Y te gusta?

—No está mal. Prefiero eso a quedarme en casa viendo *La rueda de la fortuna*. Y además está Sabine.

Armande apareció en la puerta con dos tazas de chocolate humeante.

—Pues, ya que hablas de Sabine —dijo Armande—, ¿por qué no la has invitado a venir a cenar? Vamos a estar otra vez los dos solos, la vieja madre y su hijo, como un par de tontos.

—Se lo he propuesto, pero quería quedarse con sus padres, es normal. Aún es muy pronto. El año que viene, si todo va bien.

—Bueno, el año que viene, y no creas que me voy a olvidar.

Y volvió al piso de abajo.

—Tu madre parece contenta.

—Sí, fue duro después de la muerte de papá. Le costó tiempo superarlo. Pero ahora está mejor. Y tu padre, ¿cómo está?

—Creo que aún tiene la esperanza de que mi madre va a volver. Eso le ayuda a ir tirando.

—Estuve a punto de llamar a tu padre cuando supe que habían visto a tu madre en el barrio. Luego me enteré de que había ido alguien a decírselo a la policía, así que no merecía la pena que me metiera, porque ya estaban haciendo lo necesario.

Régis repitió casi el mismo gesto de antes con la mano, una elipse incompleta que cayó en un silencio sepulcral, y fue entonces cuando se dio cuenta de que Louis estaba muy pálido y que sus labios sin color temblaban ligeramente. El rostro de Louis se acercaba a la abstracción de una máscara mortuoria.

—¿Dices que han visto a mi madre por aquí? —dijo con voz rota.

—Sí, pero... Creía que lo sabías.

—¿Quién?

—Évariste Kubler, no creo que lo conozcas.

Louis negó con la cabeza.

—¿Cómo podía saber que era mi madre?

—Salió una descripción en el periódico de Almstadt. Entonces Kubler se acordó de que había visto a una mujer con esas características.

—¿Cuándo?

—El mismo día, el día de Navidad.

—¿Y dónde la vio? —preguntó Louis con una voz que Régis notó llena de espanto.

—Caminaba por la rue Elgorf en dirección al terreno baldío, allí donde había aquel cobertizo destartado que servía de centro cultural cuando éramos críos.

—La MJC, la Casa de la Juventud y de la Cultura —dijo Louis, y Régis asintió con un movimiento de la cabeza apenas perceptible.

Régis se preguntaba si debía hablar o dejar a Louis la opción de decir lo que quedaba por decir.

—¿Es el mismo lugar? —preguntó Louis.

—Eso creo, sí.

—¿El lugar donde la gente dijo que había visto a Adrien la víspera de su muerte?

—Sí. Bueno, si no recuerdo mal, lo vieron salir de la MJC. Y después avanzar a lo largo de la fachada. Ese sitio ahora no existe, ya lo sabes, pero ella iba por allí.

—¿Cómo puede estar seguro de que realmente era ella? —insistió Louis.

—Kubler no está seguro de nada. Se limitó a decir que había visto a una mujer que respondía a la descripción. Y sin duda era la misma mujer que habían visto en la piscina. Calcularon que a pie se tardaban unos veinte minutos desde la piscina hasta la rue Elgorf. Sin prisas. Y eso parece cuadrar con el momento en que la mujer policía la vio en la piscina.

Louis volvió los ojos hacia la ventana. Eran las cinco y ya había caído la noche. Se acordó del anochecer en que su madre había ido a buscarlo en coche, cuando era niño, y había estacionado justo debajo de la farola y él se había vuelto loco de rabia. Seguramente había ido a buscarlo porque tenía miedo. Pero en aquella época Louis no lo comprendía o no quería comprenderlo.

—¿Cuándo echaron abajo la MJC?

Régis pareció sorprendido por la pregunta, pero intentó responder con exactitud, ya que parecía tener importancia para Louis.

—Tres años después, creo yo. Un verano. El edificio no cumplía las normas. —Se encogió de hombros— ¡Qué iba a cumplir las normas! Era un cobertizo para almacenar grano. Pero la MJC la trasladaron a un barrio de más categoría, a la Boissière. También construyeron una especie de teatro, todo un «complejo cultural», como lo llaman ellos; se puede hacer pintura sobre seda, cerámica, poesía —sonrió—, papel encolado y majaderías por el estilo.

Volvió a hacerse el silencio, amueblado por el ruido de cacharros y de vajilla procedente de la cocina. Daba la impresión de que se movían veinte personas en ella. Louis se sentía abrumado, pero el temblor de sus manos se había calmado y había recuperado un poco el color.

—Me voy —dijo, y se levantó.

Antes de salir, asomó la cabeza por la puerta entreabierta de la cocina para despedirse de Armande. Ella se volvió enjugándose las manos en el delantal y sonrió.

—¿Ya te vas, Louis?

Hablaba suavemente, con resignación, como quien sabe ya que sobre todo no había que intentar retenerlo. Él sonrió y prometió que volvería pronto. Una vez en la calle, siguió oyendo el ruido de las cacerolas que manipulaba Armande, y ese estruendo alegre lo acompañó hasta que dobló la esquina.

No había nada, absolutamente nada que ver al final de la rue Elgorf, allí donde se ensanchaba y se convertía en terreno baldío, entre dos grupos de casas modernas prefabricadas. Bajo la luz amarilla de las farolas municipales, no había nada en lo que pudiera posarse la mirada, apenas algunos hierbajos, apenas algún guijarro aquí y allá, ni siquiera el armazón de un coche, ni un carrito oxidado del supermercado cercano, ni neumáticos inservibles, cosas todas ellas que se suelen encontrar en ese tipo de lugares. Sin embargo, Louis se quedó mucho tiempo contemplando ese escenario, como si esperara que surgieran del enclave desierto los seres que conocía y a los que habían visto por allí en un momento u otro de su vida. Avanzó, buscó la entrada a los infiernos y no la encontró. Cuando volvió sobre sus pasos y caminó por la Almstadt iluminada, en su mente se superponían dos imágenes, la mujer al borde de la piscina vacía y la mujer en el lindero del terreno baldío. Las dos llevaban un abrigo beis, mocasines marrones y un pañuelo estampado, y se preguntaba si en adelante podría pensar en su madre de otra manera que no fuera en esas dos escenas que no había visto nunca con sus ojos, sino solo imaginado a partir de lo que le

habían dicho.

Esa noche, antes de la cena, quiso saber por qué su padre no le dijo que otras personas habían visto a su madre el día de Navidad. Philippe le respondió que no le había parecido oportuno torturarlo con una información que no aportaba nada y que posiblemente lo alteraría aún más. Louis comprendió la explicación de su padre y la aceptó.

La cena de Nochebuena transcurrió agradablemente. Julie había distribuido a los comensales en la mesa y se había situado de manera que pudiera contemplar el abeto con luces de colores, que no se cansaba de mirar. Durante toda la comida mantuvo una expresión un poco hipnotizada. Philippe acompañó a su madre a la misa del gallo y cuando volvieron estaban muertos de frío. Bebieron tisanas muy calientes y después todo el mundo se fue a dormir. Al día siguiente, aunque la desaparición de Odile estuviera en la mente de todos ellos, nadie la mencionó. Tras la comida jugaron a los caballitos y al dominó, los juegos de mesa que, según Georges, exigían menos a las neuronas. Adélaïde cayó hacia delante al lanzar los dados y estuvo a punto de desplomarse sobre el circuito de los caballitos. Hacia las cuatro y media, al disminuir la luz del día, la Navidad se mostró conforme con la tradición, blanca y satisfactoria, pues nevó. Y así continuó toda la noche, y cuando al día siguiente Louis, Sylvia y sus padres salieron de Almstadt aún nevaba.

Les Reines écarlates se estrenó en febrero y fue un éxito de público. Lo cual no consoló a Sylvia de la tibia crítica de Louis. Captaba en ella una mala intención incomprensible. Cuando se lo dijo, él respondió lacónicamente que tenía derecho a que la película no le gustara.

—¿Quién dice lo contrario? —replicó Sylvia—. Pero por consideración a mí podrías no haber escrito sobre ella. Es lo que sueles hacer, ¿verdad?, cuando no te gusta una película pero tienes amistad o estima hacia quienes la han hecho. ¿No crees que podrías haber hecho lo mismo por mí? A menos que no sientas por mí ni afecto, ni amistad, ni estima.

—Oh, vale, hablas como si la película fuera tuya. Es la película de Blass. Tú no eres responsable de la mediocridad de la dirección.

Ante lo que ella consideró mala fe, Sylvia prefirió no volver a abordar el tema nunca más. Pero cuando Paul Blass le propuso que escribiera otro guión con él y ella se lo contó a Louis, este adoptó una actitud sarcástica que no hizo sino herirla más aún. En descargo de Louis, ¿no había en la actitud de Sylvia cierta ambigüedad que daba pie a la perplejidad? Pues también esta vez se declaró «firmemente decidida» a

rehusar la propuesta de Paul Blass, pero Louis sentía que esa firme decisión encerraba una dosis bastante importante de vacilación.

—Siempre lo mismo: dices que no pero al final aceptas.

—¿Siempre lo mismo? —replicó acaloradamente Sylvia—. ¡Es la segunda vez!

—De acuerdo. Y además, ¿por qué ibas a rehusar la oferta? Ese tipo es muy amable contigo.

—¿Es que tú piensas que me propone el trabajo por amabilidad?

—Tienes razón, amable no es la palabra. De hecho, siente verdadera pasión por ti. Lo que en sí es un misterio.

—¿Pasión por mí? Qué tonterías dices.

—Sí. Se desvivió por trabajar contigo, cuando no habías hecho nada antes. Pasaba tardes enteras conversando contigo, cuando no trabaja más que con hombres. ¡Hasta su montadora es un hombre! Y ni una sola guionista en veinticinco años. Tú eres la primera.

—Lo ignoraba.

—¿De verdad?

—¿Cómo iba a saberlo? Yo no soy crítica de cine. Es una pena, parece un trabajo que requiere gran sutileza.

—Ya vale. Eres la única que no está al corriente. Paul Blass no soporta a las mujeres, con excepción de las actrices famosas, que le permiten conseguir los presupuestos de sus películas.

—Ah, vaya —respondió llanamente Sylvia.

Con aire perplejo, apoyó la cabeza en la mano y el codo en el brazo del sofá. Louis, por miedo a que Sylvia se parapetara en su perplejidad, inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Comprendes ahora cuando digo que hay un misterio? Si fuera «bi», aún se podría comprender, pero no es el caso. Es interesante, desde un punto de vista estrictamente antropológico. Pero lo que me molesta es que tú tampoco eres clara.

—¿Y en qué no soy clara?

—Pues en eso de declarar que por nada del mundo trabajarás con él para al final aceptar.

—No he dicho que sí.

—Vas a decir que sí.

—Admitámoslo. Quizá me interese escribir un guión.

—Yo creía que lo tuyo eran las mates.

—¿No tengo derecho a que haya varias cosas que sean «lo mío»?

—Te he oído decir que no habría más que las mates. Pero, en fin, de hecho las mates son una tapadera. Y en eso no eres honesta.

—Pero ¿en qué? Yo... no siempre sé lo que quiero hacer. ¿Y eso me convierte en una persona falsa?

—Entonces di que no lo sabes. ¡Pero no digas: «Voy a hacer tal cosa», para al

final hacer lo contrario!

Sylvia acabó por admitir la ambigüedad de su actitud con respecto a Paul, sin por eso aclararla. Pero no veía lo que podía significar esa ambigüedad, dejando aparte el malestar que siempre había experimentado frente al realizador, sin duda porque adivinaba en el interés que este le profesaba una tendencia desacostumbrada en él y una intensidad sospechosa. Pues, por lo que respectaba a su interés por Paul Blass, estaba completamente segura de que tan solo era profesional y lamentaba mucho que Louis pudiera extraer de la verdad de sus observaciones —la ambigüedad de Sylvia— unas conclusiones del todo erróneas —que estuviera enamorada de Paul—. No obstante, pensó que sería una torpeza corregir las conclusiones de Louis cuando este no las había enunciado formalmente.

Se puede decir que, al saber de qué iría la película, Ruben Goldenstern, el productor, se quedó patidifuso. Pero Paul Blass no desistió, y su último éxito de taquilla le permitía imponer su voluntad. Nunca había tenido tanta libertad y pensaba hacer uso de ella. Estaba convencido del potencial cómico del tema, a priori poco comercial, que Sylvia había lanzado en tono de broma hacía una semana. Se trataba de la trayectoria tragicoburlesca de un profesor de filosofía, especialista en Immanuel Kant. El protagonista, un joven catedrático, veía cómo se destruía su vida por su obstinación, loable pero un poco delirante, en querer aplicar la moral kantiana a la vida cotidiana. Ese curioso tema se lo había inspirado a Sylvia cierta fascinación por Kant, su *Crítica de la razón pura* y su revolución copernicana. Sylvia recordaba también haber sonreído al leer un texto de Lacan, que percibía en Kant y su «imperativo categórico», el *súmmum* del sadismo en sentido estricto.

—Pero, Paul, ¿quién conoce a ese Kant? ¡Nadie! —exclamó Ruben Goldenstern—. Y de los que lo han oído nombrar, ¿quién lo ha leído?, y de los que lo han leído, ¿quién lo ha entendido?

—Pero el espectador no necesitará haber leído a Kant para apreciar la película. Vamos a convertir al profesor en héroe keatoniano, un gran obsesivo, un tipo que se mata literalmente por querer aplicar en la vida cotidiana los principios en los que cree. Eso es lo importante, el *quid* de su problema y de la historia. Ese tipo es puro, tan puro que va a dejarse la piel.

—Pero ¿qué intentas demostrar?

—No intento demostrar nada, solo quiero crear un personaje. Un hombre que, de tanto empeñarse en encarnar una idea, acaba por perder la vida.

—¿Crees que un tipo así puede atraer la simpatía del público?

—Claro que sí, un tipo que va hacia su perdición a causa de su ideal es sumamente simpático. Estamos rodeados de gente que hace en la vida lo contrario de lo que predica, y no hablo solo de los políticos, ni mucho menos. Un hombre así es un verdadero héroe romántico que ni siquiera lo sabe.

Ruben Goldenstern sacudió la cabeza, sin atreverse a oponerse frontalmente a Paul porque estaba muy interesado en producir su próxima película. Pero no veía nada claro lo que ese tema podía dar de sí. Y menos aún se veía haciendo de vendedor ante los responsables de las cadenas de televisión y los financiadores con una historia tan deplorable. La sola idea de pronunciar el nombre de Immanuel Kant en presencia de un proveedor de fondos le producía sudor frío.

—Comprendo tu entusiasmo por la originalidad del tema, pero ¿no podrías intentar reflexionar sobre otra cosa?

—No. *Kant because I can't* es mi próxima película, contigo o sin ti.

Ruben Goldenstern clavó en Paul una mirada consternada.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

—*Kant because I can't* es el título. Da a entender que toda su teoría procede de la impotencia para actuar, y tal vez de la impotencia sin más. Mira, la idea...

Paul parecía exultante, mientras el agobio de Ruben Goldenstern aumentaba por momentos. ¿Había perdido Paul Blass la razón?

—Sí, he captado la idea —dijo, conciliador—. Pero un título inglés, eso no es posible.

—¿Y qué? El juego de palabras no funciona en francés.

—Es demasiado... En fin, nadie va a entenderlo.

—Hoy día todo el mundo entiende el inglés. Sobre todo las frases cortas como esa.

—¡Maldita sea, Paul, nadie comprenderá ese juego de palabras!

—Lo comprenderán al ver la película. El título resulta intrigante y suena bien con la aliteración.

—¿La qué?

—¡*Kant because I can't*!

Repitió la frase varias veces, haciendo sonar alegremente la «k» y la «c».

—Bien. Propongo que volvamos a hablar de esto más adelante... —concluyó Ruben Goldenstern en un murmullo.

Su interlocutor le lanzó una mirada maliciosa que le hizo pensar que quizá Paul Blass le estaba tomando el pelo, que esa historia de Immanuel Kant era una broma. La idea lo tranquilizó. Por otro lado, conocía a Paul desde hacía veinte años y no le parecía muy aficionado a las bromas.

Paul llamó a Sylvia para anunciarle que el productor no estaba muy entusiasmado porque aún no percibía el potencial económico del proyecto, y ella, si bien no entendía nada sobre potencial económico, no se sorprendió lo más mínimo. Paul le aseguró que acabaría imponiendo el tema y rodaría la película, aunque tuviera que recurrir a otro productor, pero estaba convencido de que no sería necesario, ya que a Ruben Goldenstern le interesaba demasiado producir sus próximas películas. Paul le había hecho ganar mucho dinero y eso crea vínculos.

—¿Y tú crees que en nombre del dinero que le has hecho ganar estaría dispuesto a

perderlo? —le preguntó Sylvia.

—No, no iré tan lejos. Es un productor de hoy día, incapaz de arriesgar un céntimo de su bolsillo en un proyecto. Solo sirve para mandar hacer fotocopias a los que están en prácticas sin salario y ejercer de intermediario ante los financiadores.

—Hay que reconocer que no está demasiado claro que Immanuel Kant sea un buen reclamo —prosiguió Sylvia—. En última instancia podríamos actuar con astucia y silenciar a Immanuel Kant, si se puede decir así. Decir que es la historia de un hombre que quiere aplicar sus principios morales hasta la muerte.

—Que no, es mucho más divertido con Kant, te lo aseguro. Aun cuando parezca mucho más complicado.

Ella entendía muy bien lo que Paul quería decir y en el fondo estaba de acuerdo con él, pero le costaba imaginar que alguien quisiera apostar un franco. Ciertamente, era ella quien había tenido la idea, pero la había lanzado como una ocurrencia, y casi lamentaba que él la hubiera atrapado al vuelo.

Ruben Goldenstern, pequeño y redondo, llevaba traje y calzado a medida que, al menos eso esperaba él, sacaban el mejor partido de su silueta, de la que de momento se veía poco, ya que estaba sentado a la mesa de un restaurante italiano de la rue du Boccador en el que se había citado con Paul Blass y «la chica». Porque deseaba conocer a la causante del problema, la que había conseguido vender a Paul Blass un tema de guión delirante sobre un profesor de filosofía obsesionado con Kant. Esa comida le brindaría la oportunidad de desembarazarse del «fenómeno». Pues Ruben Goldenstern no dudaba que Paul Blass acabaría entrando en razón. De momento, el productor tenía curiosidad. Como el tema de la película era lo que era, una aberración, la persona que lo había propuesto, utilizando algún medio secreto, tenía que haber embrujado a Paul Blass. Lo que esperaba descubrir durante la comida era la naturaleza de ese embrujo.

Mientras esperaba, se irritó por haber sido el primero en llegar. Además, tenía hambre. La verdad es que siempre tenía hambre y toda su vida había luchado con valor contra su gordura. Cuando llegó Paul Blass, sonriente y recién afeitado, Goldenstern lo fusiló con sus ojos oscuros y brillantes.

—Bueno, ¿no vienes con tu guionista?

En ese «tu guionista» había cierto desdén que a Paul no le pasó desapercibido.

—No seas tan impaciente, ya vendrá —respondió Paul con tono guasón.

Ruben masculló unas palabras ininteligibles, toqueteando un pedazo de pan.

—¿Tienes hambre? —preguntó Paul, con expresión burlesca.

—Sí, ¿qué tiene de malo? Me he levantado temprano esta mañana y prácticamente no he desayunado.

—Deberías dejar el régimen, te pone de un humor de perros. Es verdad, es una tortura vivir permanentemente subalimentado. ¿Y no tendrían que hacerte análisis?

Con tanto régimen debes de tener alguna carencia vitamínica.

—No sabía que te preocuparas hasta ese punto por mi salud, me siento conmovido —repuso Ruben Goldenstern, y dio la impresión de que, a falta de algo mejor, de buena gana se comería a Paul Blass.

Cuando llegó Sylvia, Ruben se quedó tan desconcertado que olvidó momentáneamente los retortijones de estómago. Desde luego, la chica tenía «algo», pero él no sabía qué. No era el tipo de belleza pasmosa sobre la que están de acuerdo todos los gustos del género humano. A Ruben le gustaban las actrices muy femeninas, entendiendo por tales las que tenían bustos opulentos y llevaban tacones altos. Sylvia no era en absoluto su tipo. Tampoco le parecía fea, ni mucho menos, pero se preguntaba qué podía ver en ella un homosexual; no se parecía ni a una actriz madura ni a un efebo. En el imaginario de Ruben Goldenstern —decimos «imaginario» por comodidad, al no encontrar un término más adecuado—, algunos homosexuales tenían debilidad por las mujeres maduras, o las mujeres feas, o las mujeres que parecían muchachos. Un gusto estetizante, una especie de fascinación —qué palabra tan cómoda— por la fealdad o por la madurez o por la androginia. Solo Dios sabe de dónde le venían tales convicciones. En todo caso, Sylvia no entraba en ninguna de esas categorías. Ella se sentó, un poco torpe e incómoda, frente a Ruben Goldenstern, que no le quitaba de encima su mirada penetrante. Había saludado con voz grave y él había concluido que debía de fumar. Sí, después de todo, había en ella algo masculino. Tenía las manos grandes; seguramente los pies lo eran también. Ruben Goldenstern iba afinando de este modo su diagnóstico mientras la joven pedía tallarines con marisco. Así pues, decidió —ya que en todo le gustaba llegar a conclusiones, aunque fueran provisionales— que era andrógina. Pero en eso había también una complicación, al no corresponderse en nada con el tipo de Paul, a quien le gustaban los muchachos recios, un poco del estilo de los descargadores de Les Halles, o de los bomberos o los camioneros. En todas las reflexiones de Ruben Goldenstern subyacía la convicción de que el interés de Paul Blass por Sylvia se explicaba sin duda por la pertenencia de la joven a un tipo que probablemente entraba en resonancia con alguna figura de sus fantasías. Y Ruben tenía la intención de desvelar la fantasía en cuestión con el fin de disipar el espejismo, aunque en el momento en que le llevaron el lenguado seguía sin determinar a qué tipo concreto pertenecía la joven. Cuanto más la miraba, menos capaz se veía de decir algo sobre ella, pero, en lugar de «insignificancia», fue la palabra «indeterminación» la que se impuso. En honor a la verdad, y a pesar de cierta infatigable estupidez de sus convicciones, más tarde se revelaría que no iba por completo desencaminado al situar en las fantasías de Paul Blass el origen de su interés por Sylvia.

—Aquí me tiene, encantado de conocer a una joven guionista con tantas ideas originales, incluso asombrosas —dijo Ruben Goldenstern—. Paul me ha dicho cuatro palabras sobre una película en torno a un filósofo alemán, Immanuel Kant.

Si hacía un resumen tan erróneo del proyecto no era porque lo hubiera olvidado,

ni porque no hubiera comprendido nada, sino para poner de manifiesto la futilidad del tema, la quintaesencia del sinsentido de la cosa. Sylvia sonrió cortésmente.

—En realidad es más bien la historia de un tipo obsesionado con Kant que del mismo Kant.

—Bueno, eso supone conocer un poco a Kant, ¿no?

—No, basta con que el espectador comprenda la obsesión del personaje y su voluntad de aplicar con rigor la ley moral.

—Quiere decir la moral de Kant.

—Sí, puede decirse así, pero el caso es que Kant considera que es la moral universal. Para Kant, el hombre es libre de hacer el bien o el mal. Y, además, sabe lo que es el bien. Es decir, todo individuo sabe exactamente lo que tiene que hacer para que su acción sea moral. Lleva esa ley, por así decirlo, inscrita en el corazón.

—Pero en ocasiones, aun conociendo esa ley, no la aplica.

—Claro, puesto que es libre. El personaje de la película, al tratar de aplicar de manera rigurosa la ley, se aparta de la realidad y de sus congéneres.

—¿Y cómo muestra usted eso?

—El personaje es profesor. Da clases de filosofía.

—Entonces, ¿la película es como un curso de filo?

—No, en absoluto. Pero el personaje puede explicar algunos principios. Y Kant da muchos ejemplos en la *Crítica de la razón práctica*.

—¿Qué es la razón práctica?

—«Práctica», en este caso, quiere decir «moral»; viene del griego *praxis*, disculpe mi pedantería.

—¿Y qué tipo de ejemplos da Kant?

—Kant afirma que si se amenaza de muerte a un hombre que dice que no puede resistirse a un placer culpable, pongamos el adulterio, pues bien, ese hombre renunciará al adulterio.

—Sí, es realmente curioso, y muy elocuente —respondió Ruben, cada vez más consternado.

—Sí, es curioso porque es monstruoso. Si Kant necesita recurrir a una condena a muerte para contrarrestar el placer, es que el placer es poderoso, casi irresistible. En cierto modo, con este ejemplo Kant muestra más o menos lo contrario de lo que quiere demostrar.

—¿Y usted cree que el espectador medio comprenderá una sola palabra?

—Personalmente, no conozco al espectador medio. Pero incluso alguien que no ha leído a Kant puede comprender el ejemplo. Usted mismo lo ha comprendido.

Paul Blass sonrió, encantado con la pulla. Ruben Goldenstern se preguntaba si Sylvia tenía plena conciencia de su insolencia. Pero el rostro de la joven tampoco le permitió sacar ninguna conclusión sobre este punto. Su rostro le parecía indescifrable y se preguntó si no era eso lo que a Paul Blass le gustaba de ella, su indescifrabilidad. Total, todo en Sylvia le resultaba desagradable a Ruben Goldenstern.

—El amor, en *Diario íntimo de Adèle H.*, y en muchas otras películas, se vuelve obsesión —indicó Paul—. Es interesante aventurarse en otro tipo de obsesión. Una obsesión «teórica», una pasión intelectual.

—En el mismo orden de ideas —enlazó Sylvia—, podríamos tener el personaje de un matemático que buscara en el mundo la recta perfecta, o el círculo perfecto. No lo encontraría y se volvería loco.

Ruben Goldenstern se tragó una gamba a la italiana, dos gambas —había pedido un plato súbitamente después del lenguado—. Esa conversación delirante le abría el apetito y demacraba su rostro. Se preguntaba si Sylvia Delaunais solo tenía ideas de ese estilo. La chica era retorcida, incluso un caso clínico excepcional, y quizá esa era la clave del misterio.

—Creo que prefiero la otra historia, la del filósofo, me parece que hay más situaciones potenciales con su filósofo que con su matemático.

—No era otra idea para el guión, era solo una especie de variación.

—Lo he entendido perfectamente.

Ruben se tragó otra gamba y un sorbo de San Pellegrino. Se prohibía el vino, a causa del régimen; de todos modos, era más aficionado a la comida que a la bebida.

—Escucha, Ruben, ya me imagino que el tema es desconcertante, pero de momento es el único tema que a mí me interesa. Si no entras en el juego, tienes que decirlo.

—No te sulfures.

—No me sulfuro, pero veo que dudas, así que te sugiero que lo dejes. Cuando *Les Reines écarlates* ya estuviste un poco tibio, pero al fin y al cabo no lo has lamentado...

—¿Y a qué productor piensas ir a ver con tu historia?

—Eso, Ruben, no es asunto tuyo. No soy yo quien te deja, eres tú quien se niega obstinadamente a interesarse por el único tema que me entusiasma un poco. Necesito renovarme. Ese es el tema que necesito para el cine al que quiero acercarme.

—¿Quieres decir que has decidido hacer películas para proyectarlas en una sala vacía? ¿Es ese tu nuevo nicho de mercado?

—Escucha, creo que deberíamos hablar de otra cosa. En esto no nos vamos a entender nunca, así que más vale que lo dejemos. No estoy resentido contigo, pero tú tampoco tienes derecho a estarlo conmigo por tener un deseo de realizador que no coincide con tu deseo de productor.

—Ah, no me vengas con esas historias de deseo, la palabra clave de todos vosotros, los artistas. Vuestros deseos siempre tienen que ser órdenes para los demás. Pero a nosotros, los responsables del dinero, no nos queda más remedio que considerar otros parámetros para que vosotros, los cineastas, podáis saciar vuestros sacrosantos deseos.

—Ya vale, no te hagas el productor acosado, no te va el papel.

Ruben Goldenstern alzó los hombros con expresión de estar harto. Sylvia sentía

cierto desasosiego. Si había que creer a Ruben Goldenstern, iban hacia una catástrofe comercial y, en ciertos aspectos, ella sería responsable del desastre. El productor arruinado pondría precio a su cabeza y la matarían una noche en un aparcamiento, a pesar de que ella rara vez iba a un aparcamiento de noche, y no digamos durante el día. Siguiendo la propuesta de Paul Blass, hablaron de otra cosa, y la comida terminó con una nota dulce y consensual: todo el mundo estuvo de acuerdo en que el tiramisú estaba delicioso. Ruben Goldenstern se había saltado el régimen, pero mientras estuvo comiendo se sintió feliz. Después, por supuesto, el sentimiento de culpabilidad no tardaría en caer sobre él. Hasta se preguntó qué pensaría Kant de su comportamiento, y si pediría la pena de muerte por haberse atrevido a comer repostería. La sanción debía estar a la altura de la falta, es decir, del placer. Y bien sabe Dios que el placer de Ruben Goldenstern había sido grande.

En la acera, se despidió secamente de Sylvia y Paul, que lo vieron alejarse con un paso tan rápido como le permitían su cuerpo rechoncho y la comida copiosa.

—No lo he convencido en absoluto —dijo Sylvia esbozando una sonrisa.

—Cederá —afirmó Paul.

Un mes más tarde, al no tener noticias de Paul Blass, Sylvia pensó que Ruben Goldenstern había conseguido que se le pasaran las ganas, algo así como un dentista hace que pase un dolor de muelas. Paul Blass debía de haber comprendido que era un tema suicida. Cuando Sylvia le había comentado a Louis de qué iría el guión, este sonrió; pero él era un intelectual, no había que fiarse. Es cierto que era crítico de cine, pero representaba una franja muy restringida de la crítica. Tenía un cariño evidente por películas que iba a ver muy poca gente, como las de Straub y Huillet, que no cesaba de elogiar desde hacía dos años. Y al estirarse junto a Sylvia —una noche en que dormían juntos, lo que sucedía una o dos veces por semana—, dijo:

—Ese tema tuyo no es un tema para Paul Blass, es más bien un tema para los Straub. Hicieron una película sobre Johann Sebastian Bach y Anna Magdalena. Les iría bien una película sobre Immanuel Kant.

Sylvia sonrió; le gustaban las películas de los Straub que había visto, sobre todo *Relaciones de clase*.

—Es verdad.

—Podría proponérselo si quieres. Apuesto a que les interesaría.

Pero al cabo de diez días Paul anunció a Sylvia que «Ruben el rocín» producía la película.

—¿Así que has conseguido convencerlo? —se asombró Sylvia, sentada frente a Paul en el primer piso del Cluny.

—En absoluto. Sigue detestando el tema tanto como antes. Lo que pasa es que ha

ido a todas las cadenas y están dispuestas a financiar la película solo por mi nombre, poco importa el tema. De hecho, el tema les da igual. En consecuencia, a Ruben también.

—¿Tan poco les importa?

—Pues claro. Ellas financian la escritura del guión y ellas deciden cuando vean el texto. Hasta entonces tenemos total libertad.

—Muy bien. Es posible que detengan el proyecto en cuanto vean lo que es —dijo Sylvia riendo.

—¿Por qué dices eso? Ni nosotros mismos sabemos lo que será. Es la primera vez en toda mi carrera que tengo las manos tan libres. Tengo que aprovecharlo.

—Puede que sea la última si, como cree Goldenstern, la película es un fracaso.

—¡Pero, bueno, eres increíble, no irás a darle la razón a Ruben el rocín!

—No deberías llamarle así, no le hace gracia a nadie más que a ti.

—Ya lo sé, y por eso me gusta. Bueno, no, te equivocas, a Arthur también le parece muy gracioso.

—Arthur es un público agradecido cuando se trata de tus actuaciones.

—Te manda saludos. Bueno, ¿cuándo podemos ponernos a trabajar? Ah, sí. Ruben dice que quiere una primera versión dentro de un mes y medio y poder empezar la preproducción el próximo invierno. Así que tenemos que trabajar a jornada completa.

—Yo no puedo. Ya sabes que tengo otro trabajo.

—No es un trabajo de verdad, es una tesis, y vas a tener que dejarla a un lado por un tiempo.

—¿Bromeas?

—En absoluto. No tienes otra opción. Ahora tienes una obligación para conmigo.

—¿Perdona?

—He conseguido que uno de los grandes productores de París acepte ese tema delirante tuyo. No tienes derecho a dejarme colgado.

Sylvia abrió ligeramente la boca sin darse cuenta.

—Es una obligación de orden moral que tienes conmigo.

—Toda obligación es de orden moral. Obligación moral es un pleonismo.

—Vale. No saques ahora a tu Immanuel Kant. Y conozco tipos que se han pasado veinte años con la tesis. Esas cosas suceden.

—Era una tesis de Estado. Las tesis de Estado siempre llevan mucho tiempo.

—Tienes que explicárselo a tu profesor.

—Mi director de tesis.

—Explicarle que te han ofrecido un trabajo que no puedes rechazar.

Sylvia no respondió. Les habían llevado las *soupes à l'oignon* y miraba alternativamente al cuenco y a la cara de Paul. No se había fijado en que tenía la nariz un poco respingona, y le entraron ganas de reír, pues ese rasgo no iba en absoluto con el resto de su rostro, demacrado y más bien severo. Paul Blass le parecía asombroso,

y con el tiempo le había inspirado simpatía. En sus conversaciones, daba la impresión de que había vencido su desconfianza instintiva hacia ella. Sin embargo, al observarlo, Sylvia no podía dejar de pensar en las palabras de Louis sobre la supuesta «pasión» de Paul por ella. Frente a él en ese café, viéndolo tan sonriente y natural, no podía creer en esa pasión, ya que en el fondo pensaba que toda pasión es triste y que el modo en que Paul la miraba no traslucía ningún sentimiento doloroso. Tranquilizada, acabó por concluir que se habían convertido en una especie de camaradas. No obstante, el tiempo y los hechos darían la razón a Louis sobre la extraña pasión de Paul por Sylvia. Tampoco se había equivocado al predecir que Sylvia volvería a trabajar con Paul.

Es necesario mencionar ahora un hecho notable en la vida interior de Sylvia. Nadie supo nada, ya que ella se guardó bien de contarlo. No podemos sino darle la razón, porque ¿quién habría podido comprenderlo? Pero al lector atento, comprensivo y hasta a veces benevolente le debemos la narración del acontecimiento —o la ausencia de este—, ya que, por ínfimo que parezca, e incluso insignificante, consideramos que marca un hito en el transcurso de la vida de nuestra heroína. La escena se enmarca en un lugar mental que no sorprenderá a nadie: Davos y el sanatorio para enfermos del pecho cosmopolitas, su nieve eterna, su veranda, su balcón y sus maravillosas tumbonas. Arropados con las mantas y estirados en las tumbonas, los enfermos seguían su cura de reposo obligatoria y contemplaban las cumbres nevadas, brillantes bajo el sol. Algunos dormían, a pesar de la intensidad de la luz. No era el caso de Sylvia, y era como si ese día esperara que sucediera algo desacostumbrado. Al sentir una presencia a su espalda, apartó los ojos de la montaña y vio, de pie en el espacio de la ventana abierta, entre su habitación y el balcón, a un joven vestido de negro. Primero creyó, debido a la excesiva luminosidad, que se trataba de su compañero Hans Castorp. Pero pronto supo que se equivocaba. Inclinando más la cabeza y girando el torso, descubrió que el joven tenía los rasgos de Louis.

—¿Louis? —exclamó apartando la manta.

Se levantó de un salto y se encontró de pie frente a él.

—No tenía que levantarse —dijo Louis con una sonrisa dulcísima y una voz tiernamente ceremoniosa.

Cogió con delicadeza el brazo de Sylvia, como si pensara que había que ayudarla para que no se cayera. Y, de hecho, ella se tambaleó un poco por haberse levantado demasiado deprisa y por ver en su balcón a un personaje que no esperaba. Pues hasta entonces ella era el único personaje real del sanatorio, todos los demás eran personajes de la novela de Thomas Mann. La llegada de Louis a su universo novelesco constituía, pues, una transgresión inaudita, la expansión de la realidad a su sueño diurno, la intrusión de lo real en su refugio imaginario. Por el momento, Louis se mostraba civilizado, y más delicado y atento que en la vida real, pero ¿quién podía

decir cómo se desarrollaría todo? Sylvia intentó expulsarlo, para que los seres imaginarios se quedaran solos, pero pronto fue consciente de que no lograba excluirlo. No se dejaba echar. Llegó a la conclusión de que Louis era un ser tan imaginario como los otros.

Louis y Sylvia tuvieron en Davos una aventura mucho más apacible y armoniosa que la que tenían en la realidad. Sylvia no creyó necesario informar a su compañero de la vida real de que había iniciado con su doble una relación paralela en el universo maravilloso de los enfermos del pecho que escupían sangre. Louis podría haber puesto algún reparo, incluso haberse sentido apenado, o contrariado por esa existencia sobre la que no tenía el menor control. Sylvia, además, se preguntaba si esa relación «clandestina» y totalmente mental podría tener alguna incidencia sobre la realidad. Quería creer que no, pero su convicción se parecía un poco a la negación. Si en verdad se trataba de un universo autónomo, de un mundo paralelo, ¿por qué habría de haber algún peligro en soñar con otro Louis, puesto que jamás existiría, puesto que era puro fruto de su imaginación, puesto que no lo encontraría en otro sitio que no fuera la terraza del Berghof frente a la montaña nevada? No obstante, un lector benevolente y atento podría ponerla en guardia, pues si lo real había podido expandirse sin miramientos en su imaginario y, por así decirlo, violar ese espacio mental que era el sanatorio de *La montaña mágica*, ¿no podía su sueño, a la larga, influir en su relación real con Louis? ¿No lo había hecho ya en varias ocasiones? ¿No era ese sueño lo que pesaba más en la vida de Sylvia, y desde hacía años? ¿Ese sueño no había hipotecado ya, en cierto modo, las posibilidades de lo real? ¿Y había tenido alguna vez Sylvia una relación real con quienquiera que fuere, y con Louis en particular? Quizá Louis no fuera más que un avatar de Hans Castorp, nada más que el doble, real pero inconsistente, del joven eterno de *La montaña mágica*. Sylvia sabía muy bien que *La montaña mágica* era todo lo contrario de un libro romántico, pero eso no le impedía alterar la obra maestra para su uso personal y convertir a Hans Castorp en un príncipe encantador a su gusto.

Después de la fiesta en las montañas de Cannes, Louis había vuelto al hotel en el coche de unos desconocidos que se dirigían al centro. Cuando llegó a su habitación, hacia las cuatro de la madrugada, estaba demasiado nervioso para dormir. Pensaba en su madre. Solía pensar en ella por la noche en las habitaciones de hotel. ¿En qué podría pensar si no en el pasado? Pensaba en los años anteriores a la desaparición de su madre y en sus estancias en el hospital, que se confundían en una sucesión imprecisa. La presencia fantasmal pero permanente del doctor Ferenczi en sus recuerdos lo inducían a dudar de ellos. El jefe de servicio deambulaba constantemente en bata blanca, con un estetoscopio alrededor del cuello, flotante pero

omnisciente, por todas partes y en ninguna, lo que a todas luces era una imagen falsa, ya que el doctor Ferenczi nunca andaba cargado con un estetoscopio. Louis llegó a la conclusión de que al menos una parte de sus recuerdos tenía más que ver con la fantasía que con la memoria. En cuanto al doctor Ferenczi, Louis no dudaba que en sus falsos recuerdos representaba el papel de Dios.

La única variable significativa entre los distintos recuerdos de hospitalización de su madre era la personalidad más o menos destacada de su compañera de habitación. No había habitaciones individuales en el servicio, de modo que había que cohabitar con toda clase de personas, con historiales psiquiátricos de lo más diversos y con patologías a veces no identificables para quienes no formaban parte de la profesión médica. La paciente de la que Louis se acordaba con más claridad era una mujer de unos cuarenta años, Chloé, que siempre tenía hambre y se dedicaba todo el día a mendigar comida, recorriendo a grandes pasos los pasillos o plantada a la entrada de su habitación. En la segunda visita a su madre, Louis, con buen corazón, llevó una caja de galletas para Chloé.

—No te acostumbres a traerle siempre algo —le aconsejó Odile—. No te das cuenta, si todos le dan cosas de comer, se pondrá mala.

—Pero ¿por qué tiene siempre hambre?

—No lo sé.

—¿No come lo suficiente a sus horas?

—Deja limpias hasta las fuentes. No queda nada. La llaman Terminator —dijo Odile con expresión siniestra.

Chloé llegó de su gira precisamente en ese momento y fue a sentarse en el borde de la cama con su botín: galletas, caramelos y dos nubes de azúcar rosa, que engulló una tras otra con expresión beatífica.

Una de las compañeras de habitación de más fácil convivencia fue Geneviève, una mujer de unos treinta años que no se movía de la cama. Sus pies sobresalían siempre por debajo de la manta y no permitía que se los cubrieran; el motivo era que el cosmos le transmitía de manera directa una energía divina a través de los dedos de los pies, y tapárselos equivaldría a obstaculizar la transmisión de las ondas benéficas. Frente a ese tipo de compañías, Louis consideraba a su madre casi normal y se extrañaba de que la mantuvieran en promiscuidad con casos semejantes. En la habitación del hotel de Cannes, muchos años después, Louis se acordaba con precisión de los rasgos de Chloé y los pies de Geneviève, que eran muy grandes. En su fuero interno sonrió, como quien recuerda a viejas amigas. Qué habría sido de Chloé, mendiga perpetua de un alimento que no podía saciarla, y de Geneviève, que esperaba que la gracia divina le llegara por los pies, lo que después de todo no era más estúpido que esperarla por cualquier otra parte.

Al regresar de Cannes, Louis durmió toda una noche y un día sin interrupción. Fue a casa de Sylvia al día siguiente por la noche. Cuando entró directamente en el salón, ella sintió que él tenía algo que decirle que consideraba necesario y desagradable a la vez. Empezó a andar a grandes zancadas por la habitación, en series de cuatro pasos interrumpidas por breves pausas, como para reflexionar o tomar un impulso inútil.

—Me encontré con Françoise —dijo.

Como pensaba que se trataba de un preámbulo, Sylvia se limitó a preguntar, para animarlo a seguir:

—¿En Cannes?

Y fue entonces cuando él dijo algo que Sylvia nunca hubiera creído posible.

—Sí... Dice cosas de ti. Cosas nada agradables. Pero nada agradables —añadió acompañando sus palabras con un gesto afirmativo.

Sylvia se quedó petrificada, muda de asombro, en el centro de la elipse que describía Louis al caminar. Como él no añadía nada, acabó por preguntar, con voz apagada:

—¿Qué cosas?

Pero Louis se limitó a repetir lo que había dicho, «cosas nada agradables».

—¿De mí?

Louis alzó los hombros y, como una persona dormida que cambia de lado para buscar alivio, se acercó a la ventana y miró afuera.

—¡Louis! ¿Qué cosas malas dice Françoise de mí?

—Ah... Yo... no debería...

Volvió a alzar los hombros con una despreocupación que a Sylvia le pareció indignante. Salvó los pasos que la separaban de Louis, le cogió el brazo y le obligó a mirarla de frente.

—¡Ahora que has empezado, sigue hasta el final!

—No, discúlpame, no es posible —contestó él haciendo un pequeño ademán ágil con la mano, como quien ahuyenta a un insecto.

El rostro de Sylvia se había descompuesto por efecto de la emoción. En la trivialidad de las palabras que había escogido Louis —«nada agradables»—, en su negativa a repetir los términos pronunciados por Françoise, en su obstinación en poner ante ella el muro blando e infranqueable de su imprecisión y su desenvoltura, Sylvia adivinaba con espanto, no neutralidad, lo que habría sido ya ofensivo —¿acaso no era Louis su amigo?—, sino placer. Louis la entregaba a la posibilidad enloquecedora de imaginar quién sabe qué, y en la voz familiar del joven, bajo el tambor de unas palabras cotidianas, Sylvia oía lo que nunca hubiera esperado encontrar, tanto más espantoso por cuanto venía de un ser que creía que la amaba: el trémolo de una alegría perversa.

En ese momento, Sylvia hubiera querido que Louis se marchara y la dejara sola, pero

él había ido a cenar, y eso fue lo que hicieron. Ella sentía aumentar el peligro de ese ejercicio insoslayable de la vida conyugal: la escena. Esta se perfilaba impresionante, una verdadera gran escena de matrimonio en toda regla, con todos los detalles. Sylvia se apresuró a llevar los platos al fregadero, dejó correr el agua a chorro, como para dirigir la atención hacia otra cosa. Quizá tampoco Louis deseara la «escena». Sentía que no estaba precisamente en situación de ganar la partida. Ahora casi hubiera querido que ella volviera a pedirle, a implorarle que le dijera las palabras de Françoise, pero Sylvia callaba, estoica y digna, y el silencio resultaba más incómodo para él que para ella.

Ambos evitaron la escena y hablaron poco esa noche. Al día siguiente por la mañana, cuando Louis se fue a la redacción de la revista, a Sylvia le temblaban un poco las manos y decidió tomar el baño terapéutico, con agua fría, que preconizaba la psiquiatría del siglo XIX y que, según había oído decir, se practicaba en la clínica del doctor Blanche. Después del baño, ya no temblaba, tiritaba. Muy ocupada en tener frío, pensaba menos en Louis y tenía el corazón embotado. Sylvia no sabía qué la entristecía más, si que Françoise hubiera dicho cosas «nada agradables» de ella o que a Louis le hubiera dado tanto placer anunciárselo. ¿A qué estaban jugando? Sylvia tenía la sensación nauseabunda de que todos envejecían sin crecer.

Media hora más tarde, como habían vuelto los temblores, Sylvia cogió el teléfono y marcó el número de Françoise, que lo negó todo. Según ella, Louis mentía, sin duda. Sylvia tenía la convicción de que se adentraba en zonas de sombra de las que sus sentimientos, tanto de amor como de amistad, no saldrían indemnes.

Durante una cena en casa de Louis, en la que había abusado un poco del brouilly, Marc comentó con cierto lirismo que en su opinión la escritura crítica tenía algo de escenificación, y que en ese sentido era también y ante todo una escritura cinematográfica.

—Eso es la reivindicación delirante de un crítico que no sabe si lo que hace es realmente útil a la comunidad —dijo riendo Françoise.

—¿Y no estáis hartos de que los cineastas proporcionen el aparato crítico que va con sus películas? Os birlan vuestro trabajo y el resultado es una especie de glosa pesada sobre las películas —dijo Sylvia.

—No se puede impedir a los cineastas que hagan su promoción —señaló Marc.

—Lo que haría falta es establecer una verdadera diferencia entre la promoción y la crítica. A veces, la frontera está muy poco clara —dijo Françoise.

—No en *La Revue* —aseguró Louis.

—Sí, también ahí. Hay cineastas que se sabe que siempre serán elogiados por vuestra revista, aunque hagan una mala película. Yo a eso lo llamo promoción.

—Eso se llama política de autores —añadió Étienne sonriendo—. Es lo arbitrario elevado a la categoría de las bellas artes. Siempre preferirán una mala película de un realizador de prestigio que una buena película de un realizador que no lo tiene.

—Es un poco caricaturesco, pero quizá tenéis razón sobre los estados de ánimo de los críticos de cine —admitió Louis con una sonrisa—. Repasando viejos ejemplares de *La Revue*, he encontrado varias mesas redondas sobre la crítica. Verdaderas castañas tituladas «la crítica en crisis» o «función de la crítica» o incluso «estados generales de la crítica».

—Bien, eso quiere decir que nos cuestionamos —dijo Marc.

—Sin embargo, ni los cirujanos ni los peluqueros se hacen nunca ese tipo de preguntas —señaló Françoise.

—Los peluqueros existen solo porque no tenemos ojos en la parte de atrás de la cabeza —dijo Louis.

—En fin, esa manera que tienen los críticos de cine de interrogarse constantemente sobre la utilidad de lo que hacen es un poco sospechosa. En todo caso denota un narcisismo triste y no poca incertidumbre sobre su propia legitimidad —añadió Étienne.

—Yo no podría decirlo mejor —aprobó Françoise.

Nadie prosiguió la discusión, sin duda por temor a que se envenenara. Françoise daba caladas a su cigarrillo, con las piernas cruzadas, balanceando un pie en el vacío y contemplando la puntera de un escaquin de forma muy afilada, ese tipo de zapatos que Sylvia no se pondría nunca, pues le parecía que tenía los pies muy grandes. Marc propuso que fueran a terminar la noche en un bar que le gustaba mucho, por la zona de Château-Landon. A Françoise le pareció bien, Étienne estaba de acuerdo con todo y Louis no quería contrariar a nadie. Solo Sylvia se negaba a salir, y achacaron su falta de entusiasmo a su mal carácter. Françoise la cogió del brazo con autoridad, como siempre había hecho en esos casos, y así fue como Sylvia, que tenía muchas ganas de dormir, se encontró pateando las calles con sus acompañantes en busca de un taxi libre. Era una hora en que la gente volvía a casa después de cenar fuera. Los taxis, todos ocupados, pasaban de largo. Sylvia esperaba que Louis la cogiera de la mano. Ahora lo hacía con bastante frecuencia, pero eso era en el sanatorio de Davos. Y en ese momento, mientras los cinco amigos daban vueltas alrededor de la place de la République y empezaba a caer una lluvia fina, Davos quedaba muy lejos.

Ante la dificultad de encontrar un taxi, Sylvia sugirió que renunciaran a ir a tomar una copa en el distrito décimo y la tomaran en el undécimo, donde se encontraban. Su propuesta desató la hilaridad general. Françoise rompió a reír a carcajadas y decretó que en ese comentario la reconocía bien. Sylvia pensó que Françoise tenía suerte

porque desde hacía cierto tiempo ella ya no se reconocía a sí misma. Por desgracia, un taxi, después de girar alrededor de la plaza, disminuyó la velocidad delante de ellos. Se apretaron en el asiento de atrás. Marc indicó la calle al conductor y Sylvia dejó escapar un suspiro. Mientras Françoise y Louis comentaban el palmarés del Festival de Venecia, Sylvia se preguntaba cómo, después de beber esa última copa de marras por la zona de Château-Landon, se las arreglarían para volver a casa. Pero esa vez se guardó para sí sus interrogantes existenciales y situó sus inquietudes fuera del lenguaje articulado.

El taxi los dejó y se marchó de inmediato, sin que a Marc se le hubiera ocurrido pedirle que esperara mientras localizaban el bar, que era invisible a simple vista. Después de que recorrieran la calle mal iluminada, Marc admitió que era probable que se hubiera equivocado o, más probable aún, que el bar hubiera cerrado desde la última vez que había estado allí.

—Quizá tendríamos que haberte hecho caso —dijo Louis.

Sylvia reaccionó con modestia ante el triunfo y hundió las manos en los bolsillos. Él sonrió y, por primera vez en toda la noche, tomó el brazo de Sylvia y lo apretó furtivamente. Étienne miraba a un extremo de la calle y luego al otro, sin abandonar su ligera sonrisa sardónica. El grupo avanzó lento y vacilante hacia el extremo de la calle donde Françoise escrutaba la improbable llegada de un taxi libre, y Sylvia se acordó del Panda de antaño, el desvencijado automóvil que ahora les habría sido tan útil.

—¿Dónde has aparcado tu Panda? —preguntó sonriendo.

—¡Ya te dije que un día lo echarías de menos! —respondió Françoise.

Y las dos intercambiaron una sonrisa ante ese recuerdo lejano, que era también el de su amistad, cuando aún no la oscurecía ninguna nube.

A la mañana siguiente, al prepararse un té, Sylvia se pregunta si no debería irse enseguida, antes de que Louis se despierte, ya que la escena amenaza de nuevo y no se siente con fuerzas de renunciar a ella. Es como una costra que dan ganas de rascar hasta que sangre. Pero cuando está abriendo la puerta para marcharse, Louis sale de la habitación.

—¿Qué haces? —pregunta Louis.

—Me voy a casa.

—Es domingo. ¿Qué tienes que hacer con tanta urgencia?

Ella asiente, encerrándose con él. Ahora ya no hay remedio. Él entra en la cocina para prepararse el desayuno. Dice que le duele la cabeza.

—Tú también podrías seguir durmiendo, ya que es domingo —observa ella.

—¿Sabes qué hora es? Las doce.

Mediodía, repite Sylvia mecánicamente. La hora del sol y de la verdad, que ni uno ni otro pueden mirarse cara a cara como dice el Eclesiastés. Se sienta y apoya un codo en la mesa, la mesa que eligieron juntos en Ikea; ella nunca más pondrá los pies en Ikea, lo decide en ese mismo instante. Él siente que pasa algo.

—Al final, me voy.

—¿Por qué?

—Cosas que hacer.

Él la mira y se encoge de hombros. No la cree. Claro que tiene cosas que hacer, todo el mundo, más o menos, tiene algo que hacer, pero es domingo y estamos desayunando.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—Sí, algo va mal.

Y aunque en realidad no quería decirlo, se oye a sí misma decir, con una voz que no le parece la suya:

—Quisiera que lo dejáramos.

—¿Dejar qué?

Por lo tanto, hay que volver a empezar, y no se evitará la escena de ruptura grandilocuente. Ella responde «nosotros». Sobrio y ridículo «nosotros» que no existe, y por eso hay que dejarlo. Él pregunta por qué, de modo que la escena experimenta una progresión dramática incontestable. Han pasado del qué al por qué. Va a tener que explicarse, porque hay que acabar la escena de ruptura; de lo contrario no habrá verdadera ruptura y todo parecerá terriblemente banal e incompleto y dejará un mal sabor de boca. Así que, con coraje, decide terminar lo que hay que terminar.

—Siento que estaría menos sola sin ti.

—Qué bonito, con clase, ¿eso es todo?

Ella busca y encuentra.

—No estamos bien juntos.

Es sencillo, banal e irremediable. Debería funcionar. Pero continúa, porque con las palabras le han venido las ganas de soltarlo todo. Se ha establecido la lógica de la escena.

—Si insistes, te diré que lo que dijiste el otro día sobre Françoise es repugnante.

—Es ella quien dijo cosas desagradables, no yo.

—Pues había que cerrar la boca o contarme lo que dijo. Has sido desleal conmigo.

—¿Y si te lo dijera ahora?

—Sería demasiado tarde —responde Sylvia, porque es más digno, aunque le gustaría saber—. Sentí que te producía placer hacerme daño.

Él ya no se ríe.

—Qué cosas se te ocurren —dice.

—Y además nunca eres tierno, ni siquiera cariñoso. Ayer esperé toda la noche que me cogieras la mano como hacen los otros.

—¿Qué otros?

—Las personas normales, cuando se aman.

Entonces él se precipita hacia esa brecha.

—¿Quieres que hagamos como los otros?

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Eso es lo que quiero! Ya estoy harta de que seamos una pareja extraña y especial. Quiero que seamos una pareja normal y cretina, una pareja normalmente tonta, que dice y hace tonterías, que se hace mimos y se llama por nombres estúpidos de animalitos con plumas y con pelo.

—Y quizá quieres también que pidamos un crédito para comprar una casa. — Louis ríe, sarcástico—. Después de todo, eres exactamente igual que las demás mujeres.

—Como si fueras un entendido en materia de mujeres.

—¿Qué quieres decir?

Él ha bajado la voz y de pronto su expresión es más grave. Ella responde:

—Nada. Somos demasiado jóvenes el uno para el otro, no es más que eso. No es culpa de nadie. Tú no sabes y yo tampoco sé. No podemos hacer nada el uno por el otro y nos hacemos daño.

—No comprendo nada de lo que estás diciendo —replica él.

Ella sabe que la escena pronto terminará, ya que si él dice que no comprende, ella tampoco puede explicar más. Y Louis Schlessinger nada puede hacer contra su doble perfecto de Davos. No está a la altura del sueño de ella. Él es, sin duda alguna, insuficiente, pero ella no puede hablar de ese tema. Él sería incapaz de entenderlo. Le diría que está loca, que prefiere su sueño a la realidad. Y es verdad que prefiere su sueño a la realidad. En vez de hablarle de Davos, insiste en las carencias de lo real. Total, quizá sea una mujer chiflada por la necesidad romántica y el sentimentalismo de tres al cuarto, sí, igual que las otras, eso es lo que dice él; tendrá que contárselo a su madre. A fuerza de gestos cariñosos que no se hacen y de palabras que no se pronuncian, a veces no sabe quién es, aun cuando nunca lo haya sabido de verdad. Pero precisamente esperaba que, con él, experimentaría la redención por el amor y todas esas tonterías; por eso está decepcionada, necesariamente. El abismo vertiginoso de las palabras que nunca habrá que pronunciar («redención», «ser salvada») se abre bajo sus frases. Ser salvada, pero ¿de qué? Decididamente, sí, ella es tan estúpida como las demás mujeres, su madre se alegrará. Y repite:

—Estaré menos sola sin ti. No sé cómo decirlo de otra manera.

—Esa frase, ¿la tienes preparada desde hace tiempo?

—Es cierta desde hace tiempo; pero esta mañana se me ha impuesto como una evidencia, y sin embargo no tenía la intención de decirla. Quizá habría podido guardármela para mí, pero ¿de qué habría servido?

—¿Por eso pensabas irte tan pronto? ¿Querías tener tiempo para reflexionar? Y finalmente has decidido no hacerlo.

—Lo que pasa es que te has levantado cuando estaba a punto de marcharme.

Quién sabe si lo habría dicho más tarde o no, y así o de otra manera.

Él levanta los hombros con aire desenvuelto y dice:

—Tienes razón.

Una vez más ella siente que tener razón no siempre es agradable. Ahora él está de pie, con la espalda apoyada en la pared, y baja la vista como un niño al que regañan, y la oye decir que ya no quiere estar con él. Ella se debate, camina por la estancia, habla un poco más alto. De verdad quiere romper con él, pero también quisiera que él dijera a gritos que la ama y la cogiera en sus brazos y le implorase que se quede, que hiciera alguna cosa idiota propia de un hombre locamente enamorado. Ella desea todo eso al mismo tiempo mientras lo abandona, hasta el punto de que cabe preguntarse si no es una maniobra para provocar en él una reacción. Ella espera que haga una locura, que realice un milagro, que camine sobre las aguas, que convierta el agua en vino. Y, si no puede, que al menos le diga que también sufre. Pero no hay ningún gesto y ella no llega siquiera a saber si le hace daño, un poco, o mucho, o nada. ¿Por qué no la mira, por qué no se resiste, por qué no continúa la escena? ¿No están concebidas las escenas para proseguir con ellas hasta que se agoten las fuerzas? ¿Por qué deja que la acabe ella sola? Quizá piensa que no servirá de nada, que ella está tan lejos de él que no puede alcanzarla. Tal vez se equivoca, bastaría quizá con un gesto o una palabra, pero él no lo hace ni la dice, y de pronto ya no hay camino en el que puedan ir a su mutuo encuentro.

Pasaron seis meses sin que Sylvia volviera a ver a Louis. A veces Françoise le decía que se lo había encontrado o lo había visto de lejos en alguna fiesta, ese tipo de fiestas a las que Sylvia ya no iba nunca. Hubiera preferido que Françoise no le hablara de él, pero su amiga parecía empeñada en mencionar de manera escrupulosa todos los encuentros fortuitos, o que ella presentaba como tales. A Sylvia, siempre recelosa, le parecía sospechoso este franco empecinamiento en la transparencia. Era como si le dijera «te lo cuento todo», y Sylvia, lógicamente, lo veía como una señal de que su amiga no tenía la conciencia en paz.

Aparte del relato de los hechos, Françoise añadía siempre alguna apreciación personal. Louis estaba bien, o parecía estar bien, llevaba el cabello más corto o había ganado algo de peso. Las dos no hablaron nunca de aquellas «cosas nada agradables» que Françoise había dicho y que Louis no había repetido; sin embargo, esas cosas pesaban siempre entre las dos jóvenes y ya no se hablaban con la misma libertad. Cuando Sylvia informó a Françoise de su ruptura con Louis, no se confió a ella, simplemente se lo comunicó, y Françoise, sintiendo la reticencia, no hizo preguntas. Sylvia pensó que Françoise quizá ya lo sabía, que tal vez Louis se había confiado a ella. Más tarde, llegó a torturarse imaginando que Françoise y Louis flirteaban. Se

decía que eran muy capaces. Y después concluía con rabia que tenían todo el derecho a hacerlo. Al final llegaba incluso a convencerse, vibrando de ira, de que eso no tenía ninguna importancia. ¿Quizá era Françoise la que desde el principio había interesado a Louis, y Sylvia no había sido más que la chica que ocultaba a la otra chica? La pobre Sylvia construía guiones complicados, historias de amor y traición, y luego, tras haber sufrido cuanto había querido, como harta de mala sangre, acababa por quedarse dormida.

Más adelante, Françoise intentó de nuevo llevar a Sylvia a alguna fiesta. Sylvia la acompañó, pero se aburría, y ese aburrimiento no tenía ya el carácter desenvuelto y elegantemente juvenil. El aburrimiento lleno de encanto pertenecía a una época pasada, igual que el viejo Panda negro, que hacía años que no funcionaba y de cuya reparación el mecánico había disuadido a su dueña. Françoise había trabajado en dos telefilmes alemanes y ahora cogía taxis. Esos compromisos en el extranjero habían acabado de alejar a las dos amigas. El proceso era inexorable y Sylvia no había hecho nada por detenerlo. Un día de enero Françoise le telefoneó para decirle que había roto con Samuel y que había decidido irse a vivir a Londres, según ella, la única capital europea en la que aún sucedía algo. A Sylvia le parecía que Françoise había dicho lo mismo a propósito de Berlín.

Días antes de su marcha «definitiva», Françoise le propuso a Sylvia pasar a verla. Llegó con mucho retraso, despeinada y risueña, perfecta en una especie de deconstrucción permanente. Llevó para cenar dos erizos de mar y una especie de pulpo pequeño, con tentáculos y ventosas. Sylvia se negó a sacar conclusiones. Françoise declaró que quería comer «cosas del mar», pero no tenía ninguna idea sobre la manera de preparar los bichos. Sylvia sugirió cocinar el pulpo al vapor. No estaba segura de cómo se hacía, así que llamó a su madre, que tampoco lo sabía pero que consultó libros de recetas. Los libros no tenían gran cosa que decir acerca de los pulpos y Sylvia decidió adaptar una receta de calamares. Después de trocear el pulpo, lo que no fue fácil, lo salteó con ajos y finas hierbas. El resultado fue una especie de goma apenas comestible. Antes del pulpo, las dos amigas habían intentado en vano abrir los erizos. Como tenían hambre, Sylvia acabó por preparar pasta con mantequilla y gruyère rallado. Durante la cena Françoise sintió la necesidad de felicitar a su amiga por haber roto con Louis, a quien calificó de «niño ambicioso, intrigante y chismoso», y Sylvia no pudo evitar pensar que el sentimiento de culpa llevaba a Françoise a hablar así. Sylvia la había querido mucho y no comprendía en qué se había convertido. Pero, después de todo, quizá fuera ella quien había cambiado hasta el punto de encontrar a los otros irreconocibles. Françoise concluyó su evocación de Louis diciendo que no daba la impresión de plenitud. Sylvia se

preguntó si ella misma parecía encontrarse en un estado de plenitud. Según los criterios de Françoise, era dudoso. Françoise la tranquilizó al admitir que no, que Sylvia tampoco daba la impresión de plenitud.

Al día siguiente, justo antes de embarcar para Londres, Françoise llamó a Sylvia desde el aeropuerto. Esa despedida parecía un tanto melodramática y Sylvia estaba convencida de que Françoise no tardaría en volver. Algo más tarde, ese mismo día, cuando Sylvia encendió el televisor vio derrumbarse dos rascacielos de Nueva York. Durante semanas no se habló más que de eso. Se decía que el atentado señalaba el verdadero comienzo del siglo XXI y que nada volvería a ser como antes. A Sylvia ese tipo de declaraciones le parecían inútilmente líricas.

La angustia por el alquiler vino a sumarse a la cuestión de la vida y la muerte. Sylvia decidió comer pasta y reanudar la disciplina de sus primeros años de estudiante y pidió al rectorado un puesto de docente para el principio de curso en septiembre. Tal como había previsto Ruben Goldenstern, la película de Paul Blass sobre el profesor de filosofía obsesionado con la moral de Kant fue un fracaso total e incluso una catástrofe comercial. Paul estaba resentido con Sylvia, a quien juzgaba enteramente responsable, ya que la idea había sido suya. Sin embargo, continuó llamándola de vez en cuando para invitarla a comer o a cenar, pero durante el par de horas que pasaba con ella la abrumaba con reproches. Seguramente a falta de un confidente mejor, Sylvia acabó por confesarle la pena que había sentido al leer la crítica de la película de Paul Blass en *La Revue du cinéma*, firmada por Louis Schlessinger.

—Son unos perros —comentó lacónicamente Paul—, unos perros sarnosos. De todas maneras, ya nadie los lee, lo que escriben no tiene la menor importancia.

—La tiene para mí —murmuró Sylvia.

Paul la miró con curiosidad.

—¿Quieres decir más que las otras críticas?

Ella asintió con la cabeza y Paul hundió las manos en los bolsillos del pantalón, lo que significaba que estaba especialmente atento.

—¿Y eso por qué? —preguntó con voz aflautada.

—Oh, nada, no tiene importancia —respondió Sylvia, consciente de que era demasiado tarde, de que ya había dicho demasiado para callarse ahora.

Pero ¿deseaba realmente callarse? ¿No sentía, por una vez, ganas de confiarse? Que la confidencia cayera sobre Paul Blass resultaba, obviamente, bastante curioso, pero, como ya hemos dicho, a lo largo de los años se había establecido entre ellos una forma de extraña camaradería, de complicidad circunspecta, que al final hacía posible que una persona como Sylvia, que nunca se había desahogado, acabara estallando en sollozos delante de Paul Blass y revelándole lo que pesaba en su corazón. Después de

comer subieron al piso de la rue Guynemer. Paul Blass se sentó en el sillón frente al sofá en el que ahora Sylvia estaba llorando.

—¿Dices que conoces al tipo que parió esa crítica?

—Sí, lo conozco. Es mi antiguo... amigo.

—¿Quieres decir tu tronco?

—No me gusta hablar así. No le va nada.

No le iba tampoco a Paul Blass, quien sin embargo tenía esa coquetería de querer hablar como los jóvenes, aún más ridícula porque siempre llevaba unos años de retraso con respecto al lenguaje que pretendía adoptar.

—Pero yo ni siquiera sabía que tenías un tronco, en fin, un amigo —se corrigió—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No sé, no se presentó la ocasión.

—Aun así... Pero, bueno, ¿cómo están las cosas con él?

—Lo he dejado.

—Bien hecho, ese tipo es un cretino.

—No... Pero es muy posible que haya escrito esa crítica solo para herirme.

—Parece un poco...

Paul hizo un gesto con la mano, como para apartar algo.

—La mayoría de las críticas han sido malas. No es que sea el único que ha escrito un artículo negativo.

—Podría haberle dejado a otro el artículo sobre tu película; ya se lo pedí la última vez.

—¿Qué última vez?

—Sobre *Les Reines écarlates*.

—Ah, sí... También era suyo, es un reincidente... Louis Schlessinger, ¿verdad?

—Sí, pero cuando escribió sobre *Les Reines*, aún no lo había dejado.

—Eso quiere decir que ni siquiera es una venganza. De hecho, ese tipo siempre se ha portado mal contigo, así que has hecho bien en dejarlo, ¿no? De todos modos, soy yo quien está en el punto de mira, más que tú, conque no deberías ponerte así. ¿Sigues enamorada de él?

Sylvia resopló ruidosamente.

—No lo sé, quizá.

—¿Por qué rompiste entonces?

—La cosa no iba bien, no era afectuoso y con él siempre me sentía sola.

—¿Era mujeriego?

—No, no lo creo, pero siempre se comportaba un poco como si estuviera disponible, al menos esa impresión tenía yo, pero quizá estoy enferma...

—Y el resto, ¿qué tal?

—¿Qué resto?

—¿No tienes pañuelo?

Ella negó con la cabeza y Paul salió del salón. Cuando volvió, le tendió dos

pañuelos de tela a cuadros.

—Prefiero los Kleenex, son más suaves —dijo ella al cogerlos.

—¡No me des la lata! Yo prefiero los pañuelos. Suénate, haz el favor, no seas pesada, vas a acabar manchándome el sofá, y me costó un ojo de la cara.

Sylvia se sonó con una energía nada elegante. Paul dejó escapar un suspiro.

—Y entonces, ¿el resto? —insistió.

Esta vez Sylvia no iba a fingir que no comprendía.

—Tampoco iba muy bien.

—¿Por culpa de quién?

—Es difícil decirlo...

—Sea como sea... Para los chicos, Sylvia, hay criterios bastante simples.

—No siempre culminaba. Y cuando lo conseguía, era muy rápido. Tal vez debería haber hablado con él. Quizá su falta de ternura se debía a eso, a que se sentía incómodo y sufría.

—Buscas demasiadas excusas. Podría haber sido tierno, para compensar.

—Es demasiado orgulloso para eso.

—Bien, dejando aparte que no es tierno ni cariñoso, que jode mal, que es demasiado orgulloso para hablar con la chica que ama y que se venga de ella escribiendo artículos asesinos, ¿por qué lamentas la pérdida de ese tipo? ¿Puedes explicármelo?

—Ya sé que tienes razón. Un día me reiré de todo esto.

—Deberías reírte ahora. Ganarías tiempo.

Ella se levantó diciendo que lavaría los pañuelos y se los devolvería la próxima vez. Le dio las gracias por haber escuchado sus quejas. Él sonrió y dijo que se alegraba de que se hubiera confiado a él, aunque le preocupaba observar hasta qué punto se torturaba por personas que no merecían la pena, porque las que merecían la pena no permitían que nadie se torturara por su causa. Sylvia no sabía si estaba de acuerdo con esta teoría, y tenía el cerebro demasiado embotado para reflexionar.

En el año que siguió a su separación de Louis, Sylvia conoció a Bob, un productor que no había conseguido producir ninguna película desde hacía tiempo. Paul había llevado a Sylvia a cenar a casa de Georgina Lancelin, una señora de edad que vivía con su hijo en un piso pequeño del boulevard des Batignolles. Georgina, antigua enfermera, tuvo a su único hijo con un militar de carrera casado que no reconoció al recién nacido, de modo que Daniel llevaba el apellido de su madre, Lancelin. Daniel Lancelin era actor y había actuado en la primera película de Paul Blass, antes de que lo descartaran en favor de actores más conocidos, que facilitaban los tinglados financieros. Pero Daniel seguía esperando que un día Paul Blass volviera a contratarlo para un papel importante. Diez años antes, Daniel había actuado en un papel muy importante frente a un actor muy conocido, Didier Dessaint. Había

confiado en que esa película diera un nuevo impulso a su carrera, pero se llevó una decepción. Desde entonces, Daniel Lancelin desahogaba en todas partes su odio inextinguible hacia Didier Dessaint, al que acusaba de haber obligado al realizador a cortar en el montaje varias escenas en las que Daniel le hacía sombra, aplastándolo, según él mismo, con su talento y su fotogenia. Su pequeño grupo de amigos, que se reunía con frecuencia en casa de su madre, lo oía quejarse de que Didier Dessaint le había robado su vida. La mayoría de los miembros del grupo estaban convencidos de que Daniel, aunque exageraba un poco, no se equivocaba del todo. Era un buen actor, en ocasiones incluso excelente cuando lograba contener los desmanes de su histeria. Se autoproclamaba *bigger than life*, y a veces su entorno inmediato lo encontraba fastidioso. A pesar de sus cualidades, su registro interpretativo era limitado, mientras que el de Didier tenía fama de ser infinito, y solía decirse, con sobrada razón, que podía hacer todos los papeles: grandes burgueses, aristócratas, reyes y golfos, clérigos, notarios y patronos de barco, celosos, enamorados e indiferentes. Sobre esta amplitud Daniel guardaba silencio, obsesionado por ser, no su igual sino infinitamente superior. Por cierto, Daniel podía ser mejor que Didier, pero solo en algunos papeles. Por eso tenía razón y a la vez se equivocaba al hablar como lo hacía, pero en todo caso lo decía demasiado alto y con demasiada frecuencia. Fuera de su grupo de amigos, mucha gente del oficio lo rehuía, sin que Didier Dessaint tuviera nada que ver. Cada vez que se encontraba con una dificultad profesional, por ejemplo, que lo rechazaran en un casting o no lo invitaran a presentarse, Daniel estaba convencido de que Didier Dessaint había intervenido en su contra y que era responsable de sus fracasos. En resumen, lo veía por todas partes, como un dios malévolos que obraba incansablemente para provocar su perdición. Y no dudaba ni por un momento que Dessaint dedicaba la mayor parte de su tiempo a intentar perjudicarlo. Era posible que Didier Dessaint se hubiera sentido en peligro durante el rodaje, pues al ver la película saltaba a la vista la excelencia de la actuación de Daniel. También era verosímil que hubiera conseguido que «lo cortaran en el montaje». Pero desde hacía diez años, con sus quejas permanentes y el odio que lo atormentaba, Daniel Lancelin se había hecho más daño a sí mismo del que jamás podría hacerle su enemigo. Jean-Louis Desmarais, realizador y crítico de cine, estaba convencido del talento de su amigo y tenía un papel para él en todas sus películas. Películas de muy bajo presupuesto sin otro plan de marketing que el boca a oreja y el aprecio de la crítica intelectual. Boca a oreja y aprecio sin gran utilidad, ya que el estreno en una o dos salas nunca permitía a las películas de Jean-Louis Desmarais hacerse un sitio en el panorama, ni siquiera gozar de la curiosidad de un público potencial más amplio. Cuando Paul Blass introdujo a Sylvia en el pequeño grupo, esta se dio cuenta, ya desde la primera cena, que entre ese actor que actuaba poco, ese realizador que apenas filmaba y ese productor que no producía, Paul Blass parecía el gran ganador en la lotería de la vida.

La inclusión de Sylvia en el seno del grupo de Batignolles constituía de por sí una incongruencia, ya que entre los que se reunían habitualmente para cenar no había nadie, aparte de Robert —a quien todos llamaban Bob—, que no fuera homosexual y, con excepción de Georgina —sin duda porque cocinaba y porque su hijo vivía en su casa—, no se había admitido nunca a ninguna otra mujer en esas cenas. No obstante, los miembros del grupo consiguieron que Sylvia estuviera a gusto y, aunque ella se sentía observada, sin duda no fue peor que en cualquier otro círculo en el que la hubieran invitado a participar por primera vez. Entre las cuatro paredes del comedor de Georgina Lancelin, Sylvia no dejaba de ser un «cuerpo extraño», pero eso no hacía que se sintiera demasiado incómoda. Aventuremos la hipótesis de que la relación que Sylvia mantenía con su propio cuerpo y la feminidad le permitía encontrarse cómoda en ese ambiente en el que nadie le exigía que fuera una mujer.

Robert —llamado Bob, porque detestaba Robert— desentonaba casi tanto como Sylvia. Era heterosexual y sus gustos cinematográficos se inclinaban hacia las películas de género y las producciones estadounidenses. Sylvia, intrigada por la presencia de un personaje semejante en el grupo de Batignolles, no comprendió la causa hasta la tercera cena. Robert y Daniel eran primos hermanos; Robert era sobrino de Georgina, hijo del hermano de esta, y llevaba también el apellido Lancelin, lo que, por alguna razón incomprensible, nadie había considerado conveniente precisar cuando los presentaron.

Reuniendo fragmentos de conversaciones, Sylvia reconstruyó en parte los años jóvenes de los miembros del grupo y dedujo de qué se conocían. En el caso de los dos primos, habían estado muy unidos durante la infancia, ya que los padres de Robert vivían entonces en el boulevard de Clichy, a poca distancia del boulevard des Batignolles y de la vivienda de Daniel y Georgina. Los dos chicos iban al mismo colegio. Con el paso de los años Daniel alimentó una pasión cada vez menos secreta hacia su primo, hasta que Bob, sumamente sorprendido por las efusiones sentimentales y después sensuales de Daniel, le hizo comprender, con mucha cortesía, que tenía que buscar enseguida otro objeto de su pasión. La decepción de Daniel fue inmensa, ya que había interpretado la amabilidad y la dulzura de su primo como una actitud alentadora. Robert habría continuado de buena gana viéndolo igual que antes, pues lo consideraba su mejor amigo, pero para Daniel era superior a sus fuerzas, así que decidió que en lo sucesivo debían guardar las distancias y dejar de hacer juntos los deberes y de quedar los miércoles por la tarde para hacer la carrera en bicicleta desde la place de Clichy a la place des Ternes. El destino propició el alejamiento, pues al padre de Robert lo trasladaron a provincias. Daniel, que aún seguía resentido con él, no mostró ni la más mínima emoción cuando su primo le dio un abrazo llorando para despedirse de él. Nadie comprendió qué pasaba, y sobre todo nadie intentó comprender.

Solo cinco años más tarde, tras haber sufrido rechazos mucho menos corteses, comprendió Daniel que su primo había sido muy generoso con él al no ofenderse en ningún momento por su inclinación, al no avergonzarlo, y limitarse a informarle con delicadeza de que simplemente no era capaz de corresponderle. En aquella época en que la homosexualidad se declaraba de manera menos abierta que hoy día, la actitud de Bob había salvado a Daniel evitándole la humillación que un amigo menos inteligente, por crueldad, por majadería o por cobardía, no habría dejado de infligirle. Al comprender todo esto, Daniel sintió una profunda gratitud hacia su primo y lo llamó para reconciliarse con él. Se daba la circunstancia de que Robert tenía que «subir a París» para matricularse en la Sorbona. No puso los pies con frecuencia en la facultad, pero una nueva pasión acercó a los dos muchachos: el cine. Pasaron días enteros en las salas de Clichy, y más tarde ampliaron su campo de acción.

Fue en el Barrio Latino donde conocieron a Jean-Louis Desmarais y a Paul Blass. El primero era un cinéfilo pálido pero enormemente simpático, que acostumbraba a hacer juegos de palabras muy curiosos y a veces herméticos que solo entendían Paul Blass y él mismo. Paul era un joven elegante, hijo de un industrial de provincias, que había ido a París para estudiar cine y formalizar el noviazgo con una joven de la alta sociedad parisina, Claire de Lubigeon, lo que hacía desternillarse de risa a sus tres amigos, ya que era de lo más evidente que Paul «entendía». Paul Blass mantuvo relaciones con la muchacha durante unos diez meses y después el compromiso se rompió. Paul Blass afirmó que tras hacer examen de conciencia había llegado a la conclusión de que si se casaba con la joven —por quien por otra parte sentía estima, lo cual no comprometía a nada— solo podía hacerla infeliz. Por eso rompió, con toda la conciencia moral, renunciando al mismo tiempo a la «posición» en el mundo que ese matrimonio le hubiese aportado. Daniel dudaba de esa historia. Según él, los padres de la chica, o bien ella misma, se habían dado cuenta de las verdaderas inclinaciones de Paul. Jean-Louis y Bob tampoco creían en el arranque moral de Paul. En cuanto a Georgina, esa historia de Paul, el prometido que había roto su promesa de matrimonio, la hacía reír. Pero la pequeña banda de cínicos tuvo que admitir que, por lo que ellos podían observar, y con toda su desconfianza alerta, Paul Blass sufría sinceramente por su ruptura con Claire de Lubigeon; esa pena inmensa no podía ser solo consecuencia de la renuncia a entrar en el Rotary o en el Club de Leones.

Se sintieron sumamente consternados cuando, en el transcurso de una cena, Paul sacó del bolsillo interior de la chaqueta una fotografía de Claire y, al verla, estalló en sollozos. Para ellos no cabía duda: Paul era una «loca tortuosa» y esa pena era signo de engaño. A no ser que Paul hubiera alimentado una pasión platónica y no obstante violenta, como la que al parecer sienten ciertos homosexuales por algunas mujeres. Esta hipótesis repugnaba a Daniel, para quien todo heterosexual era un homosexual que lo ignoraba. La idea de que lo contrario también pudiera ser verdad lo ponía enfermo. Además, después de informarse recurriendo al principal interesado, estaba convencido de que el noviazgo formal entre Paul Blass y Claire de Lubigeon nunca

se había consumado. El hecho de que la familia de la joven fuera católica seguramente había beneficiado a Paul, cuya reserva y respeto por la novia debían de haber hablado en su favor, al menos al principio, hasta que su extrema delicadeza se volvió sospechosa. Jean-Louis señaló que los noviazgos no se consuman. Daniel desechó el comentario con un gesto desdeñoso. Según él, poco importaba, ya que si el matrimonio se hubiera celebrado, no se habría consumado tampoco. En opinión de Daniel, la pena de Paul por haber perdido a Claire no podía ser más que un capricho, sin duda violento, pero que no cambiaba en nada lo esencial, la naturaleza profunda de Paul Blass. No obstante, el capricho perduró aún varios meses. Paul volvió a sacar varias veces la foto de Claire y a echarse a llorar; después se la robaron, o la perdió, nunca se supo. Durante un tiempo lloró la pérdida de la foto tras haber llorado la de la mujer, y luego el recuerdo de Claire, a falta de soporte, se difuminó, o al menos no volvió a hablar de ella, y más tarde, para gran alivio de sus amigos —con excepción de Bob, a quien le importaba un comino—, se enamoró de un muchacho un año mayor que él, estudiante de artes decorativas, y nunca más volvió a hablar de Claire de Lubigeon.

Fue una sorpresa para Sylvia saber que la relación de Paul con el grupo se había interrumpido en el curso de la década de los ochenta y no se había reanudado hasta diez años más tarde, o sea, pocos meses antes de que Sylvia y Paul se conocieran. Pero Sylvia no vislumbró de inmediato las razones de esta interrupción de una amistad de juventud.

Sylvia fue admitida como miembro de pleno derecho del grupo en circunstancias especiales, que la entrenaron para dejarlo por su propia voluntad poco tiempo después. Tras la separación de Louis, Sylvia solo se relacionaba con el grupo de Batignolles y no trataba más que con homosexuales. Hubo quien sospechó que era una de esas mujeres que a veces intentan patéticamente que uno de ellos la ame, como si ese hecho supusiera ser elegida y amada de un modo superlativo. Por fortuna, no era el caso de Sylvia; sentía afecto y simpatía por sus amigos, pero no se enamoró de ninguno. En cambio, nada impide pensar que su idiosincrasia la impulsara a relacionarse con hombres que no esperaban de ella nada en cuanto a ese tipo de sentimientos y a sexo. Había desertado del territorio doloroso de los sentimientos amorosos de forma bastante voluntaria. Durante meses, experimentó el alivio de estar así desencarnada y, en ciertos aspectos, transparente, hasta que un acontecimiento sorprendente hizo saltar en pedazos esa última ilusión.

Daniel no aguantaba mucho tiempo en casa, quizá porque no era su casa, sino la de su madre. Georgina estaba encantada, y no lo ocultaba, de tener siempre a su muchacho en casa, mientras que Daniel hubiera querido tener su propio piso. Pero ni la modesta pensión de su madre ni sus ingresos propios le permitían esa comodidad. En cualquier caso, aunque la pensión de Georgina —cuyo monto siempre había ignorado

Daniel, un secreto celosamente guardado por su madre— hubiera sido mayor, tampoco es seguro que madre e hijo hubieran vivido separados, hasta tal punto se habían acostumbrado a una existencia cotidiana que conciliaba los caprichos del hijo, las viejas costumbres de la madre, lo extravagante y lo meticuloso, una distribución estricta, la organización militar que exigía la exigüidad del terreno, las numerosas visitas que por la tarde recibía el hijo, las cenas de los jueves alternos con un menú casi inmutable. Tenían cierta manera de estar juntos. Aunque hubieran dispuesto de un espacio mayor, seguramente habrían bailado el mismo paso a dos. Daniel siempre había detestado a ultranza la vida conyugal y se reía de los homosexuales que formaban pareja y se ponían a imitar, según él hasta el ridículo, a las parejas heterosexuales. Él calificaba de abominación la vida de pareja. Por otra parte, ninguno de los miembros del pequeño grupo tenía «cónyuge».

Por otro lado, a Daniel solo le gustaban los jóvenes, y con la edad las posibilidades de que encontrara un compañero a su gusto se volvían más escasas. Tampoco disponía de los medios económicos que a Paul Blass le permitían instalar en su casa de manera estable a veinteañeros dedicados a él en cuerpo y alma. Daniel le había confiado a Sylvia que le habría gustado hacer lo mismo, y ella calculó la magnitud de la envidia que experimentaba Daniel con respecto a Paul. Eso dio a Sylvia ocasión de acordarse de Antoine, ese extraño muchacho que la abordaba cuando salía del piso de la rue Guynemer para hacerla partícipe de sus tormentos.

Daniel mantenía desde hacía más de un trimestre una relación con un joven camarero de un salón de té del barrio de Saint-Sulpice. Damien vivía con una mujer diez años mayor que él. Lejos de sentirse celoso, Daniel se alegraba de la vida conyugal de Damien con una mujer. En este punto de la historia, tenemos que informar al lector de un hecho sorprendente, cuya importancia no tardará en revelarse: a Daniel, como a todos los homosexuales del pequeño grupo, solo le gustaban los jóvenes heterosexuales. Es fácil imaginar hasta qué punto era complicada su vida amorosa y sexual, y al descubrir este hecho curioso Sylvia había pensado que tal vez fuera ese gusto común lo que había acercado a los tres hombres, Daniel, Jean-Louis y Paul, por otra parte de temperamentos tan distintos. Por añadidura, ese gusto común tenía como consecuencia lógica una aversión común hacia los demás homosexuales. Proclamaban que despreciaban el «gueto» gay, dando a ese rechazo una connotación política y casi moral del todo artificial, ya que el motivo de dicho rechazo residía fundamentalmente en sus preferencias eróticas. Qué aburrimiento mortal, en efecto, relacionarse solo con «locas» —entre las que se contaban— cuando a uno no le gustan más que los heterosexuales certificados. En ese punto entraban en plena contradicción, pues ¿acaso el heterosexual certificado no revela, al aceptar su solicitud, que no es únicamente heterosexual? Ante esta aporía, Jean-Louis y Paul se quedaban mudos, mientras que Daniel daba a entender que el heterosexual converso solo debía serlo para él, Daniel, y para nadie más. Si el heterosexual converso iba con otros homosexuales aparte de Daniel, quedaba

descalificado como heterosexual. Aunque no entendiera gran cosa en la materia, Sylvia tuvo la impresión de que la teoría de Daniel se parecía mucho a una fantasía. Pero se guardó la impresión para sí.

* * *

A veces el grupo se reunía sin uno u otro de sus miembros, o dos miembros se veían sin los demás. Había, pues, subgrupos. El principal lo constituían Daniel y Bob, lo cual se veía normal, dado que eran primos y que su relación era muy antigua. El segundo subgrupo estaba formado por Daniel y Jean-Louis. Paul era el único que no tenía nunca encuentros bilaterales con otro miembro del grupo. Sylvia se había visto una vez con Daniel en un café, por la tarde. Pero nunca había tenido un encuentro bilateral ni con Jean-Louis, que siempre se mostraba un poco distante con ella, como si no hubiera aceptado del todo su presencia en el grupo, ni con Robert, que era amable pero parecía siempre desasosegado; Sylvia nunca supo la causa.

Un día en que Daniel se aburría esperando en casa el resultado de un casting que tardaba en llegar, llamó sucesivamente a Bob, a Jean-Louis, a Paul y a Sylvia para proponerles una cena improvisada. Para aquellos que no lo recuerden, las cenas tenían lugar en jueves alternos. Por una feliz coincidencia, todo el mundo estaba libre y quedaron en reunirse esa noche en el piso del boulevard des Batignolles. Todos habían llegado ya cuando Paul telefoneó para avisar de que tenía un impedimento. Había olvidado que tenía que cenar con su hermana, que estaba de paso en París. Así, Sylvia se encontró por primera vez en una cena en casa de Georgina sin la presencia de Paul. Esto le brindó la oportunidad de observar que, aparte Daniel, que se comportó como siempre, los otros dos estaban más locuaces y parecían dirigirse a ella con mayor libertad que cuando Paul estaba entre ellos. Por su parte, Georgina se movía con más alegría entre la cocina y el comedor. Era como si la presencia del personaje famoso en que se había convertido Paul los cohibiera y su ausencia esa noche hubiera desatado su fantasía. Tal vez fue ese contexto inédito lo que permitió una revelación curiosamente demorada, un descubrimiento que a todas luces solo esperaba la ausencia de Paul para ser posible. Jean-Louis, más elocuente de lo que nunca había estado en presencia de Sylvia, hablaba de forma muy erudita sobre la evolución del melodrama en la filmografía de Frank Borzage. Sylvia, que no había visto ninguna película de ese realizador, le preguntó por la especificidad del melodrama de Borzage en comparación con el de Douglas Sirk, de quien había visto varias. Jean-Louis estaba encantado de encontrar en Sylvia un auditorio atento, pero se dio cuenta de que Daniel la miraba con una fijeza en la que se mezclaban la estupefacción y la alegría del sabio que acaba de descubrir la fórmula que llevaba mucho tiempo buscando. Como Sylvia estaba mirando a Jean-Louis, con el rostro

vuelto de tres cuartos hacia el lado opuesto fue la última en percatarse de la mirada de profundo asombro que Daniel había clavado en ella.

—¿Te pasa algo? —preguntó primero Robert.

Y Daniel se limitó a contestar: «Fíjate», sin desviar los ojos de Sylvia.

—¿Qué pasa? —preguntó a su vez Jean-Louis, obligado a interrumpir su ponencia.

—¿Es que no veis nada? —dijo Daniel, y se notaba que lo iba invadiendo una alegría frenética.

—¿Qué sucede? —se inquietó Sylvia, cada vez más incómoda—. ¿Tengo algo horrible en la nariz? —añadió para neutralizar la ansiedad que la embargaba y que parecía contagiarse incluso a Georgina.

Esta acababa de llegar con el plato principal y se quedó de pie, inmóvil, junto a la mesa, como esperando a que se desencadenara un drama para depositar la fuente. Fue entonces cuando Daniel se levantó con aire marcial y salió del comedor. Los invitados, perplejos, intercambiaron miradas interrogativas mientras oían a Daniel en la otra habitación del piso, donde era evidente que buscaba algo. Lo oyeron abrir sucesivamente varios cajones de un armario. Después se hizo un silencio, seguido de los pasos de Daniel, que apareció de nuevo en el comedor. Con expresión triunfante, tendió a Robert un papel que los demás no alcanzaron a ver.

—¿Qué piensas de esto?

Robert clavó los ojos en el papel, que era una fotografía. Luego los levantó hacia Sylvia, a continuación los bajó de nuevo y dijo:

—Evidentemente, hay algo...

—¿Algo? —exclamó Daniel—. ¿Estás de broma? ¡Salta a la vista!

—No tanto —respondió Robert con calma—, puesto que no te has dado cuenta hasta hoy...

Daniel alzó los hombros, molesto y furioso al ver que Robert no se rendía a la evidencia. Casi le arrancó la foto de las manos para pasársela a Jean-Louis, y Sylvia al fin pudo verla. Jean-Louis asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa extraña, en la que a Sylvia le pareció ver un atisbo de maldad, de esa alegría perversa que el contacto con la gente le había enseñado a distinguir con prontitud. En la foto se veía a una muchacha muy joven de cabello y ojos claros, con una sonrisa tímida, que llevaba un traje de tenis blanco y estaba junto a una red, con una raqueta en la mano. El parecido entre Sylvia y la joven no podía pasarle inadvertido a nadie. Sylvia lanzó a Daniel una mirada que pedía encarecidamente una explicación. Como reinaba el silencio, acabó por preguntar:

—¿Quién es?

—Claire de Lubigeon. ¿Tienes algún parentesco, cercano o lejano, con esa familia?

—No que yo sepa.

—Ya sabes lo que dicen, que todo el mundo tiene su doble en alguna parte del

planeta.

—Ah, sí, es posible. ¿Es una amiga vuestra? —preguntó Sylvia dirigiéndose no solo a Daniel, sino a los que estaban alrededor de la mesa, ya que todos parecían conocerla, incluso Georgina, que se había apoderado de la foto y la miraba como petrificada.

—La tratamos hace tiempo —comentó Daniel—. De hecho, no la conocemos muy bien. Es Paul quien la conocía. Es la chica con la que iba a casarse.

Daniel, Jean-Louis y Georgina aguardaban la reacción de Sylvia, que se esforzaba en no mostrar ninguna. Robert era el único que no la miraba y seguía comiendo. Entretanto, había obligado a Georgina a depositar la fuente y cortado la carne.

—¿De qué época es la fotografía? —preguntó Sylvia.

—De finales de los años sesenta. ¿Paul no te ha dicho nunca que estuvo comprometido?

—No, nunca —respondió Sylvia—. ¿Y por qué no se casó al final?

—¿Y lo preguntas? ¡Pobre muchacho! ¿Cómo podría? Habría sido incapaz de... Y pobre Claire. Al romper el compromiso los dos se salvaron de una gran infelicidad.

—¿Y esta foto? —preguntó Jean-Louis dirigiéndose a Daniel—. ¿Es la que Paul creía que había perdido?

Daniel esbozó una sonrisa satisfecha.

—¿Así que se la robaste tú? —prosiguió Jean-Louis.

—Creo que hice un favor a todos, incluso a él. Cada vez que sacaba esta foto del bolsillo se ponía a llorar a moco tendido, y vosotros estabais tan hartos como yo.

—Es lamentable —murmuró Robert entre dientes.

Daniel tendió la mano hacia su madre para recuperar la foto y de inmediato la hizo desaparecer en un bolsillo de la chaqueta.

—Me pregunto cómo no nos hemos dado cuenta antes.

—Quizá porque el parecido no es tan evidente como decís —apuntó Robert.

—No, es normal, ¿cuántas veces hemos visto a esa Claire de Lubigeon? Tres como mucho, y de eso hace treinta años —replicó Daniel.

—Sí, pero tú tenías la foto —señaló Jean-Louis.

—Está en el fondo de un cajón desde el día en que se la confisqué a Paul.

En su fuero interno, Sylvia no llegaba a ninguna conclusión. Las palabras siguientes, pronunciadas por Jean-Louis, hicieron eco a las preguntas que la agitaban.

—Sería interesante saber si Paul se dio cuenta o si, por así decirlo, es una burla del destino.

—¿Qué entiendes por «burla del destino»? —le preguntó Sylvia, cuya ligera irritación empezaban a percibir los demás.

—Es una manera de hablar. —Jean-Louis sonrió—. Digamos que pudiera ser que intentara inconscientemente volver a representar un acontecimiento de su pasado.

—No me ha pedido en matrimonio, que yo sepa —respondió Sylvia.

—La próxima vez le preguntaremos si es consciente del parecido —dijo Daniel

con aire decidido.

—Sea consciente o no, es una historia curiosa.

—Tal vez una casualidad. Pura casualidad —señaló Robert sin convencer a nadie, ni siquiera a sí mismo.

—No crees ni una palabra de lo que dices, Robert. Además, no logro comprender cómo puedes negar hasta ese punto la evidencia. ¿Cuál es tu problema?

Daniel miró a los ojos a su primo, que replicó de inmediato:

—Y tú corres el riesgo de tener un problema cuando le enseñes la foto a Paul y tengas que confesarle que fuiste tú quien se la robó.

—Yo no confesaré nada de nada. Diré que la encontré por casualidad mucho más tarde, cuando él ya estaba curado y enamorado de otro, y que no quise volver a hacerle sufrir devolviéndole la foto.

Jean-Louis sonrió, reconociendo la astucia de Daniel y el alcance de su «ductilidad» moral. Daniel inclinó la cabeza con una especie de obsequiosidad irritante.

—A menos, claro está, que Sylvia desee que guarde silencio sobre todo esto.

Ella arqueó ligeramente las cejas.

—Me importa un comino —dijo—, y me sentiría mal si te privara del placer de comunicarle tu descubrimiento.

Sylvia logró sonreír como alguien a quien de verdad le trae sin cuidado. Le pareció que había hecho grandes progresos en la vida social.

Al volver a casa esa noche, Sylvia pensó en Louis, y en aquel día lejano en que él se había enfadado al mencionar la misteriosa pasión de Paul Blass por ella. Finalmente, tal vez tenía razón al sospechar un origen turbio en el afecto o el interés que Paul le había profesado desde el momento en que la vio. Que ese afecto procediera de algo ajeno a ella misma, de un recuerdo, de la semejanza con una mujer del pasado, más que molestar a Sylvia, la divertía. Pero le habría gustado darle a Louis la explicación que en aquella época no había encontrado.

La semana siguiente, con ocasión de la cena habitual del jueves, Daniel, contra todo pronóstico, le enseñó a Paul la fotografía de su exnovia, Claire de Lubigeon. Paul estaba especialmente alegre y Daniel juzgó que era un buen momento para tenderle la fotografía a Paul, que la cogió dirigiéndole una mirada un tanto interrogativa. Paul bajó los ojos hacia la foto y, mientras todos aguardaban su reacción, se sintió sobrecogido y palideció. El silencio se prolongó y pareció imposible de romper. Con voz inexpresiva, Paul le preguntó a Daniel de dónde había sacado la foto. Daniel soltó entonces la historia que había bosquejado para la ocasión y Paul le dirigió una mirada incrédula.

—Eras tú.

Daniel se turbó al advertir que Paul no se tragaba sus pamplinas.

—Fuiste tú quien me robó la foto de Claire —continuó Paul con una voz cuyas vibraciones se volvían cada vez más amenazadoras.

Y de pronto se levantó.

—¡No tenías derecho! —espetó.

Daniel ya no podía retractarse y persistió en su mentira. Había encontrado la foto por casualidad, probablemente después de que el mismo Paul la hubiera olvidado en su casa, y no había querido alimentar su pena cuando, según sus amigos, Paul se reponía poco a poco.

—Durante meses busqué esta foto por todas partes. Creía que iba a volverme loco —afirmó Paul con una gravedad inquietante.

Poco tiempo antes, Paul había dado a entender a Daniel que podría darle un papel en su próxima película. Daniel presintió que, por unos instantes de torpeza —así llamaba él a sus fantásticas patrañas, sandeces y mentiras descaradas—, iba a perder el fruto de meses de «labor» diplomática, contorsiones mundanas y falsa amistad. ¡Todos esos jueves en que había invitado a Paul Blass a casa de Georgina no le aportarían ningún beneficio! Pues el odio de Daniel hacia Paul tenía su corolario paradójico: el deseo inextinguible de conseguir un papel en una de las películas de su enemigo. El anhelo de aparecer en su obra y representar, en cierto modo, la voz de la conciencia, «el ojo que estaba en la tumba y miraba a Caín», recordando el poema de Victor Hugo.

En contra de lo que Daniel afirmaba, el parecido entre Sylvia y Claire de Lubigeon, la exnovia de Paul, le había llamado la atención en el mismo instante en que la había visto. Tenía buena memoria para las fisonomías. Y no había olvidado el rostro diáfano de la novia de su enemigo. Pero al principio no dijo nada sobre esta semejanza porque no sabía cómo interpretarla, y menos aún cómo sacarle partido a su favor teniendo en cuenta su propósito último. Por eso decidió a sabiendas diferir la revelación, convencido de que llegaría un día en que podría sacarle el máximo provecho.

Y ahora que casi había alcanzado el fin que se había propuesto —Paul le había prometido un papel— se exponía a echarlo todo a perder al hacer esa revelación que en cierto modo debía ser el instrumento de su victoria. A decir verdad, no había encontrado la manera de sacar provecho al parecido entre Sylvia y Claire de Lubigeon, pero eso había dejado de ser importante porque creía haber ganado ya. Y esa noche, en el salón del piso de Batignolles, mientras Paul miraba la fotografía de su antigua novia, Daniel buscaba, desesperadamente pero en vano, reparar su error. ¿Era posible que hubiera desplegado tantos esfuerzos para nada? Miró a Sylvia, a quien consideraba la causa de su desgracia. Hasta entonces solo le había sido indiferente, pero en ese mismo instante empezó a detestarla, como si fuera una pura emanación de su enemigo, una criatura de Paul. Este se levantó y devolvió la foto a

Daniel para significar que no la quería. Daniel le invitó a quedársela. Paul dudó, y al final la deslizó en el bolsillo de la chaqueta. Se volvió hacia Sylvia y le anunció que se iba. De paso añadió:

—Si quieres, te llevo a casa, pero nada te obliga a venir si prefieres quedarte.
Sylvia no tenía interés en quedarse.

Fueron por la rue de Rome hasta Saint-Lazare y la place du Havre.

—Coge la foto, está en mi bolsillo.

Sylvia obedeció de mala gana.

—¿Qué piensas tú? —le preguntó Paul con voz inexpresiva y casi con timidez.

—¿Qué pienso de qué?

—De ese parecido, vamos. La semejanza.

—Bueno, tengo que reconocer que el parecido existe. Pero quizá no sea tan flagrante como dice Daniel —respondió Sylvia en un tono que quería ser ligero.

—¿Ya te la había enseñado?

—Sí, en la cena de la semana pasada, el día que tú no pudiste venir.

Paul quiso saber con pelos y señales cómo se había desarrollado dicha cena, cómo había acabado la fotografía «sobre el tapete». Sylvia trató de referir escrupulosamente lo que recordaba, la sorpresa de Daniel, la circunspección reticente de Robert, el interés divertido de Jean-Louis.

—¿Y su sorpresa te pareció auténtica?

—En ese momento, sí.

—¿Y ahora ya no?

—Ahora no estoy tan segura.

—Yo creo que Daniel esperaba este momento desde hace tiempo.

—Pero ¿por qué?

—Lo ignoro. Tal vez una venganza.

—¿Y de qué iba a vengarse?

Paul no respondió.

—Y además, ¿por qué iba a ser eso una venganza? No lo comprendo.

—Quizá es solo una manera de recordarme cosas antiguas.

El coche llegó a la Madeleine. Paul dejó a Sylvia en la esquina de la rue Royale.

A la mañana siguiente, en cuanto Sylvia salió de la ducha, Daniel la llamó con la esperanza de enterarse de lo que había dicho Paul. Sylvia se puso a la defensiva. Se limitó a decir que Paul parecía afectado y que no había hablado durante el trayecto. Como Daniel insistía, Sylvia señaló que del boulevard des Batignolles a la Madeleine no se tardaba tanto.

—¿De verdad cree que le robé la foto?

—Sí, no tiene ninguna duda. Creo que deberías dejar de contarle cuentos.

Tanguy, el Praxíteles en camiseta, salió como una exhalación del piso de la rue Guynemer y, al ver a Sylvia en el rellano, la saludó antes de lanzarse escaleras abajo. Tanguy no había dado un portazo y Sylvia miró la abertura, que permitía ver el parquet brillante y un pedazo de pared tapizado en tela beis. Empujó la puerta, entró y dio unos pasos hasta el salón, que estaba vacío. Las ventanas estaban cerradas, pero se oía el ruido de los coches en la calle. Sylvia comprobó la hora en su reloj. Eran las cuatro y diez. Paul le había dicho que acudiera a las cuatro. Esperó un momento y Paul no apareció. Estaba decidida a marcharse cuando oyó un ruido sordo al fondo del piso. La ansiedad se apoderó de ella, sin que supiera por qué. Se internó en el corredor que distribuía el piso, como si obedeciera a una necesidad interior, como si ahora supiera exactamente lo que debía hacer. Giró el pomo de la puerta del fondo del pasillo a la derecha. En el interior, en la penumbra, pues los postigos estaban cerrados, dos cuerpos masculinos desnudos se estrechaban en una cama. Más que ver, adivinó el rostro de Paul. Él volvió la cabeza hacia ella y le sonrió.

No habría sabido decir en ese momento por qué se quedó de pie junto a la puerta. Más tarde, al reexaminar los hechos, pensó que con su inmovilidad había querido desafiarlo, mostrarle que no había conseguido que se sintiera a disgusto, ni mucho menos turbada. Los cuerpos se apartaron el uno del otro en la cama y se estiraron, y ella seguía allí, con la mirada fija en Paul. No conocía al otro hombre, mucho más joven, de no más de veinticinco años. Cuando se decidió a mirarlo, vio que también le sonreía. El hombre se levantó de la cama y ella vio que era de corta estatura y fornido, con las piernas arqueadas y andares enérgicos. Sylvia seguía sintiendo la mirada de Paul posada en ella. El joven se le acercó y le cogió la mano para llevarla hacia la cama. Entonces Sylvia miró a uno, luego al otro, retiró la mano sin brusquedad y se fue cerrando la puerta con suavidad.

Ya en la rue de Guynemer, Sylvia se alejó a paso rápido, con la impresión de que atravesaba la materia misma del frío, seco e intenso, brillante como una cuchilla, azulado como un glaciar. Cerró los ojos unos instantes, como si deseara embriagarse de frío; luego avanzó más despacio y logró calmar la respiración. Sospechaba que pronto intentaría comprender lo ocurrido, pero por el momento se contentaba con andar, respirar y dejar que las imágenes fluyeran sin tratar de reflexionar sobre su curso. Sabía que al cabo de unos instantes las imágenes se agotarían por sí mismas. Al menos, eso esperaba.

Volvió a casa en el boulevard Malesherbes, se entretuvo con pequeñas ocupaciones y

no se puso a reflexionar hasta muy tarde, y sin el menor éxito. ¿Era a ella, Sylvia, a quien Paul Blass buscaba como testigo de sus juegos amorosos o a su exnovia, Claire de Lubigeon? Él había montado su escena y sin duda había obtenido una parte de la satisfacción que esperaba, aunque la naturaleza de esa satisfacción era un misterio. Se preguntaba igualmente si Paul no se había dado cuenta de su parecido con la antigua novia hasta que Daniel le devolvió la foto. Hasta entonces, durante todos esos meses, todos esos años, ¿no había tenido ninguna conciencia de esa semejanza? Sylvia tenía la impresión de que nunca conocería la respuesta a esas preguntas. Pero había hecho otro progreso: ahora sabía que puede ser imprescindible, so pena de hundirse en la locura, renunciar a comprender a los demás. Que el sentido de ciertos actos y palabras de los otros nos está vedado para siempre.

* * *

Sylvia no volvió a las cenas de los jueves. Paul tampoco volvió y no contrató a Daniel para que actuara en su siguiente película. El resentimiento de Daniel hacia Paul se acrecentó. Alguna que otra vez el trío residual —Daniel, Jean-Louis y Bob—, se cruzaba con Paul en una fiesta o un preestreno, pero se limitaban a saludarse de lejos. En cuanto a Sylvia, hizo lo posible por no ir a ninguna parte y lo consiguió a la perfección. Organizó su vida alrededor de la tesis. Ahora aspiraba a la tranquilidad del cuerpo y del espíritu. Necesitaba olvidar el desorden de los últimos años y todos los afectos truncados. Pero aquella época grisácea, en claroscuro, aquella época descuidada era también la de su juventud. En alguna ocasión la joven había marcado el número de Louis y colgado al oír su voz. Tal vez no sea fácil olvidar la propia juventud, aunque no haya sido muy feliz. «Malos recuerdos, sed bienvenidos a pesar de todo; vosotros sois mi lejana juventud.» Recordaba haber leído esa cita al principio de la película *El ejército de las sombras*, de Jean-Pierre Melville. Nunca le había parecido tan acertada la frase como en esa época en que deseaba liberarse del pasado sin conseguirlo del todo. Pero a finales de los años noventa, cuando marcó el número de Louis, le respondió una voz femenina de France Telecom anunciando que el número ya no estaba disponible. Probablemente Louis se había mudado. Sylvia lo interpretó como una señal del destino y creyó que, esa vez, el pasado estaba realmente pasado.

NOVENA PARTE

Laurent Tiercelin vivía en el último piso con terraza de un edificio situado en la parte alta de la avenue Friedland. El resto del inmueble estaba vacío durante una gran parte del año. Los propietarios utilizaban sus trescientos metros cuadrados como vivienda de paso durante cortas estancias entre estaciones de esquí y balnearios. Laurent Tiercelin había heredado el piso al morir sus padres en un accidente de coche. Laurent, que entonces tenía solo once años, se había imaginado durante mucho tiempo que el Mercedes de sus padres había sido objeto de un sabotaje, y durante toda su adolescencia había tenido sueños de venganza. Educado por un tío materno, el día que cumplió dieciocho años se encontró con que era dueño de una comfortable fortuna. Poco atraído por los negocios, y sin duda con pocas aptitudes para ellos, dejó la gestión de la empresa familiar en manos de los hombres de confianza que se habían encargado de ella hasta entonces y la habían hecho prosperar desde la muerte de sus padres. A los dieciocho años, entró en la facultad de medicina y cuando salió era otorrinolaringólogo.

Eso fue quizá lo que le gustó a Sylvia: esa obstinación poco racional de Laurent Tiercelin en no aprovecharse de las oportunidades que le había otorgado su nacimiento. Cualquiera otro se habría echado a descansar sobre la fortuna familiar, o la habría utilizado como palanca para forjar una fortuna aún mayor. En lugar de ello, a los cuarenta años, tras renunciar a la venganza, Laurent pasaba la mayor parte de su tiempo explorando el fondo de la garganta y de los oídos de sus pacientes.

Laurent veía poco a la familia que le quedaba. No es que les reprochara nada, pero ellos, en cambio, casi pensaban que estaba loco. Era precisamente lo absurdo de su actitud lo que, a ojos de Sylvia, le confería una extraña grandeza que rayaba en lo ridículo y flirteaba con lo trágico. Los ricos de hoy día presumen de trabajar, pero casi siempre eligen profesiones que añaden a su fortuna cierta aura mundana. Son publicitarios, empresarios de salas de conciertos, conservadores de museos, propietarios de periódicos y, en general, operan en los medios de comunicación. Laurent Tiercelin parecía sublime e irrisorio al haber optado por curar anginas y otitis. Y fue en el marco de esa actividad, por una angina blanca que Sylvia contrajo en pleno verano, como conoció a Laurent. Entre el 30 de julio y el 15 de agosto, no encontró a ningún otro otorrinolaringólogo, en cinco distritos municipales.

Como era rico y tenía «un algo», Laurent Tiercelin gustaba a las mujeres y acabó por casarse con una. Se llamaba Caroline Mercier y cursaba segundo de medicina cuando Laurent estaba en el primer año de especialidad. Caroline no ocultaba que le interesaba más la carrera matrimonial que la médica. Esa franqueza un poco

provocadora le había gustado a Laurent.

Pero tras ocho años de matrimonio Caroline manifestó su deseo de obtener el divorcio. Entretanto, la pareja había tenido dos hijos, Sébastien, ahora de seis años, y Donatienne, de cuatro. Caroline obtuvo la custodia. Mientras en el boulevard des Italiens empezaba a llover de nuevo, Sylvia escuchaba distraída el relato de Laurent, en el que no había ni complacencia ni deseo de que lo compadecieran. También Laurent miraba de vez en cuando, a través del ventanal, hacia la calle, donde los transeúntes, sorprendidos por la lluvia, echaban a correr sujetándose la ropa o poniéndose un periódico sobre la cabeza. La tormenta había estallado de repente, tras días y días de calor sofocante. Afortunadamente, el doctor Tiercelin había liberado a Sylvia de la angina blanca. Después de lo cual la invitó a tomar una copa. Ese atardecer, todo se confundía bajo la lluvia, la gente que en la calle se refugiaba en los porches y los recuerdos de Laurent. Sylvia lo animaba a hablar con algunas preguntas formuladas en el momento oportuno. ¿Qué podía proporcionarle ella, aparte de esa escucha distraída y benevolente que sabía otorgar cuando no estaba absorbida en sus propios pesares? Lo encontraba bastante guapo, aunque estaba en las antípodas de lo que era su tipo. Laurent poseía una belleza viril, de cuerpo atlético, hombros anchos y mandíbula firme. Sylvia no lograba imaginárselo como mujer, tal como había hecho tantas veces con Louis. Sylvia no sentía atracción por las mujeres, pero quizá la seducía cierta dosis de indeterminación.

Una respuesta a esa pregunta se esbozó cuando algo más tarde Laurent le contó que tras el divorcio Caroline se había casado con un hombre mucho más rico aún. Al casarse con Laurent había creído que podría corregir su espantosa costumbre de trabajar como médico privado. ¡ORL! Esas tres letras la ponían loca de cólera. Había creído que, una vez casado, él adoptaría un modo de vida más acorde con sus medios. Sí, Laurent le había dado la oportunidad de abandonar los estúpidos estudios de medicina para vivir como una gran burguesa en el sublime piso de la avenue Friedland, pero eso no era suficiente para Caroline, que se sintió profundamente decepcionada al ver que su joven marido tenía la intención de ejercer la medicina como si tuviera necesidad de hacerlo y además se obstinaba en negarse a comprar un yate. También sus dos hijos, desde muy pequeños, habían manifestado una marcada afición por los yates. Predisposición genética o gusto sutilmente inculcado por su progenitora, habían acabado por irse todos de crucero y Caroline había dejado el piso de la avenue Friedland para casarse con el propietario de otro situado en la avenue Foch, lo que a sus ojos constituía sin duda un ascenso.

Sylvia asentía con la cabeza, divertida. Siempre se había preguntado quién viviría en esos grandes pisos alrededor de la place de l'Étoile. A veces incluso había dudado de que viviera alguien en ellos.

—Sí, hay gente que vive en ellos, se lo aseguro —respondió Laurent sonriendo

—. Vaya por la noche y verá luz en algunas ventanas. Es cierto que no están allí todo el año, porque los propietarios de ese tipo de pisos suelen tener otros en otros lugares, en otras capitales.

—¿Ve a sus hijos?

—Sí, como la mayoría de los padres divorciados, en fines de semana alternos, y a veces los miércoles los llevo a piano.

No intentó despertar compasión y en ningún momento dijo que echara de menos a sus hijos. La afición de estos por la navegación de recreo no había quedado desmentida en los seis meses que habían transcurrido. Últimamente se había añadido el entusiasmo por el polo, el golf y las motos acuáticas. Impotente y, hay que decirlo, un tanto claudicante, Laurent Tiercelin estaba resignado a la idea de que sus hijos no tardarían en despreciarlo, si no lo despreciaban ya, hasta que al crecer sintieran remordimientos. Pero también era posible que no los sintieran en absoluto, en cuyo caso pasarían la vida felices a bordo de yates, y después de todo ese era el único mal que les deseaba, si tal era el deseo de sus hijos. Total, Laurent no solo era lo que se dice un hombre guapo sino también magnánimo, y estaba muy decidido, pasara lo que pasase, a no entrar en combate. Al oírlo hablar Sylvia comprendió que ni siquiera había intentado retener a Caroline. Sencillamente, la había dejado ir y era difícil saber si había sentido amargura. Con certeza, no había sentido rencor. No estaba resentido con nadie. Quizá el niño que había sido había agotado toda la ira de ser humano contra los asesinos imaginarios de sus padres y ya no le quedaba nada para nadie más. Hacia los dieciséis años había renunciado a la venganza, pues comprendió que no había habido asesinos, solo una desgraciada conjunción de circunstancias. Desde entonces, aparte de su obstinación por llegar a ser médico y seguir siéndolo, no había opuesto resistencia alguna a lo que la vida había puesto en su camino. De esa vida no parecía esperar gran cosa, y temer aún menos. No había elegido a Caroline, como tampoco se le había resistido. Había dejado que ella lo tomara por asalto y lo acaparara. Con cierta indiferencia divertida, había dejado que ganara por muy poco a sus múltiples rivales. No buscaba el placer, aunque tampoco lo rechazaba cuando se presentaba. Pero quizá no lo buscaba porque el placer se presentaba ante él en numerosas ocasiones. Se podría decir que todo lo que buscan la mayoría de los hombres se lo había ofrecido el destino a Laurent Tiercelin sin que él tuviera que luchar. Y cabe pensar que había querido presentarse a los exámenes de medicina para experimentar lo que era el esfuerzo. Lo mismo sucedió con relación a Sylvia: estaba decidido a esforzarse un poco, pues presentía que él no era su tipo. Y además se sentía tranquilo, ya que ella al menos no manifestaba ninguna afición por la navegación de recreo.

Al llegar octubre y su cuarta cena juntos, Sylvia decidió que tenía que hacer todo cuanto estuviera en su poder para enamorarse de Laurent. Ese voluntarismo se

explicaba tal vez por el sentimiento de soledad que la invadía desde que había dejado a Louis y se habían alejado otras figuras de su juventud. Ahora ya no se decía a sí misma que era joven; se decía que era «todavía joven», lo cual es muy distinto. Sylvia estaba convencida de que un amor razonable la salvaría de su peligro interior, de la angustia perpetua y del derrumbamiento en lo cotidiano de su confianza en la vida. Su necesidad de amor encontró su objeto en Laurent o, con más exactitud, era Laurent quien se ofreció a sí mismo como objeto de su necesidad de amor. A veces, cuando cenaban en uno de los restaurantes elegantes a los que él tenía por costumbre invitarla, Sylvia le miraba las manos, que eran grandes y viriles. Se esforzaba en obsesionarse con sus manos, lo cual era peligroso, ya que a veces, buscando razones para amar a alguien, se acaba por encontrarlas y ocurre que esa pasión que se ha perseguido y provocado voluntariamente, acabe siendo tan nociva como una pasión surgida de manera espontánea.

Un domingo de noviembre por la mañana, Sylvia se despertó en el piso de Laurent Tiercelin, en la avenue de Friedland. La víspera, después de la cena, él la había invitado a tomar una última copa en su casa. En el inmenso salón blanco roto, Laurent había posado por primera vez una mano en su hombro. Y a continuación un beso en sus labios. Luego todo se sucedió a la perfección, primer beso, segundo beso, sonrisa un poco incómoda, él deslizó la mano por su pecho, todas caricias autorizadas.

—¿No prefieres que vayamos a la habitación? —preguntó él.

El cuerpo de Sylvia no decía gran cosa, pero tampoco decía «no». Estaba de acuerdo en principio, lo cual es una condición necesaria pero no suficiente. Su espíritu, en cambio, era testigo burlón de la situación: un hombre y una mujer a uno y otro lado de una cama donde se disponen a hacer el amor. Todo es cuestión de técnica, de ángulos, de tirantes, dónde dejar la ropa para poder encontrarla —hay que tener un mínimo de previsión— cuando todo haya acabado, a la hora de volver a vestirse.

«Agradable» es el adjetivo que parecía resumir el misterio de Laurent, y si alguna vez había habido en él violencia, odio o algún deseo de venganza, todo había quedado reabsorbido en esa manera suya de intentar, y casi siempre conseguir, que todo fuera agradable. Esa era la forma que había adoptado en él la desesperación. Pero ¿por qué imaginarlo desesperado? En cuanto a Sylvia, decidió estar un poco menos triste.

Poco antes de Navidad, Laurent le propuso a Sylvia que se fuera a vivir con él. Tras alguna vacilación, ella acabó por aceptar. No es que entretanto se sintiera muy

enamorada de Laurent, pero le gustaba de verdad y no excluía que el amor viniera con el tiempo. Dio el preaviso al propietario de su casa unos diez días después e instaló sus no muchas cosas, su escritorio y sus libros en una habitación vacía, aislada del resto del piso por un largo corredor. Había estudiado el nuevo itinerario que debía seguir para ir a Réance, una ciudad situada en la línea C del RER en dirección a Argenteuil. En el instituto de Réance tenía un puesto de profesora y un número de horas de clase que le permitían proseguir su investigación en matemáticas. Laurent había propuesto comprarle un coche para ir al trabajo, pero ella había rehusado, pues prefería el transporte público. El de Réance era un «clásico» instituto de enseñanza secundaria. Tenía dos clases del último curso de secundaria y una de primero de bachillerato de ciencias. Los dos grupos de secundaria se componían de un muestrario bastante corriente, con dos o tres «elementos» excelentes, una decena que se defendían bastante bien, otra decena que sufría y otra decena que no comprendía absolutamente nada, ni siquiera las ecuaciones de primer grado. En el grupo de bachillerato, el nivel era bastante bueno y había una alumna, Aisha, de dieciséis años, que destacaba en especial. Como la mayoría de los profesores, Sylvia estaba obsesionada con acabar el programa y dar a sus alumnos las herramientas necesarias para hacer frente al curso siguiente. Al ver a Sylvia abatida la víspera de los días de clase, Laurent le aconsejó que dejara la enseñanza; pensaba que no era para ella. Sylvia pensaba lo mismo, pero no se sentía nada orgullosa de ello.

La primera vez que Sylvia vio a Fatima, se la encontró en la cocina cuando fue a desayunar. Primero vio la espalda, la bata color turquesa y sus cabellos muy negros recogidos en trenzas apretadas. Al sentir una presencia, Fatima se volvió y se encontró con la mirada de Sylvia.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, señora —respondió Sylvia.

—Soy la asistente.

Sylvia se fijó en que las baldosas de la cocina estaban mojadas. Fatima acababa de fregarlas. Sylvia retrocedió disculpándose.

—¿Quiere entrar en la cocina?

—... Puedo esperar.

—¿Va a desayunar?

—Sí, pero cinco minutos más o menos...

—Sí, pero a mí aún me quedan unas dos horas en la cocina. Estoy preparando la comida.

—Pero el señor Tiercelin no come aquí.

—No, pero me ha dicho que prepare la comida para usted.

En ese momento, Sylvia palideció un poco y Fatima la envolvió en una mirada preocupada.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, yo... Pero yo tampoco como aquí...

—¿Ah, no? El señor me ha dicho que usted es una señora que trabaja en casa.

—Sí, pero... Yo no como... En fin, no como mucho, y no siempre a la misma hora...

—Bastará con que me diga la hora.

—Pero nunca lo sé con antelación. Depende... De mi trabajo.

—Yo prepararé la comida y usted comerá cuando quiera.

—Bien... Bien, gracias... Pero de hecho puedo prepararme mis comidas.

—Yo cocino bien. El señor Laurent nunca se ha quejado.

—Estoy segura, es solo que... Tengo la costumbre de cocinar yo misma...

—Bueno, le preparo hoy la comida y mañana ya veremos.

—Sí, si quiere...

—Vaya al salón. Voy a servirle el desayuno.

—¡Ah, no! —exclamó Sylvia casi espantada.

Fatima posó en Sylvia una mirada de inmensa perplejidad. Al ver la cara de Fatima, Sylvia comprendió que su reacción había sido desproporcionada.

—¿Qué toma en el desayuno?

—Té. Con leche.

—¿Y con el té?

—Nada... Yo...

—¿No come nada con el té?

—Pan tostado... Pero yo tostaré las rebanadas.

—Yo sé hacerlo.

—No lo dudo, pero...

Sylvia se batió en retirada hacia el fondo del piso, prometiéndose que resistiría mejor al día siguiente. Ya fuera porque hubiera olvidado lo que le había dicho Sylvia, ya fuera porque fingiera haberlo olvidado, Fatima sirvió el desayuno en el comedor. Un cuarto de hora más tarde, Sylvia fue llamada a la mesa grande, en la que había una fuente dispuesta de un modo impecable. Sylvia creía que ya había hecho bastante por ese día, pero, cuando estaba trabajando en su estudio al fondo del piso, Fatima llamó suavemente a la puerta para decirle que la comida estaba lista. Sylvia dijo que no tenía hambre, que no quería comer, y menos aún que le prepararan la comida. Fatima le sirvió gobios fritos, espinacas gratinadas y crema catalana. Todo era ligero y estaba delicioso, muy bien cocinado. Sylvia comió sola en un extremo de la mesa del salón. Al parecer tenía prohibido entrar en la cocina.

Esa misma noche, Sylvia le pidió a Laurent que fuera tan amable de decirle a Fatima que no se preocupara más de sus comidas. Quería prepararse el té ella misma, tostar el pan ella sola, aunque lo quemara, lo que de todos modos parecía imposible gracias

a la tostadora de Laurent, un modelo cromado supersofisticado, mezcla muy estudiada de retro y modernidad, seguramente adquirido a un precio astronómico. Laurent había creído obrar bien al descargar a Sylvia de las tareas cotidianas. Ella insistió:

—No quiero de ningún modo que Fatima esté siempre pendiente de la hora a la que voy a sentarme a la mesa. Es algo que me incomoda.

Laurent adoptó una expresión contrariada, pero respondió que hablaría con Fatima.

* * *

Desde que Sylvia se había negado a que le preparara las comidas, Fatima la trataba con frialdad. Sylvia acabó por evitar los espacios de la casa en los que ella se encontraba, y los días se dividían en tiempos de ocupación del suelo. Las tareas de Fatima se sucedían en un orden inmutable, y al cabo de una semana Sylvia podía decir sin equivocarse dónde se encontraba a tal o cual hora del día. Pero también había extras, programados asimismo según una organización casi militar. El primer lunes de cada mes, Fatima limpiaba la plata en la cocina, el olor era terrible y, sin arrojarla extramuros, obligaba a Sylvia a alejarse al máximo de su radio de influencia. El martes, Fatima pasaba una cera de olor muy especial, que expulsaba a Sylvia del piso durante el tiempo que tardara en secarse o en evaporarse; en fin, no sabía muy bien cuándo podía respirar de nuevo sin que la asaltara una espantosa jaqueca. Sylvia había dicho que cuando se encerraba en la habitación del fondo era para trabajar. Pero Fatima no la creía. La actividad a que se dedicaba Sylvia era para ella bastante sospechosa. Respecto a la actividad doméstica de Fatima, Sylvia quedaba relegada a la nada de sus miserables cogitaciones. Y por cierto, en sus momentos difíciles, ante la sorda reprobación de Fatima, Sylvia acabó por preguntarse si su trabajo, en efecto, era útil. En realidad, Fatima nunca habría sido hostil al trabajo de Sylvia si esta no hubiera desaprobado implícitamente el suyo negándose a que le preparara las comidas. A Fatima no le importaba en absoluto que Sylvia no hiciera nada, que era lo que sospechaba. Desde los catorce años estaba acostumbrada a trabajar mientras los demás descansaban. Antes de llegar a casa de Laurent, mientras todo el mundo dormía, Fatima limpiaba durante dos horas unas oficinas de la avenue Klébert antes de que llegaran los empleados. No, lo que Fatima no perdonaba a Sylvia era que no dejara que la alimentara.

Debido a la extraña batalla que se libraba entre Fatima y ella misma, Sylvia no tardó en preferir, a todos los demás días de la semana, aquellos en los que abandonaba el piso de la avenue de Friedland para ir al instituto de Réance. Pero los días en que no iba a Réance tomó la costumbre de salir hacia las cinco para ir a comprarse una

napolitana en una pastelería del barrio. Se la comía en la calle, y mantuvo la costumbre cuando llegó el invierno, por temor a que Fatima viera en esa merienda una provocación. Un día, tras muchas horas de trabajo, el cansancio y el embotamiento la arrojaron a la calle más tarde de lo habitual. Cuando salió de la pastelería mordiendo la napolitana, su mirada se cruzó con la de Fatima, que la observaba desde la otra acera, como si la hubiera seguido y esperado. Sylvia se sobresaltó y se alejó rápidamente.

Regresó al piso. Por más que se repetía que no era culpable, que tenía todo el derecho a comer una napolitana a la hora de la merienda y hasta tantas napolitanas como quisiera, e incluso fuera de la hora de la merienda y entre horas, por más que enumeraba sus derechos y daba vueltas a sus buenas, sus excelentes razones para no sentirse culpable, se condenaba a priori en un juicio que no sería instruido y acabó por preguntarse si Fatima no se estaba convirtiendo para ella en la encarnación tiránica de un superego exigente.

Pronto haría seis meses que Sylvia se había instalado en casa de Laurent y, entretanto, había descubierto los poderes salvadores de la costumbre. Por mucho que evitara los horarios impuestos por Fatima, su misma presencia y el orden inmutable en el que realizaba sus tareas no dejaban de tener consecuencias en el desarrollo de la jornada.

Esa vida bien ordenada y sin sorpresa no solo no le disgustaba, sino que poco a poco experimentó también los efectos benéficos que tenía sobre su ansiedad. La vida cotidiana organizada de manera metódica ahuyentaba la inquietud. La prueba irrefutable era que no necesitaba ir a Davos para evadirse de la realidad. Quizá había encontrado en su nueva vida la deliciosa prisión de la rutina que siempre había necesitado. Los múltiples rituales de la cura que marcaban el ritmo del tiempo en el sanatorio de *La montaña mágica* probablemente habían tenido su importancia en la poderosa atracción que había sentido al leer el libro.

Sylvia no había llegado a enamorarse de Laurent pero, en vez de que la cautivara el amor, la cautivó la costumbre, y sentía la fuerza de ese vínculo. Y podría haber sido así para siempre si un acontecimiento imprevisto no hubiera dado al traste con la buena organización de su nueva vida y la paz que había recuperado su corazón.

Las matemáticas eran la asignatura en la que Aisha brillaba por su excelencia, y Sylvia estaba especialmente atenta a sus progresos. Esta adolescente tímida y obstinada era la tercera de una familia de ocho hijos, y lo que se esperaba de ella no

era que llevara buenas notas a casa. Además, era la única de la familia que tenía buenas notas. Su hermano mayor revendía desde hacía dos años vehículos por piezas sueltas y había subido con celeridad en la jerarquía de la delincuencia a pequeña escala traficando con sustancias estupefacientes. Aisha no era una Cosette del mundo moderno, ni siquiera era un ejemplo de ningún ámbito. Debido a su excelencia escolar, quizá no era representativa de nada. ¿Qué otra muchacha podría identificarse con una adolescente que siempre sacaba en matemáticas un 18 sobre 20? Aun cuando una asociación la hubiera tomado como símbolo de la opresión de las mujeres, habría sido un símbolo equívoco y contraproducente. ¿Acaso hay que tener facilidad para las matemáticas para merecer ser salvada? Las cajeras, las oficialas de modista, las obreras, todas las chicas del extrarradio de la tercera o cuarta generación de inmigrantes ¿podrían identificarse con esa muchacha demasiado excepcional para que su sufrimiento fuera idéntico al de ellas? Su propia excelencia la convertía en irrecuperable. Sus hermanos y los amigos de estos la miraban con desconfianza, porque temían el contagio, no por ellos sino por las otras mujeres, «sus» mujeres, las hermanas, las esposas, las hijas. Y para llegar a esto Aisha no había necesitado pasearse por el barrio luciendo ropas que se consideraran provocativas. Su excelencia escolar era su única disidencia, pero los hombres sentían que era mucho más perniciosa que las otras.

Al mes de comenzar el curso, Sylvia tuvo ocasión de hablar con Aisha después de clase. Aprovechó la oportunidad para proponerle ejercicios más adecuados a su nivel. Aisha aceptó, muy contenta, pero Sylvia comprendió que la muchacha no disponía, ni había dispuesto nunca, de esa «habitación propia» de la que habla Virginia Woolf. Dormía en una habitación con dos de sus hermanas y hacía los deberes donde podía, en un piso minúsculo, un piso en el que nunca, ni de día ni de noche, reinaba el silencio. Sylvia no sabía qué decir ni qué hacer.

¿Por qué tendría este relato que preparar los acontecimientos, como si la vida se tomara la molestia de prepararnos para los golpes que nos da? ¿Acaso alguna vez estamos preparados para la desgracia? Al terminar las vacaciones de Navidad, Aisha faltó a clase dos días seguidos, y al tercero Sylvia se inquietó. Nadie tenía noticias suyas, nadie las había pedido tampoco. La administración no había recibido ninguna nota que justificara la ausencia de la joven. El lunes siguiente no regresó al aula y Sylvia decidió pedir las señas de sus padres a la administración. No se encontró ningún número de teléfono a nombre de la familia Aissoui, pero sí una dirección, en el número 6 de la rue des Lauriers, Cité de la Clairière. Después de hacer indagaciones, descubrieron que la Cité de la Clairière estaba situada al norte de Réance, junto a una carretera secundaria en dirección a Tullier, la ciudad contigua.

Sylvia recordaba que Aisha le había dicho que para ir al instituto cogía un autobús municipal. Preguntó en las oficinas municipales qué autobús hacía el servicio entre el instituto de Réance y la Cité de la Clairière. Y en lugar de coger el RER para volver a casa después de las clases, se plantó en la parada del autobús y esperó un buen cuarto de hora antes de que llegara el 243. Encontró asiento en la parte de atrás. A partir del instituto, el itinerario del autobús discurría por la periferia de la ciudad, en una zona suburbana carente de atractivo.

En la Cité de la Clairière, todas las calles tenían nombres de flores, y tal vez esto produjera su efecto en los días de sol; pero cuando Sylvia bajó del autobús el lugar le pareció lúgubre. Entró en el vestíbulo del edificio de la rue des Lauriers y se encontró ante decenas de buzones. Localizó el apellido Aissau, pero nada indicaba la planta ni la situación del piso. A Sylvia se le escapó un suspiro de desasosiego. Qué podía hacer si no esperar a que alguien que entrara o saliera del edificio le indicara en qué piso vivían los Aissau, si lo sabía. Pero el vestíbulo estaba desierto. Volvió a salir. En la plaza, al final de la calle, vio un grupo de chicos reunidos al pie de una estatua de hierro con unas distorsiones que en la distancia no supo distinguir si obedecían a la voluntad del artista o al efecto de una degradación más reciente. Levantó los ojos hacia la fachada como si esperara que un milagro hiciera aparecer a Aisha en una de las ventanas. Luego entró de nuevo en el edificio. Se abrió una puerta al fondo del vestíbulo, detrás del hueco de la escalera y del ascensor. Apareció una mujer con un vestido floreado en tonos rosa subidos, de los que habrían hecho furor en los años setenta, y el cabello recogido en un curioso moño torcido que parecía sostenerse únicamente gracias a una enorme aguja que lo atravesaba.

—Perdone, estoy buscando a la familia Aissau.

La mujer miró a Sylvia a los ojos y respondió:

—Ni idea. Pregunte al conserje.

—¿Dónde está? No he visto la portería.

—En el edificio de las Camélias. Es el conserje de todos los edificios.

Sylvia había visto el edificio de las Camélias al llegar. Volvió rápidamente sobre sus pasos, entró en el vestíbulo y llamó a la puerta del conserje. Un hombre de unos cincuenta años, con cabellos grises y una sonrisa más bien agradable aunque desdentada, le abrió. Miró su lista y enseguida dio a Sylvia la información que necesitaba. Escalera G, noveno piso, al fondo del corredor de la izquierda al salir del ascensor.

El ascensor estaba cerrado y parecía averiado, aunque ningún cartel lo indicaba. Sylvia subió por la escalera, cuyas paredes estaban cubiertas de dibujos obscenos y olían tanto a orina que intentó respirar lo menos posible. Por eso llegó sin aliento al

noveno piso. Se internó en el corredor de la izquierda. Había varias puertas, y bajo el timbre de una de ellas Sylvia leyó: «Aissau». Se oía a gente hablando, pero el pasillo resonaba tanto que era imposible determinar de dónde procedían las voces. Se oyeron portazos, pero en otra planta. Después oyó a un hombre despotricar contra «esa mierda de ascensor». Sylvia se decidió a pulsar el timbre. Abrió un chico de unos doce años, seguido de inmediato por una mujer de alrededor de cincuenta, de rostro áspero, ojos muy oscuros y duros y boca severa.

—¿Qué hay?

Sylvia aún no se había recuperado del todo de la subida, y el tono poco prometedor de la mujer y los gritos que daban unos niños en la habitación contigua hicieron que se sintiera a disgusto.

—¿Usted es la madre de Aisha?

La mujer la miró y se tomó su tiempo antes de contestar.

—Sí. ¿Qué quiere de ella?

—Soy su profesora de matemáticas y estoy preocupada porque hace varios días que no viene a clase.

—¿Profesora de matemáticas? —repitió la mujer con expresión consternada y escandalizada—. ¿La envía el instituto?

—No, no, he venido por mi cuenta. Quería saber si estaba enferma o le pasaba algo... Tal vez pueda ayudar.

—¿Ayudar a qué? —preguntó la mujer en un tono seco en el que se percibía una furia contenida.

—¿Cómo es que Aisha no ha ido a clase estos últimos días? —prosiguió Sylvia, decidida a no salir del edificio sin haberse enterado de algo.

—Está enferma, por eso no la hemos mandado al colegio.

Sylvia recibió esa información expresada en el mismo tono glacial.

—Tenían que haber avisado al instituto.

—Sí, teníamos, pero se nos olvidó.

—¿Qué le pasa?

—Apendicitis. La han operado.

—¿Podría verla?

—No está aquí. Está en el hospital.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo la operaron?

La mujer dudó.

—El jueves —respondió al fin.

—¿El jueves de la semana pasada?

La mujer asintió con un movimiento de la cabeza.

—¿Y aún no ha vuelto a casa?

—No. No sabemos cuándo vuelve.

—Pero ¿ha ido mal la operación?

—El médico no ha dicho nada. Solo tiene que quedarse unos días más.

—¿En qué hospital está?

—En el hospital grande de Réance.

—¿En el hospital universitario?

—Sí, el hospital universitario.

Sylvia se atrevió a mirar a la mujer de hito en hito.

—En ese caso, me gustaría que me diera su número de teléfono. La llamaré para preguntarle cómo está.

—No tengo el teléfono. Lo tiene mi marido.

—¿Usted nunca la llama?

—Sí, por la mañana, y una vez a las seis. Con mi marido.

La madre de Aisha sostenía la mirada de Sylvia, mientras los niños pasaban aullando sin que los gritos parecieran molestarla. Sylvia trató de imaginar a Aisha haciendo los deberes en un lugar como aquel. Dio las gracias rápidamente y se fue.

En cuanto llegó a casa, Sylvia llamó al hospital universitario de Réance, donde enseguida la informaron de que Aisha Aissoui nunca había estado hospitalizada. Sylvia se preguntó por qué la madre de Aisha había dicho una mentira tan burda y fácil de comprobar. Lo más probable es que no esperara la visita de un profesor del instituto y que hubiera improvisado. La inquietud dejaba sin respiración a Sylvia. La mentira inducía a pensar que había ocurrido un drama. Sylvia alertó a la administración del instituto que envió un correo a los padres de Aisha. La respuesta llegó al cabo de ocho días. El padre de la muchacha confirmaba las palabras de la madre. La mentira era un poco más sofisticada, ya que presuntamente a la chica la habían dado de alta pero ahora necesitaba dos semanas de reposo en cama antes de poder volver a clase. Al final, el padre se disculpaba por no haberse molestado en avisar a la administración, pero explicaba que todo había pasado muy deprisa.

Que todo hubiera pasado muy deprisa era algo que Sylvia estaba dispuesta a creer, incluso estaba convencida de ello, pero quedaba por saber el qué. Informó a la administración de que había llamado al hospital universitario y que Aisha nunca había ingresado. La directora del instituto, la señora Esteban, se enteró con visible disgusto de que Sylvia había tomado la iniciativa de presentarse en el domicilio de los padres de una alumna sin avisar a nadie. Sylvia se quedó de piedra y respondió que había cumplido con su deber, a diferencia de la administración del instituto, que ni siquiera se había preocupado por la ausencia prolongada e injustificada de una alumna. La señora Esteban acusó el golpe en silencio y adoptó un tono dulzón:

—Sí, comprendo, señorita Delaunais, usted creyó que actuaba bien. Nosotros actuamos de la misma manera, pero a veces ciertas cosas escapan a nuestro control. Aisha es una alumna a la que apreciamos mucho, es una chica valiente y merece todo

nuestro respeto. Usted sabe hasta qué punto tenemos en cuenta la heterogeneidad social de nuestro centro.

Sylvia esperó sin interrumpir a que la señora Esteban recitara todo su discurso acerca de la heterogeneidad social, la diversidad, la solidaridad, la apertura al otro y todas las zarandajas del mismo estilo. En cuanto la directora hizo una pausa en su declaración de política general, Sylvia conectó.

—No hay que perder más tiempo; creo que debería presentarse una asistente social en el domicilio de los padres. Lo mejor sería incluso avisar a la policía.

La señora Esteban sonrió.

—Comprendo su impaciencia, tan legítima, y ese interés por sus alumnos la honra. Solo que es un poco prematuro. Mire, esa gente no vive como nosotros, tienen sus tradiciones y, por ejemplo, no consideran que sea muy grave que una chica falte unos días a clase.

—¡Me importan muy poco sus tradiciones! —se enfureció Sylvia.

La directora hizo un movimiento hacia atrás, muy disgustada. Sylvia prosiguió con tono tajante.

—¿Acaso es usted de esas personas tolerantes que llevan el respeto hacia el otro y su diferencia hasta el punto de aceptar la ablación de las niñas porque es la tradición?

La directora se sublevó, apeló a la razón de Sylvia y dijo que se haría lo necesario, pero que de nada servía ponerse furioso.

Al cabo de una semana Aisha no había vuelto. Sylvia salía de clase cuando recibió un SMS de la directora pidiéndole que pasara por su despacho. Con voz inexpresiva, la señora Esteban invitó a Sylvia a tomar asiento, después se sentó a su vez frente a ella, al otro lado del escritorio, en el que no había ni un clip; las paredes estaban cubiertas de armarios metálicos con filas de archivadores. La señora Esteban acabó por decir lo que su rostro anunciaba ya:

—Las noticias no son tranquilizadoras.

Hizo una pausa, como si esperara un estímulo para continuar, pero las palabras no atravesaron los labios de Sylvia y la señora Esteban tuvo que decidirse a proseguir sin estímulo.

—Al parecer, Aisha ha desaparecido.

El rostro de Sylvia se puso lívido, sus manos y sus rodillas empezaron a temblar, y esta vez la señora Esteban, que pensaba que lo más difícil ya estaba hecho, siguió hablando más rápido, con prisa por transmitir a Sylvia toda la información de que disponía.

—La policía se presentó varias veces en el domicilio de los padres. Cada vez, la madre o el padre decían que estaba ausente pero que iba a volver. Pero la cuarta vez acabaron por confesar que no la veían desde hacía quince días y que no tenían ninguna idea de dónde podía encontrarse.

—No lo comprendo —dijo Sylvia—. ¿Por qué querían ocultar los padres que su hija había desaparecido?

—No lo sé. No siempre se puede prever cómo reacciona la gente. Quizá estaban convencidos de que regresaría. Los policías parecen inclinarse por una fuga —dijo la señora Esteban.

—¿Una fuga? —repitió Sylvia.

—Sí, eso me han dicho los policías. Hay que confiar en ellos, han tomado el asunto en sus manos.

—¿Qué están haciendo para encontrarla? —preguntó Sylvia.

—Pues hacen su trabajo, supongo —respondió la señora Esteban, ocultando con dificultad su irritación—. Bien, ahora ya sabe tanto como yo —añadió para dar a entender a Sylvia que la entrevista había terminado.

Tranquilizada al ver que esta no insistía, no levantaba la voz ni le decía barbaridades, la señora Esteban la gratificó con una gran sonrisa al tiempo que concluía con una nota que seguramente consideraba llena de esperanza:

—Nos informarán en cuanto haya alguna novedad.

Sylvia había abierto una ventana que daba a la avenue de Friedland, y miraba los vehículos que avanzaban lentamente hacia l'Étoile. La desaparición de Aisha había despertado bruscamente el recuerdo de la desaparición de Odile, y pensar en Odile era pensar en Louis, en Almstadt, en los cines del Barrio Latino y, lo peor de todo, en la juventud. Le parecía que su juventud se había acabado con Louis, o quizá un poco más tarde, en el boulevard des Batignolles. Santo Dios, ¿sabemos acaso cuándo se nos acaba la juventud? ¿Sabemos acaso cuándo la perdimos? Nunca, dirán algunos, que piensan que basta con evocar a los muertos para hacer que revivan. El curso escolar pronto habría terminado y la esperanza de volver a ver a Aisha en el tiempo que faltaba disminuía con cada día que pasaba. Era cierto que tenía miles de razones para querer huir de sus padres y la opresión que ejercía su familia, pero ¿no había logrado resistir hasta entonces gracias a los estudios? ¿Por qué marcharse en pleno curso? Sylvia intentaba recordar el comportamiento, el rostro de Aisha durante la semana anterior a su desaparición. Pero, que recordara, no había notado nada que pudiera alertarla. Sylvia se preguntaba qué elemento en particular había llevado a la policía a dar prioridad a la hipótesis de la fuga. Posó la mano en el marco de la ventana, en su mente se agolpaban pensamientos sombríos, se pasó la otra mano por los ojos como para expulsarlos, murmurando «Dios mío» sin dirigirse a nadie en particular. Cerró la ventana, se sentó a la mesa e intentó en vano trabajar. La imagen de Aisha se le imponía, a veces sonriente, como tan a menudo la había visto en clase, a veces muerta o escondida quién sabe dónde, en un sitio oscuro y frío desde el cual era inútil pedir socorro, pues nadie la oiría. En el otro extremo del piso, Fatima movía los muebles del salón para pasar el aspirador. Al día siguiente, sábado, los hijos de

Laurent irían para quedarse dos días. Habían conocido a Sylvia, que no había despertado en ellos ni rechazo ni pasión. Los dos niños estaban ya acostumbrados a vivir con el nuevo cónyuge de su madre, que al parecer los cubría de regalos. Que su padre hubiera decidido también tener una nueva compañera les pareció del todo natural. Sylvia no los cubría de regalos, pero cuando estaban con ella los ayudaba a hacer los ejercicios de matemáticas. Y durante la semana ambos la llamaban a veces para pedirle una ayuda que no habrían necesitado si fueran menos perezosos. Sylvia había notado ya que ambos eran unos holgazanes redomados.

Sylvia distinguió muy a lo lejos el sonido del timbre del teléfono, y luego el ruido del aspirador se interrumpió. A continuación oyó las fuertes pisadas de Fatima, que se acercaba.

—Es para usted, señora, el teléfono. Una tal señora Esteban.

Sylvia cogió el aparato. La señora Esteban la había llamado al móvil pero, como le sucedía con frecuencia, Sylvia había olvidado conectarlo.

—Aisha está en Argelia —fueron las primeras palabras de la directora, y Sylvia se vio de pronto inundada por la angustia.

—¿Qué está haciendo en Argelia? —preguntó con voz alterada.

—La han casado a la fuerza con un hombre de la familia que se la ha llevado allá.

El rostro de Sylvia se desgarró, y repitió varias veces «no puede ser», y después se calló.

—Los investigadores interrogaron a toda la familia y la hermana pequeña, de diez años, acabó por hablar.

—¡Pero no pueden hacer eso!

—No, evidentemente, está penado por la ley francesa, y por eso han intentado hacernos creer que estaba enferma y luego que se había fugado.

—¿Qué van a hacer para traerla de vuelta?

—Eso es otra cosa... —dijo la señora Esteban en voz muy baja, casi un murmullo.

Sylvia se apoyó en la pared.

—¿Cómo que «eso es otra cosa»? —preguntó Sylvia.

—No sé cómo pueden hacerlo.

—¿Quiere decir que no tienen intención de ir a buscarla?

—Han dicho vaguedades, no han concretado nada. A mí me han avisado por teléfono. Me han transmitido la información principal, pero usted puede llamarlos si quiere.

La señora Esteban se apresuró a darle los nombres y los datos de los policías encargados del caso de Aisha Aissoui. Sylvia, por su parte, tampoco quería saber nada más de momento. Sylvia llamó y le dijeron que, en el estado actual del caso, las autoridades francesas no podían hacer nada. Cuando Sylvia insistió, indignada, el

tono del inspector se tornó más seco; no podían enviar a funcionarios franceses a rescatar a todas las jóvenes magrebíes casadas a la fuerza y enviadas al interior de su tierra. Sylvia colgó, se dejó caer hasta el suelo apoyada en la pared y dio rienda suelta a todas las lágrimas que contenía desde hacía meses.

La dulzura de los días y de la costumbre había pasado a la historia. La rutina que la había protegido de la angustia se convertía en una nueva fuente de inquietud, y puesto que los horarios fijos ya no la salvaban de nada, Sylvia empezó a salir a cualquier hora.

El poco equilibrio que le quedaba saltó en mil pedazos una noche de mayo cuando Laurent le pidió que se casara con él. El salón bien ordenado se le apareció de pronto a Sylvia bajo los escombros de un futuro imposible. Le pidió unos días para reflexionar, pero no podía reflexionar sobre nada, pues el terror había sitiado la plaza y Laurent era demasiado sensible para no darse cuenta. Por más que convocó a las cosas familiares para serenarse, de repente descubrió de nuevo en ella el espanto, que desdeñando todas sus precauciones, contra toda lógica y toda tranquilidad, llamaba como un eco a un espanto aún mayor. Era una angustia inmemorial. Hasta donde le alcanzaba la memoria, había estado siempre ahí, reclamando un desastre que la justificara por completo, requiriendo en secreto una catástrofe a su medida, nada menos que el espanto prodigioso del amor.

Sylvia se fue una mañana de junio, poco antes de las vacaciones de verano. Desde hacía unas semanas, dormía en la habitación que le servía de estudio, al final del pasillo al fondo del piso. La relación llegó a su fin con calma y sencillez, sin crisis, sin disputas, sin explicaciones que nada explican. Las relaciones entre Sylvia y Laurent eran corteses, como siempre lo habían sido. Fatima había notado la reorganización del territorio, pero se abstuvo de hacer comentarios. El día en que Sylvia se fue, no fingió asombro, pero tampoco estaba alegre. Cuando Sylvia le dio la mano, Fatima la estrechó con la simpatía triste que se siente por alguien que se piensa que acabará mal.

Sylvia abrió primero la ventana de la cocina y después la del salón para que saliera un residuo de olor a pintura. Acababa de instalarse en un apartamento de la rue de Maubeuge. El parquet brillaba, el rumor ascendía suavemente de la calle, el aire era dulce, un poco fresco para un principio de septiembre, como si el otoño se adelantara a la llamada del calendario. Tenía que pensar en poner las cortinas. Sonrió, estaba triste, estaba alegre, tenía mil años. Fue en esa época cuando empezó a soñar de nuevo con el sanatorio de *La montaña mágica*. Pensaba incluso en la locura como en un país, un lugar donde podría aprender a vivir, un territorio que podría habitar para siempre.

Cinco meses después de que Sylvia se mudara a la rue de Maubeuge, la llamó Robert Lancelin para anunciarle la muerte de Georgina. La anciana había sucumbido a una hemorragia cerebral. El funeral tendría lugar en el cementerio de Luynes, una ciudad pequeña de la región de París en la que Georgina se había criado y donde estaban enterrados sus padres. Sylvia no era reticente a la idea de ir a las exequias de Georgina, sino a la de volver a ver al grupo; Bob insistió, Georgina apreciaba a Sylvia y no había comprendido por qué había desaparecido de repente. Lo que Bob omitió es que las cenas de los jueves se habían vuelto cada vez menos rituales y periódicas. Georgina —y era Bob quien lo afirmaba— esperaba volver a verla, incluso aparte de los jueves. Sylvia se preguntaba por qué Georgina no la había llamado. Quizá temía contrariar a Daniel, a quien le gustaba reinar en su pequeño mundo, aunque fuera un mundo cada vez más pequeño.

La comitiva hizo a pie el camino desde la iglesia al cementerio, un cementerio grande, en pendiente, en la ladera de un collado, un cementerio que Sylvia había visto muchas veces desde el tren entre Montparnasse y Daumartin. Mientras el ataúd descendía lentamente en la fosa, oyó a lo lejos el ruido de un tren y alzó los ojos. Lo siguió con la mirada todo el tiempo que pudo, mientras Daniel se adelantaba y echaba una rosa sobre el ataúd.

Después de la ceremonia, los cuatro del boulevard des Batignolles se reunieron, acompañados por Sylvia, en un café cerca del cementerio. La pena que sentía Daniel le impedía hablar. Robert, Jean-Louis, Paul y Sylvia no dijeron mucho más. Las horas que habían pasado juntos y los dos últimos años de separación convergían hacia ese café cercano al cementerio de Luynes, y todos sabían, cada cual a su modo, que una vez que salieran del café y se despidieran con un «adiós» o quizá un «hasta pronto», todo habría acabado para el pequeño grupo. Sabían que no siempre habían sido los amigos que deberían haber sido, y que había más malos recuerdos que buenos, pero ahora se inclinaban a olvidar los primeros en beneficio de los segundos, y hasta el resentimiento de Daniel hacia Paul se ahogó en la inmensidad de su pena.

Sylvia llamó varias veces a Daniel para saber cómo estaba, y después las llamadas se espaciaron poco a poco hasta cesar del todo; al suavizarse la pena, los viejos demonios recuperaron su imperio. Volvió a hablarle de Paul, a quien odiaba en la misma medida, y Sylvia sintió que ella nunca sería más que el vertedero de sus rencores. El hecho de que fuera Paul quien se la había presentado a Daniel la convertía, y para siempre, en una «criatura» del realizador. No había redención

posible.

Al salir de Jussieu, donde ahora era profesora titular, Sylvia fue directamente a la estación de Montparnasse. Por muy poco no perdió un tren ómnibus y se sentó en la parte de arriba del tren Corail de dos pisos. Los asientos de color anaranjado estaban sucios y gastados, algunos con la tapicería desgarrada, y las paredes del vagón estaban invadidas de grafittis. Como el trayecto duraba tres cuartos de hora, Sylvia se puso a corregir trabajos prácticos.

Pensaba mirar el cementerio de Luynes al pasar, pero cuando alzó la vista el tren entraba ya en la estación de Viroflay y el cementerio estaba lejos. Observaba a la gente que bajaba y se apiñaba a lo largo del andén en dirección a las escaleras mecánicas cuando una silueta le llamó la atención; una silueta delgada, delicada, con cabellos castaños, un abrigo beis y mocasines planos. Inmóvil en el andén, fumaba sin duda un último cigarrillo antes de subir a un vagón. Sylvia la vio primero de espaldas, después de medio perfil. Luego la mujer arrojó la colilla a una papelera y, cuando al fin se volvió, Sylvia reconoció o creyó reconocer a Odile Schlessinger. La mujer subió al tren y Sylvia se levantó de un salto. Las hojas que tenía sobre las rodillas se esparcieron pero ella lo dejó todo y se precipitó fuera del vagón para ir a la parte de atrás, donde la había visto subir al tren. Caminaba muy deprisa y el corazón parecía salirse del pecho. Había visto a Odile subir mucho más atrás y cruzó deprisa el primer vagón y el segundo. Esperaba encontrar a Odile en el tercero, pero no la vio, y el cuarto estaba desierto. Pensó que tal vez Odile había entrado en los servicios y recorrió a grandes pasos los dos últimos coches hasta que el tren entró en la estación de Versailles-Chantier. Corrió hacia las puertas y escrutó a los pasajeros que bajaban, pero fue en vano. Cuando el tren arrancó de nuevo, Sylvia reemprendió su marcha rápida a través de los vagones. Vio a una mujer salir del lavabo en el fuelle entre el tercero y el cuarto coche. El tren llegaba a la estación de Saint-Cyr-l'École. Sylvia hizo lo mismo que en Versailles se asomó y comprobó que Odile no salía. Y lo mismo hizo en la parada siguiente, Les Clayes-sous-Bois. Sylvia no vio salir a Odile-Chantier, pero tampoco la vio en el tren, que se ponía de nuevo en marcha. Repitió sus idas y venidas por los vagones, pero como el tren se acercaba a Daumartin regresó a la parte de arriba del coche donde había dejado sus cosas. Recogió sus papeles, que por lo visto no habían tentado a nadie, y los metió a toda prisa en la cartera. Daumartin era el final de línea y Odile ya no podría escapársele. El tren se detuvo con un terrible chirrido y se inmovilizó. Sylvia bajó al andén. Se aparearon una decena de personas y luego reinó la calma. Sylvia miraba con insistencia a los pasajeros, incrédula; algunos, al ver su expresión rara, apresuraban el paso para alejarse. Se dijo que probablemente parecía una loca. Esperó un rato más y vio bajar

al maquinista. Le dijo que tenía que volver a subir y revisar todos los vagones. Con aire cansado, como si no fuera la primera vez que le dirigían esa petición, el maquinista le respondió que disponía de un cuarto de hora, hasta que el tren partiera de regreso a París.

Un cuarto de hora más tarde, Sylvia bajaba del tren sin haber encontrado a Odile Schlessinger. Fue a reunirse con su padre, que la esperaba delante de la estación y se preguntaba si su hija, con su despiste habitual, no se habría equivocado de parada. Sylvia se disculpó al subir al coche. Dejó que su padre arrancara. Georges había comprendido que Sylvia no tenía ganas de decir nada más, por eso no insistió. Quizá había heredado de él esa curiosa manía de no hacer preguntas. Se quedaron en silencio. Cuando pasaron por delante del ayuntamiento, Sylvia echó un vistazo a los viejos jugadores de bolos a la entrada del parque. Luego dijo:

—He visto a Odile en el tren.

Su padre la miró.

—¿Odile?

—Sí, Odile Schlessinger, la madre de Louis.

—¿Odile, la que desapareció?

—Sí, no conozco a ninguna otra.

—¿Y has hablado con ella?

—No. La vi subir en Viroflay. Después la busqué en todos los vagones y no la encontré.

Sylvia sacudió la cabeza de izquierda a derecha con expresión apenada e incrédula.

—Quizá no fuera ella —aventuró su padre.

—Sí, estoy segura de que era ella. Estaba fumando un cigarrillo en el andén, y cuando se volvió le vi bien la cara.

—Seguramente era alguien que se le parecía.

—Suponiendo que fuera una mujer que se le parecía, de todas formas tendría que haber vuelto a verla. Fuera o dentro. Y hasta vigilé los servicios.

—¿Fumaba antes Odile Schlessinger? —le preguntó Georges.

—No, creo que nunca la vi fumar. Pero pudo empezar después.

—...

Sylvia miraba por la ventanilla los pequeños chalets a la salida de Daumartin. El fin de semana fue agradable pero, de vez en cuando, una silueta beis con calzado plano pasaba ante los ojos de Sylvia.

Tan solo Robert Lancelin, llamado Bob, el que se había mostrado más reservado con Sylvia en la época de las cenas de los jueves, manifestó su simpatía después de la muerte de Georgina. Hablaban del pasado, de todo y de nada, y también de cine. Le contó que si siempre se había mostrado un poco en segundo plano con respecto a ella,

en la época de las cenas de los jueves, fue porque sentía la falsedad con la que había sido recibida en el círculo. Y aunque el parecido entre Sylvia y la exnovia de Paul no le hubiera saltado a la vista, había presentido que el círculo de los jueves representaría un papel dramático en las relaciones entre Sylvia y Paul Blass. El descubrimiento de la fotografía le había dado la razón, para su gran pesar.

Un día Bob le preguntó a Sylvia si aceptaría reanudar su actividad de guionista. Quería producir una película. Sylvia se quedó desconcertada y le dijo que ya no era guionista, que por otra parte solo lo había sido accidentalmente. Él insistió, Sylvia trabajaría a su ritmo, en ningún caso se vería obligada a dejar su empleo de profesora. Escribiría cuando estuviera harta de corregir ejercicios de alumnos o de preparar clases. Sería como una distracción, pero, por supuesto, él tenía un presupuesto para la escritura y firmarían un contrato. Sylvia sonrió; aparentemente había solo ventajas y ningún inconveniente. Robert quería una película de género, una trama «policíaca en femenino», bastante sencilla. Había pensado en el punto de partida y el punto de llegada. Quería acción y emoción. Sylvia sonrió. Todos los productores decían lo mismo, o casi. ¿Por qué Bob no se lo pedía a un guionista avezado, que se lo escribiría en un dos por tres? Precisamente, él no quería un perro viejo del género policíaco, que le escribiría un telefilme bien «cuadrado». Quería un policíaco desaliñado, «con alma», y que el guión lo escribiera una mujer. Sylvia le preguntó si creía que la escritura tenía sexo, pero Bob no deseaba aventurarse en ese terreno. Sylvia insistió.

—¿Así que ahora que las mujeres han recuperado el alma en el concilio ecuménico de Trento, los hombres han perdido la suya?

Bob meneó la cabeza riendo.

—Sí, digamos que es eso. Pensé en ti, eso es todo; pensé que podías ser la persona adecuada.

—Pero en Francia normalmente los realizadores escriben su guión, y a veces piden a alguien que les ayude —señaló Sylvia—. Esa es una configuración curiosa, un guionista contratado por un productor para una película sin realizador.

—Tenemos derecho a probar otras «configuraciones». Por el momento, quiero un buen guión y lo vas a escribir tú. Y cuando tengamos un buen guión, encontraremos un buen realizador.

Eso iba contra todas las teorías de *La Revue*. Sylvia sonrió; las historias de cenáculos cinematográficos siempre le habían dado risa, incluso en la época en que estaba con Louis y se tomaba todo eso mucho más en serio. Para cambiar de tema, Sylvia le preguntó por Daniel. La pena por la muerte de Georgina lo había hecho envejecer mucho, pero no lo bastante para que sus viejas obsesiones lo abandonaran definitivamente. ¿Acaso el destino de las obsesiones no es resistir hasta la muerte?

Sylvia empezó a escribir en sus ratos libres, por la noche, los fines de semana. Había

firmado un contrato con Bob. No sabía cómo le pagaba, pero le pagaba. Se preguntaba de dónde sacaría el dinero. Recordaba que había tenido problemas con el fisco tiempo atrás, y el origen de sus ingresos seguía siendo un misterio para ella. Tenía una productora en el barrio de Stalingrad, un local nada glamouroso, pero tenía el mérito de existir y no ser un simple buzón. Incluso dos tardes a la semana había una secretaria en prácticas que contestaba al teléfono y se encargaba del papeleo.

Sylvia daba a leer el guión a Bob a medida que lo escribía. A veces comían juntos no lejos de la productora. Tardó seis meses, trabajando a su ritmo, él nunca la apremió, nunca mostró la menor impaciencia. Un día Sylvia terminó y él dijo que había llegado el momento de enviar el guión al realizador en quien pensaba para la película. Christophe Martier había dirigido ya una primera película, una policíaca rara, irregular, extravagante, un extravío inverosímil entre acción trepidante y metafísica. Christophe Martier respondió al cabo de una semana: le había gustado el guión. A continuación, curiosamente, todo fue muy rápido. El guión se depositó en el Centro Nacional de Cinematografía y, bien porque Bob y Christophe tuvieran muchos amigos o pocos enemigos en la comisión encargada ese año, bien porque a los miembros les gustara realmente el proyecto, lo cual no había que excluir por completo, el guión obtuvo a la primera un anticipo sobre la recaudación. Bob llegó a un acuerdo con una cadena de televisión analógica y otra por cable, y consiguió dos Sofica. Cerró la financiación en tres meses. *Blanche et la nuit* se rodó, se montó y tuvo un relativo éxito. Bob estaba contento, era la primera vez que una película no le hacía perder dinero, sino que incluso le reportaba ingresos. Lo normal era que perdiera hasta la camisa y había tenido que cerrar la productora. Esta vez, incluso pudo mudarse de Stalingrad para instalarse en la rue de Ponthieu, en el distrito octavo.

DÉCIMA PARTE

Nuestra historia no avanza sin desvíos, pero al fin hemos regresado al principio y a la época en que, una tarde de primavera, tras cruzar un puente sobre el Sena, Sylvia Delaunais se topó con Louis Schlessinger al pie de las escaleras de Passy. Es cierto que nada bueno había que esperar de ese famoso reencuentro, y Louis había conseguido hábilmente abreviarlo. Pero resulta que volvió a coincidir con Sylvia Delaunais en un cóctel en la Cinemateca. Hacía años que no la veía y ahora se la encontraba dos veces con unas semanas de intervalo. Hizo como si hubiera olvidado que habían visto *El amor es más frío que la muerte* en la época en que iban juntos al cine.

—Nos encontramos con frecuencia últimamente —dijo, no sin perceptible irritación.

—No más de dos veces —contestó Sylvia sonriendo—. Y eso que no salgo mucho.

Por si a Louis le quedaba aún alguna duda, con esas pocas palabras sabría que aquella era Sylvia, la chica que en otro tiempo había conocido. Sylvia, a quien no le gustaba salir; Sylvia, que pasaba las horas vespertinas en su apartamento, que a menudo estaba triste pero acababa por despistarte y cogerte por sorpresa, barriendo su pena ontológica con una ironía mordaz. Esa chica era su juventud, no tan lejana sin embargo como para que él ya lamentara su pérdida. Pero esta vez fue Sylvia la que abrevió el encuentro, para no dejarle el privilegio —pero ¿cuál exactamente, si es que había solo uno?— de despedirse el primero. Dijo que la estaban esperando. ¿Tal vez iba a reunirse con el hombre de cincuenta años cuyo rostro le sonaba a Louis aunque no lograba ponerle nombre?

* * *

Sylvia subió las escaleras de la Cinemateca y al salir encontró a Bob, que estaba de pie delante de la entrada.

—No deberías haberme esperado, Bob.

—Hum... He pensado que no tardarías mucho con el muchacho. Y que tal vez luego tendrías ganas de hablar con un viejo trasto como yo.

—¿Por qué pensabas que no tardaría mucho con el «muchacho»?

Bob se limitó a hacer un movimiento vago con la mano, que podía significar cualquier cosa o el infinito. Bajaron por la avenue du Président-Wilson hasta el Palais de Tokyo, y Bob acompañó a Sylvia a casa.

* * *

Era la segunda vez que veía a Louis Schlessinger y por segunda vez Sylvia había evitado mencionar a Odile. Dudaba cada vez más que fuera realmente la madre del

muchacho a quien había visto en el andén de Viroflay-Rive Droite, y no consideraba justificado hablarle del tema. No obstante, inmediatamente después de haberse despedido de él, lamentó no haberle preguntado por ella. Porque, al fin y al cabo, ¿no podía ser que la madre de familia hubiera vuelto finalmente a casa?

* * *

Al día siguiente de la velada Fassbinder, al llegar a su despacho, Louis encontró a Étienne Duriez ocupado en visionar el DVD de la décima temporada de *Los Soprano*. Louis ya se había fijado en que Étienne veía cada vez más series y menos películas. Tampoco iría a Cannes, no solía ir nunca, porque el curso no había terminado. «Ya me contarás», le decía siempre.

Louis le propuso a Étienne que escribiera un artículo sobre la renovación de las series estadounidenses. Étienne quiso saber si podría centrar el artículo en *Los Soprano*, lo cual le permitiría acabar de ver la décima temporada con la sensación reconfortante de que estaba trabajando de un tirón. Louis aceptó. Cuando salía con los DVD, Étienne informó a Louis de que esa misma noche se celebraba una fiesta en el boulevard Richard-Lenoir, en casa de un amigo suyo que trabajaba en *Res Publica*. Louis anotó la dirección. Era viernes y al día siguiente no tenía nada previsto, ni conferencias, ni mesas redondas, ni proyecciones seguidas de debate. Era la ocasión de distraerse un poco.

* * *

En el vestíbulo de entrada, cerca de los buzones, el fiestero había tenido el detalle de pegar un cartel en el que informaba a los otros residentes de que esa noche daba una fiesta y les pedía disculpas por anticipado por las molestias que pudiera ocasionar. Desde abajo se oía música y risas. Por el sonido, parecía que fuera una fiesta de jóvenes, y Louis se sintió de pronto muy viejo. Se quedó un momento inmóvil al pie de la escalera. Aparte de la música, que desde luego no era de su gusto; aparte de su edad, que sin duda era más o menos la misma que la de los otros invitados, estaban los seis pisos que había que subir, y no había ascensor. Se abrió una puerta a medio camino, en el cuarto o el tercer piso, le pareció. Entonces emprendió el ascenso, sin duda temiendo que la persona que bajaba, quienquiera que fuese, lo encontrara plantado como un tonto con la mano apoyada en la barandilla.

El piso estaba negro de gente y de humo, pero al parecer había bastantes personas que Louis conocía, al menos de vista. Édouard Millet, que había pasado de *La Revue* a *Res Publica*, se acercó a darle la mano. No parecía resentido con Louis por haber precipitado su expulsión del comité de redacción de *La Revue*. Sin duda, a fin de cuentas, el cambio le había ido bien, ya que el ambiente en *Res Publica* era, al

parecer, menos conflictivo que en *La Revue*. Una chica morena, vestida de malva, se acercó a besar a Édouard en las dos mejillas y él hizo las presentaciones. La chica se llamaba Patricia y trabajaba como crítica de cine en *Rock en stock*. Se pusieron a hablar de cine, como probablemente todos los de la fiesta.

Louis encontró a Étienne en la cocina, donde mantenía una especie de salón paralelo. Contaba que esa misma mañana había recibido una carta favorable de un editor, que iba a publicar su primera novela. Como era supersticioso no quiso decir el nombre del editor, pero parecía encantado. Louis admiraba la energía de Étienne, tanto más cuanto que no la comprendía. Esa energía lo dejaba pasmado, incluso atónito. ¿Cómo era capaz de hacer tantas cosas a la vez? Escribir en varias publicaciones, dar clases en un colegio y, ahora, escribir una novela. Étienne hizo una seña a Louis para que entrara en el círculo que se había formado a su alrededor. La conversación derivó hacia los dividendos cada vez peor distribuidos del capitalismo triunfante, los créditos subprime, los sueldos de los directivos y los futbolistas comparados con los de las enfermeras y los profesores. Poco después abordaron la cuestión de las relaciones entre hombres y mujeres, sometidas asimismo a las leyes del mercado. A falta de una solución inmediata a todos esos problemas, los participantes se replegaron en asuntos estrictamente cinematográficos, cuya resolución soportaba mejor ser aplazada.

Más tarde, tras haber deambulado de un grupo a otro, Louis volvió a ver a Patricia, que bailaba en la pista improvisada. Ella le sonrió y con un gesto le indicó que se acercara. Él declinó la invitación enseñándole la cazuelita de aceitunas que en ese momento lo tenía muy oportunamente ocupado. Encontraba a la chica bonita, en el estilo morena vivaz. Al final fue ella quien dejó de bailar para acercarse a Louis. Él le ofreció aceitunas. Patricia era parlanchina y jovial. Louis le sirvió un vaso de whisky y ella siguió hablando sin que él necesitara darle pie. Lo que decía era ocurrente e interesante, pero Louis no llegaba a concentrarse del todo. Le miraba las piernas, que tenía muy bonitas, y la piel atezada. No parecía molestarla que él la mirara, y Louis no estaba seguro de si ella se daba cuenta de que no prestaba mucha atención a su cháchara. Tenía la impresión de que podrían seguir así buena parte de la noche, ella parloteando y él mirándola. Aunque pareciera una perspectiva tentadora en algunos aspectos, Louis se despidió pretextando que tenía que terminar un artículo para el lunes siguiente. A ella pareció sorprenderla. Sin duda no estaba acostumbrada a que la abandonaran así en plena fiesta. Al bajar los seis pisos, Louis se cruzó con un grupo de chicos y chicas. La gente llegaba cada vez más tarde a las fiestas. O bien Louis de verdad se había vuelto viejo.

Grégoire Vinaquier, el productor de la cazadora Ralph Lauren que me presentó Barnabé Lubert, me ha propuesto que vaya con él a Cannes. Espera vender el guión de *Des Filles et des flingues*, que acabo de terminar, y mi presencia podría ser útil en caso de que surgieran preguntas relacionadas con la narrativa o con el propio guión. Le he dicho que era una muy mala idea. Según él, debería esforzarme por salir un poco. Le ha respondido que a veces salía, pero que había notado que no me sentaba demasiado bien. Grégoire ha insistido, considera esa estancia en Cannes como un «servicio posventa» que yo le debo. He aceptado a condición de que fuera únicamente el fin de semana, no más, porque tengo que dar clase durante la semana.

He llamado a Bob, quería saber si iría a Cannes. No pensaba ir. Y tenía la voz de los días malos. Me he quedado egoístamente decepcionada, estaba convencida de que Bob sería el compañero ideal para mi depresión allí.

El día del viaje a Cannes tenía una angina blanca y estaba casi afónica. Llamé a Grégoire Vinaquier y le dije que estaba enferma. Pero no me creyó. Mi mala disposición, mi mala fe, mi falta de profesionalidad le decepcionaban lo indecible. No comprendía mi actitud. Casi creí que estaba a punto de llorar. ¿Por qué la gente no me cree, cuando la mayoría de las veces me atengo estrictamente a la verdad? Pedí un taxi. Cogí el bolso que estaba preparado y me puse una echarpe alrededor del cuello, aunque no sirviera de nada. Cuando bajé a la calle el taxi ya había llegado y solo me quedaba dejarme caer en el asiento de atrás con los dientes castañeteando, pues tenía frío aunque la temperatura era de veinticinco grados. El chófer se compadeció amablemente unos instantes y luego, por suerte, se concentró en la carretera. Pese a que me parecía simpático, no me sentía con energía para disertar sobre la naturaleza viral o infecciosa de las anginas, ni con él ni con nadie. Laurent me lo había explicado hace tiempo, pero desde entonces lo había olvidado en parte. En el aeropuerto me encontré con Grégoire, dispuesto a hacer conquistas y negocios. Me sentía agotada antes de tiempo.

Al llegar a Cannes solo tenía una idea en la cabeza: meterme lo antes posible en una habitación de hotel en la que pudiera soñar con un lugar donde nunca habría festivales de cine. Después de darme una ducha sentí deseos de llamar a mis padres. Deseos de oír su voz. Me invadió el pánico cuando pensé que un día no podría llamarlos para decirles qué tiempo hacía en el lugar en el que estaba. En un momento dado, los padres se convierten en personas lejanas a quienes enviamos postales y llamamos por teléfono para decirles que hemos llegado bien. Mi madre me notó la voz extraña y le dije que me dolía la garganta. Claro está que se preocupó, incluso habló de Laurent, él sí que habría sabido curarme, como había hecho tiempo atrás.

Ayer por la tarde, cuando iba a una conferencia de prensa, vi de lejos a Sylvia

tomando algo en una terraza. No parecía interesada en absoluto por lo que pasaba a su alrededor. Eso no me sorprendió, pero me pregunté qué estaba haciendo en Cannes.

En la rueda de prensa, Patricia, la morena que conocí en la fiesta del boulevard Richard-Lenoir, estaba sentada en la segunda fila. Al verme, levantó la mano y me indicó que había un asiento a su lado. Había trocado el vestido malva por otro anaranjado que realzaba su piel atezada. Tenía cruzadas sus bonitas piernas, que yo reconocí a la perfección, y sus rodillas quedaban al descubierto. A veces es difícil distinguir a las periodistas de las actrices. El realizador se retrasaba y entretanto Patricia se puso a hablar. Le parecía que la selección oficial era muy excitante, ese es el adjetivo que utilizó, y tenía ganas de verlo todo, lo cual estaba muy bien, porque para eso había ido allí. Por fin llegó el realizador, un taiwanés. Su película había suscitado entusiasmo. Patricia decía incluso que tenía posibilidades de ganar la Palma. Como aún estábamos en el cuarto día, no quise aventurarme. Además, no suelo hacer previsiones sobre la Palma.

Después de la rueda de prensa, Patricia propuso que fuéramos a comer a un bistro que había descubierto cerca del puerto. Cuando íbamos andando, me fijé en que su vestido era realmente corto. Mientras comíamos ensaladas acompañadas de unas cuantas gambas, yo también empecé a hablar, pues su compañía me resultaba agradable y permanecer tan silencioso era una descortesía. Esa tarde fuimos a ver las mismas películas. Y por la noche decidió que debíamos concedernos una escapada hacia el interior de la región y una cena a solas en un restaurante de «ambiente agradable» y «lejos de todo» que le había aconsejado una amiga. Había alquilado un coche y yo me senté en el asiento del copiloto. No podía evitar mirar sus rodillas cuando cambiaba de marcha. En un momento dado, estacionó a un lado de la carretera. Yo la miré sin comprender y ella me sonrió. Entonces se desabrochó la parte de arriba del vestido y sus magníficos senos, firmes y de color tostado, surgieron de la seda anaranjada. Me pregunté en qué momento del día encontraba tiempo para el bronceado integral, pero recordé que en París todos los institutos de belleza ofrecían bonos a precio fijo. Avancé las manos para cogerle los senos. Giró las caderas y se sentó a horcajadas sobre mí. Subí la seda anaranjada, que se deslizaba de maravilla sobre la piel de sus muslos y sus nalgas, y le bajé las bragas. Sentí su sexo increíblemente húmedo y entregado, y ella empezaba ya a gemir. Deslizó la mano hacia mi sexo y me miró con ojos llenos de interrogantes. Le dije que lo sentía de verdad. Quiso saber si era por su culpa y le dije que no, que era verdaderamente estupenda. Volvió a vestirse y se sentó de nuevo detrás del volante. Me preguntó si aún tenía ganas de ir a cenar al pequeño restaurante lejos de todo y le contesté que no veía ningún inconveniente. Ella dijo «OK», pero al final cambió de opinión. Prefería volver al hotel porque estaba cansada y al día siguiente había muchas películas que ver. Dije que lo comprendía muy bien y regresamos por la carretera que bajaba hacia Cannes.

Grégoire Vinaquier trazaba planes y elaboraba estrategias para la dominación mundial. Estaba exultante; había conocido al actor Didier Dessaint, que se había comprometido a leer el guión en cuanto estuviera de regreso en París. Si Didier Dessaint aceptaba el papel, todos los canales y las Sofica querrían asociarse a la película y afluiría la financiación. Yo mostraba el mayor entusiasmo posible. Además de esas maravillosas noticias, los estadounidenses daban una fiesta en las colinas de Cannes. Me parecía que todas las noches había fiestas colosales en las colinas de Cannes, pero esta, según Grégoire, prometía ser sensacional. Era la fiesta de la película *Sky*. Grégoire tenía invitaciones y esperaba que al menos esa noche, a diferencia de la anterior, no me quedara enclaustrada en mi habitación del hotel. Le prometí que iría. A condición de que pudiera dormir la siesta.

* * *

Distinguí a lo lejos a Patricia, que bailaba en la pista. La fiesta se celebraba en los tres niveles de un inmenso jardín en terrazas que descendían hacia un chalet blanco de estilo indeciso, un poco grandilocuente, con columnas griegas o romanas, total, algo neoclásico que quería recordar lo antiguo. El chalet era blanco y, a oleadas sucesivas, se inundaba de una luz azul que enviaban grandes proyectores desde las colinas. Al verme, Patricia sonrió y vino a darme un beso. Me presentó al tipo que la acompañaba, un redactor de *Inrockuptibles*, y charlamos unos minutos, intercambiamos impresiones sobre la película de la que todos decían lo mismo: que era una obra maestra de los años setenta. Una película bonita, pero que ya habíamos visto, varias veces incluso. Patricia y su amigo volvieron a bailar y yo me acerqué a Jean-Jacques Bordenave, que vagaba cerca del bufet, sorprendido por su esplendor y fingiendo sentirse culpable por estar allí, cuando en realidad no habría dejado su sitio por nada del mundo.

Fui a parar al borde la piscina, abajo del todo, a la altura de la última terraza, donde no había casi nadie. Y entonces vi a Sylvia apoyada en el balcón de la segunda terraza. Nuestras miradas se cruzaron y creo que ella hizo ademán de retroceder. Estábamos un poco lejos para entablar conversación y demasiado cerca para hacer como que no nos habíamos visto. Al final me preguntó si quería que bajara, si subía yo o si cada uno se quedaba donde estaba. Sonreí. «Baja tú, Sylvia.»

Los reflejos del agua bailaban a nuestro alrededor, la música parecía lejana y nosotros no formábamos ya parte de la fiesta, no del todo. A Sylvia le parecía que aquello se

asemejaba a *La noche*, de Antonioni. Según ella, ver demasiadas películas podía hacer que ya no nos fuera posible mirar el mundo. Yo pensaba más bien lo contrario, que eso nos permitía verlo mejor. Nos habíamos encontrado por casualidad y ya estábamos hablando como antaño, con esa complicidad extraña que yo no había experimentado con nadie más. Tenía miedo.

—Será mejor que subamos —dije.

—Sube si quieres. Yo me quedo, ahora que me has hecho bajar.

—Algún día tendremos que subir.

—Sí, algún día, pero no ahora.

Dimos vueltas alrededor de la piscina, rodeados de luces móviles que nos era difícil distinguir de los reflejos del agua. Daba la impresión de que nosotros mismos estábamos sumergidos en un baño azulado. Sylvia preguntó por mi madre y le dije que no había vuelto a casa. No sabíamos siquiera si estaba viva o muerta. Me pareció que Sylvia estaba a punto de decirme algo pero que al final renunciaba.

En la sala de embarque, Grégoire se congratulaba de nuestra estancia en Cannes. Su satisfacción se extendía generosamente hasta mis servicios, pese a ser inexistentes. Yo medía los excesos de su indulgencia, que me parecía tan extravagante que me preguntaba si en ella no había un poco de ironía disimulada. Pero no percibía ninguna, y en general no me parecía que Grégoire fuera un muchacho muy irónico. ¿Tenía la capacidad envidiable de pasar por alto las evidencias penosas o era especialmente generoso, o incluso muy cortés? Nunca pude responderme a estas preguntas.

Ya no me dolía la garganta, menos mal. Al llegar a casa revolví mi bolso y saqué el pedazo de papel en el que Louis había garabateado su teléfono. Lo clavé en el tablón de corcho de la cocina para desdramatizar. Tomé un té, dos té y una ducha. Probablemente Louis se preguntaba cómo, después de haber colaborado con Paul Blass, había caído tan bajo como para trabajar con la familia Vinaquier. Por otra parte, él detestaba el cine de Paul Blass y su vertiente «calidad francesa». Ese chico siempre había tenido una aplastante conciencia de clase intelectual y quizá para él yo me había vuelto poco recomendable.

* * *

Cuando no soplaba el viento, casi hacía calor. Me quité el impermeable sin dejar de andar. La primavera me producía al mismo tiempo entusiasmo y angustia. Reconocía

uno de esos momentos en los que hay que montar guardia, ser para uno mismo un centinela consumado, porque puede suceder cualquier cosa, uno puede enamorarse de cualquiera. Aun cuando el corazón asustado y avezado por la soledad sepa que el amor no puede nada, se halla en peligro a pesar de todo. Cuando volvía a casa a pie después de una cita, me senté en el jardín de Montholon para practicar un ejercicio de olvido. Es una gimnasia difícil para las personas como yo, pobres conciencias atormentadas por todo lo que han vivido. A veces atormentadas incluso por los esbozos de lo que podría haber sido. En esos infelices la memoria se convierte en tortura, y el recuerdo en obsesión. De paso hice una lista de cosas que olvidar: no acordarse de su abuela, no acordarse de su madre y no verla por todas partes, gracias. Olvidar de hecho a toda su familia, porque nada tiene que ver conmigo, olvidar las calles de Almstadt, su piscina vacía en invierno y llena en verano. Lo más difícil de olvidar es que quizá él me amó. Hace mucho tiempo.

Una vez en casa, en la rue Maubeuge, al amparo de las paredes familiares y las cortinas corridas, recuperé mi corazón vacío pero apacible, mi libertad un poco triste pero confortable. El crepúsculo vibraba, regresaba el verano, una brisa levantaba los visillos. Tanta dulzura me volvía vulnerable y decidí no sentarme nunca más en los jardines en primavera.

Al regresar de Cannes, Louis encontró a Véronique, su vecina artista plástica, en plena mudanza. Había vendido varios surtidores de vidrio soplado y se había comprado un apartamento. Hacía seis meses que Louis no se cruzaba con ella —o que la evitaba de manera deliberada—. Parecía que entretanto la vida profesional de la joven había adquirido un relieve notable. Louis sonrió, dijo que se alegraba por ella, preguntándose al mismo tiempo por cuánto habría vendido esos surtidores que a él le parecían meramente decorativos, pese a lo cual no habría querido tenerlos en su casa. Pensó que debería hablar de vez en cuando de arte contemporáneo en *La Revue*, pero cambió de parecer, ya que sin duda era preferible, desde un punto de vista «político», que se guardara para sí sus opiniones de hortera. Se acordó de la noche en que Sylvia había discutido con Françoise sobre una exposición en el Jeu de Paume. Ahora lamentaba no haber apoyado más a Sylvia y haber mantenido una neutralidad tan circunspecta como hiriente. Por lo que él recordaba, justo era admitir que no la había apoyado nunca cuando, en las reuniones con sus amigos, ella se oponía a los demás. Siempre la había abandonado. No por cobardía sino, peor aún, para acentuar su aislamiento y hacerla sufrir. ¿De qué se vengaba, entonces? ¿De saber por anticipado que era inevitable que lo dejara?

En las terrazas de los cafés los turistas bebían aguas de colores, zumos de frutas y sodas con pajitas. El ayuntamiento de París había acondicionado una playa de arena

en las orillas del Sena. Sylvia vio a lo lejos bermudas y se replegó hacia barrios menos balnearios. El boulevard Arago se abría, inmenso, ante ella, y se sumergió de cabeza en su extraordinaria tristeza. Julio incendiaba las calles y su corazón le parecía relegado a la periferia de todo. Dos chicos cruzaron el bulevar corriendo y subieron a un autobús. Uno de ellos parecía un ángel. Le recordó a Louis tal como era unos años antes. Desde la plataforma del vehículo el joven desconocido le sonrió, pero ¿la veía siquiera?

En torno a la fiesta del Catorce de Julio, la tensión arterial de Sylvia cayó a ocho/seis. El médico que la vio se extrañó de que aún se mantuviera en pie. Al cabo de diez días, el medicamento que le había recetado se reveló ineficaz y tuvo que ir a la farmacia central, en el distrito catorce, a comprar Gutron. Como estaba muy cansada y hacía mucho calor, fue en metro, pero al salir de la farmacia central tuvo ganas de andar y se dirigió a pie al Barrio Latino. El Champo programaba una retrospectiva de Lubitsch. Hacía años, los cines del barrio la habían ayudado a pasar un verano difícil. Ese mismo tipo de verano muy caluroso en el que llevaba auestas unas persistentes ideas negras y una presión arterial baja. El futuro se limitaba entonces a las películas que veía por la tarde. Tras volver a ver *El bazar de las sorpresas*, se compró un cucurucho en forma de espiral, como el que su madre le compraba al salir del colegio en primavera. Pero la sala de cine, el helado italiano y la vieja película en blanco y negro pertenecían a un mundo que ya nada podía hacer por ella. Convencida de que no servía de nada revolcarse en la nostalgia de su juventud lejana, decidió encaminarse con bravura hacia la muerte y limitarse estrictamente a la desesperación presente.

* * *

Por la mañana no estaba mejor. Mientras cortaba un pomelo en la cocina, encima del fregadero, el alma se le caía a pedazos sobre las baldosas. Estuvo un buen rato yendo de la cama al cuarto de baño, del cuarto de baño a la cama. Se puso a buscar el número del chico de la biblioteca, pero al parecer no lo había anotado. Tendría que encontrar otro chico o volver a la biblioteca. O llamar a Louis. Cogió del tablero de corcho el pedazo de papel donde estaba anotado el número. «Bien podría llamarlo, para preguntarle qué tal está, como amiga —se dijo—. Eso es, sí, cualquier cosa. No, nosotros no éramos amigos, nunca lo fuimos y nunca lo seremos. Pero, bueno, sí, al fin y al cabo, ¿por qué no? Ha pasado mucho tiempo y corrido mucha agua bajo el puente, y además no fue más que un error de juventud, ahora hemos crecido, somos personas mayores, responsables, con un trabajo, un salario y un apartamento casi propio. Santo Dios, bien podemos ser amigos, ¿qué nos lo impide?»

* * *

A principios de septiembre, Étienne le preguntó a Louis en qué punto estaba su relación con Patricia, la crítica de *Rock en stock*.

—¿Cómo que en qué punto?

—Le gustabas mucho.

—No lo sé, quizá.

Le habían asaltado algunas imágenes, un vestido amarillo, o verde, tenía sus dudas, pero no sobre los espléndidos senos que se habían descubierto en las colinas de Cannes.

—Debía de gustarle, sí, pero ahora se acabó. —Louis sonrió con modestia auténtica antes de añadir—: Tienes el campo libre si te interesa.

—Oh, no, está bien —respondió Étienne.

Pocos meses después, Étienne salía con Patricia.

* * *

Quedé con Sylvia para comer en Au Petit Plat, pero esta vez estaba decidido a decirle que sería la última, que no volveríamos a vernos.

Cuando llego, ella ya está allí, pantalón y camisa azul celeste. Cojo la carta, tengo prisa. ¿Y qué quiere exactamente? Tengo la firme intención de despachar el asunto rápidamente. Me pregunta por mi padre y mi hermana, pero el tema se agota pronto. En cuanto a mi madre, ¿qué habría que decir sobre ella? Entonces Sylvia me dice que una vez, cuando iba a Daumartin creyó verla en el andén de la estación de Viroflay-Rive Droite. Me encojo de hombros. ¿Qué iba a hacer mi madre en Viroflay? Después Sylvia habla de Almstadt, por lo visto tiene ganas de remover los recuerdos. Almstadt me parece muy lejano, ser casi de otro tiempo, de otro mundo. Para mí que Sylvia habla sola, cree que habla conmigo pero en realidad se dirige a sí misma.

Apenas la oigo, estoy distraído por los platos, que al fin llegan. Ataco de inmediato mi *steak tartar*. Le echo más sal, pimienta y dos o tres chismes que están sobre la mesa, ketchup y mostaza, de hecho, todo lo que encuentro. Sylvia me mira con tristeza. Yo desvío los ojos para seguir descaradamente con la mirada a una muchacha rubia que pasa por delante del restaurante. El sol parece chorrear a lo largo del cristal y la chica dobla la esquina. Sylvia pregunta si Julie tiene novio y contesto:

—No, que yo sepa.

¿Qué le importará a ella? A pesar de todo, continúo:

—Julie está un poco perdida, creo que nunca se ha repuesto de la desaparición de nuestra madre.

—Sí, es terrible.

Repito «terrible». Yo digo «sí, desde luego». ¿Por qué insistir? Tengo la

impresión de que Sylvia va a aprovechar la brecha de mis estúpidas confianzas y va a poner en ello todo el dramatismo de que es capaz. Para desviar la atención, le pido pan a la camarera. Está claro que Sylvia y yo rara vez hablamos de cosas insustanciales. Pase lo que pase, siempre derivamos hacia el centro, el núcleo duro de las cosas de la vida. Como carece de ligereza, acaba por ser fatigosa. Pero es posible que a mí también me falte un poco. La observo, a pedazos, la mano derecha, después un hombro, el antebrazo desnudo, muy fino. La base del cuello. La voy cortando tranquilamente a pedazos con la mirada. Subo hacia la oreja; lleva pendientes, y tiene el cabello castaño, con reflejos dorados, parece verdaderamente una mujer. Vayamos a estrellarnos juntos contra la pared, te amo quizá pero no te lo diré. Es demasiado fácil.

* * *

He bajado a los servicios del restaurante. La cita con Louis se encaminaba al desastre y, mientras miraba mi rostro descompuesto en el espejo sobre el lavabo, temía el momento de subir y volver a sentarme frente a él. Pensaba en esas escenas de películas en que el héroe va a los servicios del restaurante para escapar de unos odiosos perseguidores. Esta vez no había odiosos perseguidores, tan solo un chico para quien comer conmigo constituía claramente una carga. Me habría gustado ofrecerle el regalo de mi desaparición. Examiné el lugar, las tuberías y el tragaluz; consideré la posibilidad de izarme para salir de allí. El tiempo pasaba peligrosamente, no había más remedio que subir. De pronto le sonreí a mi rostro en el espejo, les sonreí al destino y a la inmensa soledad.

La Nochebuena de ese año, Charlotte Delaunais lloró porque se sentía vieja y fea y no se reconocía en el espejo.

—Mamá, ¿no podríamos hablar de otra cosa? —preguntó Sylvia.

Su madre la miró con consternación.

—¿De qué quieres hablar? ¿No es horrible?

—Sí... solo que no podemos hacer nada —respondió Sylvia dejando escapar un suspiro.

—¿Y qué importa que no podamos hacer nada? ¿Acaso eso hace que las cosas sean menos horribles? —replicó su madre, indignada.

Se echó a llorar otra vez al recordar a su pobre madre, que había muerto sola una noche de una hemorragia cerebral. En realidad, no pensaba en su madre; pensaba en su propia pena por haber perdido a su madre, y redobló sus lágrimas. A fin de cuentas, era una Navidad como tantas otras en casa de los Delaunais. Georges estaba callado desde el principio de la cena. Finalmente le pidió a su hija si podía poner música, la radio, cualquier cosa. Charlotte se enjugó un poco las lágrimas. Como de

costumbre, su público no estaba a la altura de su actuación. Se reintegró valientemente a su papel de ama de casa preguntando a su marido qué le parecía el pavo.

—Está un poco seco, pero las castañas están excelentes.

—El pavo siempre es un poco seco —comentó Sylvia.

Charlotte asintió, desolada, con un movimiento de la cabeza. Sylvia apartó las castañas, que encontraba «harinosas», y que Charlotte declaró lloriqueando que, «de todos modos», tanto el uno como el otro eran difíciles de complacer. Contestaron que no tenían demasiada hambre. Sylvia fue a poner un CD de Van Morrison que había traído de su casa. Por suerte, a sus padres les gustaba Van Morrison. A veces eso hasta le resultaba inquietante, porque sus padres tenían unos gustos musicales lamentables. Cuando sonó «In the Garden», Charlotte volvió a echarse a llorar. No era más que la tercera oleada de lágrimas de la noche. Georges alzó la vista al cielo, Sylvia la desvió hacia el abeto. A las diez y media, Charlotte fue a acostarse, Georges dio una vuelta por internet y Sylvia subió del sótano los regalos y los dispuso alrededor del árbol. Apagó las luces de Navidad intermitentes y fue acostarse a su vez.

Hacia las dos de la madrugada, al oír ruido en algún lugar de la casa, se levantó y encontró a su madre de pie en la cocina, con el rostro entre las manos y calzada con sus pantuflas rosa.

—¿Qué tienes, mamá?

Charlotte retiró las manos de la cara.

—Estamos solos. ¡Estamos tan solos!

Sylvia miraba a su madre; sus ojos grises estaban fijos en ella y le imploraban.

—Sí, por eso más vale dormir —dijo Sylvia.

—Pero mañana será lo mismo —gimió su madre.

—Sí, es probable.

Sylvia cogió a su madre por los hombros para acompañarla a su habitación. La ayudó a acostarse y la arropó. Echó un poco de agua de colonia en un pañuelo, como hacía cuando tenía seis años y su madre tenía un ataque de llanto o de ansiedad. Posó delicadamente el pañuelo sobre su frente y le sonrió.

—Ya está —dijo.

—Gracias, hija mía —dijo Charlotte sonriendo a su vez.

A veces había buenos momentos.

Sylvia pasó la noche recordando hasta la náusea. Aquello había durado toda su infancia, una larga sucesión de ingresos en el hospital y en la casa de reposo. Sacaban a Sylvia del colegio y la enviaban a vivir con sus abuelos durante meses, al cabo de

los cuales su madre reaparecía, radiante, descansada, como en el nirvana. Hacia las cuatro de la madrugada, Sylvia, que aún no había conseguido dormirse, se preguntó si al día siguiente, día de Navidad, su madre desaparecería, como años atrás había desaparecido Odile. No es que lo deseara, pero se le ocurrió la idea de que quizá los «trastornos de salud» de sus madres respectivas los habían acercado a Louis y a ella. Se parecían mucho. Es difícil sobrevivir a las madres locas.

* * *

Al anochecer del 27 de diciembre, las atracciones de feria ocupaban una parte de la place de la Bastille. Sylvia había llegado antes de la hora y estaba mirando los coches de choque. El aire punzante la ayudaba a no desfallecer allí, sobre la acera. A las siete cruzó la calle hasta el café Français, donde Louis había quedado con ella. Lo vio sentado, absorto en un periódico vespertino. Avanzó, y él levantó los ojos y dobló el periódico. Acercó un asiento para invitar a Sylvia a sentarse a su lado, pero ella prefería estar enfrente. Sus habituales problemas de escenografía.

—¿Estabas furiosa porque no te he llamado? —preguntó con esa ingenuidad llena de suficiencia que no se disculpaba, pero observaba los estragos con actitud traviesa.

Se alegraba de que fuera ella quien hubiera llamado una vez más. Acertaba al contar con su masoquismo. En la guerra que los ocupaba se sentía el más fuerte y no tenía intención de ceder.

—Furiosa no es la palabra, creo que estaba triste —respondió Sylvia, que no pedía explicaciones.

Él se las dio de todos modos:

—He preferido no llamar porque no sirve de nada. Y me cuesta demasiado decir que no.

Sylvia se preguntaba por qué había ido y cuándo dejaría de ser una idiota.

—Todavía no has contestado a mi primera pregunta. —Louis sonrió clavando la mirada en los ojos de Sylvia.

Ella se la sostuvo.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué has vuelto?

—¿Vuelto? ¿He vuelto?

Esta vez la sonrisa de Louis desapareció. Bajó los ojos. Se avergonzaba de su imprudencia. Se había mostrado muy seguro de sí mismo. Sylvia sentía que lamentaba su arrogancia, pero no dudaba que se la haría pagar.

—Bien, no has vuelto, pero insistes en verme y me gustaría saber por qué.

—¿Por qué? ¿Tendría que haber una razón especial?

—¿Has dejado a alguien, alguien te ha dejado?

—He dejado a alguien, pero de eso hace ya un año.

—Y ahora no estás con nadie.

—No. ¿Y tú?

—No estoy con nadie de momento, pero en materia de amor estoy ocupado.

Sylvia repitió sus palabras como una tonta, desconcertada por la curiosa expresión. La encontraba fea, pero eso no le impedía sufrir. Estaba enamorado. Pensó que había sido arrogante por su parte no considerar esa posibilidad, ni plantearse tampoco que él pudiera estar no solo «ocupado» pensando en alguien, sino del todo comprometido en una relación. Había ido a recibir golpes, y se los iban a dar.

—¿Y por qué no estás con esa personas de la que estás enamorado? —le preguntó.

—Es por mi culpa. De hecho no sé si quiero estar con alguien —dijo él mirándola a los ojos—. Sabes, lo nuestro, tú y yo, es caso cerrado, ¿comprendes? Es una historia terminada.

Sylvia dijo que lo comprendía. Louis echó un vistazo al reloj y dijo que lo esperaban. Sylvia había dejado espacio para los cuchillos, ¿por qué se detenía Louis a medio camino del corazón? Él se levantó y ella no hizo nada por retenerlo; tenía miedo de que, si se movía, su sangre se derramara sobre las baldosas del café. Se oyó murmurar «bien», pero seguía sin levantarse. Él tampoco se iba, ¿a qué esperaba? ¿A que ella se pusiera en pie para ver su sangre correr por el suelo? Finalmente se dirigieron juntos hacia la puerta. Al salir, el frío los envolvió con brutalidad y Louis se alzó el cuello en un gesto que Sylvia reconocía bien. El rostro de Louis se crispó un poco. Le habló de la proyección de una película la semana siguiente y de que después él moderaría el debate. Si quería ir... Ella respondió «quizá». Louis había creído que ella aprovecharía la ocasión de volver a verlo.

La semana siguiente, muy decidida a acabar con el masoquismo, Sylvia no acudió a la proyección. Poco antes de que empezara, Louis la buscó con la mirada, y luego consideró que estaba bien que no hubiera ido. Proyectaban *Gertrud*, una película que habían descubierto juntos en los tiempos en que no se veían más que para ir al cine. Más tarde, cuando fueron algo así como una pareja, ella le había confiado que, después de la película, había tenido unas ganas terribles de que él la cogiera entre sus brazos. Se había identificado tanto con Gertrud que había estado enferma durante tres días. Louis recordaba que Sylvia decía: «Los hombres no aman de verdad a las mujeres, a veces las adoran, pero no las aman».

Al día siguiente de la proyección, Louis llamó a Sylvia. Quería saber por qué no había ido. Ella no quería imponerle su presencia ahora que sabía que estaba enamorado de alguien.

—No me habrías impuesto nada, fui yo quien te invitó.

—Ya lo sé, pero quizá no tenía ganas de ver a esa persona de la que me has hablado, creo que me habría hecho sufrir y quise ahorrármelo.

—Esa persona no estaba allí.

—Sí, pero podría haber estado.

—¿Y al final qué hiciste?

—Estuve trabajando.

Sintiendo que el momento era favorable, y en flagrante contradicción con todas las resoluciones que había tomado e incluso con lo que le había dicho a Louis instantes antes, Sylvia lo invitó a cenar en su casa el sábado siguiente. Al colgar, él se arrepintió terriblemente de haber aceptado y se habría azotado si hubiera tenido un látigo a mano. A Sylvia, por su lado, le entraron ganas de dar saltos de alegría, pero los cuchillos en el corazón se impusieron a su recuerdo. No había que hacer movimientos en falso.

Aquí está. Come como un adolescente hambriento. Me pregunto si no lo hace a propósito, si no es una forma de añadir encanto rústico, recuerdo de neandertal. Le vuelvo a hablar de los días que pasamos en casa de su abuela.

—¿No te acuerdas ni siquiera un poco?

Estoy buscando los golpes, cualquiera diría que nunca tengo bastante. Él contesta:

—Sí, vagamente, en fin, se mezcla con otras temporadas en las que tú no estabas.

Ya que he llegado hasta aquí, me lanzo contra el muro y digo sonriendo:

—A fin de cuentas, es una suerte que no te acuerdes de mí; es como si nos conociéramos ahora.

Deja de comer, tan alucinante le parezco. Continúo:

—Decías que era caso cerrado, terminado, pero, ya que no hubo nada, no hay nada que volver a empezar, podemos empezar.

Él dice con firmeza:

—No, no podemos, porque yo me acuerdo a pesar de todo.

—Si me conocieras hoy, ¿me amarías?

—No puedo saberlo. Tú perteneces al pasado. Intentas revivir algo que está muerto. No quiero revivir ese momento contigo porque, te lo aseguro, no fue tan bueno como te lo imaginas ahora.

Dice también que el amor es algo distinto de imaginar que se ama y de querer el deseo del otro; parece que sabe de lo que habla y, como sabe lo que de verdad es el amor, lo que no es y lo que debe ser, no me queda más remedio que callarme. Pero no puedo evitar hablar, digo De acuerdo, tienes razón, pero ¿por qué nuestro pasado tendría que hacer imposible nuestro presente? Dice Me amas solo porque crees que me amaste hace tiempo y te fascina el mundo antiguo, pero, acuérdate, fuiste tú quien se marchó. ¿Por qué te marchaste, por cierto? Y no, no, no quiero saber. Ahora tienes más años y crees que te has perdido algo, y quieres recuperarlo, pero es una ilusión. Se levanta, dice Tengo que irme, yo lo miro; no comprendo, digo, no puedes irte ya. Él dice Tengo algo que hacer. No puedes tener algo que hacer, no ahora mismo. Coge la chaqueta. No quiero quedarme en esta sala a solas contigo, en esta situación, con algo entre nosotros que tú quieres que exista pero que no existe porque yo no quiero que exista, ¿voy a tener que explicártelo otra vez? ¿Por qué explicarlo todo siempre?

Porque no le harías esto a un amigo. Lo haría, tal vez, incluso creo que lo he hecho. ¡No le harías esto a un amigo! No se lo harías siquiera a alguien a quien apenas conocieras. ¡No se lo harías ni siquiera a un perro! Él dice No llores y yo lloro. Digo Cógeme entre tus brazos solo un minuto, solo un instante; él dice No puedo, duda, pero lo hace y estoy entre sus brazos, su mano en mi espalda y mis labios en su cuello, y lo beso, tiemblo y tomo lo que se puede tomar, y vivo y es maravilloso, solo un instante, tengo el cielo entre los brazos, tengo el infierno en el corazón con los cuchillos muy al fondo, y me estrecha un poco, apenas, pero un poco de todos modos, y siento que él también tiembla antes de retroceder y marcharse y huir, se ha acabado y me muero, tengo ganas de aullar, una vez más, pero no digo nada, me callo, él dice Me voy, yo digo Ven otra vez, él dice No, pero vuelve otra vez, y me abraza, y estoy en sus brazos y siento que tiembla y sé que tiene miedo y se va y esta vez se va de verdad, digo Esto me hace bien, y él dice A mí me hace daño, porque no te amo, amo a otra. Se pone la chaqueta, ya baja por las escaleras, se apoya en la pared, como si fuera a caerse, como si estuviera herido, como si fuera a morir. Mis piernas esbozan un movimiento para llegar hasta la ventana, mis piernas ya corren, aunque trabadas por mi mente, que no quiere pero que a todas luces no puede evitarlo. No quiero asomarme, no quiero mirar al que pronto va a salir al patio. Mi torso está erguido detrás de la ventana, miro enfrente las luces encendidas, podrían distraerme, hacerme pensar en otra cosa, ahora debe de haber llegado abajo, si calculo bien, si baja al ritmo de un escalón por segundo, debe de estar pasando por delante de los buzones, y mi torso sigue impecable, rígido de dignidad perdida, pero, ya que todo ha acabado, tanto da que me asome para verlo atravesar el patio por última vez.

Lo mejor ahora mismo sería quitar la mesa, lavar los platos, guardarlo todo para no sentirme culpable por no haber hecho lo que hay que hacer. Mamá dice siempre que hay que recogerlo todo en cuanto se van los invitados, para quitárselo de encima. Pero es preciso hacerlo con método, no olvidar nunca esto: cuando no queda nada, queda el método, así que empecemos por los platos, coloquemos encima los cubiertos y llevémoslo todo a la cocina. Una vez superada la primera etapa, me sentiré mejor. No, en absoluto, me siento aún peor, solo tengo ganas de dejar caer los platos en el parquet, mira para qué sirve el método. Pero, bueno, continúo perseverando en el método y haciendo tabula rasa, hasta que no quede huella de su paso. Hacer como si no hubiera estado aquí hace una hora, sentado frente a mí, pero no, no puedo olvidar, porque a pesar de todo me ha cogido entre sus brazos. Seguramente llamará para disculparse u otra cosa; hasta entonces, hay que dormir, trabajar, ser prudente, no caer enferma hasta que se produzca el milagro que no puede no suceder, algunas cosas son designio de la providencia. A veces creemos que todo está perdido, pero no es verdad, es solo pereza de la mente, incluso un error, y, por decirlo todo, una falta, el gran pecado es desesperar.

Me había dado todos los detalles del itinerario para llegar a su casa. El código de entrada de la verja, los dos patios seguidos que debía atravesar y luego el segundo código, frente a los buzones.

—Parece complicado —dije.

—No, es muy sencillo. Solo parece complicado porque te doy los detalles. Si sigues las indicaciones no puedes perderte. A veces las cosas parecen sencillas porque no tienes toda la información, y es entonces cuando los itinerarios resultan complicados.

Dije «bueno» y me dieron ganas de reír. Al ir a su casa he comprobado que ella tenía razón.

Sin duda, en su deseo de atiborrarme, de inmovilizarme, probablemente Sylvia había preparado comida para diez personas. Esa noche, me sentía obligado a dejar que me diera de comer esa mujer que era evidente que había dedicado el día entero a la comida que me ofrecía. Aterrorizado, pero no obstante hambriento, eché una ojeada, que pretendía fuera más circunspecta que concupiscente, a la exhibición de futuros ágapes. Ella había puesto *Astral Weeks*, que debía traernos recuerdos, y así fue, aunque yo negara con firmeza recordar que le hubiera regalado ese disco que recordaba muy bien que le había regalado. Se lo hice oír por primera vez en Rammerthann, en la habitación de las camas gemelas. Pero no era cuestión de remover el pasado. Me agota con su manía de mirar siempre hacia atrás y construir mausoleos. Puse punto final al disco de Van Morrison por considerarlo demasiado peligroso; nos habría llevado a dar libre curso a los recuerdos, «qué buenos tiempos, te acuerdas, cuando nos amábamos y tú me mirabas como si yo pudiera mantener a raya a los horrores del mundo».

Buscamos por todas partes *Aftermath*, pero no logramos dar con él, de hecho ella acabó por confesar que seguramente lo había dejado en casa de ese tipo, el otro, el médico, el exfuturo marido, ya no me acuerdo de su nombre, aunque ella me lo dijo. Cruzo a grandes pasos el salón, sobre todo que no se imagine que voy a sentarme a su lado en ese maldito sofá. Frente al sofá hay un sillón y calculo que si me siento en él mantendré una distancia de seguridad razonable, así que me siento frente a ella y en su rostro adivino la magnitud de la consternación, es posible que haya conseguido fastidiarla y ahora preferiría que me fuera. Me mantengo en equilibrio en la superficie de una conversación extraordinariamente insignificante. Ella levanta la vista hacia mí, no, no me mires así, por favor. Propone que nos sentemos a la mesa y, en efecto, es lo mejor que podemos hacer. Va a la cocina, dice que puedo seguirla si quiero, entonces la sigo, me apoyo en el frigorífico, la veo preparar la comida, en la pared frente a la nevera hay un calendario con una foto de Mick Jagger y de Keith Richards, yo ni siquiera sabía que eso existía, los Stones transformados en pin-up y colgados en

la pared de la cocina, me parece increíblemente impertinente. Ella contesta que ya lo sabe, pero que no puede ponerlos en el salón ni en la habitación, porque ya no está en la edad. Es verdad, ya no está en edad de poner carteles de los Stones en su habitación, pero ¿es ese un motivo para ponerlos en la cocina?

Con un plato en cada mano, vuelve al comedor y yo la sigo. Aunque solo somos dos, ella encuentra el modo de liarse con los sitios que debemos ocupar en la mesa, y cuando me dispongo a sentarme frente a la ventana me propone que me ponga más bien de espaldas a la ventana porque es más práctico para sus idas y venidas. Está bien, accedo a sentarme donde ella quiera. Como, está muy bueno, se lo digo, se pone contenta. Cuando vuelve a la cocina la sigo de nuevo, ya que estoy aquí, más vale estar con ella.

Pero después del postre, digo Me voy. Como ya estoy de pie no he tenido que levantarme. Pero su rostro se desgarró. Dice No puedes irte así.

Va a echarse a llorar, llora, quiere que la coja entre mis brazos, yo digo No, me marchó. ¿Por qué?, pregunta, yo contesto No quiero que estemos en una situación... Ella pregunta: ¿Qué situación? Una situación, sabes muy bien de qué hablo. No quiero tocarla pero tampoco puedo decírselo, no como si fuera una apestada. Pero no quiere comprender, se acerca y yo retrocedo, luego vuelve a avanzar y yo no retrocedo. Da un paso atrás, como si renunciara. Pero de nuevo me pide que la coja entre mis brazos, entonces, en vez de retroceder, avanzo y la abrazo. Ella apoya la cabeza en mi hombro y me besa en el cuello y yo paso la mano por su espalda y siento todo su cuerpo junto al mío, pero eso no puede durar y aparto los brazos que la estrechaban un poco y me alejo de ella, ahora nos separan diez metros, no puede pasar nada. Ella dice Cógeme entre tus brazos una vez más, solo un poco, y yo digo No, pero la vuelvo a coger entre mis brazos. Apenas siento su cuerpo, pero es tan fuerte que me hace daño y me aparto, y esta vez me voy de verdad, llego a la puerta, la abro, y pronto estoy en el rellano. Adiós, hasta mañana, buenas noches, no sé lo que digo, bajo por las escaleras, cruzo los patios uno tras otro y estoy en la calle, la noche lo envuelve todo y yo corro, me voy, huyo lejos de ella, no quiero volver a verla nunca más.

Me llamó al cabo de ocho días para disculparse por la manera en que se había marchado, y añadió que de todos modos era «también culpa» mía.

—Veámonos con tranquilidad, Sylvia, en un sitio neutral, ni en tu casa ni en la mía. ¿Qué te parece?

Quedamos en un café, en Corvisart, ¿por qué Corvisart?, lo he olvidado. Era un día gris, estábamos sentados el uno frente al otro y habíamos decidido ser amigos.

Pero antes que nada tiene que ayudarme a deshacerme de mi amor por él.

Empieza por explicarme que no es a él a quien amo, y cree que ese es un punto decisivo. No le llevo la contraria, respondo Claro que no es a ti quien amo, solo faltaría eso. Y tampoco me amabas antes, prosigue. Pero ahí yo me sublevo. ¿Crees que habría ido contigo a casa de tu abuela si no te amara ya? ¿Crees que voy a casa de las abuelas de todos los tíos que conozco en las fiestas? ¿Crees que voy a ver *Los desnudos y los muertos* con todos los imbéciles que se presentan? Él dice No nos conocimos en una fiesta, sino en un concierto. Es verdad, y nadie me ha hecho nunca la corte de un modo tan absurdo como tú. ¡*Los desnudos y los muertos*! Y río. Él responde Yo nunca te he hecho la corte, nunca he hecho la corte a nadie. ¡Ni siquiera sé cómo se hace! Haces bien en decirlo, no me había fijado. ¡Y ahora quieres poner a prueba mi paciencia y quieres vengarte de mí porque te dejé y porque eres incapaz de perdonarme! No eres más que un niño lleno de orgullo. ¿Y por qué tendría que creer de repente en tu absurdo amor, tu amor de chica que se aburre? Eso es lo que eres, una chica con título universitario amuermada que deja a los tipos para distraerse. Eso no hace honor a tu brillante cerebro. ¿Es que cuantos más estudios tienen las mujeres más idiotas son? ¿No te sientes mal? Sí, me siento mal, me siento mal por todas las mujeres que se enamoran y se vuelven idiotas, porque la verdad es que son los hombres lo que vuelve idiotas a las mujeres. Sin los hombres, las mujeres serían seres totalmente razonables, seres perfectos diría incluso, y autosuficientes. Pero las mujeres se enamoran de los hombres y en ese momento pierden la cabeza, el cerebro se larga, literalmente, de su cabeza y no sé adónde se va. Los hombres son nuestro castigo, nuestro verdadero castigo por la historia del árbol de las manzanas. No tenemos honor desde hace tiempo, hace siglos que da igual parecer idiota, de algo tiene que servir que seamos unas cabezas de chorlito ante el Padre Eterno, y el árbol de las manzanas y la hoja de parra, y hace millones de años que eso es así y que damos a luz con dolor. Dice Me parece que nos estamos apartando del tema. Se rasca la cabeza, se va a dar una vuelta a los servicios del café. Permanezco sentada, mi cerebro, o lo que queda de él, va de un lado a otro de mi cráneo, quisiera estar en los brazos de Louis y que todas las manzanas cayeran del árbol de una vez por todas, no tengo inconveniente en ser culpable, después de todo, qué me importa. Bailaré delante del árbol de las manzanas, me pondré las plumas de la serpiente sobre la cabeza, me reiré con todos los colores, haremos un fuego con el azul, Dios participará en la fiesta si quiere, y si no quiere, pasaremos sin él.

Otra vez estamos en casa de Louis, en el convento de las clarisas. Habíamos decidido que ni en su casa ni en la mía, pero nunca hacemos lo que hemos decidido. Todo va bien, hablamos como los viejos amigos en que nos estamos convirtiendo; pero cuando menciono los pasteles del domingo después de la misa y las fresas que comimos en casa de la abuela Adélaïde, él hace un gesto vago e indescriptible.

—Eso queda muy lejos, no me acuerdo.

—¿Por qué siempre alardeas de haberlo olvidado todo? ¿Encuentras alguna satisfacción en eso?

—No, pero tú te acuerdas por los dos, Sylvia. Veneras el pasado y embelleces tu Antigüedad grecorromana, eres incapaz de vivir en el presente, no significa nada para ti, salvo la posibilidad de tener otros recuerdos más adelante. Es como las magdalenas mojadas en el té del otro, tu Gran Escritor.

—Bueno, ya que hablas de él, he leído en alguna parte que en la realidad no eran ni té ni magdalenas, sino pedazos de tostadas en una tisana.

Louis hace un gesto de desagrado.

—Tostadas en tisana, es verdaderamente repugnante.

—Sí, lo arregló. Debió de decirse que la magdalena quedaría mejor. Ya ves, tuvo razón, y eso, no cambia nada en el fondo.

—El fondo es que tú vives en el pasado, y a veces incluso en el de los otros. A lo mejor has leído tanto al Gran Escritor que su pasado se ha convertido para ti en una especie de mitología y no consigues diferenciar su infancia de la tuya.

—Pero por suerte aquí estás tú, hombre del presente y del futuro, para evitar que me pierda en artificios inútiles.

—Eso es, búrlate de mí, al menos yo no deliro reconstruyendo cosas que no existen, inventándome una infancia y los pasteles que van a la par con ella.

Lo miro y no comprendo lo que dice.

—¿Sabes por qué te gustan tanto los recuerdos de infancia de los demás? Porque en realidad tú no tuviste infancia. Ni tampoco pasteles, porque tu madre no los hacía, y todo lo que me has contado sobre las grandes meriendas de tu infancia no eran más que mentiras.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tu padre me lo ha dicho, tú ni siquiera has tenido valor, y me has hecho creer que yo era el único que tenía una madre que no era muy normal. Has sido desleal conmigo desde el principio. Por otro lado, tu amor por mí se parece a tu sueño de Davos, una existencia paralela y quimérica. Es algo que no existe y tampoco me incumbe, porque soy un tipo real, imagínate, aunque debo admitir que a veces yo mismo lo dudo un poco.

Le pregunto quién le ha hablado de Davos. Se muestra triunfante.

—¡Ya ves, yo también me acuerdo! Fuiste tú quien me habló de Davos, pobre hija mía. —Ahora se pone a hablar como mi madre—. Recuerdo que un día me hablaste de tus fantasías del sanatorio, que habías soñado mucho tiempo con tener tuberculosis y que incluso una vez intentaste tenerla, pero no funcionó.

—Tú también intentaste volverte loco con la hora de verano y tampoco funcionó, lo que demuestra que tenemos el mismo tipo de recuerdos.

—¿Y qué? ¿Es motivo suficiente para que comamos pasteles juntos hasta la muerte?

Como si se ahogara, Louis se dirige hacia la puerta, sale y la cierra tras de sí. Dura unos dos o tres minutos, durante los cuales estoy sola mientras él se ha ido no sé adónde. Pero se ha olvidado de que estamos en su casa y forzosamente tiene que regresar porque se da cuenta de que no ha cogido la llave y yo no puedo irme porque veo que la llave está dentro y si me voy cerrando de golpe se quedará encerrado fuera. Nuestras miradas se cruzan y nos da un ataque de risa incontenible.

* * *

Esa noche dormimos el uno al lado del otro, como en el pasado. Me he despertado antes que Louis, muy pronto, igual que entonces. Le he visto abrir los ojos y posarlos en mí. Se ha levantado de la cama de un salto, como si hubiera visto al demonio en persona. ¿Qué haces aquí? No obstante, y a menos que me equivoque, no estaba borracho anoche. Me levanto. Dice ¡Vete! Yo digo Pero ¿qué te pasa? ¿Qué he hecho ahora? Has traicionado mi confianza. Y yo me sublevo, pero tú me dijiste que me quedara a dormir si quería. Dice que debía haberme negado, que eso iba contra todos nuestros acuerdos previos. ¿Nuestros qué? Él repite: Nuestros acuerdos previos. No tengo que vestirme. Me doy cuenta de que me he acostado tal cual, sin duda para no asustarlo. Cojo el abrigo. Todo es culpa mía, como de costumbre, ¿no es verdad? ¿Sabes qué? Eres un enfermo grave. Deberías volver a ver al doctor Ferenczi. Él repite Vete, no quiero verte más, vuelve a tu casa, o vete a donde quieras y no me vuelvas a llamar nunca, nunca ¿me oyes? Me coge del brazo, me lleva al rellano y cierra la puerta. Oigo girar la llave en la cerradura. Tengo prisa por salir. Afuera el fresco me sienta bien y decido regresar a casa a pie.

Las dos semanas siguientes dormí aún peor que de costumbre y siempre eran noches estriadas por sueños plagados de imposibles, de escaleras que no podía subir, de puertas que no podía abrir, de listas en las que mi nombre siempre estaba ausente. Total, noches ridículas, tan vanas, inconsistentes e indescifrables como muy inteligibles, evidentes; mi inconsciente a cielo abierto, no queda nada que elucidar, todo está dicho, todo está consumado, tragado y escupido después, era necesario que eso sucediera en alguna parte. Hundida en mi cama, adivinaba el alba gris a través de las cortinas y sabía que el día que vendría sería igualmente gris, y un poco beis, quizá, al principio de la tarde, un día de tonos poco sólidos y de claridad entre dos nubes. Después pienso en los cacharros que me esperan en el fondo del fregadero. Lo real resiste y no permite que lo deje de lado durante mucho tiempo, pausa de existencia, duda metafísica, no es broma, lo real prolifera, aunque empobrecido, ínfimo, indigente, inclinémonos ante la fuerza de lo que hay, y decido levantarme.

De todos modos, titubeo. Al llegar a la ventana, aparto las cortinas. Por encima de las casas, nubes de un blanco cicatero se deshilachan y arañan el cielo. En la cocina, decido abordar el fregadero y me pongo guantes de goma rosa. Ya que estoy aquí, más vale hacer lo que hay que hacer, estoy en lo real, yo también, a mi modo, que sin duda se aparta de lo normal, pero hay que apañárselas, qué otra cosa se puede hacer, o bien morir enseguida.

* * *

Antes de llegar a esos extremos, volví a darme baños fríos, piedra angular del método del doctor Blanche, un eminente facultativo del siglo XIX, experto en restablecer los cuerpos más enfermos y las mentes más extraviadas. Según el doctor Alfred Blanche, el baño frío era, en el sentido estricto del término, una panacea. Era bueno para todo, calmaba los cuerpos temblorosos, los deseos inoportunos, y disuadía cualquier ansia de subirse por las paredes o de lanzarse por la ventana. Era exagerar las virtudes del tratamiento. Después de cinco días de dicho régimen, a razón de dos baños de un cuarto de hora, uno por la mañana y otro por la noche, mi cuerpo se rebeló por medio de una angina blanca y una bronquitis. Días más tarde, como de hecho demostré no ser capaz de tomarme la temperatura a horas fijas, mi madre exigió que volviera «a casa» para que me cuidaran como es debido. Fue así como me encontré en casa de mis padres, en Daumartin, y acurrucada en mi cama de soltera, sepultada bajo el edredón, me convertí de nuevo en un bebé.

* * *

En cuanto Sylvia cruzó el umbral de la casa familiar, la madre recuperó su imperio. Charlotte recobró, con la presencia inesperada de su hija enferma, un ímpetu vital que nadie veía en ella desde hacía tiempo. Después de todo, Charlotte había tenido una buena inspiración al incitar a Sylvia a que fuera al campo para que la cuidaran, pues además de no tomarse la temperatura a horas fijas, tenía tendencia a adaptar las prescripciones y, en cuanto se encontraba mejor, cometía alguna imprudencia y comprometía la curación exponiéndose, por ejemplo, a las corrientes de aire porque le daban la sensación vivificante de que se hallaba a la orilla del mar. En lo cual se ve que, entre el mar y la montaña, Sylvia seguía viajando mucho con la imaginación.

Tras unos días comiendo como un bebé, caldos, purés y compotas, todos alimentos regresivos, totalmente justificados por la inflamación de garganta, Sylvia se rebeló. Se sentía mejor y, animada por la mejora, se incorporó, apartó el edredón y se presentó en la cocina declarando que tenía hambre, quería comer algo sólido y después volver a casa. Charlotte se encogió, su espalda se encorvó y el rostro se le puso gris ante tanta ingratitud. Sylvia fue inflexible, no podía seguir enferma para

complacer a su madre. Resistió la tentación de los baños fríos, si bien le inquietaban las represalias de su neurosis, pues ¿no era esta rica en ideas nuevas? Sylvia se sabía llena de recursos cuando se trataba de torturarse. Sin embargo, se alegraba de evitar la camisa de fuerza, al menos por esta vez.

* * *

Más terapéuticos que los baños fríos, menos pesados que la vigilancia de su madre, el trabajo y el regreso a la facultad apaciguaron a Sylvia. Con la excepción, sin embargo, de que un brillante alumno de primero, Cyprien Clerc, le recordaba a Louis en la época en que lo conoció. A decir verdad, el parecido no era tan llamativo, pero todos los alumnos jóvenes y guapos le recordaban a Louis. Debía de ser una historia platónica, se decía divertida, mientras recordaba fragmentos del curso de filosofía del último año de bachillerato, mejor o peor asimilados y que mezclaba con sus reflexiones del presente. Quizá los seres jóvenes y hermosos eran, cada uno a su modo particular, la manifestación visible de una misma y única belleza más allá de lo sensible, y tal vez ese sustrato común a todas las apariencias bellas era lo que Sylvia reconocía en esos jóvenes, como la había reconocido antaño en Louis. Pero desde entonces tenía grabado en la memoria el rostro de Louis entre los veinte y los veinticinco años, y el recuerdo imborrable que guardaba de él en esa época había dejado de ser solo una apariencia hermosa entre otras para convertirse en el paradigma de toda juventud y toda belleza. Sylvia no se engañaba con sus elucubraciones platónicas y había mucha distancia irónica en su forma de recurrir a Alcibíades y al Platón de *El banquete* para ver más claro su propio gusto por la belleza, según ella una tortura más dionisiaca que apolínea. Pero lo más importante para Sylvia no eran tanto sus vagos recuerdos de las lecturas platónicas como la convicción turbadora de que el brillo propio de la juventud tenía que ver con la muerte. Al igual que las dulces noches de primavera y verano son a menudo más conmovedoras y melancólicas que todos los atardeceres de invierno, le parecía que la muerte operaba más en la eternidad precaria de la juventud que en las siluetas encorvadas de la ancianidad. Tal vez porque estas últimas estaban en cierto modo muertas desde hacía tiempo, mientras que los jóvenes estaban muriendo.

Pero la inquietud que Cyprien le provocaba no duró; una tarde de abril, el guapo y brillante joven fue a verla y, tras algunas preguntas relacionadas con las clases, quiso hacerla partícipe de sus proyectos de futuro. Fue así como Sylvia se enteró de que deseaba trabajar en las finanzas. Reflexionó unos instantes en silencio, sin ocultar su extrañeza, y quizá su decepción. Se limitó a decir:

—No sabía que quisiera dedicarse a eso.

—¿Nunca se lo ha planteado? Para usted, quiero decir. Se puede ganar mucho

dinero.

—Sí, eso he oído. —Sylvia sonrió—. Pero nunca he visto en las matemáticas un medio de ganar mucho dinero. En realidad, nunca lo había pensado.

Sintiéndose autorizado, ya que la conversación había excedido las cuestiones de clase, Cyprien le propuso ir a tomar un café. Ella rehusó, porque deseaba mantener cierta distancia entre profesor y alumnos. No obstante, el día anterior quizá la hubiera turbado o halagado la invitación del muchacho, pero esa tarde, después de que la informara de su proyecto de hacer carrera en las finanzas internacionales, el encanto de la belleza y de la muerte cesó de repente. La belleza, fuese la de Cyprien o la de Alcibíades, nunca sería suficiente sin el bien y la verdad, que lamentablemente no siempre eran tan evidentes como podía serlo la belleza de un rostro y un cuerpo. En el metro, Sylvia se sorprendió sonriendo al pensar en Alcibíades, cuya belleza no había bastado a Sócrates, pues era otra cosa lo que buscaba, y llegó a casa apaciguada y casi alegre.

La estancia en el convento de las clarisas pronto llegó a su fin y a Louis le daba verdadero miedo dejar el sitio al que se había acostumbrado. Lo agobiaba la obligación de encontrar otra vivienda. De vez en cuando se conectaba a internet y miraba las páginas inmobiliarias. Al cabo de unos diez minutos, apagaba el ordenador, totalmente desanimado. Acuciado, se puso en acción en el último momento y se decidió muy pronto por un apartamento de dos ambientes en la rue des Wattignies, a medio camino entre la porte de Charenton y Daumesnil. Marc le ayudó a trasladar lo poco que poseía, libros y discos, pero ni un solo mueble. Una noche, celebró una especie de inauguración a la que solo convidó a dos personas: Marc y Étienne. La segunda novela de Étienne había tenido éxito. Lo habían invitado a un programa literario en la televisión y se había convertido en un autor conocido en los medios intelectuales de moda. Ahora realizaba una crónica en un programa de radio, en el que podía tratar a la vez temas políticos y artísticos. Étienne era culto y polivalente. Se sentía muy cómodo, tenía una opinión sobre todo y sabía hacerla valer. Su retórica y su inamovible sonrisa ocultaban mal cierta suficiencia, al menos cierta satisfacción con su propia persona. Étienne escondía una ambición y un narcisismo sin límites detrás de unas opiniones democráticas y libertarias. Declaraba orgullosamente que le gustaba el desorden, la leonera, el pandemónium; era su manera de dar a entender hasta qué punto era un gran humanista. Como sabía caer bien, en *La Revue* se empezaba a decir que era un artero. Louis había comprado platos chinos en un restaurante del barrio y los tres comieron con buen apetito mientras trataban los temas más variados: la tercera crisis del petróleo, la transferencia de las riquezas de Occidente a los países emergentes y los países productores de petróleo, la incapacidad del Viejo Mundo para construir Europa, la incuria y la corrupción de las élites. Después, cotilleos sobre la gente del cine. Un

realizador había dejado a su mujer, realizadora, que iba por la decimonovena depresión nerviosa.

Hasta el final de la cena Louis no abordó el tema de sus dificultades con Jean-Jacques Bordenave, el director de la redacción. Ese cretino había pedido un artículo a un filósofo de tendencia vagamente estructuralista. Tenía un tufo de los años setenta y estaba tan mal pergeñado que era probable que, cuanto más lo trabajara el pensador, peor saliera el artículo. Louis había enviado un mail a Bordenave para expresar su desacuerdo, pero este se mantenía en sus trece. Louis estaba furioso y consideraba que Bordenave desvirtuaba, una vez más, el proyecto editorial de *La Revue du cinéma*. Étienne señaló que el proyecto editorial carecía de definición desde hacía cierto tiempo... Louis, ofendido, lo tomó como un ataque personal y replicó que él luchaba sin claudicar para que Bordenave no impusiera artículos de gente que sabotaba *La Revue*. Étienne admitió que Bordenave utilizaba *La Revue* como un instrumento de autopromoción social. Lo que los muchachos no dijeron es que en cierto modo ellos hacían lo mismo. Todo el mundo afirmaba ser heredero de los padres fundadores, pero el legado estaba agotado y todo el mundo quería sacar el máximo provecho posible.

En cuanto a Louis, siempre olvidaba mencionar lo que le debía a Jean-Jacques Bordenave, que lo había nombrado redactor jefe. Se justificaba en el tribunal de su conciencia alegando que todo cuanto hacía era por el bien de *La Revue*. Por otro lado, estaba auténticamente convencido de que era el único capaz de salvar la publicación, que tenía todavía una imagen prestigiosa pero cada vez menos lectores. Decía a sus amigos y a los demás redactores, entre los cuales intentaba desde hacía meses encontrar aliados, que *La Revue* debía adaptarse a los cambios que experimentaba el cine. Cambios que exigían que no se quedaran anclados en posiciones teóricas cada vez menos aceptadas. Al mismo tiempo, adulaba esas teorías que en cierta manera le habían proporcionado su legitimidad. Por eso la retórica de Louis se mantenía acrobáticamente entre dos partidos, en una disputa un tanto trasnochada entre los «antiguos» y los «modernos», aunque unos y otros se tomaran muy en serio. Cualquiera que fuese su tendencia, algunos críticos superaban en narcisismo a los artistas, que en muchos casos se consideraban genios. Lo más mortífero en esa sociedad cerrada y celosa de sus prerrogativas no era tanto el dogmatismo doctrinal como el narcisismo que subyacía en él, en lo cual esa pequeña sociedad se parecía al resto del cuerpo social. A veces las convicciones no eran más que posturas alineadas con una ideología que se apoyaba a su vez en un posicionamiento de marketing personal. Las críticas debían menos a un gusto auténtico, en lo secreto de la mente y el corazón, que a la anticipación más o menos perspicaz de la posible victoria narcisista. El marketing y el narcisismo se habían convertido en la ideología de todos.

También estaba muy extendido el temor a cometer una pifia que despertara recelo, en un mundo en el que reinaba con rigor lo políticamente correcto y se vigilaban unos a otros. Lo políticamente incorrecto no necesariamente era mejor,

todas las posturas se anulaban unas a otras para que solo salieran triunfantes los egos de quienes participaban en los medios de comunicación. El mundo se dividía pues entre los que fabricaban las imágenes o estaban dentro de ellas y los que se limitaban a mirarlas.

Étienne seguía saliendo con Patricia, mientras que Marc quería conquistar a una muchacha que había conocido una semana antes en el cine. Iba a verla al día siguiente. Ya había dicho lo mismo a propósito de otras chicas, pero todo quedaba siempre en nada, y Louis, por delicadeza, no hacía preguntas. Era tanto más indulgente y discreto cuanto que él mismo no tenía nada que declarar. En realidad estaba la chica que le había mencionado a Sylvia. Existía de verdad y se llamaba Nadège Vasseur. Era una mujer de cuarenta y pico años, rutilante, responsable de prensa de películas «exigentes». Louis tenía la oportunidad de verla en las proyecciones y a veces en cócteles. Una «mujer de verdad», pensaba, no el sucedáneo de mujer que era Sylvia. Cuando Nadège Vasseur ponía una cruz junto al nombre de Louis en la lista de invitados, le dirigía una mirada llena de sobrentendidos. Él ya no era tan ingenuo como para no darse cuenta de que dirigía la misma sonrisa a todos los periodistas, incluidas las mujeres. Pero se prometía que un día sería solo suya. Lo que pudiera hacer con ella después le parecía secundario. Tenía entonces dos ambiciones claras: derribar a Jean-Jacques Bordenave para ocupar su puesto de director de la redacción de *La Revue* y recorrer el mundo de los cócteles del brazo de la guapa Nadège Vasseur.

La ambición devoradora y el ansia de trofeos amorosos que la acompañaba deberían haber movilizado toda la energía de Louis. Sin embargo, en ocasiones lo asaltaba la inquietud, y a veces la melancolía del atardecer le hacía entrever la vanidad de sus más caras ambiciones. Entonces se sentía desconcertado por la evidencia de su inanidad. ¿Cómo podía conceder importancia a objetivos tan mediocres? Esas noches, el malestar lo llevaba a la calle, y luego a una sala de cine, pero nada conseguía liberarlo de su sensación de vacío. A veces también pensaba en su madre. ¿Dónde podría estar en ese momento? ¿Cómo había envejecido lejos de él, lejos de su familia, lejos de Almstadt? ¿No volvería a verla antes de que muriera, antes de que muriera él mismo?

Un día Louis llamó a Étienne, y este, sintiendo su desamparo, lo invitó a ir a su casa, en la porte de Vanves, donde vivía en uno de esos edificios de ladrillo rojo contruidos junto a la Petite Ceinture y gestionados por la municipalidad de París. Con su nuevo estatus de autor de moda y cronista en los medios de comunicación, habría podido pagar un piso más céntrico, pero se preciaba de ser un «demócrata» y afirmaba que prefería vivir en un barrio popular. La verdad es que era de una

tacañería asombrosa y sobre todo quería seguir disfrutando del módico precio fijado por el organismo de vivienda de alquiler moderado, HLM, de la ciudad de París. Tenía la esperanza de que sus muy recientes relaciones en los medios de comunicación y los ámbitos de poder, una vez debidamente cultivadas, le permitieran acceder a un piso de precio moderado en un barrio más elegante. Hasta entonces, tenía la firme intención de quedarse en la porte de Vanves y no gastar ni un euro más, al tiempo que seguía exhibiendo su civismo virtuoso.

Aunque era hora punta, Louis encontró un asiento. Frente a él, una adolescente se pegaba estrellitas en las uñas. Seguramente iría a una fiesta o a encontrarse con su amigo, ya que era viernes por la noche. Cada vez que Louis iba a ver a Étienne, se acordaba de una tía de su madre que vivía en la rue Raymond-Losserand y a la que había que hacer una visita siempre que iban de Almstadt a París. La tía le regalaba unos pequeños rollos de regaliz y un tubo de pastillas de chocolate multicolores, los Smarties, que hacían furor en la época. Louis ignoraba si esas minúsculas golosinas de chocolate existían aún. Ya no veía a nadie comerlas, a pesar de la regresión general de las personas de su generación y su gusto inmoderado por los caramelos químicos de su infancia. En el trabajo, veía a dos de sus redactores atracarse de fresas Tagada y de ositos de chocolate. En la calle, chicas con treinta años cumplidos mordisqueaban collares de pastillas dulces y chupaban palotes Carambar. Quizá los Smarties no habían vuelto a ponerse de moda.

Si bien Louis conocía a Étienne desde hacía varios años, aún seguía preguntándose si su buen humor casi permanente, en ciertos aspectos sorprendente y escandaloso, era fruto de un carácter alegre o lo había conseguido tras una ardua lucha. Podría habérselo preguntado, pero sin duda temía, en el caso de que su amigo le confiara que combatía heroicamente una naturaleza rebelde y un temperamento atrabiliario, verse en la obligación de ponerse a trabajar consigo mismo. A decir verdad, el buen humor de Étienne nunca le había parecido ni sospechoso ni forzado, tampoco creía que se tratara de la suprema elegancia de una desesperación incurable, ni de una indiferencia patológica hacia el universo en su totalidad.

Étienne le preguntó si estaba un poco mejor desde que habían hablado por teléfono y Louis, ante el infatigable buen humor de Étienne, se sintió obligado a decir que sí, que se encontraba mucho mejor y que el trayecto desde su casa a la porte de Vanves le había servido de distracción. Étienne no se lo creyó y le informó de que estaba dispuesto a oír todo lo que tuviera que decirle. Louis, perplejo, sostuvo la mirada de Étienne. Luego bajó los ojos hacia su vaso.

—¿Qué te hace pensar que tengo algo que decirte?

—Nada en especial, era solo por si acaso.

—De hecho, estoy enamorado.

—¿De quién?

—Nadège Vasseur.

—¿Estás de broma?

—No.

—¿Nadège Vasseur? ¡Pero si es una vieja!

—No exageres.

—No quiero decir en sentido absoluto, pero te saca más de diez años. ¿Buscas a tu madre?

—No tiene gracia.

Nadie, ni siquiera Étienne, estaba al corriente de que la madre de Louis había desaparecido. Así que Étienne no pudo apreciar en su justo valor el sentido de la última frase de Louis.

—Nadège Vasseur, ¿no está con alguien? —observó Étienne.

—Albert Duse.

—¿El productor Duse?

Louis asintió con la cabeza.

—Entonces ¿qué esperas? ¿Ser su amante?

—No espero nada. Creo que tengo derecho a pensar en ella sin esperar nada.

—Ah, sí, de acuerdo, visto así, se entiende.

—¿Qué se entiende?

—Necesitas una especie de enamoramiento abstracto para distraerte.

—¿Distraerme de qué?

Étienne se limitó a alzar los hombros. Sonó el timbre. Era Audrey, la hermana de Étienne. Morena, de ojos castaños, no se parecía a su hermano, pero tenía la misma sonrisa que él. Louis volvió a preguntarse si esa desagradable alegría era de adquirida o el resultado de un gen común.

Audrey bebía a sorbitos el whisky que su hermano acababa de servirle. Louis miraba los largos pendientes color granate que colgaban de sus orejas. Antes de que Étienne recurriera a sus relaciones para colocar a su hermana en una revista femenina, Audrey había tenido una trayectoria que ella misma calificaba de caótica. Nunca había sabido lo que quería hacer. Con la esperanza de encontrar algo que le interesara de verdad, se había matriculado sucesivamente en lenguas orientales, en l'École du Louvre y en la facultad de historia contemporánea, en la que, por otra parte, había conocido a muchos estudiantes en una situación similar a la suya. No había logrado apasionarse por nada y lo había abandonado todo. Los padres pidieron a Étienne que le echara una mano. Fue así como Audrey entró a trabajar en una revista femenina y ahora daba consejos a las mujeres.

—Ahora todo se ha vuelto muy complicado —dijo.

—¿Cree que es más complicado ahora que antes? —le preguntó Louis, que consideraba que las relaciones entre hombres y mujeres nunca habían sido sencillas.

—Cuando las mujeres eran sumisas era más sencillo, no cabe duda.

Louis esbozó una pálida sonrisa. Quizá ella tuviera razón. Audrey podría haber

continuado largo rato con ese tema inagotable, pero su hermano le cogió el brazo con delicadeza para interrumpirla. Ella se desprendió con un pequeño movimiento seco y prefirió tomarlo a broma.

—Ya veo que no os interesa lo que digo. No tardaréis en tacharme de histérica.

—Que no, Audrey. Lo que pasa es que estás predicando a convencidos, no a enemigos. —Su hermano sonrió, cariñoso.

—No me digas —repuso Audrey sin abandonar su sonrisa.

Cogió un periódico que había sobre el sofá y se puso a hojearlo distraída. Louis miraba por la ventana. La noche había caído y las luces de las farolas encendidas daban un tono lechoso e irreal a los ladrillos rojos de los edificios, mientras las sombras de los árboles bailaban sobre las paredes. Se había levantado viento, se cerraron varias ventanas en el patio y oyeron que se bajaban varias persianas metálicas. Étienne invitó a Louis a quedarse a cenar, pero él prefirió irse a casa y terminar un artículo.

El sonido de los zapatos de Louis resonaba en la escalera vacía mientras bajaba los peldaños de cuatro en cuatro. Una vez fuera, avanzó contra el viento como quien va al encuentro de las olas al entrar en el mar, y así, un poco exaltado por el whisky, caminó por el boulevard Brune hasta el metro, recorriendo a zancadas su soledad sin remedio en busca de un reposo imposible.

Sylvia pensaba que Françoise no había cambiado mucho, pero que sus gestos, sus actitudes, eran más forzados. En el transcurso de la conversación, Françoise le dijo que había regresado a París hacía casi cuatro meses, y Sylvia se quedó desconcertada. ¿Por qué había tardado tanto tiempo en dar señales de vida?

—Es un poco complicado —respondió Françoise—. Tendré que contártelo.

Pero, por supuesto, no contó nada y Sylvia se conformó. ¿Tal vez las amistades tenían un tiempo asignado, como los amores?

* * *

Hacía meses que no veía a Bob. Él decía que estaba trabajando, que tenía varios proyectos de películas, pero se limitaba a soltar vaguedades cuando yo le hacía preguntas. Un día propuse ir a verlo a su despacho de la rue de Ponthieu, y fue así como me enteré de que ya no ponía los pies en él. Nadie le obligaba a hacerlo, ya que estaba solo; su último becario, Jean-Baptiste, se había ido a trabajar con otro productor. Bob me propuso que fuera a su casa, en la rue Ordener.

Seguí la voz de Bob, que llegaba del fondo del piso, al final de un pasillo oscuro. A la izquierda había una puerta abierta de par en par y desde el umbral vi a Bob estirado en una cama cubierta con una manta verde abeto. Al verme, levantó la cabeza de la almohada y se apoyó en un codo.

—Pasa, Sylvia.

—¿Estás enfermo?

—No, qué va.

Y se esforzó por sonreír. Estaba visiblemente abatido, pero ¿por qué? Sin duda, una mezcla de dulzura y dureza, de cosas exquisitas y devastadoras, una mezcla de alcohol, de pena y de recuerdos. Me preguntó cómo estaba y yo le respondí:

—Bien, en fin, no del todo, pero por lo visto mejor que tú.

Traté de sonreír. Bob no había encontrado remedio desde la última vez. Había que admitir que ninguno de los dos había encontrado remedio.

Me senté en un sillón con tapicería de *petit point*. La cama y el armario de caoba constituían lo esencial del mobiliario de la habitación, cuyas paredes estaban recubiertas de tela verde oscura iluminada por pequeñas abejas doradas de estilo imperio, según me pareció. Le dije a Bob que su habitación era muy agradable y estaba muy bien arreglada. Había comprado la cama y el armario con Veronika en un anticuario de La Ferté-sous-Jouarre en los años setenta. Al mencionar a su mujer esbozó una sonrisa y volvió los ojos hacia la ventana como si buscara un espacio más amplio en el que posar la mirada. Bob me había hablado mucho de Veronika. Yo sabía solamente que era alemana, de Düsseldorf, y que se habían conocido en París en los años setenta, cuando la compañía de danza a la que ella pertenecía vino de gira a Francia. Fue un flechazo, decía Bob, y ella aceptó expatriarse para vivir con él en París. Se casaron tres meses más tarde. Encontró en el Marais una academia que la contrató como profesora de danza contemporánea. No obstante, al cabo de unos meses empezó a echar de menos la vida de la compañía, la danza, el espectáculo, pero también Alemania. Empezó a ponerse triste y se volvió irritable, como si el amor que sentían el uno por el otro hubiera dejado de ser suficiente. Llamó al director de la compañía, que dijo estar dispuesto a reintegrarla. Pero era ahora o nunca. De modo que volvió a Alemania dos días después y reanudó su vida de antes. Al principio Bob y Veronika iban y venían ahora uno y ahora el otro, y después una gira por Alemania y por la Suiza alemana puso fin a los encuentros periódicos; un año más tarde se divorciaron y no habían vuelto a verse desde entonces.

Bob cogió la caja de copos de maíz Kellogg's que tenía junto a la cama y se puso a picotear.

—No te ofrezco de esta caja, porque he hurgado en ella con mis sucias manazas, pero si quieres hay una caja sin abrir en la cocina.

Dejó la caja y decidió que iba a levantarse a preparar un té para los dos. Pero su frase no tuvo un efecto práctico. Incluso me dio la impresión —ya que se hizo el silencio—, de que Bob iba a quedarse dormido. Parecía agotado. Iba a proponerle que

ya haría yo el té, pero cambié de parecer al pensar que le sentaría bien arrancarse de la cama y dar unos cuantos pasos por la casa.

Finalmente, al cabo de unos minutos, se levantó y fue a preparar el té.

—Entonces, ¿cómo es que aún no te sientes mejor? —dijo sonriendo.

Me pareció una desfachatez. Puse muy mala cara para que viera hasta qué punto me había molestado. Lo cual no impedía que me dieran ganas de reír.

—¿Es por el muchacho? —prosiguió.

—Para ya con el muchacho. Y tú, ¿por qué te atiborras de corn flakes?

—Oh, yo... ¡Esto viene de muy atrás!

Y estalló en una gran carcajada que pareció desgarrarlo, y añadió:

—Por cierto, sospecho que tanto a ti como a mí nos gusta sufrir. Y hemos encontrado el amor, o mejor dicho, la idea del amor, para torturarnos, ¿no es verdad?

La perspectiva de disertar sobre el amor en ese momento me agobiaba. Pero Bob ya había tomado impulso y podía continuar sin mí.

—En el fondo, los matrimonios de conveniencia tenían algo de bueno —dijo—. Reunir parcelas de tierra, propiedades, al menos eso es constructivo. Y no deja de ser más fácil encontrar una parcela de tierra que encontrar el amor.

—¿Y si uno no tiene una parcela de tierra? —pregunté—. ¿De qué estás hablando? ¿De un mundo en el que todo el mundo posee bienes inmuebles? ¿Qué pasa con los que no tienen nada?

—Sí, tienes razón, es una tontería.

—Lo que pasa es que entre las exigencias del capitalismo y los sueños de amor perfecto no es fácil eludir el hospital psiquiátrico. Y además ahora hay que ser feliz en el amor y tener una vida sexual plena, pues de lo contrario no eres más que un miserable fracasado. Es odioso lo que la liberación sexual ha impuesto a las personas. Al menos antes había derecho a ser infeliz; ahora, está prohibido —refunfuñé hundiéndome un poco más en el sillón.

Pasamos la primera parte de la noche recordando que habíamos sido jóvenes y llenos de futuro. Hacia las nueve, Bob levantó su gran esqueleto y declaró que era hora de salir. Yo quería irme a casa, acostarme temprano y dormir para poder arrancar con buen pie al día siguiente, trabajar y hacer algo con mi vida. Bob se rió, dijo que no entendía ni una palabra de lo que decía, y luego afirmó —en tono de broma, pero en el fondo yo sabía que lo pensaba de verdad—, que mi proyecto le parecía presuntuoso y grotesco, e incluso vulgar y abyecto. Yo dije:

—Como siempre, exageras.

Pero me avergonzó un poco mi falta de solidaridad. Bob se abandonaba de verdad, mientras que había algo en mí que me impedía dejarme llevar por completo y me empujaba a sobrevivir neciamente. Total, carecía sin duda de grandeza suicida, preveía levantarme temprano y trabajar. Claro que encontraba el proyecto un poco vano, pero no llegaba a considerarlo del todo mediocre. Resistía, sin que por otra parte tuviera mérito alguno, ya que era algo que estaba dentro de mí, más fuerte que

yo.

Sonó el teléfono. Era Daniel, que invitaba a Robert a ir a cenar a Batignolles. Le indiqué a Bob con un gesto que aceptara y me puse a gesticular para que no mencionara mi presencia. Bob comprendió que yo deseaba irme a casa y que iba a encontrarse solo esa noche, así que aceptó la invitación de Daniel. Cuando colgó, le pregunté qué tal estaba su primo y dijo que bien.

—Tiene un papel en un anuncio publicitario. Va a ganar dinero. Deberíamos vernos los tres una noche de estas, ¿no?

Yo no tenía ningún interés. Nos habíamos visto con ocasión del preestreno de *Blanche et la nuit*, habíamos intercambiado unas palabras de cortesía. No había animosidad entre nosotros, pero la época de Batignolles pertenecía al pasado y yo no la echaba de menos. Cuando pensaba en ello, tenía la impresión de que había acabado en casa de Georgina, de que había acabado en compañía de todos ellos, en una búsqueda desesperada de consuelo, de calor humano, que habrían sido incapaces de darme, en el caso de que lo hubieran deseado. De todos ellos, solo Bob me había profesado verdadero afecto. Para los demás, todos los demás, me parecía, con la perspectiva que da el tiempo, que no había sido más que una curiosidad, una «chica de gays».

Venecia, o lo que queda de ella

—¿Te llamo en mal momento? —preguntó Louis.

Noté cierta inquietud en su voz. Era lo mínimo que podía pasarle, estar inquieto, después de haberme echado a la calle la última vez. Le respondí:

—No, no llamas en mal momento.

Cuando me siento incómoda repito la frase de mi interlocutor. Vale más repetir las palabras del otro que decir estupideces de cosecha propia. Él continuó con sus preguntas:

—¿Qué haces?

—Trabajo.

—¿En qué?

—En este momento, escribo una basura con pistolas y coches.

—¿No te gusta? —preguntó, con tono compasivo.

—Tampoco me disgusta. Me distrae.

—La vida es dura —dijo él.

—La vida es dura, y después uno se muere —apostillé.

Hubo un silencio durante el cual seguramente se preguntó si me burlaba de él. Claro está que me burlaba de él. Continué en la misma disposición, pues estaba un poco harta de todo y de él en particular. ¿Por qué me llamaba? ¿Qué más quería de mí? ¿Comprobar si los cuchillos seguían clavados en mi corazón y hundirlos bien en

caso de que se hubieran movido?

—¿Qué es eso tan terrible que está pasando en tu vida en este momento? —le pregunté.

—Tengo que ir al Festival de Venecia la semana que viene.

—Pero, qué me dices, es una verdadera tragedia.

Estaba empezando a hartarme de verdad, quería acabar la conversación. Di el pretexto de que tenía que terminar la escena, todos esos coches suspendidos en el acantilado con las ruedas girando en el vacío.

—¿Quieres venir? —preguntó Louis.

—¿Adónde?

—A Venecia.

—¿Cómo dices?

—¿Quieres venir conmigo a Venecia?

Como yo callaba debido a que todo era blanco ante mis ojos y también en mi cabeza, un blanco aterciopelado, de niebla y de nubes, un blanco sin ningún fulgor, dijo:

—Te pregunto si quieres venir conmigo a Venecia.

—¿Hay alguna trampa?

—No, que yo sepa. Que quede claro: no es un viaje sentimental. Es más bien un viaje... —se pone a buscar— de amistad.

—No parece muy tentador. Y además no somos amigos.

—No me ayudas.

—¿Es que debería ayudarte?

—Estoy haciendo un esfuerzo enorme al llamarte, al pedirte que vengas conmigo, ¿no te das cuenta?

—¿Quién te ha pedido que hagas esfuerzos?

—Eres feroz. Te estás vengando. Normal. Ahora que sabes que se trata de un viaje de amistad, te lo vuelvo a preguntar. ¿Quieres venir o no?

—Depende de las fechas.

En ese momento, adiviné su sonrisa al otro lado del hilo. ¿Por qué no podíamos detener la guerra? Colgamos después de quedar en que yo le daría la respuesta al día siguiente. No sabía qué hacer con mi exaltación. Necesitaría siete baños fríos y dos electrochoques. Me repetía una y otra vez lo que había dicho él: las cosas están claras, no es un viaje sentimental. ¿Qué hay de claro en eso? Venecia, ¿no es demasiado? Una hora más tarde aún trataba de dar con mi mente extraviada.

Ayer al atardecer, en el momento en que decaía la luz, llamé a Sylvia. Señalo ese desfallecimiento de la luz, ya que creo que tiene su importancia. A veces se subestima la influencia de la hora en nuestros actos. Estoy convencido de que no habría telefoneado a Sylvia en pleno día. El declinar del sol me había vuelto vulnerable, lo

que justificaba mi caída. Me habría bastado con esperar un poco a que la hora difícil hubiera pasado para olvidar todas las tentaciones suicidas. Si tenéis la sabiduría de esperar, evitáis muchos errores y vuestra vida gana en sencillez y en júbilo. Apenas dos horas antes de llamar a Sylvia, no pensaba en ella, y menos aún en invitarla a Venecia.

¿Había conseguido Sylvia despertar un recuerdo de mí mismo que yo valoraba más de lo que hubiera imaginado? En el pasado no habíamos sido más que unos imbéciles enamorados, en el cenit de nuestra juventud perdida. Ese punto culminante sería tal vez, y hasta mi muerte, el recorrido por Almstadt bajo la nieve y mi visita al peluquero, los cucuruchos de helado en el bar de la piscina mientras buscábamos con la vista a Julie entre los nadadores que corrían, imprudentes, por el borde, y también los rayos de sol que se demoraban entre los bucles indolentes de Sylvia cuando caminábamos por los senderos encajonados de Rammerthann. Pero ¿cuántas veces se había puesto el sol desde aquellos días? Ya no quedaba nada de todo aquello; entonces, ¿por qué duraba todavía?

A menos que me enemistara definitivamente con ella o renunciara a ir a la Mostra, ¿cómo podía salir del atolladero en el que me había metido tan solo por mi culpa? Podría decirle que al final Jean-Jacques Bordenave había decidido ir a Venecia en mi lugar. Pero era imposible porque Jean-Jacques me había avisado de que estaría en Japón en las mismas fechas. No veía más que una solución: anunciar a Sylvia que me había precipitado de manera desconsiderada al creer que podría invitarla, y que cuestiones de logística ponían en peligro la factibilidad del proyecto. Sin duda pensaría que me había burlado de ella —lo cual no era cierto, había actuado por simple atolondramiento y no por perversidad— y rompería. Y venía la mar de bien, porque precisamente había que romper, aunque, en sentido estricto, no hubiera nada que romper. También podía ser sincero y confesar que, después de reflexionar, me había dado cuenta del solemne despropósito de ese viaje con ella. Que, pensándolo bien, era imposible que fuéramos juntos a ninguna parte, y a Venecia aún menos que a cualquier otro sitio. No, no podía decirle eso. ¡Pero Venecia, qué locura! ¿Cómo se me pudo ocurrir semejante idea?

Sylvia me llamó al día siguiente para decirme que estaba de acuerdo en ir a Venecia conmigo. Tuve la sensación de que en mi cerebro se desencadenaba un apocalipsis. Hubo un silencio masivo, al cabo del cual me ofreció elegantemente una amplia avenida para huir.

—Si hay algún contratiempo, o un problema, o si simplemente has cambiado de parecer, no te guardaré rencor.

Después de esa invitación a liberarme, respondí:

—No, no hay ningún problema.

Decidí que no volvería a pensar en ello hasta el día del viaje. Habíamos quedado en encontrarnos en Orly. Estaríamos cuatro días en Venecia e iríamos al cine. De todos modos, no habría nada más que hacer; me horrorizan las visitas turísticas. Sylvia las haría sola si lo deseaba, y yo iría a ver todas las películas de todas las selecciones. Al fin y al cabo, iba a Venecia a ver cine. De todas maneras había sido una estupidez invitarla. Por supuesto, había sido muy amable al darme la oportunidad de retractarme, incluso me había ofrecido la posibilidad de hacerlo. Pero habría sido muy grosero por mi parte aceptar su renuncia.

Tras facturar el equipaje fuimos a sentarnos en la sala de embarque. Empecé a esperar que en la cabeza de Louis surgiera un acontecimiento que impidiera mi viaje. Como ese acontecimiento no aparecía y Louis, probablemente para evitar hablar conmigo, se había sumergido en la lectura de un periódico, mi mente se escapó a Davos. Sí, de acuerdo, es lamentable soñar con Davos cuando se tiene la suerte de ir a Venecia. Pero ¿acaso nos es dado elegir nuestros sueños más que la realidad que nos toca vivir?

En mi sueño, volví a ver a Louis arropado con un plaid rojo y estirado en una tumbona, en el balcón del sanatorio. Y, maravillada, lo encontré amable, sonriente y deseoso de comunicarse conmigo, aunque por desgracia en una lengua extranjera que me era totalmente desconocida. Al cabo de cierto tiempo, y sin dejar de sentir que era reconfortante que Louis me dirigiera la palabra, empezó a parecerme penoso no comprender nada de lo que me decía. Algo más tarde en mi sueño, seguí la senda que iba desde el sanatorio al pueblo de Davos Platz. Una vez en el centro, me sentaba en un banco de la plaza de Davos y esperaba que la gente se pusiera a hablar en un idioma que yo pudiera comprender, pero eso no sucedía nunca. Sencillamente, al final dejaban de hablar, lo que de hecho resolvía el problema.

Louis me dejó el asiento junto a la ventanilla. La azafata nos explicó cómo salir del avión en caso de que se incendiara, simuló tirar del cordón de su chaleco salvavidas anaranjado. Había otras maniobras de las que nunca me acuerdo. Volví la cabeza hacia Louis y lo encontré absorto en otro periódico. Era un muchacho concentrado, que podía leer durante los despegues. Podía leer también durante las turbulencias en cielo claro. Podía leer mientras una azafata sonriente se inclinaba sobre él para ofrecerle un refrigerio. Podía leer durante el aterrizaje y hasta la apertura de las puertas del aparato.

Para ir a Venecia desde el aeropuerto Marco Polo, Louis aceptó hacer una

concesión a mi espíritu gregario y turístico tomando un barco taxi para llegar por el mar. No obstante, señaló que igualmente podríamos haber ido en autobús. Yo respondí que también podíamos habernos quedado en casa y él hizo como si no me hubiera oído. Había reservado dos habitaciones contiguas en un hotel a orillas del Gran Canal. Por la noche cenamos en el restaurante del hotel, tras haber recogido las acreditaciones en la recepción del festival. Louis leyó los programas de las diferentes selecciones, las tarjetas de invitación a las recepciones, y marcó con una cruz las proyecciones a las que pensaba asistir. Yo me atiborraba de colines mientras esperábamos las lasañas. Me preguntaba en qué momento levantaría Louis la cabeza de sus programas. Me parecía que lo único que hubiera podido modificar un poco el curso de esa estancia que se anunciaba más catastrófica de lo esperado habría sido que Venecia se hundiera de golpe y de una vez por todas en la laguna.

Al día siguiente vimos cinco películas, cada una peor que las otras, y Louis las calificó de «singulares», lo que era bastante indiscutible. De todas maneras, ese era su trabajo, juzgar las películas «interesantes», aun cuando fueran malas. La crítica es una profesión curiosa que yo no podría ejercer jamás, como la de dentista o azafata de vuelo, aunque por razones distintas. El crítico nunca es «independiente» por el hecho mismo de que el arte que critica es el que le permite vivir y es su razón de ser. Por ese motivo también tiene que hacer funcionar la máquina. ¿Qué sería de un crítico al que todo le pareciera malo? ¿Un crítico de cine al que no le gustara nunca ninguna película, un crítico literario al que no le gustara nunca ningún libro? El crítico está obligado a que le gusten obras con frecuencia, con una frecuencia superior, a mi entender, a la que se producen obras interesantes, so pena de morir de hambre. Tan solo el aficionado puede ser un crítico independiente.

Al día siguiente dejé a Louis con sus actividades de festival y caminé por Venecia. Vi sola Venecia, el puente de Rialto y el Palacio Ducal en la plaza de San Marcos, vi sola la punta de La Salute y la «aduana del mar». Louis se pasaba el tiempo en las proyecciones. Por la noche, cuando me lo encontraba en algún cóctel, intentaba contarle lo que había visto, pero no le interesaba. No tenía tiempo ni para visitar la ciudad ni para oírme hablar de mis visitas. Por la noche, tomaba notas para artículos y por la mañana se marchaba a una proyección. Yo no podía guardarle rencor, después de todo estaba haciendo el trabajo para el que había venido. Sencillamente, no comprendía por qué me había invitado a acompañarlo. El cuarto día, cogí un barco taxi para ir a una isla de la laguna, San Francesco del Deserto. El nombre me había gustado. Anduve mucho tiempo, volví a coger el barco para ir a otra isla, Chioggia, y luego a otra más, que creo que se llamaba San Lazzaro degli Armeni. Estaba convencida de que Louis y yo no las veríamos nunca juntos. De pronto me entraron

ganas de volver a París, de encontrarme de nuevo en sus calles familiares y en mi piso de la rue Maubeuge. Aquí todo se me antojaba hostil, a pesar de la belleza, o debido a esa belleza que no compartía con quien me había traído aquí, quizá para que me perdiera. En la sala de proyección en la que probablemente estaba sentado, ¿soñaba tal vez con que me ahogara en algún rincón de la laguna, un rincón a propósito para mí?

* * *

He visto todas las películas de todas las selecciones mientras Sylvia, que me abandonó ya el segundo día, se dedicaba a sus actividades turísticas. Por la noche, se aventuraba a contarme lo que había hecho durante el día, y yo me las ingeniaba para hablarle de las películas que ella no había visto. Creía recordar que le gustaba. Durante las proyecciones, me imaginaba siguiéndola de lejos mientras ella se internaba en callejuelas y luego desaparecía. La buscaba en Venecia, que se hundía a medida que yo avanzaba, y hasta en los frágiles palacios a veces me sucedía que susurraba su nombre.

* * *

La noche que se anunciaba el palmarés, me puse para la fiesta de clausura un vestido que había comprado, en un momento de euforia y de ceguera, en una tienda del barrio Roggio. Entusiasmada por las palpitations del sol, que lo volvía todo inmenso y solidario, compré un verdadero horror. Era un vestido vaporoso, con toda la gama de verdes, desde el turquesa al azul de los mares del Sur, muy propio de un cuarto de baño. De regreso en el hotel, tenía la posibilidad de elegir entre mi última adquisición y mi viejo vestido negro de la época de Matusalén, que Louis había visto más de una vez. Por cansancio, por ganas de provocar, por el deseo masoquista de hacer el ridículo en público, me puse el vestido color cuarto de baño. No sin antes preguntar a Louis qué le parecía. Y aunque me contestó que nada, en el ascensor que nos llevaba muy despacio hacia el vestíbulo del hotel, me pareció que clavaba la mirada, con consternación y sin duda para evitar mirar el resto, en el fino tirante de mi vestido, que a la luz de neón del ascensor oscilaba entre el azul lavanda y el azul piscina.

* * *

Ignoro de dónde sacó ese vestido. Sylvia parecía hecho de vapor. Consciente del crimen, me preguntó qué me parecía y me resultó imposible tener una opinión, ya que el fenómeno estaba demasiado en contacto con su cuerpo. En el ascensor, Sylvia se mantuvo en un rincón mientras los jirones azules parecían devorar su blanca piel y

volverla azulada.

Cuando el cóctel se hallaba en su apogeo y yo conversaba con otros periodistas, Sylvia erraba entre la gente con su increíble vestido. Nuestras miradas se cruzaron por un instante, luego yo desvié la mía. En ese momento caí en la cuenta de que al día siguiente debíamos regresar.

* * *

En mi habitación del hotel de Venecia abandoné como un despojo el vestido color laguna, así como un cuaderno de viaje en el que no había escrito nada, el plano de la ciudad y una postal de la isla San Francesco. Durante el vuelo de vuelta, Louis no leyó el periódico, pero no habló conmigo más que a la ida. No obstante, esta vez me pareció que estaba triste. Cuando bajamos del avión esperamos el equipaje en silencio, muy concentrados, como si de ese modo fuera a aparecer más pronto en la cinta rodante. Había pasado el momento de hablar. El momento de recuperar lo que fuere. Ahora estábamos lejos de Venecia, si es que alguna vez habíamos estado allí.

* * *

Étienne estaba sentado frente a mí, en mi despacho de la rue des Petits Hôtels, y me miraba fijamente.

—No me mires así —acabé por decir.

—¿Y no habéis hecho nada?

—¿Qué quieres decir?

—Louis, haz un esfuerzo.

—... No, en fin, no en el aspecto que tú insinúas... No estaba previsto que hiciéramos nada.

—¿Que yo qué?

—Que tú insinúas.

—¡Por Dios! ¡Yo no insinúo nada, te hablo de sexo! ¡No paras de hablar de erotismo en tus artículos, el erotismo de una escena, de una situación, pero eres incapaz de abordar el tema de una manera menos teórica!

—Esa no es la cuestión —farfullé—. Quiero decir que Sylvia y yo fuimos a Venecia como amigos. Así estaba previsto, desde el principio. Estábamos de acuerdo.

—¿En qué exactamente estaba ella de acuerdo?

—En todo. Todo está claro entre nosotros. Somos amigos.

Y de pronto, de manera tan inesperada como exagerada —eso me pareció—, Étienne se echó a reír. Irritado por esa hilaridad estúpida, le pregunté a qué se debía. Y eso, en vez de calmarlo, le hizo reír aún más.

* * *

Étienne Duriez había ascendido todavía más en la jerarquía mediática. Después de que se fijaran en él por sus intervenciones en un programa cultural de la noche, se encontró con que le confiaban una crónica diaria para evocar un gran clásico del cine mundial. Su rostro y su imperturbable sonrisa ocuparían en lo sucesivo la pantalla a una hora de gran audiencia: tres minutos cada noche, tras el informativo de las ocho y antes de la hora de máxima audiencia. Aureolado por su pasado de profesor de ZEP, Étienne, el intelectual demócrata, pronto sería popular. Esta trayectoria no debía nada al azar, era el resultado de una estrategia que requería trabajo y paciencia. Como no sabía de dónde vendría el éxito, había tenido el cuidado de multiplicar las rampas de lanzamiento. Deporte, literatura, cine, música, nada escapaba a su sagacidad, a su brío ni a su perspicacia por el análisis. Ningún ámbito de la cultura popular le era ajeno. En deportes, comentaba fútbol, en música, el rock y el rap. En literatura sus gustos eran más «elitistas», pero, en vez de hablar abiertamente mal, optaba por una desenvuelta benevolencia en la que pocas personas sabían discernir su desprecio. Su igualitarismo militante encubría su voluntad de poder. El democratismo que exhibía era la cara luminosa de su ambición de ser adulado por las multitudes. Por eso había empezado su recorrido cantando en un grupo de rock. Al igual que tantos otros, hubiera querido ser Mick Jagger. Es un sueño que compartía con Louis y con muchos otros chicos de su generación y de la anterior. Al comprender que no sería nunca una estrella del rock, Étienne Duriez se había concentrado en la actividad de pensar. Era un intelectual y como tal triunfaría. Un intelectual en sintonía con el pueblo en movimiento, con la modernidad, en realidad atento sobre todo a los más ínfimos cambios en los vientos que soplaban. Elegía a sus enemigos tanto como a sus amigos, sus odios estaban circunscritos y dirigidos con puntería certera. Era implacable con sus adversarios, a los que sabía ridiculizar mediante figuras retóricas que dominaba a la perfección y esa fina sonrisa distante que, bajo su apariencia de desapego y despreocupación burlona, ocultaba la agresividad del gran predador. Louis pensaba que Étienne apuntaba hacia otras cumbres y movilizaba sus fuerzas hacia un fin último. Sus actividades mediáticas le ocupaban ahora demasiado tiempo para que pudiera dedicarse a la enseñanza. Había pedido una excedencia; por muy demócrata que fuera, nunca más iría a dar clases en «los barrios». Ya no tenía necesidad de la ZEP.

Empezaron a elevarse algunas voces disidentes. Se decía que Étienne Duriez no era ni intelectual ni artista, sino un animador cultural. La extensión del territorio sobre el que ejercía su arribismo empezaba a resultar provocadora. Su insaciabilidad irritaba, algunos predecían una caída no muy lejana, otros se limitaban a esperarla.

«No hay problema que la ausencia de solución no pueda resolver», había declarado un día un político cuyo nombre Louis había olvidado. Pero la frase le encantaba. No es fácil determinar qué papel desempeñó en la decisión que tomó en el mes de noviembre, un día de árboles desnudos, veletas extenuadas y hojas que caían en torbellinos desabridos. Esa decisión tenía la inmensa ventaja de zanjar unos cuantos problemas, o de no zanjarlos, lo que venía a ser lo mismo. Problemas que rondaban desde hacía demasiado tiempo. Claro está que Louis habría preferido no tener problemas.

Se puso un pantalón azul marino y una camisa blanca y se miró en el espejo; sus cogitaciones nocturnas le habían dejado ojeras pero, ahora que había tomado la decisión, se sentía aliviado. Un poco nervioso también, y se preguntaba por qué, pues no tenía ningún motivo para estarlo.

Al salir a la calle lo asaltó el frío y renunció a su proyecto inicial de ir a pie. Al pasar por delante del kiosco se fijó en que la portada del último número de *La Revue du cinéma* había desaparecido, arrinconada por otras.

* * *

No era una mañana gloriosa, las mañanas de Sylvia rara vez lo eran. No obstante, en los últimos meses había conseguido —y a su entender no era poca cosa— enderezar el timón del trabajo rutinario pero salvador, de la costumbre apacible. Había terminado definitivamente con los guiones, las escenas de acción, los incendios y las amistades viriles e insospechadas. Incluso había vendido a un *bouquiniste* todos los libros sobre armas de fuego. En lo sucesivo consagraría su vida al estudio y a la enseñanza de las matemáticas; eso bastaría para su felicidad. Ella también tenía frases que la ayudaban a vivir. Goethe había dicho: «Trabaja, la felicidad vendrá por añadidura». De modo que iba a dedicar el día a la preparación de una clase. Cuando llamaron a la puerta creyó que era un repartidor de pizzas o de sushi que se había despistado, ya que no esperaba a nadie y esto sucedía con cierta frecuencia por su vecina de rellano, que no debía de dar suficientes indicaciones a los repartidores. Esa chica pedía platos calientes y fríos a cualquier hora del día y de la noche, pero no era un repartidor. Era Louis.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Sylvia a modo de recibimiento.

—Tengo que hablar contigo —dijo él con cierta solemnidad.

A Sylvia le pasó por la cabeza la idea de que habían encontrado a Odile Schlessinger muerta en algún bosque de los alrededores de Almstadt.

—¿No crees que deberías llamar antes de venir? Podría tener visita.

—Casi nunca tienes visita —respondió Louis con una media sonrisa.

—Pues podría no tener ganas de verte. ¿Puedes intentar considerar esa

posibilidad, aunque solo sea cinco minutos? También podría estar en bata, ocupada trabajando, ¿comprendes?, ese tipo de cosas.

Sylvia, en efecto, estaba en bata y trabajando.

—Escucha, tratemos de no pelearnos nada más empezar.

—Si no hubieras venido no nos pelearíamos en absoluto —dijo Sylvia en un tono muy comedido—. Me parece que llegamos a ese acuerdo tras nuestra maravillosa estancia en Venecia.

—Yo no recuerdo que llegáramos a ningún acuerdo. ¿Puedo entrar?

Se hacían frente con la mirada, él en el rellano, ella junto a la puerta entreabierta. Con una especie de cansancio resignado, Sylvia se apartó para dejarle paso. Cerró la puerta despacio, con la cara interna de la muñeca derecha apoyada en la barra metálica vertical que unía las cerraduras. Quizá Louis venía a anunciarle que se iba para siempre a Australia y que no volvería a verla en esta tierra. Ella ya se había acostumbrado a la idea y él podría haberse evitado la molestia de avisarla. A Australia; ella se habría enterado por casualidad, un día, quizá años más tarde, cuando ya no tendría ninguna importancia. En lugar de eso, lo que hacía el mayor alborotador de su existencia era echar a perder su reposo y la vida apacible a la que tanto aspiraba presentándose en su casa sin avisar, y ahora ahí estaba, plantado en medio del salón.

—¿Tienes algún problema? —preguntó Sylvia con la mayor seriedad, aunque de pronto casi le entraron ganas de reír.

—Sí. En fin, no. Tengo un montón de problemas, pero creo que he encontrado la solución.

Se volvió hacia ella.

—Es estupendo —respondió Sylvia, y sus ganas de reír se acentuaron.

Sin duda no era nada grave. Louis tenía un capricho. Pero un capricho serio, en todo caso, a juzgar por la cara que ponía. Estaba nervioso, con expresión solemne e inquieta al mismo tiempo.

—¿Quieres un té? —le preguntó Sylvia por llenar el vacío.

—No lo hagas solo para mí.

—Iba a hacerlo de todos modos.

—En ese caso, sí, ¿por qué no?

Sylvia desapareció en la cocina. Louis siguió plantado en medio del salón, frente al sol que brillaba en los cristales. Era un sol raro, un poco velado, pero Louis tenía la impresión de que su vida estaba suspendida de él, y le habría gustado prolongar ese instante en el que aún tenía la posibilidad de elegir. El sol resumía en el destello de un solo instante todas las horas pasadas con Sylvia. De pronto se sintió fulminado por una alegría abrupta y dolorosa.

Sylvia llenó de agua el hervidor con gestos lentos, aplicados, no sin malestar. Hacía

diez minutos que Louis había llegado y seguía sin saber a qué había venido. ¿Qué se habría inventado esta vez? Louis oía a Sylvia moverse con lentitud en la cocina. Estaba atenta al primer estremecimiento del agua. Retiró el hervidor a tiempo, en el mismo momento en que iba a hervir.

Casi temía volver al salón, donde Louis seguía esperando de pie. Al entrar le invitó a sentarse y él respondió que no, que prefería seguir así. Ella imaginó de nuevo que alguien había muerto.

—He pensado una cosa... —empezó a decir Louis.

—Creo que el té está listo. No te gusta muy fuerte... No quieres sentarte. Sería más práctico. Para beber.

Enseguida se arrepintió de haber hablado, ya que comprendió que había interrumpido su impulso. Pero es que quizá no estaba tan deseosa de oír lo que él tenía que decir.

—Me parece —prosiguió Louis— que nos enfrentamos desde hace varios años al mismo problema.

—¿Qué problema?

—El enunciado del problema es en sí mismo un poco delicado.

A esta aserción le siguió un silencio, tras el cual, Louis creyó conveniente precisar:

—Pero esta dificultad está en relación con la cuestión misma.

El rostro de Sylvia dejó traslucir cierto desconcierto. En vista del giro que adoptaban las cosas y de las frases bizantinas de Louis, no esperaba comprender de inmediato.

Finalmente Louis se sentó en silencio. Ella empezó a servir el té en tazas de loza blanca con rosas rojas. Él sabía que eran sus preferidas. Ella fue a buscar la leche, y después el azúcar, que oportunamente había olvidado en la cocina. En una palabra, se entretenía, con lentitud y pasión, sabiendo que todo, absolutamente todo, llevaría mucho tiempo.

—Tú y yo nos conocemos desde hace varios años —prosiguió Louis.

—Hubo una larga interrupción —observó Sylvia.

—Sí, pero ¿tiene eso importancia?

—Me resulta difícil responder. No sé en absoluto de qué estás hablando.

Trataba de calcular cuánto tiempo podía durar aquello. No lo sabía, ya que la situación era inédita. Tanta obstinación en la vacilación, tanto empeño alrededor de un centro imposible de encontrar. Con voz monocorde, inexpresiva, y no obstante controlada, él dijo, o al menos ella creyó oír:

—Creo que deberíamos casarnos.

Pronunció la frase con voz un poco ahogada y Sylvia lo miró con estupor.

—¿Cómo dices?

Dado que el silencio se perpetuaba, Sylvia acabó por dudar si había oído bien. ¿Se trataba de un nuevo juego? ¿Tenía Louis el sombrío proyecto de hacerla caer otra

vez en la agonía de su ridícula pasión? Ya no era propio de su edad, pero era un muchacho tan inmaduro. Sylvia le preguntó, en un tono cuya fingida gravedad acentuaba aún más la ironía:

—¿Y a qué problemas crees tú que daría solución ese matrimonio?

La mirada de Sylvia iba de la ventana a Louis y luego volvía a la ventana. No habría sabido decir qué se estaba apoderando de ella, si la ira o una ligera fiebre. Louis se inclinó un poco hacia delante y consideró oportuno aclarar:

—No estoy bromeando.

—A mí tampoco me parece gracioso —dijo Sylvia en tono cortante.

—Es una propuesta en serio —dijo él adoptando el mismo tono—. ¿Puedes pensarlo, cuando decidas hacerlo?

—¿Ha pasado algo en tu vida? ¿Has perdido de golpe a toda tu familia, te has enterado de que tienes un cáncer? ¿Tu madre ha vuelto o la han encontrado?

—Tú tampoco tienes ninguna gracia.

—Perdóname, pero ¿te has vuelto loco?

—Es lo más razonable que podemos hacer. Hemos llegado a una edad en la que es bueno casarse.

—Ya no estamos en el siglo diecinueve.

—¿Qué es lo que ha cambiado desde entonces? ¿Esa liberación sexual que obliga a todo el mundo a disfrutar bajo pena de excomuni3n? ¿La economía de mercado, que ha invadido la esfera privada y las relaciones amorosas?

—Pues tú bien tomas parte en ella, ya que lo que me propones es un trato.

—Un trato para escapar al mercado.

—Quieres evitar la libre competencia. ¿No te sientes lo bastante fuerte para seducir a otra chica que no sea yo? Una chica que fuera, digamos, más normal.

—No se trata de seducci3n entre nosotros. Seguiríamos siendo amigos.

—Nosotros no somos amigos.

—Como quieras.

—¡Pero si yo no quiero nada! Creo que desde hace un tiempo, me parece que aproximadamente desde nuestro viaje a Venecia, quiero lo menos posible.

—Venecia fue un error.

—Sí, y tu propuesta de matrimonio se parece a nuestro viaje a Venecia, pero para toda una vida. Muy tentador.

—Tendría que haber visitado las islas contigo. Pero debía ver las películas. Y tú, por tu parte, podrías haber visto algunas películas conmigo. Nos equivocamos tanto el uno como el otro.

—Bien... ¿Tienes algo más que decirme?

—El matrimonio no se consumaría.

—En ese aspecto confío plenamente en ti.

—Es un golpe bajo.

—Tan bajo como puedo. ¿Cuál es el fin de esta proposici3n delirante?

—Sentar la cabeza.

—Es para entusiasmarse.

—Acuerdo razonable. Te propongo una especie de asociación. Tenemos una tara. Es evidente que ni tú ni yo encontraremos otro compañero a la medida de nuestra incapacidad para...

—Perdona, pero entretanto yo sí lo encontré.

—Y te fuiste.

—Pero lo encontré.

—Eso no cuenta, puesto que te fuiste. De hecho no soportaste a ese tipo, Laurent. En cuanto te pidió que te casaras con él, lo dejaste.

—A ti también te dejé.

—Sí, en efecto, dejas a todo el mundo, por lo visto es una fijación tuya. El matrimonio es la única solución para nosotros. Es una manera de estar tranquilos para siempre. No sería un matrimonio por amor. Solo una asociación para que definitivamente haya paz entre nosotros. Y, por supuesto, pisos separados.

—De acuerdo, quieres casarte conmigo para deshacerte de mí. Pero no necesitas casarte conmigo para eso, te lo aseguro.

Lo miraba fijamente, con expresión dura. Louis se abrochó la chaqueta con gesto friolero. Se levantó, se despidió de Sylvia y se fue. Ella no lo acompañó a la puerta. Lo oyó cerrar la puerta y bajar por la escalera. ¿Era su extraño orgullo lo que le había impedido decirle simplemente que la echaba de menos, en lugar de proponerle ese trato absurdo que se suponía que debía resolver indecibles, inenabizables problemas? «Dificultad de enunciado debida a la cuestión en sí misma», se repetía Sylvia, y se sentía incapaz de determinar qué parte de orgullo, de mala fe, de negación, de crudeza, de estrategia, de seducción, de maldad, de tortura moral y de venganza había en la conducta de Louis. Se sintió desarmada ante todas esas hipótesis, que podían ser todas ciertas al mismo tiempo, y una vez más se asombró de que el comportamiento de un ser al que uno conoce bien y desde hace mucho tiempo pudiera seguir siendo hasta tal punto indescifrable.

Louis caminó hasta los Campos Elíseos, muy decidido a encerrarse en cualquier sala, el Marignan o el Gaumont Ambassade, con la única finalidad de retrasar el momento de volver a casa. Pero una vez de regreso en el piso se dejó dominar por la ira contra Sylvia. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que pudiera llegar a un trato con ella? ¿Acaso no lo amaba únicamente cuando él la rechazaba, e incluso cuando la hacía sufrir? Sylvia no era más que una loca masoquista, capaz del peor sadismo si no se le daba su ración de infelicidad. En ningún momento pensó que su curiosa propuesta de matrimonio hiciera sufrir a Sylvia y que, siguiendo la lógica masoquista que él le atribuía, ella debería aceptar casarse con él a fin de sufrir cuanto quisiera hasta que la muerte los separase. Louis decidió que, si lo que quería Sylvia era lo imposible, él iba

a dárselo.

Después de esta promesa de desastre dirigida a distancia, y sin ser consciente de que sellaría también su propia infelicidad, Louis no pudo permanecer mucho tiempo en casa. El apaciguamiento ficticio que le había procurado su resolución de ser malo lo llevó a la calle y luego a un multicine de salas minúsculas en el que daban películas de arte y ensayo, sesiones de recuperación de películas cultas o supuestamente cultas. Louis le había echado el ojo a una griega de espionaje, de los años cincuenta, una historia que no entendió muy bien. En este punto concreto era un poco como todo el mundo, nunca comprendía gran cosa de las películas de espionaje. La lengua griega no ayudaba demasiado y los subtítulos en francés quedaban en parte ocultos por la cabeza de un espectador que había ido a sentarse delante de él solo unos segundos antes del comienzo de la sesión, aun cuando no había nadie más en la sala. Louis habría podido muy bien cambiar de sitio, aunque solo fuera uno o dos asientos más allá, a fin de mejorar su visión de la pantalla. Pero por oscuras razones, o sencillamente por su falta de interés en la película, no hizo nada y se quedó sentado durante toda la sesión detrás de la cabeza del otro único espectador de la sala. Después de la película griega, Louis pasó a la sala vecina y esperó a que comenzara una película rumana de los años sesenta. La historia de unos jóvenes que roban instrumentos de música para montar un grupo de rock. Luego la cantante muere de una sobredosis cuando el grupo empieza a tener éxito. Dramón asombroso, pero Louis ni siquiera se durmió. Le habría gustado, pero algo le impedía encontrar el reposo.

Al salir del cine en la place Beaubourg, pasó por delante de una tienda de tarjetas postales, carteles e imágenes de todo tipo. Lanzó una mirada cansada al escaparate, en el que se veía a Marilyn Monroe junto a un Einstein que sacaba la lengua como un Rolling Stone, muestras ridículas y feas, pensó, de un reciclaje permanente para crear una mitología de alta rentabilidad. Había también fotografías de lactantes entre flores, de gatitos, de perritos y de cachorritos de tigre. Venus desnudas en pantalones vaqueros, Bob Marley con un brazo tendido hacia el cielo, la cabeza de Marx en una taza de café, Van Gogh y su oreja cortada en una bandeja. Louis se alejó apresurando el paso; había distinguido a lo lejos a un hombre con el que no le apetecía hablar, un antiguo redactor a quien también había empujado hacia la salida por divergencias «de fondo», lo que nadie había comprendido en realidad. Las expulsiones practicadas por Louis estaban a veces aureoladas de misterio. En realidad, el redactor en cuestión, que tenía la edad de Louis, también habría podido ser candidato al puesto de redactor jefe de *La Revue*, y el nombramiento de Louis por parte de Jean-Jacques Bordenave lo había herido, había visto en él un acto de poder arbitrario. Negaba a Louis toda legitimidad democrática y este había preferido quitárselo de encima. ¿Desde cuándo *La Revue du cinéma* era una sociedad democrática? Para enmascarar la dimensión

personal de esta expulsión, Louis había provocado diversas controversias teóricas sobre el estatus del cine, su probable muerte y el lugar de John Ford en la jerarquía de los grandes cineastas.

Tras la visita de Louis, Sylvia no consiguió enfrascarse de nuevo en las matemáticas ni tampoco evadirse hacia Davos. Estaban cortados todos los caminos que de costumbre le permitían escapar de la realidad. Quizá por vez primera vez, ni la abstracción de las matemáticas ni la fantasía literaria lograron reconfortar a Sylvia. Ninguna ecuación, ningún razonamiento, ninguna figura la sosegaron, y tampoco la consolaron la nieve eterna, la terraza frente a la montaña ni la cura de reposo obligatoria. Nada de todo eso consiguió distraerla de la perturbación duradera que siguió a la visita de Louis. En alguna ocasión había pensado que el mundo imaginario que había creado para su uso exclusivo constituía para ella la última estación, pero también la última muralla ante la locura definitiva. De todos modos, curiosamente, por muy inconmensurable que fuera la angustia de la joven, su razón resistía, un poco a la manera de lo real del que ella era garante. Por decirlo con otras palabras, Sylvia no se volvía loca. En los peores momentos de angustia, no perdía ni el entendimiento ni la lucidez, pero por ese motivo mayor era el sufrimiento. Le habría gustado que su razón flaqueara, aunque solo fuera un poco, y la aliviara de su tiranía. A veces imaginaba, no sin espanto, un mundo en el que ella sería la última neurótica entre una población de perversos y psicóticos. Pobre neurótica condenada hasta la muerte a una lucidez pavorosa, a mirar, sola, lo real de frente, mientras los demás, todos los demás, podrían divertirse en la locura. Sylvia lamentaba a veces no estar loca de atar, para que la encerraran en una habitación con paredes acolchadas, llena de cojines amortiguadores. De todos modos, había vislumbrado bastantes rostros deformados para saber qué infierno había que atravesar a fin de «descansar» en ese tipo de lugares. Llegó a la conclusión de que finalmente la locura no era deseable.

* * *

Sylvia cruzó el boulevard Magenta y sacó dinero de un cajero. Siempre se sorprendía al ver salir los billetes de la máquina. Pensaba que un día de estos una voz sintética le diría que se fuera a paseo.

* * *

No tuvo más noticias de Louis desde ese frío día de noviembre en que había ido a proponerle matrimonio. Trabajaba mucho y soñaba menos que antes. Se encontraba a gusto así, pero de todos modos esperaba que la vida pasara cada vez más deprisa

hasta la muerte y, por suerte, le parecía que efectivamente así era.

* * *

Después de varios meses de tratos, de intercambio de correos electrónicos con Saul Irving, el corresponsal estadounidense de *La Revue*, que demostró ser un intermediario entregado y valioso, Louis había tenido la oportunidad de entrevistar a David Lynch, no como un crítico cualquiera, en un hotel parisino o en Cannes, sino en un hotel de Hollywood, no muy lejos de la casa del cineasta. Las películas necesitaban tanto a los medios de comunicación para existir que cinco minutos con los realizadores o los actores más famosos del planeta que pasaban por Francia para promocionar una película estaban casi al alcance de cualquier paisano provisto de un carnet de prensa. Pero Louis pensaba que atravesar el Atlántico para realizar una entrevista «exclusiva», le permitiría distinguirse de la masa de los críticos, de la que ya no creía formar parte. Decía a todo el que quisiera oírlo que sus relaciones telefónicas privilegiadas con Lynch habían hecho posible ese encuentro, pero no cometió la torpeza de omitir la intercesión decisiva del corresponsal. Un ambicioso menos inteligente que Louis habría intentado minimizar el papel desempeñado por Saul Irving. Él, como arribista sutil, agradecía la intervención del corresponsal y, cuanto más expresaba ese reconocimiento, más aumentaba su crédito entre sus interlocutores, que lo consideraban de una modestia excepcional y acababan por concederle un mérito mucho mayor del que en realidad tenía. A decir verdad, David Lynch había aceptado recibir al joven redactor jefe de *the French revue* para ser agradable con Saul Irving, a quien veía con frecuencia y con el que se entendía bien. De esta entrevista, Louis había regresado no embriagado de David Lynch, sino embriagado de sí mismo. Más tarde, le decepcionó un poco que la gloria del realizador no incidiera más sobre su propia persona y que las ventas en kiosco no aumentaran significativamente con la publicación de esa entrevista, titulada con toda sobriedad «Lynch: la entrevista», en la portada del número de febrero.

* * *

Una vez al mes, Louis conversaba en línea con los lectores de *La Revue*. Era necesario para adaptarse a las nuevas formas de comunicación e intentar contener la sangría de lectores. Pero Louis tenía que hacer un gran esfuerzo para conversar con la gente. En el fondo, casi siempre los encontraba un poco tontos y tenía la impresión de perder el tiempo. Trataba de decirse que esa actividad tenía que ver con su misión pedagógica, en calidad de crítico. Había dado incluso una charla de una hora sobre el tema en el coloquio «Sobre el papel social de la crítica de cine», el mismo coloquio al que Sylvia no había querido ir, pero en el que Louis había tenido ocasión de observar

con satisfacción casi infantil que a muchos jóvenes les apetecía dedicarse a ese oficio que otros seguían considerando inútil. Desde luego, Louis no se había convertido en una estrella de rock, pero no lamentaba haber abandonado la Politécnica. Recordaba la preocupación de sus padres unos años atrás.

Esa fue también la época en que conoció a Sylvia, cuando pasaban el tiempo en el cine y en los cafés porque ninguno de los dos se atrevía a invitar al otro a su casa. Luego Sylvia empezó a organizar en su casa, para ellos dos solos, una especie de meriendas infantiles. Decía siempre que no hay infancia sin pastel, que siempre queda un pedazo en alguna parte. Louis intentaba recuperar lo que sentía en esa época, experimentarlo de nuevo, en todos los sentidos de la palabra «experimentar»; pero cada vez que se entregaba a ese ejercicio de manera voluntaria, fracasaba. Entre él y sus emociones de aquel tiempo se elevaba un muro, como si se tratara de un país inaccesible, un territorio que había vuelto a ser tierra extraña después de haberlo recorrido. El territorio de su juventud se había vuelto a cerrar sobre sí mismo, en el interior de las murallas infranqueables del tiempo. ¿Había amado a Sylvia verdaderamente en aquella época? Desde luego debía de haberle gustado mucho, y recordaba que apreciaba pasar largas horas con ella, hablando o callados. Pero ¿tenía eso algo que ver con el amor? ¿No había sido «tan solo» una tierna camaradería de dos jóvenes que tenían dificultades para salir de la adolescencia y se habían encontrado y reconocido y durante un tiempo habían sabido acompañarse el uno al otro en esa dura tarea de crecer? ¿Habría podido vivir lo mismo con cualquier otra chica que se hubiera interesado un poco por él? ¿Qué parte había de azar y qué parte de destino en el hecho de que Sylvia hubiera sido esa joven y de que no hubiera habido otras después? Cada vez que se había presentado alguna oportunidad, Louis la había rechazado. En realidad, ninguna había contado de verdad. Qué papel desempeñaba su propia idiotez, su espanto antiguo, su pesado expediente neurótico, en ese hecho insoslayable: Sylvia, de hecho, era la única. Sentía crecer su ira contra ella pero, cada vez que estaba furioso con ella, lo estaba en la misma medida consigo mismo, y toda la infelicidad que había recibido de ella, él mismo se la había infligido. Quizá ella había sido, al igual que él para ella, únicamente el instrumento elegido para dar un rostro a su angustia de estar en el mundo. Tan solo eso ya habría constituido una «elección». No es tan fácil encontrar al maestro y al verdugo. No es tan sencillo encontrar al ser que pueda hacernos amar y sufrir superlativamente.

* * *

En otros momentos, cuando su pensamiento obedecía a un movimiento natural de péndulo, Louis llegaba a convencerse de que su historia con Sylvia era una casualidad sin significación. Que no hubiera habido ninguna mujer que contara después de Sylvia no quería decir que no la hubiera en el futuro. Él era muy joven aún. Pensaba con satisfacción que era afortunado de ser un hombre, dispondría de

más tiempo que la pobre Sylvia, tendría derecho a varias vidas, mientras que ella solo tendría una y, en cierto aspecto, ya la había echado a perder. En esos momentos, Louis se regodeaba en la beatitud de ser él mismo. Pero al final del día, después de una jornada de trabajo, a veces cedía tontamente a la nostalgia de los días perdidos. Esa nostalgia sucia y pegajosa que fustigaba en sus artículos en nombre del cine como arte del presente. Varias veces había discutido con Sylvia a propósito de ese tema. A diferencia de Louis, ella pensaba que el cine era un arte tanto del pasado como del presente, pero nunca había encontrado un argumento que él juzgara válido, y esa discusión, que se repetía como un ritual, acababa siempre del mismo modo. Sylvia decía: «Sí, quizá, debes de tener razón». Pero si cedía era por hastío; las teorías acerca del cine nunca la habían apasionado, y siempre le habían parecido ociosas esas discusiones interminables de cinéfilos. Si había que intentar pensar, Sylvia prefería centrarse en lo que, con razón o sin ella, consideraba verdaderos objetos: el círculo, el cuadrado, la cuadratura y todos los problemas matemáticos. Soltar eternamente tonterías sobre la grandeza de tal o cual cineasta la fastidiaba. «En el fondo, eres como mis padres. No crees que mi trabajo sea verdaderamente útil», le dijo un día Louis con amargura.

Sin embargo, siempre experimentaba el entusiasmo de juzgar, criticar, arbitrar. Entusiasmo bien distinto de la satisfacción, accesible a todos, de dar la propia opinión. Pensándolo bien, el crítico no hacía más que dar su opinión, pero esa opinión, por efecto de un supuesto saber, hacía las veces de peritaje. La subjetividad reivindicada por la crítica moderna no impedía, muy al contrario, que se erigiera en imposición. Truco de prestidigitación, jugada maestra, al confesar que se entregaba al ejercicio de su subjetividad, la crítica se volvía omnipotente. Atrincherada en las zonas inatacables de la íntima convicción, y cualquiera que fuere el argumento que de manera accesoria viniera a apoyarla, proclamaba su integridad exhibiendo su parcialidad. Por ejemplo, un crítico decía: «No porque fulanito sea mi amigo me está prohibido decir hasta qué punto su libro, disco, película, es estupendo. De este modo expreso mi plena subjetividad, y eso no tiene nada que ver con los vínculos que por otro lado nos unen. Si no me gustara, lo diría, o bien no diría nada, etcétera». La gran justificación del crítico era que ponía su condición de experto al servicio de quienes no tenían ni tiempo ni dinero para ver todas las películas. De este modo, el crítico evitaba gastos inútiles a los desdichados que no tenían la suerte de ir al cine gratis. Dada la invasión del espacio televisivo por la promoción y la propaganda machacona de que gozan ciertas producciones, la crítica libre de influencias parecía una empresa de salvación pública, una obra filantrópica, un trabajo de humanista. Pero muy pronto llegaba el desencanto, pues el gremio de críticos se mostraba olvidadizo con respecto a su código de honor y su moral profesional. A pesar de todo, algunos críticos eran patéticamente sinceros en su falta de clarividencia, en su empeño en distinguir a uno,

en poner a otro por las nubes o, al contrario, en ignorarlo. A veces sucedía que eran al mismo tiempo sinceros y clarividentes, pero era raro. Eso le había ocurrido hacía tiempo a Louis, pero ahora le ocurría cada vez con menos frecuencia. El cansancio, la rutina, el deseo de «dárselas de» habían difuminado la precisión crítica, cegado la justicia, limado las aristas de la lucidez y quebrado los entusiasmos sin cálculo.

François Truffaut había dicho que todo francés tenía dos oficios: el suyo y el de crítico de cine. Pero ser crítico asalariado era una distinción suprema. Que le pagaran por dar su opinión, es decir, por hacer lo que todo el mundo sabía hacer, ¿no era el reconocimiento último de su importancia? Los primeros años, Louis solo había podido ejercer su poder sobre objetos mediocres, películas de segunda categoría, de serie Z. Los veteranos de la revista se adjudicaban las películas más hermosas y a los grandes realizadores. Louis había sentido que todo se le escapaba. Ahora que era redactor jefe, ninguna grandeza, ningún realizador famoso, ningún actor o actriz podía escapar a su juicio. Qué entusiasmo había experimentado el día en que *La Revue* publicó su primer artículo sobre una película en la que actuaba, muy mal, por cierto, una actriz célebre. Aprovechó la ocasión para hacerse notar criticando —con toda razón, ya que el cálculo iba a veces en el sentido de la verdad— el juego repetitivo y el tic que hacía que se estremeciera su labio inferior. También había señalado que el contorno de su talle había aumentado y que su nuevo color de cabellos tenía reflejos inciertos y metálicos. Al escribir el artículo, Louis tuvo la impresión de poseer a la actriz, y no se habría sentido más eufórico si la hubiera poseído de verdad. Se sentía a gusto relacionándose con la aristocracia moderna, «artistas» y afines, financieros del arte, pero también la *nomenklatura* del arte subvencionado por el Estado, presidentes de comisiones y organismos, responsables de misiones culturales, promotores un tanto impotentes de lo francés en el extranjero transformados en acompañantes del inexorable declive. Louis gozaba del privilegio de juzgar al final de la jornada el trabajo de todos. Tenía el poder inmenso e irrisorio de «la última palabra», que a veces confundía con el Juicio Final. Y ya que tenía la potestad de juzgar a todo el mundo, ¿no estaba, de hecho, por encima de todo el mundo? No solo frecuentaba a esta aristocracia moderna, sino que, por su condición de intelectual con reputación de incorruptible, tenía el doble beneficio de formar y a la vez no formar parte de ella. Dicha ubicuidad, que es atributo de los dioses, le proporcionaba en ocasiones una sensación de omnipotencia. A veces, sin embargo, hubiera preferido pertenecer a ella por completo, y ser él mismo un artista. Pero ponía buen cuidado, mostrando un desapego lo bastante estudiado para que pareciera natural, en evitar que se transparentasen sus vergonzosos deseos y sus éxtasis solitarios. De noche, solo frente a su ordenador, distribuyendo elogios y diatribas entre los poderosos, los ricos y los famosos de la tierra, incluso entre los estadounidenses, Louis Schlessinger se sentía un poco semejante a Dios.

No obstante, cuando llegó el mes de mayo, acarreado consigo el Festival de Cannes, como noviembre las hojas muertas, Louis se sintió viejo. Que fuera más viejo que el año anterior parecía poco discutible. La novedad es que se había puesto a pensar en la muerte. No es que antes se hubiera sentido inmortal. Había sido inmortal —igual que todo el mundo, salvo especial revés del destino— hasta los diez años, y después había empezado a tener sus dudas. No se había acostumbrado a la idea de la muerte, pero se las había arreglado para olvidarla, lo que en ciertos aspectos es la mejor manera de tomar el asunto. Sin embargo, desde hacía unas semanas se sorprendía a sí mismo pensando en la muerte varias veces al día, como se piensa en una mujer, en un nuevo amor. Y este pensamiento, si se le puede llamar así —pues el problema, al igual que la solución, reside en que no hay gran cosa que pensar sobre la muerte en sí misma—, se le presentó de forma inesperada, extraña, incongruente, cuando recibió por correo electrónico los programas de las selecciones del Festival de Cannes. Selección Oficial, Quincena de los Realizadores, Una Cierta Mirada, Semana de la Crítica, todo volvía a empezar. Todo iba a empezar de nuevo y nada, salvo la tercera guerra mundial, podría impedir el desarrollo lujosamente fastidioso del Festival Internacional de Cine de Cannes. El hastío de Louis no estaba exento de esnobismo; sin embargo, la muerte merodeaba mientras él recorría con el ojo sinóptico las listas de películas seleccionadas. Corría el rumor —aunque la fuente era lógicamente oscura— de que en el instante de la muerte cada ser humano veía toda su vida a cámara rápida. Como la información procedía de los salvados en el último minuto, había que ponerla en tela de juicio. Era preciso verificar dichas afirmaciones por uno mismo. A Louis se le ocurrió que, en el supuesto de que hubiese semejante proyección mental antes de morir, su vida tal vez se reduciría a una serie interrumpida de Festivales de Cannes. Una larga, largísima fiesta. Por alguna razón poco comprensible, esta perspectiva, que habría alegrado a más de uno, a Louis lo deprimía. En el horizonte de Cannes, su espíritu apesadumbrado ya no percibía más que trabajo añadido y promiscuidad poco democrática. Sentado a su escritorio en la rue des Petits Hôtels, se hacía un lío tratando de ordenar mentalmente las distintas ediciones del Festival de Cannes a las que había asistido. Ocho en total. No, había que quitar la del año en que estuvo en Chelsea y faltó a Cannes. Los años, los festivales se mezclaban, las cronologías se desdibujaban, una fiesta se confundía con otra celebrada otro año, había que volver a recordar los títulos de películas, como se recuerdan los nombres de los lugares. Pero pronto no hubo más que un solo festival, un solo mes de mayo, no esencia sino resumen, no idea sino eclipse, captados en un mismo movimiento de memoria y olvido del que surgió, solo, bruscamente, el rostro de Sylvia, que lo acompañaba ahora, un poco como la idea de su propia muerte.

En junio, a su regreso de Cannes, Louis cayó enfermo. Un dolor de oídos, al que al principio no dio importancia, acabó por instalarse solapadamente. Tres semanas después del inicio de las hostilidades auriculares, el dolor no solo no se había atenuado, sino que Louis sufría punzadas cada vez más violentas. Entonces decidió pedir hora a un otorrinolaringólogo y acudió al centro médico más cercano, un edificio masivo y sin gracia, invadido por una hiedra que no lograba embellecerlo. Subió al último piso, el de otorrinolaringología y oftalmología, y cogió un tíquet numerado en un expendedor rojo. La sala de espera estaba abarrotada y esperó de pie una media hora hasta que dijeron su número. Entretanto, una niña que no debía de tener más de tres años había surgido corriendo de una sala contigua y, a lomos de monturas imaginarias, había cabalgado hasta los ascensores. Enfrascadas en sus tareas, ninguna de las administrativas la había visto y Louis, sorprendido al observar que nadie seguía a la niña, quien parecía pasearse sin vigilancia, se preocupó al ver que las puertas del ascensor se abrían ante ella. Se apartó de la pared y se acercó a la niña, que le parecía especialmente menuda, incluso minúscula, con una carita fina y pálida coronada por una coleta de un rubio muy claro.

—Pequeña, ¿adónde vas? —le preguntó Louis con mucha suavidad.

Pero la niña no respondió, ni siquiera volvió la cabeza hacia él, y Louis vio con alivio que una mujer de unos treinta años corría hacia la pequeña murmurando «Lorna». La cogió en brazos y la levantó como si fuera una pluma. Y, ciertamente, no era una niña sino una pluma, se dijo Louis, mientras la mujer le daba las gracias con una sonrisa. Louis se la devolvió, pero no por eso dejaba de pensar que esa encantadora rubia, toda líneas suaves y redondas y hoyuelos, era una madre indigna. Mientras ella se alejaba llevando en brazos a Lorna, cuya cabeza se balanceaba por encima de su hombro, Louis volvió a apoyarse en la esquina cerca del expendedor de tíquets rojo. Se puso a pensar en su propia madre, que a veces se olvidaba de él y no iba a buscarlo a la escuela. Pero se acordaba también de las ocasiones en que iba a buscarlo a casa de Régis, cuando él habría preferido que lo dejara solo.

Después de pasar por el mostrador de las administrativas, Louis, provisto de un papel con su nombre y debidamente numerado, fue enviado a una nueva sala de espera, la de los pacientes de otorrinolaringología. Encontró un asiento justo enfrente de la puerta 243, la del doctor Masure, y abrió *El capital*, de Marx; quería releer algunos pasajes en busca de citas para un artículo sobre los Straub. Pero la puerta 243 no tardó en abrirse y Louis levantó los ojos. El doctor Masure, con bata blanca abotonada sobre una camisa azul cielo y un pantalón de lino color arena, le daba la mano a la madre de Lorna. La pequeña estaba sentada en un cochecito con unas ruedas que a Louis le parecieron desproporcionadamente grandes. Sin duda era el

último grito en cochecitos, y en él Lorna parecía aún más minúscula. Pero lo que le llamó la atención a Louis fue el aparato que vio en una de sus orejas. Entonces comprendió por qué ni siquiera lo había mirado cuando se había dirigido a ella junto a los ascensores.

Hacía años que Louis no consultaba a un otorrino. Pero en cuanto el doctor Masure le introdujo un cono metálico en el oído, provocándole una ligera sensación de frío, lo recordó todo. Las otitis de repetición de su infancia, los tapones de cerumen y el olor a éter que flotaba en la consulta del otorrino al que lo llevaba su madre en Almstadt. El doctor Masure diagnosticó una doble otitis, algo muy clásico. «Otitis» era un término genérico que quería decir inflamación de los conductos auditivos, del mismo modo que angina era el término genérico para los problemas de garganta. Una otitis podía tener diversos orígenes. El doctor Masure le hizo algunas preguntas y Louis le informó de las otitis de su infancia. Añadió que era la primera vez en su vida adulta que tenía una otitis, y que no comprendía cómo la había cogido. El médico no emitió ninguna hipótesis. Extendió una receta y aconsejó a su paciente que evitara las corrientes de aire. Los días siguientes Louis se limpió los oídos aplicándose agua con una pera y se puso las gotas a conciencia. El dolor desapareció, y al cabo de unos días se despertó bruscamente acompañado de silbidos. Pensó que había dejado el tratamiento antes de tiempo. La prescripción estipulaba ocho días y él había cometido la imprudencia de abandonar la limpieza de oídos y las gotas a la primera mejoría. Se lo reprochó y reanudó el tratamiento, pero esta vez sin éxito. No lograba distinguir los zumbidos de los oídos del ruido de los vehículos en la calle. Su tímpano, ese pequeño tambor de piel, parecía llevar últimamente una vida autónoma sin consideración alguna por sus nervios. La tortura se sofisticó con picazón. Los bastoncitos de algodón no conseguían alcanzar las profundidades del mal y una noche creyó que iba a volverse loco. Al día siguiente corrió el otorrino, que le recetó otras gotas distintas. Pero no lo aliviaban, e incluso tenía la impresión de que aumentaban el dolor. Se dijo que quizá se trataba de una reacción normal y perseveró otros cinco días, pero las noches de sueño deficiente, entrecortado por «crisis», se sucedieron. Agotado, volvió a la consulta del doctor Masure, quien, con aspecto preocupado, prescribió otras gotas diferentes. La noche siguiente fue una de las peores de la existencia de Louis hasta entonces. Las gotas instiladas debieron de provocar una reacción alérgica, sufrió de manera espantosa y, en su desesperación por calmar el fuego y la picazón que lo torturaban, vertió agua de colonia en los oídos. Como eso no bastaba, pasó rápidamente al alcohol de 90°. El conducto auditivo, bien quemado, picaba menos, y Louis, extenuado, acabó por conciliar el sueño al amanecer. A las ocho en punto se despertó el dolor, y Louis con él, así que esperó a pie firme al doctor Masure. El otorrino lo examinó, sacudió la cabeza con expresión triste y se negó a darle más gotas. Louis preguntó qué debía hacer y el doctor Masure respondió, con

una lucidez y una honestidad encomiables, que, ante la magnitud del desastre, se consideraba incompetente.

—Pero ¿qué tengo? —preguntó Louis, desconcertado.

—Es difícil saberlo. Al principio era una otitis y después se sobreinfectó y debió de producirse una reacción alérgica. La piel del conducto auditivo no ha soportado la agresión sucesiva de varios productos.

Al final de la visita, el doctor Masure aconsejó a Louis que no se echara nada más en los oídos o, en todo caso, suero fisiológico. Consternado por la incompetencia del médico, deprimido al pensar en la pequeña Lorna, cuyo cuidado le habían confiado, Louis, que sufría un martirio, acudió al servicio de otorrinolaringología del Hôtel-Dieu.

En el servicio de otorrinolaringología del Hôtel-Dieu, un médico interno echó un primer vistazo a los oídos de Louis y luego, con todo el respeto que se debe a un condenado, guardó un gran silencio. El jefe de servicio, el profesor Painlevé, llegó poco tiempo después, avisado por el interno de la urgencia del caso. El profesor Painlevé, un hombre alto y corpulento de aspecto huraño, plantó su mirada azul en los ojos de Louis.

—No quiero ser indiscreto, pero ¿qué hace usted con sus oídos? —fue su primera frase.

—He tenido una otitis —respondió Louis— y después un poco de eccema.

—Puede estar tranquilo, ya no tiene eccema —replicó el gran jefe—. Además, pronto no tendrá siquiera conducto auditivo, lo que en ciertos aspectos solucionará su problema. ¿Qué se mete usted ahí? ¿Desatascador de tuberías?

—Yo... —farfulló Louis antes de abandonar sus oídos a la exploración del espéculo y, por añadidura, al placer de la humillación.

El profesor Painlevé tuvo de entrada una muy mala impresión sobre las prácticas auriculares de Louis. Sospechaba que se metía cosas ilícitas en los conductos auditivos. Ahora bien, para el jefe de servicio, el conducto auditivo era algo fino, delicado, sensible, un orificio sagrado. Sobre todo, no había que introducir nada en él. Desde hacía unos treinta años prevenía a sus pacientes contra el uso de los bastoncitos de algodón. Convenía ser moderado, si no casto, con los oídos. El individuo que tenía ante sí no podía ser sino un enfermo mental. Un muchacho que había destrozado a sabiendas sus oídos con tóxicos era necesariamente un loco de remate, un cretino irresponsable. No obstante, la expresión «a sabiendas» era inadecuada en el caso de Louis, que no había hecho más que obedecer al deseo de que cesara el dolor. Tales deseos son a veces los más peligrosos.

En el asiento trasero del taxi que lo llevaba a casa, con la frente apoyada en la ventanilla, Louis contemplaba un París abierto de par en par en el resplandor del solsticio. Veintiuno de junio, primer día del verano; cerró los ojos unos instantes. Y el movimiento del vehículo lo llevó mucho tiempo atrás, a algún lugar de una carretera entre Estrasburgo y Rammerthann, y a aquel taxi en el que Sylvia estaba sentada a su lado para siempre.

Eran cerca de las dos cuando el taxi dejó a Louis delante de su edificio, en la rue de Wattignies. Al otro lado de la puerta cochera, lo invadieron la frescura y la sombra, en brusco contraste con el calor que se había apoderado de las calles. Se estremeció y tuvo miedo de exponer sus oídos a una corriente de aire. Toda enfermedad brinda al enfermo nuevas perspectivas sobre su propio cuerpo, le impone sensaciones inéditas y no deseadas. E incluso cuando se ha obtenido la curación, queda una huella invisible allí por donde pasó el dolor, y como una vulnerabilidad al mal. Al internarse en las escaleras, Louis se dijo que en lo sucesivo sus oídos serían un lugar de una sensibilidad acrecentada, un punto débil, y, en ciertos aspectos, una debilidad. Eso lo contrariaba. El hueco de la escalera estaba inmerso en una penumbra subrayada por la luz que unas ventanas estrechas lanzaban sobre el alma desgastada de los peldaños. Se sentía cansado y solo cuando de pronto distinguió a Sylvia en su rellano, sentada al pie de la escalera que llevaba al piso superior; tenía los brazos alrededor de las rodillas y estaba inmóvil. Dos veces había accionado el interruptor automático de la luz antes de renunciar. Había intentado reflexionar sobre la situación en la que iba a meterse al presentarse en la puerta de Louis. Pero no había funcionado. No había reflexionado sobre nada y se había limitado a esperar. Louis se detuvo entre dos rellanos y murmuró «¿Sylvia?», con una neutralidad acariciadora. Después añadió en un tono más duro:

—¿Hace mucho que estás aquí?

Ella se levantó sin responder. Se miraron unos instantes en silencio, antes de que él deslizara la llave en la cerradura y abriera la puerta.

Louis se dejó caer en una silla de la cocina, y Sylvia se sentó frente a él, al otro lado de la mesa. Por un instante, ella volvió la cabeza hacia el patio de luces al que daba la ventana. Louis abrió la bolsa de la farmacia. Había ido a comprar los medicamentos al salir del Hôtel-Dieu. Mientras contaba la historia de sus sufrimientos auriculares, tragó los comprimidos con un vaso de agua. Le parecía que su dolor de oídos enlazaba con las lejanas enfermedades de la infancia, de las que decía no guardar ningún recuerdo. Louis tenía a gala no recordar nada. Sylvia pensaba que esa amnesia, real o fingida, iba dirigida contra ella; ella, que remontaba una y otra vez la corriente del río; ella, a quien a veces Louis llamaba *filie hantée*, muchacha encantada, que vagamente sonaba como *la fiancée*, la novia, si uno prestaba atención. Pero ¿quizá Louis y Sylvia buscaban lo mismo, él en el olvido, ella en el recuerdo,

nada menos que la abolición del terror? Sentados en la cocina, nimbados por una claridad que parecía rechazar el calor, la ciudad y el polvo, se miraron un momento y luego Louis preguntó:

—¿Qué me hace merecedor de tu visita?

Como Sylvia no respondía, Louis insistió:

—¿Por casualidad has tenido tiempo de pensar en mi proposición?

—Reflexionar es una gran palabra, pero era difícil olvidarla por completo. No a todo el mundo le pide en matrimonio alguien que al mismo tiempo dice que no te ama.

—Pero tampoco quiero a nadie más.

—Eso es una verdadera declaración.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que te quiero?

—Oh, no, eso sí que no. No sé si podría soportarlo.

—Efectivamente, creo que no podrías soportarlo —dijo Louis, y de pronto su tono era grave y su rostro quedó ensombrecido por un velo de tristeza.

—De todos modos, por regla general, desde hace ya varias décadas en nuestras latitudes, la gente se casa por amor.

—Oh, te lo ruego, no seas ridícula.

Louis dijo que debía acostarse, pero invitó a Sylvia a quedarse si quería. Cuando ella recorrió el pasillo hasta la habitación de Louis, lo encontró atravesado en la cama, ya dormido. Por la ventana, una claridad cegadora invadía la estancia y el cuerpo parecía flotar en un océano de luz. Se acercó a la cama, posó una rodilla en el borde y se deslizó, adelantando primero el torso, a lo largo de Louis. Se quedó quieta, con el rostro a la altura de su nuca, junto a los rizos. Louis no se movía pero, por la ligera aceleración de su respiración, Sylvia supo que no dormía. Fingiendo el sueño y la ausencia, le permitía permanecer a su lado de manera fraudulenta, sin autorizarla formalmente a nada. Estar suspendido en esa habitación, en la luz y el vacío de la tarde, constituía quizá lo mejor de la vida, en todo caso lo mejor de lo que les sería dado a ellos dos. Los ruidos del motor de los vehículos que pasaban por la calle, lejos de acercar la ciudad, la enviaban a distancias insuperables, y la habitación de Louis se convertía en una isla inalcanzable para todos menos para ellos dos. Sylvia se propuso tomar todo cuanto había que tomar en ese instante, y lo más discretamente posible acercó el rostro a su nuca hasta tocar los rizos. Louis fingía dormir. Hacia el atardecer, pretendió volver de un pesado sueño.

* * *

Sylvia salió del piso tirando suavemente de la puerta a su espalda. En la calle, el atardecer exudaba todo el calor del día. Tomó una ruta poco racional hasta Réaumur-Sébastopol y luego hasta la Bolsa. Al llegar a la altura de la rue du 4-Septembre, le pareció sentir un soplo de aire. Mientras se dirigía hacia la place de l'Opéra, la

sensación se hizo más precisa. El viento se internó en el boulevard des Italiens como un flujo de sangre nueva en una arteria exangüe. Entonces se sintió más ligera, como si, al barrer las calles, el viento le limpiara el corazón.

Ya que ambos estaban resueltos a conducirse de manera absurda, Sylvia y Louis lo hicieron todo según las normas. Un domingo, al cabo de ocho días, Sylvia anunció a sus padres que iba a casarse, lo que provocó una especie de clamor de indignación no muy ruidoso. Era lo último que esperaban el señor y la señora Delaunais, y en ese aspecto estaban más o menos en la misma situación que su hija. Charlotte adoptó una expresión seria e interrogativa, y casi compasiva.

—¿Y cómo se llama él?

—Louis Schlessinger.

—Louis, pero... quieres decir...

—Sí.

—Es el mismo de hace... ¿Cuánto tiempo?

—Diez años quizá. No lo sé.

—¿El mismo?

—Sí, mamá. Pero parece ser que en siete años se renuevan todas las células del organismo. Es la gran limpieza general. De modo que es el mismo y es otro. Como en las disertaciones de filosofía.

—Pero ¿habéis vuelto a veros?

—¡Qué va! Lo hemos hecho todo por internet.

Georges miró a Charlotte con desdén.

—Es evidente que se han vuelto a ver. ¡Qué cosas dices! Nadie decide casarse así como así.

—Ah, ya —murmuró Charlotte, pero nadie la oyó—. ¿Y desde cuándo? —preguntó.

—¿Desde cuándo qué?

—¿Estáis de nuevo en contacto?

—Hace un tiempo.

—Pero no nos habías dicho nada.

—Pues no. Estoy progresando por la vía de la autonomía.

Charlotte frunció el ceño y Sylvia esperó las represalias.

—Pero ¿no fuiste tú quien lo dejó la primera vez?

—Que sí, que sí.

—Y entonces, ¿has cambiado de opinión?

Georges se encogió ligeramente de hombros y dirigió una señal de connivencia a su hija. Al mismo tiempo, tampoco estaba demasiado entusiasmado. Schlessinger Louis, Almstadt, el Año Nuevo de ya no recordaba cuándo, el muchacho de la madre desaparecida un día de Navidad. Y todos los años transcurridos desde entonces, y

ahora su hija quería casarse con él. Al final Georges se había hecho a la idea de que su hija no se casaría. ¿Acaso no había pasado muy bien sin marido hasta entonces? Estaba convencido de que, para una chica especialmente brillante, en particular su hija, un hombre no podía ser más que un grillete. No obstante, Georges consideraba que era el momento de decir algo amable y alentador. Pero tuvo que ir a buscar lejos, en el fondo de la mina.

—Si durante todos esos años en los que no os habéis visto no habéis encontrado a nadie que os interese de verdad, es que estáis hechos el uno para el otro —dijo con una sonrisa a la que intentó insuflar toda la convicción de la que era capaz.

Sylvia miró a su padre con cierto recelo y concluyó con aire huraño:

—Sí, eso es más o menos lo que nos hemos dicho nosotros.

Charlotte eligió ese momento para evocar a Laurent y su encanto distinguido. Creyó conveniente añadir que habría sido un marido «ideal».

* * *

Tenía prisa por que todo quedara resuelto. Ese matrimonio no era más que una formalidad, había que cumplirla como tal y deshacerse de ella lo más rápido posible, para así poder dedicarse de nuevo al trabajo con la concentración que requerían las «cosas importantes», principalmente asesinar al rey para hacerse con su trono y su cetro. Claro que necesitaría una espada, un caballo, una armadura y quizá dos o tres aliados. Sabía que podía contar con Étienne y con Marc.

Evidentemente, ni siquiera había que plantearse la cuestión de que Sylvia y yo no viviéramos juntos. En ese punto no tuve que insistir, ya que los dos nos parecemos mucho. La vida de pareja es imposible tanto para ella como para mí. Un atardecer de julio, mientras comía una lata de atún al natural, llegué a la conclusión de que lo mejor sería que nos casáramos en París y no en Almstadt. Y de manera discreta. Avisar al menor número de personas posible.

* * *

Louis toma precauciones de asesino para casarse. En efecto, se trata de un asesinato, aunque yo no sepa aún de quién ni de qué. Tal vez solo de la juventud, que sin embargo no necesita nada de esto para agonizar. He abandonado el propósito de comprender a Louis, y más aún el de comprenderme a mí misma. He aceptado que nos comportemos de forma delirante; intento obtener alguna satisfacción de todo esto y, de manera bastante curiosa, a veces lo consigo, hasta el punto de que sospecho que no puedo llegar a la alegría sino de esta manera muy desviada, incluso podría decirse que perversa. También Louis parece a veces casi feliz, a su manera incalificable. Todo esto es incómodo para nuestras familias, que intentan desesperadamente dar un

giro normal a los acontecimientos. Todo se desarrolla como si nadie creyera de verdad en este matrimonio, y nosotros menos que nadie.

* * *

Nos casamos en Almstadt el segundo lunes del mes de septiembre. Había mucha gente, mucha más de lo que yo hubiera deseado. Se celebró una ceremonia católica, el vestido de Sylvia era blanco, escuchamos el sonido del órgano y todo el mundo hizo como si fuera un matrimonio de verdad. Yo lo creía también, hasta que me desmayé y todo desapareció. Entretanto, la mujer que llevaba del brazo se había convertido en la mía, la había oído decir «sí», me había oído decir «sí», y que si alguien hubiera visto alguna imposibilidad para esa unión que hablara o callara para siempre. Parece que la opción fue callarse. Cuando salimos al atrio, el azul sin fondo del cielo me dio vértigo, y al levantar la vista tuve la sensación de inclinarme sobre un abismo. El mundo estaba patas arriba. Atribuí ese ligero trastorno al calor del tórrido verano alsaciano. Me ahogaba en mi traje negro, me fijé en el sudor que perlaba la pálida frente de Sylvia, luego mi mirada se abismó en el cielo sin encontrar ningún obstáculo y perdí el conocimiento.

Cuando volví al mundo, las bóvedas góticas habían sustituido al cielo demasiado azul. Me habían llevado a la penumbra y el frescor de la iglesia. Los rostros preocupados de Sylvia y Julie estaban inclinados sobre mí. Oí, lejana, pero curiosamente tranquilizadora, la voz de mi padre. Luego un rostro de hombre, que me parecía reconocer aunque no podía ponerle un nombre, se inclinó sobre mí y me habló, me cogió el brazo, seguramente para tomarme el pulso, posó la cabeza sobre mi corazón, me sonrió, me felicitó, sin duda por estar casado y seguir con vida. Y gracias a esa sonrisa extraña, burlona y sin embargo benevolente, reconocí al doctor Ferenczi.

Alexis Ferenczi, figura tutelar de mi infancia y mi adolescencia, nuestro psiquiatra, casi nuestro médico familiar, que no obstante no había sabido impedir que la madre de familia un poco trastornada desapareciera. ¿Odile Schlessinger, de soltera Odile Laplace, mi madre fugitiva, secuestrada? Se me pasó por la mente que, si aún estuviera viva, en alguna parte de la tierra, se las habría arreglado para asistir a mi boda. Pero yo no la veía y seguía esperándola, como antaño a la salida del colegio. ¿Acaso no acababa siempre por llegar? Evanesciente o rígida, muda o, por el contrario, prolija en explicaciones. ¿No acabaría por llegar también esta vez? Odile, esa O del nombre de mi madre, círculo enigmático, dolor encerrado en sí mismo. Madre, ¿por qué no vienes? Pues yo aceptaría todo lo que dijeras, lo que inventaras, creería tus mentiras, y si no lo consiguiera del todo, haría como si así fuera. El doctor Ferenczi me ayudó a levantarme. Se inclinó hacia mí con su sonrisa de comendador,

un comendador que hubiera leído a Freud, Lacan y los otros. Me susurró al oído que creía que yo tenía sin duda aptitudes para el éxtasis místico, pero que aún así no podía descartar de entrada un problema en el oído interno. Tendría que acudir al médico lo antes posible.

Esos trastornos, cualesquiera que fueran su origen y naturaleza, me permitieron participar solo de muy lejos en mi propia boda. Sentado junto a mi mujer a la mesa nupcial, en el restaurante más famoso de Almsstadt, Le Cheval d'Alsace, fui autorizado a hablar poco, a sonreír aún menos. En cierto modo estaba exento de mi propia boda. Mi madre, si hubiera estado allí, habría redactado un justificante. Mi padre se preguntaba por qué, una vez más, no podía conducirme de manera apropiada, pero en cualquier caso, y aun cuando para él yo era un muchacho incomprensible, por principio habría abogado por mi causa. Junto con los padres de Sylvia, se encargaba de la regencia ante los invitados. Julie me compadecía y me envolvía en una mirada tierna, convencida de que Sylvia era la causa de todas mis preocupaciones. Más testigo que novio, fui relevado, de modo muy oportuno, de las manifestaciones degradantes de euforia. La legítima inquietud que Sylvia sentía por mí, como amante esposa, la dispensaba también. Estábamos sentados a la mesa el uno junto al otro, con una reserva perfecta, mientras, sin duda por consideración a mi oído interno, los invitados hablaban en voz baja. ¿O quizá me había vuelto sordo?

Sylvia y yo íbamos a pasar nuestra noche de bodas en el hotel Wurtz, un gran hotel a orillas del Rin. La habitación nupcial, revestida de azul, me recordó el gran cielo que me había visto desmayarme y estuve a punto de desfallecer una vez más. Sylvia había entrado la primera y estaba de pie en el centro de la habitación. Con el talle fino y de bonita forma en su vestido blanco, parecía más frágil aún que de costumbre, hierática y perdida en el fondo azul. Yo la imaginaba vibrante de algún fervor estúpido, en el apogeo de la representación en la que actuaba para sí misma en su teatro romántico. Se suponía que vivíamos un momento inolvidable, uno de los más hermosos de nuestra vida, en definitiva, lo sublime amenazaba de un modo terrible. Sentí la inminencia del peligro y que muy pronto llegaría el momento en que tendría que hacer lo que debía. Sylvia se sentó en el borde de la cama y yo hice algo absurdo, que no había previsto hacer tres segundos antes. Me senté en el suelo y apoyé la cabeza en sus rodillas. Ella hizo lo que yo esperaba, deslizó los dedos entre mis cabellos. Su dulzura penetraba en mí como un alcohol violento. Busqué su mano, entrelacé mis dedos con los suyos, me parecía que era la última vez que tocaba a esta mujer. Me parecía también que nunca podría ser más feliz que en ese instante. Pero una parte de mí reclamaba, exigía... ¿Qué exactamente? No sabría decirlo. Quizá hubo un tiempo en que lo sabía, pero después lo olvidé. Me habitaba un imperioso deseo de venganza.

Me habría gustado poder quedarme con ella en nuestra habitación nupcial tan ridículamente azul, hubiera querido estar lo bastante dedicado, ser lo bastante generoso, inteligente y sencillamente lo bastante sensato para hacerlo así. Solo que tenía que hacer lo que había previsto. Dije:

—No voy a poder quedarme.

No recuerdo si soltó mi mano o la apretó más. Su voz no era más que un soplo cuando dijo:

—¿Qué?

Volví mi rostro hacia el suyo, desfigurado por el desamparo.

—No puedo quedarme —repetí.

—No lo comprendo —dijo muy bajo y con la voz quebrada.

—Sí lo comprendes. Te he explicado lo que sería nuestro matrimonio. ¿Acaso te he prometido otra cosa?

—No. Soy yo la que, llevada como una tonta por el ambiente, esperaba... De hecho, ni siquiera sé muy bien qué. Es verdad que no había nada que esperar.

Había recuperado sus defensas y su ironía. Yo la descubría curiosamente fuerte, quizá incluso indestructible. Nunca se engañaba a sí misma con respecto a sus ilusiones, aunque cedía a ellas. Sabía alzarse por encima de sus derrotas. Cómo la habría amado en ese instante si tan solo hubiera podido. Bajó la cabeza, agotada, con una sonrisa extenuada.

—Yo debería haberlo sabido —dijo. Y finalmente murmuró—: De hecho, lo sabía. He debido de saber todo esto también yo, a mi manera.

Me levanté. Decididamente el azul de esa habitación me angustiaba. Cuando salí, Sylvia seguía sentada en el borde de la cama. En el corredor hacía frío, como si se hubiera estropeado la calefacción. Bajé por la escalera y pedí la llave de la otra habitación que había reservado oficialmente para un amigo. El hombre de la recepción me miró unos instantes, después deslizó la llave sobre el mostrador. Subí por la escalera para llegar a mi habitación del primer piso. Era de tonos marchitos, rosa viejo, menos grandilocuente que la habitación nupcial, y sentí que la calma volvía a fluir en mí como una marea apaciguadora. Me di una ducha. La cabeza aún me daba vueltas ligeramente. Tendría que ocuparme de ese oído interno al volver a París. La ventana daba al parque. Por un instante pensé que podría salir de esa habitación e ir junto a Sylvia. Eso tal vez habría bastado para hacerla feliz. Después cambié de idea. ¿No debía hacerla sufrir para que siguiera amándome? ¿No era culpa suya? ¿Y no tenía que negarle la ternura que tal vez habría podido darle para que, sobre todo, no exigiera lo que no podía darle? Corrí las cortinas a la noche y me metí en la cama. A través de la pantalla floreada, la lámpara de cabecera daba una luz rosa viejo, a juego con la colcha. Era una habitación deliciosamente anticuada, de un lujo provinciano que aún no habían colonizado los diseñadores a la moda. Era un refugio

para mi rabia y mi pesar. Pensé en Sylvia como en un ser amado hacía tiempo y perdido para siempre. Así es como tendría que pensar en ella en adelante. Solo así podría vivir. Y en todo caso fue así como logré dormir.

* * *

Pasé mi noche de bodas mirando el techo con molduras de mi habitación nupcial del hotel Wurtz, a orillas del Rin, a poca distancia de la frontera franco-alemana. Esto, al menos, son recuerdos, me decía, cosas nada banales para recordar más tarde y justo antes de la muerte. A la luz celeste y nacarada, mi nueva vida se me apareció como un desierto balizado por espejismos, algo bastante artístico. Al menos desde este ángulo trataba de considerar los acontecimientos, para consolarme. La superación y la sublimación, nada más es verdad. Como la cosa no iba bien, pensé en dejar el hotel y volver a París de inmediato. Pero cambié de idea, esa partida nocturna se me antojaba un poco melodramática. Una huida grandilocuente, cuyas dificultades de realización, lejanía de la estación y sobre todo ausencia de tren hasta el amanecer, amenazaban con convertirla en algo grotesco. Y además esta habitación color cielo y deliciosamente anticuada, ¿no sería el decorado perfecto para mi insomnio? Me quedaría en mi cama grande y solitaria, reflexionando, si tenía fuerzas, sobre mi vida marcada curiosamente por el sello del desastre. Me pasó por la mente la idea de desgarrar mi vestido de novia, llevándolo puesto, hacerlo trizas sobre la piel, pero también eso habría sido grandilocuente, e incluso histérico, no de mi estilo, ya que, como decía mi madre, yo no seré nunca una mujer de verdad. Sin embargo, una pobre loca, idiota perdida, capaz de aceptar lo que sea, lo era sin duda. En mi descargo hay que decir que mi joven marido no había escatimado nada en el montaje escénico. ¿Tal vez ese muchacho estaba loco de verdad? Pensando en su carga heredada, veía a lo lejos a Odile Schlessinger en camión, recorriendo las calles de Almstadt y nuestro pasado. Incapaz de llorar, escuchaba el silencio suntuoso del hotel, interrumpido apenas tres o cuatro veces durante la noche por el ruido del ascensor, su parada amortiguada en la planta, la apertura y cierre de una puerta lejana al final de un pasillo.

Debí de quedarme dormida hacia las seis, pues me pareció ver la luz del alba deslizarse, gris, entre las cortinas azules. El tiempo había cambiado bruscamente. Pero al despertar me faltaban las fuerzas para sonreír ante las concordancias azarosas entre mi vida y las variaciones climáticas. Me preguntaba cómo iba a conseguir levantarme cuando sonó el teléfono del hotel. Hubo un silencio al otro extremo de la línea, luego oí la voz de Louis, que proponía que nos encontráramos en el comedor para desayunar. Tenía el auricular pegado a la oreja derecha y la mirada irresistiblemente atraída por el techo, como si esperara algo. De modo que el

desayuno formaba parte del programa delirante de mi joven marido. ¿Esperaba gritos, lágrimas o bien un sufrimiento digno y estoico por mi parte? ¿Qué clase de mujer, loca evidentemente —pues, de lo contrario, me habría ido por la mañana, una vez descartada la grandilocuencia de una huida en plena noche—, deseaba él que fuera? Preguntas estúpidas cuya ironía no lograba siquiera disimular ante mí misma la esperanza que aún residía en ellas.

Cuando entré en el comedor, Louis estaba ya sentado a una mesa, con el rostro medio oculto por el diario local, *Les Dernières Nouvelles d'Alsace*. Se levantó y me besó en las mejillas antes de volver a sentarse. Sin duda no se atrevía a preguntarme si había dormido bien. Ya que estaba allí, yo también me senté. Había pedido café para él, té para mí, cruasanes y mermeladas. Estábamos solos, como si hubiéramos reservado el comedor para nosotros, al modo de Robert de Niro en *Érase una vez en América*. Aparté esa idea tonta. Además, a Louis no le gustaba tanto esa película, que un atardecer de abril yo le había llevado a ver a la Cinemateca, cuando aún estaba en Trocadéro. Mientras mordía el cruasán me hice a mí misma la observación de que en realidad mi marido y yo no teníamos los mismos gustos cinematográficos. Pero, naturalmente, él era el especialista. Como no hablaba, cogí un periódico del asiento de una mesa vecina, *L'Alsace*. Deposité el cruasán en el plato de loza blanca, ya que a pesar de mi buena voluntad no podía tragar nada. Buscaba en el rostro de Louis un poco de pesar y no lo encontraba. Levantó los ojos del periódico y dijo:

—Te lo ruego, no llores.

Como si quisiera consolar a un niño de un ligero disgusto, un rasguño, una pequeña contrariedad, con esa ternura confiada que no cree que el disgusto de un niño pueda durar mucho tiempo. Yo miraba al eterno muchacho que leía el periódico, la sombra inseparable de mi juventud, la imposible potencia 10 de mi vida. Tal vez, a su manera demente, estaba en plena felicidad conyugal. Por todas partes había charcos de luz sobre el blanco de los manteles; ahora el sol rompía las nubes e inundaba la veranda. Todo era de un blanco incandescente, y casi podía creer que me encontraba en el gran comedor de Davos, en el confín de las nieves eternas. ¿Tal vez la vida se internaba por caminos irónicos para realizar mis más secretos deseos?

UNDÉCIMA Y ÚLTIMA PARTE

El primer año de nuestro matrimonio estuvo acompasado por cenas semanales y salidas al cine, algunos domingos en Almstadt o en Daumartin. Yo había decidido que nada había cambiado, puesto que nada había cambiado. Acabé por acomodarme a nuestro trastorno conyugal. Había mucho de trastorno y poco de conyugal. Aun cuando yo había declarado perentoriamente que nunca seríamos amigos, a fin de cuentas admití que éramos amigos desde hacía tiempo. Todos los demás, Bob y Françoise, nuestros respectivos padres, con excepción de Odile, que ya nadie se atrevía a esperar que volviera, fueron dejando de hacernos preguntas sobre nuestro modo de vida. Mamá me preguntó si esperaba tener hijos algún día. Le respondí que no había que contar demasiado con ello, dado que yo no sería nunca una mujer de verdad.

—Qué tonta eres, hija mía, más tonta que una mata de habas —me dijo, sin caer en la cuenta de que estaba citando sus palabras.

* * *

En la época del inicio de mi matrimonio con Louis, Bob tenía muchos proyectos de películas. Pensaba que podría montar rápidamente una comedia de espionaje, una parodia en la línea de *Los gánsters no se jubilan*, de Georges Lautner. Me había hablado del guión, una adaptación de un cómic; entonces empezaba a estar de moda adaptar cómics al cine. Rehusé con firmeza y esta vez no me desdije de mi decisión, como había hecho otras veces. Bob no se resintió conmigo, sino que contrató a un guionista consagrado, un perro viejo de la escritura de guiones, y a un joven realizador que acababa de salir de la Femis, la Escuela Nacional Superior de los Oficios de la Imagen y el Sonido. Bob consiguió hacerlos trabajar juntos. Por mi parte, me dedicaba a la preparación de mis clases y escribí algunos artículos que se publicaron en revistas de matemáticas. Al final, no encontré nada mejor que las matemáticas para recobrar mi curiosa paz interior, ciertamente un poco melancólica pero confortable. Demasiada alegría, sin duda, me habría extenuado. Había llegado a la conclusión de que las únicas satisfacciones que me estaban permitidas eran las del espíritu y que las otras siempre me serían negadas. Con la excepción, quizá, de los placeres de la repostería, tanto hacerla como comerla. Me había conformado. Ignoraba si era sabiduría, resignación o hastío. A veces es difícil distinguir las fronteras que los separan. Algunos viejos pretenden hacer pasar su cansancio por sabiduría. Pero yo solo tenía treinta y cinco años. ¿Tal vez, a pesar de todo, era sabia de verdad?

Bob me llamó una tarde de junio, acababa de recibir la conformidad de un actor muy conocido, *bankable*, como estaba de moda decir entonces. Estaba seguro de que la película se haría y estaba contento. Aunque a mí no me incumbía directamente, salvo por la alegría que sentía al ver a Bob tan entusiasmado, quería que celebráramos juntos la buena noticia. Nos encontramos para cenar en un restaurante

bajo los arcos del Palais Royal, era a mediados de junio y los días eran largos. Me acordé de otro día de junio, hacía años, en el que había quedado con Louis al atardecer bajo los arcos. Pero no habría sabido decir qué año fue. Los años tendían ahora a confundirse y me acordaba con más facilidad de las estaciones, del tiempo que hacía, incluso del mes en que se había desarrollado tal o cual acontecimiento, que del año en que se había producido.

—Oh, ¿aún sigues soñando, Sylvia? —dijo Bob.

Sonreí a Bob, tan alegre y vivaz. Me complacía contemplar la gran sonrisa que iluminaba su rostro. Hacía tiempo que no lo veía tan alegre. Era uno de esos anocheceres de junio en los que da la impresión de que el sol nunca se pondrá.

Durante todo ese verano Bob intentó contactar con gente que, según decía, era responsable de tomar las decisiones. Pero muchos estaban de vacaciones, y confundía las fechas de los días libres de unos y otros, y se desesperaba porque su actor *bankable* lo era algo menos de lo previsto. Se habían estrenado dos películas en las que era la estrella y, como se dice púdicamente, no habían «encontrado su público». En las taquillas de esa primavera se había impuesto una comedia sobre el camping, y durante al menos los seis meses siguientes la mitad de los productores de París, grandes topógrafos del imaginario, solo apostaban por comedias cuya acción se desarrollaba bajo tiendas de lona. Bob esperaba mucho de la vuelta de vacaciones en septiembre, pero no pasó nada importante y empecé a preocuparme por él. Nada lograba distraerlo de su deseo de hacer películas; ese deseo, como todos los deseos, es una especie de enfermedad.

Una noche de enero del año siguiente, Bob me anunció que tenía que trasladar de nuevo la oficina de la productora e instalarse en un barrio con alquileres más asequibles. Se iba de la rue de Ponthieu a la zona de Clignancourt. Yo intenté desdramatizar: después de todo, era más práctico para él, el trayecto hasta el trabajo sería más corto; desde su casa, en la rue Ordener, Clignancourt quedaba más cerca que la rue Ponthieu. Fingió estar de acuerdo conmigo. Unos diez días más tarde, al no tener noticias suyas, lo llamé. Había cambiado de estrategia. Iba a instalar una oficina de un solo ambiente en Champs Élysées. Era un principio conocido, muchas productoras pequeñas utilizaban como buzón una dirección prestigiosa. En lugar de una oficina de producción, la mayoría de las veces se trataba de un local de unos veinte metros cuadrados. A mí me parecía preferible tener una oficina en Clignancourt que un apartado de correos en Champs Élysées pero, como no entendía nada de esos asuntos, me limité a decirle a Bob que estaba bien que hubiera encontrado algo que le conviniera.

En efecto, era un local de unos veinte metros. Bob me había preguntado si quería pasar a verlo. Él mismo abrió la puerta, ya que no había nadie más para hacerlo. Se había visto obligado a despedir a su ayudante en prácticas, pues no podía pagarle. Debí de ocultar mal mi tristeza, porque Bob dijo:

—No te gusta.

Y no era una pregunta. Esta vez me atreví a decir lo que realmente pensaba, a saber: que una oficina de verdad en Clignancourt habría sido preferible a ese cuchitril. De hecho, creo que no utilicé la palabra «cuchitril», sino «estudio». Podría haber dicho «habitación», «local», «armario». Bob se sentó a su escritorio, de espalda a la ventana.

—Es provisional —dijo.

Me senté frente a él y me pareció que el malestar adquiría proporciones gigantescas. Bob debía de tener la misma sensación, porque se levantó de pronto, salió literalmente despedido de su sillón, y propuso que fuéramos a tomar una copa al Fouquet's; Bob no podía evitar interpretar el papel de gran señor. A mí me importaba un bledo el Fouquet's y no deseaba que se gastara el dinero. Dije que prefería ir a Virgin porque tenía que comprar un CD. Había escuchado en YouTube «Boston», una canción de un grupo estadounidense llamado Augustana. Para mi gran sorpresa, en Virgin ni siquiera habían oído hablar de él y tuve que encargarlo. Me sentí terriblemente frustrada porque, durante al menos dos semanas —había que importar el disco de Estados Unidos—, tendría que conformarme con la mala versión de YouTube. Tras hacer el encargo, le propuse a Bob que subiéramos al café de Virgin. Nos sentamos cerca de los grandes ventanales que dan a l'avenue des Champs-Élysées. Bob ya no me hablaba de su proyecto de parodia policíaca y no me atreví a hacerle preguntas. Lo conocía lo suficiente para saber que si no decía nada era porque no había nada nuevo que decir. Al salir del café quiso echar un vistazo a la sección de DVD. Recorrió los expositores cada vez más animado, seguía maravillándose de que la gente pudiera ver en casa todas las películas que quisiera. Ahora podía ir a unos grandes almacenes y comprar toda la filmografía de Hawks, de Ford, de Lubitsch, llevárselo todo a casa, encerrarse y no salir nunca, vivir y morir viendo las viejas películas que habían mecido su juventud. Bob no era un nostálgico, le parecía maravilloso que los avances tecnológicos estuvieran al servicio del amor al cine. Eso me recordó a Louis y las dos películas que ponía una y otra vez en su televisor: *El gabinete del doctor Caligari* y *El fantasma y la señora Muir*. Nunca se me había ocurrido pensar que Bob y Louis pudieran tener puntos en común. ¿Tal vez todos los cinéfilos se parecen un poco? Como inevitablemente se parecen todos los que tienen una manía o una obsesión común. Los que tienen facilidad para las ciencias, los taxidermistas, los filatélicos, los coleccionistas de cajas de té o de caramelos Carambar; hay algo de crimen larvado en todo eso, de vicio impune. Louis y Bob podían ver varias películas seguidas, sin interrupción; yo era incapaz. Siempre llegaba un momento en que me hartaba, en que me apetecía llevar la mente por otros

derroteros, caminar por la calle o resolver una ecuación diferencial. Mi cinefilia había correspondido a la época de mi juventud y se había extinguido con ella. Ahora podía pasar meses sin poner los pies en el cine. Veía muy pocos DVD, la idea de comprarlos me pasaba por la cabeza muy rara vez y no era socia de ningún videoclub. Total, como cinéfila no estaba a la altura.

Cuando volvimos a vernos al cabo de un mes, Bob estaba otra vez alegre y lleno de energía. Tenía un nuevo proyecto de película: una comedia romántica. Hablaba deprisa, como si tuviera miedo de que no fuera a dejarle terminar las frases. Pero yo dejaba que sus palabras llegaran, escuchaba, intentaba comprender la historia, era un poco complicada, un poco anticuada, «romántica», decía Bob, de esas que funcionan de todas todas, que no pueden no funcionar. Bob era como un viejo gángster que quiere dar un último golpe antes de retirarse, el último golpe que cambiará definitivamente su vida y le permitirá terminar con elegancia, como un señor. Bob hablaba, improvisaba, y yo trataba de creer en lo que decía tanto como él, solo que me preguntaba si él mismo creía tanto en ello. Habíamos quedado en Virgin. Entretanto Bob se había aficionado al lugar, que quedaba a un paso de su oficina. Los camareros llevaban chaquetas rojas con la palabra Virgin inscrita en blanco. Me daba la impresión de que todos eran homosexuales y, como eran guapos, me dije que era una pena. Para las chicas y para mí, se comprende. Pero, pensándolo bien, sobre todo para las otras chicas, ya que para mí eso no cambiaba nada. Y, después de todo, las demás chicas ya se las apañarían. En efecto, yo no era una mujer de verdad, pero también había dejado de ser una muchacha.

El verano del tercer año de su matrimonio con Louis, Sylvia decidió irse de viaje de bodas sola. Es cierto que habría podido irse sola sin decretar, de forma un poco arbitraria, que se trataba de un viaje de bodas, pero su temperamento la llevaba a reírse de sí misma y, al contrario que la mayoría de las personas, que se las ingenian patéticamente para esconder, a sus propios ojos y a los de los demás, las decepciones que les ha causado la vida, los graves desmentidos que los años y los días han infligido a sus sueños, a Sylvia más bien la divertía todo eso, le producía una alegría sin duda un tanto desencantada, una ligereza nueva que Louis no había dejado de notar y que le inquietaba un poco cuando se daba permiso para pensar en ello. Porque estaba demasiado acuciado por sus ambiciones, cuya materialización tardaba en llegar —seguía sin conseguir el puesto de Jean-Jacques Bordenave, el inamovible director de la redacción, su pesadilla—, para que le distrajeran durante demasiado tiempo lo que se podría llamar un principio de desapego por parte de Sylvia, o más exactamente el hecho de que ella sufría menos por su causa. Ese sufrimiento menor no era exactamente desapego, aunque sin duda Louis lo habría interpretado así si hubiera podido perder el tiempo en interpretaciones ociosas.

Con excepción de Almstadt y Daumartin, los dos jóvenes esposos no habían

viajado nunca juntos a ninguna parte. Una tarde de junio, Sylvia entró en una agencia de viajes, en la esquina de l'avenue de l'Opéra y la rue du 4-Septembre. Se llevó folletos de la isla de Pascua, Egipto, Argentina, San Petersburgo y «Visitar las capitales del Este». De regreso en casa, se instaló en medio de la corriente de aire que atravesaba el piso de norte a sur y empezó a hojear los catálogos. Al cabo de una hora había decidido visitar las capitales del Este. Dos semanas más tarde, y unas horas antes de su partida, se tomó la molestia de anunciar a Louis que se iba sola de viaje de bodas. La noticia hizo reír a Louis, pero no mucho tiempo, porque lo estaban esperando en la sala de reuniones. Le dijo: «Te llamo», pero Sylvia se fue sin que la hubiera llamado.

De entrada Louis creyó que se trataba de una broma, una broma cargada de reproches y resentimiento. Es verdad que deberían haber ido de viaje de bodas. Incluso recordaba que le había hablado de ello una vez, muy al principio. Pero ¿para qué? Y, además, ella se habría imaginado cosas, por ejemplo, que el suyo era un matrimonio de verdad. Con Sylvia había que tener mucho cuidado, era una joven con una imaginación desbordante. Es curioso que, así como para su madre Sylvia no era una mujer de verdad, para Louis en cambio era la mujer, la quintaesencia de todas las mujeres, la mujer eterna, en resumen, una especie de loca.

Cuando colgó el teléfono fue a la reunión de la redacción, en la que se opuso sin éxito a Jean-Jacques Bordenave respecto a la elección de la portada. Jean-Jacques tenía interés en apoyar una película francesa y Louis estaba de acuerdo en apoyar todas las películas francesas con tal de que le parecieran buenas. Los redactores abundaron en la opinión de Jean-Jacques y Louis sintió una gran amargura.

Solo al cabo de una semana, al no tener noticias de Sylvia, Louis llamó a su casa y varias veces le salió el contestador a horas en que normalmente estaba seguro de encontrarla. Llamó al móvil sin más éxito, dejó un mensaje y resolvió esperar al día siguiente. Como al día siguiente Sylvia no llamó, lo hizo él, volvió a encontrarse con el contestador y empezó a inquietarse. Entonces pensó en lo que ella le había dicho por teléfono. ¿Finalmente se había marchado así, sin decirle siquiera adónde iba? Es verdad que él no se había molestado en preguntárselo. Ahora lamentaba no haberla llamado como se había comprometido a hacer. Y todo por culpa de esa maldita reunión de redacción, por esa maldita portada, por esa inmensa decepción ante la suprema mediocridad de sus colaboradores. No, no debía haberse olvidado de Sylvia. Y luego le pasó por la mente que quizá no se hubiera ido de viaje de bodas ella sola, sino con un hombre que no era su marido. Se tranquilizó diciéndose que Sylvia era irónica pero no vulgar.

Sylvia, en efecto, se había ido sola a visitar las grandes ciudades de Europa del Este. Callejeó mucho, se sentó en cafés y en parques, paseó a lo largo de los ríos que cruzaban las ciudades. Al girar en una calle de Praga, le pareció alcanzar, deslumbrada, el misterio y la grandeza de la vieja Europa. Luego la impresión se disipó, para renovarse en otra calle de otra ciudad. Y al mismo tiempo se apoderaba de ella la dolorosa convicción de que ese mundo, cuyo esplendor se revelaba a cada paso, estaba muerto o en trance de muerte, y que lo que ella contemplaba no eran más que las ruinas sublimes de un mundo sepultado. El sentimiento no le era desconocido, lo había experimentado en el mismo París cuando de pronto, caminando por una calle, subiendo a un autobús, ese viejo mundo se le había representado sin futuro. Esa civilización moriría, como otras antes que ella. La agonía ya había empezado, pero podía durar siglos. Por supuesto, el sol aún se pondría varias veces antes de que Occidente se extinguiera por completo. Tal vez renacería más adelante, de otra manera, habiéndolo olvidado todo de sí mismo y extraño a su propio origen. Se preguntaba qué quedaría de él. ¿Quién sería para Occidente lo que Homero y la filosofía griega habían sido para el mundo antiguo? Elaboró una lista más personal que preceptiva, y arbitrariamente breve: las catedrales góticas, Brueghel el Viejo, Johann Sebastian Bach y Marcel Proust. Cada cual es muy libre de hacer su propia lista, del mismo modo que los cinéfilos y los niños enumeran sus películas preferidas y las cosas amadas para protegerlas de la pérdida y el olvido, como si presintieran que ya están perdidas y que quizá ellos mismos las olvidarán o, peor aún, dejarán de amarlas.

Al finalizar sus dos semanas de viaje, Sylvia no tenía ganas de volver a París, y fue entonces cuando decidió realizar lo que ella misma llamaba, en broma, una peregrinación a Davos.

Preocupado, Louis acabó por llamar a los padres de Sylvia. Su hija les había telefoneado desde Berlín hacía cuatro días. Se había dejado el móvil en casa, en París. Louis concluyó contrariado que no sería posible ponerse en contacto con ella hasta que regresara.

—¿Y dónde está ahora?

—Después de Berlín tenía que ir a Viena, creo —dijo Charlotte con prudencia.

Pero se daba cuenta, no sin sorpresa, de que Louis no sabía nada del periplo de la persona que oficialmente era su mujer.

—Entonces, ¿es una especie de viaje turístico? —preguntó él tratando de disimular su espanto con un tono de desdén.

Lo que lo asaltaba en ese momento no era tanto el horror del turismo como una multitud de imágenes mucho más angustiosas: Sylvia en Berlín, Sylvia en Viena, Sylvia en Praga. Y ese sufrimiento se acrecentaba por cuanto ignoraba si debía imaginarla sola o acompañada. Los días siguientes, hasta el regreso de la esposa

fugitiva, habría una sombra acompañándola, una sombra majestuosa, generosa y protectora, todo lo que Louis, que no era lo bastante idiota para ignorar que nunca había sido para Sylvia.

—Ah, es verdad —prosiguió Charlotte con tono vivo y espontáneo—, a usted le horroriza hacer turismo.

A continuación se produjo un silencio; luego Charlotte, atemperando sus efectos con arte consumado, concluyó:

—Como no le gusta nada hacer turismo, quizá también ha estado bien que Sylvia se haya ido sin usted.

Con voz aflautada pero apagada, ligeramente perpleja, Charlotte fingió preocuparse y sobre todo mostrarse compasiva, aunque habría que saber con quién, ya que Charlotte solo sentía compasión por sí misma.

El «ha estado bien que Sylvia se haya ido sin usted» llenó de angustia a Louis. Eso precisamente esperaba Charlotte al preferir «se haya ido sin usted» a «se haya ido sola». Louis no se atrevió a preguntar más. Y al día siguiente, tras una noche agitada, una nueva idea le saltó a la yugular, de un modo más salvaje que todas las demás, la idea de que Sylvia no volvería, que había desaparecido para siempre, que, al igual que Odile en otro tiempo, lo había abandonado.

Esa mañana, de buena gana se habría quedado más tiempo en la cama si no hubiera tenido una reunión de redacción. Louis había conseguido hasta el momento tener unas relaciones excelentes con la gran mayoría de sus redactores y era más cercano a ellos que Jean-Jacques. Pero el asunto de la portada del último número había sido para él desagradable y ya no se fiaba de nadie. Se sentía rodeado de enemigos.

* * *

Durante el trayecto en metro hasta su despacho en la rue des Petits Hôtels, la perspectiva de la reunión lo agobiaba. Oía anticipadamente las voces de unos y otros intercambiando argumentos siempre inteligentes, pertinentes, incluso brillantes, pero ¿por qué esa mañana experimentaba una sensación de cansancio ante tanta inteligencia y tanto brío? ¿Cedía Louis Schlessinger al antiintelectualismo que en ocasiones se apodera del intelectual cuando está cansado o en una fase de hipoglucemia? En efecto, a veces el intelectual, por una mezcla de fatiga y odio a sí mismo, y más probablemente aún por odio a todos sus semejantes intelectuales, colegas, amigos y competidores, llega a adoptar una nueva conducta, y si por ventura es un intelectual crítico de cine, a reeducarse sin que nadie se lo pida, dedicándose a ver con pasión programas como *La rueda de la fortuna* y los *reality shows*. Pero ya sea porque su mentalidad metafísica vuelve al galope, ya sea porque cuenta con sacar

partido a su nueva disidencia para llegar a un público más amplio, el crítico intelectual cansado y que se siente con deficiencia de notoriedad se apodera de su nuevo hobby (*La rueda de la fortuna* o *Le loft*) y —es más fuerte que él— lo convierte en objeto de reflexión y crítica. Entonces acomete artículos, e incluso tesis, sobre fenómenos considerados emblemáticos de la evolución posmoderna de las imágenes, pero que al principio no eran tema de estudio para él.

Louis conocía a uno de ellos, Rémi Vuillet, que se había «destacado» publicando en un periódico vespertino de gran tirada una serie de artículos elogiosos sobre *Le Manoir*, un programa de la primera generación del *reality show* francés. Llegó a afirmar que *Le Manoir*, constituía el no va más de la creatividad posmoderna. Louis recordaba que en una cena Rémi Vuillet le había confiado que se sentía desanimado por el número de películas malas que se hacían y por la tarea cada vez más agobiante del crítico; había añadido que se había hecho crítico para poder ver gratis todas las películas, pero que la gratuidad ya no compensaba la obligación de ver tantas de mala calidad. Rémi Vuillet prefería quedarse en casa viendo la televisión. Para él, en ese momento, valían tanto unas imágenes como las otras. Yves Boissognat, uno de los redactores de la revista, no andaba lejos de pensar lo mismo. Étienne Duriez y Boissognat se habían enfrentado varias veces en el comité de redacción. Pero, desde que su programa de televisión lo absorbía tanto, Étienne se limitaba a enviar sus artículos por correo electrónico y ya no ponía los pies en la rue des Petits Hôtels. Por supuesto, otros redactores podían oponerse a Boissognat, pero sus argumentos no se sostenían mucho tiempo frente a la agudeza corrosiva de este. Jean-Jacques Bordenave había decidido dejar de oponerse a él, en parte porque cada vez que le había plantado cara había salido de la confrontación humillado, como si le hubieran dado una lección. Quedaba Louis, el único que habría podido medirse con Boissognat. Lo había hecho varias veces, pero había llegado a la conclusión de que era inútil. Boissognat no lo convencería nunca y él no convencería nunca a Boissognat. Para poder discutir, habría sido necesario un acuerdo mínimo sobre ciertos postulados. Boissognat declaraba en voz alta y clara que todas las imágenes valían lo mismo. Louis pensaba lo contrario y consideraba que a ese respecto no había discusión posible. A esta convicción de la inutilidad del torneo oratorio, se añadía una inmensa fatiga por parte de Louis.

Para legitimar su falta de combatividad, Louis alegaba la necesidad de que hubiera diversidad de corrientes en el seno de la redacción a fin de no exponerse a los reproches de dogmatismo. A esta preocupación por mantener una línea editorial «entre la coherencia, el rigor y el pluralismo», se añadía una estrategia de ambición más personal. En el conflicto endémico que le enfrentaba a Jean-Jacques, Louis pensaba que, más allá de los desacuerdos «ideológicos», Boissognat y él eran aliados objetivos porque detestaban al director de la redacción, compartían el mismo desdén

por su banalidad intelectual, su espíritu y su estilo periodístico. Louis y Boissognat pensaban que la crítica contribuye al arte y tenían una idea elevada de su misión y, por consiguiente, de sí mismos. Pero, como hemos visto, y tal vez debido a ese cansancio sin causa que lo asaltaba cada vez con más frecuencia, esa autocomplacencia sufría en el caso de Louis algunas desconcertantes pero loables intermitencias, a las que no parecía estar sujeto Boissognat.

Marc se sentó al lado de Louis, como siempre. Se había puesto un ejemplar nuevo del pantalón beis de pana de canutillo grueso que llevaba desde hacía años y que nunca abandonaba, ni siquiera en pleno verano. Compraba siempre, a medida que iba necesitando ropa, en la misma tienda de confección para caballero del boulevard Barbès. Le había cosido el dobladillo lo mejor que había podido, y a la camisa de cuadros le faltaba un botón de nácar blanco. Aunque ahora tenía alquilado un estudio en Simplon, Marc seguía teniendo el aspecto del muchacho que dormía en los trenes, bajo la amenaza permanente de un control imprevisible de los revisores de la SNCF. Tenía el cabello erizado en múltiples mechones, y en su descargo hay que decir que el uso de un peine no habría cambiado nada. Esa mañana estaba de un humor de perros, protestaba contra las nuevas medidas del Centro Nacional de Cinematografía, contra el reparto de ayudas al cortometraje, y propuso que se hiciera un hueco a este tema en el próximo número, e incluso que se preparara un dossier sobre las últimas medidas ministeriales en materia de cultura, medidas que, en su opinión, ponían en peligro la famosa «excepción francesa» y la voluntad de excluir la cultura de las otras «mercancías». Marc era desde siempre un militante activo, es decir, participaba en coloquios y en mesas redondas. Louis se mostró de acuerdo con él, y Jean-Jacques movió la cabeza en señal de asentimiento plácido. Louis había conseguido convencer a Jean-Jacques de la necesidad de artículos que explicaran, que descifrarán, el funcionamiento del sistema de subvenciones del Estado, pero también de los mecanismos de financiación de la producción y la distribución. Louis lo había convencido de que la evaluación de los diversos sistemas tenía que ver con el pliego de condiciones de la revista y con su misión política, pero Jean-Jacques sabía que no sería ese tipo de artículos lo que haría subir las ventas. Al evaluar el sistema en las páginas de la revista, Louis tenía la sensación de eludir su función de crítico para convertirse en un actor, un árbitro de las fuerzas enfrentadas, y tener una influencia efectiva en el curso de los asuntos terrenales y cinematográficos.

Aquella mañana Louis participó poco en los debates que se desarrollaron, pues el inmenso cansancio que lo dominaba al despertarse no lo había abandonado. Dejó que Boissognat, Jean-Jacques y Marc llevaran la voz cantante en las discusiones, mientras su mirada se iba indefectiblemente hacia la ventana donde se estrellaban los rayos del

sol. Louis sintió que el rumor de su sangre se convertía en clamor en sus venas y, en el vértigo que se apoderó de él, pronto no supo distinguir lo interior de lo exterior, la agitación de su corazón de los rayos cortantes del sol. Durante unos instantes las voces de los redactores se mezclaron en un coro confuso que le llegaba desde lejos, hasta que hubo un momento en que ya no oyó nada. Cuando las voces se acercaron de nuevo y el sol volvió a su lugar tras los cristales y la sangre a sus venas, Louis comprobó con alivio que nadie se había dado cuenta de lo que le había sucedido.

* * *

No había nieve en Davos. Sin duda para estar segura de que se llevaría una decepción, Sylvia había decidido a propósito ir a Davos en verano. Pues ¿qué otra cosa iba a buscar a Davos sino una profunda e irrevocable decepción? Bien sabía que el Davos al que acudía en sus sueños, el Davos en el que los balcones daban a la montaña y al infinito, no existía, nunca había existido salvo en la imaginación de Thomas Mann. No necesitaba comprobarlo, pero era como la última etapa y la apoteosis de su viaje de bodas en solitario, de su paseo irónico, el clímax y el punto final de su iniciación en el desengaño. El círculo quedaría cerrado cuando midiera hasta qué punto el Davos real no estaba a la altura de sus sueños. La población no era siquiera bonita. Había edificios modernos, que le parecieron feos. Fue al Gran Hotel, que había servido de modelo a Mann, y pasó en él una noche. Durmió muy mal. Al día siguiente anduvo una hora por el valle, tomó un té en un salón, compró un rebeco en miniatura en una tienda de souvenirs y se marchó en el tren. Ahora podía volver a casa.

* * *

El teléfono dejó al fin de sonar en el vacío y de nuevo oí la voz de Sylvia. Había vuelto, de Praga, de Berlín, de Viena, e incluso de Davos. ¿Por qué Davos?, me pregunté, hasta que me acordé de *La montaña mágica*. Seguramente había querido verificar el mapa de sus sueños.

—¿Cómo te ha ido en Davos?

—No había nieve.

Lo cual parecía ser la respuesta definitiva a mi pregunta. El silencio que siguió me confirmó que no habría otra. Quizá Sylvia no tenía ganas de hablar de sus sueños conmigo. Me habría gustado que me contara todo lo que había visto y la gente que había conocido. Me habría gustado escucharla como ella me escuchaba antes cuando yo le contaba las películas que había visto sin ella. Pero tal vez Sylvia no tenía más ganas de hablarme de su viaje que de sus sueños. Le propuse que cenáramos juntos una noche de esa semana, pero no tenía tiempo debido al retraso que había

acumulado durante su ausencia.

Mi enfermedad se manifestó en otoño, pero me parece que debía de tenerla desde hacía tiempo y que yo simplemente me había negado a prestarle atención. No obstante, hay que guardarse de las ilusiones retrospectivas, tan seductoras y novelescas. Debió de ser a principios de octubre, porque era la época de las conferencias del colegio de historia del cine y yo había dado la mía sobre la luz en *Nosferatu* y *Amanecer*, de Murnau. Me habían aplaudido y mi vanidad estaba satisfecha. Aquel día me sentí un gran orador. De modo que podría decirse que en ciertos aspectos todo iba bien, aparte de la falta de aliento que notaba al subir la escalera de casa desde que el ascensor estaba averiado. Achacaba al cansancio esa dificultad para recuperar el aliento y, el día de la conferencia, al miedo que la había precedido. No debía de tener mucha relación, pero, cuando por fin llegué a mi rellano tras haber subido tres pisos, eso quise creer.

Abrí la puerta y fui a la cocina a servirme un vaso de agua. La bebí despacio, sentado a la mesa. Pero tras un cuarto de hora de inmovilidad mi respiración seguía siendo igual de trabajosa. Decidí no trabajar esa noche. Pero mientras veía *Llueve sobre mi corazón* en DVD, mi respiración se volvió cada vez más entrecortada. Tenía la sensación de que exhalaba en vano, como si el aire no pudiera salir y se quedara atrapado dentro de mis pulmones. Sentí pánico y llamé a SOS Médecins. Describí lo mejor que pude mi dificultad para respirar, que era mayor al espirar que al inspirar, como si, una vez dentro de mis pulmones, el aire se encontrara aprisionado. Me preguntaron si alguna vez había tenido asma y respondí «nunca».

Una hora más tarde un médico llamaba a mi puerta. Me examinó durante un buen rato, me dio golpecitos en los pulmones, la tráquea, me miró la garganta, me preguntó si tomaba algún medicamento. Le sorprendió que no hubiera tenido ningún ataque de asma hasta entonces. Me hizo inhalar un producto de un frasco, y al cabo de diez minutos empecé a respirar con mayor libertad.

—¿Es fumador?

—No, nunca he fumado.

—Bien. ¿Le atiende algún médico de medicina general?

—No... No suelo estar enfermo.

Asintió con la cabeza como para felicitarme y se puso a extender una receta.

—Bien, parece asma, pero no es habitual empezar a ser asmático a su edad. Le doy lo que necesitará si se presentara otra crisis, ya que ha funcionado, pero no tiene que limitarse a tratar solo los ataques.

—Entonces, ¿cree que se repetirá?

—Lo ignoro, pero le aconsejo encarecidamente que no espere a la próxima vez.

Tiene que ir a que lo examinen lo antes posible. No vale la pena que vaya a ver a otro generalista. Pida hora con un neumólogo. Le voy a escribir un informe para que se lo entregue.

En cuanto se fue el médico, fui a la farmacia a buscar los medicamentos por temor a una nueva crisis. De vuelta en casa, leí con avidez los prospectos. Había un broncodilatador (un «agonista de los receptores beta-2 adrenérgicos»), destinado, como indicaba su nombre, a aumentar la abertura de los bronquios, y un corticosteroide para disminuir la inflamación. Así pues, había inflamación. Ambos medicamentos se administraban por inhalación con un sistema de bombeo. Las listas combinadas de posibles efectos secundarios eran estremecedoras. Cerré las cajas y las guardé en mi botiquín con la esperanza de no tener que utilizarlos nunca. Esperanza que se quebró al cabo de tres días, cuando me sobrevino otro ataque que me obligó a utilizar los inhaladores y me llenó de angustia con respecto al futuro de mi enfermedad. Una crisis era un accidente; dos, el principio de algo inquietante. Me encontraba en el umbral de un territorio desconocido que no tenía el menor deseo de explorar.

* * *

Pasada la crisis, Louis desoyó el consejo del médico, y hasta la tercera no decidió pedir hora con un neumólogo del Hôtel-Dieu.

El doctor Dussière llevaba el pelo cortado al cepillo, zapatos con suela de crepé que añadían tres o cuatro centímetros a su estatura, ya de por sí impresionante, y pantalones de pana verde botella que le quedaban cortos. Louis se sintió reconfortado enseguida por su aspecto cordial. Le tendió el informe dirigido a él. El doctor Dussière lo leyó y volvió a doblarlo sin hacer ningún comentario.

—Bueno —dijo—, cuénteme cómo fue más o menos esa primera crisis de ahogo.

Y Louis le contó con la mayor precisión posible las circunstancias, la hora, los síntomas, y le informó que desde entonces había tenido dos más.

—¿Igual de fuertes, menos fuertes, más fuertes? —le preguntó el doctor Dussière.

—Más o menos iguales. En fin, me parece que en todo caso la última fue más fuerte que las dos primeras.

—¿Los medicamentos le han aliviado?

—Sí, pero ahora me quedo sin aliento en cuanto hago un esfuerzo. Esta mañana he sentido que me ahogaba al inclinarme para atarme los cordones de los zapatos.

—¿No es fumador?

—No.

—¿Lo ha sido?

—Nunca.

—¿Vive o trabaja en un ambiente que le exponga al humo de los otros?

—Solo en reuniones, o en los restaurantes, pero por lo demás tengo un despacho

para mí solo. ¿Cree que es asma?

—No lo sé.

Pronunció estas palabras con una firmeza que significaba que su ignorancia en lo referente a la enfermedad de Louis recubría un saber considerable sobre la enfermedad pulmonar en general. A Louis le resultó tranquilizador. Convenía, en todo caso, proceder a la realización de algunas pruebas con el objetivo de confirmar el diagnóstico sintomatológico. Dussière le pidió a Louis que se descubriera el torso y pasara a la mesa de reconocimiento. Le indicó que inspirara y espirara varias veces y practicó un examen del tórax efectuando pequeñas percusiones. La respiración de Louis era rápida y superficial, y la espiración parecía no querer terminar nunca.

—Tengo la impresión de que no llego a vaciar los pulmones —observó.

—¿No tose? ¿No escupe? ¿No es particularmente propenso a la bronquitis? ¿Ha adelgazado o engordado últimamente? ¿Algún miembro de su familia ha tenido o tiene afecciones respiratorias?

Louis respondió negativamente a todas las preguntas. Dussière tomó nota y a continuación escribió rápidamente unas palabras en una hoja de papel con membrete.

—Quiero que se haga una radiografía de los pulmones, un examen de gases en sangre y un test de capacidad respiratoria. Tiene un nombre bárbaro, espirometría, pero ya verá que es sencillo y no lleva mucho tiempo.

* * *

Los exámenes se escalonaron a lo largo de unos quince días, durante los cuales Louis sufrió nuevos ataques, uno de ellos por la mañana, antes de salir hacia su despacho. La violencia de la crisis le impidió acudir al trabajo, a pesar del inhalador. No quería que nadie supiera que estaba enfermo. Llamó para decir que tenía una entrevista sin precisar más. Por suerte, era el día siguiente al cierre, un día tranquilo. La ausencia de Louis pasó desapercibida, pero a la mañana siguiente, cuando llegó a la oficina, Boissognat señaló, con inquietud fingida, su extrema palidez. Louis respondió que estaba un poco cansado esa última temporada.

—¿Has ido al médico? —inquirió Boissognat.

Louis dijo que le habían encontrado un poco de anemia y le habían prescrito vitaminas. Boissognat asintió con la cabeza.

—Sí, hay que tener cuidado con la anemia; además, solo estamos al principio del invierno...

A decir verdad, aún no estaban en invierno. Era noviembre y las hojas habían caído como una multitud de pequeñas llamas apagadas bruscamente por el soplo del viento. Y, como en todas las ciudades, en cuanto los pies de los ciudadanos hollaron las llamas, no quedó nada del incendio. Louis esperaba en el consultorio del doctor Dussière. Miraba por la ventana a un grupo de tres enfermeras que cruzaban el patio de prisa. Era una suerte que el doctor Dussière visitara el sábado por la mañana.

El doctor Dussière ya había recibido los resultados de las pruebas y Louis esperaba que tomara la palabra para comentarlos. Le parecía que la perfecta neutralidad del rostro del médico no auguraba nada bueno. Louis miraba las ramas desnudas del árbol que quedaba enmarcado en la ventana.

—Lo que tiene no es asma —dijo por fin el doctor Dussière—; es un enfisema.

Louis le dirigió una mirada interrogativa.

—Es una enfermedad pulmonar. ¿Ha oído hablar de ella?

—Creo haber oído que es una enfermedad grave.

—No necesariamente. ¿Quiere que le explique más o menos de qué se trata?

A Louis le pareció casi tranquilizadora la manera en que el médico había formulado su ofrecimiento. Era casi como si se dispusiera a llevarlo a visitar un país desconocido. Louis se preguntó a cuántos pacientes había ofrecido el doctor su descripción.

—Los pulmones están formados por alvéolos, unas bolsitas membranosas muy pequeñas, agrupadas más o menos como racimos de uvas y rodeadas de capilares sanguíneos; gracias a estos capilares se produce el intercambio de oxígeno y de anhídrido carbónico entre el aire que se inspira y la sangre. En el enfisema, los alvéolos están hinchados y no llegan a funcionar normalmente, por eso tiene usted la sensación de que el aire se queda en los pulmones. Es una sensación con una base física.

Louis escuchaba al médico sin decir nada, y le parecía que su pensamiento se bloqueaba tanto como su respiración durante un ataque de esa enfermedad cuyo nombre acababa de ser pronunciado. No era la primera vez que oía hablar del enfisema, pero hasta entonces había sido un término abstracto, una palabra un poco rara e incluso bonita. Del griego, claro.

—Pero ¿tiene tratamiento?

—Sí, tiene tratamiento, pero por el momento no tiene cura —respondió el doctor Dussière—. Lo que quiero decir es que el estado de sus alvéolos pulmonares es irreversible. Pero podemos ralentizar el proceso y disponemos de medios para que los pacientes con enfisema lleven una vida casi normal.

—Cuando habla de proceso, ¿quiere decir que los pulmones continúan deteriorándose?

—Más o menos, sí, pero el proceso puede ser muy lento y no afectar la vida del paciente. Obviamente, es necesario tener unos buenos hábitos higiénicos. Y si al salir de aquí, en un acceso de ira y desesperación, por otra parte comprensibles, quisiera ponerse a fumar, se lo desaconsejo.

Louis miraba al doctor Dussière preguntándose si debía reír o no. El médico añadió:

—No pretendo ser gracioso, pero he tenido pacientes, a menudo fumadores, que después del diagnóstico, por despecho, decidieron fumar aún más.

—¡Yo nunca he fumado!

—No, y le felicito. Si hubiera fumado, creo que el enfisema se habría manifestado antes y sería más grave. Por eso le desaconsejo que empiece ahora si se le ocurriera la idea en un momento de rebeldía contra el destino.

—Pero yo creía que este tipo de enfermedades crónicas solo las tenían los fumadores.

—Es lo más frecuente, en efecto. Pero hay dos clases de enfisemas, y el suyo es de origen genético. No quiero abrumarlo con un montón de palabras que no le serían de ninguna ayuda. A grandes rasgos, se trata de un déficit de alfa, una antitripsina, que es una enzima que normalmente está presente en los pulmones. Las enzimas son proteínas que permiten las reacciones químicas normales del organismo. Esta variedad de enfisema afecta a los sujetos más jóvenes sin que necesariamente sean fumadores empedernidos.

Louis miraba empecinadamente el jersey jacquard del doctor. No era el modelo rosa y verde almendra de la primera vez, sino un motivo diferente, muy apretado, rojo y verde abeto. Un jersey de Adviento, tal vez. En todo caso, era evidente que el doctor Dussière apreciaba el motivo jacquard. Quizá eran jerséis tejidos por su madre. ¿O por su mujer? Menos probable. Las mujeres de hoy día ya no hacían punto. En fin, excepto las burguesas bohemias; se lo había dicho Étienne. Probablemente era una tendencia posmoderna que no había escapado a su sagacidad. El doctor Dussière proseguía, alentador:

—Ahora podremos darle un tratamiento continuado, para espaciar las crisis, un broncodilatador de acción prolongada.

—¿Y tendré que usarlo siempre?

Louis pasó por la farmacia antes de ir a casa. Le tranquilizaba tener los medicamentos a mano, aunque no tenía la intención de utilizarlos enseguida. No esa noche, en todo caso; en cambio tomó un calmante ligero que le había prescrito el doctor Dussière previendo su desasosiego. Louis estaba dividido entre el estupor y la ira. Nunca había pensado que pudiera sucederle algo así. Se había preparado para librar muchos combates, pero no ese, que ahora parecía volver inútiles todos los demás. ¿Su energía, su voluntad de actuar y de luchar resistirían ese cansancio infernal, casi permanente, al que se sentía sometido desde hacía un mes? Hasta entonces había soportado su estado porque ni por un instante había imaginado que pudiera ser definitivo. Pero ahora la posibilidad de ese padecimiento de larga duración lo sumía en la peor angustia. Se sentó en el sofá y trató de calmarse, pero le costaba respirar y sintió que iba a sobrevenirle un ataque. Se precipitó al cuarto de baño para hacerse con el inhalador al que ya se había acostumbrado, el destinado a moderar la crisis declarada. Durmió poco, debido a la angustia más que a la sensación de ahogo, que se había atenuado. Se puso a pensar en su madre. En ese momento la echaba espantosamente de menos. Sin embargo, sin duda no habría sabido reconfortarlo, nunca lo había logrado. Estaba demasiado angustiada para poder tranquilizar a nadie. Ante Louis se abría un abismo inmenso y estaba solo. Por mucho

que gritara, nadie respondería.

Al día siguiente, en la oficina, Jean-Jacques estaba taciturno; las ventas en kiosco volvían a bajar. La sangría era lenta pero segura y constante. Jean-Jacques estaba demasiado preocupado para fijarse en mi cara de muerto. Hice que escuchaba sus propuestas para restablecer la situación, pero ya las había oído, eran siempre las mismas. La que se repetía con más frecuencia: estar cerca de los lectores. Precisamente, cada vez había menos y podríamos estar cada vez más cerca. Había que trabajar el chat, abrir las compuertas de la conversación en internet, escuchar al crítico de cine que duerme en todo espectador, aceptar que las fronteras entre los lectores y los profesionales de la crítica son cada vez más difusas. Me encerré en mi despacho y me puse a ver *Ser o no ser* en DVD. Siempre me hace reír. Pero esta vez los recuerdos de la noche casi en blanco y las dos horas de sueño pálido espigado justo antes del alba me asaltaron y echaron a perder el placer. Tal vez las virtudes de *Ser o no ser* se agotaban también. Antes de salir de casa había inhalado religiosamente el producto recetado por el doctor Dussière; había decidido que le obedecería y eso me proporcionaba una especie de consuelo moral. Curiosamente, incluso estaba eufórico para haber dormido tan poco. ¿Quizá un efecto secundario del inhalador broncodilatador de larga duración? A menos que se debiera a la asombrosa sensación de volver a respirar casi normalmente.

Cuando me crucé con Boissognat en la reunión de la redacción y me preguntó qué tal me encontraba esa mañana, le respondí en un acceso de buen humor:

—De maravilla.

Me miró con cierto recelo, sonrió y dijo:

—Perfecto.

Como en respuesta a las palabras de Jean-Jacques apenas una hora antes, Boissognat realizó una exposición bastante brillante sobre cómo creía él que *La Revue* debía utilizar internet. Yo estaba totalmente de acuerdo con él, e incluso me pareció reconocer los argumentos que yo había utilizado unos años atrás ante los accionistas del grupo. Ahora esas ideas andaban por todas partes y volvían a mí a través del discurso de Boissognat. Pocas semanas antes me habría puesto furioso y lo habría acusado de plagio. Pero hoy solo me apetecía sonreír ante la maniobra de Boissognat, que claramente ambicionaba tomar la dirección del sitio internet de la revista. Era una jugada hábil y no había nadie que pudiera disputarle el puesto. Como redactor jefe de la revista en papel, yo no podía aspirar a acumular las dos funciones, sobre todo dada la tarea «ingente» que, como decía Boissognat con razón, esperaba a quien quisiera hacerse cargo del desarrollo, vital e imprescindible, de internet. Era una cuestión de vida o muerte. ¿Y qué habría podido decir yo, puesto que eran mis propias palabras? Intenté recordar si había hablado de internet con él y si le había expuesto mi «plan», pero no me acordaba. De hecho, el tema había salido a relucir

muchas veces durante las reuniones de redactores y probablemente yo había expuesto mis argumentos en varias ocasiones, por partes. Le había bastado con sintetizar mis palabras, recogidas aquí y allá, para construir su brillante estrategia de conquista del territorio internet. Pero más tarde, ya al final del día, pensé que esas estrategias eran idénticas, para todos los periódicos, y que lo que había hecho Boissognat no era reciclar mis ideas, sino reciclar las ideas de todos. Tal vez yo mismo no hubiera hecho otra cosa años atrás, tomando sin duda algunas ideas de personas que habían anticipado antes que otros el auge de la Red. Yo no era menos reciclador de ideas que Boissognat. Curiosamente, mientras volvía a casa esa noche, caminando despacio por la rue des Wattignies, ese pensamiento, en vez de entristecerme, me produjo alegría. No porque de pronto hubiera decidido regodearme en mi comprobada mediocridad, pues además me parecía que había puesto el listón demasiado alto y que solo mi megalomanía me había hecho confundir la falta de ingenio con la mediocridad, sino que estaba contento por no hacerme tantas ilusiones sobre mí mismo. Me pareció que esta revelación, seguida de una aceptación curiosamente inmediata, me permitiría, al igual que los broncodilatadores, respirar mejor.

* * *

Al muchacho le esperaban aún más noches difíciles. Durante casi un mes durmió muy mal, pues lo asaltaban toda clase de ideas que nunca había tenido. Por ejemplo, le parecía que hasta entonces su vida había estado curiosamente hipotecada por ambiciones que de pronto se le antojaban irrisorias. Y se preguntaba si en ciertos aspectos no era irrisoria toda ambición. Hacía muecas estando solo, casi con repugnancia de sí mismo. Se levantó, pues estaba harto de dar vueltas entre las sábanas. Tenía calor, y después frío, y hacía bailar el edredón al son de su temperatura física y mental. Daba unos pasos por la casa sintiéndose como si estuviera drogado. Una mañana, tras una noche peor que las otras, llamó al doctor Dussière para preguntarle qué tenían exactamente los inhaladores.

La secretaria del doctor le comunicó que este no atendía a los pacientes por teléfono, a menos que se tratara de una urgencia. Louis insistió, tenía un problema con la medicación y debía hablar con el médico. La secretaria respondió que le informaría de su llamada y del problema que tenía. El doctor Dussière lo llamaría si lo juzgaba necesario y cuando pudiera hacerlo, ya que en ese momento estaba en plena consulta y no era cuestión de molestarlo por un paciente que parecía estar vivo y al que ni siquiera le costaba respirar. No se expresó de manera tan brutal, pero esa era la idea.

El doctor Dussière llamó al cabo de dos horas; Louis no era consciente de su suerte, pues hasta entonces no había tenido mucho trato con los médicos. El doctor Dussière creía que los broncodilatadores no podían ser la causa directa de su agitación mental ni del insomnio. Lo importante, añadió, era que Louis no había

tenido más crisis y que su capacidad respiratoria parecía restablecida. Pero Louis recordaba las anteriores palabras del médico, y sabía que dicho «restablecimiento» no podía ser más que una ilusión, ya que las lesiones observadas en sus alvéolos, las pequeñas uvas arracimadas, eran irreversibles. De todos modos, había que dar las gracias a los inhaladores, que podían crear esa saludable ilusión, ya que el bienestar que proporcionaban no era ilusorio. Presintiendo quizá en su paciente la tentación de «hacer una pausa terapéutica», el doctor Dussière insistió en la absoluta necesidad de no interrumpir el tratamiento.

* * *

Louis no le había dicho nada a Sylvia de su nuevo estado de «enfermo» ni tenía intención de hacerlo. Probablemente ella lo habría agobiado con su compasión, sin duda incluso habría sido sincera, en una palabra, insoportable. Había perdido el amor de esa mujer y no utilizaría la enfermedad para recuperarla. No solo porque eso no podría funcionar si el amor se había perdido de verdad, sino también porque Louis no deseaba constatar que así era. Sobre todo, ¿qué habría podido hacer con ese amor, perdido o no? Por eso no llamó a Sylvia durante mucho tiempo. Temía que le sobreviniera una crisis si la veía. En tal caso tendría la desagradable impresión de montar un número y mendigar su piedad. No era consciente de la implacable y pueril soberbia que alimentaba la decisión de no llamarla. Pero ¿qué temía exactamente, la compasión de Sylvia o que se la negara, o, más aún, que su compasión estuviera desprovista de amor? Louis no deseaba responder a esa pregunta y evitaba planteársela con demasiada frecuencia, salvo por la noche, cuando no lograba dormir. Entonces veía fantasmas, el de su madre, en primer lugar, pero también el de Sylvia, que se había convertido asimismo en un fantasma.

A principios del otoño, Françoise, de paso en París, me citó en las Tullerías. Había decidido establecerse en Londres definitivamente y había venido a «poner en orden las viejas cosas parisinas» antes de que acabara el año. Había dado el preaviso al propietario del estudio que seguía teniendo cerca de la ciudad universitaria, en la porte de Gentilly, y estaba buscando a alguien para subarrendarlo los tres meses siguientes, que correspondían al período de preaviso. Me preguntó si conocía a alguien a quien pudiera interesarle. Pensé en una de mis alumnas, que aún no había encontrado alojamiento, y eso que las clases estaban a punto de empezar. No llevaba encima su teléfono, pero le prometí que me encargaría de ello esa misma noche. Françoise solo llevaba en París dos días, pero ya estaba harta.

—París es la ciudad más triste del mundo.

—No sé.

—Claro, tú no te mueves nunca, pero te aseguro que es deprimente.

—Sí, es posible, pero me parece que no podría vivir en otro lugar.

—¿Cómo puedes saberlo si nunca vas a ningún sitio?

Por alguna razón que ignoro no quise contradecirla y guardé silencio sobre mi periplo del verano anterior. ¿Para qué modificar la imagen que Françoise tenía de mí y que seguramente reforzaba la imagen que tenía de sí misma? Yo, sedentaria, hogareña, empollando matemáticas como una obsesa, y ella, políglota y cosmopolita, abierta al mundo. Por otra parte, mi último viaje no cambiaba demasiado esa realidad. Era cierto que yo no había estado nunca en ninguna parte. De niña había viajado a algunos países extranjeros con mis padres, pero ya no lo recordaba muy bien, era una especie de diaporama en algún rincón de mi cabeza. Lo que mejor recordaba, inexplicablemente, era el cabo de Cartago, que habíamos visitado, o más bien «visionado», desde un autocar un día gris y ventoso. Había una reja delante del mar y yo me imaginé una gran batalla ausente. Me habían regalado *Salambó* para que lo leyera, y yo fingía que me apasionaba, cuando en realidad me aburría soberanamente. Esa batalla ausente era lo que más recordaba ahora. Tengo la capacidad de recordar cosas que no han existido del todo. Un poco como el amor entre Louis y yo.

Le pregunté a Françoise por qué había dejado a Samuel, que según ella la adoraba. Me parecía que yo nunca habría podido dejar a un hombre que me adorara.

—Eso es falso. Laurent te adoraba y lo dejaste. No soportas que un hombre te ame. Y lo mismo pasa con Schlessinger.

—No, no es eso. Y respecto a ese Schlessinger del que hablas, olvidas que me he casado con él.

—Ah, sí, qué clase de matrimonio es el vuestro, perdóname... En fin, tu marido ha encontrado la manera de que no lo dejes nunca. Te lo va a hacer pagar caro hasta el final de los tiempos, algo así como hasta que la muerte os separe.

Pensé que era inútil discutir. De todos modos, Françoise seguía teniendo la misma opinión sobre el amor: le dábamos demasiada importancia. Yo miraba a Françoise, sentada a contraluz en un bar de las Tullerías. Eran las cinco de la tarde, volvía el otoño, los árboles del jardín flamearían al cabo de dos semanas. ¿Cuántos años hacía que conocía a Françoise? Se echó a reír cuando se lo pregunté. No los había contado, pero la pregunta era muy propia de mí; yo y mi obsesión con el tiempo, mi locura mortífera, mi siniestra manía. Françoise me cogió la mano y sonrió. Pensé que en adelante no vendría más que de paso y sentí deseos de estrecharla en mis brazos y suplicarle que se quedara en París, que no se fuera a Londres, que no me dejara, que no nos dejara. Pero, como si presintiera mi desahogo afectivo, se levantó con resolución diciendo que tenía que irse y que sobre todo no dejara de ponerme en contacto con mi alumna. Y que quizá podríamos vernos una vez antes de su partida.

Encontré el número de la alumna que buscaba apartamento. Se llamaba Anne. Se mostró muy interesada y le di el número de Françoise, que me llamó dos días después

para decirme que habían llegado a un acuerdo. Me dio las gracias, pero lamentablemente no tenía tiempo para quedar conmigo antes de marcharse a Londres. No insistí; de todos modos, no me lo acabé de creer. Ahora imaginaba a mi alumna en el apartamento de Françoise, donde ella y yo habíamos pasado algunas horas de nuestra lejana juventud.

Philippe Schlessinger había regresado antes que de costumbre para recibir a su hijo. Por otra parte, desde hacía seis meses había moderado su actividad. Al acercarse a los sesenta y tres años, consideraba la posibilidad de jubilarse. Se lo había comentado a Louis, que se quedó desconcertado.

Igual que los padres que no han visto crecer a sus hijos, Louis no había visto envejecer a su padre. Por más que sabía su edad, no había caído en la cuenta de que ya había pasado aquella en que los asalariados suelen jubilarse. Luego se imaginó a su padre y a Julie solos en la casa de Almstadt.

La imagen de su madre se había deslizado en su mente y ya no tenía el rostro de los últimos años, sino el rostro más joven de cuando él era niño. Louis también tenía algo que decirle a su padre. Llegó a casa con la intención de anunciar sus problemas de salud, pero al cabo de tres días, cuando hubieron pasado la Nochebuena y el día de Navidad —Sylvia había ido a pasar las fiestas con sus padres—, que sería siempre el aniversario de la desaparición de Odile, Louis seguía sin hablar de ello con su padre. No habría sabido decir qué se lo impedía, pero guardaba su enfermedad como se guarda un secreto.

Cuando se marchó, la víspera del Año Nuevo, que solía pasar en París, Louis se dijo que, a fin de cuentas, no era imprescindible que su padre supiera que estaba enfermo.

Era un día de Año Nuevo en que no hacía frío, y Sylvia había salido al balcón del pabellón de caza en el que habíamos celebrado la noche de San Silvestre, a principios del siglo XXI. Habíamos recalado allí. Nos había llevado Bob Lancelin, a quien había invitado uno de sus viejos amigos de los años setenta, Fabricourt, un productor de cine. Bob había llamado a Sylvia el día anterior para preguntarle si tenía planes para el Año Nuevo, pero ella nunca tenía planes para el Año Nuevo. Así fue como la tarde del 31, un día gris, lluvioso y horriblemente templado para la época del año, Sylvia, Bob y yo nos dirigimos a Verdún a través de una campiña densa, cenagosa, sublime de tristeza contenida, de sangre derramada y lágrimas no lloradas. Bob conducía con una lentitud hierática y había puesto *Aftermath*, uno de los discos preferidos de Sylvia, que cantaba sentada en el asiento del copiloto. Yo iba en el asiento trasero del automóvil de Bob, un Alfa Romeo azul noche bastante desvencijado. Desde atrás miraba de reojo a Sylvia, hundida en su asiento, arrebujada en su abrigo y su bufanda

azul marino. Yo también tenía frío y temía sobre todo la humedad y la niebla de la región del Marne. Por supuesto, llevaba conmigo el aerosol del broncodilatador, que ahora nunca se separaba de mí, pero esperaba no tener que utilizarlo. Me negaba a engancharme a los corticoides. Y además no había dicho nada, y la utilización de un aerosol no habría dejado de suscitar preguntas. Allí estábamos, en la carretera de Verdún, la mar de animados los tres: un productor que no producía películas, una matemática melancólica y yo, crítico de cine con un enfisema en peligro de volverse adicto a los medicamentos. Sylvia cantaba «I'm Going Home» y, en un momento dado, tal vez al sentir mi mirada posada en ella, se volvió y me miró a los ojos. Me pareció entonces que el cielo se abría, al igual que las aguas del Marne, cuyo curso seguíamos, como las aguas del mar Rojo, para dejar que pasara mi amor imposible y yo me uniera a Sylvia al otro lado del tiempo. Esta última imagen, la del Marne y el mar Rojo, me hizo pensar que la cortisona me atacaba realmente los nervios.

Bob internó el vehículo en un camino de tierra y de pronto surgió al otro lado del parabrisas la fachada del pabellón de caza, flanqueado por una escalera con molduras que daba la impresión de una pieza añadida al edificio. Le pregunté a Bob por qué habíamos salido tan temprano de París. Respondió que pensaba llevarnos a ver los campos donde tuvo lugar la batalla del Marne después de localizar el sitio que buscábamos. Miré a Bob para ver si me estaba tomando el pelo, pero por lo visto hablaba en serio. Sylvia sonrió y puso «I'm Going Home» por quinta vez.

Bob había estacionado al borde de un campo. Sylvia caminaba delante, perdida en su abrigo. Dijo que tenía el bajo del vestido hecho una pena y que si hubiera sabido que íbamos a andar por los campos habría traído unas botas. Añadió que ya no tenía tantas ganas de ir a la fiesta. Ni a Bob ni a mí nos apetecía más que a ella. Había estelas de nubes bajas en el cielo, pequeños echarpes hechos de copos, y la temperatura era demasiado suave para la época. Apresuré el paso sin darme cuenta y me encontré a la altura de Sylvia. Me parece que caminamos mucho tiempo, hasta que vimos delante unos árboles desnudos pero tan juntos que formaban una masa densa, como una isla perdida en ese espacio cuya inmensidad parecía aullar su pena milenaria bajo el cielo gris. O tal vez fuera nuestra propia tristeza de vivir, que se había apoderado de la tierra y elevaba la inmensidad de la materia hasta las nubes evanescentes. ¿Por qué tenía que hacer sufrir a esta mujer? Bob nos seguía de lejos y yo me preguntaba si encontraríamos el coche. Caía la noche sobre el Marne, y ¿qué hacíamos los tres allí, en los albores de un año nuevo, andando por campos inmemoriales y anegados, arrastrando con nosotros una nostalgia oceánica?

Cruzamos pueblos desiertos, salpicados por guirnaldas de Navidad en escaparates apagados y carteles que anunciaban la llegada del circo Medrano. ¿O ya se había marchado? Sylvia había cambiado «Going Home» por «Mother Little Helper», después de lo cual no hubo nada que decir y el silencio recuperó su imperio mientras nosotros íbamos hacia..., no sé hacia qué. ¿Lo sabía Bob siquiera? Estábamos como perdidos en un mundo extraño que veíamos desfilar al otro lado de los cristales del vehículo. Tal vez estábamos verdaderamente juntos, sin dejar de estar solos. ¿Teníamos derecho a pasear así, ludiones impúdicos del incipiente siglo XXI, yendo a la luna en paisajes de después de la guerra, siglos y siglos de guerra, y nosotros, depresivos por ser demasiado libres sin haber combatido por ello y, lo que es más, incapaces de amar? De buena gana habría hecho detener el automóvil en pleno impulso hacia el horizonte nocturno en el que salmodiaban luces eléctricas y habría cogido a Sylvia entre mis brazos, la habría estrechado con fuerza, si hubiera podido.

Hacia las ocho estábamos en alguna parte entre Reims y Château-Thierry. Habíamos llegado hasta allí sin premeditación. Bob se había parado a echar gasolina y nosotros tomamos algo caliente en una cafetería, sobre una moqueta con motivos de ramos anaranjados y marrones, cerca de un abeto psicodélico que parpadeaba como un demente. La fiesta de fin de año se anunciaba con auspicios inéditos. Por lo general yo pasaba en casa la noche del 31 y salía poco antes de las doce, llamaba a Sylvia y nos encontrábamos en alguna fiesta para desearnos un feliz año entre otra gente que hacía lo mismo. La velada en un pabellón de caza era, pues, una excepción a todos los rituales, y me preguntaba si aquello era el final o el principio de algo.

Había un cuarto de luna muy blanca encima del tejado con aguilonos del pabellón de caza. Ya era de noche, y a la luz de la luna el lugar adquiría toda la dimensión gótica romántica que seguramente esperaban los anfitriones. Sylvia, Bob y yo, sentados los tres en el coche, nos quedamos un buen rato mirando, unos cincuenta metros más allá del parabrisas, el pabellón de caza y a los invitados, a los que ahora distinguíamos, disfrazados bajo las arañas. Después de Château-Thierry, las carreteras del este y las cafeterías de estilo años setenta, Bellechasse y los invitados parecían una fiesta postiza, triste e incongruente; nosotros, igualmente tristes e incongruentes, seguimos sentados mirando desde lejos, apartados en un perímetro de oscuridad y silencio. Y la fiesta se nos antojaba tan inaccesible como poco deseable, de suerte que quizá fuéramos nosotros, sentados en el coche, quienes éramos en cierto modo inaccesibles. Resultaba difícil saber qué era más irreal, qué era lo que estaba «más lejos de todo», si la fiesta o nosotros en nuestro vehículo, como una banda de delincuentes que

observan el banco que planean atracar, o policías escondidos que esperan pescar a alguien in fraganti. Me costaba imaginarnos entrando en la sala y saludando a la gente. Me parecía que, en cuanto cruzáramos el umbral, todo desaparecería.

—Parece que van disfrazados —dijo Sylvia.

—Sí, se me olvidó decíroslo, es una fiesta de disfraces.

—¿Confunden el Año Nuevo con el Martes de Carnaval? —preguntó Sylvia.

Yo dije que no me apetecía ir, pero que de buena gana comería algo. Sylvia observó que a lo mejor no se podía entrar si no se iba disfrazado.

—Eso no tiene demasiada importancia —dijo Bob.

—Como queráis —repuso Sylvia—. A mí me da lo mismo. De todas maneras, si nos rechazan, lo notaremos.

Pasó cierto tiempo antes de que Sylvia le preguntara a Bob si era lo bastante amigo de los Fabricourt para que nos presentáramos en su fiesta de disfraces sin ir disfrazados. Bob respondió que los conocía desde hacía tiempo, pero que hacía tiempo que no los veía, aunque todos los años le mandaban en diciembre una invitación para su fiesta de Año Nuevo.

—¿Cuándo fue la última vez que los viste? —le preguntó Sylvia, de pronto un poco tranquila.

—Treinta y dos años.

Sylvia miró a Bob sin exteriorizar su sorpresa, aparte de los pocos segundos que se tomó para decir «Hace mucho tiempo» con un aplomo extraordinario del que yo no habría sido capaz. Bob no contestó nada, las palabras de Sylvia no requerían ninguna respuesta. Sylvia lo observaba mientras él mantenía los ojos fijos en la araña encendida en la que debía de ser la estancia más amplia del pabellón de caza. Si hubiera estado en el lugar de Sylvia creo que le habría preguntado a Bob por qué en treinta y dos años nunca había respondido a las invitaciones de sus «amigos» y, algo quizá más importante aún, por qué precisamente este año, a diferencia de los otros, había decidido acudir. Y con nosotros, por añadidura, pero quizá ese detalle que para mí era importante no contara para él. Personalmente, me parecía que se fraguaba un curioso Año Nuevo, y empecé a echar de menos mi rutina. De pronto me apetecía estar en casa, hundido en mi sillón, viendo una película de Bergman, *De la vida de las marionetas*. Ignoraba por qué precisamente esa. Pero era sintomático de mi desasosiego, ya que no me gustaba tanto Bergman. Sylvia hizo por fin una pregunta, pero no la que yo había pensado. Eligió un enfoque curioso: en vez de extrañarse de la actitud de Bob, se extrañó de la actitud de sus amigos.

—¿Y siguen enviándote invitaciones después de treinta años?

—Sí.

—Entonces, ¿tenéis un trato, un acuerdo secreto, algo?

—Tácito, pues.

—¿Es una especie de ritual? Te invitan pero se sobrentiende que tú no acudirás.

—Sí, es posible. Pero no era así al principio. Quiero decir que al principio

seguramente pensaban que yo iría.

Me había fijado en que toda la gente que conocía Bob eran personas a las que conocía desde hacía al menos treinta años. Aparte de Sylvia y de mí, por supuesto, que formábamos parte de su nueva vida. En cuanto a la antigua vida de Bob, para mí seguía siendo un misterio poblado de seres que eran adultos en los años setenta; en consecuencia, necesariamente extraños y viejos. Sylvia dejó escapar un suspiro, pero apenas perceptible, y el silencio volvió al habitáculo del automóvil. Así pues, los amigos de Bob eran gente capaz de enviar durante décadas tarjetas de invitación a un hombre que no se presentaba nunca. Desde un punto de vista entomológico, era interesante. Y, pensándolo bien, es posible que Sylvia tuviera razón al plantear la pregunta como lo había hecho, no centrada en Bob, sino en sus amigos de hacía tantos años. Yo tenía hambre y suspiré para señalar mi desaprobación general al cariz que estaba adoptando la velada. Propuse que fuéramos a dar una vuelta por esa fiesta en lugar de mirarla de lejos, ya que ¿no importaba un comino que no estuviéramos disfrazados? Bob estaba de acuerdo.

—No creo que eso tenga demasiada importancia —repitió en un tono neutro, incluso con indiferencia, aunque eso no resultaba tranquilizador, pues al oír su voz cualquiera se habría preguntado qué podía tener importancia para él en aquel momento.

No obstante, algo que yo ignoraba tenía la suficiente importancia para que nos encontráramos los tres en el coche con mala calefacción, mirando desde lejos una fiesta de Año Nuevo en un pabellón de caza en la región del Marne. Seguramente Sylvia sabía más que yo, y su actitud, llena de tacto y discreción, dejaba traslucir su inquietud por Bob.

Ella debía de preguntarse también —y me parecía que la pregunta era pertinente, si bien en ese momento yo tenía demasiada hambre para planteármela de manera explícita— si de verdad era razonable presentarse en una fiesta en la que no solo nadie debía de esperarnos, sino en la que tampoco esperaban a Bob desde hacía al menos veinticinco años, suponiendo que los primeros cinco años, pongamos por caso, los anfitriones tuvieran la vaga esperanza de que apareciera alrededor de la medianoche para desearles un feliz año. Una vez más, tuve la impresión de que los pensamientos de Sylvia y los míos seguían el mismo curso lógico aunque sinuoso.

—No vas a su fiesta de fin de año —dijo ella—, pero ¿les envías una tarjeta de felicitación o te disculpas por no poder acudir?

—No, nunca he enviado nada por el estilo. Ni ninguna otra cosa.

—Pero debes de haber cambiado de dirección unas diez veces desde los años setenta. ¿Cómo saben dónde vives para reemitirte la carta a la dirección correcta?

—Lo que ha cambiado es la dirección de la productora, no mi dirección personal.

Así pues, no había ningún misterio, al menos en lo referente al ámbito postal. Bob se sumió en un silencio en el que percibí una evidente incomodidad, pero quizá también el deseo no de confiarse, porque en ese momento era incapaz de hacerlo,

sino de que otra persona lo liberara de sus secretos. Tal vez porque Sylvia había adivinado ya algunos de sus secretos sin que él tuviera necesidad de hablar de ellos, de modo que una parte del trabajo ya estaba hecha, Bob la había elegido para esa delicada operación de extracción. Y yo, ¿qué hacía yo allí, con el vientre aullando de hambre en una queja inarticulada pero inoportunamente audible, una hora antes del final del año y del comienzo del otro, oyendo a unos locos melancólicos divagar dentro de un vehículo cuya luz cenital, en ese preciso instante, dejó de alumbrar el habitáculo y nuestro elegante estupor?

Pero nada se dijo aquella noche. Extenuado tal vez por la perspectiva de sus propias confidencias, cansado de sus secretos, Bob finalmente decidió que, ya que estábamos allí, más valía ir a la fiesta. Me bajé del coche y cerré de un portazo mientras Sylvia, que no se había movido, me miraba, circunspecta, por lo poco que veía de ella sin la luz del coche. Bob se apeó también, y esperamos los dos, cada uno a un lado del vehículo, a que Sylvia se decidiera. Abrió la puerta declarando que nunca había sido partidaria del «ya que estamos aquí». Pues cuando se decía eso era porque probablemente aún se estaba a tiempo de no hacer las sandeces que uno se disponía a hacer. Y como ni Bob ni yo respondíamos, se encogió de hombros a su modo, imperceptible excepto para mí. Recorrimos los tres los cincuenta metros que nos separaban del pabellón de caza y yo tenía la impresión, sin duda por efecto del hambre, de que la araña me caería encima como un rayo.

Mientras subíamos por la escalera de piedra, sentí que el brazo de Sylvia rozaba el mío, y luego que su mano me apretaba el codo como había hecho el día de nuestra boda justo antes de que me desvaneciera.

—No deberíamos ir a esa fiesta —la oí murmurar, y había una gran inquietud en su voz.

Pero ya estábamos en lo alto de la escalera y las puertas dobles se abrían para dejarnos entrar, como por arte de magia. Una especie de lacayos de teatro nos acompañaron al entrar. Quizá me había equivocado. Quizá no era un pabellón de caza, sino un sucedáneo del Trianon. Además, la amplitud llena de adornos de la araña parecía confirmar esta hipótesis. Para ser sincero, yo no entendía nada. Ahora la araña parecía arder como una bola de fuego, pero quizá se debía al efecto en mí de la hipoglucemia o de los corticoides. Habría un centenar de personas disfrazadas, pero, en contra de lo que suponíamos, nuestra entrada en ropa de calle no llamó la atención. Las miradas resbalaban sobre nosotros y algunos invitados nos recibieron con una sonrisa indulgente. Simplemente habíamos olvidado los disfraces o no habíamos tenido tiempo de ponérselos. Bob tenía razón al decir que eso no era demasiado importante. Localicé el bufet al fondo de la sala, un bufet a la altura de

mis esperanzas y del hambre que tenía. Llevé conmigo a mis acompañantes y unos mayordomos en librea nos sirvieron champán. Bob bebió la primera copa de un trago y pidió otra de inmediato. Mientras yo comía una tartaleta con *ricotta* y calabacín y Sylvia pinchaba con la punta de su tenedor un suflé en una cazuelita, Bob, como si no quisiera ver lo que sucedía a su alrededor, contemplaba absorto las burbujas que subían a la superficie de su copa de champán.

A las doce de la noche se abalanzaron unos sobre otros y se besaron. Bob, Sylvia y yo nos habíamos sentado un poco apartados, en una especie de saloncito que seguramente habían preparado para la gente cansada como nosotros. Bob iba por la quinta copa, yo por el postre, un pastel de castañas cubierto de crema inglesa. Bob levantó la copa y nos deseó feliz año. Sylvia cogió la copa que había dejado a sus pies. Yo recuperé la mía del velador y brindamos entre nosotros, más o menos como si nos hubiéramos quedado en el coche.

Sylvia se hundía en su poltrona y Bob seguía bebiendo. Ninguno de los dos parecía prestar la menor atención a lo que sucedía a su alrededor. Yo había vislumbrado alguna «gente del cine» con la que había coincidido en Cannes o en París. Pero no del cine que me gustaba y conocía. Más bien gente que había hecho películas comerciales en los años setenta, veteranos y algunos herederos del cine de calidad francés. Eran personas con las que había tenido ocasión de cruzarme en preestrenos o en cócteles, pero con quienes no mantenía ninguna relación continuada. Los invitados iban y venían del salón a la terraza porque la noche era muy tibia. Bob se levantó diciendo que necesitaba andar un poco. No invitó a Sylvia a acompañarlo. Lo vimos alejarse y perderse entre las siluetas disfrazadas. A mí también me apetecía moverme. Me incliné hacia Sylvia para proponerle que me acompañara a la terraza. Me miró sin responder, como si mi petición la desconcertara. Como si la menor señal de atención por mi parte le pareciera sospechosa. ¿Tal vez la angustia de Sylvia crecería si ahora me acercara a ella? ¿Quizá no lo comprendería? Mientras nos dirigíamos a la terraza, se me ocurrió que quizá había llegado al punto en que ya no esperaba nada. Yo había convertido a la muchacha de entonces en una mujer sin esperanza.

Sylvia se apoyó en la barandilla de la terraza y clavó la mirada en el fondo del parque, bordeado por un fragmento de muro que debió de pertenecer a una especie de recinto ahora desaparecido. La luz del pabellón de caza proyectaba por todo el jardín enclaves luminosos, hacía surgir sombras y sumía ciertas partes en una oscuridad que, por contraste, parecía invencible.

—¿Sabes dónde está Bob? —preguntó Sylvia.

—Creo que se ha ido hacia donde están bailando. Su historia es bastante curiosa, ¿no te parece?

Como Sylvia no contestaba, insistí:

—¿Te había hablado Bob de los anfitriones?

Sylvia dijo que no con un ligero movimiento de la cabeza.

Un hombre se había apoyado en la barandilla y miraba en línea recta hacia el salón. Sonreía distraído, a nadie en particular, me pareció. Hacía tiempo que Sylvia y yo no estábamos tan cerca el uno del otro. Había hecho suya la distancia de seguridad, mental y física, que yo le había impuesto. De pronto el hombre que sonreía como un bendito se volvió hacia Sylvia y le preguntó si quería bailar. Apenas me había dado cuenta de que había música, pero ahora me pareció ensordecedora y fea. Sylvia se volvió hacia él, un hombre alto y moreno de quien desgraciadamente me era imposible decir si era feo. Sin mirarme, Sylvia respondió «sí»; luego volvió la cabeza hacia mí.

—Supongo que tú no quieres bailar, Louis —dijo con tono taciturno, carente de provocación.

—Ve —dije, como dando un permiso que nadie me había pedido. Los vi alejarse negándome a seguirlos.

Un cuarto de hora más tarde, como Sylvia no volvía, me decidí a ir al salón destinado al baile. Parecía una fiesta paralela. Busqué a Sylvia con la mirada pero no la encontré. No quería dar la impresión de que la estaba buscando. Como si lo hubiera hecho adrede, el DJ había puesto una antigualla que me rompía el corazón, me sentía triste y hubiera querido retroceder en el tiempo, pero no sabía hasta cuándo. Quizá solo hasta nuestro paseo de hacía unas horas por los campos de la batalla del Marne. Distinguí a Sylvia y al hombre, que bailaban uno al lado del otro. Por suerte, ya no estábamos en la época del vals, si no se habrían tocado y dudo que lo hubiera soportado; el hombre me vio y me dirigió una sonrisa de buen camarada. Debería haberme marchado y dejarlos, pero me acerqué, cogí a Sylvia del brazo y ella dejó de bailar. Nos quedamos así, frente a frente, mirándonos. El hombre continuaba bailando y sonriendo. «Volvamos», dije, pero había demasiado ruido para que Sylvia me oyera y no supo leerme los labios. O tal vez fingiera no entender. Me la llevé conmigo y dirigió un gesto de despedida a su galán. Él le sonrió, decepcionado pero cómplice. Me miró por última vez sin animosidad antes de volverse. No parecía extrañado, más bien divertido. Seguramente era un hombre *cool*. Quizá tenía una gran experiencia con maridos celosos. Quizá le gustaban las mujeres casadas y los maridos que montan el número. Pero sin duda ni siquiera sabía que estábamos casados. ¿Tenía yo pinta de marido? Sea como fuere, su calma y su sonrisa, que me irritaban sobremanera, abogaban más bien en su favor. Probablemente era un tipo muy simpático, y en otras circunstancias yo habría apreciado sin duda su flema de dandi.

Sylvia me miraba de soslayo y sentí que enrojecía. No obstante, no parecía tener la intención de aprovechar la ventaja psicológica que le daba mi comportamiento ridículo. Era como si le importara un bledo, o al menos como si se hubiera retirado del juego. Se confirmaba mi impresión. Sylvia no era la misma tras su viaje de bodas del último verano.

Volvimos a nuestras poltronas Luis XV del primer salón, pensando que quizá Bob habría tenido la misma idea. Nos sentamos con la esperanza de que acabaría regresando al lugar donde nos había dejado. En la terraza había más gente que antes y todos hablaban con animación. En el momento de desearse feliz año, los invitados se habían quitado las máscaras, que ahora colgaban lastimosamente bajo las nuca, echadas hacia atrás como despojos agotados.

* * *

Louis vino a buscarme a la pista de baile. Si hubiera tenido que arrancarme de los brazos de mi galán, sin duda lo habría hecho. Por suerte, los bailes de hoy día no obligan al hombre a coger a la mujer entre sus brazos. De todos modos, Louis parecía un poco ridículo viniendo a buscarme así en pleno baile. Me dio risa, una risa interior, claro. Estaba tan cansada que lo que Louis hiciera o dejara de hacer no me importaba demasiado; me fijé en que también él tenía un aspecto muy cansado, y aún más pálido que de costumbre. Lo seguí con bastante docilidad y sin burlarme, porque me importaba un comino. En cuanto al chico que me había sacado a bailar, no se enfadó y en ningún momento abandonó su bonita sonrisa.

Esperando encontrar a Bob, Louis y yo nos replegamos hacia los curiosos sillones de no sé qué estilo; Louis decía que Luis XV y a mí me habría resultado difícil desmentirlo o confirmarlo. Los encontraba bonitos pero ramplones, de hecho, me hacían gracia. Había una mujer alta y morena junto a la puerta cristalera. Estaba de cara al jardín y yo solo le veía la espalda, pero me había fijado en su vestido tornasolado en tonos violeta y púrpura. No veía muy bien de qué estaba disfrazada, si es que lo estaba. Parecía más bien un traje de noche moderno. Tenía un gran escote en la espalda que no me parecía propio de ninguna otra época de la historia del mundo, pero después de todo yo no sé mucho más de moda que de mobiliario. El color contrastaba con la blancura de su piel. Los hombros y los brazos eran a la vez gráciles y musculosos. Cuando la mujer se volvió y dio la espalda al jardín vi a Bob de pie frente a ella. La miraba mientras ella le hablaba. La mujer se movió y pude verle el rostro. Calculé que tendría unos cincuenta años. Tenía el rostro hermoso y energético, de rasgos marcados, ojos negros, pómulos salientes. La cara confirmaba la impresión que desprendían su espalda y su porte altivo. Ninguna blandura en el cuerpo ni en el rostro. En un momento dado, posó una mano en el brazo de Bob y le

sonrió. En ese instante, un hombre con un traje que me pareció el de Francisco I en el cuadro de Clouet pasó por delante de la puerta cristalera y ocultó un momento a la mujer y a Bob. Cuando volví a verlos, la mujer había retirado la mano del brazo de Bob, que parecía a la defensiva. La mujer desvió la vista hacia un lado de la cristalera y casi creí que su mirada iba a cruzarse con la mía. Temía que se sintiera observada. Pero su mirada resbaló sobre mí. Hizo una seña a alguien que yo no veía y que debía de estar al fondo del salón. Luego se volvió otra vez hacia Bob y le sonrió con una expresión que me pareció mundana. Bob trataba de sonreír, pero no resultaba nada convincente. Sentado en la poltrona a mi lado, Louis me preguntó si conocía a «la morena alta que está con Bob» y yo negué con la cabeza. Solo unos segundos y un hombre con esmoquin —decididamente no éramos los únicos que no íbamos disfrazados— se les unió. Estrechó la mano de Bob con entusiasmo e incredulidad, como si quisiera compensar la segunda con la primera. Luego se puso a hablar con cierta locuacidad, como si tuviera algo que decir o quisiera a toda costa impedir que hubiera el menor silencio.

No sé en qué momento Bob nos vio a Louis y a mí derrumbados en las poltronas, observándolo, pero nos señaló sonriendo y pronunció unas palabras que la distancia nos impidió oír, pero era fácil imaginar que nos ponía como pretexto para despedirse. Bob estrechó la mano del hombre y luego la de la mujer, se acercó a nosotros y preguntó si queríamos marcharnos. Salimos del pabellón de caza y subimos al automóvil. Hacía frío y la calefacción funcionaba solo a bocanadas delirantes que nos daban en la cara, en particular en la mía; yo estaba sentada en el asiento del copiloto y Louis atrás, como a la ida. El silencio parecía querer instalarse y yo me decidí a preguntar a Bob si las dos personas que habíamos visto eran los amigos de quienes nos había hablado, los que le mandaban invitaciones desde hacía varias décadas.

—Sí, eran ellos —respondió Bob.

Intuí que no le apetecía decir nada más. El regreso a París fue silencioso, pues cada uno parecía atrapado en un tormento personal difícil de comunicar.

* * *

Bob se suicidó una semana después del día de Año Nuevo; lo encontraron muerto en la bañera. Se había cortado las venas y al parecer había esperado la muerte tomando un baño caliente. Yo le había llamado por teléfono esa semana y me dijo que estaba bien. Intenté saber más acerca de las personas en cuya fiesta de fin de año habíamos estado. Así supe que la mujer morena se llamaba Veronika y que era la esposa del productor Fabricourt, amigo de Bob. Esa era pues la pareja que había invitado a Bob a festejar el Año Nuevo con ellos sin que él respondiera nunca a su invitación. No quiso decirme por qué no había ido nunca antes; en cuanto a la decisión de acudir por primera vez ese año, la explicó con una frase que en ese momento me aclaró bastante poco.

—Antes no habría podido verlos, pero ahora ya da igual.
De esa frase me acordaría más tarde, cuando ya no serviría de nada.

Bob fue enterrado en el cementerio de Montparnasse un día de lluvia. Veronika Fabricourt acudió a la ceremonia sin su marido. Cuando salió de una larga berlina negra, reconocí de inmediato su porte altivo, su silueta, a la vez estilizada y vigorosa, con un traje de chaqueta negro entallado, muy elegante. Louis estaba a mi lado y, por alguna razón que ignoro, me cogió la mano. Como enseguida se puso a toser, me pregunté si había una relación de causalidad entre el hecho de que me tocara y el hecho de que tosiera. Pero tenía la mente demasiado embotada para responder a la pregunta en ese momento. Debió de querer ser amable al verme tan triste, y por eso tuvo ese «gesto». Después de tanto tiempo, yo conocía el valor de esos gestos y cuánto se arrepentía cada vez que era «amable» o creía serlo. Lo cierto es que, por extraño que me pareciera a mí misma, yo retiré la mano. No sabría decir si eran las circunstancias las que me impedían apreciar esa ternura insólita o si la había esperado demasiado tiempo para poder apreciarla.

Después de la ceremonia fui a presentarme a Veronika; ella recordaba haberme visto de lejos en la fiesta de fin de año. Le propuse que fuéramos a tomar un café a alguna parte. Vi que su rostro se cerraba y lanzó miradas a su alrededor como en busca de consejo o de auxilio. Luego aceptó venir conmigo y fuimos a un café del boulevard du Montparnasse. Tenía una sintaxis irreprochable, pero hablaba con un acento bastante pronunciado. Con unas pocas frases comprendí que era la bailarina alemana con la que Bob se había casado años atrás. No había regresado a Alemania, como afirmaba Bob. Había conocido a otro hombre. De hecho, había sido el mismo Bob quien le había presentado a Fabricourt, su socio de entonces en la productora que habían creado juntos. Eso fue todo cuanto supe de la historia de Bob y Veronika. Fabricourt había creado otra productora y tuvo varios éxitos consecutivos con comedias populares para las que se había asociado con Albert Vinaquier, el tío de Grégoire. Así se hizo lo bastante rico para dar fiestas de fin de año en propiedades de los alrededores de París. Fiestas a las que Veronika y él nunca habían olvidado invitar a Bob, por generosidad o por la peor perversidad, para que contemplara su felicidad y prosperidad. Qué pequeño era el mundo, y qué azaroso e injusto.

Fue la portera del edificio quien encontró a Bob en la bañera y fue Daniel Lancelin quien informó a Veronika de la muerte de Bob. Daniel tuvo ganas de decirle que todo era culpa suya, pero ¿estaba seguro? Era difícil decir si Bob había muerto de amor o había muerto de cine. Sin duda había llegado a un punto de su existencia en que

resultaba imposible distinguir entre esos dos tormentos.

* * *

Louis vio que Sylvia se acercaba a la mujer morena antes de que esta subiera a su vehículo. Las vio intercambiar unas palabras y después caminar hacia el boulevard du Montparnasse y entrar en un café. Miró el reloj; solo eran las doce, aún tenía tiempo de pasar por su despacho de la rue des Petits Hôtels antes de comer. Mientras se dejaba llevar por la cinta transportadora del pasillo de la estación Montparnasse, pensó en el instante en que Sylvia, junto a la tumba de Bob, le había soltado la mano. Hasta se preguntó qué se había sentido más herido en su interior, si su amor propio o su amor por Sylvia. Por primera vez consideraba en serio la hipótesis de que finalmente tal vez pudiera amar a Sylvia. Y se reprochaba haberla torturado en el pasado y, quién sabe, tal vez todavía. No era fácil saber qué había provocado en Louis ese extraño cambio o toma de conciencia, que se podría calificar con audacia de revolución moral o espiritual. Tal vez fuera consecuencia del deterioro de su salud y del consumo habitual de corticoides. Eso no quitaría ningún valor a su nueva lucidez, ya que la enfermedad habría podido tener el efecto contrario y volverlo amargado y aún más ciego. Quizá a los efectos de su enfermedad se sumaban también los de la edad y el paso del tiempo. Por otra parte, la enfermedad le había dado una conciencia más precisa de la irreversibilidad del tiempo, pero también de las estaciones y las atmósferas, a las que hasta entonces no había sido sensible más que en las películas. Quizá un rayo de sol se hubiera infiltrado en su corazón, del mismo modo que el sol penetra por las persianas de una cámara oscura. Pero Louis Schlessinger nunca habría suscrito una hipótesis tan necia.

* * *

Después de despedirse de Veronika Fabricourt, Sylvia bajó a pie por la rue de Rennes hasta Saint-Germain; de nuevo había empezado a llover, una lluvia recia, helada, pero Sylvia apenas sentía las gotas que penetraban en su grueso abrigo y resbalaban por su cabello. Tenía que dar una clase por la tarde en Jussieu, pero quería pasar antes por casa. Tenía la imperiosa necesidad de estar sola y llorar sin testigos.

Ya en su cuarto, corrió las cortinas y se estiró en la penumbra. Pero la escasa luz que se filtraba por las cortinas le hacía daño y se levantó para cerrar los postigos. Permaneció largo rato inmóvil en la semioscuridad, y cuando llegó la hora de salir hacia la facultad pensó que no tendría fuerzas. Se sentó en el borde de la cama, con la cabeza baja, los ojos fijos en la luz que se colaba por debajo de la puerta, y fue como si en ese instante el mundo estuviera contenido todo entero en ese hilo delgado pero insistente, esa luz tenue llena de seducción y de amenaza. Cerró los ojos una vez más

para hacer desaparecer esa luz que la atraía y le resultaba inoportuna a la vez. Estuvo a punto de inclinarse hacia atrás y sumirse de nuevo en las sábanas y las lágrimas, pero algo la retuvo, quizá esa raya de luz bajo la puerta. El espejo, que le devolvió la imagen de su rostro y sus ojos hinchados, estuvo a punto de desbaratar su coraje. Se roció con agua fresca, se puso un poco de negro en los ojos, de rojo en los labios, no demasiado, y salió.

A los alumnos que fueron a su encuentro al final de la clase y notaron que había llorado les dijo simplemente que había perdido a un amigo. En general los alumnos se tranquilizaron con esta respuesta y no preguntaron más. La pérdida de un amigo se consideraba una causa razonable y legítima de pesar. En cuanto a Victor, el alumno que quería poner los conocimientos en matemáticas al servicio de las finanzas internacionales, esperó a que no hubiera nadie alrededor de la profesora Delaunais para proponerle que fueran a tomar un café. Se atrevió incluso a cogerla del brazo, por el codo, murmurándole que parecía tan triste... El muchacho seguía teniendo el innegable esplendor de la juventud. La idea, la carne y la sangre se combinaban en ese nuevo Alcibíades, como en Louis en otro tiempo, en el apacible tumulto de una hermosa apariencia. La belleza terrena deja a veces entrever algo que está mucho más allá de ella misma, un infinito, una perfección, tal vez incluso otro mundo. ¿Tiene tanta importancia que ese mundo exista o no? ¿Es posible que algunos seres estén entre nosotros para transfigurar con su presencia el único mundo de que disponemos? Sin embargo, Sylvia declinó la invitación de Victor, ya que, en lo relativo al infinito, estaba decidida a dedicarse en lo sucesivo únicamente al que podía encontrar en las matemáticas. En cuanto a la perfección y la belleza, se atendería a la del círculo y la asíntota. Ahora que Bob había muerto, Françoise vivía en Londres y Louis era inaccesible de esa manera tan suya, Sylvia se preparó para no vivir la amistad y el amor más que en forma de ausencia. ¿Quizá era culpa suya? ¿Quizá no sabía retener a nadie?

* * *

La muerte de Bob había afectado a Louis más de lo que él mismo admitía, a pesar de que ambos nunca habían simpatizado. A Louis le costaba comprender la amistad que unía a Bob y a Sylvia y de inmediato se había sentido excluido. Bob, por su parte, le reprochaba a Louis que hiciera sufrir a Sylvia y le manifestaba una desconfianza circunspecta. Ante la actitud de Bob, Louis suponía que Sylvia se había quejado de él a su amigo. Se equivocaba; ya fuera por vergüenza de aguantar demasiado, ya fuera por no agobiar, o por ambos motivos a la vez, Sylvia no se quejaba nunca a nadie. Sencillamente, Bob había percibido el sufrimiento de Sylvia sin necesidad de que ella se confiase a él. Era un sufrimiento que no estaba muy lejos del suyo, pues todos los

sufrimientos que inflige el amor se parecen un poco y todos cuantos lo experimentan forman una fraternidad de condenados. Quizá ahí residiera el secreto de su singular e indefectible amistad. Durante toda su vida Bob había dado muestras de un nivel de tolerancia desacomodadamente elevado a los tormentos emocionales, y adivinaba que el nivel de tolerancia de Sylvia era muy elevado también, quizá aún más que el suyo. Descubrió en ella una forma especial de obstinación en la desgracia, sobre todo en la época que precedió a su matrimonio con Louis, y sin duda esa obstinación explicaba que hubiera aceptado casarse con él, lo cual, tanto desde el punto de vista de Bob como del sentido común, era un inquietante despropósito. Desde entonces le parecía que Sylvia se había liberado un poco; la prueba era su viaje de bodas en solitario, en el que él había querido ver un signo de emancipación. Cuando Sylvia regresó, Bob incluso notó en ella una tranquilidad que nunca antes le había conocido.

Desde la muerte de Bob, sintiendo que Sylvia se encontraba muy mal, Louis quiso reanudar con ella una relación más continuada. Pero, para su gran sorpresa, se dio cuenta de que ella no lo deseaba. Temiendo que se encerrara en una tristeza nociva, Louis insistió y la convenció varias veces de que saliera a cenar con él. En la primera de esas cenas empezó a hacer preguntas sobre Bob, su vida y su relación con Veronika. Sylvia no comprendía por qué de pronto Louis se interesaba tan apasionadamente por Bob, cuando nunca había intentado conocerlo en vida. ¿El hecho de que Bob estuviera muerto lo hacía más interesante y bastaba para explicar esa nueva e intensa curiosidad? Quizá haber tratado a Bob y pasado con él la noche de fin de año, pocos días antes de su suicidio, había abierto ante Louis una especie de brecha en un territorio vertiginoso que no había considerado hasta entonces. Los únicos muertos que Louis conocía eran los abuelos, personas razonables que se habían ido «de muerte natural» tras haber vivido lo suficiente. Antes, por cierto, había habido la muerte de Adrian, pero Louis, como sabemos, no la recordaba. Y también estaban todas las muertes que había presenciado en el cine, lo que ciertamente no era una experiencia desdeñable. Pero Bob era el único suicida que había conocido de cerca hasta entonces. Sylvia no habría sido muy sensible a ese detalle si lo hubiera sabido. A las preguntas de Louis respondió primero con reticencia, y después sencillamente no respondió, pues encontraba sospechosa su curiosidad, incluso fuera de lugar. Con los años, Sylvia había perdido gran parte de su indulgencia con respecto a Louis. Él lo advirtió y se sintió infeliz. Pero estaba también muy descontento de sí mismo y consideraba que no merecía mejor suerte. Era un signo de hasta qué punto había cambiado.

* * *

El matrimonio había liberado a Louis Schlessinger de las mujeres en general y de la

suya en particular. Disfrutaba de las ventajas de ser oficialmente un hombre casado —nunca se le ocurriría salir de casa sin su alianza— sin los inconvenientes de la promiscuidad. Poco después de la boda observó que su nueva condición de hombre casado no detenía a las mujeres atrevidas, muy al contrario, y uno de sus mayores placeres era oponer a todas las tentativas de que era objeto una condescendencia divertida y la confianza en sí mismo propia del hombre feliz en su matrimonio. Si la persona insistía, le hablaba del amor que sentía por su mujer, amor del que, como bien sabe el lector, no había considerado conveniente informar a la interesada. De modo que para la mayoría de las personas Louis Schlessinger pasaba por un hombre feliz en el matrimonio. Y en cierta manera así era. Solo Marc y Étienne conocían las modalidades de la singular vida conyugal que practicaban Louis y Sylvia. Para Étienne era, como casi todo, un motivo de hilaridad y de reflexión a la vez; el matrimonio de Louis Schlessinger y Sylvia Delaunais era posmoderno y, para empezar, tema de estudio. Según él, Louis y Sylvia estaban inventando una nueva forma conyugal. Cuando Louis le comunicó a Sylvia las reflexiones de Étienne, ella se encogió de hombros. A su parecer, su unión se asemejaba más bien a un matrimonio de conveniencia, al estilo del Antiguo Régimen, pero sin interés económico ni tierras que reunir; en definitiva, algo absurdo y ridículo desde todo punto de vista. Nadie ganaba nada, ni tierras, ni título, ni fortuna. Que Étienne Duriez, el gran pensador de la posmodernidad, el semiólogo todoterreno, quisiera ver un avance decisivo en el territorio devastado de la pareja occidental simplemente confirmaba la patética afición de ese muchacho por el vértigo narcisista de la paradoja.

—Me da la impresión de que tu amigo Étienne hace pruebas con sus ideas, igual que otros prueban detergentes —dijo Sylvia con fastidio.

Aquella noche Louis y Sylvia cenaban en La Matelote, un restaurante en el boulevard Blanqui. Louis escuchaba a Sylvia hablar de los delirios de Étienne. Nunca se había expresado sobre él de un modo tan tajante. Louis lo interpretó como una señal adicional e indudable de que Sylvia se desapegaba de él. Sin duda el amor que había sentido por él hasta entonces había vuelto sagrado todo lo relacionado con su persona, pero con el debilitamiento de sus sentimientos habían perdido el aura hasta sus amigos, que habían descendido a la categoría de individuos normales y corrientes. Quizá Louis no andaba errado en cuanto al desamor de Sylvia, pero con seguridad se equivocaba al pensar que Sylvia descubría ahora los defectos de Étienne. Ella había presentido enseguida que la pasión de este por la semiología no era más que un medio al servicio de una ambición devoradora. Por eso no se sorprendió al conocer de oídas sus movimientos estratégicos en el tablero de la notoriedad. Un trabajo realizado con perseverancia, paciencia, obstinación e increíble astucia, que había permitido a Étienne Duriez entrar en el gran festival cultural mediático. Sylvia estaba convencida de que Étienne no se detendría ahí, aunque ignoraba qué forma adoptaría la próxima etapa de su vertiginoso ascenso.

Aquella noche, en el restaurante La Matelote, el narcisismo triste de Louis se vio confrontado a una Sylvia continuamente ausente y desenvuelta. Y él no estaba acostumbrado a esa Sylvia. Por más que buscaba en distintas zonas de su memoria los momentos furtivos en los que podía haber estado en presencia de la Sylvia desenvuelta, no encontraba ninguno, o si lo había era muy lejano, muy al principio, cuando aún no lo amaba. Pero no sabía bien cuándo había empezado a amarlo, si es que lo había amado alguna vez. Además, todo se mezclaba: las fechas, las épocas, las estaciones. Su memoria se limitaba a entregarle distintas imágenes de Sylvia con el cabello más o menos largo y diferentes atuendos, aunque siempre del mismo estilo «intemporal», como lo había calificado Odile. Louis había descubierto después que, curiosamente, «intemporal» era una palabra que aparecía mucho en las páginas de moda de las revistas femeninas. Aparte de lo básico, de lo clásico, estaba lo intemporal; una categoría delicada y a fin de cuentas poco cotizada, aunque por definición lo intemporal siempre era tendencia. Así pues, Sylvia había descubierto por boca de la madre de Louis que era intemporal, mientras que para su propia madre estaba fuera de onda. Sylvia sospechó que Odile simplemente había querido ser agradable con ella.

Como le inquietaba la nueva Sylvia, la desenvuelta, la desapegada, Louis se limitó a defender a su amigo sin mucho vigor. Volvió a casa desazonado, con la sensación de que le habían arrancado una parte de sí. Durmió mal, vio películas en DVD, decidió no preocuparse por nada, se preocupó más aún y finalmente tuvo, hacia las cinco de la mañana, una crisis formidable que le llevó al borde de la asfixia y le impidió acudir al trabajo en todo el día.

* * *

Después del suicidio de Bob, Sylvia decidió, para no estar sola, estar más sola aún. Y el método funcionó más allá de sus expectativas. Al cabo de cierto tiempo experimentó una especie de embriaguez de soledad. No veía a nadie, aparte de sus estudiantes, y deseaba ver a las menos personas posibles. Tras algunas cenas con Louis, durante el trimestre que siguió a la muerte de Bob, declinó todas sus invitaciones. Louis vio en ello la confirmación de sus dudas. Estaba convencido de que Sylvia había dejado de amarlo. No obstante, ahora consideraba que él podía tener cierta responsabilidad en ese desamor.

¿Había perdido Louis el amor de Sylvia? Ni ella misma habría sabido responder a esta pregunta. En la soledad había encontrado cierta tranquilidad, que hasta entonces solo había conocido a ratos. Ahora, y para su gran satisfacción, esa tranquilidad

parecía más duradera. Con el tiempo, mientras todo parecía alejarse de ella, tanto las alegrías demasiado violentas como las grandes penas, experimentó no ya la tranquilidad triste y mínima de la resignación, sino una especie de júbilo sosegado, de gozo apacible. No obstante, no había hecho el duelo de nada ni de nadie. Detestaba la expresión «hacer el duelo», que aparecía en todas partes. Su soledad tampoco era un desierto; era un país tras el desierto, un territorio que durante mucho tiempo había sido imposible de encontrar y en el que la alegría no era una emoción sofocante, como la que había podido experimentar en otro tiempo en la exaltación de la gran juventud. Sin embargo, cuando volvían la tristeza y el miedo, esa alegría tranquila parecía haber sido tan solo una ilusión fugitiva, otro espejismo atribuible a su imaginación. Pero una vez que regresaba la tranquilidad, era la angustia la que a su vez parecía una quimera. Cada instante tenía así su verdad propia, que parecía excluir todos los demás instantes y todas las otras verdades. Cuando a veces la tranquilidad parecía abandonarla por completo, Sylvia calificaba los momentos de calma que experimentaba de «fases de idiotez mística», e incluso de «crisis de cretinismo panteísta». ¿Esa paz estúpida no parecía acaso la coronación lastimosa de la renuncia a vivir? Y, a pesar de todo, Sylvia no podía renegar totalmente de su alegría, ni siquiera cuando la había perdido.

Sylvia se apeó en Versailles-Chantier, donde la esperaba su padre tras haber ido a sacar libros en préstamo de la biblioteca municipal.

Georges hizo una seña a Sylvia al verla salir de la estación y ella apresuró el paso. Él la estrechó en sus brazos, mostrando más que de costumbre la satisfacción que sentía al volver a verla. Ella se reprochaba no haber vuelto desde Navidad. Estaban en febrero pero, por el modo en que la había recibido al salir de la estación, comprendió que la había echado de menos. Se dio cuenta de que también ella lo había echado de menos y que no había evaluado lo bastante esa ausencia, la de su padre, en medio de su soledad. Recordó que antaño iba a verlos con más frecuencia, casi todos los fines de semana, y después sus visitas se habían espaciado sin que ella supiera verdaderamente por qué.

Como de costumbre, el padre de Sylvia anunció que tenían que detenerse a comprar el pan para la comida. Mientras dejaban atrás Boix-d'Arcy, Sylvia experimentó de nuevo la virtud apaciguadora de las viejas costumbres y se dijo que su más caro deseo era que nada cambiara. Parecía un sueño modesto, muy alejado de Davos y *La montaña mágica*, pero, a la hora de la verdad, como todos los demás sueños de Sylvia, era irrealizable. En el fondo, tenía siempre el mismo sueño, un sueño de absoluto, de perfección, de plenitud infinita, un sueño de nieve eterna. Era un sueño agotador que pesaba en su vida más que lo real.

* * *

Charlotte contó todas las historias que habían ocurrido en el vecindario durante los dos meses que Sylvia no había ido a verlos. A un hombre que solía sacar a pasear a su perro y que pasaba todos los días por delante de la casa «se lo había llevado un cáncer fulminante».

—Me resulta extraño no verlo pasar.

—¿Hablabas con él?

—Sí, a veces se paraba y charlábamos... de todo y de nada; creo que no era muy listo.

—Ya...

—Hablabas mucho de su perro, que también tenía problemas de salud.

—¿Cómo te enteraste de que el hombre había muerto?

—Por su mujer, que pasó con el perro. Ahora lo saca a pasear ella, no le queda más remedio. Pero ha debido de encontrar otro camino, porque ya no la veo a ella tampoco.

—Quizá se haya muerto el perro también —apuntó Sylvia—. O la señora.

Después de comer, propuso dar un paseo, alrededor del lago, como en el pasado. Pero sus padres no mostraron demasiado entusiasmo. Se habían acostumbrado a echar la siesta. Quizá fueran a pasear, pero más tarde. Sylvia fue a dejar el bolso en su habitación y, como estaba cansada, se estiró unos minutos y se quedó dormida como un tronco. Cuando se despertó, tenía el espíritu ensombrecido y melancólico. ¿Qué iba a ser de ella, asaltada por estados de ánimo tan extrañamente distintos, a menudo contradictorios, dividida entre la sospechosa satisfacción de vivir, la renuncia grandiosa al amor, la resignación heroica, el miedo a la soledad, la angustia de estar en el mundo, la llamada del gran vacío y la exaltada alegría de no ser nada? Y como no podía contener los dardos de su ironía contra sí misma, acabó por preguntarse si no iba por mal camino, por un funesto camino histórico. Después de largos años de neurosis obsesiva, ¿iba a acabar su historial psiquiátrico en la histeria? Y unos minutos más tarde un movimiento pendular la arrojó a otros temores y otras certezas. No, tampoco ese día encontraría el secreto de la vida, la síntesis y la superación. Dejó atrás los extraños pensamientos tristes engendrados por la siesta y se fue sola a dar el paseo por el lago que había propuesto sin éxito a sus padres. Recorrió los viejos caminos y volvió sosegada. Pasó una velada excelente y logró no pensar en nada, en lo cual hay ya suficiente metafísica.

El domingo destacó por una absoluta ausencia de contratiempos, lo cual, según ciertos filósofos, es la forma más consumada de felicidad a la que puede aspirar el hombre en la tierra. Pero por la tarde, al llegar la hora de volver a París, Sylvia se

sintió invadida súbitamente por la tristeza. El problema con la ausencia de contratiempos es que no duraba, sobre todo para Sylvia, que tenía poca disposición natural para la ataraxia. Esa tarde de domingo era como una reminiscencia de los domingos de su infancia, cuando al final de la jornada el tiempo empezaba a convertirse en un elemento sensible. Tan sensible que se aferraba a Sylvia por la garganta y la estrangulaba un poco, no hasta el punto de hacerla morir, ya que entonces el tiempo mismo habría quedado abolido para ella y Sylvia se habría liberado para siempre de las tardes de domingo. Posiblemente fue una tarde de domingo, hacia las seis, cuando Sylvia descubrió que todas las experiencias del hombre tienen lugar en el tiempo y que nadie puede escapar a él; la inquietud de las tardes de domingo pronto contaminó todos los días de la semana. Esa angustia del tiempo era tal vez la razón por la cual, unos años más tarde, al leer *La montaña mágica*, Sylvia lo convirtió en el país predilecto de su mente y su corazón, un remanso de paz en el que las tardes de domingo quedaban abolidas y era posible acariciar la ilusión de que el tiempo se había detenido en la cima estrellada de las nieves eternas.

Cuando Boissognat tomó la dirección del sitio internet de *La Revue*, a nadie le extrañó, y menos aún a Louis. Desde el año anterior observaba las maniobras de Boissognat y admiraba su talento político sin resentimiento alguno. En realidad, no le importaba, lo que a él mismo no dejaba de sorprenderle. También le divertían los progresos de la carrera mediática de Étienne, que había ganado un trofeo por su programa cultural y ahora era uno de los «animadores mejor pagados del panorama audiovisual francés». Al parecer, la gran ambición de los intelectuales de nuestro tiempo era convertirse en presentadores de televisión. Como Louis estaba más dispuesto que antes a interrogarse sobre sí mismo, se le ocurrió pensar que su indiferencia quizá no fuera más que una fachada levantada por su amor propio para disimular ante sí mismo y ante los demás que estaba frustrado y sentía envidia. Envidia tanto de los éxitos de su enemigo como de los de su amigo, y quizá más aún de los del segundo que de los del primero. Sin embargo, a pesar de un riguroso examen de conciencia —un tanto a su favor, sobre todo porque no era un ejercicio que practicara a menudo—, Louis no llegó a ver claro en su interior más profundo y concluyó a su pesar que era muy difícil conocerse a sí mismo.

Por supuesto, una búsqueda cuidadosa le habría llevado a confesarse que le reprochaba a Étienne que no le hubiera llamado para que colaborara en su programa cultural, aunque solo fuera como comentarista. En ese empleo había empezado Étienne en la televisión, ¿y no lo habría hecho Louis igual de bien que su amigo si este se hubiera dignado ofrecerle la oportunidad? Por otro lado, Louis estaba decepcionado porque Étienne no daba señales de vida desde hacía meses. La distancia se había instaurado poco a poco. Étienne había sabido actuar sin brusquedad

para que su alejamiento no fuera demasiado visible. Pero al pasar los meses había estado cada vez menos disponible para hablar de los artículos, de *La Revue* y de los conflictos internos del comité. Sin duda tenía otras disputas que orquestar, otras intrigas que comentar, otros amigos a los que aconsejar. Después el proceso de alejamiento se aceleró bruscamente. Étienne comunicó a la secretaria de redacción que durante los próximos seis meses no tendría tiempo para escribir sus artículos para *La Revue*. Tenía que ir desapareciendo. Louis le había dejado entonces varios mensajes pidiéndole que le llamara. Quería conversar, llegar a un acuerdo, proponerle que disminuyera el número de artículos pero sin cesar por completo su colaboración en *La Revue*. Los artículos de Étienne eran apreciados por los suscriptores y su notoriedad podría atraer a nuevos lectores. Por eso, la deserción de Étienne era un golpe duro tanto en el aspecto de la amistad como en el económico. Quizá fuera precisamente la «publicidad» que hacía a *La Revue* lo que había acabado por irritar a Étienne, pues era un hombre que no sentía el deseo espontáneo de hacer favores a nadie y consideraba que no tenía vocación de salvar cabeceras en peligro. Había participado durante años en *La Revue*, cuando esta podía ser un trampolín. Su inmensa solidaridad se detenía ahí, y tampoco había encontrado tiempo para llamar a Louis, que por su parte ya no le dejaba mensajes y se conformaba con ver a Étienne en la pantalla de su televisor.

Al principio a Louis le había sorprendido el comportamiento de Étienne. Luego se acordó de las palabras de Sylvia sobre él y su ambición devoradora. Ahora le parecía que acababa de comprender con quién se las veía. Sonrió al descubrir en sí mismo una ingenuidad, inocencia, de la que no se habría creído capaz. Pero no sentía envidia. Si tenía alguna clase de envidia, su orgullo debía de haberla enterrado en lo más profundo, en zonas vergonzosas e inalcanzables, de donde quizá resurgiría un día en una forma más perniciosa que si se la hubiera confesado a sí mismo. Pero por el momento no lo atormentaba ningún resentimiento y se asombraba de su circunspección burlona e incluso, cuando llegó al fondo de la introspección, de su profunda indiferencia.

El examen de conciencia al que se había entregado Louis lo llevó a replantearse de paso ciertas tendencias suyas, así como sus aspiraciones sociales. Al considerar el recorrido de Étienne, Louis tenía que reconocer que él no había dado muestras ni de la energía ni de la resistencia de su amigo. Él era sin duda más Rubempré que Rastignac. Desde luego, no había tenido las mismas oportunidades, pero la suerte era un factor difícil de medir. ¿No había carecido también de la ambición y la tenacidad que hay que poner a su servicio para hacerla realidad? ¿Había dejado de desear finalmente lo que intuía que no podría obtener o más bien no lo había deseado con bastante intensidad? Lo más curioso es que, en lugar de tratar de responder con seriedad a estas preguntas, Louis Schlessinger se dormía reflexionando sobre ellas sin

torturarse, como si eso no tuviera ya demasiada importancia. Y cuando algo más tarde, a finales de la primavera, su salud se deterioró bruscamente sin causa aparente, se tomó las cosas con una calma sorprendente. La dificultad respiratoria se acentuó y tuvo que ausentarse varias veces de la oficina para no ofrecer a sus colaboradores el espectáculo de una de esas crisis llamativas que lo dejaban para el arrastre durante al menos un par de días. El mismo Jean-Jacques le hizo algunas preguntas y Louis tuvo que admitir que tenía algunos problemas de salud que estaba tratando de solucionar. El doctor Dussière ordenó nuevos exámenes. La radiografía confirmó la disminución de la amplitud de los movimientos respiratorios. Dussière le explicó a Louis que su «flujo espiratorio máximo» había disminuido. Las pruebas funcionales ponían de manifiesto la elevación del volumen residual en los pulmones y los famosos pequeños alvéolos. Louis escuchó todo esto con calma. ¿Era inconsciencia o fatalismo? Si bien se había sentido presa del pánico cuando se declaró la enfermedad, ahora aceptaba las malas noticias como si ya estuviera preparado. No se rebelaba ni parecía experimentar ninguna sensación de injusticia ante su suerte. Es de suponer que a lo largo de los casi dos años transcurridos se había acostumbrado a la enfermedad y a sus limitaciones. Había tomado la decisión de vivir con su mal hasta la muerte, a menos que entretanto se produjera un descubrimiento en la investigación médica, con el que sin embargo no parecía contar demasiado.

No obstante, cuando el doctor Dussière le propuso que pasara una temporada, sin precisar la duración, en un establecimiento especializado en pacientes con insuficiencia respiratoria, volvió a invadirle el espanto de los primeros tiempos. El doctor Dussière se mostró, como de costumbre, tranquilizador e incluso reconfortante. Según él, se trataba de una casa de reposo que parecía más bien una casa de vacaciones. Era una estructura pequeña en la que recibían a pocos pacientes y donde los cuidados prodigados daban siempre excelentes resultados. Cuando Louis preguntó de qué clase de «cuidados» se trataba, el doctor Dussière le aseguró que eran las técnicas más modernas, lo que no le aclaró mucho. Insistió para saber más.

—El programa se organiza alrededor de la reeducación o kinesiterapia respiratoria y la administración de oxígeno en el marco de un programa de ejercicios. Los pacientes se sienten muy aliviados, algunos tienen la impresión de que vuelven a respirar normalmente, y yo creo que usted es un paciente para quien esta cura está especialmente indicada y que podrá sacarle el máximo beneficio. Es en los casos de enfisema moderado como el suyo donde esta cura demuestra ser más provechosa.

—¿Y qué pasa con los otros? —preguntó Louis con una sonrisa triste.

—En algunos casos en los que la kinesiterapia y los ejercicios resultan prácticamente imposibles, administramos oxígeno de manera continuada, casi siempre en el domicilio, ya que los pacientes prefieren seguir en casa, lo que es comprensible.

—¿Y es eso lo que me espera?

—No, no forzosamente, y precisamente la cura que le propongo es además un

instrumento de prevención para no llegar a ese punto. Se puede vivir mucho tiempo con un enfisema, es también una cuestión de disciplina, de llevar una vida sana. Hay que procurarse los medios.

—¿Y cuánto tiempo debería durar esa cura?

—Un mínimo de un mes; después ya se verá, según los resultados.

—No puedo marcharme ahora, no puedo dejar mi trabajo.

—Estamos a finales de mayo. ¿No podría aprovechar las vacaciones de verano para hacer la cura?

—Sí, quizá, en fin, no lo sé, tengo que reflexionar.

—Debe reflexionar lo antes posible, hay pocas plazas, como ya le he dicho. Es un establecimiento público y el coste de las curas lo asume el sistema sanitario. Por si le queda alguna duda, le diré que no le estoy enviando a una clínica de lujo a hacer una cura poética.

—Tiene gracia la expresión, no se me habría ocurrido. De momento mi enfermedad no tiene nada especialmente poético, y no imagino que la cura pueda serlo más. Si se trata de pasar un mes entre personas con ahogos como yo, hay más posibilidades de que sea grotesco que francamente poético. De todos modos, la poesía quizá venga por añadidura, si tiene que venir.

El doctor Dussière sonrió, contento de que su paciente, por quien sentía una manifiesta simpatía, se encaminara hacia la buena decisión: salir de París e ir a respirar a otra parte.

—Aún no me ha dicho dónde está ese paraíso para enfermos del pecho — prosiguió Louis.

—En Bretaña, cerca de Dinard. El marco es espléndido, el paisaje le hará mucho bien, ya verá. No hay que descuidar nunca el aspecto moral de las cosas.

Louis no ocultó su asombro; creía que a los enfermos del pecho los enviaban a la montaña.

—Se equivoca de época y se equivoca de enfermedad. En el siglo diecinueve y el primer tercio del veinte, se enviaba a los tuberculosos a sanatorios situados en zonas de altitud. Pero desde que disponemos de la penicilina no vale la pena ir a morirse de frío. Ya verá. En Bellerive el clima es delicioso, sobre todo en verano.

—A fin de cuentas, preferiría tener tuberculosis, porque ustedes la curan, mientras que el enfisema no.

—No todavía.

La Revue no salía en agosto, y julio era el mes de vacaciones anuales. Louis llamó al doctor Dussière dos días después de la consulta para decirle que aprovecharía el mes de julio para hacer la cura. El doctor Dussière lo felicitó, como si Louis le hubiera anunciado su éxito en un concurso. Louis no había informado aún a su padre de que estaba enfermo y no se decidió a llamarlo hasta dos días antes de la fecha prevista para su viaje a Bretaña. Cuando Philippe Schlessinger se enteró de que su hijo se iba a hacer una cura, se quedó consternado, puesto que no sabía que estaba

enfermo. En cuanto al enfisema, sabía poco más o menos lo que era.

—Pero ¿cuándo te lo diagnosticaron?

Louis mintió:

—Hará unos tres meses, pero pensé que no valía la pena.

—¡Es una insensatez que no me lo dijeras! Pero ¿qué soy yo para ti?

Louis sintió que su padre estaba profundamente herido. No sabía por qué no le había hablado de sus problemas de salud. Quizá había temido que Philippe Schlessinger, con quien nunca había logrado comunicarse de verdad y a quien consideraba un penoso burgués provinciano de mente estrecha, se transformara a sus ojos en un personaje de grandeza trágica: un marido y un padre tan afligido que se elevaría por encima de sí mismo por la fuerza de un destino que desde hacía tiempo lo golpeaba. Y, al decirse esto, por primera vez en su vida Louis pensó más en el sufrimiento de su padre que en el suyo propio. Imaginó la vejez de ese hombre cuya mujer, con la mente trastornada, había desaparecido una tarde de Navidad, cuya hija parecía estar en equilibrio precario en el columpio de la vida, cuyo hijo mayor había sido asesinado y cuyo segundo hijo acababa de contraer una enfermedad de nombre extraño e inquietante. Pero al contarse así las cosas Louis fue consciente de que compartía el destino de ese hombre que le parecía tan digno de piedad. Él era el hijo de aquella mujer vacilante y después desaparecida, el hermano de esa joven intermitente y de aquel muchachito cuya figura lejana y original parecía presidir todos los desastres sobrevenidos desde entonces. Y Louis pensó que sin duda ese padre hacía tiempo que había dejado de ser aquel burgués impregnado de sus ideas para convertirse en el hombre herido que se iba a trabajar todas las mañanas y no tenía derecho a desaparecer. Otros se habían apoderado de ese derecho y él ya no podía hacer uso de él. En lo sucesivo debía permanecer en el frente a la espera de que la muerte quisiera liberarlo de su calvario en sordina, de su muda tragedia, del valle de todas las lágrimas que se había negado a derramar para no ahondar aún más el surco de su desgracia.

Louis se fue el 2 de julio sin avisar a Sylvia. Cierta aprensión le había impedido llamarla. Tal vez temía su piedad. Cogió el TGV Atlantique en Montparnasse y llegó a Dinard al final de la tarde. Cuando el taxista le preguntó si prefería ir por el interior o por la costa, Louis respondió «por el interior», pues quería retrasar un poco el placer de ver el mar. Pero se adivinaba a lo largo del camino, ya cercano, y en momentos inesperados aparecía al doblar una curva, y luego, de pronto, allí estaba, y fue un poco como cuando era niño y sus padres, Julie y él iban de veraneo. El mar, azul supremo, cielo invertido, se revelaba siempre en el último momento y significaba que uno había ido tan lejos como podía ir.

Lo que vio inmediatamente después fue la construcción grande y blanca que daba de frente al mar y caía sobre él en vertical. El sol proyectaba sus rayos en las cristaleras de la larga veranda resplandeciente y, envuelto en esa diadema impermanente, el edificio reivindicaba el esplendor perdido. La fachada este daba a un jardín de confusión secretamente estudiada, «a la inglesa». El taxista descargó el equipaje de Louis y le deseó una feliz estancia. Louis subió por la parte derecha de la escalera doble y entró en un vestíbulo que de inmediato ponía fin a la impresión de veraneo que pudiera dar el exterior. La recepción no era en absoluto la de un hotel, sino la de un hospital.

Lo mismo sucedía con la habitación, completamente blanca, con mobiliario básico, compuesto de una cama metálica y una pequeña mesa rinconera. A Louis no le disgustó esa austeridad, ya que la habitación daba al mar. Una enfermera de unos cincuenta años y rostro sonriente echó un vistazo al expediente del recién llegado y le pidió la lista de medicamentos que había llevado consigo. Louis sacó el neceser y cogió los dos inhaladores. Ella tomó nota en una hoja nueva del expediente. Louis preguntó si podía usar los inhaladores en caso de necesitarlos. Ella respondió que podía, hasta la consulta del día siguiente, cuando el doctor Benjamin le daría instrucciones y quizá una nueva medicación si lo juzgaba necesario.

—Soy la señora Ervin, la jefa de enfermeras de esta planta. Le dejaré acomodarse. La cena se sirve todas las tardes a las seis en punto en el comedor de la veranda —dijo en un tono tranquilo, serio, impecable, antes de salir cerrando la puerta con suavidad.

Louis imaginó sus zuecos de goma blanca alejándose, a la vez discretos, rápidos y diligentes, por el suelo cubierto de linóleo verde pálido. Deshizo el equipaje y, agotado por el viaje y los esfuerzos, se sentó en el borde de la cama a contemplar el mar, que estaba en marea alta y empezaba a bajar. A la derecha, una pequeña isla emergía aproximadamente a un kilómetro de la orilla. En la parte más elevada de la isla se alzaba un recinto fortificado. Dos siluetas caminaban al pie del edificio. Tal vez las dos personas habían dejado a propósito que las aguas las rodearan, pues parecían esperar tranquilamente el reflujo para poder cruzar a pie al otro lado. Louis experimentó una sensación de opresión creciente que el viaje y la necesidad de estar atento le habían impedido percibir hasta entonces. Ahora que se encontraba en esa habitación desconocida, y a pesar de la belleza del paisaje, se sentía abrumado por la inmensidad de su soledad. La belleza del mar, en vez de reconfortarlo, lo oprimía aún más, y se preguntó incluso si el clima no sería perjudicial para él. Ya sea porque de verdad estaba inquieto, ya sea que aprovechó su malestar como pretexto para pedir ayuda y hablar con alguien, salió de la habitación y se aventuró en el pasillo, donde todas las puertas estaban cerradas y en cuyo extremo se encontraba el despacho de las enfermeras. La señora Ervin estaba sentada rellenando un expediente. Al percibir una

presencia levantó los ojos hacia Louis, que estaba en la puerta.

—¿Sí? —dijo con voz amable.

—Perdóneme, no me encuentro muy bien —empezó Louis—. Desde que he llegado me cuesta aún más respirar... Me pregunto si este clima es bueno para mí...

—Al principio siempre para eso, no se preocupe. Uno se siente sorprendido por el aire del mar y el yodo, pero es muy beneficioso.

Louis la miraba con expresión dubitativa.

—Debería descansar hasta la hora de la cena, que será pronto.

—¿Es posible tener televisión en las habitaciones?

—Sí, hay un sistema de alquiler. Pero la primera noche debería intentar dormirse temprano y reponerse del cansancio del viaje.

—Sí, tal vez.

Miraba el rostro de la enfermera, cuya sonrisa se había borrado un poco en el transcurso de la breve conversación. Seguramente se enfrentaba siempre al mismo tipo de preguntas, a las mismas inquietudes. Aparentemente, él no era el primero que se preguntaba qué había ido a hacer allí y si las brumas bretonas eran tan beneficiosas para sus alvéolos pulmonares. Desanduvo el camino hasta su habitación. Se abrió una puerta para dejar paso a una mujer de cabello gris y corto. Llevaba puesto una especie de pijama o traje de estar en casa, compuesto de un pantalón y una chaqueta de tejido aterciopelado verde botella. Al ver a Louis lo saludó con una leve inclinación de la cabeza, esbozó una sonrisa y se alejó sin darle tiempo a responder. Se fijó en que cojeaba ligeramente y se apoyaba en un bastón. Cuando Louis volvió a su habitación, se le pasó por la mente la idea de rehacer el equipaje a toda velocidad y volver a París en el próximo tren. Pero le faltaba la energía necesaria para ejecutar el proyecto. Se dio una ducha en el cuarto de baño contiguo. Se cambió y, completamente agotado, se sentó en el borde de la cama. En la isla que veía desde la ventana, los caminantes seguían andando junto a la fortificación. El mar aún no se había retirado lo suficiente para que pudieran cruzar. Louis se dejó caer hacia un lado y, con la boca ligeramente abierta, se quedó dormido.

La campana de la cena lo arrancó del sueño. Abrió los ojos y, al ver las paredes blancas de la habitación, volvió a cerrarlos enseguida. Pronto se elevó un ruido confuso, de pasos y voces, alrededor de la habitación y por todo el edificio. Luego una voz femenina le avisó amablemente de que era la hora de la cena y que había un solo servicio. Louis abrió de nuevo los ojos, se enderezó y vio a una enfermera a la que aún no conocía en la abertura de la puerta entreabierta. Ella sonrió y volvió a cerrar la puerta. Louis apoyó la cabeza en las manos. No tenía hambre, y sobre todo no tenía ganas de bajar y enfrentarse a los demás residentes. Quizá tuviera que saludar, presentarse, ser objeto de la curiosidad. Se sentía extenuado solo de pensarlo. Esperaba que la congregación de personas con deficiencia respiratoria tuviera justo el aliento necesario para tragarse la sopa sin pronunciar palabra; habría preferido que le llevaran la comida a la habitación y evitar la compañía de los otros enfermos. Aquella

noche Louis Schlessinger no ese sentía muy sociable.

Bajo el techo inclinado de la veranda había unas treinta personas repartidas alrededor de unas mesas rectangulares. Louis entró sin que nadie le prestara especial atención. Localizó un sitio en el extremo de una mesa, se acercó y preguntó si podía sentarse. Se encontró sentado entre dos hombres que le parecieron de edad indeterminada, de cincuenta a sesenta años. Un tercer hombre, que parecía más joven, con camisa azul y pañuelo de seda blanco, le sonrió y le preguntó si acababa de llegar. Louis asintió y la conversación se detuvo ahí. La discreción parecía de recibo en el seno de la congregación de deficientes respiratorios. La única mujer de la mesa debía de tener unos cincuenta años, de modo que Louis era el más joven. Por lo que veía a su alrededor, probablemente era el más joven de los internos. Esta constatación no mejoró su estado de ánimo, pero finalmente le distrajo el hambre que empezaba a sentir y comió con buen apetito la sopa de fideos, las espinacas al gratén y las natillas. La conversación era inexistente en su mesa, y ni siquiera se hizo ningún comentario sobre la cena, que Louis encontró muy correcta dentro de la categoría de comida de refectorio o de pensión.

Después de las natillas, el comedor se vació. Louis siguió el movimiento hasta la sala común, en la que destacaba una pantalla de televisión digital lo bastante grande para llamarla *home cinema*. Todo el mundo se sentó con cara de expectación y satisfacción anticipada. Una enfermera fue a encender el aparato y puso el canal France 3 y el 19-20. Como estaban en plenas vacaciones de verano, buena parte de las noticias giraban en torno a las salidas y los monstruosos atascos que obstruían los ejes principales, sobre todo en dirección al sur, en el valle del Ródano. Louis prefirió deslizarse a la sala contigua. Había una mesa de billar en el centro y mesas de juego arrimadas a la pared. Otra pared estaba ocupada por estanterías con cajas de juegos, caballitos, ajedrez, damas, backgammon, dominó. Louis miró hacia el jardín. Como la puerta cristalera estaba entreabierta, la empujó y salió. De lejos le llegaban las noticias regionales, pero no las oía lo bastante bien para distinguir de qué trataban. Se encontró en una terraza a ras del suelo rodeada por una gran extensión de césped de un verde tierno aún primaveral. Se oía el romper de las olas al otro lado de las altas paredes del edificio, pero bajo la pérgola el tumulto del mar se convertía en una música lejana, y en ese enclave campestre uno se sentía deliciosamente al abrigo del asalto del viento y las tormentas oceánicas.

Louis vio a un hombre sentado en un banco al borde del césped. Era un residente, pues recordaba haberlo visto sentado a una de las mesas del comedor. Tenía un libro en las manos, pero miraba fijamente el camino de gravilla que lo separaba del césped. Cuando levantó los ojos, los dirigió a Louis, como si se sintiera observado. La

distancia era demasiado grande para saludar, ni siquiera con la cabeza, y con mayor motivo entre dos personas que no se conocen. El hombre desvió la mirada, pero Louis tuvo la impresión de que su presencia había turbado su tranquilidad o su meditación, o lo que el hombre quisiera hacer sin testigos. El otro descruzó las piernas y volvió a cruzarlas, lo que Louis interpretó de nuevo como una señal de irritación. Para no seguir importunando al desconocido, Louis dio media vuelta y entró en el edificio. Pero al pasar ante una ventana no pudo evitar echar un vistazo al jardín y al banco. El hombre se había levantado y se dirigía a grandes pasos hacia el fondo del jardín.

Louis atravesó de nuevo la sala de la televisión. Pasaban anuncios publicitarios y no se informó del programa que se disponían a ver los espectadores. Solo eran las ocho de la tarde, pero recordó los consejos de la señora Ervin, la enfermera, y decidió ir a acostarse. Llegó a su planta por la escalera, que subió con una lentitud hierática, como si cada peldaño le exigiera, además de un esfuerzo de respiración, un esfuerzo de reflexión.

Se puso un pijama azul cielo a rayas que había comprado para llevarse al sanatorio. Había comprado dos. El segundo era también un modelo rayado pero en tonos burdeos y vino. No le parecían una maravilla, pero a fin de cuentas no iban mal con el decorado por lo que había visto hasta entonces. Su madre le compraba ese tipo de pijamas cuando era niño. Los escogía en un catálogo y, cuando llegaban por correo, cosía en la parte interior del cuello unas pequeñas etiquetas de tela en las que estaba escrito «Louis Schlessinger», como si estuviera en un internado y ella tuviera miedo de que sus cosas se perdieran o de que se perdiera él mismo. Un día, el padre de Louis le preguntó a Odile por qué se tomaba el trabajo de coser todas esas etiquetas y ella se quedó desconcertada por la pregunta. Miró a su marido sin responder, con aire perdido, y él lamentó habérselo preguntado. Después de todo, ¿a quién le molestaba que Odile cosiera los nombres en la ropa de sus hijos?

Louis dejó la ventana abierta y se acostó. Apagó la luz de inmediato y hundió la mejilla en la almohada. Sus últimos pensamientos fueron preguntas. ¿Había trenes a esas horas? ¿Y a qué hora salía el primer tren de la mañana? Se durmió sin respuestas en la cuna sonora del mar, atravesada por trenes imaginarios que iban hacia París.

* * *

Mientras el doctor Benjamin examinaba las radiografías de sus pulmones, Louis miraba el fragmento de cielo azul en la ventana y se decía que tal vez, si el buen tiempo continuaba pasada la mañana, podría ir a pasear con la marea baja hasta la isla de la fortificación. Pero el programa de kinesiterapia del doctor Benjamin desbarató sus proyectos de paseo y Louis se encontró a primera hora de la tarde en las manos del señor Kergoen, el kinesiterapeuta, quien le indicó una serie de movimientos que, con el tiempo, debían aumentar su capacidad respiratoria. El señor Kergoen, quizá

porque no era médico, sentía un placer manifiesto proporcionando explicaciones que Louis no había pedido. Le dijo que los ejercicios tenían la finalidad de mejorar los resultados de la espirometría, esto es, la prueba que permitía cuantificar, mediante un espirómetro, el volumen de aire que entraba y salía de los pulmones. El señor Kergoen expresó su convicción de que, al cabo de un mes, el VEMS de Louis mejoraría sensiblemente. Ante la expresión interrogativa de Louis, le aclaró que el VEMS era el volumen espiratorio máximo por segundo, que correspondía al volumen de gas expulsado durante el primer segundo de una espiración forzada. Louis ya se había sometido a varias espirometrías en París, y a otra esa misma mañana al salir de la consulta del doctor Benjamin. Era un examen que siempre le había parecido muy penoso, en contra de lo que le había anunciado el doctor Dussière cuando acudió a su consulta por primera vez. Esa primera vez que jamás olvidaría, entre otras cosas por el jersey jacquard rosa y verde almendra del doctor. En cuanto al examen propiamente dicho, Louis lo encontraba siempre agotador. Para obtener el volumen espiratorio máximo por segundo, le pedían que, después de inspirar al máximo, espirara tan deprisa y violentamente como pudiera. Louis salía siempre extenuado de ese examen. Ahora Bernard Kergoen le permitía entrever la posibilidad de mejorar sus resultados espirométricos, y Louis habría sonreído si los ejercicios que estaba efectuando no se lo hubieran impedido. Habría sonreído ante la idea de que allí, en esa casa, la espirometría se había convertido en cierto modo en el horizonte último de su existencia. Pensó en Jean-Jacques, en el doble número de verano, cuya portada estaba dedicada a la última película de los hermanos Coen, lo que por una vez no había sido objeto de ninguna discusión. Pensó en Étienne, en Marc, en Boissognat, y todo le parecía lejano y sentía que había llegado al fin del mundo. Pensó en Sylvia, con quien no hablaba desde hacía varias semanas. Salió de la sesión de kinesiterapia y fue a acostarse. Era lo único que se sentía capaz de hacer.

* * *

En el comedor, Louis se sentaba siempre a la misma mesa, con las mismas personas. Por lo que había observado durante las comidas, era la mesa menos locuaz y eso le convenía. Había algunos intentos de conversaciones sobre política o temas de sociedad, siempre lanzados por el señor Blondin, el hombre del pañuelo de seda, pero no solían cuajar porque nadie devolvía la volea. El señor Lesage sonreía o asentía gravemente con la cabeza con aire convencido para que el señor Blondin supiera que estaba de acuerdo con él. A veces llegaba a soltar un «sí, sin duda», o un «sí, es realmente un problema», según el tema, pero eso era todo y así terminaba la conversación. El señor Blondin tampoco parecía esperar más. Las primeras veces Louis se había sentido casi molesto por la falta de respuesta de sus compañeros de mesa y, por cortesía, había respondido al señor Blondin. Cuando este dijo: «Me preocupa Europa. Es totalmente imposible pedir a pueblos tan distintos que se

sometan a una entidad supranacional», Louis respondió que se podía construir Europa sin abolir los Estados-nación, e incluso que era importante no intentar abolirlos. En su entusiasmo, hasta añadió: «Creo que los Estados-nación son el garante de la fuerza de la supranacionalidad europea». El señor Blondin lo miró con aire desconcertado, que al principio Louis atribuyó a lo que acababa de decir, hasta que comprendió que el señor Blondin no esperaba que le respondieran, e incluso que el hecho de que le hubiera contestado constituía una grave alteración del ritual de la mesa. No obstante, a pesar de su turbación, el señor Blondin logró articular: «Sí, lo que usted dice es bastante cierto, pero todo eso llevará mucho tiempo», tras lo cual se concentró ostensiblemente en su pedazo de carne para poner fin a la conversación y sofocar en su interlocutor cualquier deseo de replicar. Y Louis se guardó bien de hacerlo.

Tras dos conversaciones abortadas de manera parecida, una sobre la especulación de materias primas y la otra sobre la globalización y la desregulación de la economía mundial, Louis comprendió que el señor Blondin empezaba conversaciones que él mismo no deseaba proseguir. Sin embargo, los temas que proponía siempre guardaban relación con la actualidad y él mismo parecía una especie de caja de resonancia de todos los temas que abordaban los medios de comunicación. Era como un indicador de tendencia, siempre atento al mundo y a los problemas de la aldea global. Louis sonrió al imaginar un encuentro entre su compañero de mesa afectado de enfisema y Étienne Duriez, el semiólogo de la posmodernidad.

La quinta noche de su estancia en el sanatorio, Louis pasó por la sala de *home cinema*, donde los residentes estaban viendo la enésima redifusión de *Gángsteres a la fuerza* en versión coloreada. Llegó a la sala de juegos. Dos señoras mayores jugaban al rummy y lo recibieron con una sonrisa. Llegó a la puerta cristalera, cuya doble hoja estaba abierta de par en par al jardín. Había un hombre sentado en un banco y al principio Louis creyó que se trataba del mismo que había visto la primera noche, exactamente en el mismo sitio. Pero no era él. Este era un poco más alto y fuerte, y su actitud, más relajada. Cuando vio a Louis no pareció en modo alguno molesto o incómodo. A Louis le pareció incluso que el hombre esbozaba una sonrisa; no obstante, no podría jurarlo. En ese momento asistió a un curioso «sainete», como él mismo lo calificó. Por la derecha apareció una mujer que se internó en el camino de grava con paso indolente. Era una mujer mayor, una paciente del establecimiento. El hombre volvió la cabeza hacia ese lado y Louis tuvo la impresión de que hablaba. Primero pensó que el hombre le dirigía unas palabras a la paseante, pero ella no respondió, y Louis vio que el hombre tenía la cabeza ligeramente hacia atrás, como si no se dirigiera a la señora, sino a alguien detrás de él. Entonces salió un hombre de detrás del seto, echó a andar en dirección contraria a la de la señora y avanzó unos

cuantos metros a lo largo del césped. Antes de que desapareciera por el ángulo de la izquierda, Louis reconoció al hombre que estaba sentado en el banco la primera noche. En cuanto a la señora, que con su presencia quizá había perturbado el desarrollo de algo, no se había percatado de nada, o bien le daba igual, y continuó tranquilamente su paseo. Pasó delante del hombre del banco, intercambió con él un breve saludo y se alejó. Louis volvió a entrar en la sala de juegos, donde las dos señoras tosían a dúo mientras seguían con su partida de rummy.

Todas las noches Louis salía a pasear por el mismo sitio, a la misma hora, pero no volvió a ver a los dos hombres hasta diez días más tarde, una noche en que los residentes veían el concurso *Juegos sin fronteras*. En la sala grande, cada cual, según sus orígenes o por el mero placer de tomar partido, apoyaba al equipo de una ciudad. Esto daba una gran animación, en la que no participaban los dos individuos del jardín. Louis se había cruzado con ellos en el refectorio y no había notado en su comportamiento nada que le llamara la atención. Pero tampoco había nada llamativo en el hecho de sentarse en un banco del jardín después de la cena. Louis se decía que su curiosidad se debía a que estaba ocioso. Había llevado consigo más de una decena de libros con la esperanza de trabajar y profundizar en ciertos temas, principalmente en el cine mudo ruso, Eisenstein y Pudovkin, pero no había abierto ni uno desde su llegada e incluso los había dejado sin tocar en el fondo de su bolsa de viaje. Sin duda era la primera vez en su vida adulta que pasaba más de quince días sin dedicarse a ningún trabajo intelectual. Por lo general, su insaciable curiosidad le llevaba a devorar libros, a redactar artículos, notas, comentarios de toda clase. Pero en Bellerive no hacía NADA. Y le sorprendía descubrir que era capaz de una inactividad tan absoluta y profunda. Se sentía, por primera vez en su vida, ligero y despreocupado. La kinesiterapia respiratoria ocupaba una buena parte de la mañana y de la tarde, pero habría podido trabajar, o al menos leer, al atardecer. En cambio, pasaba el rato entre la sala grande y la sala de juegos, acechando sin razón alguna a dos hombres mayores cuyo único delito era sentarse en un banco por la noche después de cenar. Más tarde iba a la playa y se quedaba mirando tontamente el mar. Al menos así calificaba él su actividad contemplativa. Podría haber extraído de esta contemplación pensamientos de tenor moral y metafísico, pero no era así. En realidad Louis no pensaba en gran cosa, o bien pensaba en toda clase de cosas vagas e inconsistentes. Luciérnagas medio apagadas le atravesaban su mente sin estallar en luz, pero poco importaba porque se sentía bien.

Al principio de su estancia Louis se había propuesto llevar un diario personal de las mareas, pero no había llegado a empezarlo. Al cabo de dos semanas, ni siquiera comprendía cómo había podido ocurrírsele una idea tan estrafalaria. Se limitaba a

hacer lo que había ido a hacer; a saber: seguir escrupulosamente el programa de ejercicios. Por otra parte, el kinesiterapeuta lo había felicitado. Aún no había pasado el examen, pero Bernard Kergoen no dudaba de sus progresos espirométricos. Los días transcurrían así, al ritmo de las mismas actividades, los momentos de reposo de la mañana y de reposo de la tarde, sin olvidar el paseo ritual tras la cena. Debía de hacer unos diez días que Louis no veía a los dos hombres en el jardín, cuando se cruzó con uno de ellos al salir de la sesión de kinesiterapia respiratoria de la mañana. Era el hombre de la primera noche. Louis nunca lo había visto tan de cerca. Debía de tener más de cincuenta años. Con excepción de Louis, no había pacientes de menos de cuarenta y cinco, aun cuando, según todos los estudios, las enfermedades respiratorias se presentaban a una edad cada vez más temprana; la explicación que daban era el tabaco y la contaminación. Pero Louis sabía que el origen genético de su mal lo situaba un poco como un caso aparte en las estadísticas.

El hombre no le prestó la menor atención. Louis continuó su camino, pero al llegar a lo alto de la escalera se volvió y vio al fondo del pasillo al hombre hablando con una joven bajita y delgada de cabello rubio ceniza. Louis la había visto varias veces; era la asistente de espirometría. El hombre hablaba en voz baja, y la mujer respondió en el mismo tono antes de alejarse. Como iba en dirección a Louis, este tuvo la oportunidad de verla de cerca cuando pasó a su lado. Había iniciado un movimiento para bajar y no dar la impresión de estar plantado en lo alto de la escalera, pero sus precauciones no eran necesarias, ya que la asistente de espirometría no le prestó la menor atención.

Un atardecer, al principio de la cuarta semana, Louis caminaba por la playa. El mar se había retirado lejos, mucho más allá de la isla de la fortificación. Se le ocurrió entonces la idea de aventurarse. Era un atardecer cálido de principios de agosto y Louis saboreaba con deleite el aire del mar. Calculó que tenía tiempo de ir y volver sin que le sorprendiera la subida de la marea. Andaba a grandes zancadas, recibiendo con placer el viento en la cara. El aire yodado, las algas chorreantes como ríos de diamantes sobre las rocas, los surcos brillantes dejados por el agua que volvía al mar bajo el sol poniente, esa belleza efímera y siempre renovada, ese esplendor al que no había sido sensible hasta entonces, todo contribuía a ponerle eufórico.

Escaló las rocas hacia la fortificación y pronto se encontró al pie del recinto. En el interior no había más que una explanada herbosa y vacía, y en el muro opuesto, una abertura igual a la que le había permitido entrar y que daba al mar. Desde donde estaba, Louis no veía más que un rectángulo azul, como un monocromo intenso que ocupaba íntegramente la brecha, y tenía la impresión de que el recinto caía a plomo sobre el océano. Cruzó la explanada con la sensación embriagadora de que iba a desembocar en el infinito o algo parecido, pero cuando llegó ante la puerta vio que el mar aún quedaba lejos. Al pasar por la abertura distinguió a dos hombres sentados en

las rocas al pie del edificio. Reconoció enseguida que eran los del jardín. Miraban al mar fumando cigarrillos. Cuando se percataron de que no estaban solos, uno pareció desconcertado, mientras que el otro se mostró más indiferente o fatalista. Louis estaba a unos metros y alcanzaba a oír su voz; el primer hombre dijo:

—¿Usted también es de Bellerive?

Louis asintió con la cabeza.

—¿No dirá nada?

Louis los miraba. Quería dar la impresión de no comprender y lo consiguió más o menos. Incluso se hizo el tonto.

—¿Decir qué? —preguntó.

El hombre levantó un poco la mano en la que tenía el cigarrillo.

—Ya sabe, esto está prohibido.

—Ah, sí, claro. No, no se preocupe, no he visto nada.

El hombre se tranquilizó y le dirigió una sonrisa mientras el segundo, más circunspecto, lo miraba con fijeza como si intentara saber si era de fiar. ¿Ese joven pulcro no sentiría un placer maligno denunciándolos ante las autoridades médicas? Desvió la mirada hacia el mar. El otro hizo lo mismo y Louis rodeó el recinto por la parte exterior. Se le ocurrió aconsejarles que no se dejaran sorprender por el mar, que subía deprisa, pero no se atrevió a importunarlos y supuso que debían de saberlo igual que él. Le parecía, aunque no sabía bien por qué, que los dos hombres estaban en Bellerive desde hacía tiempo. De hecho, ignoraba cuál era la duración máxima de una cura en el establecimiento, si es que la había. Cuando llegó al otro lado del recinto y empezó a bajar hacia la playa, se preguntó si había personas que habían muerto en Bellerive o si las mandaban antes a casa. Se preguntó también si alguien habría muerto en la habitación que él ocupaba; eran preguntas que nunca se había hecho. Tal vez el encuentro con los dos delincuentes respiratorios que fumaban a escondidas al otro lado de la isla le había afectado más de lo que él imaginaba.

De regreso en su habitación, se dio una ducha y se deslizó en la cama, ávido de sueño. Sin duda la brisa marina lo había cansado y pensaba que se dormiría enseguida. Pero no fue así, y lo peor es que le invadió un súbito deseo de llorar. Las lágrimas surgían y, por más que luchaba, la oleada irreprimible pudo con todas las resistencias. Esa noche, solo en su cama, lloró como no lloraba desde que era niño.

A la mañana siguiente, al despertarse, tenía los ojos hinchados de quien se ha quedado dormido llorando. Pero lo peor es que le dolía la cabeza, y todavía peor, tosía; él, que nunca tosía y tenía un enfisema «seco» que evitaba que se extendiera en miasmas. Él, que hasta ahora se ahogaba lenta y dignamente. Monique Ervin, la jefa de enfermeras, adoptó una expresión severa y preocupada. Hubo que tomar la temperatura. Había subido a treinta y ocho. Se pronunciaron palabras como bronquitis y enfriamiento. Monique Ervin sacudió la cabeza con gesto desconsolado. No era habitual coger frío en Bellerive.

—A ver, joven, ¿qué está haciendo? —preguntó el doctor Benjamin.

Y Louis no sabía qué responder, ya que, en efecto, no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Y ante la contrariedad del personal médico, una contrariedad que, de perdurar, acabaría en franca reprobación, Louis empezaba a sentirse de verdad como si se hubiera insubordinado. Pronto sería un réprobo en la sociedad selecta de los enfermos del pecho, y esta perspectiva lo entristeció. Como si fuera una circunstancia atenuante, insistió en que no era propenso a la gripe ni a la bronquitis.

—Sí, lo sé, usted no es propenso a la bronquitis, y nosotros vamos a hacer que no llegue a serlo.

Esta última frase tranquilizó a Louis, pues ese «nosotros» lo restituía a la comunidad de los seres humanos. Recuperó la confianza. El doctor Benjamin prescribió antibióticos. En espera de que todo volviera a la normalidad, Louis tomaría las comidas en su habitación. Se dijo que probablemente era para evitar a los demás residentes el deplorable espectáculo de esa gripe con forma de bronquitis sobrevenida a un paciente a quien antes nadie había visto toser.

Durante los dos días siguientes Louis no hizo nada más que dormir. Pero tenía sueños que le dejaban una sensación de malestar. No eran exactamente pesadillas, sino sueños cuyas peripecias confusas desembocaban sistemáticamente en un manifiesto impedimento para actuar o para salir de una situación desagradable. Se encontraba en el andén de una estación en la que los trenes se detenían, pero, a pesar de sus esfuerzos, nunca lograba subir a ellos. Veía a los demás pasajeros entrar en los vagones, luego las puertas se cerraban y los trenes se iban sin él. Louis encontraba tan lamentables la pobreza y la obviedad del significado de esos sueños que acababan por hacerle reír. ¿Por qué no era capaz de tener sueños un poco más misteriosos? Sueños con un contenido latente que se habría entretenido descifrando, en lugar de ese risible simbolismo de trenes que no lograba coger. Los guiones de sus sueños le parecían necios y, como buen crítico de cine que seguía siendo —al menos eso esperaba—, habría redactado unos artículos asesinos si hubiera tenido que escribir la reseña de sus propios sueños. Mediocridad tanto en el guión como en la realización. Una noche soñó que estaba en el andén y veía pasar trenes que ni siquiera se detenían, lo cual constituía una notable evolución dramática. No obstante, se despertó sudando a mares y preguntó si podía tomar un poco el aire, pues hacía tres días que estaba confinado en su habitación —con excepción de las sesiones de kinesiterapia, de las que el estado gripal no le había dispensado— y «no podía más». Para su cuerpo y su espíritu reclusos, caminar por el jardín trasero de Bellerive constituiría una liberación. Le dieron autorización, ya que la fiebre había bajado un poco.

Bajó después de la merienda, compuesta ese día por compota de peras y una galletita de «pura mantequilla». Como el sol aún calentaba con fuerza, se quedó prudentemente bajo la pérgola, fantaseando sobre la brisa del mar y las brumas. Pero debió de quedarse adormilado, ya que no se dio cuenta de la llegada de una mujer a la terraza. Cuando abrió los ojos, estaba sentada en una tumbona y desplegada un periódico. Llevaba un sombrero y un vestido de tirantes que le daban aspecto de

veraneante. Cuando Louis vio que leía *Libération*, sintió una especie de escalofrío de horror. El diario le recordaba el mundo, París y su vida de antes, que había tenido que dejar para recibir tratamiento. La vista del periódico tuvo para él el efecto de una carta que diera noticias de la corte a una dama del siglo XVII que se hubiera recluso voluntariamente en sus tierras de provincias para escapar a los miasmas y las intrigas. Hasta el momento, por fortuna, a Louis no le había llegado ninguna noticia de París. Y no las había echado de menos. Pero por el desasosiego que lo invadió al ver el periódico en manos de la mujer, comprendió que todo lo que le recordaba su vida profesional le disgustaba. De este modo descubrió que, a pesar de los muchos inconvenientes inherentes, no le desagradaba encontrarse lejos de todo. Pero, en ese curioso bienestar, tomó conciencia también de que le faltaba algo.

Se levantó y la mujer del periódico hizo un movimiento con la cabeza como para acompañar su marcha. Le dijo buenas tardes, pero igualmente podría haber dicho hasta luego.

—Buenas tardes —contestó Louis—, hace un tiempo magnífico.

Se sorprendió de haber añadido el comentario sobre el tiempo; no era su costumbre. En general pensaba que los comentarios sobre el tiempo eran un relleno inútil y ridículo.

—Sí, en efecto —dijo la mujer—. Hay que disfrutarlo, han dicho que no duraría.

—A orillas del mar siempre hace buen tiempo, aun cuando no haga sol —respondió Louis, que ahora se asombraba de sentirse a gusto hablando de tales banalidades.

—Ah, también usted piensa que el mar lo arregla todo —dijo la mujer con una pizca de desaprobación burlona en la voz.

Louis, desconcertado, permaneció junto a la puerta cristalera de la sala de juegos, adonde se disponía a entrar.

—¿No le gusta el mar? —preguntó.

—¿Esa extensión de agua grandilocuente? En efecto, no me gusta —respondió la mujer.

—Los grandilocuentes suelen ser los que hablan de él, los escritores, los poetas. El mar en sí no tiene nada de grandilocuente. Es fiel a sí mismo, tanto en la calma como en la tempestad.

—Quizá. Pero el mar no me sienta bien. No sé cómo decirlo. No tendría que haber venido. ¿Se ha fijado en la panda de idiotas que tienen encerrados aquí?

—Bueno, yo mismo soy un idiota encerrado aquí, así que me resulta difícil juzgar...

La mujer se encogió de hombros y se sumergió ostensiblemente en su periódico, dando a entender que no le apetecía hablar con semejante imbécil. Louis entró. Además, sentía escalofríos en todo el cuerpo y subió a su habitación deprisa, impaciente por volver a la cama. En el rellano entre el primer y el segundo piso, vio de pronto a la asistente de espirometría y a uno de los dos delincuentes fumadores.

Por un instante, vio que el hombre separaba la abertura de una bolsa de tela y la asistente deslizaba en ella un cartón de cigarrillos. Después, cada uno se fue por su lado. Louis bajó la cabeza al cruzarse con la joven en la escalera. Una vez más, ella no le prestó la menor atención. Louis se dijo que debía de sentirse muy segura de sí misma para que le preocupara tan poco que la hubieran visto o no. El hombre se dirigió hacia un piso superior. Debió de reconocer a Louis y ser presa de una especie de pánico, ya que aceleró el paso. Louis giró hacia el pasillo, no para evitarlo, sino porque había llegado a su planta. Después de todo, no era de la brigada de estupefacientes, y si había tráfico de cigarrillos entre los pacientes no era asunto suyo. No tenía la intención de denunciar a nadie, aunque reprobaba el cuadro en su conjunto y, en especial, el papel de la asistente de espirometría. ¿No era terriblemente triste y decepcionante que el personal médico se entregara a semejantes prácticas, que iban en contra de la ética y perjudicaban a los internos?

De vuelta en su habitación, otra vez le entraron ganas de llorar. La euforia de los últimos días, que quizá no era más que un efecto de la fiebre, desapareció de golpe para dejar paso a un intenso desamparo. Al reflexionar sobre el mes que había pasado entre las paredes de Bellerive, pensó que se había dejado llevar de forma lamentable por ideas perniciosas y decadentes. En especial aquella tan romántica de que la enfermedad podía enseñarle algo e incluso dar un sentido a su vida. Ahora tenía que aceptar lo contrario: la enfermedad no iluminaba nuevos caminos de la existencia, sino que se limitaba a hacerla más difícil o, simplemente, a ponerle fin. El resto no era más que tontería sentimental y cretinismo. Él, un hombre razonable, que nunca tosía, nunca escupía, nunca se sonaba, nunca lloraba, tenía que rehacerse como fuera. Le reprochaba terriblemente a su cuerpo que se manifestara de manera tan necia e inoportuna. Decidió que se iría al día siguiente en cualquier tren. Incluso tuvo energía para levantarse y empezar a hacer el equipaje. ¡No iban a tenerlo prisionero! No estaba dispuesto a aceptar que su cuerpo viviera su vida por su lado y desposeyera a su espíritu de todo poder. Abrió la bolsa, vio los libros en el fondo, sus libros, que no había abierto en todo ese tiempo, y su desasosiego se acrecentó. Tenía que volver a París, retomar las cosas allí donde las había dejado, recuperar el camino de su despacho y las ambiciones legítimas para un hombre de su edad. Ahora tenía que exhortarse a sí mismo a ser ambicioso, ¡qué lástima! Y todo por culpa de su cuerpo deteriorado, de su organismo débil. Decidió que no se dejaría manejar. No malgastaría su vida ni su talento en un establecimiento en el que se practicaba ese tipo de tráfico infame. De momento, se puso a meter las camisas y los pantalones en la bolsa de viaje. Después de todo, ni siquiera tenía por qué esperar a la mañana siguiente, ¿por qué no irse de inmediato? Igual que en el amor, su verdadera victoria sería la huida. Ese fue su último pensamiento antes de que un relámpago pasara ante sus ojos y se derrumbara al pie de la cama.

Cuando se despertó, estaba bajo la manta y la sábana blanca. Se incorporó un poco, pero enseguida dejó caer la cabeza sobre la almohada. Pulsó el timbre y unos instantes después entró en la habitación una enfermera.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó él.

—Lo encontramos en el suelo, inconsciente. Tuvo un acceso de fiebre bastante feo. Se puso a cuarenta y uno. Pero después volvió a bajar.

—¿Ah, sí?

Louis echó una ojeada circular que se detuvo en la bolsa, de la que sobresalía la ropa que no había tenido tiempo de colocar como es debido. La habían arrimado a la pared para despejar el paso alrededor de la cama, pero la enfermera pasó deliberadamente por alto la presencia de esa bolsa a medio hacer. Salió y Louis volvió a encontrarse solo. Le parecía que había perdido definitivamente el control de su vida y que no había manera de recuperarlo.

A la mañana siguiente, el doctor Benjamin pasó por su habitación, y esta visita en sí constituía un acontecimiento. Un acontecimiento que Louis interpretó como de mal augurio, igual que el aspecto sombrío del médico al entrar, la tibieza de su saludo y su media sonrisa. En realidad las noticias no eran tan malas, ya que los resultados espirométricos, piedra angular del tratamiento, eran excelentes tal como había previsto el kinesiterapeuta, el señor Kergoen. Pero por alguna razón que el doctor Benjamin no se explicaba, Louis seguía teniendo fiebre y no dejaba de toser, a pesar del tratamiento antibiótico de caballo —el doctor no se expresó así, pero esa era la idea— que le administraban desde hacía seis días.

—Me han dicho que se planteó marcharse antes de lo previsto.

El doctor Benjamin echó una ojeada al equipaje, que no se había movido del sitio. Louis hizo un gesto impreciso y dejó caer la mano abierta sobre la manta.

—¿Hay algo que le haya disgustado para que deseara adelantar su marcha?

—No.

—Naturalmente, las circunstancias que motivan una estancia en nuestra casa no son envidiables, pero todos se esfuerzan por hacer las cosas lo menos penosas posible, e incluso, así lo esperamos, agradables en ciertos aspectos. El marco, la presencia del mar contribuyen también.

—Sí, desde luego, es un sitio muy hermoso. El problema es que yo no lo disfruto mucho porque estoy enclaustrado en mi habitación desde hace ya un tiempo.

—Es verdad, pero vamos a solucionar eso y podrá terminar su cura en buenas condiciones.

—Si usted lo dice —repuso Louis, que no hacía ningún esfuerzo por ser amable.

El doctor Benjamin hundió las manos en los bolsillos y miró a su paciente con una expresión de curiosidad indefinible. Permanecía en silencio. Louis acabó por

sentirse molesto por esa mirada que no era hostil, sino simplemente curiosa. Louis era una especie de misterio que el doctor Benjamin no se explicaba. Le habría divertido saber que Louis era para sí mismo un misterio que él tampoco se explicaba.

Otra noche, Louis soñó con su madre al borde de la piscina vacía de Almstadt. Él se acercaba y la cogía del brazo. Cuando ella volvía el rostro hacia él, ya no era Odile, sino Sylvia. Se despertó llorando y el corazón le latía dolorosamente en el pecho encogido. Hubiera querido que Sylvia estuviera allí, pero bien sabía que la había perdido, como había perdido a su madre. Habría podido reírse, si no hubiera llorado, del «contenido manifiesto» de su sueño, como decían los freudianos. Ese sueño le impedía aún más llamar a Sylvia y reclamarle su amor como quien reclama un objeto perdido en la consigna de una estación. El amor que él le había negado antes, cuando era más fuerte, cuando estaba en la vida, o al menos tenía la convicción de estarlo, no podía pedírselo ahora que se había convertido en una ruina sin aliento, varada allí donde termina la tierra. Louis había viajado más lejos y visto países extranjeros, pero la Costa Esmeralda era ahora para él el país más lejano al que hubiera ido jamás.

La fiebre no bajaba, Louis no salía de su habitación y, más que nunca, atravesaban su sueño unos trenes a los que no lograba subir. Había tenido que decidirse a llamar a Jean-Jacques para avisarle de que, por razones de salud, no podría estar en su despacho antes de mediados de agosto. Se vio en la obligación de informar al servicio de administración de la revista. La enfermedad de Louis se convirtió en un hecho oficial. Pensó en la alegría de Boissognat, pero ya fuera porque estaba demasiado extenuado para la amargura, ya fuera porque no le quedaba sitio para ella, volvió a experimentar la benéfica indiferencia que le había hecho preguntarse, al sentirla por primera vez, si era auténtica o solo una ficción de su amor propio herido. E incluso sonreía mientras, en la imprecisión algodonosa de un duermevela, imaginaba a los redactores entrando en la sala de reuniones y comentando su ausencia.

También tuvo que avisar a su padre. Philippe Schlessinger acusó el golpe al enterarse de que, por consejo del médico del establecimiento, se posponía el regreso de su hijo sin que se fijara ninguna fecha. Se había acostumbrado a llamar a su hijo cada tres días desde el principio de la cura, y también se había acostumbrado a oírle decir que todo iba mejor, que los resultados espirométricos eran buenos, que la amplitud respiratoria había aumentado; en definitiva, que la cura producía todos los efectos esperados. Después de que Louis le informara de que tenía un enfisema, Philippe había consultado a un neumólogo del hospital universitario de Estrasburgo. Había pedido que le enviaran los datos espirométricos de Louis y se los había transmitido al médico; así pues, sabía todo lo que se podía saber y además había oído que la cura de Bellerive tenía fama por sus buenos resultados. Por eso, cuando al cabo

de tres semanas de una cura que se consideraba beneficiosa Louis le informó de que tenía una gripe, una bronquitis y una fiebre de caballo, Philippe Schlessinger tuvo la impresión atroz de estar atrapado en un destino funesto. Y a veces se preguntaba, en lo más secreto de su corazón, si había hecho algún mal para merecerlo.

Louis estaba sentado cerca de la ventana y miraba el mar, que subía, o eso le parecía, más deprisa que de costumbre. Las rocas de la playa desaparecían unas tras otras bajo las embestidas sucesivas de las olas, que rompían contra ellas, en calma, inexorables, avanzando cada vez un poco más lejos, un poco más arriba, y pronto todo quedaría cubierto. Llamaron a la puerta y el rostro de Monique Ervin apareció, sonriente, en la abertura.

—Señor Schlessinger, tiene visita.

Como no esperaba a nadie, Louis se mostró sorprendido, creyendo que la enfermera se equivocaba. Pero esta se apartó y entraron tres personas en la habitación: Philippe, Julie y Sylvia. Los tres tenían una sonrisa idéntica, tímida y azorada, probablemente inquietos los tres por la acogida que iban a recibir, pero decididos a correr el riesgo de ser rechazados, juntos o por separado. Lo quisiera Louis o no, eran todo lo que quedaba de su extraña familia deshecha. Un padre, una hermana, una esposa. Allí estaba Sylvia, a quien él no había querido llamar y había mantenido al margen. Su padre la había avisado. Le había sorprendido y dolido descubrir que ella lo ignoraba todo acerca de la enfermedad de Louis y su marcha para seguir una cura. Y Philippe había tomado súbitamente la decisión de ir a ver a su hijo y llevar a Sylvia si ella estaba de acuerdo. Pues ese padre devastado por la pena estaba seguro de que su hijo amaba a esa mujer y no amaría a ninguna otra en el futuro. Y al ver a Sylvia pensó que ella también seguía amándolo pero se había acostumbrado a su ausencia. Cuando le informó de que Louis estaba enfermo, ella se quedó muy afectada. Cuando le propuso que les acompañara en el viaje, ella dijo sencillamente: «Sí».

Louis miraba alternativamente a su padre y a su hermana, pero apenas osaba volver los ojos hacia Sylvia, que quedaba envuelta en una especie de niebla blanca, un poco por detrás de los otros, como si estuviera dispuesta a desvanecerse por sí misma anticipándose al deseo de Louis de verla desaparecer. Él sentía que era urgente decir algo, pero las palabras se quedaban atrapadas en su garganta, y sus visitantes pronto pensarían que estaba afónico. Oía el romper de las olas, que seguían acercándose, y se sentía devorado por el miedo, como una roca por el mar. Su padre preguntó:

—Y bien, ¿cómo te encuentras hoy?

Louis logró decir que estaba mejor desde el día anterior.

—Sois muy amables al haber venido. No teníais que haber hecho ese esfuerzo —

añadió.

—¿Qué esfuerzo? —respondió su padre—. Además, es una ocasión de ver el mar. Hacía mucho tiempo.

Sylvia observó que Louis tenía el rostro demacrado, que el sufrimiento físico, pero sin duda también el moral, había dibujado sombras azuladas alrededor de sus ojos. Entró una enfermera con la merienda: compota de manzana y *gaufrettes* con sabor a vainilla. Philippe se acordó de que había llevado una caja de galletas de Verlutin. Louis dio las gracias, abrió la caja y ofreció los dulces.

—¿Te ha empezado a bajar la fiebre? —preguntó Philippe.

—Sí. Ayer por la noche solo tenía treinta y ocho.

—Sigue siendo mucho.

—Llegué a tener cuarenta.

—¿Te ha dado el médico alguna explicación?

—No. Al parecer no la tiene.

—¿Y los resultados espirométricos siguen siendo buenos?

—Sí, por ese lado todo va bien.

—Eso quiere decir que tu estancia aquí, globalmente, es beneficiosa.

—Sí. Me cuesta menos respirar. A veces incluso llego a olvidarme de que respiro; hacía tiempo que no me pasaba.

Louis esbozó una sonrisa vaga, en la que Sylvia no llegó a distinguir la parte de cansancio y la parte de resignación. Le preocupaba no percibir en él ninguna ira. Más allá de la apariencia física, lo encontraba distinto, aunque no sabía decir exactamente en qué. Los visitantes se quedaron un cuarto de hora más y después, como Louis acusaba el cansancio y la enfermera había dicho que la visita no debía durar más de media hora, lo dejaron y acordaron que volverían a verlo al final de la mañana del día siguiente. Philippe había preguntado si Louis podía salir a comer en el exterior y la enfermera había contestado que no era deseable mientras tuviera fiebre.

Los visitantes de Louis se alojaban en un hotel a orillas del mar, a unos dos kilómetros al norte del establecimiento. Tras la visita avanzaron a lo largo de la costa y volvieron al hotel para cenar. Ahora que estaban allí, se sentían un poco inútiles. No lamentaban haber ido, pero el entusiasmo que había presidido el viaje, con el placer anticipado de ver a Louis y darle una sorpresa, los había abandonado y se enfrentaban otra vez a la inmensidad de su preocupación. Philippe y Sylvia habían mencionado la posibilidad de llevarse consigo a Louis, pero ahora les parecía poco realista, ya que a Louis ni siquiera le autorizaban a salir a cenar con su familia.

Durante la semana que duró su estancia, y a excepción de las horas que pasaban con Louis en el establecimiento, Philippe y Julie hacían excursiones por la región. Sylvia los acompañaba a menudo, pero no siempre. Julie se bañaba todos los días, por la mañana temprano. Al principio le costaba meterse en el agua, ya que estaba fría, pero

después todo iba bien. A veces, mientras Philippe y Julie iban por su lado, Sylvia se quedaba en su habitación o caminaba sola por la costa. La víspera del retorno de los visitantes, Louis casi no tenía fiebre y le dieron permiso para salir a cenar. Pero el doctor Benjamin descartó la posibilidad de que volviera a París. Era cierto que el paciente había superado el mal trago de los últimos quince días, pero aún tenía que estabilizarse. Desde el principio estaba previsto que Sylvia se marcharía con Philippe y Julie, pero a lo largo de esos días se planteó la idea de quedarse. En el transcurso de los encuentros en el sanatorio, y aunque nunca estuvo a solas con él, había visto confirmada su impresión de que Louis estaba distinto. Pero nada hacía suponer que ese cambio fuera a influir favorablemente en las relaciones que Louis mantenía con ella. Por eso, a fin de preservar su tranquilidad, prefirió concluir que sus esperanzas carecían de fundamento. Se había hecho demasiadas ilusiones hasta que llegó, por obra y gracia del tiempo y la voluntad, a superar la ira y la amargura. En esas condiciones, ¿por qué correr el riesgo de verse de nuevo rechazada, incluso humillada, y devuelta a la soledad, no a la que ahora vivía, apacible, sino a la otra, atroz, que había conocido tiempo atrás? ¿En nombre de qué arriesgarse a ser devuelta a esa tristeza que ella pensaba que no le había enseñado más que la fuerza adquirida para finalmente huir de ella?

También a Louis se le había ocurrido que Sylvia podría quedarse unos días más. Hubiera deseado que así fuera, pero no se había sentido con derecho a pedírselo. ¿En nombre de qué iba a justificar esa petición? ¿Y cómo hablarle de esa transformación que sentía que se había operado en él pero cuya naturaleza, profundidad y autenticidad seguían resultándole sospechosas? ¿No eran acaso la enfermedad y el debilitamiento lo que había enternecido su corazón? ¿Sería algo duradero o efímero? Al final Sylvia se fue con Philippe y Julie, como estaba previsto.

EPÍLOGO

Louis regresó a París a finales de agosto y se reintegró a su puesto de redactor jefe. Boissognat se había encargado de reemplazarlo y estaba un poco decepcionado de que la cura de Louis no se prolongara hasta la muerte. Louis se entregó de nuevo al trabajo, pero en un estado de ánimo diferente del que tenía antes de la enfermedad y la estancia en Bellerive. Trabajaba con placer, pero la ambición obsesiva de defenestrar a Jean-Jacques se le había pasado. Eso no significaba que no volviera a pensar en ello nunca más. No obstante pensaba con calma, como algo que quizá llegaría un día, pero que no era útil precipitar. Eso le evitaría en lo sucesivo el cansancio del cálculo y la intriga. Las crisis de enfisema que tenía de vez en cuando y el ligero ahogo que sentía en cuanto subía una escalera le recordaban de manera discreta pero asidua que iba a morir. No necesariamente pronto, pero algún día, igual que todo el mundo. «Igual que todo el mundo» era, además, una fórmula que había llegado a resultarle reconfortante. Era muy consciente de que, si el joven que había sido conociera al hombre de treinta y cinco años en que se había convertido, lo habría juzgado un pobre tipo sin envergadura, mediocre, que no había sabido poner todo su potencial al servicio de su ambición. Un débil, un veleidoso que había perdido su designio por el camino. Ahora se reía de todo ello.

* * *

Nunca volvieron a encontrar a Odile Schlessinger, ni viva ni muerta. Pero en la casa grande de Almstadt, en la rue Koenigsberg, Philippe y Julie esperaron aún durante mucho tiempo su regreso. Louis también pensaba con frecuencia en su madre, si bien más en la mujer joven de cuando él era niño que en la mujer madura que había desaparecido un día de Navidad.

Tampoco se descubrió nunca lo que le había sucedido a Adrien, al que habían encontrado ahorcado en pleno día en un árbol del jardín familiar. Se puede aprender a vivir sin los muertos y los desaparecidos. Se puede incluso vivir sin que la vida aporte ninguna solución, ninguna respuesta a ningún interrogante. Así es como tendrían que vivir los Schlessinger, o lo que quedaba de ellos.

Aquella mañana, en la calle estilizada por la nieve, los vehículos sepultados por ella se habían convertido, en una noche, en criaturas barrocas y mágicas, ajenas a su función. Louis quiso ver en esa blancura un presagio feliz. Era temprano cuando avanzó por la rue des Wattignies hacia el metro Charonne. Pasó la mañana en el despacho y, tras comer rápidamente, a primera hora de la tarde acudió al Hôtel-Dieu, donde tenía cita con el doctor Dussière, cuyo gusto por el jacquard no había menguado. Estaban de nuevo en la estación y el tiempo ideales para los jerséis gruesos. El doctor Dussière estaba satisfecho con los resultados espirométricos, constantes desde que Louis había regresado de Bellerive, hacía seis meses. Louis y su enfermedad adoptaban el ritmo de crucero que el doctor Dussière había esperado. Al salir de la consulta Louis se sintió lo bastante feliz para llamar a Sylvia. Ella le había

pedido que le diera noticias. Él lo hacía con regularidad tras su regreso del sanatorio. Desde noviembre tenían otra vez largas conversaciones telefónicas e incluso volvían a ir juntos al cine. A Sylvia ya no le gustaba como antes, pero estaba contenta de ir a ver con Louis películas que, por pereza, nunca iría a ver sola. Un día Louis le preguntó la causa de ese desamor por el cine y Sylvia no supo qué responder.

—Es una pregunta difícil —dijo con una sonrisa—. Si pudiera contestarla, seguramente daría sentido al resto.

—¿Qué resto?

La sonrisa de Sylvia se acentuó; hizo un gesto evasivo sin añadir nada. A Louis le inquietó, pues el desamor de Sylvia por el cine tal vez tuviera por corolario un desamor por él. Pero logró apartar este pensamiento. ¿Acaso la presencia de Sylvia a su lado no desmentía esa hipótesis? ¿Por qué, después de tantos años, estaba allí, si no seguía amándolo, al menos un poco? Ese «un poco», por supuesto, no era tranquilizador, pero Louis prefería ese «un poco» a «nada en absoluto». Lo que indica hasta qué punto había cambiado. Había dejado de ser un terrorista. Con los años, había descubierto asimismo que la crudeza no era necesariamente indicio de verdad y autenticidad. La crudeza que había elogiado en sus artículos y a propósito de las películas más diversas le interesaba menos que antes y le parecía incluso un rasgo sobrevalorado. Se guardaba de expresar abiertamente su nueva orientación vital, pero ya no utilizaba la crudeza como criterio para estimar las relaciones humanas, en particular los vínculos amorosos. Para tranquilidad del lector hay que decir que Louis no se había convertido en una ruina intelectual, convencido de la bondad fundamental de la naturaleza humana. Seguía siendo misántropo y atrabiliario. Su línea crítica mantenía el rumbo de una intransigencia intimidante, pues de algo había que vivir, y esa línea era en cierto modo su ganapán. Hay que perdonarle, ya que no vivía de rentas y no podía darse el lujo de decir todo lo que pensaba de las películas que, globalmente, en su fuero interno, le parecían cada vez menos buenas. Pero aunque su línea crítica oficial no había cambiado, ahora juzgaba que en su vida personal nada le impedía experimentar otras vertientes de la existencia humana aparte de la crudeza.

En febrero Louis pidió a Sylvia en matrimonio. Como ya estaban casados, las formalidades fueron rápidas y no hubo ceremonia. En marzo se instalaron juntos en un piso de la rue Châteaudun. Habían visto muchos antes de decidirse. Todo estaba carísimo e incluso habían considerado irse a vivir fuera de París, pero habrían necesitado un coche y, con el precio del carburante, no merecía la pena. Por lo que respecta a la nueva noche de bodas, ignoramos cómo fue. Pero no nos hagamos ilusiones y no esperemos milagros; los jóvenes que habían sido tuvieron tan mal principio, y desde entonces se habían dado tan pocas oportunidades de mejorar, que es poco probable que alcanzaran una apoteosis después de tan poca práctica. No obstante, es razonable esperar por su bien que, colaborando, consiguieran mejores

resultados. O que los consigan en el futuro. Partían de tan lejos que no podían sino mejorar. En adelante solo podrían ser felices, tanto como sus naturalezas difíciles y sus mentes torturadas se lo permitieran. El destino, la providencia o el azar les habían ofrecido lo que niegan a tantos otros, la redención por el amor, si se nos permite esta peligrosa expresión, este espantoso cliché, esta deliciosa tontería. Si ellos hubieran oído esto, sin duda se habrían reído o se habrían burlado. Pero en el secreto de su corazón creían un poco en ello. El lector juzgará su locura o su sabiduría, su lucidez o su ceguera. Ahora hay que dejarlos vivir e ir hacia donde buenamente puedan llegar, nieves eternas incluidas.



ISABELLE COUDRIER es guionista y ha trabajado con Michel Béné et André Techiné. *La ecuación del amor* es su primera novela, que fue seleccionada por los librereros franceses como una de las mejores del año 2011.